



LA
DEFENSA
DE
ARAGOZA
EN 1863



TACTICA DE LA
ARTILLERIA
DE CAMPAÑA

F1233

.D31

1881

RALDI



LA DEFENSA

DE

LA PLAZA DE ZARAGOZA

EN 1863.

ANUARIO
DE LA UNIVERSIDAD
DE NUEVO LEON



MEXICO.

FONDO DE HISTORIA
111570

TIPOGRAFIA DE GONZALO A. ESTEVA.
Calle de San Juan de Letran, núm. 6.

1881.

057724

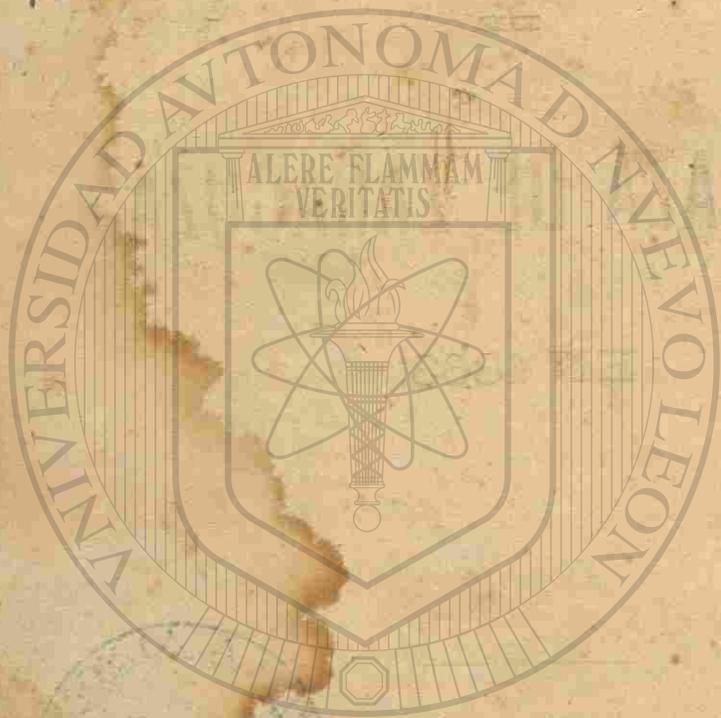
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

167/63

F1233

.D31

1881



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

30-Mayo-08
De la Cruz

Núm. Clas _____
 Núm. Autor _____
 Núm. Arg. 057724
 Procedencia _____
 Precio _____
 Fecha Mayo 1967
 Clasificó _____
 Catalogó _____
 LA DEFENSA

DE LA PLAZA DE ZARAGOZA

CONTRA EL EJERCITO FRANCÉS

EN 1863.

México, 17 de Mayo de 1881.

Hoy es el XVIII aniversario de la rendición de la ciudad de Zaragoza, en la que el benemérito ejército llamado de Oriente, sostuvo, por el espacio de sesenta y dos días, los rudos ataques de las veteranas huestes de la Francia, hasta que, falto de víveres y de municiones de guerra, tuvo que sucumbir. La manera inusitada en los anales de la guerra, con que concluyó la defensa de Zaragoza, causó asombro y despecho al ejército francés, y hoy es considerada en todas partes como un ejemplo digno de imitarse, por los generales que, estimando en lo que vale el honor de las armas, y viéndose en situaciones desesperadas, quieran en una guerra extranjera, salvar el decoro militar y la honra de la patria.

Mucho debe enorgullecer a los mexicanos que, en el juicio del mariscal Bazaine, al hacérsele notar la humillación que había aca-
 reado a la Francia con haber entregado en Metz las armas y banderas del ejército que mandaba, se le haya presentado, como un ejemplo digno de imitarse, el que dió el ejército mexicano en la plaza de Zaragoza, destruyendo sus armas y disolviendo sus tropas.

En efecto, si en la moderna historia de México se ve brillar ex-

plendorosa la fecha inmortal del 5 de Mayo de 1862, hay otra fecha que, si no recuerda á los mexicanos un triunfo importante, alcanzado sobre los invasores extranjeros, vivirá tambien en la historia patria como un alto ejemplo de abnegacion; como el sacrificio solemne que, en horas angustiadas, hicieron los soldados mexicanos ante el altar de la patria, rompiendo sus armas no vencidas, más bien que entregarlas al invasor. Aquí podría repetirse, y quizá con más exactitud, la memorable frase que pronunció el arrogante y valeroso monarca Francisco I, despues de su derrota en Pavia: "*Todo se ha perdido, menos el honor.*"

La defensa de Zaragoza en 1863, es una brillante epopeya; cualquiera otra nacion la habria preconizado como una de sus más grandes glorias militares. Si la España se enorgullece de haber detenido en Zaragoza á las huestes del primer Napoleon, vencedoras, en todo el mundo, México debe registrar tambien en sus anales, como un timbre de gloria, la defensa de la Zaragoza mexicana, contra los aguerridos soldados del último de los Napoleones.

Y sin embargo, han pasado diez y ocho años, y aquella tenaz defensa sólo es recordada quizá y sólo es conocida, por los que tomaron parte en ella y que viven aún.

Aparte de una coleccion de telégramas publicados por los periódicos de la capital, en los que se daba cuenta de los sucesos acaecidos en los primeros días del sitio, puede decirse que no hay otros datos sobre la defensa de Zaragoza, pues el parte que el general González Ortega dirigió al Supremo Gobierno, no figura en los archivos nacionales, sin que podamos decir por qué razon no llegó al conocimiento del Presidente Juárez.

Por fortuna, el general Ortega hizo imprimir en Zacatecas algunos ejemplares del referido parte, ejemplares que son hoy muy escasos, y que tal vez nunca han sido leídos fuera del Estado de Zacatecas.

El parte del general Ortega es un documento histórico muy importante, porque no sólo se relatan en el día á día, los hechos más notables y las operaciones más importantes del ejército sitiado, sino que tambien se descubren, á pesar del prudente velo con que el general Ortega, por razones de patriotismo, tal vez, quiso ocultarlas,

las verdaderas causas que produjeron los desastres del 8 y del 17 de Mayo de 1863.

No seremos nosotros los que tratemos de profundizar esas causas: tarea semejante sólo corresponde á los concienzudos historiadores, que, despues de haberse procurado todos los datos, todas las narraciones de la época, y de haber penetrado en los secretos de los gabinetes, ya bien informados, pronuncian su fallo sobre los hombres y las cosas, para enseñanza de las futuras generaciones.

Pero, sin tratar de examinar los motivos y las dificultades que el Gobierno haya tenido para no tomar las medidas que parece debian ser más convenientes, si nos permitiremos asentar aquí, por creer que no es impropio este lugar para manifestarlo, que la causa principal de los desastres de S. Lorenzo y Zaragoza, fué la falta de unidad en la accion, que requería forzosamente la unidad de mando en los ejércitos de Oriente y del Centro. Fué una inconcebible aberracion encerrar en Zaragoza al ejército más numeroso y más aguerrido tambien, y dejar fuera, como ejército auxiliar, el más pequeño y que más tropas novicias contaba en sus filas; y fué incomprensible ceguedad dejar que estos dos ejércitos obrasen bajo el impulso de dos diferentes direcciones.

Otro error funesto fué el de empeñarse en creer, sin fundamento racional, que el ejército frances atacaría rudamente las obras de la plaza de Zaragoza, y que los combates que allí se librarian, no retardarian el desenlace por más de un mes. Este error fatal influyó mucho, á nuestro entender, en que no se abasteciese debidamente la plaza de víveres y de municiones de guerra.

No nos detendremos más en este penoso asunto. Nuestro principal objeto es salvar del olvido los gloriosos hechos del benemérito ejército de Oriente, reproduciendo en la biblioteca del "Periódico Militar", el parte del general González Ortega, sobre las operaciones del ejército sitiado y el relato de las que tuvo que emprender el ejército sitiador, hasta obligar al ejército de Oriente, extenuado por el hambre y ya sin municiones de guerra, á entregar la plaza que tan valientemente había defendido.

Como se verá por el parte del general Ortega, la narracion de los sucesos dignos de consignarse, no ha podido ser completa, y tal co-

mo deseaba hacerla el expresado general. Con frecuencia manifiesta en su parte, que espera documentos más extensos y numerosos que los que tenía á la vista, cuando se ocupó de la redacción del parte; dice también que aquellos documentos se han salvado y quedan en lugar seguro, y ofrece, por último, que, cuando llegue á recibirlos, dará conocimiento de ellos al Supremo Gobierno.

Sin embargo, no sabemos que los documentos referidos figuren en los archivos nacionales, y sería muy conveniente y aún necesario, que el Gobierno Supremo tratase de descubrir el paradero del archivo del Cuartel general del ejército de Oriente y procurase recogerlo, antes de que, pasando los años, lleguen á extraviarse los documentos importantes que aquel archivo debe contener, y que tan preciosos serán para la historia de México.

Por nuestra parte, nos atrevemos á suplicar á los generales, jefes y oficiales que de los que defendieron á Zaragoza viven aún, se sirvan recordar y narrar los episodios notables y los hechos heroicos que tuvieron lugar durante el sitio de aquella ciudad, para evitar que se pierda el recuerdo, en medio de la apatía con que vemos nuestra historia, de aquellos hechos que, en otros países, se recordarian con noble orgullo. Al efecto, tendremos siempre un lugar preferente en el "Periódico Militar", para la inserción de los datos é informes que sobre los asuntos indicados se nos remitan. El ejército actual encontrará así ejemplos que imitar, y sobre todo, verá que el sacrificio de los valientes que se inmolan en las aras del deber, no se relega al olvido, sino que se glorifica y se ofrece como ejemplo á las generaciones venideras.

Esperamos algunos datos que nos faltan para escribir unos "Apuntes biográficos del general Jesus G. Ortega," y si, como lo esperamos, nos llegaren á tiempo, publicaremos dichos "Apuntes" como apéndice á "La defensa de Zaragoza," y acompañaremos también el retrato del benemérito general en jefe del ejército de Oriente.

PARTE GENERAL QUE DIÓ AL SUPREMO GOBIERNO DE LA NACION,

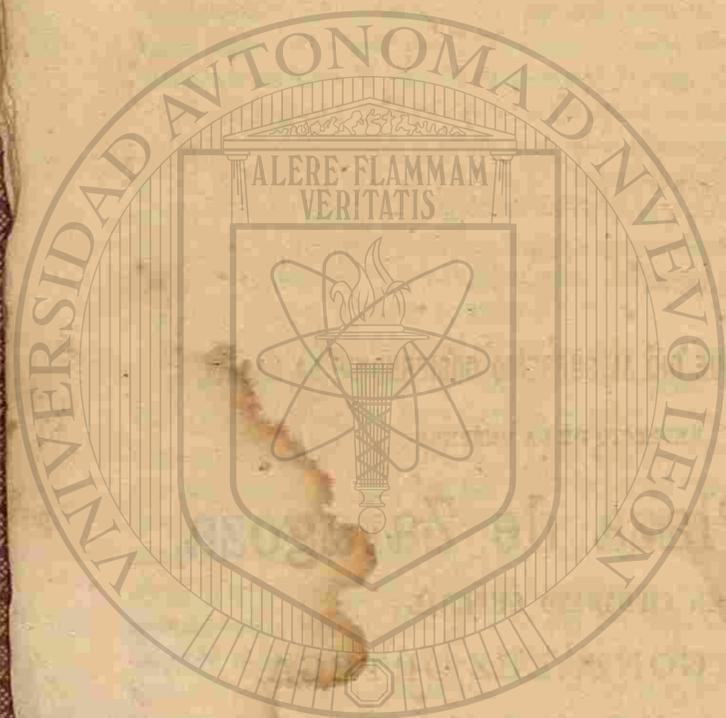
RESPECTO DE LA DEFENSA

De la Plaza de Zaragoza,

EL CIUDADANO GENERAL

JESUS GONZÁLEZ ORTEGA.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



**Ejército mexicano.—General de Division y en jefe
que fué del Cuerpo de Ejército de Oriente.**

C. MINISTRO DE LA GUERRA:

Durante los sesenta y dos días del asedio de la plaza de Zaragoza, no tuve ni la calma que era necesaria para hacer la apreciación filosófica de los sucesos que en ella tuvieron lugar, ni aún el tiempo que físicamente se necesitaba para narrarlos simplemente; por estas razones me limité á recojer todos los datos posibles, respecto de aquellos importantes sucesos, con el objeto de que ellos me sirvieran un poco más tarde, para rendir el parte general de todos los acontecimientos habidos en la defensa de la referida plaza, y á comunicar únicamente al Supremo Gobierno en esos días lo que ocurría de más notable, por medio de cartas particulares que dirigía al señor general D. Ignacio Comonfort, las que escribiera con la precipitación que era natural á las circunstancias azarosas en que me hallaba.

Después de la rendición de la citada ciudad de Zaragoza, en los días que trascurrieron en mi tránsito para Orizaba, preso y á las órdenes del ejército francés, y aún en los que se sucedieron después de mi evasión de esta última ciudad, no tuve tampoco el tiempo necesario para rendir el parte mencionado, y me resolví á llenar este deber á mi llegada á San Luis Potosí, que era el punto en que se hallaba el Supremo Gobierno y hacía el que yo me dirigiera; pero desgraciadamente, todos los datos y documentos que traía en mi poder, cayeron en manos de la fuerza que asesinó, el 19 de Junio último, al ilustre general D. Ignacio de la Llave. Suspendí de nuevo, y contra mi voluntad, el trabajo y remisión de aquella pieza oficial,
DEFENSA.—2.

diffiriendo hacerlo un poco más tarde, esto es, tan luego como llegaran á mi poder los documentos originales y datos que había reunido, porque, afortunadamente el robo que sufrí el 19 de Junio, consistió sólo en copias simples de aquellos documentos, cuyos originales, no quise, bajo ningún aspecto, exponer á las vicisitudes de mi prisión ó destierro, pero como se ha demorado la llegada de aquellos, me he resuelto á rendir el parte mencionado, consultando sólo á la verdad y á mi memoria, reservándome remitir al Supremo Gobierno, dentro de pocos días y en comprobación de mis asertos, copia certificada de los documentos que citaré en esta comunicacion.

El día 3 de Febrero del presente año, llegó á la ciudad de Puebla de Zaragoza, el señor general D. Ignacio Comonfort, en jefe del Cuerpo de ejército del Centro, comisionado por el Gobierno Supremo, para acordar con el que suscribe, como general en jefe del Cuerpo de ejército de Oriente, el plan de campaña que debía adoptarse en la guerra que la nación sostiene contra la Francia, y muy especialmente en la defensa de las ciudades de Zaragoza y México.

Para cumplir, respecto de este punto, con las órdenes del mismo Supremo Gobierno, tuve dos ó tres conferencias reservadas con el señor general Comonfort, sirviéndose en ellas de secretario el señor general D. José María González de Mendoza, cuartel-maestre del Cuerpo de ejército de Oriente.

En todos los puntos que creímos á propósito poner á discusion, nos convenimos con la mayor facilidad, en atencion á que nos servía de norte la buena fé y el sentimiento noble y patriótico de salvar á toda costa, el buen nombre de México y el honor de sus armas, excepto en un sólo punto, y que yo juzgué el más esencial y como la sólida base de todas nuestras operaciones militares, y era nada ménos que establecer, para tales y cuales casos, la unidad de mando en ambos Cuerpos de ejército.

Los principales argumentos que aduje en apoyo de la precedente proposicion, eran: que obrando independientemente uno de otro Cuerpo de ejército, y siguiendo el sistema de combinaciones, íbamos á debilitar nuestro poder y quizá á nulificar del todo nuestra accion; porque la guerra, como es bien sabido, tenía emergencias é incidentes imprevistos, que era necesario atender en el acto, de una mane-

ra decisiva y sin vacilar, para salvar un ejército, y porque una vez comenzadas las operaciones militares, los acontecimientos de la guerra hacían las más veces impracticables é inútiles las combinaciones, y que cuando llegaba el caso de que algunas de ellas fueran acordadas, ántes de ponerse en práctica, ya los mismos acontecimientos habían hecho caducar las causas que las habían motivado. Que estos pensamientos no eran originales ni míos, sino bien comunes y ordinarios, por haber dejado ya los hechos canonizadas, más de una vez, las verdades que aquellos entrañaban. Además, que si la responsabilidad del éxito de la campaña en general quedaba dividida entre dos jefes, éstos, como era natural, por más patriotas que fueran y superiores á sus propias pasiones, procurarían cada uno de ellos salvar, por su parte, la que pesaba sobre él, por más que en lo exterior se tratara de dar á los hechos un colorido distinto del que real y positivamente tuvieran; y que de esta manera comprometeríamos indudablemente los intereses más caros de toda una nacion.

Por estas razones manifesté al mismo señor general Comonfort, con la franqueza y sinceridad que usa un hombre cuando ve comprometidos el nombre y derechos del suelo en que naciera, que las naciones en sus días solemnes y de prueba, no se salvaban sino con actos inusitados y sacrificios heroicos de sus hijos, que yo tenía orgullo de ser uno de los muchos mexicanos que amaban sin limite á su país natal, y que creía tener la abnegacion necesaria para hacer por mi patria toda clase de sacrificios, si con ellos le resultaba un bien á aquella, porque era sacrificio separarse del mando de un ejército en vísperas de una batalla, en la que se iba á combatir y á defender lo que tienen de más caro los pueblos; y que aunque reconocía y admiraba esas mismas cualidades en el señor general Comonfort, las circunstancias que lo rodeaban no eran las mismas en que me encontraba yo, y que aunque me fuera penoso, como me es hoy referirlo, tenía que hacer con toda franqueza algunas comparaciones personales.

Que él había desempeñado los más altos y honoríficos empleos de la república, y ensanchado con esto el vasto círculo de su influencia y relaciones, antecedentes que yo no poseía; que el mismo señor había adquirido conocimientos militares, haciéndolos más sólidos con

dilatados servicios prestados á la patria, en la carrera de las armas, cuando yo era, como todo el mundo lo sabía, un soldado de circunstancias, cuya espada me habían ceñido los últimos sucesos políticos de mi patria: que por todas estas razones le cedía con gusto y de una manera honrosa el mando.

Noté que mi raciocinio ofendía la modestia del señor general Comonfort, y por esto le propuse la adopcion de este otro medio que lo conciliaba todo y salvaba la dificultad.

Si el ejército francés hacia un movimiento con el objeto de atacar á la capital de la república, esquivando batir á la ciudad de Zaragoza, lo que no era de esperarse, pero debía preverse porque tal paso se hallaba en la esfera de las probabilidades, en este caso el Cuerpo de ejército de Oriente quedaba á las órdenes del señor general Comonfort; y en consecuencia, sobre dicho señor pesaría la responsabilidad de la defensa de la plaza de Zaragoza, pudiendo hacer á su arbitrio que quedara poca ó mucha fuerza dentro del recinto fortificado. Mas si el ataque se dirigía sobre la referida plaza de Zaragoza, entónces el Cuerpo de ejército del Centro quedaba á las órdenes del general en jefe del de Oriente, pudiendo el primero obrar independientemente siempre que no recibiera del jefe de la plaza una orden terminante, en cuyo caso toda la responsabilidad de la defensa de ambas ciudades, pesaría sobre el general en jefe del Cuerpo de ejército de Oriente.

Todo esto quedaba reducido á la siguiente proposicion:

Si el ejército francés atacaba la plaza de México, el general en jefe de los Cuerpos de ejército de Oriente y Centro sería el C. Ignacio Comonfort, y si el ataque lo sufría la plaza de Zaragoza, el general en jefe de ambos Cuerpos de ejército sería el que suscribe.

De este modo se utilizaban los conocimientos que ambos generales tenían del personal de sus respectivas fuerzas, y se satisfacía además, aunque en parte, la primera y más imperiosa necesidad de la guerra, que es la unidad en el mando.

El señor general Comonfort convino en la fuerza y verdad de mis argumentos, y en consecuencia en la necesidad que había de establecer la unidad en el mando; pero me manifestó al mismo tiempo de un modo concluyente, que tratándose de intereses de la patria y

no siendo nosotros imparciales en este grave negocio, por afectar el mismo á la persona de ambos, dejáramos pendiente el punto en cuestion, para que lo resolviera el Supremo Gobierno en uso de sus facultades, á fin de no presentarle, con lo acordado por nosotros, una dificultad tanto más grave para el mismo Supremo Gobierno, cuanto que hasta cierto punto tenía un carácter personal.

El raciocinio del ya citado señor general hizo fuerza en mi ánimo, y quedó acordado que ambos pasaríamos á México á dar un informe circunstanciado y verbal al mismo Supremo Gobierno, ó por mejor decir, á hacer ante el mismo una amplificacion de las razones que habíamos tenido presentes al acordar los puntos principales en que se fundaba nuestro plan de campaña ó defensa; quedando acordado tambien que el punto en cuestion no sería resuelto por nosotros.

Lo más esencial de lo contenido en ese plan, era: poner como base de operaciones militares de ambos Cuerpos de ejército á las ciudades de Zaragoza y México, que uno de los referidos Cuerpos de ejército sería el auxiliar del otro, y que verificara la ocupacion de San Martin de Temeslúcan el del Centro, como punto estratégico: contenía además el plan mencionado, otros muchos puntos referentes á las fuerzas y Estados del interior, y cuyos puntos creimos conveniente y esencial dejar comprendidos en nuestro plan, si bien no tenían ni podían tener otro carácter que simples indicaciones, hechas al Supremo Gobierno de una manera respetuosa, por si el mismo tuviera á bien adoptarlas.

El señor general Mendoza, con su feliz memoria y claro talento, recogió é hizo constar en una acta todos los puntos discutidos y acordados en nuestras conferencias. Despues de haber sido aprobados y firmados tres ejemplares de este documento, se remitió uno de ellos, con el carácter de muy reservado y por extraordinario, al Supremo Gobierno, quien aprobó su contenido un poco más tarde, como consta de la nota oficial que, con el carácter de reservada tambien, recibió el señor general Comonfort y el que suscribe, suscrita por el señor Ministro de la Guerra. Los otros dos ejemplares quedaron, uno en poder del citado señor general Comonfort y el otro en mi archivo reservado.

El día 8 del mismo mes, esto es, cinco dias despues del en que

llegó el citado señor general á Zaragoza, emprendimos nuestra marcha para la capital de la República.

En una conferencia que tuvimos con el señor Presidente y sus Ministros, desempeñamos la comision que nosotros mismos nos hubiéramos dado. Allí volví á insistir en que se estableciera la unidad de mando, porque, como he dicho, creí que de esto pendía el buen éxito de todas nuestras operaciones militares. El señor Presidente ofreció resolver oportunamente este gravísimo punto, reservándose sin duda meditarlo y acordar lo conveniente en junta de Ministros.

Al dia siguiente en la noche, 10 de Febrero, el señor Ministro de la Guerra, el demócrata y recomendable general C. Miguel Blanco, tuvo la bondad de pasar á la posada en que nos hallábamos, siendo el mismo señor el portador de una nota oficial procedente del Ministerio de la Guerra, en cuya nota quedaba resuelto definitivamente el punto objeto de la cuestion; pero no en el sentido que yo lo habia iniciado, sino en otro diametralmente opuesto; porque se prevenia en aquella, que los Cuerpos de ejército de Oriente y Centro obraran independientemente uno del otro, no quedando por esto entre ellos otra liga, que las combinaciones acordadas y aprobadas mutua y previamente por los respectivos generales en jefe de ambos Cuerpos de ejército.

Con la mayor pena leí la comunicacion de que me ocupó, pero no hice ni quise hacer ya la menor observacion respecto de su contenido, porque ya mi conciencia estaba enteramente tranquila, cuando habia hecho cuanto me aconsejaba la lealtad con que serví á mi patria y á mi gobierno, y cuanto me impusiera el deber en la posicion que ocupaba como soldado, y cuando habia hecho tambien cuanto pudiera hacerse en la órbita de mis facultades, á fin de que la República Mexicana pudiera jugar, en contra de sus injustos invasores, de una manera simultánea, sin dificultad alguna y en la hora y punto que se creyera más conveniente, todos sus elementos físicos.

Creí, pues, que sólo me restaba, para cumplir mis deberes como soldado, prestar una ciega obediencia á las órdenes del Supremo Gobierno, y más cuando tenía la conviccion, de que esas órdenes eran la expresion de la buena fé más pura y del más acendrado patriotismo. Así lo hice, y me volví en union del señor general Comon-

fort, para Zaragoza, el dia 11 del mismo mes. El citado señor general se quedó en Tescmelican, en cuya poblacion se encontraba la mayor parte de sus fuerzas.

Séame permitido manifestar al mismo Supremo Gobierno, por el digno y respetable conducto de vd., hoy que ya sus órdenes quedaron cumplidas de una manera leal y caballerosa, cual corresponde á un ciudadano honrado, hoy que ya en el pasado sólo vemos hechos sujetos á la calificacion de la opinion pública y bajo el dominio de la historia, y hoy que ya no tengo otros compromisos para con el mismo Supremo Gobierno, que narrarle con toda verdad los sucesos que han pasado, el resultado que han dado sus disposiciones, mi modo de ver la marcha de los sucesos por la posicion en que me hallaba, y aún los sentimientos más íntimos de mi conciencia, á fin de que el mismo Supremo Gobierno, con la ilustracion y filosofía con que ha marcado los actos de su administracion, pueda aprovecharse de la historia de los acontecimientos que han tenido lugar, para bien de la nacion que ha puesto en sus manos su gloria y sus faustos destinos; repito que me sea permitido decir hoy que ya todo ha pasado, que la lectura de la órden á que me contraigo, destruyó una gran parte de las risueñas esperanzas que tenía respecto de la defensa de Zaragoza y del triunfo de nuestras armas, y que los hechos vinieron, en mi concepto, á realizar mis temores.

Yo no quiero decir con esto, que no tenía una alta idea del valor, aptitud y patriotismo del general en jefe del Cuerpo de ejército del Centro y de sus dignos compañeros de armas; yo sólo he querido decir, que faltaba la unidad en el mando, y que fraccionado el poder de la República, juzgaba por lo mismo débiles, como era natural, los elementos físicos que poseía para hacer frente al poder colosal de la Francia. Tampoco he querido decir, que el Supremo Gobierno, no obstante la ilustracion y acierto que ha tenido al tratar todos los negocios de su incumbencia, sufriera una equivoacion al dictar aquella órden: yo lo que he querido decir, señor Ministro, es lo que me ha dictado mi conciencia que diga, cuando como soldado de una República democrática, doy cuenta de mis actos, respecto de asuntos de la más alta importancia para la nacion, al gobierno honrado y justo de ella.

Yo he dicho, y repito de nuevo, que respeto las razones que tuvo presentes el Supremo Gobierno al dictar aquella orden que obedecí y fui exacto en cumplir, pero ese respeto no me impone el sacrificio, punible de mi parte si lo hiciera, de faltar á mi conciencia aún cuando lo que ésta me diga sea equivocado ó erróneo.

En atención á lo que había pasado me resolví ya de la manera más absoluta y terminante, á salvar á toda costa y á trueque de los más grandes y cruentos sacrificios, el honor del Cuerpo de ejército de Oriente, á quien el Supremo Gobierno dispensaba tan justas y merecidas consideraciones, y cuyo Cuerpo de ejército, compuesto de guardias nacionales ó de ciudadanos á quienes habían armado las circunstancias, había puesto á mis órdenes; salvando con esto al mismo tiempo el buen nombre de México, y dejando así satisfechos los patrióticos y nobles sentimientos del gobierno, que ya me eran conocidos.

Esta amarga y silenciosa resolución, me la arrancara la razón de ver diseminados y en distintas manos los elementos de guerra con que contaba México, y la conciencia que tenía formada por esa misma razón, de que se me tomaría la plaza, y así se lo manifesté confidencial y reservadamente á los señores generales Mendoza y Paz, cuartel-maestre el primero y jefe de la artillería el segundo, y en cuyos oficiales generales reconozco y han reconocido los inteligentes un fondo no común de conocimientos militares, científicos y prácticos; siendo, por los servicios y antecedentes de ambos, bien conocidos sus sentimientos patrióticos. Los dos generales aprobaron, con júbilo y como laudable, mi resolución.

Para realizar ésta, para zanjar las dificultades que ella misma debía naturalmente presentarme en lo sucesivo, y para poner un dique á cualquiera otro proyecto que pudiera nacer de las circunstancias de la plaza creándose prosélitos, por esas mismas circunstancias para embarazarme, quise arrancarle una prenda al Cuerpo de ejército de mi mando, por medio de sus jefes de más alta graduación, quise que me hiciera una solemne promesa, que sería el símbolo de su patriotismo y de sus glorias, promesa que estaba muy seguro que me otorgaría, porque eran hombres de corazón los que me rodeaban.

Al efecto previne al mismo general cuartel-maestre, que reunie-

ra en el palacio del gobierno y en las piezas de mi habitación, á los comandantes de la artillería é ingenieros, al general inspector del Cuerpo de ejército, á los generales que mandaban divisiones y brigadas, así como á los coroneles encargados del mando de éstas últimas, sin decirle qué motivaba ni qué objeto tenía la reunión.

Verificada ésta, hablé á todos manifestándoles: que la lucha que México sostenía con una de las naciones más poderosas del mundo; para no permitir que fueran conculcados sus más preciosos derechos, tomaba de día en día formas más gigantescas y colosales; que desgraciadamente algunos de los malos hijos de México se hallaban unidos á las huestes de la Francia, y que para que México sostuviera con decoro sus derechos y pudiera hacer el noble papel que le correspondía en la lucha á que tan injustamente se le había provocado, era necesario, absolutamente necesario, que los buenos mexicanos de que se formaba el Cuerpo de ejército de Oriente, los que comprendían lo que importaba y valía el honor del suelo en que vieron la primera luz, se unieran haciendo á un lado resentimientos personales y de partidos, que siempre nacían y eran propios, no de la pequeñez de los hombres, sino de las situaciones graves y difíciles en que se colocaban muchas veces; que era necesario sacrificar en aras de la patria todo aquello que fuera pequeño y poco noble, todo aquello que tendiera á debilitar el poder de México; en suma, que era necesario que el Cuerpo de ejército de Oriente fuera el eco fiel de los sentimientos nacionales, y que para que su voz fuera más vigorosa y potente, debía ser una sola y llevarla su general en jefe, lo que daría también por resultado, que la acción de éste quedara más expedita y pudiera fijar su atención en sólo los asuntos de la guerra.

El señor general cuartel-maestre tomó la palabra y hablando en nombre de los jefes que se hallaban presentes, en términos elocuentes y sentidos, me ofreció de la manera más explícita y solemne, que quedarían cumplidos mis deseos, por exigirlos así los intereses de la patria.

En seguida manifesté que aquella reunión tenía otro objeto, y era el principal. Dije que la guerra tenía azares que todos conocían, que por uno de ellos podía caer la plaza en poder del enemigo, que por uno de ellos podían sufrir un descalabro las tropas que tenía la

Yo he dicho, y repito de nuevo, que respeto las razones que tuvo presentes el Supremo Gobierno al dictar aquella orden que obedecí y fui exacto en cumplir, pero ese respeto no me impone el sacrificio, punible de mi parte si lo hiciera, de faltar á mi conciencia aún cuando lo que ésta me diga sea equivocado ó erróneo.

En atención á lo que había pasado me resolví ya de la manera más absoluta y terminante, á salvar á toda costa y á trueque de los más grandes y cruentos sacrificios, el honor del Cuerpo de ejército de Oriente, á quien el Supremo Gobierno dispensaba tan justas y merecidas consideraciones, y cuyo Cuerpo de ejército, compuesto de guardias nacionales ó de ciudadanos á quienes habían armado las circunstancias, había puesto á mis órdenes; salvando con esto al mismo tiempo el buen nombre de México, y dejando así satisfechos los patrióticos y nobles sentimientos del gobierno, que ya me eran conocidos.

Esta amarga y silenciosa resolución, me la arrancara la razón de ver diseminados y en distintas manos los elementos de guerra con que contaba México, y la conciencia que tenía formada por esa misma razón, de que se me tomaría la plaza, y así se lo manifesté confidencial y reservadamente á los señores generales Mendoza y Paz, cuartel-maestre el primero y jefe de la artillería el segundo, y en cuyos oficiales generales reconozco y han reconocido los inteligentes un fondo no común de conocimientos militares, científicos y prácticos; siendo, por los servicios y antecedentes de ambos, bien conocidos sus sentimientos patrióticos. Los dos generales aprobaron, con júbilo y como laudable, mi resolución.

Para realizar ésta, para zanjar las dificultades que ella misma debía naturalmente presentarme en lo sucesivo, y para poner un dique á cualquiera otro proyecto que pudiera nacer de las circunstancias de la plaza creándose prosélitos, por esas mismas circunstancias para embarazarme, quise arrancarle una prenda al Cuerpo de ejército de mi mando, por medio de sus jefes de más alta graduación, quise que me hiciera una solemne promesa, que sería el símbolo de su patriotismo y de sus glorias, promesa que estaba muy seguro que me otorgaría, porque eran hombres de corazón los que me rodeaban.

Al efecto previne al mismo general cuartel-maestre, que reunie-

ra en el palacio del gobierno y en las piezas de mi habitación, á los comandantes de la artillería é ingenieros, al general inspector del Cuerpo de ejército, á los generales que mandaban divisiones y brigadas, así como á los coroneles encargados del mando de éstas últimas, sin decirle qué motivaba ni qué objeto tenía la reunión.

Verificada ésta, hablé á todos manifestándoles: que la lucha que México sostenía con una de las naciones más poderosas del mundo; para no permitir que fueran conculcados sus más preciosos derechos, tomaba de día en día formas más gigantescas y colosales; que desgraciadamente algunos de los malos hijos de México se hallaban unidos á las huestes de la Francia, y que para que México sostuviera con decoro sus derechos y pudiera hacer el noble papel que le correspondía en la lucha á que tan injustamente se le había provocado, era necesario, absolutamente necesario, que los buenos mexicanos de que se formaba el Cuerpo de ejército de Oriente, los que comprendían lo que importaba y valía el honor del suelo en que vieron la primera luz, se unieran haciendo á un lado resentimientos personales y de partidos, que siempre nacían y eran propios, no de la pequeñez de los hombres, sino de las situaciones graves y difíciles en que se colocaban muchas veces; que era necesario sacrificar en aras de la patria todo aquello que fuera pequeño y poco noble, todo aquello que tendiera á debilitar el poder de México; en suma, que era necesario que el Cuerpo de ejército de Oriente fuera el eco fiel de los sentimientos nacionales, y que para que su voz fuera más vigorosa y potente, debía ser una sola y llevarla su general en jefe, lo que daría también por resultado, que la acción de éste quedara más expedita y pudiera fijar su atención en sólo los asuntos de la guerra.

El señor general cuartel-maestre tomó la palabra y hablando en nombre de los jefes que se hallaban presentes, en términos elocuentes y sentidos, me ofreció de la manera más explícita y solemne, que quedarían cumplidos mis deseos, por exigirlos así los intereses de la patria.

En seguida manifesté que aquella reunión tenía otro objeto, y era el principal. Dije que la guerra tenía azares que todos conocían, que por uno de ellos podía caer la plaza en poder del enemigo, que por uno de ellos podían sufrir un descalabro las tropas que tenía la

honra de mandar, y que por uno de ellos podía ver la patria desvanecidas sus más halagüeñas esperanzas respecto de la victoria, y que esto no podíamos evitarlo ni ponernos á cubierto de sus consecuencias, supuesto que esos mismos azares procedían de las inmutables leyes de la naturaleza; pero que lo que sí podíamos salvar á pesar de nuestros mismos enemigos, fueran cuales fueren los sucesos, lo que no tenían poder para arrebatarnos ni aún los mismos acontecimientos, era el honor de México: y que para salvar éste, si la guerra se desgraciaba respecto de nosotros, si la fortuna no nos era propicia, yo contaba como colaboradores con todos los hombres de corazón á quienes llamaba compañeros de armas, con todas las notabilidades democráticas que de puntos lejanos y atravesando centenares de leguas habían concurrido á Zaragoza, no en pos de comodidades ó empleos militares, sino en busca de rudas fatigas y de una tumba gloriosa; que á esos hombres, en quienes la nación tenía cifrado su porvenir y que eran la columna de sus libertades públicas, yo los juzgaba capaces de todo lo grande, de todo lo que es capaz un pueblo cuando se trata de su honor, esto es, de los actos más heroicos; que por lo mismo quería que, anticipadamente y de una manera solemne, levantáramos un monumento á las glorias de México, y que ese monumento consistiera en hacer todos una protesta que dejaríamos consignada y firmada en una acta, de defender cada uno de los señores generales y jefes los puntos que les encomendara, sin que importara algo para el cumplimiento de las consignas que recibieran, si alguno ó algunos de esos puntos caían ó no en poder del enemigo, pues de lo que debían cuidarse era de defender cada uno honrosamente sus parapetos y reductos, aunque la ciudad quedara convertida en escombros, y no hubiera ya medio alguno de salvarla, peleando cada uno en los puntos encargados á su defensa, hasta caer muertos ó prisioneros en ellos; pues que estaba resuelto, porque así me lo aconsejaba el honor y el deber, á que si la fortuna no nos era favorable, no salvar de la plaza ni un cartucho ni un proyectil, ni un hombre ni un cañón, y á defender á la ciudad hasta en su último atrincheramiento, para que pudiéramos decirle en él al general del ejército invasor, cuando ya humanamente no nos fuera posible poder continuar la lucha: *No podemos ya defendernos;*

no te pedimos garantías; ven y ahórcanos si quieres. Tales fueron mis palabras.

Al preguntar si se hacía la protesta, si se levantaba la acta, y si prestaban, no como soldados sino como ciudadanos, su aquiescencia para ello, todos se levantaron de una manera simultánea para aprobar cuanto había dicho. No hubo discusiones, no hubo explicaciones, no hubo objeciones de alguna especie: á mi incorrecto discurso sólo sucedieron lágrimas, lo que me demostró que mis palabras no eran otra cosa, sino lo que formaba la conciencia de todos, lo que estaba en el sentimiento de todos.

Manifesté también: que aquella acta quedaría oculta mientras pasaban los sucesos que se esperaban en Zaragoza, para no desvirtuar su objeto, y para que ella misma testificara en lo sucesivo, cuáles habían sido las resoluciones que se tomaron en las horas más frías y glaciales de los acontecimientos, y dijera al Gobierno Supremo de qué manera se habían cumplido sus órdenes y llenado sus deseos; y á la nación, en qué términos habían comprendido sus hijos sus deberes, y cómo los habían llenado.

La base de mis proyectos estaba puesta ya. La fortuna me había comenzado á sonreír para realizarlos.

Yo, por un principio de noble orgullo y de amor propio, quería tener la honra de escribir aquel documento, donde el Cuerpo de ejército de Oriente, por medio de sus jefes de alta graduación, iba á dejar consignada una expresión de heroica y sublime abnegación, un voto de austeridad militar y patriotismo, y por lo mismo diferí aquel trabajo material de un día para otro, y de éste para aquel, hasta la llegada del ejército francés á la plaza, sin que el carácter urgente de la multitud de quehaceres que me rodeaban, me hubieran permitido llenar mi deseo en este punto. El documento, pues, no fué escrito materialmente; pero su contenido quedó consignado solemnemente en una protesta hecha por generales y jefes pundonorosos, y escrito en el corazón de cada uno de ellos.

En el acto señalé los puntos que debían defender, á cada uno de los jefes que mandaban divisiones y brigadas.

Encargué la defensa de la línea que quedaba comprendida entre los fuertes de Loreto, Guadalupe y la Misericordia, ó sean 5 de

Mayo, Guadalupe é Independencia, incluso dichos fuertes, al señor general D. Felipe B. Berriozábal, que mandaba la primera division. El primero de los fuertes mencionados, quedó á las inmediatas órdenes del señor general Hinojosa, el segundo á las del señor general Gayoso, y el tercero á las del señor general Osorio.

La línea comprendida entre los fuertes de Santanita y S. Javier, ó sea el Demócrata é Iturbide, incluso estos últimos, la encargué al señor general D. Florencio Antillon, que mandaba la tercera division, quedando por entónces, encargados tambien, del primero de dichos fuertes, el señor coronel Macías, jefe de una de las brigadas de Guanajuato, y del segundo el señor general Rojo, jefe de otra de las de Morelia.

La línea comprendida entre los fuertes del Carmen, ó sea Hidalgo y Morelos, la encomendé al señor general D. Francisco Alatorre, que mandaba la cuarta division, quedando el primero de los fuertes referidos, á las órdenes del señor general Ghilardi, y el segundo á las del señor coronel, hoy general, D. Miguel Auza.

La línea comprendida entre los fuertes de Zaragoza é Ingenieros, la dejé á las órdenes del ilustre y malogrado general, D. Ignacio de la Llave, que mandaba la quinta division, quedando encargado del primero de dichos fuertes, el señor general Pinzon, y del segundo el señor general Patoni.

El señor general Mejía, que mandaba una brigada suelta, estando á las inmediatas órdenes del cuartel general, quedó encargado de la defensa del perímetro interior de la plaza.

El señor general D. Miguel Negrete, á cuyas órdenes se encontraba la segunda division, quedó formando con ella la reserva general del Cuerpo de ejército.

Con justicia ó sin ella, pero más bien como resultado de la agitación en que se hallaban los ánimos y el estado de exageración á que habia llegado el sentimiento patrio, respecto de la defensa de la plaza, existían fuertes diferencias entre el jefe del Cuerpo de Ingenieros, coronel D. Joaquín Colombres, para quien oficialmente pedí al Supremo Gobierno el empleo de general de brigada, y los principales jefes del referido Cuerpo de ejército. A consecuencia de esto tuve una conferencia reservada con el citado señor coronel, la que

dió por resultado que ese científico y patriota jóven, me dijera: que lo separara del mando del Cuerpo de ingenieros, aunque la plaza se hallaba ya en visperas de ser atacada, porque no quería interponer con su persona, que valía tan poco, la más ligera dificultad al Cuartel General, en momentos en que éste, por convenir así al bien de la patria, debía alejar todo motivo de desunion, todo pretexto de discordia, para dejar que en el horizonte militar que iba á presentársenos, sólo jugaran pasiones grandes y elevadas. Así lo hice, separándolo de la comandancia del Cusrpo de ingenieros para utilizar sus servicios en mi Estado Mayor.

Refiero este hecho, señor Ministro, porque el ciudadano coronel Colombres se halla hoy fuera de la República, preso y en un país extranjero; porque ese hecho, como otros muchos, quise dejarlo en la oscuridad, para no herir susceptibilidades, y porque yo veo más grandes á los hombres, sobreponiéndose á sus propias pasiones, en bien de su patria y de sus semejantes, que presentándose al fuego y á la metralla enemiga.

Con el más vehemente deseo de acertar, para corresponder así á la confianza que el Magistrado Supremo de la naciou me dispensará, y para no comprometer voluntariamente en lo más mínimo los intereses del Cuerpo de ejército que estaba á mis órdenes, y por consecuencia de esto los de la naciou toda, habia pedido anticipadamente un plan de defensa que comprendiera todas las ideas generales compatibles al estado en que se hallaba la plaza, previendo, hasta donde fuera posible en el mismo plan, la actitud que pudiera tomar el enemigo.

Este documento lo recabé del señor general Cuartel-Maestre, por ser un deber de él mismo proporcionármelo. El señor general Mendoza, además de sus conocimientos militares, reúne otros locales respecto de la ciudad y sus alrededores, por ser oriundo de Zaragoza, que no poseía ningun otro general.

Otro documento de esta misma clase pedí reservadamente al señor coronel Colombres, para tener puntos de comparacion, y por medio de ellos, más facilidad de indagar la verdad, ó lo más conveniente en un asunto de tanta importancia.

La razon que tuve para dirigirme á este señor y no á algun otro

de nuestros generales, fué la siguiente: Colombres es hijo de la ciudad de Zaragoza, ingeniero, y posee prácticamente conocimientos en el arte de la guerra. Fué además el que, mandando el Cuerpo de ejército de Oriente el malogrado general Zaragoza, concibió el proyecto de fortificar la ciudad por medio de fuertes bastiones y aislados unos de otros, cuyo proyecto puso en ejecución, previa la orden del referido general en jefe, y la respectiva aprobación del ciudadano Presidente.

Cuando esos documentos se hallaban en mi poder, no quise discutir el contenido de ellos con sus autores, por creerlo así conveniente, no obstante haberlo solicitado ambos. El señor general Mendoza me entregó un apéndice, ó sea complemento del primer plan que había formulado, y que contenía algunos puntos importantes de que había hecho omisión en aquel.

Los demás trabajos científicos y extratégicos que requería la plaza, se habían concluido ya: en ellos prestó muy importantes servicios el citado señor general Cuartel-Maestre y los ingenieros que trabajaron bajo su inspección, cuyos nombres no doy aquí por no recordarlos. Todos los documentos en que constan esos trabajos, se han salvado, y el Supremo Gobierno no podrá juzgar de su mucha ó poca importancia, sino cuando tenga la honra de remitírselos.

Creo también conveniente decir al Supremo Gobierno: que del plan de campaña que había formado mi antecesor, el demócrata general Zaragoza, según pude inferirlo por sus disposiciones previas no porque respecto de esto me dejara documento alguno, sólo hice las variaciones siguientes:

1.º Abandonar el proyecto de defender las Cumbres de Aultzingo, que habían comenzado á fortificarse con parapetos pasajeros y de campaña, con sólo el objeto de causar algunos males al enemigo. Este proyecto lo abandoné, porque con él iba á dársele á aquel una victoria, en cambio de algunos centenares de muertos que pudiéramos hacerle, aumentando en consecuencia, la moral del ejército francés, todo lo que iba á disminuir la del nuestro.

2.º Rendir en la plaza de Zaragoza todos los elementos de guerra que estaban diseminados desde el Puente Nacional hasta la fortaleza de Perote, y desde la fortaleza de Perote hasta el Palmar.

3.º Aumentar los fuertes que circunvalaban la plaza de Zaragoza con los que se levantaron, por mi orden, un poco después, y que llevaban los nombres de Zaragoza, Morelos y el Demócrata; cuyas modificaciones fueron también aprobadas por el Supremo Gobierno.

Los movimientos y aprestos que se notaban en fines de Febrero en el campo enemigo, indicaban ya con toda claridad, que el día del combate se aproximaba, y así se lo manifesté al ciudadano Ministro de la Guerra, por medio de mensajes telegráficos. En vista de esto, tuve una conferencia con el señor general Paz, comandante general de artillería, respecto del estado de municiones y parque existentes en la plaza, y tanto yo, como dicho señor, juzgamos ineficaces los que había para llenar el objeto á que estaban destinados, por su poco número, y muy especialmente por la falta de pólvora para utilizar todos nuestros proyectiles.

El señor general Paz, me dirigió una comunicación, en la que me decía el estado que guardaba nuestro parque, y que necesitaba, de absoluta é imperiosa necesidad, y con cuanta prontitud fuera posible, unos setecientos quintales de pólvora. Me decía también: que la manifestación y pedido que me hacía, era para salvar la responsabilidad que pesaba sobre él mismo, en el caso desgraciado en que, por falta de parque, sufriera una derrota el Cuerpo de ejército de Oriente.

A mi vez, porque era mi deber y porque quise también eximirme de toda responsabilidad, trascribí dicha comunicación, con el carácter de muy reservada, al Supremo Gobierno, de la que obtuve la contestación respectiva, ofreciéndoseme en ella, que se me remitieran oportunamente los elementos de guerra que pedía, y que para ello el Gobierno estaba haciendo toda clase de sacrificios.

Efectivamente, yo soy el primero, señor Ministro, en reconocer y admirar los esfuerzos hechos entonces por el Supremo Gobierno; mas la situación en que se hallaba era en extremo difícil, y apenas podía satisfacer por lo mismo, las más imperiosas exigencias de aquella; y más si se tiene en cuenta que todos nuestros elementos de guerra habían concluido en una lucha de cinco años; lucha que el pueblo mexicano sostuvo en defensa de sus derechos, contra las clases privilegiadas de nuestra sociedad.

No contento con esto por mi parte, mandé el día 22 del mismo mes de Febrero, en comision cerca del Supremo Gobierno, á los señores coroneles Auza y Colombres, con el objeto de que le manifestaran de viva voz, la necesidad que había de que se aumentaran el parque y los víveres con que contaba la plaza, y de que se sustituyeran los últimos, que se estaban consumiendo entónces, con algunas cantidades de numerario que se ministraran al ejército, para poder reservarlos y hacer uso de ellos en el asedio que probablemente sufriría la ciudad. La autoridad suprema atendió á mis comisionados, y ordenó que se remitieran con toda prontitud, las cantidades que necesitaban mis tropas para su manutención; ofreciendo al mismo tiempo, remitir oportunamente el parque y víveres que se pedían.

Sin destruir ni barrenar el pensamiento general que había adoptado para la defensa de la plaza, permití á los señores generales encargados de las líneas y de los fuertes, así como al que había encomendado el perímetro interior de la misma plaza, que se hicieran en los puntos, cuya defensa les correspondía, todas las obras de zapa que aún faltaban para que los fuertes tuvieran el poder y consistencia que se había querido darles, que concluyeran y aun comenzaran á hacerse las abatidas y trampas al frente del saliente de los bastiones, y que bajo su inspeccion se aspilleraran todos los edificios que se hallaban cerca de los mismos fuertes y los que daban á la campaña alguno de sus frentes ó costados, para cuyas operaciones puse ingenieros á las órdenes de los referidos generales.

Me es grato y satisfactorio manifestar á usted que en esos trabajos hubo una emulacion patriótica entre unos y otros generales y jefes del Cuerpo de ejército que mandaba, entre unos y otros oficiales, y aun entre unos y otros individuos de la clase de tropa. Todo esto era un ligero presagio de que los soldados de Oriente le consagraban á México su sangre, su trabajo y cuanto valían.

El señor general Berriozábal trabajó con actividad y sin descanso sobre los cerros, teniendo por colaboradores á los generales que estaban á sus órdenes; lo mismo hicieron en sus respectivas líneas, y sin que el primero les aventajara en lo más mínimo, los señores generales Antillon, Alatorre y Llave. El señor general Negrete, con los generales Escobedo, Riosecó y Prieto, que mandaban las briga-

das de su division, sobrepujo en esos mismos trabajos á las esperanzas del Cuartel General: lo mismo hizo por su parte el señor general Mejía. Injusto sería si en este punto no hiciera una mención muy especial y honorífica del modesto cuanto valiente general Patoni.

En principios de Marzo, el señor Presidente, acompañado de su Ministro de Relaciones, visitó la plaza de Zaragoza; ahí volví á manifestarle la urgencia que había de que se me remitieran los elementos pedidos anticipadamente, y ahí volví á recibir nuevos ofrecimientos de que oportunamente se me harían los respectivos envíos.

Por los mensajes telegráficos y comunicaciones reservadas que recibí del señor Ministro de la Guerra, supe que el Supremo Gobierno había hacinado una gran parte de los elementos que necesitaba la plaza, que unos venían ya en camino y con direccion á ella, y que los otros se remitieron tambien un poco despues; pero los sucesos se precipitaron, y ya no fué posible introducirlos á la ciudad para contar con ellos en su defensa.

Los víveres y municiones de guerra existentes en nuestros almacenes, estaban calculados para treinta dias, fundando el cálculo, respecto de las últimas, sobre ataques fuertes y continuados á la plaza durante los citados treinta dias.

Este fué el término, segun lo que entendí, en que el Supremo Gobierno creyó que se resolvía la cuestion de armas; creencia de que participé yo tambien, fundándome en el brío y arrojo proverbial del ejército frances, y en la valentia y patriotismo del nuestro. Creí tambien que la resolucion de ese sangriento problema no sería otra que la destruccion de ambos ejércitos, porque juzgué que el invasor iba á atacarnos de una manera ruda, temeraria, inusitada. Y si bien sus ataques y asaltos fueron llenos de entereza y brío, retrocedió cuando los hechos convencieron á sus generales que su ejército caminaba á un abismo, como lo demostraré en esta misma nota y en su lugar respectivo.

Los estados de fuerza, municiones y víveres que había en la plaza, al comenzarse el asedio, existen en el Ministerio de la Guerra, y yo los acompañaría á este parte para comprobar mis aseveracio-

No contento con esto por mi parte, mandé el día 22 del mismo mes de Febrero, en comision cerca del Supremo Gobierno, á los señores coroneles Auza y Colombres, con el objeto de que le manifestaran de viva voz, la necesidad que había de que se aumentaran el parque y los víveres con que contaba la plaza, y de que se sustituyeran los últimos, que se estaban consumiendo entónces, con algunas cantidades de numerario que se ministraran al ejército, para poder reservarlos y hacer uso de ellos en el asedio que probablemente sufriría la ciudad. La autoridad suprema atendió á mis comisionados, y ordenó que se remitieran con toda prontitud, las cantidades que necesitaban mis tropas para su manutención; ofreciendo al mismo tiempo, remitir oportunamente el parque y víveres que se pedían.

Sin destruir ni barrenar el pensamiento general que había adoptado para la defensa de la plaza, permití á los señores generales encargados de las líneas y de los fuertes, así como al que había encomendado el perímetro interior de la misma plaza, que se hicieran en los puntos, cuya defensa les correspondía, todas las obras de zapa que aún faltaban para que los fuertes tuvieran el poder y consistencia que se había querido darles, que concluyeran y aun comenzaran á hacerse las abatidas y trampas al frente del saliente de los bastiones, y que bajo su inspeccion se aspilleraran todos los edificios que se hallaban cerca de los mismos fuertes y los que daban á la campaña alguno de sus frentes ó costados, para cuyas operaciones puse ingenieros á las órdenes de los referidos generales.

Me es grato y satisfactorio manifestar á usted que en esos trabajos hubo una emulacion patriótica entre unos y otros generales y jefes del Cuerpo de ejército que mandaba, entre unos y otros oficiales, y aun entre unos y otros individuos de la clase de tropa. Todo esto era un ligero presagio de que los soldados de Oriente le consagraban á México su sangre, su trabajo y cuanto valían.

El señor general Berriozábal trabajó con actividad y sin descanso sobre los cerros, teniendo por colaboradores á los generales que estaban á sus órdenes; lo mismo hicieron en sus respectivas líneas, y sin que el primero les aventajara en lo más mínimo, los señores generales Antillon, Alatorre y Llave. El señor general Negrete, con los generales Escobedo, Riosecó y Prieto, que mandaban las briga-

das de su division, sobrepujo en esos mismos trabajos á las esperanzas del Cuartel General: lo mismo hizo por su parte el señor general Mejía. Injusto sería si en este punto no hiciera una mención muy especial y honorífica del modesto cuanto valiente general Patoni.

En principios de Marzo, el señor Presidente, acompañado de su Ministro de Relaciones, visitó la plaza de Zaragoza; ahí volví á manifestarle la urgencia que había de que se me remitieran los elementos pedidos anticipadamente, y ahí volví á recibir nuevos ofrecimientos de que oportunamente se me harían los respectivos envíos.

Por los mensajes telegráficos y comunicaciones reservadas que recibí del señor Ministro de la Guerra, supe que el Supremo Gobierno había hacinado una gran parte de los elementos que necesitaba la plaza, que unos venían ya en camino y con direccion á ella, y que los otros se remitieron tambien un poco despues; pero los sucesos se precipitaron, y ya no fué posible introducirlos á la ciudad para contar con ellos en su defensa.

Los víveres y municiones de guerra existentes en nuestros almacenes, estaban calculados para treinta dias, fundando el cálculo, respecto de las últimas, sobre ataques fuertes y continuados á la plaza durante los citados treinta dias.

Este fué el término, segun lo que entendí, en que el Supremo Gobierno creyó que se resolvía la cuestion de armas; creencia de que participé yo tambien, fundándome en el brío y arrojo proverbial del ejército frances, y en la valentia y patriotismo del nuestro. Creí tambien que la resolucion de ese sangriento problema no sería otra que la destruccion de ambos ejércitos, porque juzgué que el invasor iba á atacarnos de una manera ruda, temeraria, inusitada. Y si bien sus ataques y asaltos fueron llenos de entereza y brío, retrocedió cuando los hechos convencieron á sus generales que su ejército caminaba á un abismo, como lo demostraré en esta misma nota y en su lugar respectivo.

Los estados de fuerza, municiones y víveres que había en la plaza, al comenzarse el asedio, existen en el Ministerio de la Guerra, y yo los acompañaría á este parte para comprobar mis aseveracio-

nes, si pudiera disponer de ellos á la vez; pero me reservo hacerlo, cuando remita los demas documentos comprobantes de esta nota.

El enemigo ocupaba el dia 15 de Marzo los puntos de Amozoc, Animas y Chachapan, que se hallan á pocas millas de la ciudad de Zaragoza, y cuyos puntos habia ocupado con el grueso de su ejército, batiéndose con nuestras caballerías, que dispuse vinieran á la vanguardia de aquel, á una ó dos millas de distancia.

El 16, poco despues de las ocho de la mañana, el enemigo, con fuertes columnas de las tres armas, bien asegurados sus flancos y con todas las precauciones que aconseja el arte, avanzó hácia la plaza por el lado del Este. A los tres cuartos para las nueve de la mañana de ese mismo dia, la cabeza de sus columnas tocaba los suburbios de la hacienda de los Alamos.

A las nueve, un cañonazo disparado en el fuerte de Guadalupe, anunció á la plaza que estaba á sus puertas el ejército invasor. Poco despues ocupó los cerros de Amalúcan y las Navajas, que estaban á sus flancos, para apoyar en ellos sus movimientos, cuyos puntos comenzó á fortificar en el acto, sin que ántes ni despues de esta operacion le fueran disputados aquellos por nuestras fuerzas, por no convenir esto al plan de operaciones que me habia propuesto seguir.

Poco ántes de las once del dia, el enemigo comenzó á prolongar su línea por su derecha, apoyada en el cerro de Amalúcan, y como intentando colocarse al norte de los fuertes de Loreto y Guadalupe.

A la una de la tarde, la columna que protegió á la vanguardia la prolongacion de la línea, hizo alto en la hacienda de la Manzanilla, en cuyo punto quedó apoyada su derecha.

Cuatro horas despues, el enemigo desprendió de sus campamentos tres columnas con tiradores á su frente, y con direccion al fuerte de Guadalupe, haciendo alto al pié del cerro en que se hallaba colocado aquel. Las columnas permanecieron hasta la entrada de la noche, en el punto en que hicieron alto.

Por si tuviera por objeto este movimiento descubrir el alcance del cañon de la plaza, mandé que éste permaneciera en silencio mientras el enemigo no hiciera un movimiento formal. La plaza continuaba con la mayor calma sus obras de zapa, teniendo las tropas que la guarnecian, colocado en pabellones, su armamento.

Durante la noche de ese dia, no ocurrió novedad alguna, y el enemigo permaneció en los puntos que ocupaba durante el dia, sin avanzar su línea por su frente ni prolongarla por sus flancos.

De una manera detallada y minuciosa di el parte al Supremo Gobierno, de todo lo ocurrido la noche y dia que dejo citados, por medio de mensajes telegráficos que remití, dándoles un carácter oficial. Esos documentos se publicaron en los diarios que entónces veían la luz en la capital de la República. (1)

A las primeras luces de la mañana del dia 17, se dejaron ver por las lomas de la Uranga, las columnas del Cuerpo de ejército del Centro que mandaba el señor general Comonfort, por cuyo punto indiqué á dicho señor general, la noche anterior, que sería conveniente se situara, para envolver al enemigo por uno de sus flancos, en el caso de que atacara rudamente á los fuertes de Loreto y Guadalupe en columna cerrada, y sin más apoyo que su arrojo, su artillería y sus bayonetas.

El enemigo durante ese dia no hizo otra cosa que prolongar un poco más su línea por su izquierda y derecha, apoyando su movi-

[1] "Puebla, Marzo 16 de 1863.—Recibido en México á las ocho y cuarenta minutos de la mañana.

Señor Ministro de la Guerra.—El enemigo avanza hácia la plaza, con fuerzas de las tres armas.

Ya se acerca á la hacienda de los Alamos. Son los tres cuartos para las nueve de la mañana.—Ortega."

"Puebla, Marzo 16 de 1863.—Recibido en México á las nueve de la mañana.

Señor Ministro de la Guerra.—Son las nueve de la mañana y la fortaleza de Guadalupe anuncia con un cañonazo que el enemigo está al frente de la plaza.—Ortega."

Fuerte de Guadalupe.—Recibido en México á las diez de la mañana.—Señor Ministro de la Guerra.—El enemigo se ha posesionado de los cerros de Amalúcan y las Navajas, que se hallan frente al fuerte de Guadalupe; por el centro y camino real vienen avanzando hácia la plaza las columnas de infantería.

Fuerte de Guadalupe, á las diez de la mañana.—Ortega."

Fuerte de Guadalupe.—Recibido en México á las diez y cincuenta minutos de la mañana. Señor Ministro de la Guerra:

Van á ser las diez y media de la mañana.

El enemigo ha hecho alto, y parte de él toma como por su derecha volteando el cerro de Amalúcan, rumbo á la Malintzin.

El resto queda tendido en columnas sobre el camino real. Creo que allí solo piensa establecer su campo, segun lo que está indicando su movimiento, á ménos de que en la tarde de hoy no avance y emprenda el ataque.

Toda la plaza está lista. La línea de los cerros, encargada á los generales Berriozábal,

miento en fuertes columnas de las tres armas. Su marcha la ejecutó lenta y pausadamente y con todas las precauciones de guerra. La prolongación de la línea por su derecha no la comenzó á verificar sino en las últimas horas de la tarde, para ocultar sin duda el objeto de su movimiento. En la noche de ese mismo día, di aviso al señor general Comonfort de los puntos que ocupaba el ejército francés.

La noche se pasó sin novedad.

Todo lo ocurrido en las veinticuatro horas anteriores, está bien circunstanciado en los mensajes telegráficos que remití al Supremo Gobierno, y que también he visto publicados en los diarios referidos. (2) (Véase la pág. 26).

El día 18 continuó su movimiento en los términos que lo hizo los días anteriores. A las doce del mismo día tocó el camino de México, cortando el alambre telegráfico que comunicaba á esta última ciudad con la de Zaragoza. Poco después ocupó el cerro de San Juan, sin que se le disputara por fuerza alguna de las nuestras, porque aquel punto no había sido fortificado, y se encontraba por lo mismo,

Gayoso, Díaz é Hinojosa, continúa en los trabajos de fortificación, con la mayor calma, teniendo al frente de las obras su armamento en pabellones.

Lo mismo dije á la reserva general, al mando del general Negrete, en el centro de la plaza. Todo, pues, está en calma, pero todo preparado para resistir el ataque.—Ortega.²

“Fuerte de Guadalupe, Marzo 16 de 1863.—Recibido en México á las doce y cuarenta minutos del día.—Señor Ministro de la Guerra.—Fuerte de Guadalupe, á las doce y diez y seis minutos.—El enemigo está estableciendo su campamento sobre el camino real de Amozoc, á media legua de la garita y fuera de nuestros tiros de cañón; otro grueso de sus fuerzas corona, como le dije á vd. el cerro de las Navajas, izquierda de su campo: otro está á su derecha en el cerro de Amalúcan, y continúa prolongando su línea á la derecha del mismo cerro, é izquierda nuestra, como colocándose al frente y por el Norte de las fortalezas de Guadalupe y Lorito.

Solo estoy inspeccionando ver cuál es el punto en que el enemigo apoya su derecha, para bajar á la ciudad en unión de los Sres. generales Mendoza y Páz, que los traigo á mi lado, á uno como Cuartel-Maestre y á otro como comandante general de artillería, para lo que se me ofrezca. El Sr. general Berriozábal queda en este fuerte, y él mismo me transmitirá por el telégrafo al centro de la plaza, todo lo que ocurra. Los demas generales en sus respectivas líneas.—Ortega.²

“Fuerte de Guadalupe, Marzo 16 de 1863.—Recibido en México á la una y veinticinco minutos de la tarde.—Señor Ministro de la Guerra.—Es la una de la tarde, estoy en la oficina del telégrafo del pie del cerro de Guadalupe, y marché para el centro de la plaza.—El enemigo apoyó al fin su derecha en un grueso de infantería situada en la hacienda de la Manzantilla, en cuyo punto están colocando sus tiendas. Hasta esta hora el ataque está anuncia-

abandonado enteramente; pues si bien dicho cerro es una posición ventajosa por su proporcionada elevación y por hallarse un poco avanzado de los suburbios del Oeste de la ciudad, no era posible su defensa, porque, para hacerla con buen éxito, era necesario constituirlo en una fortaleza aislada é independiente de la plaza, y con todos los elementos necesarios para su defensa, y la plaza apenas tenía el número de tropas absolutamente indispensable para cubrir su recinto.

Antes de que los franceses ocuparan el citado cerro, y aún después de haberlo ocupado, algunos de nuestros guerrilleros hostilizaban tenazmente la vanguardia de aquellos, á cuya hostilización contestaron con algunos tiros de cañón disparados de la cima del cerro mencionado.

Los días 19 y 20, el enemigo continuó reconcentrando sus fuerzas y elementos de guerra, sobre el citado cerro de San Juan y caminos de México y Tlaxcala, no habiendo ocurrido en dichos días más novedad, que algunas ligeras escaramuzas habidas entre las avanzadas de uno y otro ejército.

do sobre los cerros; mas no es remoto que en la noche me cambien el campo, y al amanecer me ataquen uno de los flancos de la plaza. De todo estaré pendiente, y si en la noche observo algún movimiento oculto del enemigo, no se lo comunicaré á vd. hasta que lo crea conveniente. He retirado nuestras caballerías del frente del enemigo.—Ortega.²

“Puebla, Marzo 16 de 1863, á las tres y cincuenta minutos de la tarde.—Ciudadano Ministro de la guerra.—El general Berriozábal por el telégrafo del cerro, me dice lo siguiente:

“Nuestra primera brigada de caballería entra á la garita de los Remedios. Una gruesa columna del enemigo, se presenta por todo el camino á la falda de Amalúcan; creo que vendrá á acampar entre este cerro y la hacienda de los Alamos. Daré á vd. aviso de lo que haga dicha columna. En los fuertes de mi línea no ocurre novedad.—Ortega.”

“Recibido en México á las tres y cincuenta y cinco minutos de la tarde.—Señor Ministro de la Guerra.—El general Berriozábal me dice por el telégrafo del cerro, lo siguiente:

“La columna enemiga que participó á vd. se había presentado á nuestro frente, ha acampado á derecha é izquierda del camino real, en la salida de Amalúcan.—Ortega.”

“Á las cuatro de la tarde.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—Acaba de darme parte el general O’Horan, que un zuavo se ha desprendido del ejército invasor, y protegido por una ligera barranca, se ha venido á nuestro campamento: una partida de traidores lo persiguió para lizarle, pero nuestro cuerpo de exploradores lo protegió oportunamente.—Ortega.”

“Puebla, Marzo 16 de 1863, á las cuatro y cinco minutos de la tarde.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—Ha entrado á esta plaza el primer batallón de Tlaxcala. Lo he agregado á la división que manda el general Llave. Los batallones de Huáchinango los he agregado á la brigada del general Mejía, y uno de ellos á la división del general Berriozábal.—Ortega.”

El día 20, las fuerzas que mandaba el señor general Comonfort, volvieron á aproximarse á las lomas de la Uranga, con direccion al Puente de México, y aún se oyeron en la plaza por aquel rumbo, algunos disparos de cañon.

El 21, decia en carta particular al señor general Comonfort, lo siguiente, cuyo contenido ratifico ahora en todas sus partes:

"Mi querido amigo y compañero.—Los generales Carbajal y Rivera con las brigadas que mandan, saldrán dentro de una ó dos horas de esta plaza, rompiendo, si es necesario, la débil línea que tiene el ejército invasor frente á nuestros fuertes. El objeto de la comision que he dado á dichos generales, ellos mismos podrán manifestarlo á vd. verbalmente. Le mando á vd. una coleccion de los boletines que se han publicado en esta plaza, faltando sólo el que verá la luz dentro de pocas horas, y que tendrá algun interes, por mencionarse en él los sucesos que han tenido lugar la tarde de hoy. En unas cuantas líneas se los referiré. El enemigo no ha hecho obras de zapa para colocar sus baterías, hasta la tarde de hoy que comenzó una obra

"Puebla, Marzo 16 de 1863.—Recibido en México á las cuatro y siete minutos de la tarde.—Señor Ministro de la Guerra.—El general Berriozábal me dice por telégrafo del cerro, lo siguiente:

"Á las tres de la tarde, una partida del enemigo que ocupaba el cerro de las Navajas, ha bajado y ocupa la cresta del de Amalúcan y la hacienda de los Álamos.—Ortega."

"Á las cinco y doce minutos de la tarde.—Señor Ministro de la Guerra.—En este momento, que son las cinco y diez minutos, me comunica el general Berriozábal que se dirigen tres columnas del enemigo sobre el cerro de Guadalupe.—Yo salgo en el acto para ese punto á disponer lo conveniente.—Ortega."

"Puebla, Marzo 16 de 1863.—Recibido á las seis y treinta minutos de la tarde.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—Las tres columnas de infantería de que me habló el Sr. general Berriozábal, han hecho alto al frente de Guadalupe y á tiro de cañon del mismo fuerte, pero tiro perdido. Al frente estoy sobre el cerro observándolo todo con la vista natural. Se trabó un ligero frotón entre nuestra avanzada y la enemiga.—Ortega."

"Recibido á las seis y treinta y cinco minutos de la tarde.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—En este momento me comunica el general Aureliano Rivera, que todas las fuerzas del enemigo, que estaban en Tlaxcala y Huamantla, avanzan sobre esta plaza.—Ortega."

"Recibido en México á las siete y veinticinco minutos de la noche.—Señor Ministro de la Guerra.—Las columnas volvieron á hacer alto. Ya me vine del cerro y me encuentro en el centro de la plaza. Todo está quieto á esta hora. Son las siete de la noche. El general Berriozábal quedó sobre el cerro. Voy á mandar exploradores en todas direcciones para observar si el enemigo cambia su campo ó intenta atacarme por otro rumbo.—Recibí las libranzas.—Ortega."

frente á Totimehuacan y á mucha distancia de la plaza; pero poco despues de haber comenzado sus trabajos, el fuerte de Ingenieros desbarató con sus tiros de cañon la columna que los apoyaba, teniendo que hacer fuego en seguida sobre los trabajadores. A la misma hora que esto pasaba por Ingenieros, los fuertes de Guadalupe, Loreto y Santa Anita, ó sea 5 de Mayo y Demócrata, rompían tambien sus fuegos de cañon sobre la línea que el enemigo habia formado por un camino más inmediato á dichos fuertes, para proteger un gran convoy de carros que traía de Amalúcan para el cerro de S. Juan. Esto produjo una grande alarma en todo el campamento enemigo, el que se puso en el acto listo y sobre las armas. El último de los mencionados fuertes hizo con tanto acierto sus tiros, que una columna que se dirigía hácia él, como para amagarlo á una gran distancia, la desbarató á los diez ó doce tiros, haciéndole algunos muertos. El enemigo tuvo que diseminar la columna en guerrillas y tiradores, y hacer que echaran pecho á tierra para proteger el paso del convoy. El campamento de Amalúcan lo están trasladando para la línea del cerro de S. Juan, en cuyo punto, como le he dicho á vd., están ha-

"Puebla, Marzo 16 de 1863.—Recibido en México á las once de la noche.—Señor Ministro de la Guerra.—Son las ocho y diez minutos de la noche.—Todo en silencio, y no ocurre novedad. En los mismos terminos me da parte el general Berriozábal y los demas generales encargados de las otras líneas. Acaba de llegar un desertor frances, y los informes que me da parece que son exactos. Dice que Forey aún no está en el campo, que se quedó en Amozoc, y que avanzará hasta mañana con toda la artillería de sitio: que falta una division en el campo, que se quedó en dicho pueblo de Amozoc; que las piezas de sitio que trae el enemigo son ochenta y además doce morteros: que la dotacion de esas piezas son quinientos tiros para cada una: que no sabe el número de tiros de fusil que trae, ni aproximadamente: que los carros son trescientos, y que muchos de ellos vienen cargados de cesteros: que respecto del ataque, desconfía del buen éxito una parte del ejército. Dice tambien, que según ha oído decir, cargarán toda la fuerza y artillería sobre un sólo fuerte, y que si no pueden tomarlo, establecerán en seguida un sitio. Agrega que el ejército frances es de treinta mil hombres, lo que le queda útil, y además los traidores: que la fuerza que está al frente de Guadalupe se compone de ocho mil hombres, y de igual número la que está tambien al frente de Guadalupe por el camino de Amozoc. El desertor es artillero. Sale en la diligencia de mañana. El comandante militar de Tepeaca me dice, que el enemigo ha desocupado aquella poblacion, y que todo el día han estado pasando fuerzas de Acatzingo para Amozoc.—Ortega."

"Puebla, Marzo 16 de 1863.—Recibido en México á las once y treinta minutos de la noche.—Señor Ministro de la Guerra.—El general Berriozábal me dice por telégrafo del cerro lo siguiente:

"Ya tengo enteramente establecidas mis líneas. No hay noticia del enemigo, ni se nota movimiento alguno.—Ortega."

ciendo los invasores, la reconcentraci3n de su fuerza. Le suplico á vd. trasmita al C. Ministro de la Guerra, el contenido de esta carta, que va escrita de mi puño, como la anterior, para que no dude vd. de su autenticidad. Diariamente le he escrito una carta: dígame vd. si las ha recibido. La confianza y la moral del Cuerpo de ejército que defiende la plaza, no pueden ser mejores. Continuamos los trabajos de fortificaci3n sin descanso. Todos los generales encargados de las líneas exteriores y perímetro interior, los encargados de las reservas, como son los generales Negrete y Prieto, trabajan día y noche."

Hasta aquí la carta que cito.

Los generales Carbajal y Rivera, con las dos brigadas de caballería que mandaban, salieron de Zaragoza la noche del mismo día 21, con el único y exclusivo objeto de proporcionar víveres á la plaza, porque creí que ninguna otra persona podía interesarse más por la conservaci3n del Cuerpo de ejército de Oriente, que los militares que pertenecían al mismo. Al efecto di las órdenes correspondientes

"Puebla, Marzo 16 de 1863.—Recibido en México á las doce y veinte minutos de la noche.—Son las doce de la noche: la lluvia, que cae algo copiosa, apaga el gran número de fogatas que el enemigo tiene. Sin más novedad.—Ortega."

"Puebla, Marzo 17 de 1863.—Recibido en México á las seis de la mañana.—Señor Ministro de la Guerra.—Son las cinco de la mañana y no ocurre novedad. Lo más de la noche ha llovido; entiendo que al esclarecer se romperán los fuegos. Al poner este parte, se comienzan á oír cañonazos en Guadalupe, si bien por el telégrafo de aquel punto no recibo parte alguno. Me voy para el cerro, y de allá comunicaré á vd. lo que haya de más importancia. El mayor general de infantería acaba de venir del campo; me da parte de que se sintió hace pocas horas ruido de tropa y carruajes por el rumbo de los fuertes de Zaragoza é Ingenieros. También el general Berriozábal me dió parte hace pocas horas, de que el enemigo había apagado completamente todas las fogatas que tenía en sus campos de Manzanilla y Amalican. Si el enemigo cambia su campo, todo está previsto por nuestra parte.—Ortega."

"Puebla, Marzo 17 de 1863.—Recibido en México á las seis y diez minutos de la mañana.—Señor Ministro de la Guerra.—El Señor general Mendoza me avisa que no hay novedad en la línea de Oriente, y que los cañonazos que se han oído han sido para saludar á nuestro pabellón al izarse en los fuertes. Este parte lo recibí despues de darle á vd. mi anterior.—Ortega."

[2] "Fuerte de Guadalupe, Marzo 17 de 1863.—Recibido á las nueve y diez minutos de la mañana.—Señor Ministro de la Guerra.—Son las ocho y media de la mañana, hora en que bajo del cerro de Guadalupe. El enemigo retiró desde anoche unas columnas que había colocado al frente de los cerros. Sus campamentos, que están unidos, permanecen quietos y no se ve en ellos movimiento alguno que indique un apresto para el ataque. Está el mismo enemigo atrincherando la cúspide del cerro de Amalican, y se perciben, aunque no con mu-

á los referidos generales, conviniendo con ellos las señas, contraseñas y términos que debían servirnos para hacer las introducciones de víveres oportunamente; porque creí también que aquellos días, que eran los primeros del sitio, eran igualmente los más á propósito para acometer y realizar aquella empresa.

De todo esto di el aviso correspondiente al señor general Comonfort y al Supremo Gobierno; suplicando á este último, que aquellas fuerzas, aunque iban á quedar fuera de la plaza, se sirviera dejarlas á mis órdenes, y formando, como hasta entónces, parte del Cuerpo de ejército de Oriente, para poder realizar con ellas los proyectos que me formara para la conservaci3n de la ciudad.

Cuatro ó cinco días despues, recibí una comunicaci3n del mismo Supremo Gobierno, en que se me prevenía diera orden á los mencionados generales, para que quedaran agregados, con sus respectivas brigadas, al Cuerpo de ejército del Centro: manifestándoseme también en dicha comunicaci3n, que no tuviera cuidado alguno por lo relativo á víveres, porque éstos debían de introducirlos, como era de su deber y se le había prevenido, el referido señor general Comonfort.

cha claridad, algunos otros trabajos de zapa en sus campamentos de izquierda y derecha. El movimiento ó ruido que se observó á la madrugada por el frente de los fuertes de Zaragoza é Ingenieros y de que di á vd. parte, fué producido por nuestra fuerza de caballería que circunvalaba la ciudad, y que recorría de fuerte á fuerte despues de la lluvia, para observar si el enemigo había hecho movimiento alguno.

El señor general Comonfort aceptó de una manera patriótica la indicaci3n que le hice, y colocó sus fuerzas en el punto que le manifesté, dejándose ver las columnas que forman su línea de batalla al frente del campo enemigo, á las primeras luces de la mañana: mi deseo, pues, en esta parte, quedó satisfecho.

El enemigo, que creí que en la noche colocaría sus baterías para batirnos los fuertes, nada hizo, cuidando sólo de asegurarse. Ya les manifesté á las fuerzas del señor general Comonfort, el punto en que deben situarse para que coadyuven á la realizaci3n de mi plan. El enemigo toma muchas precauciones, pero todas ellas me indican que nos respeta ó que no tienen fe en el buen éxito del ataque. Marcho, pues, al centro de la plaza. El señor general Berriozábal queda sobre el cerro para dar aviso de los movimientos del enemigo. No hay más novedad.—Ortega."

"Zaragoza, Marzo 17 de 1863.—Señor Ministro de la Guerra.—Son las nueve y media de la mañana, hora en que me dice el general Berriozábal desde el cerro de Guadalupe, lo siguiente:

"Fuerte trozo de caballería é infantería enemiga se desprende del camino real para el cerro del Topozúchil, que está al frente de los fuertes de Zaragoza é Ingenieros."

"Trascribilo á vd. para su conocimiento.—Ortega.—Recibido á las nueve y cuarenta y cinco minutos de la mañana."

ciendo los invasores, la reconcentraci6n de su fuerza. Le suplico á vd. trasmita al C. Ministro de la Guerra, el contenido de esta carta, que va escrita de mi puño, como la anterior, para que no dude vd. de su autenticidad. Diariamente le he escrito una carta: dígame vd. si las ha recibido. La confianza y la moral del Cuerpo de ejército que defiende la plaza, no pueden ser mejores. Continuamos los trabajos de fortificaci6n sin descanso. Todos los generales encargados de las líneas exteriores y perímetro interior, los encargados de las reservas, como son los generales Negrete y Prieto, trabajan día y noche."

Hasta aquí la carta que cito.

Los generales Carbajal y Rivera, con las dos brigadas de caballería que mandaban, salieron de Zaragoza la noche del mismo día 21, con el único y exclusivo objeto de proporcionar víveres á la plaza, porque creí que ninguna otra persona podía interesarse más por la conservaci6n del Cuerpo de ejército de Oriente, que los militares que pertenecian al mismo. Al efecto di las órdenes correspondientes

"Puebla, Marzo 16 de 1863.—Recibido en México á las doce y veinte minutos de la noche.—Son las doce de la noche: la lluvia, que cae algo copiosa, apaga el gran número de fogatas que el enemigo tiene. Sin más novedad.—Ortega."

"Puebla, Marzo 17 de 1863.—Recibido en México á las seis de la mañana.—Señor Ministro de la Guerra.—Son las cinco de la mañana y no ocurre novedad. Lo más de la noche ha llovido; entiendo que al esclarecer se romperán los fuegos. Al poner este parte, se comienzan á oír cañonazos en Guadalupe, si bien por el telégrafo de aquel punto no recibo parte alguno. Me voy para el cerro, y de allá comunicaré á vd. lo que haya de más importancia. El mayor general de infantería acaba de venir del campo; me da parte de que se sintió hace pocas horas ruido de tropa y carruajes por el rumbo de los fuertes de Zaragoza é Ingenieros. También el general Berriozábal me dió parte hace pocas horas, de que el enemigo había apagado completamente todas las fogatas que tenía en sus campos de Manzanilla y Amalican. Si el enemigo cambia su campo, todo está previsto por nuestra parte.—Ortega."

"Puebla, Marzo 17 de 1863.—Recibido en México á las seis y diez minutos de la mañana.—Señor Ministro de la Guerra.—El Señor general Mendoza me avisa que no hay novedad en la línea de Oriente, y que los cañonazos que se han oído han sido para saludar á nuestro pabell6n al izarse en los fuertes. Este parte lo recibí despues de darle á vd. mi anterior.—Ortega."

[2] "Fuerte de Guadalupe, Marzo 17 de 1863.—Recibido á las nueve y diez minutos de la mañana.—Señor Ministro de la Guerra.—Son las ocho y media de la mañana, hora en que bajo del cerro de Guadalupe. El enemigo retiró desde anoche unas columnas que había colocado al frente de los cerros. Sus campamentos, que están unidos, permanecen quietos y no se ve en ellos movimiento alguno que indique un apresto para el ataque. Está el mismo enemigo atrincherando la cúspide del cerro de Amalican, y se perciben, aunque no con mu-

á los referidos generales, conviniendo con ellos las señas, contraseñas y términos que debían servirnos para hacer las introducciones de víveres oportunamente; porque creí también que aquellos días, que eran los primeros del sitio, eran igualmente los más á propósito para acometer y realizar aquella empresa.

De todo esto di el aviso correspondiente al señor general Comonfort y al Supremo Gobierno; suplicando á este último, que aquellas fuerzas, aunque iban á quedar fuera de la plaza, se sirviera dejarlas á mis órdenes, y formando, como hasta ent6nces, parte del Cuerpo de ejército de Oriente, para poder realizar con ellas los proyectos que me formara para la conservaci6n de la ciudad.

Cuatro ó cinco días despues, recibí una comunicaci6n del mismo Supremo Gobierno, en que se me prevenía diera orden á los mencionados generales, para que quedaran agregados, con sus respectivas brigadas, al Cuerpo de ejército del Centro: manifestándoseme también en dicha comunicaci6n, que no tuviera cuidado alguno por lo relativo á víveres, porque éstos debían de introducirlos, como era de su deber y se le había prevenido, el referido señor general Comonfort.

cha claridad, algunos otros trabajos de zapa en sus campamentos de izquierda y derecha. El movimiento ó ruido que se observó á la madrugada por el frente de los fuertes de Zaragoza é Ingenieros y de que di á vd. parte, fué producido por nuestra fuerza de caballería que circunvalaba la ciudad, y que recorría de fuerte á fuerte despues de la lluvia, para observar si el enemigo había hecho movimiento alguno.

El señor general Comonfort aceptó de una manera patri6tica la indicaci6n que le hice, y colocó sus fuerzas en el punto que le manifesté, dejándose ver las columnas que forman su línea de batalla al frente del campo enemigo, á las primeras luces de la mañana: mi deseo, pues, en esta parte, quedó satisfecho.

El enemigo, que creí que en la noche colocaría sus baterías para batirnos los fuertes, nada hizo, cuidando sólo de asegurarse. Ya les manifesté á las fuerzas del señor general Comonfort, el punto en que deben situarse para que coadyuven á la realizaci6n de mi plan. El enemigo toma muchas precauciones, pero todas ellas me indican que nos respeta ó que no tienen fe en el buen éxito del ataque. Marcho, pues, al centro de la plaza. El señor general Berriozábal queda sobre el cerro para dar aviso de los movimientos del enemigo. No hay más novedad.—Ortega."

"Zaragoza, Marzo 17 de 1863.—Señor Ministro de la Guerra.—Son las nueve y media de la mañana, hora en que me dice el general Berriozábal desde el cerro de Guadalupe, lo siguiente:

"Puerte trozo de caballería é infantería enemiga se desprende del camino real para el cerro del Topozúchil, que está al frente de los fuertes de Zaragoza é Ingenieros."

"Trascrib6lo á vd. para su conocimiento.—Ortega.—Recibido á las nueve y cuarenta y cinco minutos de la mañana."

Di en el acto la orden que se me mandaba, aunque con alguna pena, no porque no esperara mucho de aquel general, sino porque, como he dicho ya, no había unidad de mando, y no podía, por lo mismo, haberla de acción, y el Cuerpo de ejército de Oriente, que era sobre el único que yo ejercía mando, se debilitaba con esta medida.

Ha llegado á mis manos un impreso, publicado en Paris, cuyo contenido han reproducido despues los periódicos de la República. En él aparece un diario que abraza los primeros dias de las operaciones militares sobre Puebla de Zaragoza, cuyo diario está escrito por el general Forey. En ese documento se dice, ó se da á entender: que el general Carbajal se dejó encerrar, tal vez contra su voluntad, en el cerco que el ejército frances puso á la plaza.

Esta, señor Ministro, es una inexacta y equivocada apreciacion del general Forey. Los generales Carbajal y Rivera con sus brigadas, lo mismo que el general O'Horan, con la division de caballería que mandaba, *no se han dejado encerrar en la plaza de Zaragoza*, sino que para quedarse en ella han recibido de mi parte una orden expresa; pues la permanencia de dichas fuerzas en aquella ciudad,

"Puebla, Marzo 17 de 1863.—Recibido en México á las diez y cuarenta y seis minutos de la mañana.—Señor Ministro de la Guerra.—El comandante del fuerte de Ingenieros me da el parte siguiente:

"En este momento, que son las nueve y cuarto de la mañana, está pasando sobre la loma que queda tras el cerro del Tepozúchil, una fuerza considerable de las tres armas. La artillería es de montaña, y la caballería parece ser de traidores, porque llevan lanza y banderola.—Trascribilo á vd. para su conocimiento.—Ortega."

"Puebla, Marzo 17 de 1863.—Recibido en México á las diez y cuarenta y cinco minutos de la mañana.—Señor Ministro de la Guerra.—El general Berriozábal me dice por el telégrafo del cerro, lo siguiente:

"A las nueve y cuarenta y cinco minutos de la mañana.—La fuerza que subió al cerro del Tepozúchil permanece en su cima, como en observacion, ó gran guardia del flanco izquierdo del campamento enemigo. Ni en el camino real ni en el resto del referido campamento, se nota movimiento importante.—Ortega."

Zaragoza, Marzo 17 de 1863.—Recibido en México á la una y cinco minutos de la mañana.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—El general Berriozábal me dice, por telégrafo del cerro, lo siguiente:

"A las doce y quince minutos de la mañana.—No hay novedad en nuestra línea. Los campamentos del enemigo han sido reforzados considerablemente, tanto el de Manzanilla como los de Amalucan y los Álamos. Una pequeña fuerza avanza del camino real hacia las ruinas donde estableció su primer campamento el ejército invasor el 5 de Mayo.

"Los jefes de las otras líneas, dan parte sin novedad. El general Rivera acaba de llegar y

en los primeros dias del sitio, formaba parte de mi plan de defensa, en atencion á que esperaba, no un sitio formal, sino un ataque rudo por alguno de los puntos no fortificados de la ciudad, y quise que las caballerías, en uno de estos casos, me sirvieran para resolver la cuestion sobre la llanura, y no quedar expuesto á que me aconteciera lo que á los señores generales Berriozábal y Negrete, el 5 de Mayo, sobre los cerros de Guadalupe y Loreto, quienes despues de haber rechazado y desbaratado á las columnas francesas, no tuvieron una fuerza de caballería con que haber confirmado su triunfo de una manera absoluta, lanceando y aprisionando esas mismas columnas en medio de la confusion que produjera su huida. Recuerdo que en una conferencia muy privada y confidencial que tuve en México con el ciudadano Presidente, le comuniqué lo que dejo expuesto, como que formaba parte del plan de defensa que había adoptado.

Digo á vd. esto, señor Ministro, porque el impreso referido, debe haber llegado á manos del Supremo Gobierno, y ademas, para dar al hecho citado su verdadera apreciacion.

Los dias 22, 23, 24, 25 y 26, tuvieron lugar los sucesos que refe-

de hablar conmigo, y me dice que por el rumbo de Nopalucan y Huamantla no han quedado ni franceses ni traidores, pues que todos se han reconcentrado hacia Puebla.—Ortega."

"Puebla, Marzo 17 de 1863.—Recibido á las cinco de la tarde.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—Son las cuatro de la tarde y no ocurre novedad: el enemigo continúa en su campo sin hacer movimiento alguno. En esta misma hora mando al general Cuartel-Maestre que observe los puntos en que el enemigo sitúa sus grandes guardias. El general Gayoso me acaba de decir desde el fuerte de Guadalupe y en nombre del general Berriozábal: que el enemigo está situando otro campamento, en la hacienda de los Álamos, con las fuerzas que han llegado de Amozoc: me dice tambien, que la fuerza que está en el cerro del Tepozúchil, ha subido piezas de artillería al mismo cerro. Ademas del general Cuartel-Maestre, mando exploradores que observen é inspeccionen de cerca el cerro referido, aunque estoy casi cierto de que han de haber reforzado la gran guardia que está en dicho cerro, con algunas piezas de montaña rayadas, pues de otra manera no puede asegurar el centro de su campo.—Ortega."

"Puebla, Marzo 17 de 1863.—Recibido á las cinco y treinta minutos de la tarde.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—El general Gayoso me dice lo siguiente:

"Noto movimiento del enemigo, acampado en la Manzanilla. Doy conocimiento al general Berriozábal que salió á reconocer la línea."

Pocos momentos despues me dice el general Berriozábal lo siguiente: A las cuatro y media de la tarde.—Hasta este momento toda la derecha del campamento enemigo de la Manzanilla, ha levantado sus tiendas y hace movimiento hacia el cerro de la Resurreccion. En nuestra línea no tiene vd. novedad y estamos listos.

No hay más novedad y me voy en este momento para el cerro.—Ortega."

ri en cartas particulares, remitidas al señor general Comonfort, y en una comunicacion oficial, dirigida al señor Ministro de la Guerra, y aunque al tener lugar aquellos acontecimientos, lo tuvieron tambien algunos episodios interesantísimos, no narro estos por falta de datos, y por no exponerme á sufrir una equivocacion respecto de los detalles ó circunstancias de esos mismos sucesos.

Los documentos á que me refiero, y cuyo contenido ratifico tambien, son los siguientes:

“Comienzo por decirle á vd. que hace tres dias no le he escrito porque no he tenido tiempo, y que esta carta, así como las anteriores, van de mi puño para que no desconfie de su autenticidad.

El enemigo se decidió por fin á atacar á Puebla, pero no cargando á la bayoneta ni en columna cerrada sobre nuestro ejército, como se decía, sino haciéndonos todos los honores de un sitio en forma, y consultando en él todas las reglas que prescribe el arte.

Desde hace tres dias se rompieron los fuegos de cañon por una y otra parte, si bien de una manera lenta y floja: luego continuaron con una poca más de actividad, y muy especialmente por nuestra

“Puebla, Marzo 17 de 1863.—Recibido en México á las siete y cuarenta y cinco minutos de la noche.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—El general Berriozábal me dice á las seis de la tarde lo siguiente:

“Segun el movimiento del campamento enemigo que estaba á la izquierda de la Manzanilla, la vanguardia ha pasado ya como legua y media de la Resurreccion, y van con rumbo á San Aparicio y á San Pablo del Monte.

“En nuestra línea no hay novedad.—Ortega.”

“Puebla, Marzo 17 de 1863.—Recibido en México á las nueve y doce minutos de la noche.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—Acabo de llegar del cerro, donde estuve mirando la marcha que hizo la fuerza enemiga de que me habló el Sr. general Berriozábal. Á las seis y veinte minutos de la tarde, la cabeza de la línea iba llegando al pueblo de San Aparicio y su retaguardia tocaba la Resurreccion, si bien la línea era sumamente débil, y se conocía que el objeto del enemigo era aparentar que marchaba mucha fuerza.

“Á la hora referida faltó la luz, y ya no pudieron distinguirse los objetos ni observarse si la fuerza se quedaba en San Aparicio ó si pasaba para San Pablo del Monte. Parece que la fuerza mencionada no llevaba trenes de artillería. Su número, segun la opinion de los generales Berriozábal, Gayoso y Díaz, que la vieron desfilar desde el principio y con la buena luz de la tarde, se compone de cuatro á cinco mil hombres.

“Ya doy aviso á la vanguardia del cuerpo de ejército del Centro y al Sr. general Comonfort, de este movimiento del enemigo. No ocurre más novedad, y son las siete y media de la noche. Un fuerte campamento quedó en la Manzanilla al frente de Guadalupe.—Ortega.”

parte, con el objeto de impedir que el enemigo situara sus baterías. En la tarde, el mismo enemigo comenzó á arrojar bombas desde la garita de México, sobre los fuertes de Iturbide y de Morelos, ó sea San Javier y el Parral, que le fueron contestadas en el acto, por nuestros morteros, dando esto por resultado, que se le impidiera todo trabajo durante el dia. Siguió el fuego de cañon en la noche, de una manera poco activa. Hoy han continuado las bombas de una y otra parte, lo mismo que el fuego de cañon y el de rifle de los cazadores del enemigo y nuestros rifleros, pues dispuse que entraran ochenta de estos, pertenecientes á la legion del Norte, al fuerte de San Javier, y que el coronel Auza, que defiende el de Morelos, colocara rifleros del 5º Batallon de Zacatecas, por todas las sinuosidades del terreno, fuera de las murallas y cerca del enemigo. Hemos tenido pocos muertos y heridos; el invasor ha sufrido mucho más; todos los puntos que habia ocupado hasta ayer, ha tenido que abandonarlos, al ser rechazados por nuestros rifleros, que salieron de los fuertes. Las avanzadas del coronel Auza, han desalojado á las del enemigo, que han querido apoderarse de Santiago.

“Puebla, Marzo 17 de 1863.—Recibido en México á las nueve y treinta minutos de la noche.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—El Sr. general Berriozábal me dice lo siguiente:

“No hay novedad en mi línea, y en la del enemigo se ven encendidas las fogatas de los campamentos de los Álamos, las Navajas, Amalúcan y Manzanilla. En San Aparicio solo se distinguen hasta este momento dos fogatas, lo que me hace creer que la fuerza que de la Manzanilla se movió esta tarde, ha hecho alto en dicho pueblo; pero que no acaba de establecer su campamento, y por eso tal vez no enciende sus fogatas; si así no lo hace, lo avisaré á vd., pues entiendo que en este caso pretende ocultarse para hacer otro movimiento.”

“Y lo trascibo á vd. para su inteligencia.—Ortega.”

“Puebla, Marzo 17 de 1863.—Recibido á las doce y cincuenta minutos de la noche.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—Van á ser las diez de la noche, hora en que me dice el general Berriozábal por el telégrafo, y desde Guadalupe, lo siguiente:

“No hay novedad en esta línea. En San Aparicio han aparecido las fogatas del campamento enemigo.”

De las otras líneas me dicen los generales encargados de ellas, que no hay novedad.

En la plaza está lloviendo.—Ortega.”

“Puebla, Marzo 17 de 1863.—Recibido en México á las doce y cincuenta y ocho minutos de la noche.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—Son las doce de la noche, y no hay novedad absolutamente en la línea avanzada que manda el Sr. general Berriozábal, ni en todas las demas. Hay la mayor vigilancia.—Ortega.”

“Puebla, Marzo 18 de 1863.—Recibido á las seis y treinta minutos de la mañana.—Señor Ministro de la Guerra.—Segun los partes que dan los generales encargados de las líneas, hasta esta hora, que son las cinco de la mañana, no ha ocurrido novedad en la plaza.—Ortega.”

Lo mismo han hecho las de Morelia con las que han llegado á S. Matías, y las de Guanajuato con las avanzadas y tiradores que han querido posesionarse de las sinuosidades del terreno, que están por uno de los flancos de aquel fuerte. Ayer una fuerza de Durango desalojó á otra francesa de Agua-Azul. Murieron algunos zuavos, y tres de ellos tiraron los rifles, que recogió nuestra fuerza. Los invasores están obrando con mucha cordura y sensatez, esto es, con la que se obra cuando se tiene que batir á un ejército disciplinado. Hoy se apoderaron de algunas casas de San Matías, y fueron desalojados por nuestra artillería tres horas despues, cayendo las casas más que de prisa. Puede vd. manifestar al Supremo Gobierno, que si se pierde esta ciudad por uno de tantos azares que tiene la guerra, sólo quedará en poder del enemigo un monton de escombros, porque sus defensores están resueltos á defender los fuertes que se encuentran en los suburbios de la poblacion, y si estos se pierden, destruiremos cada una de las casas y edificios de aquella. Dígale vd. tambien, que no admita esto como una fanfarronada, sino como la expresion más sincera de este Cuerpo de ejército.

"Puebla, Marzo 18 de 1863.—Recibido en México á las seis y cincuenta minutos de la mañana.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—El general O'Horan, encargado de la division de caballería, me dice á esta hora que son las seis y cuarto de la mañana, que un grueso de infantería francesa pasa por las lomas que están al frente de los fuertes de Zaragoza é Ingenieros.

"Dentro de una hora sabré aproximadamente el objeto que lleva esa columna.—Ortega."

Zaragoza, Marzo 18 de 1863.—Recibido en México á las ocho de la mañana.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—El general O'Horan me comunica que el enemigo, con tres grupos de infantería, ha ocupado la hacienda del Batán, que se halla al frente del fuerte de Ingenieros; y los exploradores me avisan que el cerro del Tepozúchil está ocupado por infantería y caballería de los invasores. El general Carbajal me da tambien parte á esta misma hora, que son las siete de la mañana, que el enemigo que pernoctó en San Gerónimo, ha tomado por su derecha, como doblando los cerros de Guadalupe y Loreto, y con direccion al fuerte de Santa Anita, ó sea del Demócrata; si bien, segun lo que me dice el mismo general, no está bien marcado su movimiento, pues sólo su vanguardia es la que se dirige al cerro del Conde, que se halla cerca del pueblo de Santa María. Dentro de poco se pondrá en claro el movimiento que está haciendo el enemigo en circunvalacion de la plaza.—Ortega."

"Zaragoza, Marzo 18 de 1863.—Á las ocho y quince minutos de la mañana.—Ciudadano Ministro.—Continúa el movimiento de la fuerza que salió de San Aparicio, en el mismo sentido y por el mismo rumbo que dije á vd. en mi parte anterior. El general Llave, encargado de los fuertes de Zaragoza é Ingenieros, el general Alatorre de los de Hidalgo y Morelos, y el general Antillon de los de Turbide y Demócrata, dan parte sin novedad en la noche.

"El general Berriozábal, encargado de los fuertes de Guadalupe, 5 de Mayo é Independencia, da tambien el mismo parte por lo que respecta á la noche.—Ortega."

Mucho, muchísimo, me han servido los señores generales Mendoza y Paz.

Estamos muy bien respecto de moral y de confianza: todo el comercio está abierto, no obstante los fuegos nutridos de una y otra parte.

Se capturó un sargento mexicano, y he mandado que se le ponga una marca de traidor en la cara, y que quede en libertad. La nacion necesita conocer á sus buenos y á sus malos hijos.

Marzo 25, á las ocho de la mañana.—No se fué el correo anoche, y continúo ésta para decirle lo que ha ocurrido de más importancia en las doce horas trascurridas. El fuego durante la noche ha sido nutrido. Me acaban de decir ahora que son las ocho de la noche, que el enemigo se prepara para atacar la plaza. Voy á prepararme yo para la defensa. Vi el tiroteo que tuvo vd. hoy con el enemigo, y lo bien puestas que dejó nuestras armas.

Dia 26, á las nueve de la mañana.—No salió el correo, y por lo mismo le pongo por tercer apéndice estas líneas. Anoche, á las once

"Puebla, Marzo 18 de 1863.—Recibido en México á las ocho y cuarenta minutos de la mañana.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—El general Berriozábal me dice por el telégrafo lo siguiente:

"Á las siete y cuarto de la mañana.—La fuerza enemiga de que le hablé á vd. en mi anterior, toma el rumbo de Santa Anita ó garita de México, y del campamento de las Navajas, ó los Álamos, se ha desprendido un fuerte trozo de infantería, y se dirige á las lomas de Teotimehuacán: aquí está el Sr. general Mendoza.—Trascribo á vd., etc.—Ortega."

"Zaragoza, Marzo 18 de 1863.—Recibido en México á las diez y cuarenta minutos de la mañana.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—Del fuerte de Guadalupe estoy observando posiciones y movimientos del enemigo, y todo está en estos términos: Una fuerza como de mil á dos mil hombres, está colocada al frente del pueblo de Teotimehuacán, y al frente del fuerte de Ingenieros; se ha observado que por detras de las lomas del Tepozúchil, caminan más fuerzas hácia aquel rumbo. En la cima del mismo cerro del Tepozúchil, está colocada otra fuerza pequeña. Entre este cerro y el de Amalúcan, y sobre el camino real de Amozoc, está un gran campamento, apoyando éste su izquierda sobre la cima del segundo de dichos cerros. Este campamento está quieto, y no se mueve hasta esta hora. Á la retaguardia del cerro de Amalúcan, parece que están todos los trenes. El otro campamento, y parece que es el más fuerte, está entre el cerro de la Resurreccion y San Aparicio: este se compone de la fuerza que se movió ayer tarde y anoche de la Manzanilla, cuyo punto ha quedado abandonado. Este campamento lo ha estado levantando el enemigo, y en columna cerrada y lentamente, ha pasado ya la cabeza de dicha fuerza de San Pablo del Monte, como envolviendo los cerros de Guadalupe y Loreto. Son las nueve de la mañana, hora en que se deja ver al frente del fuerte de Ingenieros, una columna como de 2,000 infantes franceses. Continúan

de ella, el enemigo tenía formada una fuerte columna, protegida por su paralela: avisado de esto, así como de que en todo el campo de los invasores se notaba cierto movimiento que indicaba un asalto, me preparé de modo que el enemigo sufriera una sorpresa, y mandé en el acto romper el fuego para explorar su campo: fuego que él contestó de una manera vigorosa y activa hasta esta hora que son las nueve de la mañana.

El centro de la ciudad y su parte occidental, están sufriendo ya el bombardeo. La moral de nuestro ejército está bien, muy bien. En la noche anterior y parte de este día, hemos tenido algunas desgracias, poquitas si se atiende al fuego que ha habido."

"Ciudadano Ministro de la Guerra.—El enemigo acaba de sufrir un fuerte descalabro por el valiente ejército que tengo la honra de mandar.

Durante el día, con sus bombas y fuegos nutridos de cañon, logró destruirnos parte del fuerte de S. Javier, y entre y ocho y nueve de la noche de hoy, ha desprendido de sus paralelas unas columnas de ataque, y asaltó dicho fuerte, cuyas columnas fueron rechazadas y destruidas en ménos de una hora, por nuestros valientes; en el concepto de que para obtener este triunfo, no tuve necesidad de hacer uso de una sola de las siete brigadas de infantería que tengo de reserva.

Mañana daré á vd. algunos detalles sobre este importante hecho de armas, limitándome por ahora á decirle: que el asalto lo resistie-

su movimiento las columnas que van marchando al frente de los cerros. Ninguna fuerza se ha desprendido con dirección á Río Prieto y San Martín.—Ortega."

"Fuerte de Guadalupe, á las doce.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—El enemigo sigue doblando los cerros: ha tomado por la barranca de la Constancia, frente al fuerte del Democrata, á apoderarse de los Molinos y del camino de México. Tal vez dentro de una ó dos horas sus columnas habrán llegado al cerro de San Juan y cortado nuestra línea telegráfica. Sus otros campamentos están quietos.

"He dado orden de que la primera brigada de caballería y la segunda de Zacatecas, marchen á batir una fuerza de caballería traidora, que nos está llamando la atención por Teotihuacán: al general O'Horan le he encargado esta operación, recomendándole que obre siempre bajo la protección de la plaza, pues que la fuerza de traidores tiene cerca de Teotihuacán un apoyo de infantería francesa. Nuestras columnas de caballería van tendidas por la llanura, y en muy buena dirección y orden. Tal vez sea éste el último parte que le dirijo. Estoy en Guadalupe.—Ortega."

ron los bizarros batallones, mandados por sus dignos jefes, 2º y 6º de Guanajuato, auxiliados por el flanco derecho y fuera de la muralla, por el batallón de rifles, y por el flanco izquierdo y los re-
dientes de Morelos, por los batallones 3º, 4º y 5º de Zacatecas, mandados por el bravo ciudadano Miguel Auza.

La línea atacada la mandaban los valientes generales C. Florencio Antillon y su segundo, C. Francisco Lamadrid, y la que auxilió el no ménos valiente y modesto general Alatorre.

El jefe que mandaba el fuerte que fué atacado, es el valiente y pundonoroso jóven, C. Bernardo Smith, á quien encargué su defensa, pocas horas ántes de que fuese intentado el asalto, y en el acto que prevé éste. En el fuego y bombardeo que se ha sostenido en el día y en la brillante jornada de esta noche, la mención más especial y honorífica pertenece á la artillería por justicia.

Como desde á las seis de la tarde prevé el ataque, dispuse que cuatro baterías de la reserva general, tres de Zacatecas y una de Veracruz, se situaran convenientemente, para que á la hora del asalto y con una ligera marcha, se colocaran *en campo raso*, envolviendo los dos flancos del enemigo. Esta orden fué tan bien ejecutada por los generales Paz y García, que minutos despues de haberse roto los fuegos de fusilería, el enemigo estaba envuelto por el de nuestros cañones, que sostenían al mismo tiempo los fuertes mandados por el general Ghilardi y coronel Auza.

Las dos baterías de Zacatecas que se colocaron por la derecha de los fuertes, se encargó de dirigir las el bravo general Negrete, cuyos deseos llenó satisfactoriamente el jefe nato de ella, C. Isidoro Santelices. En éste, como en todos los trabajos que están á mi cargo, me han servido muchísimo los conocimientos locales, instrucción y valor de los generales Cuartel-Maestre, C. J. M. González Mendoza y comandante general de artillería, C. Francisco Paz.

Sírvase vd. poner lo expuesto en conocimiento del C. Presidente de la República, y felicitarlo á nombre del Cuerpo de ejército de Oriente.—Ortega."

"Aumento.—El enemigo hizo sufrir mucho hoy á las familias inocentes de esta ciudad, por las bombas que estuvo arrojando al centro de ella. Se me pasaba decir á vd. que en la noche de hoy, habremos
DEFENSA.—6.

de ella, el enemigo tenía formada una fuerte columna, protegida por su paralela: avisado de esto, así como de que en todo el campo de los invasores se notaba cierto movimiento que indicaba un asalto, me preparé de modo que el enemigo sufriera una sorpresa, y mandé en el acto romper el fuego para explorar su campo: fuego que él contestó de una manera vigorosa y activa hasta esta hora que son las nueve de la mañana.

El centro de la ciudad y su parte occidental, están sufriendo ya el bombardeo. La moral de nuestro ejército está bien, muy bien. En la noche anterior y parte de este día, hemos tenido algunas desgracias, poquitas si se atiende al fuego que ha habido."

"Ciudadano Ministro de la Guerra.—El enemigo acaba de sufrir un fuerte descalabro por el valiente ejército que tengo la honra de mandar.

Durante el día, con sus bombas y fuegos nutridos de cañon, logró destruirnos parte del fuerte de S. Javier, y entre y ocho y nueve de la noche de hoy, ha desprendido de sus paralelas unas columnas de ataque, y asaltó dicho fuerte, cuyas columnas fueron rechazadas y destruidas en ménos de una hora, por nuestros valientes; en el concepto de que para obtener este triunfo, no tuve necesidad de hacer uso de una sola de las siete brigadas de infantería que tengo de reserva.

Mañana daré á vd. algunos detalles sobre este importante hecho de armas, limitándome por ahora á decirle: que el asalto lo resistie-

su movimiento las columnas que van marchando al frente de los cerros. Ninguna fuerza se ha desprendido con dirección á Río Prieto y San Martín.—Ortega."

"Fuerte de Guadalupe, á las doce.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—El enemigo sigue doblando los cerros: ha tomado por la barranca de la Constancia, frente al fuerte del Democrata, á apoderarse de los Molinos y del camino de México. Tal vez dentro de una ó dos horas sus columnas habrán llegado al cerro de San Juan y cortado nuestra línea telegráfica. Sus otros campamentos están quietos.

"He dado orden de que la primera brigada de caballería y la segunda de Zacatecas, marchen á batir una fuerza de caballería traidora, que nos está llamando la atención por Teotihuacán: al general O'Horan le he encargado esta operación, recomendándole que obre siempre bajo la protección de la plaza, pues que la fuerza de traidores tiene cerca de Teotihuacán un apoyo de infantería francesa. Nuestras columnas de caballería van tendidas por la llanura, y en muy buena dirección y orden. Tal vez sea éste el último parte que le dirijo. Estoy en Guadalupe.—Ortega."

ron los bizarros batallones, mandados por sus dignos jefes, 2º y 6º de Guanajuato, auxiliados por el flanco derecho y fuera de la muralla, por el batallón de rifles, y por el flanco izquierdo y los re-
dientes de Morelos, por los batallones 3º, 4º y 5º de Zacatecas, mandados por el bravo ciudadano Miguel Auza.

La línea atacada la mandaban los valientes generales C. Florencio Antillon y su segundo, C. Francisco Lamadrid, y la que auxilió el no ménos valiente y modesto general Alatorre.

El jefe que mandaba el fuerte que fué atacado, es el valiente y pundonoroso jóven, C. Bernardo Smith, á quien encargué su defensa, pocas horas ántes de que fuese intentado el asalto, y en el acto que prevé éste. En el fuego y bombardeo que se ha sostenido en el día y en la brillante jornada de esta noche, la mención más especial y honorífica pertenece á la artillería por justicia.

Como desde á las seis de la tarde prevé el ataque, dispuse que cuatro baterías de la reserva general, tres de Zacatecas y una de Veracruz, se situaran convenientemente, para que á la hora del asalto y con una ligera marcha, se colocaran *en campo raso*, envolviendo los dos flancos del enemigo. Esta orden fué tan bien ejecutada por los generales Paz y García, que minutos despues de haberse roto los fuegos de fusilería, el enemigo estaba envuelto por el de nuestros cañones, que sostenían al mismo tiempo los fuertes mandados por el general Ghilardi y coronel Auza.

Las dos baterías de Zacatecas que se colocaron por la derecha de los fuertes, se encargó de dirigir las el bravo general Negrete, cuyos deseos llenó satisfactoriamente el jefe nato de ella, C. Isidoro Santelices. En éste, como en todos los trabajos que están á mi cargo, me han servido muchísimo los conocimientos locales, instrucción y valor de los generales Cuartel-Maestre, C. J. M. González Mendoza y comandante general de artillería, C. Francisco Paz.

Sírvase vd. poner lo expuesto en conocimiento del C. Presidente de la República, y felicitarlo á nombre del Cuerpo de ejército de Oriente.—Ortega."

"Aumento.—El enemigo hizo sufrir mucho hoy á las familias inocentes de esta ciudad, por las bombas que estuvo arrojando al centro de ella. Se me pasaba decir á vd. que en la noche de hoy, habremos
DEFENSA.—6.

tenido entre muertos y heridos por nuestra parte, el insignificante número de sesenta hombres."

Hasta aquí los documentos que cito.

Tengo que hacer una advertencia. En el diario á que me refiero y que tiene un carácter oficial por ser dirigido el Emperador de los franceses, por el general Forey, se trata, de una manera ingeniosa, de desfigurar los hechos acaecidos el 26 de Marzo en la noche, diciendo: que la plaza creyó por tropas agresoras á los trabajadores, que iban á abrir la tercera paralela, y que, segun el mismo diario, se componian de dos mil zapadores.

La plaza tenía, como era natural, exploradores y centinelas avanzados y perdidos, para inspeccionar de cerca los movimientos del enemigo. Así es, que tuvo todos los medios para descubrir y apreciar el objeto de los movimientos y ataques del mismo enemigo, y más cuando aquellos se descubrian por sus propios resultados.

No fueron, pues, trabajadores los que los franceses lanzaron sobre el fuerte de S. Javier, sino gruesas columnas perfectamente armadas para asaltarlo. La poca resistencia que interpusieron esas columnas, porque no podian hacer otra cosa una vez que se vieron envueltas en la llanura por los fuegos de artillería y fusilería del fuerte y de sus flancos, demostraron claramente: que el enemigo demasiado astuto, como es, y viendo el estrago que sus bombas y demas proyectiles habían hecho en el referido fuerte, creyó desmoralizados á sus defensores; creyó por lo mismo, que éstos interpondrían una débil resistencia, y por último, creyó posible y fácil, hacerse de aquella posicion, tomándola por medio del asalto y la sorpresa. Para realizar este plan se aprovechó de la oscuridad de la noche, lanzando sus fuerzas sobre el saliente del bastion izquierdo, que era el que se hallaba más demolido. Como temió sufrir un descalabro en la empresa atrevida que iba á aventurar, como efectivamente lo sufrió, juzgó fácil ocultarlo, aprovechándose de la misma oscuridad de la noche, no contestando al cañon de la plaza; si bien no podía hacerlo, porque entre éste y el del enemigo se interponían las columnas asaltantes del último, y no podía concebirse racionalmente que hiciera jugar su artillería sobre la espalda de sus mismas columnas. La

razon, pues, que se da en el referido documento, y que fué la misma que de una manera oficial me diera el general Forey para ocultar aquel descalabro, es de tan poco peso, que se destruye por sí misma; porque sólo consiste en decir: que el ejército frances no hizo jugar su artillería sobre la nuestra.

El día que los invasores concluyeron su segunda paralela, y que rompieron el fuego de todas sus baterías sobre el mencionado fuerte de San Javier, que era el punto objetivo de sus ataques, redujeron á escombros en siete horas de fuego, uno de los baluartes, parte de otro y la cortina que se hallaba entre ellos, pues los proyectiles arrojados de la segunda paralela, y no á tiro de brecha, perforaban con la mayor facilidad las crestas de nuestros parapetos. Las bombas de grueso calibre que continuamente estaban cayendo sobre ellos, así como en el centro de la ciudad, eran las que causaban más estrago.

A las cinco de la mañana del día que he citado, se rompieron los fuegos, y á las doce del mismo, previos los partes que me daba el comandante de la arma, había tenido que reponer tres veces los pelotones de artilleros que servian las piezas, y dos á los comandantes de la artillería del fuerte, porque los más de ellos habían sido muertos ó heridos honrosamente. Á la hora mencionada, ya estaban inútiles casi todas las piezas con que se hallaba artillado aquel, una porque había sido desmontada, y las demas porque estaban cubiertos sus montajes con los escombros de los muros, y esto no sólo me consta por los partes que incesantemente recibía, sino porque lo observaba con la vista natural, por hallarme colocado en una de las torres de la Catedral, que sólo distaba algunas cuerdas del frente atacado.

El general frances conviene en lo que llevo expuesto, y manifiesta además: que, destruidos nuestros parapetos sólo quedó haciendo fuego, durante el día, una pieza que se encontraba situada en el bastion de la derecha del fuerte, el que había sufrido poco de su artillería, por tener ésta ménos accion sobre él. Todo esto, que es exacto, no prueba otra cosa, sino que nuestras fortificaciones eran sumamente débiles y pasajeras, y que la plaza no era de primer orden, como equivocadamente lo ha dicho, en una pieza oficial, el Estado Mayor del ejército frances.

La plaza, como lo sabe muy bien el Supremo Gobierno y los millares de hombres que la han visitado, no sólo no tenía las condiciones que requiere el arte para ser plaza de primer orden, pero ni aun las indispensables para que pudiera considerarse como de segundo ó de tercero. Ni era posible en unos cuantos meses y con pocos trabajadores, haber improvisado una plaza semejante en una ciudad dedicada á la agricultura y al comercio, y jamas á objetos de guerra, para los que no era á propósito por su situacion topográfica. Además, la experiencia ha demostrado, que para construir plazas de esta naturaleza, se requiere todo el poder de los gobiernos en tiempos de paz, grandes recursos y el trascurso de algunos años.

Yo no me he propuesto, señor Ministro, y sería además irregular é inusitado, ocuparme, al rendir el parte general á mi Gobierno, de la defensa de la plaza de Zaragoza, de lo que haya dicho, respecto de ella el general frances; pero como ántes de rendir ese parte, he visto los documentos á que me refiero, he creído conveniente valerme de ellos para demostrar con más claridad la verdad de los hechos que narro, y de la que no me separaré por consideracion alguna, por exigirlo así los grandes intereses que para la humanidad y la civilizacion se ventilan en la cuestion actual.

Las brechas abiertas y destrozos causados al bastion de la izquierda del frente de San Javier, se cerraron y repusieron imperfecta y provisionalmente la noche del día del primer ataque: el siguiente los destrozos fueron mayores, porque los parapetos presentaban ya ménos resistencia; en la noche volvió á repararse lo destruido, y así continuó haciéndose en lo sucesivo hasta la terminacion del sitio.

El 28 dirigí al señor Ministro de la Guerra la siguiente comunicacion, á la cual, así como á la que mandé con fecha 26, y que dejo inserta en esta nota, no tengo que hacer otras rectificaciones que las contenidas en mi oficio del 28, y órdenes generales del Cuerpo de ejército, que inserto también en el orden que les corresponde.

Hé aquí los documentos de que hago mencion:

“Ciudadano Ministro de la Guerra.—Hoy á la una y media de la mañana, el enemigo salió de su paralela más inmediata al fuerte de San Javier, ó sea Iturbide, y atacó á éste de una manera ruda y vi-

gorosa por su frente y flancos, llegando para dar el asalto sus columnas hasta el foso del mismo fuerte, en el concepto de que los parapetos de las cortinas y baluartes de aquel, estaban destruidos en una gran parte por el fuego de cañon y bombardeo del enemigo.

“Éste apoyó su asalto en un fuego nutridísimo de artillería, haciendo jugar para ello sobre dicho fuerte y el de Morelos, que defiende el coronel Auza, todas las baterías que tenía colocadas.

“A las dos y cincuenta minutos de la mañana, las columnas del enemigo eran *rechazadas y dispersadas*, pudiendo sólo salvarse, merced á la oscuridad de la noche y á lo inmediato de sus paralelas, que de una manera hábil y atrevida ha construido, empleando para ello un trabajo extraordinario.

“Poco despues quedaron apagados por nuestra artillería los fuegos de cañon del enemigo.

“Este apoyó también su asalto en el bombardeo de la ciudad.

“En esta misma hora se están oyendo en las inmediaciones del fuerte ya citado, los lamentos de los heridos franceses; mas he dispuesto que no se levanten del campo hasta que llegue el día, por hallarse á unos cincuenta ú ochenta metros de distancia las obras de los invasores.

“Los batallones 3º, 4º y 5º de Zacatecas, que auxiliaron la defensa de San Javier, por el flanco izquierdo de nuestra línea y desde los redientes de Morelos, tuvieron treinta y dos hombres fuera de combate entre muertos y heridos, incluso en estos últimos dos jefes y dos oficiales, y cincuenta también entre muertos y heridos el primer batallon de Guanajuato, medio batallon del mixto de Querétaro y medio batallon de otro Cuerpo de la misma division de Guanajuato, cuyas fuerzas sostuvieron de una manera igualmente heroica el ataque.

“No sé los muertos y heridos que hayan tenido los Cuerpos de la division que manda el general Negrete, quien personalmente y por el flanco izquierdo, auxilió al fuerte atacado.

“Tampoco sé los que tendría nuestra artillería, que se condujo de un modo heroico y brillante: ésta tuvo que jugar en los fuertes del Carmen, Morelos, San Javier y Santa Anita, y cinco baterías que se

colocaron y jugaron fuera de las murallas, perteneciendo toda esta fuerza á la artillería de Veracruz, Zacatecas y México.

"No tuve necesidad de tocar las reservas que mandan los señores generales Berriozábal, Llave y Alatorre, ni una gran parte de la que manda el general Negrete, quienes estuvieron listos, lo mismo que el general Mejía con su brigada, para concurrir al punto que fuera conveniente.

"Nuestra caballería, mandada por el activo y valiente general O'Horan, dispuse también que con anticipación se colocara de un modo conveniente en uno de los flancos del enemigo, sin que hiciera movimiento alguno, á ménos de que expresamente se mandase, cuyas órdenes fueron cumplidas estrictamente.

"El Cuerpo de ejército de Oriente, saluda por mi conducto y felicita al Magistrado Supremo de la nación, por este nuevo triunfo de nuestras armas, en el que tiene su gran parte de gloria el bravo coronel Smith, jefe principal del fuerte de San Javier.—Ortega."

"Tengo la honra de acompañar á vd. las órdenes generales extraordinarias del Cuerpo de ejército de mi mando, relativas á la función de armas que tuvo lugar ántes de anoche entre las fuerzas de México y el ejército francés. En mi parte anterior hice algunas omisiones, respecto al hecho de armas referido, por serme en el acto que lo mandé, desconocidos todos los detalles de aquel, omisión que dejo subsanada en la orden del ejército.—Zaragoza, 28 de Marzo de 1863.—Ortega."

"Orden general extraordinaria del Cuerpo de ejército de Oriente, del 27 de Marzo de 1863.

El ciudadano general en jefe, bastante satisfecho del honroso comportamiento de las tropas todas que componen este Cuerpo de ejército, se ha servido disponer que se haga mención honorífica de los Cuerpos é individuos que en la jornada de ayer han llenado sus deberes en el servicio de la patria y honor del Gobierno.

Dicho general en jefe, en uso de sus facultades, se ha servido disponer que conste en la historia del ejército, que los batallones 20 y 22 de Guanajuato, 29, 30 y 31 de Zacatecas, 10 de Rifleros, 11 de Reforma, 12 de Querétaro, 16, 17 y 18 de Puebla, se com-

portaron bizarramente; los de Guanajuato en la defensa del fuerte de Iturbide, y los demas impidiendo el aproche y asalto del enemigo á dicho fuerte.

Igual conducta observaron en la artillería las brigadas 1^a de Veracruz, 4^a de Auxiliares de artillería del mixto del mismo Estado, 5^a batería del batallón de artillería de México y un piquete de Zacatecas; pero especialmente las brigadas dichas de Veracruz, que, sosteniendo el fuego en el fuerte en posición de difícil combate, contra una batería de la segunda paralela de 24 piezas y otras dos de la primera, una de obuses y otra de cañones, ni se resfrió su valor ni se detuvo su maniobra, obrando certera y eficazmente sobre la cabeza de los trabajos del enemigo, acreditando sus individuos que son dignos de servir esa arma, y esencial y particularmente los capitanes segundos, Platon Sánchez y Onofre Pérez Pinzon, que herido el primero y contuso el segundo, y mandados relevar, pidieron permanecer para concluir el tiempo de su fatiga. El artillero Matías Martínez, que sacado de combate todo su pelotón, y no pudiendo servir sólo la pieza, se ocupó al descubierto de reparar la parte del muro destruida: éste fué elevado á sargento segundo en el mismo baluarte, y el ciudadano general en jefe lo mandó reconocer como tal sargento segundo. El paisano Antonio Huerta, que sin pertenecer al ejército, sirvió á fuer de buen ciudadano, y ayudó á servir una pieza toda la jornada. El sargento C. Julian Hinojosa, estando de facción en la barrera del fuerte, le quitó el fusil de las manos una bomba de grueso calibre, y sin abandonar su servicio, esperó que los nuestros le dieran otro fusil.

El teniente coronel, ciudadano Bernardo Smith, fué encargado del mando del fuerte en momentos de peligro, en atención á la firmeza y distinción con que mandaba las tropas de Guanajuato, correspondiendo á la confianza que se le dispensara, con repeler al enemigo en el asalto de la noche. Al ciudadano general Lamadrid, se le nombró segundo en jefe de la 3^a división que defendía la línea atacada, satisfecho el ciudadano general en jefe de su valor y pericia, á cuya confianza correspondió también este acreditado oficial.

Los ciudadanos jefes de artillería, comandante general, Francisco Paz y mayor general de la arma, Alejandro García, con inteligencia,

actividad y valor, dispusieron las cosas relativas á su arma. Es muy digna de mencion honorífica la conducta del teniente coronel Gaspar Sánchez Ochoa, que convaleciente de una enfermedad anterior, estaba de baja en el servicio, pero que en el momento que el enemigo desenmascaró sus baterías sobre el fuerte, entró en él y trabajó en su honorífica defensa, la que fué decisiva por la importante cooperación de la reserva mandada por el intrépido general Negrete, que á sus antecedentes une este hecho más. Es también de mencionarse la actividad é inteligencia de los ingenieros teniente coronel capitán primero Emilio Rodríguez, y capitanes Manuel Mariscal y Carlos Ramiro.

El ciudadano general en jefe, que desea hacer justicia á todos los buenos servidores de la patria, manda que se hagan saber por esta orden general, las acciones de cada uno de los que se distinguieron, á reserva de ser comprendidos en el parte general, para que reciban de la nación los testimonios de gratitud y consideraciones á que se han hecho acreedores.

De orden del ciudadano general en jefe.—El Cuartel-Maestre, *Mendoza*.—Comunicada.—*Prieto*."

"Como aclaracion á la orden del 27 al 28 de éste, el general en jefe dispone se diga: que sirvieron la artillería del fuerte Iturbide, la primera brigada de Veracruz, quinta batería del batallón de artillería de México, piquete de artillería de Zacatecas, y la cuarta brigada Auxiliares de artillería mixta de Veracruz, y protegiendo la defensa del fuerte, por los flancos en campo raso y fuera de las murallas, dos baterías de la segunda brigada de Zacatecas, la primera batería del batallón de artillería de México, y otra batería, compuesta de dos pelotones de la primera brigada, dos de la quinta batería del batallón de artillería de México y dos de la segunda brigada de Zacatecas.

De orden del ciudadano general en jefe.—El Cuartel-Maestre, *Mendoza*.—Comunicada.—*Prieto*."

Hasta aquí los documentos que dejo citados.

En los días 29, 30, 31 de Marzo y 1º de Abril, tuvieron lugar los hechos que refiero en mi comunicacion de fecha 30, y cartas que

remití al señor general Comonfort, con fecha 31 de Marzo y 1º de Abril, cuyos documentos inserto en seguida:

"Ciudadano Ministro de la Guerra.—Destruida una gran parte del edificio llamado la Penitenciaría, que servía de base al fuerte de San Javier, próxima á desplomarse otra, destruidos también los baluartes y cortinas del referido fuerte, y segados sus fosos en una gran parte por los fuegos de la artillería enemiga, generales instruidos é inteligentes lo mismo que los jefes de dicho fuerte, me manifestaron: que ya no era posible continuar con buen éxito la defensa, entre multitud de razones que había para ello, porque ya nuestra artillería no podía jugar, tanto porque las paralelas del enemigo, donde tenía ocultas y apostadas sus columnas, estaban á distancia de 30 ó 40 varas de los salientes de los baluartes, como porque las cañoneras y esplanadas estaban convertidas en un monton de escombros. No obstante el respeto que me merece la opinion de aquellos generales, pasé personalmente al referido fuerte, y me convencí de la verdad en que se apoyaba dicha opinion. En consecuencia, dispuse, que todas las existencias de municiones de guerra que había en los repuestos, se trasladaran á los almacenes del centro de la ciudad, y que se sacara la artillería de sitio, de plaza y de batalla con que estaba armado el fuerte, resolviéndome al mismo tiempo á seguir defendiéndolo, no ya con el carácter de un fuerte, sino de unos cuantos palmos de terreno, que quería disputar de todas maneras al enemigo, vendiéndolos bien caros en caso desgraciado; y así lo manifesté á sus defensores poco ántes de que sufriera el asalto.

"Á las tres y media de la tarde del día de ayer, hizo punto objetivo el enemigo al ya citado fuerte, como lo había hecho los días anteriores, dirigiendo á él todos sus fuegos de artillería. Poco despues de las cuatro de la misma tarde, lanzó sobre dicho punto gruesas columnas que resistieron en el patio de la Penitenciaría, dos batallones de Guanajuato y uno de Morelia, no pudiendo recibir un auxilio instantáneo, porque las fuerzas que para este objeto había colocado en los flancos del fuerte, tenían que recorrer una extension de 500 á 1,000 varas, cuando los franceses sólo tenían que andar 30 ó 40, dejando apoyada su retaguardia en otras columnas que cubrían

actividad y valor, dispusieron las cosas relativas á su arma. Es muy digna de mencion honorífica la conducta del teniente coronel Gaspar Sánchez Ochoa, que convaleciente de una enfermedad anterior, estaba de baja en el servicio, pero que en el momento que el enemigo desenmascaró sus baterías sobre el fuerte, entró en él y trabajó en su honorífica defensa, la que fué decisiva por la importante cooperación de la reserva mandada por el intrépido general Negrete, que á sus antecedentes une este hecho más. Es también de mencionarse la actividad é inteligencia de los ingenieros teniente coronel capitán primero Emilio Rodríguez, y capitanes Manuel Mariscal y Carlos Ramiro.

El ciudadano general en jefe, que desea hacer justicia á todos los buenos servidores de la patria, manda que se hagan saber por esta orden general, las acciones de cada uno de los que se distinguieron, á reserva de ser comprendidos en el parte general, para que reciban de la nación los testimonios de gratitud y consideraciones á que se han hecho acreedores.

De orden del ciudadano general en jefe.—El Cuartel-Maestre, *Mendoza*.—Comunicada.—*Prieto*."

"Como aclaracion á la orden del 27 al 28 de éste, el general en jefe dispone se diga: que sirvieron la artillería del fuerte Iturbide, la primera brigada de Veracruz, quinta batería del batallón de artillería de México, piquete de artillería de Zacatecas, y la cuarta brigada Auxiliares de artillería mixta de Veracruz, y protegiendo la defensa del fuerte, por los flancos en campo raso y fuera de las murallas, dos baterías de la segunda brigada de Zacatecas, la primera batería del batallón de artillería de México, y otra batería, compuesta de dos pelotones de la primera brigada, dos de la quinta batería del batallón de artillería de México y dos de la segunda brigada de Zacatecas.

De orden del ciudadano general en jefe.—El Cuartel-Maestre, *Mendoza*.—Comunicada.—*Prieto*."

Hasta aquí los documentos que dejo citados.

En los días 29, 30, 31 de Marzo y 1º de Abril, tuvieron lugar los hechos que refiero en mi comunicacion de fecha 30, y cartas que

remití al señor general Comonfort, con fecha 31 de Marzo y 1º de Abril, cuyos documentos inserto en seguida:

"Ciudadano Ministro de la Guerra.—Destruida una gran parte del edificio llamado la Penitenciaría, que servía de base al fuerte de San Javier, próxima á desplomarse otra, destruidos también los baluartes y cortinas del referido fuerte, y segados sus fosos en una gran parte por los fuegos de la artillería enemiga, generales instruidos é inteligentes lo mismo que los jefes de dicho fuerte, me manifestaron: que ya no era posible continuar con buen éxito la defensa, entre multitud de razones que había para ello, porque ya nuestra artillería no podía jugar, tanto porque las paralelas del enemigo, donde tenía ocultas y apostadas sus columnas, estaban á distancia de 30 ó 40 varas de los salientes de los baluartes, como porque las cañoneras y esplanadas estaban convertidas en un monton de escombros. No obstante el respeto que me merece la opinion de aquellos generales, pasé personalmente al referido fuerte, y me convencí de la verdad en que se apoyaba dicha opinion. En consecuencia, dispuse, que todas las existencias de municiones de guerra que había en los repuestos, se trasladaran á los almacenes del centro de la ciudad, y que se sacara la artillería de sitio, de plaza y de batalla con que estaba armado el fuerte, resolviéndome al mismo tiempo á seguir defendiéndolo, no ya con el carácter de un fuerte, sino de unos cuantos palmos de terreno, que quería disputar de todas maneras al enemigo, vendiéndolos bien caros en caso desgraciado; y así lo manifesté á sus defensores poco ántes de que sufriera el asalto.

"Á las tres y media de la tarde del día de ayer, hizo punto objetivo el enemigo al ya citado fuerte, como lo había hecho los días anteriores, dirigiendo á él todos sus fuegos de artillería. Poco despues de las cuatro de la misma tarde, lanzó sobre dicho punto gruesas columnas que resistieron en el patio de la Penitenciaría, dos batallones de Guanajuato y uno de Morelia, no pudiendo recibir un auxilio instantáneo, porque las fuerzas que para este objeto había colocado en los flancos del fuerte, tenían que recorrer una extension de 500 á 1,000 varas, cuando los franceses sólo tenían que andar 30 ó 40, dejando apoyada su retaguardia en otras columnas que cubrían

las paralelas: esto no obstante, el señor coronel D. Carlos Salazar, con el batallón de Rifleros, perteneciente á la division que manda el señor general Negrete, llegó por nuestra derecha hasta el foso del referido fuerte; otra columna, que mandó desprender del Carmen el señor general D. Francisco Alatorre de las fuerzas de Zacatecas, á las órdenes del señor general Ghilardi, llegó atravesando la llanura que se interpone por la izquierda hasta cerca del pueblo de Santiago; tres batallones de Puebla, tambien á pecho descubierto, al mando de sus dignos jefes los señores generales Negrete y Prieto, reforzaban la línea de la derecha, que manda el señor general Antillon; los batallones Reforma, Mixto de Querétaro y parte del de Rifleros, al mando del coronel Rioseco, defendían bizarramente las manzanas que circunvalan la retaguardia de San Javier, y otros tres batallones de Zacatecas, al mando del señor coronel Auza, defendían otra de las manzanas citadas y los redientes de Morelos.

“Á todos estos jefes y á sus subordinados, los ví serenos en medio de los fuegos, á unos á pecho descubierto, y á otros en los muros que se les habian encomendado, esperando el empuje del invasor; mas éste, que no pudo ó no quiso resistir nuestros fuegos, y merced á la absoluta oscuridad que producía el humo, ocultó sus columnas en los fosos de las paralelas y en el centro del edificio de la Penitenciaría, despues de haber sido resistidas heroicamente por los defensores de este punto. No hemos perdido ni un sólo cartucho ni una sola pieza de artillería, excepto dos de montaña que era necesario perder para causarle algunos males al enemigo á la hora del asalto, pues como he dicho á vd., mandé previamente desartillar el fuerte y vaciar sus repuestos y almacenes. En la funcion de armas perdimos tambien 500 hombres entre muertos y heridos. No sé si quedaron algunos de nuestros jefes, oficiales, y soldados de los que defendían á San Javier, prisioneros en poder del enemigo. Sírvase vd. manifestar al señor Presidente, que nuestro Cuerpo de ejército no ha sufrido lo más mínimo en su moral, por la pérdida de Iturbide, porque ésta, como he dicho, la hicieron necesaria las leyes de la guerra, y la exigía ademas la conveniencia de la defensa de la plaza.

“Como una prueba del primero de estos asertos, puede vd. manifestar al mismo señor Presidente, que hace 32 horas, despues de la

en que se sufrió el asalto, que el enemigo no ha podido desalojar á nuestras tropas de las manzanas que circunvalan la retaguardia del referido fuerte, ni aún de aquellas que se encuentran á 13 ó 14 varas distantes del mismo, no obstante ser sumamente débiles por su construccion, y estar sufriendo todo el fuego de la artillería de los invasores, á consecuencia de que todas tienen su frente á la campaña.

“Me he propuesto defender otras 30 horas las citadas manzanas, para obligar al enemigo á que las tome en columna cerrada, y á que en el ataque sea rechazado ó pierda mil ó dos mil hombres; y en el supuesto de que no acontezca lo primero, como lo creo, abandonaré las cinco manzanas, incluso los redientes de Morelos, para que todos estos escombros impidan á la artillería enemiga jugar impunemente sobre nuestra tropa por ese rumbo, por no poder hacer lo mismo nuestras baterías, una vez que el enemigo ocupa San Javier. En la hipótesis de que aquel no me ataque las manzanas en los términos referidos, mi línea quedará establecida á la retaguardia de ellas, cuya línea, así como las otras dos que están más hácia el centro de la ciudad, está perfectamente artillada y defendida por fuerzas respetables. El abandono de los redientes de Morelos, lo motivará la circunstancia de que ni han sido, ni serán atacados por el frente que ve á la campaña, sino por la gola, que, como es bien sabido, está sin fortificacion, y sólo le sirven de apoyo las manzanas y plaza de toros que se hallan inmediatas á San Javier. Mas una vez que sea abandonado aquel punto, queda descubierto y puede ser batido por toda su parte interior por nuestra segunda línea. El enemigo no ha atacado alguna otra de las fortificaciones que se hallan en los suburbios de la ciudad. Me han servido mucho como siempre, los señores generales Mendoza y Paz.

“Sírvase vd. dar parte con lo expuesto al señor Presidente de la República.—L. y Reforma. Zaragoza, Marzo 30 de 1863.—Ortega.”

“Señor general Comonfort.—A las ocho de la noche del día 31 de Marzo.—El correo no pudo salir anoche, y por lo mismo le diré á vd. lo que ha pasado en la plaza, en las 24 horas que han trascurrido. El enemigo no ha podido desalojar á nuestras fuerzas de las

manzanas y plaza de toros que se hallan inmediatas y á la retaguardia de San Javier, no obstante el fuego nutrido de artillería que ha dirigido sobre ellas desde sus paralelas. No se ha resuelto á tomar esos puntos con sus columnas. A la hora en que escribo estas líneas recibo parte de que ha comenzado á incendiarnos las puertas de las citadas manzanas.

"Si el enemigo no ataca, ya dí orden de que las manzanas tantas veces citadas, la plaza de toros y redientes de Morelos, se abandonen antes de amanecer; y he dispuesto tambien que se desartillen los últimos á la una de la mañana, vaciando al mismo tiempo sus repuestos. Esta medida la dictan las razones que dí al señor Ministro de la Guerra.

"El día de hoy hemos perdido como 100 hombres entre muertos y heridos. El enemigo ha continuado arrojando bombas sobre la ciudad. Han vuelto del campamento frances los vice-cónsules de los Estados-Unidos y de Prusia, á quienes negó el general Forey la gracia que yo habia concedido, en obsequio de la humanidad y de la civilizacion, y que consistia en permitir que salieran de la ciudad todas las mujeres, niños y familias indefensas.

"El general frances cree, que por terror de las familias obligará á la guarnicion á rendirse, mas si esto cree, se equivoca, pues los soldados que mando, y yo muy particularmente, estamos resueltos á defender manzana por manzana y edificio por edificio, aunque todo quede convertido en ruinas. Todos los correos que le he mandado, han vuelto con los pliegos de vd.—Continúo esta carta á las cinco de la tarde del día 1º de Abril, porque el correo no pudo salir anoche. Abandoné las manzanas y redientes de Morelos, y el enemigo sólo ha ocupado dos de las primeras, más no las restantes ni los redientes que están batidos por nuestra segunda línea. He vuelto á ocupar, á las diez de la mañana de hoy, las manzanas abandonadas y los redientes, si bien con poca fuerza, porque no estoy resuelto á seguir defendiendo estos puntos. En los redientes dejé cuatro piezas de marina inútiles y pesadísimas, y que ni á ésta hora que estoy en posesion de dicho punto, me resuelvo á sacarlas. Deje vd. consignado esté por la prensa. Hoy el fuego ha sido más lento y flojo. Hemos perdido como 40 hombres entre muertos y heridos. Tenemos

ó tiene el enemigo, siete oficiales y dos jefes prisioneros de los nuestros. Acabo de recibir de ellos una carta que me trajo con una bandera blanca un oficial frances. Mañana les mando una paga.—*Ortega.*"

"Señor general D. Ignacio Comonfort.—Zaragoza, Abril 1º de 1863.—Querido amigo y compañero: Son las ocho de la noche y no ha ocurrido cosa alguna de importancia. Dentro de algunos minutos me voy á la línea avanzada, llevándome dos ingenieros y á los generales Paz y Mendoza, con el objeto de ver si entre los parapetos avanzados y los de la retaguardia de éstos, levanto otros, formando así una extensa muralla entre las manzanas, para hacer jugar toda nuestra artillería sobre la plaza de toros.

"Acabo de recibir su apreciable de fecha 31. Ya dije á vd. en mi carta que le remiti hace algunas horas, que luego que me dieron aviso de la torre, que se aproximaba vd. y que el enemigo preparaba sus fuerzas para recibirlo, hice salir una fuerte columna sobre el campamento frances del rancho Colorado, al que se reconcentraron los inmediatos. Cuando oscureció, nuestra columna volvió á la plaza despues de haber hecho sobre aquel campamento algunos tiros de cañon. Siempre he esperado mucho de vd.—*Ortega.*"

A lo que manifesté en los documentos que anteceden, sólo tengo que agregar: que las piezas de montaña que se perdieron en San Javier, no fueron dos sino tres, cuya equivocacion del escribiente ó telegrafista no pude subsanar oportunamente, porque durante los días del asedio, no supe los términos en que se habia publicado el parte que dejo inserto.

Debo tambien añadir á los conceptos emitidos en éste, por exigirlo así un principio de justicia: que en los días que quedan citados, hubo entre los defensores de la plaza hechos que tocaban al heroísmo, no sólo por oficiales y jefes de alta graduacion, sino aún por los individuos de la clase de tropa, y por simples ciudadanos, que, sin tener carácter alguno militar, dieron su sangre y su vida en defensa de su patria.

Pena y mortificacion me causa, señor Ministro, cada vez que escribo una línea, no tener á la vista los datos y apuntes que recogí

para auxiliar á mi memoria cuando fuera oportuno, porque sería imposible que aquella me sirviera para citar los nombres de multitud de personas, y para narrar también multitud de circunstancias de que vinieron acompañados los hechos principales que he referido, circunstancias que si están llenas de interes consideradas aisladamente, forman en su conjunto una página honrosa en la historia de México; mas ya no es posible tener á la vista aquellos documentos para realizar mis deseos, como lo he manifestado y vuelvo á repetirlo ahora, me permitiré hacer una mención especial del señor coronel, hoy general, D. Pedro Rioseco, y de los señores coroneles Herrera y Cairo, Gómez (D. Jesus), y Escobedo, así como de los jefes, oficiales y tropa que mandaban esos valientes y pundonorosos jefes.

Rioseco, con la primera brigada de la division del señor general Negrete, sufre durante tres dias, sin recibir relevo alguno en la plaza de toros y manzanas de izquierda y derecha, el fuego de rifle que hacia el enemigo de San Javier, y el de las baterías colocadas en las paralelas.

Ocho ó diez veces visité á este jefe para ver el estado en que se hallaba su tropa y los puntos que defendía, y otras tantas lo ví, lo mismo que á Herrera y Cairo y demas jefes y oficiales que lo acompañaban, sereno y contento en medio de la muerte y del estrago que causaban los proyectiles del invasor, ya cubriendo, con los mismos escombros que le dejaban aquellos, las brechas que le abrían á cada hora, y ya improvisando, segun las instrucciones que le diera, otros medios de defensa, para lo que puse bajo sus órdenes al ingeniero D. Francisco Beltran.

No oí de los labios de Rioseco ni de los jefes, oficiales y tropa que lo obedecían, ni una sola queja, ni observé el más ligero disgusto, porque no los habia mandado relevar oportunamente, no obstante haber triplicado las fatigas que las leyes militares imponen en casos como éste.

Tampoco recibí de algunos de esos valientes ni la más ligera indicacion, ni la observacion más mínima respecto de las órdenes que recibían; alegres y obedientes, llenaban para con su patria, los deberes de soldados republicanos y subordinados. Sólo recuerdo estas frases que me dirigió modesta y privadamente Herrera y Cairo:

"Mi general, si vd. lo cree conveniente, sacrifique el batallon de Querétaro que mando, para ver si se logra recuperar el fuerte de San Javier: mi persona y el batallon, estamos dispuestos á hacer ese sacrificio en los términos que vd. lo exija." Yo aprecié en lo mucho que valían, las palabras de aquel jefe, y más cuando su fisonomía, su acento y la hora y punto en que las vertiera, me revelaban que procedían del corazon; pero juzgué que era inútil cualquier sacrificio, porque aunque lograra apoderarme del fuerte, con pérdida de algunos centenares de hombres, no podía conservarlo ni defenderlo por las razones que manifesté al señor Ministro.

Rioseco y sus compañeros no abandonaron los puntos que se les habian encomendado, sino cuando así convino al honor de la plaza, y cuando para ello recibieron las órdenes correspondientes del cuartel general, sin haber perdido hasta entónces un sólo palmo de terreno.

Los coroneles Gómez y Escobedo, se hallaban á la retaguardia de los jefes que he mencionado, preparando entre los fuegos del enemigo, una segunda línea de defensa, en los términos que se les habia ordenado. Su conducta, y la de las fuerzas que mandaban, no fué ménos digna que la de los primeros.

El coronel, hoy general D. Miguel Auza, que ocupaba las manzanas de la izquierda de Rioseco y redientes de Morelos, y que habia sufrido con las fuerzas que mandaba, el fuego y destrozos de la artillería enemiga desde que ésta comenzó á batir el fuerte de San Javier, se condujo también de una manera honrosísima, lo mismo que la tropa y oficialidad que estaba á sus órdenes. Habiéndole mandado fuerzas, para relevar las que tenía, dos dias despues de la pérdida de San Javier, me mandó suplicar con el señor general Paz, que le dejara los batallones 3º y 5º de Zacatecas que tenía á sus órdenes, pues que éstos, inclusa su oficialidad, se hallaban aún llenos de entereza para seguir defendiendo el fuerte con toda decision, no obstante lo mucho que habian sufrido. En vista de esto, pasé en el acto á los redientes de Morelos, y habiendo encontrado al señor Auza, que hablaba á la sazón con el general Paz, en el punto de mayor peligro, y á sus fuerzas con el más grande entusiasmo, me dijo el primero: *Creo que aceptaría vd. mi súplica, que no me releve:*

rá las fuerzas, ni me mandará reserva alguna particular, pues hasta esta hora no creo necesitarla. Ya ve vd. el buen estado en que se hallan las fuerzas: ellas y mi vida le responden á vd. de los redientes de Morelos y manzanas que ocupan.

Esos puntos los desocupó con la mayor calma y sangre fría, cuando para ello recibió también órdenes expresas y terminantes del cuartel general, lo que tuvo lugar al mismo tiempo en que las recibiera Rioseco, por convenir así á los intereses de la plaza.

En la tarde del día 30 de Marzo, observé de las torres de catedral que las fuerzas del señor general Comonfort, se movían con dirección al puente de México, é inmediatamente dispuse que el general Negrete, que mandaba la reserva general, saliera con una fuerte columna de las tres armas, por la derecha del fuerte de Santa Anita, sobre el campamento enemigo que se hallaba en el pueblo de Santa María, con el objeto de proteger á las fuerzas del Cuerpo de ejército del Centro, caso de que éstas intentaran algo sobre la línea francesa, ó introducir viveres á la plaza. La columna hizo su salida en muy buen orden, cambiando sus tiros de cañon con los de la línea enemiga, cuando ya se hallaba inmediata á ella y sobre la llanura. Al entrar la noche, observé que las fuerzas del citado Cuerpo de ejército del Centro se habían retirado como con dirección á Ocotlan, y mandé que nuestra columna se replegara á la plaza, como se verificó.

En esos días escribí reservadamente al señor general Comonfort, proponiéndole como un plan de campaña que nos daría los mejores resultados, lo siguiente: que se situara con su fuerza en Santa Inés Zacatelco, al Norte de la ciudad, desde cuyo punto podía amagarse la línea de comunicacion que tenía establecida el invasor con Orizaba: y le decía además, que colocado en aquel lugar, hiciera un movimiento rápido en las altas horas de la noche, para que á las primeras luces del día siguiente, se hallara sobre la línea enemiga, que estaba entonces bien débil por San Pablo del Monte y San Aparicio, y que dándome previamente el aviso de su movimiento, fuertes columnas saldrían de la plaza para hallarse á la misma hora y por otro de los flancos, sobre la misma línea enemiga, con el objeto de que ambas fuerzas atacaran simultáneamente los campamentos de

que se componía aquella, lo que daría por resultado, en mi concepto, su destrucción, y obligaría al invasor á levantar el sitio ó á reconcentrar sus fuerzas, formando con ellas gruesos campamentos, lo que importaría un bloqueo, y hasta cierto punto el triunfo de la plaza.

Como el señor general Comonfort no me contestara, entendí que había pedido instrucciones al Supremo Gobierno relativas á mi proyecto.

Los días trascurrieron y vino la pérdida de San Javier y demás sucesos que dejo reseñados. Algunos días despues, recibí una carta de aquel general, en que me decía: que para ejecutar el plan que le había propuesto, necesitaba que le proporcionara una fuerza de la plaza, compuesta, segun recuerdo, de cinco ó seis mil hombres. Recibí con esta carta, otra del señor Presidente, en la que me recomendaba que, si lo juzgaba conveniente, facilitara al referido general la fuerza que me pedía.

A este último señor le contesté: que no me sería posible obsequiar sus deseos sin comprometer seriamente la defensa de Zaragoza; y al señor Presidente le dije también en lo confidencial: que facilitar la fuerza al señor general Comonfort, importaba tanto como obligarme á perder la plaza en unas cuantas horas, porque ésta quedaría sumamente débil por todas partes, y más cuando hasta entonces había perdido ya como tres mil hombres de sus defensores; pero que si creía conveniente la medida, se sirviera darme las órdenes correspondientes, en cuyo caso se buscaría un medio para perder la ciudad de una manera decorosa y digna: le decía también, que estuviera siempre seguro de que sus órdenes quedarían cumplidas inmediatamente que yo las recibiera.

El citado señor general contestó de enterado á mi carta, y la respuesta del señor Presidente, que recibí también con el carácter de confidencial, fué: que admitía por buenas mis razones, y sobre todo cuando yo debía hacer lo que estimara por más acertado, *puesto que era el único responsable de la defensa de la ciudad.*

Aquí creo oportuno y de justicia hacer una advertencia, y es la siguiente:

El señor general Comonfort me dijo en una de sus cartas, en los
DEFENSA.—8.

rá las fuerzas, ni me mandará reserva alguna particular, pues hasta esta hora no creo necesitarla. Ya ve vd. el buen estado en que se hallan las fuerzas: ellas y mi vida le responden á vd. de los redientes de Morelos y manzanas que ocupan.

Esos puntos los desocupó con la mayor calma y sangre fría, cuando para ello recibió también órdenes expresas y terminantes del cuartel general, lo que tuvo lugar al mismo tiempo en que las recibiera Rioseco, por convenir así á los intereses de la plaza.

En la tarde del día 30 de Marzo, observé de las torres de catedral que las fuerzas del señor general Comonfort, se movían con dirección al puente de México, é inmediatamente dispuse que el general Negrete, que mandaba la reserva general, saliera con una fuerte columna de las tres armas, por la derecha del fuerte de Santa Anita, sobre el campamento enemigo que se hallaba en el pueblo de Santa María, con el objeto de proteger á las fuerzas del Cuerpo de ejército del Centro, caso de que éstas intentaran algo sobre la línea francesa, ó introducir viveres á la plaza. La columna hizo su salida en muy buen orden, cambiando sus tiros de cañon con los de la línea enemiga, cuando ya se hallaba inmediata á ella y sobre la llanura. Al entrar la noche, observé que las fuerzas del citado Cuerpo de ejército del Centro se habían retirado como con dirección á Ocotlan, y mandé que nuestra columna se replegara á la plaza, como se verificó.

En esos días escribí reservadamente al señor general Comonfort, proponiéndole como un plan de campaña que nos daría los mejores resultados, lo siguiente: que se situara con su fuerza en Santa Inés Zacatelco, al Norte de la ciudad, desde cuyo punto podía amagarse la línea de comunicacion que tenía establecida el invasor con Orizaba: y le decía además, que colocado en aquel lugar, hiciera un movimiento rápido en las altas horas de la noche, para que á las primeras luces del día siguiente, se hallara sobre la línea enemiga, que estaba entonces bien débil por San Pablo del Monte y San Aparicio, y que dándome previamente el aviso de su movimiento, fuertes columnas saldrían de la plaza para hallarse á la misma hora y por otro de los flancos, sobre la misma línea enemiga, con el objeto de que ambas fuerzas atacaran simultáneamente los campamentos de

que se componía aquella, lo que daría por resultado, en mi concepto, su destrucción, y obligaría al invasor á levantar el sitio ó á reconcentrar sus fuerzas, formando con ellas gruesos campamentos, lo que importaría un bloqueo, y hasta cierto punto el triunfo de la plaza.

Como el señor general Comonfort no me contestara, entendí que había pedido instrucciones al Supremo Gobierno relativas á mi proyecto.

Los días trascurrieron y vino la pérdida de San Javier y demás sucesos que dejo reseñados. Algunos días despues, recibí una carta de aquel general, en que me decía: que para ejecutar el plan que le había propuesto, necesitaba que le proporcionara una fuerza de la plaza, compuesta, segun recuerdo, de cinco ó seis mil hombres. Recibí con esta carta, otra del señor Presidente, en la que me recomendaba que, si lo juzgaba conveniente, facilitara al referido general la fuerza que me pedía.

A este último señor le contesté: que no me sería posible obsequiar sus deseos sin comprometer seriamente la defensa de Zaragoza; y al señor Presidente le dije también en lo confidencial: que facilitar la fuerza al señor general Comonfort, importaba tanto como obligarme á perder la plaza en unas cuantas horas, porque ésta quedaría sumamente débil por todas partes, y más cuando hasta entonces había perdido ya como tres mil hombres de sus defensores; pero que si creía conveniente la medida, se sirviera darme las órdenes correspondientes, en cuyo caso se buscaría un medio para perder la ciudad de una manera decorosa y digna: le decía también, que estuviera siempre seguro de que sus órdenes quedarían cumplidas inmediatamente que yo las recibiera.

El citado señor general contestó de enterado á mi carta, y la respuesta del señor Presidente, que recibí también con el carácter de confidencial, fué: que admitía por buenas mis razones, y sobre todo cuando yo debía hacer lo que estimara por más acertado, *puesto que era el único responsable de la defensa de la ciudad.*

Aquí creo oportuno y de justicia hacer una advertencia, y es la siguiente:

El señor general Comonfort me dijo en una de sus cartas, en los
DEFENSA.—8.

primeros días del asedio de la plaza, que estaba al frente de un Cuerpo de ejército improvisado, y compuesto en su mayor parte de reclutas, como era natural, y que esto tal vez le iba á impedir llenar sus deseos y satisfacer los sentimientos de su corazón, que eran los de un verdadero mexicano.

Reservadamente manifesté al señor general Mendoza lo que pasaba, respecto de combinaciones, entre los Cuerpos de ejército de Oriente y Centro, con el objeto de oír su parecer en lo relativo á este punto, opinion que juzgué de mucho peso, tanto por ser el Cuartel-Maestre de uno de los citados Cuerpos de ejército y estar en consecuencia identificado con sus destinos, con sus exigencias, con sus necesidades y con sus glorias, como por las relaciones de íntima amistad que tenía con el señor general Comonfort. La opinion del señor Mendoza fué, que no comprendía las razones que militarmente se hubieran tenido presentes, para pedirle fuerzas á una plaza á quien estaba batiendo un enemigo poderoso, y la que había perdido ya, aunque honrosamente, uno de sus fuertes, que era á la vez una de las llaves de la ciudad; que no comprendía tampoco, por qué el citado señor general Comonfort no había aceptado y puesto en práctica el plan que le había yo propuesto, y que por lo mismo, y siendo para él inusitado y nuevo todo lo que estaba pasando, opinaba, no obstante las relaciones de extraordinario cariño que lo ligaban con el señor general Comonfort á quien trataba como hermano, que yo me entendiera directamente con el Supremo Gobierno respecto de combinaciones.

Me pareció racional y desapasionada la opinion de aquel general, y me dirigí en el acto al Supremo Gobierno, no para acordar con él combinaciones militares, sino manifestándole las propuestas que había hecho al señor general Comonfort, y diciéndole al mismo tiempo, que nada importaba la pérdida de San Javier, y que aún era tiempo de salvarlo todo, siempre que se estableciera la unidad de mando en ambos Cuerpos de ejército, encareciéndole, de cuantas maneras me fué posible, la necesidad que había de que se adoptara este pensamiento.

Mi carta fué recibida, pues se me contestó á todos los puntos con-

tenidos en ella, sin resolver el de que yo me ocupaba de una manera esencial y preferente.

Le dije tambien: que deseaba no fuera estéril la sangre que se estaba derramando en Zaragoza, ni infructuosos los esfuerzos heroicos de sus defensores, así como los grandes y patrióticos que hacia el Gobierno Supremo; y que por lo mismo me ocupaba de hacerle aquellas observaciones, que me arrancaban la hilacion de los sucesos, el conocimiento que tenía de las cosas y de la situacion por la posicion en que me hallaba, y un sentimiento patriótico; pero que no aceptara mis indicaciones si no lo creía conveniente, pues por mi parte, le repetía, que quedaba enteramente tranquilo, y dejaba satisfecho un deber de conciencia, con sólo la circunstancia de saber que esas indicaciones, que me dictaba mi propio deber, habían llegado á conocimiento de quien tenía los poderes de la nacion para salvarla: agregando á todo esto, como una nueva y cansada repetición, que de una ó otra manera se salvaría el honor de las armas de la República.

La division del ciudadano general Negrete había sufrido mucho, porque había tenido que colocarla en algunos puntos de los que se hallaban á retaguardia y por el lado del Este, del fuerte de San Javier, no obstante estar formando dicha division la reserva general, y por esto tuve que mandar hacer su relevo la noche del día 31 de Marzo, sustituyéndola con la reserva de la primera division que mandaba el señor general Berriozábal, cuya fuerza previne al mismo general moviera á la una de la noche hacia el frente atacado de la ciudad, órden que quedó cumplida en el acto, pues algunos minutos despues de haber mandado pedir aquella reserva se me presentaron al frente de ella el general D. Porfirio Díaz, á quien personalmente entregué los reductos y edificios que debía defender, dándole órden de hacerlo de una manera provisional y débil, respecto de los que estaban avanzados de la línea, que esa misma noche me propuse formar y defender, y de un modo decidido y á todo trance hasta quedar muerta ó prisionera la fuerza, respecto de los que formaban parte de la línea mencionada.

En la misma noche y á la misma hora, hice tambien mover hacia el frente referido, al general Llave con la reserva de su division, entregándole en los mismos términos que al general Díaz, algunas

manzanas y parapetos de aquella línea. Las órdenes que le diera, con relacion á la defensa, fueron las que recibió poco ántes el general Díaz.

Tambien esa noche, y algunas horas despues de dejar concluidas estas operaciones y recorriendo la derecha de la línea acompañado del señor general Paz y de dos de mis ayudantes, di al general Antillon y á su segundo el general Lamadrid, las órdenes correspondientes, esto es, les señalé los puntos avanzados que debían defender provisionalmente, y los que formaban parte de la línea que no debía perderse, sino con la pérdida absoluta de sus defensores.

Despues di igualmente orden al general Cuartel-Maestre, para que á la mañana siguiente, y con cuanta actividad fuera posible, se estableciera esa línea que tendría por objeto reparar la pérdida de San Javier en la defensa de la ciudad: que ella debía quedar formada entre el Carmen y Santa Anita, apoyando su izquierda en el primero de los fuertes referidos, y su derecha en el segundo. En estos términos:

Partiría el muro que la formaba, del Carmen, con frente á la llanura, hasta tocar á Santa Inés; seguiría por las manzanas del Pitimí tocando á San Agustín, continuaría por las que se interponen en línea recta entre el citado ex-convento y el de la Merced, y seguiría finalmente desde este último punto con direccion á la iglesia del Señor de los Trabajos y Santa Anita.

Tambien di orden al mismo general para que dispusiera, de una manera precisa y terminante, que se abandonaran todas las obras de la plaza, y que los instrumentos de zapa, zapadores y aún los trabajos del mismo Cuerpo de ejército, se dedicaran exclusivamente á la realizacion del proyecto que estaba resuelto á llevar á cabo de todas maneras; previniéndole igualmente dispusiera, que en el interior de todas las manzanas comprendidas en la línea, quedaran contruidos parapetos pasajeros que sirvieran para la defensa interior de los referidos edificios.

El señor general Mendoza cumplió con toda exactitud esta orden, cooperando ademas á la realizacion de mi pensamiento con sus luces como militar y con sus conocimientos locales.

Al día siguiente di personalmente al señor general Negrete, la

misma orden que diera la noche anterior á los generales Llave, Alatorre, Antillon, Lamadrid y Auza, pues parte de las fuerzas que formaban su division, había continuado defendiendo algunas manzanas comprendidas en la línea de que me he ocupado, cuya orden transmitió en mi presencia al recomendable general Prieto. Ese mismo día, 1º de Abril, dispuse que el general Berriozábal fuera á encargarse del mando de las fuerzas pertenecientes á su division, á las que, la noche precedente, había encomendado algunos puntos del frente atacado de la ciudad.

Los generales Antillon, Lamadrid y Rojo, en la línea comprendida de la Merced á Santa Anita; Alatorre, Régules, Ghilardi y Auza en la comprendida de Santa Inés al Carmen; y en la que quedaba entre Santa Inés y la Merced, los generales Berriozábal y Llave, así como en los puntos avanzados los generales Díaz y Caamaño y coroneles Zepeda, Sánchez-Roman y Balcázar, comenzaron con cuanta actividad, constancia y empeño podía desearse, á ejecutar los trabajos que exigía el establecimiento de la línea tantas veces mencionada. El general Negrete, despues de haber trabajado en ella con su division, se dedicó á la construccion de otra á la retaguardia de la que he señalado.

En ella, esto es, en la establecida para sustituir á San Javier, así como en sus puntos avanzados, fué donde nuestro Cuerpo de ejército rechazó repetidas veces al ejército invasor, donde cayeron prisioneras sus valientes y atrevidas columnas de asalto, y donde el Cuerpo de ejército de Oriente defendió brechas abiertas y practicables por muchos días, siendo una de ellas por el término de cuarenta.

De esa línea no llegó á perderse un sólo palmo de terreno, y fué dueño de ella el Cuerpo de ejército que estaba á mis órdenes, así como de los demas fuertes aislados que circunvalaban la plaza, hasta el 17 de Mayo, en que, por falta de municiones y víveres, mandé disolver el referido Cuerpo de ejército, y en que se constituyeron prisioneros de guerra los jefes y oficiales que lo mandaban.

Del establecimiento de esta línea y del objeto que me propusiera conseguir con ella, di, con todos sus pormenores y reservadamente, el aviso respectivo al Supremo Gobierno.

El día 31 de Marzo ó el 1º de Abril, se me presentó el general

Berriozábal, manifestándome lo conveniente que sería abandonar la plaza para salvar al Cuerpo de ejército de Oriente. Mi respuesta fué: que estaba resuelto sólo á salvar el honor de las armas de la República, y en consecuencia que no abandonaría jamás la plaza, á menos de que una necesidad no viniera á justificar esa medida. Poco despues, el general Paz me habló en los mismos términos, diciéndome: que tanto el señor general Berriozábal como algunos otros de sus compañeros, le habían encomendado que interpusiera para conmigo sus respetos é influencia, á fin de que obrara del modo que queda expuesto. Mi contestacion fué la misma que diera al general Berriozábal, y no solamente la aprobó, sino que la elogió, agregando: que él pensaba de la misma manera que yo, y que al hablarme no había querido hacer otra cosa, que cumplir leal y caballerosamente con un encargo.

En la noche del día siguiente al en que pasó lo que dejo referido, se presentó en las piezas de mi habitacion el general D. Ignacio de la Llave, y con la mesura y prudencia que le eran caracteriscas, me dijo: que iba comisionado por algunos de nuestros generales con el objeto de persuadirme que era útil y aún necesario abandonar la plaza, pues que rota la primera línea de ésta, ya no quedaba otro recurso para conservar al Cuerpo de ejército de Oriente, cuyo cuerpo serviría un poco más tarde de apoyo á las instituciones democráticas, y á la defensa de la independencia nacional. Mi respuesta, despues de una larga conferencia que tuve con dicho señor, fué la misma que di anteriormente á los generales que dejo mencionados; contestando al señor Llave sus argumentos con la sencilla razon de que no se me había encargado otra cosa, que la defensa de la plaza, y en consecuencia la salvacion del honor de nuestras armas.

Yo no había recibido instruccion alguna del Supremo Gobierno, para obrar de esta ó aquella manera en tales ó cuales casos que pudieron preverse, y que naturalmente debían acontecer en el ataque de la misma plaza; yo no recibí más instruccion y consigna que la siguiente: "Defiende á Zaragoza;" y respetando en esta parte el noble y sublime silencio del Gobierno, creí que comprendía la significacion de esa elocuente consigna en estos términos: Que se me dispensaba una ilimitada confianza, y que se me exigía al mismo

tiempo la defensa de Puebla de Zaragoza á todo trance y de todas maneras, obteniendo una victoria ó sacrificando honrosamente á los sufridos y patriotas soldados que mandaba; pero como ésta era una interpretacion que yo daba á las órdenes expresas que tenía, porque más halagaba á mis sentimientos y á los proyectos que me propuse realizar, quise eximirme de toda mi responsabilidad ante el Supremo Gobierno, en atencion á que mis compromisos eran para con él, y los de él para con la nacion, y en consecuencia sus órdenes eran las únicas que debían cumplirse.

Escribí, pues, en el acto, al señor Ministro de la Guerra, patentizándole cuáles eran las tendencias de algunos de nuestros generales, cuáles las proposiciones que me habían hecho, y cuál la respuesta que les di; añadiendo á todo esto mi modo de ver la cuestión de armas entre México y Francia, respecto de la cual le decía: que yo creía conveniente el sacrificio heroico del Cuerpo de ejército de Oriente, siempre que la suerte no nos fuera propicia, para salvar el decoro de nuestras armas.

El señor Ministro me contestó inmediatamente, en nombre del ciudadano Presidente, aprobando mi conducta, y diciéndome además: que la mision que tenía que llenar el Cuerpo de ejército que mandaba, era precisamente la que yo mismo señalaba en mi carta.

Tranquilo con esta respuesta, afirmé más y más la creencia que tenía de lo conveniente que era realizar mi programa.

Me reservé el contenido de aquella contestacion para no herir susceptibilidades, y para obrar con la prudencia y cordura que exigian las circunstancias, á fin de no crearme más dificultades de las que naturalmente me presentaba la gravedad de la situacion en que me hallaba colocado.

Las tendencias de que me ocupo, concluyeron enteramente con los triunfos que comenzaron á obtener nuestras armas los días 2, 3, 6 y 7 de Abril, y que referí en los términos contenidos en los documentos que inserto y ratifico ahora, enmendando sólo algunos errores telegráficos ó de imprenta con que se publicaron en los diarios, errores que he salvado tambien en los demas documentos que he insertado en este parte.

Las piezas que cito son las siguientes:

"Ciudadano Ministro de la Guerra.—Tengo la honra de remitir á vd., en copia y en lo conducente, la orden general de este Cuerpo de ejército, relativa á la funcion de armas que tuvo lugar anoche, en la manzana que se halla frente de la del Hospicio, y al Sur del mismo.

"Libertad y Reforma. Zaragoza, Abril 3 de 1863.—*Ortega.*"

"Cuerpo de ejército de Oriente.—General en jefe.—Con esta fecha me dice el señor Cuartel-Maestre lo que sigue:

"El ciudadano general Porfirio Díaz, perteneciente á la division del ciudadano general Berriozábal, y encargado de la línea de vanguardia de San Agustín, me dice lo que copio:

"Tengo la honra de participar á vd., que en la brigada de mi mando, han ocurrido en la noche de ayer y madrugada de hoy, las novedades siguientes:

"A las ocho y cuarenta y cinco minutos de la noche, el enemigo que se halla en el Hospicio, abrió una brecha con artillería en el cuartel de San Marcos, y se lanzó por ella en número considerable, hasta ocupar la mitad del patio del edificio, y los defensores de éste el resto de él.

"En este estado permanecemos sosteniendo un rudo combate hasta la media noche, á cuya hora volvió el enemigo á sus puestos, dejando en su fuga muertos y armas que aun no puede recoger por completo, por no permitírsele nuestros fuegos.

"Como á las dos de la mañana, el enemigo que se hallaba cerca de la plazuela de San Agustín, abrió una brecha con artillería en la manzana que manda el ciudadano coronel Balcázar, lanzándose á continuacion hasta ocupar parte de una casa, en cuya posicion sostuvo un combate con los defensores de la línea hasta las cinco de la mañana, á cuya hora fué completamente rechazado, dejando en nuestro poder algunos muertos y armas, y en la calle otros de los primeros, y varias de las segundas que tampoco se le permite recoger.

"Excuso hacer á vd. recomendaciones especiales de los pundonorosos jefes, oficiales y tropa, con cuyo mando me honro, y sólo le diré: que todos ellos han manifestado que conocen cuánto vale la

dignidad de una nacion libre, que los ha honrado confiando á su denuedo el crédito de sus armas.

"Por mi parte, felicito á vd. cordialmente y al ciudadano general en jefe, reiterándole las protestas de mi justa consideracion."

"Lo que tengo la honra de trasladar á vd. para el superior conocimiento del ciudadano Presidente de la República.

"Cuartel general en Zaragoza, Abril 3 de 1863.—*Ortega.*"

En la orden del Cuerpo de ejército de Oriente, del 3 al 4 de Abril de 1863 en Zaragoza, entre otras cosas se dice lo siguiente:

"El ciudadano general en jefe se ha servido mandar se haga mencion honorifica del ciudadano coronel del 6º Batallon de Jalisco, Miguel Balcázar, por su comportamiento en la jornada de anoche, pues á más de haber cumplido con su deber, dió ejemplo de valor á su tropa. Del teniente coronel del 4º Batallon, Rafael Ballesteros, que llenó satisfactoriamente sus deberes. Del comandante de Batallon, Modesto Martínez y capitán Romualdo Zárate, del mismo Batallon, que salieron heridos, y sin embargo, continuaron con firmeza hasta terminar el combate.

"En esta jornada cooperaron eficazmente los Batallones 1º de Toluca y 6º de Jalisco, y sobre todo, el C. general Porfirio Díaz, que dirigió la defensa, dando ejemplo de valor y actividad.

"Los partes generales comprenderán á todas las personas que se han hecho acreedoras, en la funcion de armas de anoche, al reconocimiento nacional.

"De orden del ciudadano general en jefe.—El Cuartel-Maestre.—Comunicada.—*Prieto.*"

"Zaragoza, Abril 6 de 1863.—A las cinco de la tarde.—Señor general D. Ignacio Comonfort.—Mi querido amigo y compañero.—Diré á vd. lo que ha pasado en la plaza, de más importancia, en estos últimos dias:

"El enemigo no ha podido dar un paso: ha abierto algunas brechas en las manzanas ocupadas por nuestras fuerzas, lanzándose en seguida sobre ellas; mas las veces que ha verificado esto, ha sido rechazado, dejando en nuestro poder algunos muertos, algunas armas,

DEFENSA.—9.

Las piezas que cito son las siguientes:

"Ciudadano Ministro de la Guerra.—Tengo la honra de remitir á vd., en copia y en lo conducente, la orden general de este Cuerpo de ejército, relativa á la funcion de armas que tuvo lugar anoche, en la manzana que se halla frente de la del Hospicio, y al Sur del mismo.

"Libertad y Reforma. Zaragoza, Abril 3 de 1863.—*Ortega.*"

"Cuerpo de ejército de Oriente.—General en jefe.—Con esta fecha me dice el señor Cuartel-Maestre lo que sigue:

"El ciudadano general Porfirio Díaz, perteneciente á la division del ciudadano general Berriozábal, y encargado de la línea de vanguardia de San Agustín, me dice lo que copio:

"Tengo la honra de participar á vd., que en la brigada de mi mando, han ocurrido en la noche de ayer y madrugada de hoy, las novedades siguientes:

"A las ocho y cuarenta y cinco minutos de la noche, el enemigo que se halla en el Hospicio, abrió una brecha con artillería en el cuartel de San Marcos, y se lanzó por ella en número considerable, hasta ocupar la mitad del patio del edificio, y los defensores de éste el resto de él.

"En este estado permanecemos sosteniendo un rudo combate hasta la media noche, á cuya hora volvió el enemigo á sus puestos, dejando en su fuga muertos y armas que aun no puede recoger por completo, por no permitírsele nuestros fuegos.

"Como á las dos de la mañana, el enemigo que se hallaba cerca de la plazuela de San Agustín, abrió una brecha con artillería en la manzana que manda el ciudadano coronel Balcázar, lanzándose á continuacion hasta ocupar parte de una casa, en cuya posicion sostuvo un combate con los defensores de la línea hasta las cinco de la mañana, á cuya hora fué completamente rechazado, dejando en nuestro poder algunos muertos y armas, y en la calle otros de los primeros, y varias de las segundas que tampoco se le permite recoger.

"Excuso hacer á vd. recomendaciones especiales de los pundonorosos jefes, oficiales y tropa, con cuyo mando me honro, y sólo le diré: que todos ellos han manifestado que conocen cuánto vale la

dignidad de una nacion libre, que los ha honrado confiando á su denuedo el crédito de sus armas.

"Por mi parte, felicito á vd. cordialmente y al ciudadano general en jefe, reiterándole las protestas de mi justa consideracion."

"Lo que tengo la honra de trasladar á vd. para el superior conocimiento del ciudadano Presidente de la República.

"Cuartel general en Zaragoza, Abril 3 de 1863.—*Ortega.*"

En la orden del Cuerpo de ejército de Oriente, del 3 al 4 de Abril de 1863 en Zaragoza, entre otras cosas se dice lo siguiente:

"El ciudadano general en jefe se ha servido mandar se haga mencion honorifica del ciudadano coronel del 6º Batallon de Jalisco, Miguel Balcázar, por su comportamiento en la jornada de anoche, pues á más de haber cumplido con su deber, dió ejemplo de valor á su tropa. Del teniente coronel del 4º Batallon, Rafael Ballesteros, que llenó satisfactoriamente sus deberes. Del comandante de Batallon, Modesto Martínez y capitán Romualdo Zárate, del mismo Batallon, que salieron heridos, y sin embargo, continuaron con firmeza hasta terminar el combate.

"En esta jornada cooperaron eficazmente los Batallones 1º de Toluca y 6º de Jalisco, y sobre todo, el C. general Porfirio Díaz, que dirigió la defensa, dando ejemplo de valor y actividad.

"Los partes generales comprenderán á todas las personas que se han hecho acreedoras, en la funcion de armas de anoche, al reconocimiento nacional.

"De orden del ciudadano general en jefe.—El Cuartel-Maestre.—Comunicada.—*Prieto.*"

"Zaragoza, Abril 6 de 1863.—A las cinco de la tarde.—Señor general D. Ignacio Comonfort.—Mi querido amigo y compañero.—Diré á vd. lo que ha pasado en la plaza, de más importancia, en estos últimos dias:

"El enemigo no ha podido dar un paso: ha abierto algunas brechas en las manzanas ocupadas por nuestras fuerzas, lanzándose en seguida sobre ellas; mas las veces que ha verificado esto, ha sido rechazado, dejando en nuestro poder algunos muertos, algunas armas,

DEFENSA.—9.

y aún instrumentos de zapa, corriendo en seguida á ocupar las manzanas que se hallan en su poder.

“A las cuatro de la mañana del sábado, 4 de Abril, el enemigo comenzó á arrojar bombas y granadas sobre San Agustín, y á las seis de la misma mañana, logró incendiar la Iglesia del referido ex-convento. A esa misma hora comenzó á arder una casa particular del centro de la ciudad. El enemigo, creyendo que esto introduciría el desorden en los defensores de la plaza, duplicó sus fuegos de artillería, intentando en seguida apoderarse de algunas manzanas, de las que fué rechazado y reducido á las posiciones que ocupa. Sus fuegos y los nuestros, se suspendieron á las once del día, hora en que se convenció el mismo enemigo de que nada podía conseguir por medio de los incendios producidos por sus proyectiles.

“Por lo que respecta á San Agustín, diré á vd., que el poder de nuestras bombas fué ineficaz para apagar el incendio por la multitud de combustibles que había en la Iglesia, y que consistían en santos, colaterales, casullas, manteos, etc., etc.

“Nosotros no perdimos ni un cartucho, ni la cosa más insignificante, perteneciente al ejército, ni se permitió tampoco que el incendio se comunicara de la Iglesia al resto del edificio, cuyo punto ocupaban nuestras tropas, habiéndose debido esto último á las acertadas medidas de los señores generales Llave, Berriozábal y Mejía, á quienes encontré en la línea atacada, y en cuya retaguardia se sufría el incendio. Los señores generales Mendoza y Paz, cada uno en la órbita que les corresponde, dispusieron oportunamente todo lo que convenía á que la plaza pudiera resistir un asalto general, y esto lo disponían precisamente á la hora en que comenzaba el incendio, hora en que yo conciliaba el sueño, y en la que dichos señores no permitieron que se me hablara sino fué hasta que el incendio iba tomando incremento, y que se duplicaban los fuegos de artillería y fusilería en nuestra línea.

“En el incendio referido, presentaron también importantes servicios los señores coronel Foster y Lic. D. Miguel Castellanos, lo mismo que los jefes y ayudantes de mi Estado Mayor, esto es, una parte de ellos, y que se componía de los señores Loera, Ortega (D. Joaquín), Togno, Rincon, Calvillo, Sánchez y Vélez, y algunas otras

personas á quienes no recuerdo, á cuyos individuos encargué uno de los conductos por donde debta transmitirse el fuego de la Iglesia al ex-convento. Esta comision la desempeñaron personalmente, en medio de las bombas y granadas que el enemigo estaba dirigiendo sobre aquel punto.

“El mismo sábado por la mañana, el enemigo comenzó á dirigir sus tiros de cañon, de San Javier para Santa Anita; mas este último fuerte contestó vigorosamente en el acto, y el enemigo apagó sus fuegos.

“En la tarde se desprendían tres columnas débiles de infantería del campamento de Tepozúchil, sin duda con el objeto de reconocer el terreno, y con direccion al fuerte de Zaragoza. Este, lo mismo que el de Ingenieros y Guadalupe, rompió sobre ellas sus fuegos de artillería, y algunos minutos despues, las referidas columnas en desorden corrían para su campamento.

“Los invasores ocupan seis manzanas, inclusa la del Hospicio. El frente y flancos de este edificio, están en nuestro poder. Los re-dientes de Morelos los ha ocupado el enemigo y están enfilados por nuestros fuegos.

“Escribía la última frase, cuando el enemigo ha roto un fuerte cañoneo sobre la manzana que está frente del Hospicio, arrojando al mismo tiempo granadas y bombas sobre la ciudad.

“Concluyo por lo mismo.—Ortega.”

“Son las seis y tres cuartos de la tarde, hora en que el señor general Ortega acaba de dar la vuelta, y me encarga diga á vd: que el enemigo abrió brechas con sus cañones en la manzana que está al frente del Hospicio y á un lado de la calle de Miradores, logrando penetrar hasta el centro de ella; pero que ha sido rechazado victoriosamente.

“El general Llave, que defendía la manzana, salió ligerísimamente herido, por una rosada de bala.

“A esta hora cierro la carta y salen los correos.—Juan Togno.”

“Cuerpo de ejército de Oriente.—General en jefe.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—Con esta fecha me dice el C. general Lla-

ve, que fué quien resistió el ataque del enemigo la tarde de ayer, en la manzana que ocupa, lo siguiente:

"Ayer, como á las cinco de la tarde, emprendió el enemigo un fuerte ataque sobre la manzana que defiende el Batallon de Tixpam, número 36, de este Cuerpo de ejército, comprendida entre las calles de Miradores é Iglesias, y despues de haber abierto una enorme brecha con su artillería, lanzó una columna, la cual fué heroicamente rechazada y puesta en fuga, habiendo sido tiroteada por las fuerzas de las manzanas inmediatas, cuyo auxilio fué muy oportuno.

"El enemigo dejó en nuestro poder 1 oficial y 36 individuos de tropa, prisioneros, algunos muertos, dos heridos y varias armas, las cuales he mandado repartir á los bravos soldados que las quitaron. Los prisioneros los he remitido á ese Cuartel general. Los señores oficiales y tropa que concurrieron á esta gloriosa jornada, han tenido el más digno comportamiento, habiéndose distinguido entre ellos, el C. capitán, Manuel Galindo, quien fué muerto con felonía en los últimos momentos del combate. Como este jóven capitán ha prestado siempre muy buenos servicios á la libertad y á la independencia, suplico á vd. se sirva recomendar á su familia al Supremo Gobierno.

"Los grandes trabajos que he estado efectuando durante toda la noche, para cerrar la brecha que abrió el enemigo y prevenirme para otro ataque, me prohíben, por ahora, dar un parte más detallado; pero si vd. lo considera necesario, lo haré cuando las circunstancias lo permitan.

"Lo que tengo el honor de trasmitir á vd., para conocimiento del ciudadano Presidente de la República.

"Libertad y Reforma. Cuartel general en Zaragoza, Abril 7 de 1863.—Ortega."

"Cuerpo de ejército de Oriente.—General en jefe.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—Con esta fecha me dice el C. general Felipe Berriozábal, lo siguiente:

"Tengo el honor de poner en conocimiento de vd., las novedades ocurridas en el día y noche anterior, en la division que está á mis órdenes y puntos que ella ocupa.

"En los fuertes no hubo novedad, y en las manzanas del Poniente de la ciudad, sólo hemos tenido heridos, un comandante de batallon y un capitán, cuyas heridas recibieron éstos, en los momentos en que el enemigo entre seis y siete de la tarde, emprendió su ataque sobre la manzana que está al costado del Hospicio, y que tan valientemente han resistido los Cuerpos de la 5ª division que la cubre. Como anoche al entregar á vd. los 37 prisioneros hechos al enemigo, le di parte verbal de lo ocurrido, y hoy daré á vd. el parte pormenorizado el general Llave, á cuyas inmediatas órdenes está dicha manzana, excuso hablarle de este particular, limitándome sólo á manifestarle que por la derecha protegió la defensa muy eficazmente el 2º Batallon de Toluca, y por la izquierda, el 8º de Jalisco y un obús de á 24, á las órdenes de los valientes capitanes Castañeda y Sánchez. Aunque el enemigo llamó tambien la atención por la plazuela de San Agustín, no hubo una cosa de importancia.

"Lo que tengo la honra, etc., etc., etc.—Ortega."

"Cuerpo de ejército de Oriente.—General en jefe.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—Con esta fecha me dice el C. general Ignacio Mejía, lo que sigue:

"Tengo la satisfaccion de participar vd., que en esta línea fortificada no ha ocurrido novedad, y el sentimiento de que una de las muchas bombas que sobre esta plaza disparó el enemigo, causara la muerte á una monja, hiriendo á otras siete y á un presbítero, de quien tambien murió una hermana suya; habiéndose logrado sofocar el incendio que otra bomba había causado en la calle del Correo Viejo, casa del canónigo Ortega.

"Lo que tengo la honra, etc.—Ortega."

"Ciudadano Ministro de la Guerra.—Zaragoza, Abril 7 de 1863.—El C. coronel Antonio Calderon, jefe del Cuerpo Auxiliares del ejército, me dice con fecha de hoy, lo siguiente:

"Pongo en el superior conocimiento de vd., que en la madrugada de hoy, desalojé, con la fuerza de mi mando, de la garita del Pulque, á una fuerza de infantería de zuavos, que se había apoderado de ella, sostenida por una fuerza de caballería que cubría el camino

de Posadas, sufriendo el enemigo pérdidas considerables. Por mi parte he tenido heridos á José María Ortiz, Miguel Sánchez, Luciano Sánchez, Laureano Ramírez y Serapio Ponto Villafan, siendo de gravedad los tres primeros, que, alucinados por un ¡viva México! que gritaron los franceses, suspendieron la función de armas, y cobardemente entónces los citados franceses les metieron los marrazos. También perdí tres caballos en el combate, portándose los soldados de este Cuerpo de una manera decidida y recomendable.

“Lo que tengo el honor, etc.

“Y lo traslado á vd., etc.—*Ortega.*”

Los sucesos que tuvieron lugar desde el 8 al 11, son los que referí en mi carta de esta última fecha, que inserto en seguida, ratificando su contenido:

“Zaragoza, Abril 11 de 1863.—A la una de la tarde.—Señor general D. Ignacio Comonfort.—Mi querido amigo y compañero.—Anoche recibí la apreciable de vd., de 8 del corriente, marcada con el número 13. Sólo dos correos de los que le he mandado, no han dado la vuelta, pero tengo algunas razones para creer que no han caído en poder del enemigo.

“No ha habido cosa notable en la plaza despues de lo que le comuniqué con fechas 6, 7 y 8 del corriente.

“Los trabajos por sitiados y sitiadores, siguen con mucha actividad, aunque con más lentitud por parte de los últimos, por no permitirlo los fuegos de la plaza.

“Despues de los últimos asaltos emprendidos por el enemigo, en los que ha sido rechazado, dejando algunas de sus armas, muertos y heridos en nuestro poder, así como prisionera una compañía de zuavos, se ha disminuido notablemente su ardor de iniciativa, y creo ha perdido mucho en su moral, así lo está indicando al ménos la actitud que guarda, pues se ha limitado últimamente á la defensiva de las cinco ó seis manzanas que ocupa por la orilla de la ciudad, inmediatas á San Javier. Ha aspillerado parte de dichas manzanas, y segun se ha podido observar, parece que construye parapetos en el interior de ellas.

“La manzana en que se halla el Hospicio, casi está ya convertida en escombros, así como una multitud de casas y edificios de los barrios del Poniente de la ciudad: esto no obstante, el enemigo no ha podido dar un paso hacia el centro de ella.

“En estos últimos dos dias, han disminuido considerablemente las bombas y granadas que el ejército invasor estaba arrojando sobre nuestros parapetos y los edificios de la ciudad, no obstante estar levantando nosotros á su vista nuevas trincheras y otras obras de zapa.

“Esto, pues, me demuestra que, proyectiles de esta clase se le escasean, y con tanta más razón juzgo de esta manera, cuanto que sé por mis correos y exploradores, que ha mandado carros á Orizaba para que le conduzcan aquellos elementos de guerra. Además, ha debilitado sus fuegos á la hora en que ha sufrido, entre las calles y manzanas, algunos descabros.

“Por nuestra parte, habíamos disparado hasta el día 7 del corriente, veinticinco mil cañonazos, y arrojado al campo enemigo cerca de mil bombas. Pocas habían sido las municiones de infantería que habíamos consumido hasta la fecha citada, pues el número de lo gastado hasta entónces, no llegaba á cuatrocientos mil tiros.

“Pocos también son los muertos y heridos que hemos tenido en estos últimos dias. El general Llave no fué herido de bala; sólo recibió dos contusiones, en union del ingeniero Foster, con los escombros que arrojó sobre él la artillería enemiga al abrir la brecha.

“El citado señor general Llave, está ya perfectamente sano, y ni una hora se ha separado del reducto que le encargué, y que ha defendido con tanto valor.

“Despues de lo que dije á vd. en mi última, los sitiadores no han atacado, ni han intentado atacar alguno de los fuertes de los suburbios de la ciudad.

“Con el permiso del general Forey, me escribió nuestro ingeniero, Emilio Rodríguez, por sí y á nombre de los ocho oficiales prisioneros, cuyas cartas me entregó un parlamentario del mismo general Forey.

“Al día siguiente, mandé seiscientos cincuenta y dos pesos, que importaba una paga de nuestros citados prisioneros, incluso en di-

cha suma cincuenta pesos que dispuse se entregaran á un oficial, que me dicen se halla tambien prisionero, y que pertenece al Cuerpo de ejército que vd. manda.

"Al mismo teniente coronel Rodríguez, le dije: que con el permiso del general Forey, me manifestara si los ciento y tantos prisioneros de la clase de tropa que me hicieron en San Javier, estaban con tal carácter, en poder del ejército frances, ó si habian sido refundidos en las fuerzas de Márquez. Nada me ha contestado hasta hoy, y es sin duda, porque no se lo ha permitido el general frances, quien probablemente no hallará con qué disculparse, por haber entregado á dicho cabecilla los prisioneros que tenia de nuestro Cuerpo de ejército, cuando segun los usos y la práctica legalmente introducida en casos de esta naturaleza, debió haberlos conservado en su poder y juramentádoslos, para que no hubieran tomado las armas en lo sucesivo contra el ejército frances.

"Los prisioneros de dicho ejército que tenemos en esta plaza, me pidieron el permiso de escribir á su campo: se los concedí, y con la contestacion recibieron mil y quinientos francos en oro del cuño español.

"Nada más ocurre por aquí que llame la atencion.

"Tenga vd. la bondad de hacerles presentes mis respetos al señor Presidente y sus Ministros, recibiendo vd. un saludo de los muchos amigos que tiene en esta plaza, y otro muy especial de su compañero que lo aprecia.—*J. G. Ortega.*"

El mismo dia 11 expedí el decreto que sigue, y que tenia por objeto proporcionar víveres al Cuerpo de ejército de mi mando:

"*Jesus Gonzalez Ortega, general en jefe del Cuerpo de ejército de Oriente, y comandante militar del Estado de Puebla, á sus habitantes, sabed:*

"Que habiéndose descubierto algunos depósitos de víveres y forrajes, que se tenian ocultos, con perjuicio del ejército y del público, cosa que en ningun caso debe permitir la autoridad; en uso de las amplias facultades de que me hallo investido, decreto:

"Art. 1.º Todos los dueños de depósitos ó existencias, de víveres

y forrajes, presentarán dentro de veinticuatro horas, á la proveeduría de este Cuerpo de ejército, una relacion exacta de las existencias que tengan.

"Art. 2.º La proveeduría procederá luego á recibir esas existencias, expidiendo al interesado la constancia correspondiente de la entrega que haya hecho, para su pago.

"Art. 3.º Los que tengan establecimientos ó tiendas abiertas para vender víveres ó forrajes, continuarán en su comercio, y sólo tendrán la obligacion de presentar dentro de veinticuatro horas, á la proveeduría, la relacion exacta de las existencias que tengan.

"Art. 4.º Es prohibida y punible toda ocultacion de víveres y forrajes, y quien la hiciere, sobre perder las existencias que tuviere, ingresándose á la proveeduría, será juzgado como traidor. En el mismo caso estarán los que, teniendo expendios abiertos, hicieren alguna ocultacion, cerrándoseles ademas el establecimiento.

"Art. 5.º El que denunciare la existencia de algunos víveres y forrajes que se hayan ocultado, sobre expedirseles por la secretaría de la comandancia un certificado honorífico, se les gratificará correspondientemente en especie ó en numerario.

"Art. 6.º Serán juzgados como traidores los proveedores ó personas que vendieren ó ocultaren los víveres destinados para los Cuerpos ó Batallones del ejército, así como los individuos del mismo ejército que tomaren del comercio, del vecindario ó de algun ciudadano, sin la órden correspondiente, cualquiera clase de objetos.

"Por tanto, mando se imprima, publique y circule para su cumplimiento. Dado en Zaragoza, á 11 de Abril de 1863.—*Jesus G. Ortega.*"

En esos mismos dias hice salir de la plaza una guerrilla de exploradores, que tenia dentro de ella, compuesta de hombres audaces y atrevidos, y que posean un conocimiento exacto del terreno, con el objeto de que introdujeran algunos víveres, operacion que no creí imposible pudiera realizarse en esos dias, tanto por los informes que respecto del personal de la guerrilla me dió el general Negrete, como por el compromiso que ésta se contrajo, y el estado que, todavía

cha suma cincuenta pesos que dispuse se entregaran á un oficial, que me dicen se halla tambien prisionero, y que pertenece al Cuerpo de ejército que vd. manda.

"Al mismo teniente coronel Rodríguez, le dije: que con el permiso del general Forey, me manifestara si los ciento y tantos prisioneros de la clase de tropa que me hicieron en San Javier, estaban con tal carácter, en poder del ejército frances, ó si habian sido refundidos en las fuerzas de Márquez. Nada me ha contestado hasta hoy, y es sin duda, porque no se lo ha permitido el general frances, quien probablemente no hallará con qué disculparse, por haber entregado á dicho cabecilla los prisioneros que tenia de nuestro Cuerpo de ejército, cuando segun los usos y la práctica legalmente introducida en casos de esta naturaleza, debió haberlos conservado en su poder y juramentádoslos, para que no hubieran tomado las armas en lo sucesivo contra el ejército frances.

"Los prisioneros de dicho ejército que tenemos en esta plaza, me pidieron el permiso de escribir á su campo: se los concedí, y con la contestacion recibieron mil y quinientos francos en oro del cuño español.

"Nada más ocurre por aquí que llame la atencion.

"Tenga vd. la bondad de hacerles presentes mis respetos al señor Presidente y sus Ministros, recibiendo vd. un saludo de los muchos amigos que tiene en esta plaza, y otro muy especial de su compañero que lo aprecia.—*J. G. Ortega.*"

El mismo dia 11 expedí el decreto que sigue, y que tenia por objeto proporcionar víveres al Cuerpo de ejército de mi mando:

"*Jesus Gonzalez Ortega, general en jefe del Cuerpo de ejército de Oriente, y comandante militar del Estado de Puebla, á sus habitantes, sabed:*

"Que habiéndose descubierto algunos depósitos de víveres y forrajes, que se tenian ocultos, con perjuicio del ejército y del público, cosa que en ningun caso debe permitir la autoridad; en uso de las amplias facultades de que me hallo investido, decreto:

"Art. 1.º Todos los dueños de depósitos ó existencias, de víveres

y forrajes, presentarán dentro de veinticuatro horas, á la proveeduría de este Cuerpo de ejército, una relacion exacta de las existencias que tengan.

"Art. 2.º La proveeduría procederá luego á recibir esas existencias, expidiendo al interesado la constancia correspondiente de la entrega que haya hecho, para su pago.

"Art. 3.º Los que tengan establecimientos ó tiendas abiertas para vender víveres ó forrajes, continuarán en su comercio, y sólo tendrán la obligacion de presentar dentro de veinticuatro horas, á la proveeduría, la relacion exacta de las existencias que tengan.

"Art. 4.º Es prohibida y punible toda ocultacion de víveres y forrajes, y quien la hiciere, sobre perder las existencias que tuviere, ingresándose á la proveeduría, será juzgado como traidor. En el mismo caso estarán los que, teniendo expendios abiertos, hicieren alguna ocultacion, cerrándoseles ademas el establecimiento.

"Art. 5.º El que denunciare la existencia de algunos víveres y forrajes que se hayan ocultado, sobre expedirseles por la secretaría de la comandancia un certificado honorífico, se les gratificará correspondientemente en especie ó en numerario.

"Art. 6.º Serán juzgados como traidores los proveedores ó personas que vendieren ó ocultaren los víveres destinados para los Cuerpos ó Batallones del ejército, así como los individuos del mismo ejército que tomaren del comercio, del vecindario ó de algun ciudadano, sin la órden correspondiente, cualquiera clase de objetos.

"Por tanto, mando se imprima, publique y circule para su cumplimiento. Dado en Zaragoza, á 11 de Abril de 1863.—*Jesus G. Ortega.*"

En esos mismos dias hice salir de la plaza una guerrilla de exploradores, que tenia dentro de ella, compuesta de hombres audaces y atrevidos, y que posean un conocimiento exacto del terreno, con el objeto de que introdujeran algunos víveres, operacion que no creí imposible pudiera realizarse en esos dias, tanto por los informes que respecto del personal de la guerrilla me dió el general Negrete, como por el compromiso que ésta se contrajo, y el estado que, todavía

en esa fecha, guardaban las obras de contravalacion que el enemigo llevaba para obstruir toda comunicacion con la plaza.

Acordadas con el jefe de la referida guerrilla todas las señas y medios que debían servir para que pudiera desempeñar con buen éxito su comision, salió y no volví á tener noticia de ella hasta el mes de Mayo, en que recibí un oficio de su jefe, por medio del que me manifestaba, las dificultades que se le habian presentado para llevar á cabo su comision, y que cien reses que habia reunido últimamente, le habian sido recogidas por el señor general D. Tomás O'Horan.

El enemigo comenzó á dudar del buen éxito de sus asaltos, segun lo indicaban la actitud que guardaba y sus movimientos. Además, los viveres y municiones comenzaron ya á escasear, y por esto dispuse que el citado general O'Horan, con la division de caballería, saliera de la plaza en la noche del 13 al 14 de Abril, con el objeto de introducir aquellos dos esenciales elementos de guerra, y de manifestar al Supremo Gobierno, la poquísimas existencia que habia de ellos en nuestros almacenes: manifestacion que no habia podido hacer con toda verdad, por conducto de los correos que hacia salir, por temor de que mis cartas cayeran en poder de los sitiadores.

Habiendo acordado tambien con el mencionado general, las señas y contraseñas que debían servirnos para entendernos y para que la plaza pudiera auxiliar aquella operacion, y habiendo igualmente recibido por escrito y firmadas de mi puño las instrucciones correspondientes, verificó su salida.

En esas instrucciones se le prevenia: que se pusiera de acuerdo, para cumplir su comision, con el señor general D. Ignacio Comonfort, quien tenia obligacion de introducir á la plaza, los elementos de guerra, que ésta necesitaba, segun lo que anticipadamente habia dicho el ciudadano Ministro de la Guerra al cuartel general del Cuerpo de ejército de Oriente. Se le prevenia tambien que no obedeciera más órdenes que las que directamente le diera el general en jefe del referido Cuerpo de ejército de Oriente, á cuyas fuerzas pertenecía y seguía perteneciendo la division que mandaba.

Para que no fracasaran los proyectos que motivaban su salida, escribí al Supremo Gobierno, suplicándole: que no se me quitara la

fuerza de caballería que mandaba aquel jefe, y que continuara, como hasta entónces, perteneciendo al Cuerpo de ejército de Oriente, aunque se hallara fuera del recinto fortificado.

El mismo Supremo Gobierno, que estaba más al corriente de las necesidades del Cuerpo de ejército del Centro, y de algunas operaciones que era necesario practicar fuera de las murallas, no tuvo por conveniente obsequiar mi súplica, y dispuso, por lo mismo, que la referida fuerza de caballería se pusiera á las órdenes del señor general Comonfort.

Del día 11 al 13 no tuvo lugar entre sitiados y sitiadores, sino lo que refiero en mi carta, de esta última fecha, que inserto á continuacion, ratificando su contenido:

“Zaragoza, Abril 13 de 1863.—A las cuatro y cuarto de la tarde.—Sr. general D. Ignacio Comonfort.—Mi querido amigo y compañero.—El enemigo no ha podido dar un paso. Continúa sus fuegos de cañon sobre el Cármen y los reductos inmediatos á ese fuerte, situados entre el mismo y San Agustin, por el lado que ve á la campaña; pero en ellos no ha sido tan afortunado, pues nuestra artillería los ha apagado dos ó tres veces, si bien aquel no ha hecho jugar todas sus piezas, así como nosotros no hemos puesto en accion ni la décima parte de las nuestras.

“Los fuegos de fusilería de una y otra parte, han sido lentos y continuados.

“El enemigo, desafortunado en sus últimos asaltos, no ha vuelto á intentar otro; sin embargo, no cesa de arrojar sus granadas, balas de rifle y toda clase de proyectiles, sobre la ciudad.

“*Estamos bien, muy bien;* la moral de nuestro ejército ha subido gradualmente, á proporcion que se manifiesta la impotencia del enemigo para tomar la plaza.

“El general Rivera me dice que las fuerzas de vd. tuvieron un encuentro con los invasores, en el que estos últimos, llevaron la peor parte.

“Reciba vd. por esto mis más cordiales felicitaciones.

“Nosotros no pudimos ni oír ni ver cosa alguna, relativa á ese encuentro, por el ruido y humo que tenemos en la ciudad.

"Nada más ocurre de importancia.

"Pocos muertos y heridos hemos tenido en la noche y día de ayer.

"Su amigo y compañero que lo aprecia.—*Jesus G. Ortega.*"

Del día 13 al 14, los fuegos continuaron por una y otra parte, aunque no muy nutridos, y sí con mucha actividad las obras de zapa.

Los acontecimientos habidos del 14 al 15, están consignados en mi carta de esta última fecha, cuyo contenido ratifico.

Hé aquí el documento que cito:

"Señor general D. Ignacio Comonfort.—Zaragoza, Abril 15 de 1863.—A las cuatro de la tarde.—Le he escrito á vd. desde el día 11 sin interrupcion, y así lo haré en lo sucesivo, para que el Supremo Gobierno sepa con certeza y prontamente todo lo que pasa entre el enemigo y esta plaza.

"Por ahora sólo diré, que en las veinticuatro horas anteriores á la en que escribo ésta, no ha ocurrido cosa alguna de importancia, y que el enemigo no ha podido dar un solo paso, ni ensanchar su línea por su frente y flancos, un palmo de terreno, sin embargo de estar hechas pedazos y destruidas, tanto las manzanas que ocupa el mismo enemigo, como las que ocupan nuestras fuerzas.

"Los franceses han levantado su campo de Amozoc, y de este campamento como de los que se hallan por el lado del Sur, han estado conduciendo gaviones hacia el frente del Cármen. Anoche han levantado una obra por el centro de los redientes de Morelos, *ensilados por los fuegos de las manzanas que ocupamos*, cuya obra, hasta esta hora, parece ser un camino cubierto ó el principio de un parapeto para desenfilarse dichos redientes y poderlos ocupar.

"Pocos muertos y heridos hemos tenido.—Su amigo y compañero que lo aprecia.—*J. G. Ortega.*"

Del 15 al 21 tuvieron lugar fuertes y rudos ataques sobre la plaza; los que no siéndome fácil referir pormenorizadamente, lo hago en general, contrayéndome, respecto de esos sucesos, á los puntos genéricos que con relacion á los mismos, narré en mi carta de fecha 21, haciendo en ella una rectificacion importante.

"Señor general D. Ignacio Comonfort.—Zaragoza, Abril 21 de 1863.—A las cuatro y treinta minutos de la tarde.—Mi querido amigo y compañero.—Le pongo á vd. estas líneas para manifestarle que no me ha sido posible escribir despues del día 15, en que le dirigí mi carta número 5.

"Vd. habrá oido lo nutrido que ha sido el fuego del enemigo sobre la plaza, y el de ésta sobre el enemigo en los últimos días; cuyos fuegos comenzaron una hora despues de haber firmado mi citada última carta. En la tarde del mismo día 15, el enemigo recibió 60 carros con municiones y dinero, y dos días despues otros 90 con municiones y víveres. No me será posible darle á vd. una idea pormenorizada de todo lo que ha pasado en los seis días anteriores, en esta plaza, especialmente de los cuerpos que han tomado parte en la lucha, y por lo mismo me limito á referir lo más notable. El día 15, en las últimas horas de la tarde, hice salir del Cármen á la primera brigada de Zacatecas, al mando del señor general Ghilardi, apoyada en una batería de batalla, con direccion á la Teja, para impedir los trabajos de zapa que el enemigo estaba haciendo en aquel punto, con objeto de batir el Cármen. Esto dió lugar á una pequeña batalla que hubo en dicho punto, y á la que puso término la noche: durante el tiempo empleado en aquel encuentro, los fuegos se generalizaron por una y otra parte en la línea del Sur de la ciudad, recibiendo un fuerte cañoneo los parapetos defendidos por los señores generales Berriozábal y Díaz, por los coroneles Auza y Sánchez Roman, por el señor general Régules, y muy especialmente los del Cármen, en cuyo punto se hallaba el señor general Alatorre, dirigiendo el movimiento que le habia encomendado en esa línea. El enemigo, tan luego como vió que se desprendían fuerzas de la plaza para la Teja, conmovió todos los campamentos del Sur, y aun el del cerro de San Juan, mandando reforzar á paso veloz con los más inmediatos, á la fuerza que tenía en el citado punto de la Teja.

"Ya dije á vd. que la noche puso término á este encuentro. Los fuegos, con más ó ménos interrupcion, siguieron durante la noche y el siguiente día; en este último se desprendieron dos trozos de infantería del enemigo, compuestos de cazadores, con direccion á algunas sinuosidades del terreno que se hallan frente al fuerte del

Cármén, y de cuyos puntos fueron desalojados poco despues. Los fuegos de artillería del mismo enemigo habian destruido una parte del panteon del Cármén.—El fuego continuó durante la noche, el dia siguiente, la noche del mismo dia y mañana del 19, con más ó ménos interrupcion; pero aunque el enemigo lo generalizaba por toda la línea ya citada, era muy remarcado sobre las manzanas que se hallan en uno de los costados de la Plazuela de San Agustín, y con vista á la llanura, y la que se halla á la espalda de Santa Inés y con vista tambien á la llanura, defendida la primera y la que está á su retaguardia por el 4.º Batallon de Zacatecas, al mando de su coronel D. Joaquin Sánchez Roman, y la segunda, por fuerzas del mismo Estado, á las órdenes del coronel Auza.—Las dos manzanas encargadas al 4.º Batallon de Zacatecas, quedaban en la línea, defendida por la division que manda el señor general Berriozábal, y por esto puse accidentalmente á sus órdenes el mencionado batallon. El enemigo llevó, por espacio de algunos dias, una obra de zapa formal sobre dichas manzanas, extendiendo un ramal de sus paralelas por el centro de los redientes de Morelos, que se hallan, como vd. sabe, sobre la llanura del rumbo de Santiago, y cuyos trabajos se le interrumpieron multitud de veces por los fuegos de artillería de las mismas manzanas, desalojándolo una vez de dicho ramal, y logrando aún quitarle los instrumentos de zapa y algunos gaviones, é incendiarle todos los demas con que reforzaba el mencionado ramal, cuya operacion hicieron unos cuantos soldados del 3.º Batallon de Zacatecas, á pecho descubierto.

“La obra del enemigo, de que hablo á vd., se encuentra á unas veinte ó veinticinco varas de las manzanas que defendíamos, y ya que á éstas, que se componen de las casas viejas de las orillas de la ciudad, se les hacía el honor de batirlas como á una fortaleza, pues como he dicho á vd., se habían hecho obras de zapa y colocado en ellas baterías para atacarlas, quise que sucumbieran con el mismo honor que les hacía el enemigo, y dispuse que se defendiesen hasta lo último, no obstante estar ya hechas pedazos, tanto por los parapetos que nosotros habíamos hecho en ellas, como y principalmente, por los fuegos de cañon y fusilería que habían recibido con más ó ménos fuerza en los quince dias anteriores.

“A las cuatro de la tarde del dia 19, el enemigo rompió sus fuegos de cañon sobre las citadas manzanas, generalizándolos por toda la línea que he mencionado, incluso el fuerte de Teotimehuacan, al que se aproximaron algunas fuerzas francesas, y que hizo retirar en el acto la artillería de aquel fuerte: una hora despues estaban abiertas grandes brechas en las manzanas, cuyas brechas se cerraban con pelotones de nuestros soldados, quienes ya no podían ser auxiliados por nuestros fuegos de fusilería, porque los había apagado la artillería enemiga, en atencion á que el frente de las manzanas inmediatas, miraba á la llanura y se hallaba á pleno tiro de aquellas.

“Poco despues los zuavos asaltaron las manzanas ocupadas por Sánchez Roman, á cuya hora se hallaba en ellas como jefe de aquella línea, el valiente hijo de Oaxaca, general Porfirio Díaz, y fueron heroicamente rechazados; mas este triunfo ocasionó un entusiasmo frenético en las tropas que defendían aquel punto, y no juzgando al enemigo astuto y conocedor de la guerra para aprovecharse de todos sus incidentes, lo creyeron derrotado y se cuidaron poco de aprestarse á nuevo combate. El enemigo, que vió la confianza que aquel triunfo había inspirado á nuestros soldados, dió rápidamente otro asalto á las manzanas, y aunque éstas fueron defendidas valerosamente, tuvieron que perderse despues de un sangriento combate y de haber sido rechazados de nuevo los asaltantes.—Perdimos una pieza de montaña, que quedó sepultada bajo el techo de una casa que se desplomara, y entre muertos y heridos 150 hombres del 4.º batallon de Zacatecas, é igual número de cada uno de los batallones de Rifleros de San Luis y 1.º de Aguascalientes, cuyos dos batallones pertenecen á la valiente division del C. general Negrete, y que mandé á los puntos atacados, en auxilio de los mismos.—La manzana ocupada por el coronel Auza, que se halla entre las calles de Villareal y Cañitas, fué tambien blanco de la artillería enemiga, abriendo igualmente en ella grandes brechas. El jefe encargado de su defensa, en cumplimiento de las órdenes que había recibido, estuvo esperando el asalto durante la tarde y la noche, mas éste no tuvo verificativo, porque el enemigo se limitó á conservar las manzanas que había defendido Sánchez Roman.

“Muy entrada la noche visité aquella manzana, y convencido de que el enemigo no la asaltaría, sino que procuraría su destrucción, por medio de sus cañones, pues su frente y costados estaban á merced de sus tiros, ordené al C. coronel Auza la abandonara, después de incendiarla, para que no aprovechara el mismo enemigo los escombros en que estaba convertida, y que á continuación se replegara á la manzana inmediata, que es la de Santa Inés, y que forma parte de la línea fuerte que establecí para la defensa de la ciudad después de la pérdida de San Javier. También le ordené en la misma noche al C. general Berriozábal, que incendiara las manzanas que habían ocupado en la tarde las fuerzas francesas, cuya orden fué cumplida en el acto, sin que pudieran impedirlo los fuegos del enemigo.

“Le previne igualmente al mismo general, que conservara esa noche, y el día y noche de ayer, la manzana que se halla al frente del Hospicio y que le nombran de los Cuarteles, la que se encuentra á la espalda de ésta, y que forma uno de los costados de la plazuela de San Agustín, y la situada entre la misma plazuela y el ex-convento referido, y que si no eran atacadas durante ese tiempo, las abandonara después de haber incendiado los escombros á que también se hallaban reducidas, replegando á San Agustín las fuerzas que ocupaban aquellas, cuya orden quedó cumplida en la madrugada de hoy. Los fuegos han continuado ayer y hoy sin dar resultado favorable, ni á nosotros ni al enemigo. Forey estuvo ayer en el Molino para inspeccionar todo el Sur de la ciudad—Está aglomerando piezas de artillería y algunos otros elementos de guerra en el Pópulo para atacar simultáneamente al Cármen, Santa Inés y San Agustín.

“El mismo Forey cree que la plaza se rendirá dentro de diez ó doce días por falta de víveres.

“Han ido nuevos trenes para Orizaba para conducir al campo enemigo más proyectiles y víveres.

“Sírvasse vd. decirle al señor Ministro de la Guerra, que me propongo darle un parte general de todo lo ocurrido en Puebla, y que por ahora me limito á escribirle cartas particulares y por conducto de vd.

“Todos nuestros generales han trabajado sin descanso, cumpliendo de una manera satisfactoria con su deber.

“Estoy muy cansado y desvelado, y además me duele mucho la cabeza; por lo mismo me reservo algunas otras cosas más que quería decirle, para hacerlo mañana.

“Una felicitación muy sincera y patriótica, en nombre del Cuerpo de ejército de Oriente, á los señores generales Rosas Landa y Echeagaray, recibéndola vd. de nuevo en nombre del mismo, por la jornada del día 14.—*Ortega.*”

En la noche del 18 al 19 entraron á la plaza, por orden del general Rivera y acuerdo expreso del general Comonfort, algunos bultos pequeños con harina, y que contenían todos ellos el peso de noventa arrobas, pues aunque era mucho mayor la cantidad que se trataba de introducir en hombros de algunos indígenas, un incidente desgraciado impidió que se realizara aquel proyecto.

El citado general Rivera no me dió aviso de la hora en que debía hacer la introducción y lugares por donde intentaba verificarla, sin duda por temor de que el pliego que contuviera el aviso, fuera interceptado en la línea enemiga. Ignorando yo las disposiciones que respecto de esto iba á poner en práctica aquel general, hice salir de la plaza la noche referida, al 4° escuadrón de Zacatecas, cuyo Cuerpo tuvo un encuentro con las fuerzas del general Rivera y con los conductores de harina, desgraciadamente en un punto inmediato á la línea francesa. Este es el incidente á que aludo en el párrafo anterior.

La pérdida honrosa de las manzanas que ocupaba Sánchez Roman, comprendidas en la línea defendida por los generales Berriozábal y Díaz, me ocasionó nuevas y fuertes dificultades; si bien aquella pérdida era muy insignificante, pues las referidas manzanas formaban parte de los puntos avanzados de nuestra línea, se hallaban débiles y debían por lo mismo defenderse de un modo transitorio y provisional, y si me propuse que se perdieran después de un asalto, fué por el honor que les dispensaba el enemigo, construyendo una obra formal para atacarlas.

En uno de los días 21 ó 22 se presentaron en palacio, sin previa DEFENSA.—11.

“Muy entrada la noche visité aquella manzana, y convencido de que el enemigo no la asaltaría, sino que procuraría su destrucción, por medio de sus cañones, pues su frente y costados estaban á merced de sus tiros, ordené al C. coronel Auza la abandonara, después de incendiarla, para que no aprovechara el mismo enemigo los escombros en que estaba convertida, y que á continuación se replegara á la manzana inmediata, que es la de Santa Inés, y que forma parte de la línea fuerte que establecí para la defensa de la ciudad después de la pérdida de San Javier. También le ordené en la misma noche al C. general Berriozábal, que incendiara las manzanas que habían ocupado en la tarde las fuerzas francesas, cuya orden fué cumplida en el acto, sin que pudieran impedirlo los fuegos del enemigo.

“Le previne igualmente al mismo general, que conservara esa noche, y el día y noche de ayer, la manzana que se halla al frente del Hospicio y que le nombran de los Cuarteles, la que se encuentra á la espalda de ésta, y que forma uno de los costados de la plazuela de San Agustín, y la situada entre la misma plazuela y el ex-convento referido, y que si no eran atacadas durante ese tiempo, las abandonara después de haber incendiado los escombros á que también se hallaban reducidas, replegando á San Agustín las fuerzas que ocupaban aquellas, cuya orden quedó cumplida en la madrugada de hoy. Los fuegos han continuado ayer y hoy sin dar resultado favorable, ni á nosotros ni al enemigo. Forey estuvo ayer en el Molino para inspeccionar todo el Sur de la ciudad—Está aglomerando piezas de artillería y algunos otros elementos de guerra en el Pópulo para atacar simultáneamente al Cármen, Santa Inés y San Agustín.

“El mismo Forey cree que la plaza se rendirá dentro de diez ó doce días por falta de víveres.

“Han ido nuevos trenes para Orizaba para conducir al campo enemigo más proyectiles y víveres.

“Sírvasse vd. decirle al señor Ministro de la Guerra, que me propongo darle un parte general de todo lo ocurrido en Puebla, y que por ahora me limito á escribirle cartas particulares y por conducto de vd.

“Todos nuestros generales han trabajado sin descanso, cumpliendo de una manera satisfactoria con su deber.

“Estoy muy cansado y desvelado, y además me duele mucho la cabeza; por lo mismo me reservo algunas otras cosas más que quería decirle, para hacerlo mañana.

“Una felicitación muy sincera y patriótica, en nombre del Cuerpo de ejército de Oriente, á los señores generales Rosas Landa y Echeagaray, recibéndola vd. de nuevo en nombre del mismo, por la jornada del día 14.—*Ortega.*”

En la noche del 18 al 19 entraron á la plaza, por orden del general Rivera y acuerdo expreso del general Comonfort, algunos bultos pequeños con harina, y que contenían todos ellos el peso de noventa arrobas, pues aunque era mucho mayor la cantidad que se trataba de introducir en hombros de algunos indígenas, un incidente desgraciado impidió que se realizara aquel proyecto.

El citado general Rivera no me dió aviso de la hora en que debía hacer la introducción y lugares por donde intentaba verificarla, sin duda por temor de que el pliego que contuviera el aviso, fuera interceptado en la línea enemiga. Ignorando yo las disposiciones que respecto de esto iba á poner en práctica aquel general, hice salir de la plaza la noche referida, al 4° escuadrón de Zacatecas, cuyo Cuerpo tuvo un encuentro con las fuerzas del general Rivera y con los conductores de harina, desgraciadamente en un punto inmediato á la línea francesa. Este es el incidente á que aludo en el párrafo anterior.

La pérdida honrosa de las manzanas que ocupaba Sánchez Roman, comprendidas en la línea defendida por los generales Berriozábal y Díaz, me ocasionó nuevas y fuertes dificultades; si bien aquella pérdida era muy insignificante, pues las referidas manzanas formaban parte de los puntos avanzados de nuestra línea, se hallaban débiles y debían por lo mismo defenderse de un modo transitorio y provisional, y si me propuse que se perdieran después de un asalto, fué por el honor que les dispensaba el enemigo, construyendo una obra formal para atacarlas.

En uno de los días 21 ó 22 se presentaron en palacio, sin previa DEFENSA.—11.

citacion de mi parte, los señores generales Berriozábal, Negrete, Antillon y la Llave; se hallaban tambien en la oficina del Cuartel-Maestre, en cuyo punto se reunieron todos, los generales Mendoza, Paz, Mejía y Díaz. El último de estos señores sólo visitaba el cuartel general, cuando algun negocio de mucha importancia, relativo á la linea que defendía, lo llevaba á aquel punto.

Reunidos todos, llegó tambien el señor general D. Miguel Auza, quien aparte y reservadamente me manifestó: que aquella reunion tenia por objeto pedirme que abandonara la plaza; que á él lo habian visto algunos de los generales que se hallaban en la junta, recomendándole que secundara sus proyectos, é influyera para que yo me prestara á la realizacion de ellos, y que en caso de negativa por mi parte, hiciera dimision del empleo militar que tenia en el Cuerpo de ejército de Oriente, pidiendo su baja en él, como estaban resueltos á hacerlo los generales que mandaban divisiones; me manifestó igualmente: que no accedió á esto último, dando por respuesta que no podía por motivo alguno pedir su baja en el mencionado Cuerpo de ejército; y contrayéndose á mi persona me dijo: que sólo cumplía con un encargo, en obsequio de la consideracion que dispensaba á los generales de que se habia ocupado, y que sin manifestarme su modo de pensar respecto de la plaza, en nada influyó ni me indicaba tampoco cosa alguna con relacion á ella, porque deseaba que hiciera yo lo que creyese más conveniente al honor de nuestras armas.

Habiendo pasado esta conferencia, que como he dicho tuvo lugar entre sólo el señor Auza y el que suscribe, el señor general Mejía me dijo, sin hacer suya proposicion alguna, cuáles eran las pretensiones de algunos de los señores generales que se hallaban presentes, refiriéndome lo mismo que me dijera poco ántes el señor Auza.

En vista de esto tomé la palabra, y con alguna vehemencia manifesté lo inconveniente y deshonoroso que juzgaba para la República, tomar aquella medida.

Se insistió en persuadirme de lo contrario, tomando para ello la palabra, alternativamente, los señores Berriozábal, Negrete, Antillon, Llave y Díaz, apoyando sus proposiciones en los siguientes argumentos, que expusieron con no ménos vehemencia y calor con que lo hu-

biera hecho yo. Dijeron: que era necesario, para salvar las instituciones democráticas y la independencia de la República, salvar el Cuerpo de ejército de Oriente.

Por la categoría de las personas con quienes hablaba, y muy especialmente por la situacion de la plaza que exigía de mi parte toda la prudencia posible, me presté á aquella conferencia, contestando á los argumentos que se adujeron, con los siguientes: que yo no habia recibido más consigna del Supremo Gobierno, que defender á la ciudad de Zaragoza, y en consecuencia el honor de nuestras armas y el del benemérito Cuerpo de ejército que mandaba, que por lo mismo, la obligacion que tenia yo como soldado, y como yo todos los demas, de defender las instituciones é independencia de la República, era obedeciendo las órdenes del gobierno, único que tenia poderes legítimos de la nacion para salvar, en los términos que él creyera por convenientes, aquellos caros principios.

Á esto se me objetó, que la defensa de la plaza ya no podía continuarse, porque nuestro Cuerpo de ejército estaba enteramente desmoralizado, á extremo de que se desbandaría esa noche ó al día siguiente.

Mi respuesta fué: que yo no consideraba que se encontrasen nuestras tropas en el estado de desmoralizacion en que decían los señores generales, porque las veía llenas de entusiasmo, llenas de entereza y vigor; pero que aún en la hipótesis de que las juzgara de otra manera, permanecería siempre en la plaza, porque éste era mi deber, y que en el remotísimo y casi imposible caso de que nuestro Cuerpo de ejército se desbandara, la nacion no vería en ese acto, sino una accion ejecutada y motivada por algunos de sus malos hijos, que afortunadamente no los habia entre los defensores de la plaza, mas no un paso deshonoroso dado é iniciado por sus generales. Repetí que yo no habia recibido otras instrucciones del gobierno, que las de defender á Puebla de Zaragoza, y que de esa consigna no me separaría ni en lo más pequeño, porque mi separacion importaba tanto como contraerme una inmensa responsabilidad que no aceptaría jamás; porque deseaba, que el gobierno, al darle cuenta á la nacion de haber ó no conservado el depósito que pusiera en sus manos, no pudiera decirle que no habia tenido soldados, al par que republica-

nos, obedientes y respetuosos, que lo secundaran. Dije tambien, que éste era mi deber y no llenaría, fueran cuales fueren los tropiezos y dificultades que se me presentaran, y más cuando al llenar ese deber satisfacía los sentimientos de mi corazón, complaciendo al mismo tiempo las exigencias de mi cerebro; porque si yo ejerciera entonces el mando supremo de la nación, dispondría: que el Cuerpo de ejército de Oriente, en el asedio que sufría la plaza y en el estado á que habían llegado las cosas, se sacrificara de un modo nuevo y honroso, para demostrarle á la Europa y al mundo, que los ciudadanos de que se compone nuestra República, esto es, el pueblo mexicano, tan noble como el pueblo más noble de la tierra, poseía grandes y elevadas virtudes, que injustamente no le habían concedido las otras naciones, ó quizá por lo mal que lo habían representado sus hombres públicos; y dije por último, que más grandes se presentaban los milicianos que mandaba, y más respetable la nación ante el ejército frances, sacrificándose aquellos en cumplimiento de una consigna y en las áras de un deber sagrado, que abandonando la plaza extemporáneamente, lo que podía atribuirse á una fuga vergonzosa, y más cuando aún no había una razón imperiosísima que justificara aquella medida.

Esto motivó una larga y acalorada discusión, en la que se amplificaron los argumentos referidos, agregando á lo dicho, el general Antillon: que el Cuerpo de ejército no estaba en obligación de hacer un sacrificio inútil. El general Berriozábal: que por el estado de desmoralización en que se encontraba nuestro Cuerpo de ejército, temía y quería evitar que los franceses lo hicieran prisionero y los males que á esto se seguirían, porque puestos los elementos físicos con que contábamos, en manos de Márquez, estaba hecha con esto la destrucción de los pueblos de la República; me ofreció además su firma y las de los otros generales, para que descansando en ellas, pudiera salvar mi responsabilidad ante el gobierno y ante la nación, porque aseverarían y autorizarían con ellas, según se expresó, la bondad del acto que me indicaban y pedían que pusiera en práctica. El general Negrete: que si no quería aceptar las indicaciones que se me hacían, me resolviera á dar una batalla campal, para salir de una ó otra manera de la plaza. El general Llave, llevando la palabra

por todos los demás: que la marcha natural de los acontecimientos del sitio, aún cuando no se nos tomara la plaza, nos iba conduciendo necesariamente á una capitulación, y que tanto él como sus compañeros estaban resueltos á no celebrarla.

Se dijo igualmente: que ya no había víveres para nuestras tropas, y que los que se les proporcionaban, sacándolos de casas particulares, eran sumamente insignificantes, é insuficientes no ya para conservar la robustez y brio del soldado, pero ni aún para subvenir á su simple manutención, y más cuando se hallaba la tropa destruida en su parte física por los trabajos sumamente activos á que estaba dedicada durante el día y la noche, y por las fatigas incesantes de la lucha. Se dijo tambien por los mismos señores generales: que las indicaciones que me habían hecho, eran para salvar la responsabilidad que tenían ante la nación.

La contestación que por último di á lo que queda expuesto, fué la siguiente:

Que el sacrificio del Cuerpo de ejército de Oriente no era inútil, si á él lo conducía la defensa de la plaza, en atención á que éste era el deber que le impulsara el gobierno y el honor de las armas de la República; que la calificación de si era ó no inútil aquel acto, estaba sujeta, no á los generales que mandaban divisiones, sino al Gobierno Supremo en primer término, y al general en jefe en segundo, y que ni uno ni otro habían juzgado hasta entonces, inútil el sacrificio honroso de nuestros milicianos, si á ese sacrificio los conducían los azares de la guerra; y además, que los pueblos todos eran muy celosos de su honra, y que por lo mismo México, á quien todos conocíamos, vería con más satisfacción y orgullo, hecho pedazos á nuestro Cuerpo de ejército por el hambre, la fatiga y las balas, y aún en poder del ejército frances cumpliendo sus deberes, que no abandonando una plaza, cuya defensa se le había encomendado, cuando todavía ella contaba con algunos elementos de vida y con el valor de sus defensores; y que si ese sacrificio, impuesto por los pueblos á sus hombres de armas, era obligatorio al subalterno y al soldado, lo era por doble motivo á las personas á quienes condecoraron con distintivos que no concedieron á todos. Que á nuestro Cuerpo de ejército no lo veía desmoralizado, por más que se me aseverara así y volviera

ra á repetírseme. Que si la marcha de los sucesos de la guerra no nos era propicia, no podíamos evitar que nuestros elementos físicos, que consideraba y había considerado siempre de muy poca valía puesto por término de comparacion el honor de México y de sus armas, cayeran en poder de Márquez, pero sí podíamos evitar que cayeran de un modo que no fuera decoroso; y que los medios que debíamos poner para la consecucion de esto último, debían ser otros, y no aquellos que pudieran calificarse de fuga, medios que me era fácil poner en práctica, cuando contaba con el valor de nuestros milicianos y con el valor y arrojo de los generales á quienes hablaba, que tan bien se habían conducido en los treinta y tantos dias en que la plaza había sostenido hasta entónces tan rudos combates con el ejército frances. Que por lo que tenía relacion á las firmas que se me ofrecían para salvar mi responsabilidad, aunque eran de personas sumamente respetables y de quienes la nacion había recibido importantes servicios, no las admitía, porque no teniendo otro termómetro que mi conciencia para conocer mi responsabilidad, no haría sino lo que ella me dictara, ni recibiría otros preceptos que los que me impusiera la necesidad y el gobierno general. Que la proposicion de dar una batalla campal, no tenía otro objeto que justificar de alguna manera, dándole un buen colorido, la otra proposicion de abandonar la plaza, porque estaba seguro, que aún los mismos generales que proponían esta medida, cuyas luces eran notorias en el arte de la guerra, estaban convencidos de lo inconveniente que sería adoptarla, porque esa batalla campal no había á quien dársela, ni tampoco quien la presentara en contra, pues que el ejército frances, colocado en distintas posiciones perfectamente retrincheradas, en sus paralelas artilladas, bien consolidado en las manzanas que ocupaba en las orillas de la ciudad, y colocado además en la multitud de obras de contravalacion que había puesto á la plaza, en ellas recibiría nuestras columnas, sin presentar esa batalla campal á que se aludía, apoderándose de la misma plaza en el acto que la abandonaríamos para dar aquella, porque se hallaba á doce ó catorce varas de nuestros muros; así es que proponerse poner en planta el proyecto referido, era proponerse perder y entregar la plaza al enemigo con la conciencia de no conseguir el objeto que aparentemente se deseaba;

que lo que se hacía, y nosotros debíamos hacer, en casos de esta naturaleza, era arrollar al enemigo por uno ó dos puntos, para romper el sitio y abrir paso al ejército sitiado, pero que esto estaba resuelto á hacerlo, cuando hubiera consumido de una manera absoluta todos los víveres y municiones con que contaba la plaza, esto es, cuando ya ningun poder humano pudiera salvarla, dejando así satisfecho, ante la historia y la conciencia pública, el noble orgullo del pueblo mexicano. Dije por último: que yo no podía evitar que los acontecimientos del sitio siguieran su curso ordinario y natural, ni obligar al ejército frances á que dejara de hacer aquello que en un sitio marcan el arte y la ciencia, y que no podía tampoco evitar que fueran consumiéndose de dia en dia los elementos de guerra con que contábamos; y por lo que respectaba á lo que se decía, de que los señores generales estaban resueltos á no celebrar una capitulacion, pensábamos de absoluta conformidad, y que de mis labios nunca había salido ni saldría una frase que indicara una capitulacion de parte del Cuerpo de ejército de Oriente, y que jamas admitiría ésta ni la propondría tampoco.

Agregué á todo lo expuesto: que si era una verdad que nuestra tropa, al mando de sus dignos generales, había sufrido y estaba sufriendo mucho por el hambre, la fatiga de la lucha y lo incesante de los trabajos; que si era tambien verdad que los víveres eran ya bien pocos y que me los estaba proporcionando de las casas particulares, no era ménos verdad que los pueblos que en defensa de su honor, habían conquistado una página brillante en la historia, habían tenido que someterse á estos lances terribles, pasando por las más rudas pruebas de la guerra, y que al Cuerpo de ejército de Oriente lo juzgaba capaz de hacer lo que hubieran hecho é hicieron los soldados más patriotas de la tierra. Por lo que respecta á la responsabilidad que me decían tener ante la nacion, les manifesté igualmente: que no tenían otra que darme su opinion cuando se las pidiera, pelear como lo estaban haciendo, y obedecer las órdenes del cuartel general, porque dar cualquiera otro paso era precisamente contraerse una responsabilidad, era faltar á los preceptos de subordinacion que tenían como soldados, era presentarle dificultades á cada momento y con perjuicio de la nacion al general en jefe, y era hacer cesar has-

ta cierto punto, la que éste tenta ante el gobierno y la del gobierno ante la nación: que yo estaba también convencido de que la plaza se perdería más tarde ó más temprano, atendiendo al estado de aislamiento en que se hallaba, y á los víveres y municiones que tenía en sus almacenes; pero que también lo estaba de que su pérdida no sería sino de una manera honrosa, y en estos términos: perdiendo la ciudad convertida en un montón de escombros, ó dueños sus defensores de los fuertes y edificios de ella, decirle á los franceses cuando llegara este caso: "*La necesidad marcó el hasta aquí á la defensa de Puebla; dueños los mexicanos de la plaza, te la entregan cuando no la puliste tomar, y te la entregan cuando ya no tienen víveres que comer, ni municiones que gastar.*"

Aunque entendí que mis palabras habían hecho bastante mella en el corazón patriota de los hombres á quienes las dirigía, tal vez por un principio de amor propio, se insistió todavía, aunque de una manera muy débil, en sostener las proposiciones que habían motivado la discusión, y por lo mismo y para concluir, dije de una manera terminante y con el carácter de un precepto: que el Cuerpo de ejército de Oriente no saldría de la plaza, fueran cuales fueren las exigencias que yo tuviera al frente, á menos de que una orden expresa del gobierno no me lo previniera así, y de un modo terminante; ó que concluidas absolutamente las municiones de boca y guerra en los almacenes y en las casas particulares, lo que acontecería bien pronto, tuviera necesidad de romper el sitio; y que si los señores generales tenían la conciencia de la bondad suprema de lo que me proponían y de los bienes que esto debía traer á la nación, aceptarían sobre sí toda la responsabilidad, levantando una acta en que me desconocieran como general en jefe, en cuyo caso quedaría el mando en manos del señor general Mendoza, mi segundo como Cuartel-Maestre, ó en las del general que se creyera por conveniente.

Esta última medida propuesta por mí, como único medio que podía conducir á los generales citados á realizar los proyectos que me habían indicado, fué desechada honrosamente, y en primer lugar por el general Berriozábal.

El general Mendoza manifestó respecto de ella: que él no tomaría el mando del Cuerpo de ejército de Oriente aunque se lo dijeran

todos sus generales, y aunque para ello se levantaran cien actas, pues como soldado, quería que cada uno llenara su deber en el puesto que lo había colocado la nación, el gobierno y la ley, y que él estaba en su lugar creyendo que así llenaba sus deberes.

El general Llave sólo me dijo, como para descargarse de un compromiso que tenía, pero no en términos que indicara el pedido de una resolución tomada y acerca de la que se insistiera para llevarla á cabo de todos modos: "yo y mis compañeros teníamos la resolución de hacer ante el señor general en jefe, renuncia del mando que obtenemos en el Cuerpo de ejército de Oriente, caso de que no admitiera nuestras proposiciones."

Como esto ya no importaba una petición, sino una noticia que se me daba, nada resolví respecto de su contenido, y la junta se disolvió después de haber recomendado y encarecido yo á los generales en nombre de la patria, la necesidad que había de que todos trabajáramos unísonos y de conformidad, para realizar el programa que les había hecho presente, y que era el medio por el que salvaríamos el honor de nuestras armas, y más cuando la responsabilidad de llevar á cabo ese programa pesaba única y exclusivamente sobre mí.

El general Auza no tomó parte en el debate, ni volví á hablar con él relativamente al punto que se había cuestionado.

Los generales Mendoza y Paz, que tampoco habían tomado parte en aquel, me manifestaron después confidencialmente, pero con un carácter oficial: que pensaban de la misma manera que yo, y que mi plan lo aprobaban en todas sus partes, no como soldados, pues bajo este aspecto sólo tenían que obedecer, sino como ciudadanos, porque creían que de la realización de él, pendía la salvación del honor nacional.

Lo mismo y en los mismos términos se expresó el general Mejía, agregando todos: que si esta manifestación no me la habían hecho en presencia de la junta, era porque no querían con su disentiendo agitar los ánimos, sino guardar silencio para que la razón ejerciera su imperio.

Inmediatamente puse en conocimiento del Supremo Gobierno, las nuevas pretensiones de los generales que he citado, así como mi respuesta y la determinación que estaba resuelto á llevar á cabo. La

ta cierto punto, la que éste tenta ante el gobierno y la del gobierno ante la nación: que yo estaba también convencido de que la plaza se perdería más tarde ó más temprano, atendiendo al estado de aislamiento en que se hallaba, y á los víveres y municiones que tenía en sus almacenes; pero que también lo estaba de que su pérdida no sería sino de una manera honrosa, y en estos términos: perdiendo la ciudad convertida en un montón de escombros, ó dueños sus defensores de los fuertes y edificios de ella, decirle á los franceses cuando llegara este caso: "*La necesidad marcó el hasta aquí á la defensa de Puebla; dueños los mexicanos de la plaza, te la entregan cuando no la puliste tomar, y te la entregan cuando ya no tienen víveres que comer, ni municiones que gastar.*"

Aunque entendí que mis palabras habían hecho bastante mella en el corazón patriota de los hombres á quienes las dirigía, tal vez por un principio de amor propio, se insistió todavía, aunque de una manera muy débil, en sostener las proposiciones que habían motivado la discusión, y por lo mismo y para concluir, dije de una manera terminante y con el carácter de un precepto: que el Cuerpo de ejército de Oriente no saldría de la plaza, fueran cuales fueren las exigencias que yo tuviera al frente, á menos de que una orden expresa del gobierno no me lo previniera así, y de un modo terminante; ó que concluidas absolutamente las municiones de boca y guerra en los almacenes y en las casas particulares, lo que acontecería bien pronto, tuviera necesidad de romper el sitio; y que si los señores generales tenían la conciencia de la bondad suprema de lo que me proponían y de los bienes que esto debía traer á la nación, aceptarían sobre sí toda la responsabilidad, levantando una acta en que me desconocieran como general en jefe, en cuyo caso quedaría el mando en manos del señor general Mendoza, mi segundo como Cuartel-Maestre, ó en las del general que se creyera por conveniente.

Esta última medida propuesta por mí, como único medio que podía conducir á los generales citados á realizar los proyectos que me habían indicado, fué desechada honrosamente, y en primer lugar por el general Berriozábal.

El general Mendoza manifestó respecto de ella: que él no tomaría el mando del Cuerpo de ejército de Oriente aunque se lo dijeran

todos sus generales, y aunque para ello se levantaran cien actas, pues como soldado, quería que cada uno llenara su deber en el puesto que lo había colocado la nación, el gobierno y la ley, y que él estaba en su lugar creyendo que así llenaba sus deberes.

El general Llave sólo me dijo, como para descargarse de un compromiso que tenía, pero no en términos que indicara el pedido de una resolución tomada y acerca de la que se insistiera para llevarla á cabo de todos modos: "yo y mis compañeros teníamos la resolución de hacer ante el señor general en jefe, renuncia del mando que obtenemos en el Cuerpo de ejército de Oriente, caso de que no admitiera nuestras proposiciones."

Como esto ya no importaba una petición, sino una noticia que se me daba, nada resolví respecto de su contenido, y la junta se disolvió después de haber recomendado y encarecido yo á los generales en nombre de la patria, la necesidad que había de que todos trabajáramos unísonos y de conformidad, para realizar el programa que les había hecho presente, y que era el medio por el que salvaríamos el honor de nuestras armas, y más cuando la responsabilidad de llevar á cabo ese programa pesaba única y exclusivamente sobre mí.

El general Auza no tomó parte en el debate, ni volví á hablar con él relativamente al punto que se había cuestionado.

Los generales Mendoza y Paz, que tampoco habían tomado parte en aquel, me manifestaron después confidencialmente, pero con un carácter oficial: que pensaban de la misma manera que yo, y que mi plan lo aprobaban en todas sus partes, no como soldados, pues bajo este aspecto sólo tenían que obedecer, sino como ciudadanos, porque creían que de la realización de él, pendía la salvación del honor nacional.

Lo mismo y en los mismos términos se expresó el general Mejía, agregando todos: que si esta manifestación no me la habían hecho en presencia de la junta, era porque no querían con su disentiimiento agitar los ánimos, sino guardar silencio para que la razón ejerciera su imperio.

Inmediatamente puse en conocimiento del Supremo Gobierno, las nuevas pretensiones de los generales que he citado, así como mi respuesta y la determinación que estaba resuelto á llevar á cabo. La

contestacion que tuve del mismo Supremo Gobierno, por conducto del Ministerio de la Guerra, fué la aprobacion plena de mi conducta, cuya comunicacion me reservé tambien para no herir susceptibilidades, y más cuando sólo quería que esa comunicacion me sirviera de norte en mis ulteriores procedimientos.

Para no obrar imprudentemente, para saber el estado en que se encontraban los elementos con que contaba la plaza con relacion á la moral de nuestro Cuerpo de ejército, y sin revelar una sola palabra ni á generales ni á subalternos respecto de la existencia de la junta, ni de las frases que se habian vertido en ella para no introducir un cisma ó la division entre los defensores de la misma plaza, hablé con los generales Lamadrid y Régules, Hinojosa y Ghilardi, García y Gayosso, Escobedo y Costo, Mora y Rioseco, Prieto y Salazar, hablé tambien con los coroneles Febles y Palacios, Zamacona y Ramirez, Garza y Terán, Camacho y Zepeda, Balcázar y Sánchez-Roman, Herrera y Cairo y López (D. Juan), Loaeza y Smith, Aranda y Alatorre (D. Ignacio), y con toda multitud de jefes y oficiales, y por las palabras é informes de los mismos, vine en conocimiento, conocimiento que ya tenia, de que la moral y brío de nuestros soldados se hallaban en un estado brillante, lo que me probó más el error en que se encontraban los generales que me habian sostenido lo contrario, error que procedía de la mejor buena fé y de un principio de patriotismo, y más cuando los habia visto en los combates, conducirse como bravos, sosteniendo los derechos de México y el honor de su bandera.

Los trabajos de zapa continuaron con toda actividad por una y otra parte, en los días 22, 23 y 24, y los fuegos, con más ó ménos interrupcion, continuaron tambien con la misma fuerza que los días anteriores. Las bombas de grueso calibre que el enemigo habia estado arrojando sobre la plaza, comenzaron á disminuir, y como aquella disminucion no se adunaba con los intereses de los sitiadores, entendí que estaban acabando con esta clase de proyectiles.

En esos días recibí una carta del general Comonfort, en la que me hacía presente lo penoso que le era no haber introducido á la plaza las municiones de boca que deseaba, y lo mortificado que se hallaba tambien por haber hecho fiasco el proyecto del general Ri-

vera; concluyendo con excitarme á que tomara los víveres y dinero que hubiera en Zaragoza, aunque fueran de propiedad particular.

Recibí tambien otra carta del general Rivera, concebida en los mismos términos que la anterior, y en la que, con la buena fé que caracteriza á su autor, me aseguraba las nobles y patrióticas intenciones del general Comonfort, y los vehementes deseos que tenia de proteger, de cuantas maneras le fuera posible, á la plaza y al Cuerpo de ejército que la defendía.

Los sucesos acaecidos la noche del 24 y el día 25 de Abril, están referidos, aunque imperfectamente y en general, en la carta que escribí la tarde de este último día, y cuyo contenido, que ratifico ahora, es el siguiente:

“Zaragoza, Abril 25 de 1863.—A las seis de la tarde.—Señor general D. Ignacio Comonfort.—Mi querido amigo y compañero.—Las impresiones que he recibido el día de hoy, me imposibilitan para decir á vd. circunstanciadamente todo lo que ha pasado en esta ciudad: lo haré mañana, limitándome por ahora á referirle, en unas cuantas líneas, el espléndido triunfo que acaban de obtener nuestras armas.—A las seis de la tarde del día de ayer, y despues de un fuertísimo aguacero, el enemigo hizo volar por medio de minas una cuadra de la manzana de Pitimiñí, ocupada por las fuerzas de Toluca que manda el coronel Padrés, comprendida dicha manzana en la línea que defiende el general Berriozábal.

“Una parte de la fuerza de aquella cuadra, quedó sepultada entre los escombros, y el resto de ella, defendió con entusiasmo y brío el punto que se le habia encomendado, rompiendo un fuego nutridísimo sobre las brechas, que hizo retroceder al enemigo dos ó tres veces que intentó dar el asalto.

“Los fuegos se generalizaron por una y otra parte durante la noche, y á las cinco y media de la mañana, se duplicaron con más fuerza y vigor, haciendo el mismo enemigo, un poco despues, volar otra cuadra de la manzana de Santa Inés, por medio de otras minas.

“Allanó los escombros con su artillería, y lanzó fuertes columnas sobre el interior de la referida manzana, que defendían los batalló-

nes 3º y 5º de Zacatecas, al mando del valiente entre los valientes coronel D. Miguel Auza.

"El combate se trabó de una manera sangrienta, disputándose el punto los contendientes de un modo encarnizado, pues se dispararon tiros á quemaropa sin perder terreno.

"El combate duró más de siete horas, y al terminar éstas, nuestras fuerzas quedaron dueñas absolutas del punto, con 130 prisioneros del primer regimiento de zuavos, incluso siete oficiales.

"En obsequio de la verdad diré á vd. que los franceses han peleado como leones, y que cayeron prisioneros cuando ya pisaban sobre cerca de cuatrocientos cadáveres de sus compañeros, y cuando había corrido ya el resto del regimiento y les era imposible continuar defendiéndose con buen éxito.

"Los cadáveres los estamos levantando en estos momentos, así como los heridos de una y otra parte, para los que ya se nos han agotado las camas en los hospitales de sangre.

"El enemigo, cuando se batía en el interior de Santa Inés, atacó también el centro de la línea que defiende el general Alatorre, y de cuya parte se hallaba encargado el señor general Régules, habiendo sido rechazado completamente de todos estos puntos, así como lo fué en los ataques ciertos ó simulados que emprendió sobre San Agustín y el Carmen, pues todo lo intentó durante las siete horas de combate de que le he hablado á vd.

"Muchos jefes y oficiales, y algunos batallones, se han distinguido en la función de armas de hoy, siendo de los últimos, á más de los dos que defendían el punto, el primer batallón de San Luis, al mando de los coroneles Escobedo y Garza, á quienes mandé en auxilio de aquella posición, previniéndole al primero de dichos jefes, que batiera á los franceses á la bayoneta, una vez que el coronel Auza con sus fuerzas había quedado cortado, cuya orden desempeñó el referido coronel Escobedo de una manera honrosa y satisfactoria.

"También tuvieron una parte de gloria en esta jornada, doscientos hombres del primer batallón de Toluca, pertenecientes á la división del señor general Berriozábal y que mandaba el coronel Caamaño, cuyas fuerzas auxiliaron por el flanco derecho, de una manera

eficaz, á las del señor coronel Auza; y el 2º batallón de Puebla al mando del coronel D. Juan Ramírez, cuyo Cuerpo, que pertenece á la división del señor general Negrete, lo mandé también en auxilio del punto atacado, conduciéndose lo mismo que los anteriores, de un modo que no dejó que desear; pero el héroe principal de esta brillante jornada ha sido el citado señor coronel Auza, quien con los dos batallones que he mencionado, defendió el punto que encomendé á su valor, de una manera que ha admirado á los oficiales franceses. Dicho jefe fué cortado por unos cuantos minutos á consecuencia de que la artillería enemiga desplomó una parte del edificio sobre él, de cuyos escombros lograron sacarlo, arrojando para ello la muerte y sólo como un premio al mérito, unos atrevidos soldados y oficiales de Puebla y Zacatecas.

"Los señores generales Berriozábal, Díaz y Llave, contribuyeron también á la victoria que hemos alcanzado este día, pues con los fuegos de sus respectivas fuerzas impidieron que el enemigo mandara reponer las columnas que lanzó á Santa Inés, causándole además grandes estragos. Diré á vd. también: que quedé altamente complacido de la eficacia y prontitud con que dichos generales han cumplido todas las órdenes que les di, así como por el valor y serenidad que mostraron durante las horas del combate; lo estoy por las mismas razones, de los señores generales Negrete y Prieto, quienes hallándose al frente de la reserva general é inmediatos al punto en que yo estaba, cumplieron también con valor y prontitud mis órdenes, lo que contribuyó en gran parte á nuestro triunfo.

"De los señores generales Mendoza y Paz, sólo diré á vd. que me sirvieron, como siempre, muchísimo, y que no quisieron separarse de mi lado ni aún en los momentos que ya finalizado el combate, y estando vencedoras nuestras fuerzas, era indispensable mi presencia en Santa Inés. El general D. Francisco Alatorre, cuya línea fué hoy atacada, se condujo cual corresponde á su honradez y valor, lo mismo que el señor general Ghilardi y los coroneles Manuel Costo é Ignacio Alatorre.

"El combate de hoy ha sido el más sangriento y el que más honra á las armas de la República. Los muertos que dejaron los franceses y de que le hablo á vd., fueron sólo en Santa Inés. Diré á

vd., por último, que el ejército invasor acaba de recibir un rudo golpe.

“Tenga vd. la bondad, compañero, de transmitir estas noticias al señor Ministro de la Guerra, y admitir los testimonios de mi amistad y cariño.—*J. G. Ortega.*”

Inserto también á continuación y en lo conducente, las órdenes generales del Cuerpo de ejército de Oriente, que tienen relacion con los acontecimientos que se han citado en la precedente carta:

“Orden general del Cuerpo de ejército de Oriente, del 25 al 26 de Abril de 1863, en Zaragoza.—El ciudadano general en jefe, justamente conocedor del mérito y valor de los ciudadanos generales, jefes, oficiales y tropa que han concurrido á las funciones de armas tenidas anoche y hoy, repeliendo el asalto enemigo en ambas ocasiones, y sin perjuicio de hacer también mencion de todos los que hayan dado lugar á ser nominados, se ha servido disponer se haga mencion honorífica de los ciudadanos coroneles Auza, Flóres, Escobedo, Ramírez y Caamaño; de los tenientes coroneles Galindo, Costo, Nogueyra y Padrés; de los comandantes y capitanes Monasterio, Salas, Beltran, Márquez, Cazarin, Morales, Nava, Díaz y Calvillo; cuyos nombres, empleos y acciones en que se distinguieron, se dirán mañana, así como el brillante comportamiento de los batallones números 14 de Jalisco; 3º y 5º de Zacatecas; 2º de Puebla, y 1º y 2º de Toluca, lo mismo que los pelotones de artillería que servían las piezas en ambas jornadas. Todos estos jefes, oficiales y tropa, han merecido bien de la patria y la estimacion de este Cuerpo de ejército; pues que á más de haber repelido al enemigo, causándole notable pérdida en muertos y heridos, le han hecho bastantes prisioneros dentro de la misma plaza.

“De orden del ciudadano general en jefe, el Cuartel-Maestre.—*Mendoza.*—Comunicada.—*Prieto.*”

“Orden general extraordinaria del Cuerpo de ejército de Oriente, del 26 de Abril de 1863, en Zaragoza.—El ciudadano general en jefe se ha servido disponer que se expresen y ratifiquen los empleos y nombres de los jefes y oficiales de quienes se hizo mencion honorífica en la orden de ayer, y son los que á continuación constan:

“Coronel Miguel Auza, jefe de la segunda brigada de la cuarta division; coronel Mariano Escobedo, jefe de la segunda brigada de la segunda division; coronel Prisciliano Flóres, mayor general de infantería; coronel Juan Ramírez, batallon número 17 de Puebla; coronel Juan Caamaño, primer batallon de Toluca; coronel Rafael Nogueyra, batallon número 24 de Michoacan, muerto; teniente coronel Manuel Costo, batallon número 3 de Zacatecas; teniente coronel José María Padrés, batallon número 2 de Toluca; ayudantes del ciudadano general en jefe, teniente coronel Mariano Díaz, teniente coronel Ingacio Calvillo y teniente coronel comandante de batallon Jesus Lalanne; teniente coronel comandante de batallon Mateo Salas, batallon número 3 de Zacatecas, quien sucumbió y queda desde hoy ascendido á la clase inmediata; teniente coronel Nicolás Morales, ayudante del ciudadano Cuartel-Maestre; capitán 1º Francisco Beltran, ingeniero, herido gravemente; capitán Timoteo L. Rincon, ayudante del ciudadano general en jefe, quien sucumbió y queda ascendido al empleo inmediato; comandante de batallon Carlos Galindo, batallon número 1 de Zacatecas, herido gravemente; capitán 1º Joaquín Cazarin, artillería; pagador Miguel Márquez, quien sucumbió.

“Ademas de los jefes expresados, son dignos de mencion honorífica por su brillante y valiente comportamiento en la jornada de ayer, los ciudadanos generales Felipe Berriozábal, Ignacio de la Llave y Alejandro García; así como los coroneles Agustin Villagra, mayor general de la primera division; Ignacio Alatorre, mayor general de la quinta; Miguel Veraza, jefe del Estado Mayor del general en jefe de la primera division; Camilo Rios, jefe del Estado Mayor del general en jefe de la segunda; Lorenzo Vega, ayudante del ciudadano general en jefe; teniente coronel Agustin Alcérreca, por su constancia y firmeza en la importante comision que desempeñó; teniente coronel de ingenieros Gaspar Sánchez Ochoa; teniente coronel Agustin Inzunza, batallon número 17 de Puebla; teniente coronel Cirilo Castillo, comandante del punto de San Agustin; teniente coronel comandante de batallon Antonio Domínguez, batallon 1º de Toluca; comandante de batallon Antonio Espinosa, 2º batallon de Toluca; Eugenio Sánchez, ayudante del ciudadano general en jefe; Marcos Espinola, ayudante del ciudadano general en jefe de la primera

division; Ignacio Valdés, batallon 5º de Zacatecas; capitan 1º de artillería Rafael Sánchez, comandante de batallon; capitan 1º de artillería Francisco Castañeda, teniente coronel de infantería; capitan 1º de la misma arma Dionisio Aragon; capitan 2º José J. Ferrer; capitan de caballería segundo ayudante Vicente Torres; capitan de infantería, teniente Máximo Alaniz; capitanes graduados, tenientes Ignacio A. Bravo y José María Cortés; teniente Francisco Delgadillo; subtenientes Pedro Peña, Manuel Caricarte, Jesus Oropeza; teniente Manuel María Lombardini. Todos estos individuos pertenecen al Cuerpo de artillería, quienes con firmeza y valor mandaban los pelotones de las distintas piezas colocadas en Santa Inés, calle de la Limpia, San Agustín, fuerte de Hidalgo y la batería de reserva situada en el Carmen, y con sus certeras punterías contribuyeron de una manera eficaz al triunfo alcanzado el día de ayer, mereciendo hacerse mencion por su buen comportamiento, del subteniente de la propia arma, Manuel Vega.

“Igualmente son acreedores á mencion honorífica, los capitanes Eulogio Sandoval, 6º batallon de Jalisco; Guillermo Vélez, ayudante del ciudadano general en jefe; Manuel Ramiro y Santos Solís, ayudantes del ciudadano general en jefe de la primera division; Reyes Rivas y Ramon Ramos; comandante, capitan Francisco Camacho; capitanes Teodoro Hoffay, del 5º de Zacatecas; Leopoldo Roman y Rafael Ferniza, 3º de Zacatecas; los tenientes Manuel D. Arteaga, Manuel Alas, ayudante del general en jefe de la primera division; segundo ayudante Ignacio Méndez, 3º de Toluca, quien sucumbió y queda ascendido á la clase de capitan; tenientes Margarito Moreno, herido gravemente; Ignacio Márquez, 1º de Toluca; Arcadio Gallegos, 5º de Zacatecas; subtenientes Merced González, Jesus Bravo, Francisco Lara, F. Salazar, 5º de Zacatecas; Salvador Ramos, 3º de Zacatecas.

“El capitan Luis G. Olacza, del batallon número 17 de Puebla, por su muy distinguido comportamiento y valor acreditado, queda ascendido á la clase de comandante de batallon, y además se le confiere el grado de teniente coronel.

“De orden del ciudadano general en jefe, el Cuartel-Maestre.—*Mendoza.*—Comunicada.—*Prieto.*”

A los documentos que anteceden tendría mucho que agregar respecto de las circunstancias que acompañaron á los acontecimientos generales que en aquellos se mencionan; pero me abstengo de hacerlo por las razones que he dejado expuestas.

Aunque me contraje el compromiso de referir pormenorizadamente el día 26 los acontecimientos que tuvieron lugar el 25, no me fué posible hacerlo: además, creí que la relacion de las circunstancias de este combate y de los anteriores, correspondía más bien al parte general que debía rendir de la defensa de la plaza, que no á noticias aisladas que daba con precipitacion, y segun lo permitían las graves atenciones que me rodeaban. Sólo diré, pues, como un apéndice á lo relacionado en los documentos de que me ocupo: que al hacer su explosion las minas, levantando una cuadra de la manzana del Pitimint la noche del día 24, mandé algunos de mis ayudantes y á otros jefes de alta graduacion para que inspeccionaran el estado que guardaba la moral de la tropa, y tanto por los informes de aquellos ciudadanos, como por los que me diera el general D. Alejandro García y aún el mismo general Berriozábal, que era el jefe de esa línea, me impuse de que el resto de la fuerza de Toluca, que defendía aquel punto, se encontraba con la mayor entereza y llena de entusiasmo, no obstante haber quedado sepultada una gran parte de ella entre los escombros del edificio que destruyeron las minas.

En la mañana del día 25, y en el acto en que otras de aquellas hicieron de nuevo su explosion bajo los cimientos de la manzana de Santa Inés, me dirigió el correspondiente aviso el señor general Auza, á quien mandé decir: que dentro de algunas horas, y tan luego como cesara el fuerte cañoneo que el enemigo asestaba sobre aquel punto, debería sufrir un asalto, y que siendo el edificio de Santa Inés, uno de los de que se formaba la línea de que ya he hecho mencion; la orden que recibía, era ésta: rechazar al enemigo, ó defender el punto que le estaba encomendado hasta caer muerto ó prisionero con la fuerza que le obedecía. Le mandé decir tambien con el mismo ayudante que llevaba la orden: que por mi parte, estaría pendiente de lo que pudiera acontecer en el combate que se trabaría dentro de poco.

La respuesta que diera á lo anterior, fué la siguiente: que las órdenes.—13.

division; Ignacio Valdés, batallón 5º de Zacatecas; capitán 1º de artillería Rafael Sánchez, comandante de batallón; capitán 1º de artillería Francisco Castañeda, teniente coronel de infantería; capitán 1º de la misma arma Dionisio Aragon; capitán 2º José J. Ferrer; capitán de caballería segundo ayudante Vicente Torres; capitán de infantería, teniente Máximo Alaniz; capitanes graduados, tenientes Ignacio A. Bravo y José María Cortés; teniente Francisco Delgadillo; subtenientes Pedro Peña, Manuel Caricarte, Jesús Oropeza; teniente Manuel María Lombardini. Todos estos individuos pertenecen al Cuerpo de artillería, quienes con firmeza y valor mandaban los pelotones de las distintas piezas colocadas en Santa Inés, calle de la Limpia, San Agustín, fuerte de Hidalgo y la batería de reserva situada en el Carmen, y con sus certeras punterías contribuyeron de una manera eficaz al triunfo alcanzado el día de ayer, mereciendo hacerse mención por su buen comportamiento, del subteniente de la propia arma, Manuel Vega.

“Igualmente son acreedores á mención honorífica, los capitanes Eulogio Sandoval, 6º batallón de Jalisco; Guillermo Vélez, ayudante del ciudadano general en jefe; Manuel Ramiro y Santos Solís, ayudantes del ciudadano general en jefe de la primera division; Reyes Rivas y Ramon Ramos; comandante, capitán Francisco Camacho; capitanes Teodoro Hoffay, del 5º de Zacatecas; Leopoldo Roman y Rafael Ferniza, 3º de Zacatecas; los tenientes Manuel D. Arteaga, Manuel Alas, ayudante del general en jefe de la primera division; segundo ayudante Ignacio Méndez, 3º de Toluca, quien sucumbió y queda ascendido á la clase de capitán; tenientes Margarito Moreno, herido gravemente; Ignacio Márquez, 1º de Toluca; Arcadio Gallegos, 5º de Zacatecas; subtenientes Merced González, Jesús Bravo, Francisco Lara, F. Salazar, 5º de Zacatecas; Salvador Ramos, 3º de Zacatecas.

“El capitán Luis G. Olacza, del batallón número 17 de Puebla, por su muy distinguido comportamiento y valor acreditado, queda ascendido á la clase de comandante de batallón, y además se le confiere el grado de teniente coronel.

“De orden del ciudadano general en jefe, el Cuartel-Maestre.—*Mendoza.*—Comunicada.—*Prieto.*”

A los documentos que anteceden tendría mucho que agregar respecto de las circunstancias que acompañaron á los acontecimientos generales que en aquellos se mencionan; pero me abstengo de hacerlo por las razones que he dejado expuestas.

Aunque me contraje el compromiso de referir pormenorizadamente el día 26 los acontecimientos que tuvieron lugar el 25, no me fué posible hacerlo: además, creí que la relación de las circunstancias de este combate y de los anteriores, correspondía más bien al parte general que debía rendir de la defensa de la plaza, que no á noticias aisladas que daba con precipitación, y según lo permitían las graves atenciones que me rodeaban. Sólo diré, pues, como un apéndice á lo relacionado en los documentos de que me ocupo: que al hacer su explosión las minas, levantando una cuadra de la manzana del Pitimint la noche del día 24, mandé algunos de mis ayudantes y á otros jefes de alta graduación para que inspeccionaran el estado que guardaba la moral de la tropa, y tanto por los informes de aquellos ciudadanos, como por los que me diera el general D. Alejandro García y aún el mismo general Berriozábal, que era el jefe de esa línea, me impuse de que el resto de la fuerza de Toluca, que defendía aquel punto, se encontraba con la mayor entereza y llena de entusiasmo, no obstante haber quedado sepultada una gran parte de ella entre los escombros del edificio que destruyeron las minas.

En la mañana del día 25, y en el acto en que otras de aquellas hicieron de nuevo su explosión bajo los cimientos de la manzana de Santa Inés, me dirigió el correspondiente aviso el señor general Auza, á quien mandé decir: que dentro de algunas horas, y tan luego como cesara el fuerte cañoneo que el enemigo asestaba sobre aquel punto, debería sufrir un asalto, y que siendo el edificio de Santa Inés, uno de los de que se formaba la línea de que ya he hecho mención; la orden que recibía, era ésta: rechazar al enemigo, ó defender el punto que le estaba encomendado hasta caer muerto ó prisionero con la fuerza que le obedecía. Le mandé decir también con el mismo ayudante que llevaba la orden: que por mi parte, estaría pendiente de lo que pudiera acontecer en el combate que se trabaría dentro de poco.

La respuesta que diera á lo anterior, fué la siguiente: que las órdenes.—13.

denes que acababa de recibir, quedarían exactamente cumplidas. —Situé por la derecha de Santa Inés á mis ayudantes Díaz, Ortega y García Llamas, con el objeto de que me informaran, con cuanta brevedad fuera posible, la hora en que el ejército francés lanzara sus columnas sobre aquel edificio. Cumplida aquella consigna, y cuando recibí el aviso que esperaba, ordené que parte de las reservas generales, que se hallaban apostadas en la Plaza de Armas, al mando de los dignos generales Negrete y Prieto, reforzaran las calles y puntos inmediatos á la línea atacada.

Empeñada la lucha, las fuerzas francesas, por todo el frente de nuestra línea y con un arrojado inaudito, marchaban con paso firme sobre nuestros parapetos, sobre la multitud de puntos no fortificados de la plaza, y sobre aquellos en que su artillería nos había abierto extensas y practicables brechas, cuya actitud imponente y atrevida podía distinguirse cuando algunas ráfagas de viento disipaban la oscuridad que producía el humo del combate.

Las horas se sucedían, y la lucha continuaba sangrienta, sin que la fortuna se manifestara propicia ni á una ni á otra parte.

Yo hacía penetrar á Santa Inés á mis ayudantes Vega, Calvillo, Ibarra, Lalanne, Sanchez, Lozano y Sandoval, tanto para recibir informes de los incidentes que ocurrían en la parte interior del edificio, como para mandar decir al general Auza, que no cesara un punto, fueran cuales fueren las pérdidas que tuviera, y que para resolver la cuestión en nuestro favor, sólo se requería acabar de matar á los zuavos de que se componía el regimiento que había penetrado á aquel edificio. Todas sus respuestas no contenían sino estas sencillas palabras: que estaba enterado y que quedarían cumplidas mis órdenes.

A los generales Berriozábal, Alatorre, Llave, Régules y Ghilardi, les previne: que no hicieran cesar sus fuegos por el frente y flancos de nuestra línea atacada, y más cuando por los partes que estaba recibiendo, vine en conocimiento, que hechas pedazos por nuestros fuegos las columnas enemigas, vacilaban unas y retrocedían otras por todo el frente de nuestra citada línea. La respuesta que recibí de estos generales, era la misma que me diera el señor Auza.

Uno de los oficiales á quien sacaban herido de Santa Inés, me

dijo: que acababa de dejar al señor general Auza, cubierto con los escombros de una parte del edificio que se había desplomado sobre él.

Mandé en el acto que penetraran otros de mis ayudantes, para que dieran á los coroneles Escobedo y Ramírez, las órdenes á que aludo en la carta que dejo inserta. Por los informes que de ellos recibí, me impuse: que ya el referido señor Auza, aunque lleno de golpes y contusiones, se encontraba fuera de los escombros, y permanecía en el edificio atacado, por no haber querido que lo sacaran de él, y que, si bien vencedor, ya no podía continuar mandando, por el estado de postración física á que lo había reducido aquel incidente desgraciado.

Debo también decir á vd., señor Ministro, para conocimiento del Magistrado Supremo de la nación: que no obstante el estado violento en que se encontraban los defensores de la plaza, á consecuencia del riguroso asedio que sufría aquella, ni los soldados ni los oficiales franceses recibieron el más ligero insulto, ni la más insignificante tropelia ó vejación de nuestros jefes, oficiales y soldados, sino muestras de consideración y pruebas de sublime generosidad en el acto mismo de caer prisioneros.

De varios oficiales franceses que me encontraron en la plaza de Armas y Atrio de Catedral, y que estando ya prisioneros, venían tomados del brazo de algunos de mis ayudantes y otros jefes y oficiales de nuestro Cuerpo de ejército; unos me suplicaron que no se les paseara en triunfo, y algún otro que se les volvieran las armas de que habían sido despojados, después de la derrota que habían sufrido.

A los primeros les dije: que eran conducidos al interior de la ciudad y por las calles precisas, para ser colocados en los edificios más cómodos y decentes que pudieran encontrarse en el acto; que el ejército mexicano respetaba al valor desgraciado, y no sabía ostentar sus triunfos sino de una manera noble y digna. Mi contestación á los segundos, fué dar la orden en presencia de ellos mismos, para que se recogieran sus armas y se les devolvieran inmediatamente.

Todos se manifestaron complacidos de mi respuesta, y dándome las gracias cortesmente, siguieron su marcha, custodiados sólo por nuestros oficiales y por alguna gente curiosa del pueblo.

Poco despues entraron tambien prisioneros y por las mismas calles los zuavos, quienes fueron tratados de la manera que lo habian sido sus oficiales. De las palabras de los mismos zuavos, de la quietud de su espiritu, revelada en sus maneras y en su semblante, se conocia claramente la confianza que tenían en nuestro ejército al hallarse prisioneros y en poder de él.

Dí igualmente la orden para que fueran colocados en edificios cómodos y salubres de la ciudad, aquellos valientes que habian llenado los deberes que tenían como soldados, de una manera audaz y temeraria, y sobrepujando á lo que pudiera exigir el honor y las leyes militares. Dispuse además que se les tratara con toda consideracion, y se les alimentara del mejor modo posible, atendida la escasez de víveres en que se hallaba la plaza.

Los oficiales heridos pertenecientes al ejército francés que entraban por las mismas calles, un poco despues eran conducidos á los hospitales en brazos de nuestros mismos jefes y oficiales, quienes rendian con esto un nuevo homenaje al valor.

Al trasladarme al edificio de Santa Inés, en el que encontre prostrado al general Auza, dispuse que los heridos franceses y los nuestros se levantaran inmediatamente, no obstante los fuegos que el enemigo estaba dirigiendo todavia sobre el referido edificio. En él permaneci para ver cumplida la orden que acababa de dar, así como para relevar personalmente á los batallones 3º y 5º de Zacatecas, con los 1º y 2º del mismo Estado.

Cuando se recogían los heridos franceses con el objeto de que el arte y la ciencia salvaran á los que fuera posible, el mismo enemigo nos hirió dos oficiales, muchos soldados y al bravo teniente coronel Carlos Galindo, quien en mi presencia y al cumplir sereno la orden que le dí, una bala de cañon le llevó una pierna.

En vista de esto, mandé al general Ghilardi, á quien acababa de entregarle el punto, que suspendiera aquella humanitaria y filantrópica operacion, y se limitara á levantar los heridos y cadáveres que estaban diseminados en los corredores, piezas y patio del edificio, procurando que todos los auxilios que se impartieran á los primeros, fuera con una igualdad absoluta, esto es, que los heridos franceses

se levantaran y fueran conducidos á los hospitales al mismo tiempo que los mexicanos.

Dos horas permaneci en aquel edificio. Las órdenes que dí al general Auza la mañana de ese día, se las dejé tambien, al retirarme, al señor Ghilardi, quien al recibirlas, me dijo: que su palabra de honor me respondía del cumplimiento de ellas.

Por los informes dados por algunos de los prisioneros que se nos hicieron en San Javier y que lograron fugarse del campo enemigo, supe: que otros de los prisioneros estaban en poder de Márquez, y los demás dedicados á rudos trabajos de zapa en los campamentos franceses.

Por mi parte observé una conducta diametralmente opuesta, para no hacer más dura y violenta la situacion de los prisioneros enemigos, que no tenían otro delito que haber caido en nuestro poder llenando honrosamente sus deberes de soldados. Dí al efecto órdenes desde principios de ese mes, para que ninguno de ellos fuera empleado en trabajo alguno; porque quise dar una prueba, observando para esto el mismo programa que el gobierno de mi país, de que aceptaba México la guerra injusta que se le hacia, pero de una manera digna y caballerosa, y sin barrenar en lo más mínimo los principios del derecho de gentes, ni las prácticas que para templar los rigores de la guerra, ha introducido la civilizacion.

Multitud de cartas de oficiales y soldados franceses, dirigidas á los compañeros y jefes que tenían fuera de la plaza, á sus familias residentes en Paris y otras ciudades de Francia, y al general en jefe del Cuerpo de ejército de Oriente, demostraban lo que acabo de manifestar. En ellas se decia: que al ser hechos prisioneros no habian visto dentro de la plaza y por todas partes, sino la humanidad y la civilizacion; que habian sido visitados por oficiales mexicanos decentes é instruidos, y recibidos de ellos atenciones de exquisita delicadeza, cuando por los informes apasionados que recogieron en Francia, tenían una idea muy triste de los hombres que con las armas defendían en México las instituciones democráticas; que la Francia era una nacion culta y poderosa, y que ellos habian visto y palpado que México hacia esfuerzos por nivelarse á aquella nacion; y que por lo mismo México no podía ser enemigo de la Francia, ni

la Francia enemiga de México; que ellos hacían los más sinceros votos porque se arreglaran bien pronto las diferencias habidas entre uno y otro país, y que tenían esperanza de que esto se realizara, según las cartas que habían recibido últimamente.

En copias y por distintos correos remití esas cartas al Supremo Gobierno, cartas que hacían un justo y merecido honor á México. Los correos cayeron en poder del enemigo, según lo he inferido, tanto porque no volvieron á la plaza, como porque después de mi salida de ella, no vi en los diarios de la capital de México, publicados aquellos documentos, sino los pocos que inserto en seguida, con relación al objeto de que me ocupo.

“Sección de operaciones.—Puebla, 28 de Abril de 1863.—Al señor general del ejército mexicano.—Señor general en jefe.—Tengo el honor de daros las gracias á nombre de todos los oficiales, sargentos y zuavos prisioneros franceses, por la bondad, fineza y benevolencia que hasta hoy no habeis cesado de mostrarnos; nuestro reconocimiento es tan grande, cuanto puede sentirlo nuestro corazón. Me habeis concedido, mi general, que forme una lista de los prisioneros y de los heridos que se hallan en vuestros hospitales cuidadosamente asistidos. Habeis tenido también la bondad de autorizarme para hacer comprar tabaco y distribuirlo entre los mismos, y por esto, mi general, os debo un gran reconocimiento que es la expresión del de todos mis compañeros.

“Al adjuntaros el parte que dirijo á mi coronel, tengo el honor de someterlo á vuestro exámen, á fin de que tengais la bondad de hacerlo llegar á su destino.

“Ayer he visitado á nuestros heridos, y he sabido por ellos cuál ha sido la manera con que el ejército mexicano trata á sus enemigos, y estoy complacido de ver que la humanidad se manifiesta por todas partes.

“Con el fin de evitar en las salas en que se encuentran nuestros heridos, pequeños disgustos entre sí, emanados por sus sufrimientos y dolores, tengo el honor, mi general, de someter á vuestra aprobación un aviso que he redactado con objeto de mantener la disciplina; si lo juzgáseis á propósito y conveniente, os suplico que me autori-

ceis para hacerlo leer en los departamentos donde se encuentran nuestros soldados.

“Esto no es más que una simple medida de orden, relativa á nuestros intereses respectivos.

“Recibid, señor general en jefe, las seguridades de mi gran reconocimiento y aceptad de todos nosotros las gracias más sinceras.

“Vuestro muy respetuoso servidor.—(Firmado).—Blotd, capitán del primer regimiento de zuavos, prisionero de guerra.”

“Aviso.—El infrascrito, capitán del primer regimiento de zuavos, prisionero de guerra en Puebla, pone en el conocimiento de sus compañeros de infortunio, la bondad con que ha sido tratado por el señor general en jefe del ejército mexicano, y el favor que de dicho señor ha recibido, concediéndole el permiso de visitar los hospitales militares en los que se están curando muchos de nuestros soldados, por lo cual le da las gracias con todo su corazón y á nombre de todos.

“Aprovecho también esta ocasión para recordar á cada uno de los sargentos, cabos y soldados prisioneros, que se encuentran en los establecimientos ó hospitales militares, que importa sea dignamente observada la bella disciplina francesa.

“Cada uno debe considerarse feliz en medio de las desgracias de la guerra, cuando se tiene por enemigos á hombres dotados de humanidad. Al visitarlos, prisioneros heridos, yo mismo he visto, y á vosotros he oído decir, que estábais tan bien como lo pueden permitir las circunstancias, esto es, en camas, tratados con bondad, y aún con mucho cuidado; demos las gracias todos, á los jefes de estos establecimientos, así como á los médicos que tan bien conocen la humanidad. ¿Puedo contar con vosotros? Pues bien, observad la disciplina de que siempre habeis dado prueba.

“Muchos de vosotros teneis heridas graves; hacedlas más honrosas, mostrándoos en medio de vuestros sufrimientos, con toda la energía y abnegación de que seais capaces, aceptando vuestra posición. Sed humildes sin rebajaros, subordinados á vuestros jefes en los establecimientos donde os encontráis. ¿No estais seguros del bien que se os ha hecho? Los hospitales no siempre tienen los recursos sufi-

cientes para todas las víctimas de la guerra, y puesto que nuestro enemigo os cuida con igualdad á las suyas, mostraos respetuosos hacia sus agentes.

“A fin de asegurar el orden en las salas, importa que los prisioneros heridos y aquellos á quienes el señor general en jefe ha hecho designar como enfermeros auxiliares, sean sumisos y observen una conducta ejemplar.

“El sargento 1.^o Melier, pasará diariamente por mañana y tarde, á las salas destinadas á los prisioneros franceses, y se asegurará de que no hay queja alguna de nuestros soldados: y que éstos se muestran reconocidos hacia los señores doctores, enfermeros y á todo el personal de los hospitales, previniéndoles al mismo tiempo, sean respetuosos con las buenas Hermanas de la Caridad, que así como las nuestras, se sacrifican por la humanidad.

“El sargento Labrinié será encargado especialmente del buen orden de las salas y responsable de él.

“Puebla, Abril 28 de 1863.—El capitán del primer regimiento de zuavos prisionero, *Blotd.*”

Carta del subteniente del primer regimiento de zuavos, Duchesné, á sus padres:

“Puebla, 28 de Abril de 1863.—Amados padres:—Aunque esta carta está fechada en Puebla, no crean vdes. que somos dueños de la ciudad, pues no es así. Tomé parte con mi batallón en una empresa desgraciada, y fui hecho prisionero en unión de muchos de mis compañeros, y herido en el brazo derecho por una metralla, en la pierna derecha por una bala de fusil y en la cara por unas piedras. Sin embargo de esto, estoy aliviado, y dentro de veinte días estaré completamente restablecido. No tengan vdes. cuidado por mi cautividad: estamos en poder de un enemigo generoso que nos guarda todas las consideraciones debidas á nuestra desgraciada situación. He escapado de la muerte como por milagro, y sin embargo de tantas heridas, me considero muy feliz de haberme librado con tan poco daño. Recibí la libranza que vdes. me mandaron por el correo.

“El 25 de Abril fué el día que nos hicieron prisioneros, y de 500

hombres próximamente que tomamos parte en el combate, sólo 70 ú 80 quedaron sanos.

“Adios amados padres, etc., etc.—(Firmado).—*Duchesné.*”

Carta del capitán Blotd al subteniente Derné.

“Puebla, 28 de Abril de 1863.—Mi querido Derné.—Espero que al recibir ésta, estará vd. fuera del hospital, y que será vd. el comandante de los restos de la 8.^a compañía que quedó en el campo.

“Fui hecho prisionero el día 25, y he recibido todas las atenciones que se pueden desear, así como todos mis compañeros. Nada podemos imaginarnos de la suerte que ha corrido el resto del batallón. Los oficiales mexicanos que hemos visto, son amables, (*charmants*), y el señor general en jefe que nos visitó, se mostró excesivamente digno y benévolo para todos.

“Nuestro pobre sargento 1.^o murió ayer á causa de sus heridas, despues de haberse mostrado tan bravo en el peligro.

“Nuestro batallón está de desgracia; aquí estamos tres oficiales; Abril, yo y Salata, que no tenemos más que nuestros uniformes desgarrados y agujerados por las balas. Deveaux, St. Hilair, y Bormchligel, fueron muertos; á La Louette le desarticularon el brazo izquierdo; Deemly Mejon, Duchesné, Mathieu y todos nuestros heridos, tienen dos ó tres heridas el que ménos. Galland está bueno.

“No teniendo ropa aquí, espero nos la mandarán.

“Estamos perfectamente tratados, á Dios gracias, y os aseguro que yo no me esperaba encontrar aquí oficiales como los que nos visitan diariamente, son muy amables, hablan el francés, y respetan nuestra desgracia

“En mi parte que dirijo al coronel, están los nombres de los muertos, heridos y prisioneros de cada una de las compañías que han llegado á mi conocimiento, con los que yo menciono y con los que están presentes de la compañía, deducireis con pena, que ascienden á un gran número los soldados enterrados por los mexicanos.

“Agregue vd. á las pérdidas mencionadas, todo el armamento y los efectos de campamento—(Firmado).—*Blotd.*”

En los combates del día 25 de Abril y noche precedente, consu-
DEFENSA.—14.

cientes para todas las víctimas de la guerra, y puesto que nuestro enemigo os cuida con igualdad á las suyas, mostraos respetuosos hacia sus agentes.

“A fin de asegurar el orden en las salas, importa que los prisioneros heridos y aquellos á quienes el señor general en jefe ha hecho designar como enfermeros auxiliares, sean sumisos y observen una conducta ejemplar.

“El sargento 1.^o Melier, pasará diariamente por mañana y tarde, á las salas destinadas á los prisioneros franceses, y se asegurará de que no hay queja alguna de nuestros soldados: y que éstos se muestran reconocidos hacia los señores doctores, enfermeros y á todo el personal de los hospitales, previniéndoles al mismo tiempo, sean respetuosos con las buenas Hermanas de la Caridad, que así como las nuestras, se sacrifican por la humanidad.

“El sargento Labrinié será encargado especialmente del buen orden de las salas y responsable de él.

“Puebla, Abril 28 de 1863.—El capitán del primer regimiento de zuavos prisionero, *Blotd.*”

Carta del subteniente del primer regimiento de zuavos, Duchesné, á sus padres:

“Puebla, 28 de Abril de 1863.—Amados padres:—Aunque esta carta está fechada en Puebla, no crean vdes. que somos dueños de la ciudad, pues no es así. Tomé parte con mi batallón en una empresa desgraciada, y fui hecho prisionero en unión de muchos de mis compañeros, y herido en el brazo derecho por una metralla, en la pierna derecha por una bala de fusil y en la cara por unas piedras. Sin embargo de esto, estoy aliviado, y dentro de veinte días estaré completamente restablecido. No tengan vdes. cuidado por mi cautividad: estamos en poder de un enemigo generoso que nos guarda todas las consideraciones debidas á nuestra desgraciada situación. He escapado de la muerte como por milagro, y sin embargo de tantas heridas, me considero muy feliz de haberme librado con tan poco daño. Recibí la libranza que vdes. me mandaron por el correo.

“El 25 de Abril fué el día que nos hicieron prisioneros, y de 500

hombres próximamente que tomamos parte en el combate, sólo 70 ú 80 quedaron sanos.

“Adios amados padres, etc., etc.—(Firmado).—*Duchesné.*”

Carta del capitán Blotd al subteniente Derné.

“Puebla, 28 de Abril de 1863.—Mi querido Derné.—Espero que al recibir ésta, estará vd. fuera del hospital, y que será vd. el comandante de los restos de la 8.^a compañía que quedó en el campo.

“Fui hecho prisionero el día 25, y he recibido todas las atenciones que se pueden desear, así como todos mis compañeros. Nada podemos imaginarnos de la suerte que ha corrido el resto del batallón. Los oficiales mexicanos que hemos visto, son amables, (*charmants*), y el señor general en jefe que nos visitó, se mostró excesivamente digno y benévolo para todos.

“Nuestro pobre sargento 1.^o murió ayer á causa de sus heridas, despues de haberse mostrado tan bravo en el peligro.

“Nuestro batallón está de desgracia; aquí estamos tres oficiales; Abril, yo y Salata, que no tenemos más que nuestros uniformes desgarrados y agujerados por las balas. Deveaux, St. Hilair, y Bormchligel, fueron muertos; á La Louette le desarticularon el brazo izquierdo; Deemly Mejon, Duchesné, Mathieu y todos nuestros heridos, tienen dos ó tres heridas el que ménos. Galland está bueno.

“No teniendo ropa aquí, espero nos la mandarán.

“Estamos perfectamente tratados, á Dios gracias, y os aseguro que yo no me esperaba encontrar aquí oficiales como los que nos visitan diariamente, son muy amables, hablan el francés, y respetan nuestra desgracia

“En mi parte que dirijo al coronel, están los nombres de los muertos, heridos y prisioneros de cada una de las compañías que han llegado á mi conocimiento, con los que yo menciono y con los que están presentes de la compañía, deducireis con pena, que ascienden á un gran número los soldados enterrados por los mexicanos.

“Agregue vd. á las pérdidas mencionadas, todo el armamento y los efectos de campamento—(Firmado).—*Blotd.*”

En los combates del día 25 de Abril y noche precedente, consu-
DEFENSA.—14.

mimos cerca de un millon de tiros de fusil y una gran cantidad de tiros de cañon.

El 26 di orden de que se economizaran, de cuantas maneras se pudiera, las municiones de esta última arma, para prolongar la defensa de la plaza hasta donde humanamente fuera posible. Previne además al comandante general de artillería, que no se dispararan cañonazos para demoler edificios, aun cuando estos se hallaran ocupados por fuerzas francesas, y que sólo se hiciera jugar nuestra artillería cuando por los movimientos y asaltos del enemigo, se creyera de absoluta ó imperiosa necesidad hacerlo. Le previne tambien, que personalmente recorriera las líneas y diera las instrucciones correspondientes á sus subordinados, con el objeto de que aquella orden quedara exactamente cumplida, orden que verbalmente se comunicó al mismo tiempo por el cuartel general, á los generales que se hallaban al frente de las líneas atacadas.

En la tarde del mismo día 25 que escribí la carta que dejo inserta, le dirigí otra reservadísima al señor general Comonfort, encareciéndole en ella la necesidad que había de que se moviera al día siguiente con sus fuerzas sobre la línea enemiga que circunvalaba á Zaragoza, suplicándole que si aceptaba mi proposicion, se sirviera darme aviso de cuáles eran los puntos por donde debía hacer su marcha y hacia qué campamento se dirigía, á fin de hacer salir una ó dos fuertes columnas de la plaza, para que simultáneamente atacaran un punto dado, tanto las fuerzas del citado general, como las pertenecientes al Cuerpo de ejército que yo mandaba.

Le decía tambien: que el movimiento, ejecutado con la prontitud que le indicaba, lo vería indudablemente el enemigo, como el resultado de la derrota que sufrieron sus columnas el 25, y que si no conseguimos con ese movimiento una victoria decisiva, si obligáramos á los franceses á levantar el sitio ó á reconcentrar sus tropas en los puntos más fuertes que tuvieran, lo que importaría tambien, bajo otro aspecto, el triunfo de nuestras armas, porque le quedarían medios á la plaza de proveerse de lo que necesitaba.

Manifesté, por último, á dicho señor general: que por falta de municiones de boca y guerra, la plaza no sería posible que continuara defendiéndose, sino por el término de ocho dias á lo más, y le reco-

mendaba que lo expuesto se sirviera ponerlo en conocimiento del Gobierno Supremo.

Reservadamente interrogué á los generales Mendoza y Paz, encargado uno como Cuartel-Maestre de los almacenes de víveres, y el otro de los de municiones de guerra como comandante general de artillería, si los elementos que nos quedaban eran suficientes para defender la plaza por ocho dias más: unánimemente me manifestaron que no, demostrándome con los estados respectivos, que los víveres habían concluido y sólo existían unas cuantas fanegas de legumbres secas, y que si los ataques eran fuertes, continuados y rudos como en los dias anteriores, nuestras municiones de guerra concluirían ántes de cinco dias.

A los citados generales les dije que era indispensable cumplir la oferta que había hecho, aunque para ello tuviéramos que tocar los extremos; en consecuencia previne al general Mendoza, que pusiera comisiones, bajo la inspeccion del comisario ordenador de víveres, para que con todo el comedimiento posible, ó rompiendo los cerrojos y azoteas, si esto era necesario, fueran cateadas todas las casas del Oriente de la ciudad, con el objeto de sacar de ellas los víveres que se encontraran, prévio un riguroso inventario y avalúo; y al general Paz, que se compraran ó se sacaran de las tiendas, boticas y casas particulares, todos los ingredientes necesarios para la construccion de pólvora, ya fuera negra, blanca ó de algodón.

Estas medidas, aunque no nos dieron un resultado sumamente satisfactorio, si nos sirvieron de mucho en los dias que faltabande sitio.

El general Comonfort no creyó conveniente aceptar mis proposiciones, pero me contestó oportunamente, diciéndome: que para salvar su responsabilidad, ya pedía por extraordinario instrucciones al Gobierno, respecto del contenido de mi carta, cuyas instrucciones nos servirían á ambos.

Aunque en general estaba aprobado por el mismo Gobierno mi plan militar, quise, no obstante, tener una regla á que sujetar mis operaciones, respecto de algun incidente imprevisto que pudiera presentarse en el curso ordinario de los sucesos, y pedí, por lo mismo, instrucciones al superior, repitiéndole, como lo había estado haciendo en todas mis cartas, que el honor de nuestras armas se salvaría

de todas maneras, sin perjuicio de dejar cumplidas las órdenes que se me dieran.

Del día 25 al 29, celebré dos armisticios con el general francés, los que tenían por objeto levantar los cadáveres de una y otra parte, que se hallaban insepultos en las calles, entre los escombros de algunas manzanas, y en una gran parte de la llanura situada frente á la línea del Carmen á Santa Inés. Yo mismo propuse que el término que debían durar esos armisticios no pasara de dos horas.

Durante aquellas suspensiones de armas, permití que se remitieran del campo francés á los prisioneros que se encontraban dentro de la plaza, sus equipajes y correspondencia epistolar.

Propuse también al general Forey, que los cadáveres de uno y otro ejército se levantara indistintamente, sin que el francés se limitara á recoger los suyos, y el mexicano los que le pertenecían, cuya proposición fué admitida, mandándome decir en respuesta aquel general, de un modo cortés y comedido, que todo se haría en los términos que yo estimara por conveniente.

En esos días los fuegos continuaron con alguna actividad, si bien el enemigo se limitaba sólo á hostilizar la plaza por medio de sus proyectiles, sin intentar abrir otras brechas para dar nuevos asaltos, ni intentar tampoco atacar la ciudad por alguno de los muchos puntos abiertos que los circunvalaban.

Para inspeccionar el número de fuerzas que tenían los franceses en cada una de sus posiciones, y examinar cuál era el punto más débil ó más conveniente, por donde nosotros pudiéramos emprender la salida cuando fuera necesario, ordené el día 27 á los generales Berriozábal, Alatorre y Llave, que en la tarde de ese mismo día, y á la hora que al efecto señalé, rompieran los fuegos de fusilería y artillería sobre la línea enemiga, y al primero de dichos ciudadanos, que cuando se hubieran generalizado aquellos, mandara asaltar, con una fuerza pequeña de su división, la manzana que ocupaba el ejército francés, y que se halla al Sur de la calle de la Obligación, diciéndole también que aquel asalto no tenía por objeto, sino única y exclusivamente, apoderarse de ella el tiempo puramente necesario, para incendiar los escombros en que se hallaba convertida, de los que estaban aprovechándose los invasores.

Ordené igualmente al general Mendoza, que diera las disposiciones correspondientes, para que á la hora citada se dejaran ver por la llanura, y en los puntos no fortificados, las reservas de la 4.^a y 5.^a división entre los fuertes de Zaragoza é Ingenieros, y entre éste último y el del Carmen, como en actitud de amago á la línea francesa establecida al frente de aquellos fuertes: y al general Negrete, que saliera de la plaza con su división y algunas otras fuerzas que le agregué, sobre los campamentos enemigos situados entre Rancho Colorado y Santa María, y que cuando se hallara inmediato á ellos, hiciera jugar su artillería, replegándose á la plaza tan luego como yo se lo ordenara por medio de un signo telegráfico convenido, para cuyo efecto, me coloqué con una bandera sobre la torre de Santo Domingo.

Todas estas órdenes fueron exacta y valientemente cumplidas, obteniendo por resultado de ellas, lo que me había propuesto conseguir.

El día 29 escribí al señor general Comonfort, diciéndole: que habiendo concluido las municiones de boca y guerra con que contaba la plaza, y no teniendo de donde sacarlas, ya no me sería posible seguir defendiéndola, y que por lo mismo, y dejando tranquila mi conciencia, había llegado el día de romper el sitio, lo que tendría que verificar el 2 de Mayo, arrollando dos de los campamentos retrincherados del enemigo; lo excitaba igualmente, para que, colocándose en un punto dado, llamara la atención de los sitiadores y auxiliara la operación que yo tenía que practicar.

Al comandante general de artillería le ordené que alistara setenta piezas, colocándolas en las plazuelas que se encontraban á retaguardia de nuestras líneas atacadas; pero que esta operación debía hacerla con tanta reserva, astucia y precaución, que no pudiera ser notada ni aun por los mismos soldados de nuestro Cuerpo de ejército. Le previne además, que tuviera listos y preparados los medios que debían servirle, para romper, á la hora que se le dijera, las piezas de artillería que no podíamos sacar de la plaza; porque estaba resuelto á arrollar una parte del cerco, para que emprendiera su salida por ese punto, el Cuerpo de ejército de mi mando; pero que este movimiento quería hacerlo de uno modo que no indicara una

fuga, sino la ejecucion de actos meditados fria y glacialmente y llevados á cabo con calma, aunque motivados por la necesidad. Le previne, por último, que alistara las acémilas en que debíamos conducir, para romper la línea enemiga, las pocas municiones de guerra que nos quedaban, dándole dos ó tres dias de término para que simuladamente pudiera concluir estos trabajos.

Ni aún á este general, que me inspiraba tanta confianza y que se hallaba constantemente á mi lado, quise revelarle el punto por donde debíamos hacer la salida, ni el día ni hora en que tendríamos que verificarla. Esta revelacion sólo tuve que hacerla al general Comonfort, por creerlo así conveniente, y sólo respecto del señalamiento del día.

A los generales que mandaban divisiones les previne reservadamente: que con cuanta precaucion fuera posible, comenzaran á retirar las fuerzas que teníamos en nuestras líneas avanzadas, con el objeto de que á la hora en que se les diese la orden correspondiente, se pudiera hacer un movimiento general de todos los puntos que ocupábamos, sin que fuera notado por el enemigo, ni previsto por nuestras tropas.

Tuve, respecto de este mismo negocio, algunas conferencias con el general Cuartel-Maestre; y aunque este señor pulsaba algunas dificultades para que se llevara á cabo con buen éxito la empresa que yo estaba resuelto á acometer, me dió los informes que le pedía, relativos á las avenidas de rueda y de herradura, que conducen de Zaragoza á distintas poblaciones.

Las dificultades que pulsaba el citado señor general, consistían: en lo inmediato que se hallaban las fortificaciones del enemigo de las nuestras, y que por esto era casi imposible, militarmente hablando, hacer un movimiento general que no fuera aperebido por aquel; y en la poca potencia de nuestra artillería móvil para abrir brechas, con la prontitud que requería el caso, en los parapetos levantados por el ejército francés para obstruir y defender el paso de las carretas.

Estas juiciosas observaciones no carecían de fundamento; más como yo me encontraba resuelto á dar el paso referido, porque lo creí de mi deber, me aproveché y aprécié en lo que valían las indicaciones de aquel general, pero no cambié á la influencia de ellas

mi plan, y contando con el patriotismo, valor y conocimientos militares del mismo señor Mendoza, le dije: que iba á poner á sus órdenes uno ó dos batallones, y á encargarle la defensa de algunos muros de la ciudad, inter yo, con el resto de los generales, rompía el cerco puesto á Zaragoza, y que como la fuerza citada debía perderse y caer prisionera, le dejaría la orden correspondiente, firmada de mi puño, á cuyo efecto lo comisioné para que él mismo formara la minuta.

Su contestacion á mis proposiciones, que aún no tenían el carácter de una orden, fué decirme: que él pertenecía á su patria como soldado y como ciudadano, y que por esto yo podía disponer de su persona en los términos que lo estimara por conveniente.

Se hicieron los aprestos respectivos, y cuando todo se hallaba listo, recibí la contestacion del general Comonfort, en la que me indicaba suspendiera el paso que iba á dar, tanto por las instrucciones que me acompañaba del Supremo Gobierno, como porque el ciudadano Presidente de la República, llegaría dentro de algunas horas á San Martín de Tasmelucan, que era el cuartel general del Cuerpo de ejército del Centro, y como en comprobacion de su aserto, me trascribió un mensaje telegráfico, suscrito por uno de los señores Ministros y fechado en Riofrio.

Las instrucciones á que aludo, motivadas por mis cartas y por las del general Comonfort, relativas al movimiento que le indicaba hiciera el día 26, eran dirigidas oficialmente al citado general, y á mí sólo se me trascribían en la misma forma. El contenido de ellas, como lo recordará el Supremo Gobierno, era en extracto el siguiente:

Decía el señor Ministro de la Guerra: que el ciudadano Presidente de la República estaba persuadido que el Cuerpo de ejército de Oriente, continuaría defendiendo, como lo había hecho hasta entonces, la plaza de Zaragoza, mientras no le faltaran municiones de boca y guerra, y que por lo mismo imponía al general Comonfort, como primera y urgentísima obligacion, la de introducir viveres á la ciudad atacada: que si esta operacion fracasaba por algun incidente desgraciado, el Cuerpo de ejército del Centro debería proteger de cuantas maneras le fuera posible, la salida del de Oriente; y

que si ni aún esto podía llevarse á cabo con buen éxito, el Gobierno prefería afrontar todas las consecuencias, y quería, por consiguiente, que se librara una acción, á la que concurrirían ambos Cuerpos de ejército, al mando del general en jefe del de Oriente.

El citado general me manifestaba, al acompañarme estas instrucciones, que por su parte iba á cumplir con lo que en ellas se le prevenía, y al efecto me comunicaba que la introducción del convoy la verificaría por San Pablo del Monte, por cuyo rumbo esperaba que auxiliara sus operaciones el Cuerpo de ejército de mi mando, y que los puntos y caminos por donde debía hacer su marcha el convoy, así como los días en que se verificaría ésta, me los señalarían durante la noche unas grandes fogatas, y en el día fuertes y visibles humaredas.

En vista de esto, contesté en el acto que prescindía salir de la plaza, una vez que se iban á introducir á ella los víveres que tan imperiosamente necesitaba ya; y le decía también al general Comonfort, que aprobaba por lo concerniente á la plaza, el plan que me acompañaba, ofreciéndole que las tropas de mi mando protegerían decididamente las operaciones del Cuerpo de ejército del Centro.

Inmediatamente di orden al Cuartel-Maestre para que se colocaran vigías, perenne y constantemente sobre las torres de Catedral y cerro de Guadalupe, á fin de que estuvieran pendientes de las señas telegráficas que se había propuesto darme el general Comonfort para que protegiera sus movimientos.

Ordené igualmente al general Negrete, que estuviera listo con la reserva general, para que hiciera una salida fuera de la plaza, y aún mandé preparar también con el mismo objeto, una de las brigadas de la 1.^a división al mando del coronel, hoy general Caamaño.

Cuando recibí los pliegos del señor Comonfort, recibí también una carta del ciudadano Presidente de la República, en la que me decía: que mucho, muchísimo habríamos conseguido si el general Comonfort, en vez de haber pedido instrucciones al Gobierno, se hubiera movido el día 26 como yo se lo indicaba.

Con esta carta venía una noticia reservada, procedente del Ministerio de la Guerra, respecto de las casas particulares en que se en-

contraban algunos víveres, de cuya noticia me aproveché en el acto, dándome esto por resultado, que pudieran mantenerse las tropas de mi mando por algunos días más.

Las obras de contravalación á la plaza, continuaban con mucha actividad, aunque al principio indicaban ser paralelas que construya el enemigo, para atacar algunos de nuestros fuertes, y así lo decía el 2 de Mayo, en la carta que inserto en seguida, y cuyo contenido ratifico:

“Señor general D. Ignacio Comonfort.—Mi querido amigo y compañero.—Hoy recibí, sin duplicado, la apreciable de vd., fecha de ayer, y que viene señalada con el número 12.—Quedo enterado de cuanto en ella se sirve comunicarme.—Ya dije á vd. que acepto sus indicaciones.—Mucho celebro la llegada del señor Presidente y sus Ministros á San Martín.—El enemigo ha comenzado un trabajo formal de zapa al frente de Santa Anita.—Probablemente esta noche dejará concluida su primera paralela para atacar aquel fuerte.—Cerca de uno de los salientes de los baluartes del mismo, se halla otro ramal de la última paralela que construyó el enemigo para tomar á San Javier, cuyo ramal parece que se ha llevado hasta el punto en que se encuentra actualmente, con el objeto de atacar el bastión Sud-Oeste del mencionado fuerte de Santa Anita.—Se han comenzado otras obras de zapa de no mucha importancia, frente al cerro de Guadalupe, pero fuera de tiro de cañon de aquel fuerte.—Ayer y hoy los fuegos han sido lentos por una y otra parte.—Pocos muertos y heridos hemos tenido.—Continuamos trabajando sin descanso, en el mismo sentido que lo hace el enemigo, esto es, para contrariar nosotros las obras de aquel.—Nada más ocurre de importancia.—Su amigo y compañero que lo aprecia.—Ortega.”

Los días 3 y 4 de Mayo, los fuegos fueron nutridos durante algunas horas, y las obras de contravalación que el enemigo seguía poniendo á la plaza, continuaron con mucha más actividad que los días anteriores: dichas obras comenzaron también á extenderse al frente de los fuertes del Carmen é Ingenieros.

El último de estos días celebré con el general Forey, por medio de mi ayudante teniente coronel C. Juan Tognio, una convención, por

que si ni aún esto podía llevarse á cabo con buen éxito, el Gobierno prefería afrontar todas las consecuencias, y quería, por consiguiente, que se librara una acción, á la que concurrirían ambos Cuerpos de ejército, al mando del general en jefe del de Oriente.

El citado general me manifestaba, al acompañarme estas instrucciones, que por su parte iba á cumplir con lo que en ellas se le prevenía, y al efecto me comunicaba que la introducción del convoy la verificaría por San Pablo del Monte, por cuyo rumbo esperaba que auxiliara sus operaciones el Cuerpo de ejército de mi mando, y que los puntos y caminos por donde debía hacer su marcha el convoy, así como los días en que se verificaría ésta, me los señalarían durante la noche unas grandes fogatas, y en el día fuertes y visibles humaredas.

En vista de esto, contesté en el acto que prescindía salir de la plaza, una vez que se iban á introducir á ella los víveres que tan imperiosamente necesitaba ya; y le decía también al general Comonfort, que aprobaba por lo concerniente á la plaza, el plan que me acompañaba, ofreciéndole que las tropas de mi mando protegerían decididamente las operaciones del Cuerpo de ejército del Centro.

Inmediatamente di orden al Cuartel-Maestre para que se colocaran vigías, perenne y constantemente sobre las torres de Catedral y cerro de Guadalupe, á fin de que estuvieran pendientes de las señas telegráficas que se había propuesto darme el general Comonfort para que protegiera sus movimientos.

Ordené igualmente al general Negrete, que estuviera listo con la reserva general, para que hiciera una salida fuera de la plaza, y aún mandé preparar también con el mismo objeto, una de las brigadas de la 1.^a división al mando del coronel, hoy general Caamaño.

Cuando recibí los pliegos del señor Comonfort, recibí también una carta del ciudadano Presidente de la República, en la que me decía: que mucho, muchísimo habríamos conseguido si el general Comonfort, en vez de haber pedido instrucciones al Gobierno, se hubiera movido el día 26 como yo se lo indicaba.

Con esta carta venía una noticia reservada, procedente del Ministerio de la Guerra, respecto de las casas particulares en que se en-

contraban algunos víveres, de cuya noticia me aproveché en el acto, dándome esto por resultado, que pudieran mantenerse las tropas de mi mando por algunos días más.

Las obras de contravalación á la plaza, continuaban con mucha actividad, aunque al principio indicaban ser paralelas que construya el enemigo, para atacar algunos de nuestros fuertes, y así lo decía el 2 de Mayo, en la carta que inserto en seguida, y cuyo contenido ratifico:

“Señor general D. Ignacio Comonfort.—Mi querido amigo y compañero.—Hoy recibí, sin duplicado, la apreciable de vd., fecha de ayer, y que viene señalada con el número 12.—Quedo enterado de cuanto en ella se sirve comunicarme.—Ya dije á vd. que acepto sus indicaciones.—Mucho celebro la llegada del señor Presidente y sus Ministros á San Martín.—El enemigo ha comenzado un trabajo formal de zapa al frente de Santa Anita.—Probablemente esta noche dejará concluida su primera paralela para atacar aquel fuerte.—Cerca de uno de los salientes de los baluartes del mismo, se halla otro ramal de la última paralela que construyó el enemigo para tomar á San Javier, cuyo ramal parece que se ha llevado hasta el punto en que se encuentra actualmente, con el objeto de atacar el bastión Sud-Oeste del mencionado fuerte de Santa Anita.—Se han comenzado otras obras de zapa de no mucha importancia, frente al cerro de Guadalupe, pero fuera de tiro de cañon de aquel fuerte.—Ayer y hoy los fuegos han sido lentos por una y otra parte.—Pocos muertos y heridos hemos tenido.—Continuamos trabajando sin descanso, en el mismo sentido que lo hace el enemigo, esto es, para contrariar nosotros las obras de aquel.—Nada más ocurre de importancia.—Su amigo y compañero que lo aprecia.—Ortega.”

Los días 3 y 4 de Mayo, los fuegos fueron nutridos durante algunas horas, y las obras de contravalación que el enemigo seguía poniendo á la plaza, continuaron con mucha más actividad que los días anteriores: dichas obras comenzaron también á extenderse al frente de los fuertes del Carmen é Ingenieros.

El último de estos días celebré con el general Forey, por medio de mi ayudante teniente coronel C. Juan Tognio, una convención, por

la cual quedó arreglado el cange de prisioneros de uno y otro ejército, cuya pieza oficial inserto en seguida:

“Cange de prisioneros arreglado entre el Sr. general Forey, senador, comandante en jefe del Cuerpo expedicionario de México, y el Sr. general Ortega, en jefe del ejército mexicano de Oriente.

Art. 1º Los oficiales prisioneros serán cangeados grado por grado, y hombre por hombre; llevarán consigo sus armas.

Art. 2º Los sargentos, cabos y soldados, serán cangeados hombre por hombre, sin distincion de grado.

Art. 3º Los prisioneros heridos serán comprendidos en este cange. Continuarán curandose en los hospitales en que se encuentren, y serán remitidos á sus ejércitos respectivos, tan luego como se hallen en estado de verificarlo, ó cuando lo soliciten. Los heridos que quedan en los hospitales mientras dure su curacion, se someterán á los reglamentos de policia de estos establecimientos.

Art. 4º En consecuencia de la presente convencion, serán cangeados: 3 capitanes, 2 tenientes, 3 subtenientes y 160 individuos de tropa, comprendidos 57 heridos franceses y 92 mexicanos.

Art. 5º El cange de los prisioneros tendrá lugar mañana, 5 de Mayo, á las doce del dia, en la esquina de la calle del Gato y de la del Malnatural.

Hecho por duplicado, en el cuartel general francés el 4 de Mayo de 1863.—El general en jefe del ejército mexicano de Oriente.—*Ortega.*—El general en jefe del ejército expedicionario de México.—*Forey.*”

El dia 5 se verificó el cange, y no teniendo en su poder el ejército francés el número suficiente de prisioneros para cangear los que se hallaban en la plaza, dispuse que 26 zuavos sobrantes se le remitieran al general Forey, sin exigir por ellos cambio alguno.

Los soldados heridos quedaron en los hospitales de uno y otro ejército, según lo convenido.

La mañana del mismo dia 5 se me dió aviso de los cerros de Loreto y Guadalupe, que aunque no podían distinguirse, por la calina que cubría la atmósfera, las señas telegráficas de que he hecho men-

cion, se notaba fuego de fusilería hácia el pueblo de San Pablo del Monte.

Mandé en el acto que se alistara toda la plaza con sus correspondientes reservas, por lo que pudiera acontecer, y le previne al general Negrete que saliera en el acto por el pié del cerro de Loreto, con una fuerte columna de las tres armas, hasta colocarse en la llanura que se halla al frente del referido pueblo de San Pablo del Monte, y que en aquel punto esperara las órdenes del cuartel general, sosteniendo entre tanto el fuego que se le hiciera de la línea enemiga, como lo verificó.

Habiendo dejado en el Palacio al general Paz, con algunos de mis ayudantes, para que me trasmitiese con cuanta rapidez fuera posible, todas las noticias de lo que aconteciera en la plaza, me trasladé al cerro de Loreto en union del general Mendoza.

Cuando llegué al cerro mencionado, los fuegos que se notaron habían cesado enteramente: esto no obstante, dispuse que la columna que había salido fuera de las murallas y que se encontraba ya tendida en la llanura, permaneciera en aquel punto, durante toda la tarde de ese dia, sosteniendo algunos tiroteos con el enemigo, con el objeto de romper la línea francesa tan luego como yo observara algun movimiento del Cuerpo de ejército del Centro hácia el referido punto de San Pablo del Monte; porque como no estaba acordado ni determinado el dia en que debía hacerse la introduccion de víveres, no podía saber yo la causa cierta y positiva que motivara el fuego que se notó en la mañana; y habiendo cesado poco despues de haber dado principio, calculé que fuera producido por efecto de algun simple reconocimiento que se había hecho del terreno.

En la tarde de ese mismo dia cayeron algunos aguaceros y sopló un fuerte huracan por el punto en que se oyera el fuego, y esto impidió sin duda que el general Comonfort introdujera el convoy.

Poco antes de dar principio la noche, regresé al interior de la plaza, despues de haber dado orden al general Negrete que hiciera lo mismo con la columna que estaba á sus órdenes.

El 6 recibí del general Forey la comunicacion que inserto en seguida:

"Cuerpo expedicionario de México.—Estado Mayor general.—Cerro de San Juan, Mayo 6 de 1863.—Señor general en jefe.—Habeis tenido ayer la condescendencia de remitirme todos los soldados franceses que estaban en vuestro poder, incluso los no comprendidos en la convencion que trata del cange, por lo que suplico á V. E. tenga la bondad de admitir la expresion de mi gratitud por este acto tan espontáneo.

"Las tropas del señor general Comonfort, se aproximaron ayer á nuestras líneas, de lo que resultó un combate, en el que nuestros soldados han hecho veintiun prisioneros mexicanos; me apresuro á remitirlos en cuenta de los veintiseis soldados franceses que me habeis enviado de más.

"Recibid, señor general en jefe, las seguridades de mi muy alta consideracion.—El general en jefe del Cuerpo expedicionario.—Forey.—A S. E. el señor general Ortega, en jefe del ejército mexicano en Puebla."

Esta nota la dejé contestada al siguiente día con la que tambien inserto á continuacion:

"Cuerpo de ejército de Oriente.—General en jefe.—Zaragoza, Mayo 7 de 1863.—Señor general.—El que suscribe tiene el honor de acusar recibo á S. E. el señor general Forey, de su comunicacion de ayer, así como de los veintiun prisioneros hechos á las fuerzas del señor general Comonfort. Reciba S. E. las más expresivas gracias por la espontaneidad en la remision de aquellos.

"Ayer, cuando en la línea de ataque se tocó parlamento, dos soldados mexicanos salieron de los parapetos de San Agustin, y fueron muertos por las fuerzas de la línea francesa avanzada: á esa desgracia se siguió otra más, pues á la vista de los dos muertos se hizo fuego tambien de las manzanas de donde salieron dichos soldados, resultando de ello que un soldado francés que habia salido con una bandera blanca en la mano, fuese casualmente herido.

"En tal virtud, y para evitar que se repita tan desagradable y desgraciado incidente, propone el infrascrito, que se fije el camino de Tlaxcala ó cualquiera otro punto donde no se hallen tan avanza-

dos los parapetos de una y otra línea, para anunciar y recibir á los parlamentarios de ambos ejércitos.

"El que suscribe, disfruta el honor de reiterar á S. E. el señor general Forey, las seguridades de su alta consideracion.—El general en jefe del Cuerpo de ejército de Oriente.—Ortega.—A S. E. el señor general Forey, en jefe del ejército expedicionario."

El parlamento que se tocaba el día 6 en el ejército francés y á que aludo en la preinserta comunicacion, tenía por objeto hacer cesar los fuegos para devolver las camillas que se habian proporcionado el dia anterior á algunos oficiales heridos de aquel ejército.

El mismo dia 6 se me dió parte que se notaban de nuevo algunos fuegos de cañon y fusilería al Norte de la plaza y en un punto inmediato al en que se notara el día anterior, aunque no podian distinguirse las señas que quedaban mencionadas.

Repetí las órdenes que habia dado antes, y cuando llegué al cerro de Loreto, mandé que las piezas de grueso calibre con que se hallaba artillado aquel fuerte, hicieran algunos disparos sobre las fuerzas avanzadas en la línea enemiga, para anunciarle de este modo, al Cuerpo de ejército del Centro, que la plaza estaba lista para proteger cualquiera de sus movimientos. A ese tiempo la columna mandada por el general Negrete, salía por el pié del mismo cerro entre los fuegos del enemigo.

Quedó aquella tendida sobre la llanura y fuera de las murallas sosteniendo, durante la tarde, un recio y nutrido fuego de cañon y alguno de fusilería, logrando rechazar una columna de infantería y caballería de los sitiadores que se desprendió del pié del cerro del Conde.

Lo expuesto lo comprueba el parte que el general O'Horan dió la tarde de ese mismo dia al general Comonfort, cuyo parte, que he visto publicado en los periódicos, inserto en seguida:

"Señor general en jefe.—Acabo de retirarme de la loma del Conde, despues de haber cumplido la orden que vd. se sirvió darme. En este momento los fuegos de la plaza son muy vivos: las granadas de su artillería las estoy viendo estallar sobre las lomas del Conde; se oyen ya algunos tiros de fusil, todo lo cual manifiesta que el valiente ejército de Oriente ha hecho una vigorosa salida que reclama

nuestro auxilio. Suspendo mi marcha, y espero órdenes de vd. El fuego es más vivo y más cercano; el enemigo descende sobre el flanco derecho de la loma del Conde, á donde continúan estallando con más frecuencia las granadas: la fusilería es más nutrida y más próxima.—Sobre el camino, á inmediaciones de San Miguel de Tenancingo, Mayo 6 de 1863, á las tres y media de la tarde.—*Tomás O'Horan.*"

El general Negrete tenía orden de marchar hácia la línea de los sitiadores y romperla en el acto que yo le diera el aviso correspondiente; lo que no llegó á tener lugar, en atención á que cuando saltó de la plaza aquel general y yo me situaba en el fuerte de Loreto, los fuegos que motivaron aquel movimiento, habían cesado ya del todo sin que volvieran á repetirse en todo ese día.

Al aproximarse la noche mandé retirar la columna, y que se replegara de nuevo al interior de la plaza.

Las municiones de boca habían vuelto á agotarse enteramente, y nuestros soldados estaban recibiendo ménos de media ración. Esta escasez me la manifestaban diariamente nuestros generales en los partes verbales que rendían, no para angustiar la situación en que me encontraba, sino para demostrarme el estado en que se hallaban sus fuerzas, y para que estuviera al corriente del que guardaba en general todo nuestro Cuerpo de ejército.

En atención á lo expuesto, nombré otras comisiones para que auxiliaran á las que estaban puestas bajo la inspección del comisario ordenador de viveres, á fin de que cateadas todas las casas de la ciudad, se sacaran aquellos en cualquiera cantidad y donde quiera que se hallaran.

Estas nuevas comisiones las formé de mi ayudante de campo, teniente coronel C. Ignacio Calvillo, y de otros jefes eminentemente activos y celosos por la conservación de nuestro Cuerpo de ejército y honor de las armas mexicanas, cuyos jefes fueron escogidos y se me proporcionaron por los generales Berriozábal y Llave.

El resultado de esta medida, dictada por la necesidad, nos proporcionó, de un modo escásimo y miserable, la manutención de nuestras tropas por otros días más.

Cuarenta ó cincuenta mil habitantes de la ciudad, que habían quedado dentro de sus muros al comenzar el sitio, se encontraban en un estado verdaderamente violento y desesperado por la escasez de alimentos.

Millares de personas de todas condiciones, sexos y edades, entre las que se encontraban multitud de familias delicadas, respetables y decentes, se colocaban á recibir la muerte en las calles enfiladas por los fuegos enemigos, con sólo el objeto de conseguir que se les vendiera una pieza de pan, en dos ó tres panaderías situadas en aquellos puntos; millares también de mujeres y niños se me presentaban en todas partes, pero muy especialmente en la calle de Mesones, donde estaban situados mis criados y las personas encargadas de mi asistencia.

Aquí veía el cuadro más triste y desgarrador que he presenciado en mi vida. Unas mujeres llorando me presentaban á sus niños; otras me pedían pan; éstas que les diera un pasaporte para salir de la ciudad; aquellas, que les proporcionara un socorro; y muchas, que les diera una boleta para que se les vendiera á cualquier precio una pieza de pan, en tal ó cual establecimiento de los en que se trabajaba aquel alimento para nuestros soldados.

Esto, señor Ministro, no sólo lo han presenciado determinadas personas, sino todo el Cuerpo de ejército que defendía á Zaragoza, y más de cuarenta mil habitantes que pacíficamente se hallaban en aquella ciudad, sin que los sitiadores les hubieran permitido salir de ella, una vez comenzadas las operaciones de la guerra.

El día 7 los trabajos de contravalación del enemigo y las obras de contra-aproches de nosotros, continuaron con la misma actividad que los días anteriores.

Los fuegos eran lentos y flojos por una y otra parte.

Después de los sucesos del 25 de Abril, el enemigo quedó plenamente convencido de su impotencia para tomar la plaza á viva fuerza, y lo quedó también de que cualquiera otro asalto que diera, importaba la destrucción de su ejército: porque la moral de éste había disminuido notablemente, á proporción que había subido la del nuestro.

Este conocimiento, conocimiento que todos teníamos, no es una

paradoja, ni se funda en una simple suposicion, sino que lo demostraron clara y flagrantemente los hechos.

El ejército francés suspendió sus ataques y asaltos, no porque este pensamiento estuviera en su plan militar, sino porque la necesidad lo obligaba á ello; los suspendía cuando era rechazado en distintas direcciones, cuando dejaba prisioneros y en nuestro poder á sus más aguerridos y famosos soldados, y cuando acababa de sufrir un fuerte y rudo descalabro.

Por lo mismo ya no di crédito á las noticias que se me daban, muchas de ellas procedentes del campo francés, y muy especialmente á las que tentan relacion al 5 de Mayo, día en que se me aseguraba, que tendría que sufrir la plaza un asalto general; porque los invasores querían borrar con hechos inauditos y temerarios, el recuerdo de la jornada gloriosa que tuvo lugar el mismo día, en el año de 1862.

El enemigo, pues, se limitó á hostilizar la plaza con sus proyectiles y desde los puntos en que se hallaba parapetado, sin intentar nuevos y serios ataques, ni mucho menos asaltos vigorosos, como los que diera y había sostenido la plaza: y si esto honra á los generales franceses, ante la razon y la filosofía, porque por otros medios consiguieron el resultado que se propusieron obtener salvando á su ejército y el honor de las armas de la Francia, enaltece no poco el nombre de México; porque no era un ejército, sino un pueblo el que defendía, dentro y fuera de los murallas de Zaragoza, la autonomía de su patria, su honor y sus derechos; un pueblo que se había resuelto á sacrificarlo todo ántes que permitir que sufrieran en lo más mínimo alguno de aquellos caros objetos, que son los que forman la vida moral y política de una nacion libre.

Tanto más honroso es esto para México, señor Ministro, cuanto que el ejército francés retrocedió, no tanto por el estrago de nuestros proyectiles, cuanto porque se creyó impotente para destruir y dominar el pensamiento, que había hecho tomar la resolucion fria é incontrastable, que he dicho, en los defensores de Zaragoza.

Mi ayudante de campo, teniente coronel C. Juan Tognó, que fué el portador de mi comunicacion de fecha 7, tuvo una conferencia con el general Forey, provocada é iniciada por dicho general, quien le di j lo siguiente:

“Manifieste vd. al general Ortéga: que la defensa que está haciendo de Puebla, es una cosa inusitada y hasta cierto punto bárbara y reprobada por la civilizacion moderna, pues los edificios y casas de la ciudad están convirtiéndose en cenizas y escombros, por su tenacidad. Dígale vd. que ya esa defensa no tiene otro objeto que procurarse un nombre el mismo general Ortega y la guarnicion, nombre que ya tienen, y por lo mismo son inútiles y contra la humanidad, los estragos que está haciendo la guerra en la ciudad: que en Europa se acostumbra, segun la práctica establecida en los sitios modernos, tan luego como se rompe la línea exterior de la plaza, entrar los defensores de ella en pláticas con los sitiadores, y arreglar una capitulacion honrosa, capitulacion que yo concederé al general Ortega y á la guarnicion que ha llenado tan cumplidamente sus deberes: dígale por último, que es necesario poner término á esta cuestion desastrosa, y que esto pende en mucha parte de su mano; que se haga Presidente de la República de México, y la cuestion ha concluido; que convenga en que se hagan nuevas elecciones de Magistrado Supremo de la Nacion, y la cuestion concluye tambien; y que si para llevar á cabo cualquiera de estos proyectos se le presentan algunas dificultades, lo apoyará el ejército francés; si no admite estas proposiciones, manifiéstele vd., que me haga otras, que sean igualmente honrosas para Francia y para México, pues yo creo que el general Ortega nada me propondría que fuera indigno de alguna de estas dos naciones, y si ni esto admite, que se preste al ménos á una conferencia, la que tendrá lugar en el punto que él mismo señale.”

Hubo algunas otras explicaciones entre ambos de ménos importancia, no olvidándose entre ellas el general Forey de decirle á mi ayudante: “Yo de todas maneras tomaré la plaza, aunque tenga que estarme al frente de sus muros por un tiempo indefinido, porque la Francia es tenaz y constante en sus empresas, y yo soy el eco fiel de los sentimientos de ella, y más cuando sé por algunas familias que han salido de la plaza, que ya sus defensores se hallan sin víveres, no obstante haber dispuesto de todos los que había en la poblacion de propiedad particular. Así es, que nada importa que la plaza se rinda en toda la próxima estacion de aguas, porque una vez

paradoja, ni se funda en una simple suposicion, sino que lo demostraron clara y flagrantemente los hechos.

El ejército francés suspendió sus ataques y asaltos, no porque este pensamiento estuviera en su plan militar, sino porque la necesidad lo obligaba á ello; los suspendía cuando era rechazado en distintas direcciones, cuando dejaba prisioneros y en nuestro poder á sus más aguerridos y famosos soldados, y cuando acababa de sufrir un fuerte y rudo descalabro.

Por lo mismo ya no di crédito á las noticias que se me daban, muchas de ellas procedentes del campo francés, y muy especialmente á las que tentan relacion al 5 de Mayo, día en que se me aseguraba, que tendría que sufrir la plaza un asalto general; porque los invasores querían borrar con hechos inauditos y temerarios, el recuerdo de la jornada gloriosa que tuvo lugar el mismo día, en el año de 1862.

El enemigo, pues, se limitó á hostilizar la plaza con sus proyectiles y desde los puntos en que se hallaba parapetado, sin intentar nuevos y serios ataques, ni mucho menos asaltos vigorosos, como los que diera y había sostenido la plaza: y si esto honra á los generales franceses, ante la razon y la filosofía, porque por otros medios consiguieron el resultado que se propusieron obtener salvando á su ejército y el honor de las armas de la Francia, enaltece no poco el nombre de México; porque no era un ejército, sino un pueblo el que defendía, dentro y fuera de los murallas de Zaragoza, la autonomía de su patria, su honor y sus derechos; un pueblo que se había resuelto á sacrificarlo todo ántes que permitir que sufrieran en lo más mínimo alguno de aquellos caros objetos, que son los que forman la vida moral y política de una nacion libre.

Tanto más honroso es esto para México, señor Ministro, cuanto que el ejército francés retrocedió, no tanto por el estrago de nuestros proyectiles, cuanto porque se creyó impotente para destruir y dominar el pensamiento, que había hecho tomar la resolucion fria é incontrastable, que he dicho, en los defensores de Zaragoza.

Mi ayudante de campo, teniente coronel C. Juan Tognó, que fué el portador de mi comunicacion de fecha 7, tuvo una conferencia con el general Forey, provocada é iniciada por dicho general, quien le di j lo siguiente:

“Manifieste vd. al general Ortéga: que la defensa que está haciendo de Puebla, es una cosa inusitada y hasta cierto punto bárbara y reprobada por la civilizacion moderna, pues los edificios y casas de la ciudad están convirtiéndose en cenizas y escombros, por su tenacidad. Dígale vd. que ya esa defensa no tiene otro objeto que procurarse un nombre el mismo general Ortega y la guarnicion, nombre que ya tienen, y por lo mismo son inútiles y contra la humanidad, los estragos que está haciendo la guerra en la ciudad: que en Europa se acostumbra, segun la práctica establecida en los sitios modernos, tan luego como se rompe la línea exterior de la plaza, entrar los defensores de ella en pláticas con los sitiadores, y arreglar una capitulacion honrosa, capitulacion que yo concederé al general Ortega y á la guarnicion que ha llenado tan cumplidamente sus deberes: dígale por último, que es necesario poner término á esta cuestion desastrosa, y que esto pende en mucha parte de su mano; que se haga Presidente de la República de México, y la cuestion ha concluido; que convenga en que se hagan nuevas elecciones de Magistrado Supremo de la Nacion, y la cuestion concluye tambien; y que si para llevar á cabo cualquiera de estos proyectos se le presentan algunas dificultades, lo apoyará el ejército francés; si no admite estas proposiciones, manifiéstele vd., que me haga otras, que sean igualmente honrosas para Francia y para México, pues yo creo que el general Ortega nada me propondría que fuera indigno de alguna de estas dos naciones, y si ni esto admite, que se preste al ménos á una conferencia, la que tendrá lugar en el punto que él mismo señale.”

Hubo algunas otras explicaciones entre ambos de ménos importancia, no olvidándose entre ellas el general Forey de decirle á mi ayudante: “Yo de todas maneras tomaré la plaza, aunque tenga que estarme al frente de sus muros por un tiempo indefinido, porque la Francia es tenaz y constante en sus empresas, y yo soy el eco fiel de los sentimientos de ella, y más cuando sé por algunas familias que han salido de la plaza, que ya sus defensores se hallan sin víveres, no obstante haber dispuesto de todos los que había en la poblacion de propiedad particular. Así es, que nada importa que la plaza se rinda en toda la próxima estacion de aguas, porque una vez

rendida procuraré consolidarme en ella y marchar sobre México hasta el próximo invierno."

A mi ayudante sólo le dije en contestacion á lo expuesto, para que así lo manifestara al general Forey: que le agradecía muchísimo el alto concepto que tenía de mi humilde persona, así como el justo y merecido elogio que hiciera de la guarnicion de la plaza; pero que importando sus proposiciones una intervencion de la Francia en la política de México, ó que me convirtiera yo en un usurpador, no podía acceder á ellas; y que no me prestaba á la conferencia, porque la creía inútil, en atencion á no tener yo ninguna clase de poderes legítimos para intervenir en las cuestiones políticas y diplomáticas de mi país.

En las líneas que defendían los generales Llave, Berriozábal, Díaz y Anza, se habían concluido algunas galerías subterráneas, para hacer volar por medio de minas, los edificios ocupados por el enemigo. Estos trabajos se habían hecho bajo la inspeccion de los mismos generales y direccion de los ingenieros, para cuya operacion proporcioné oportunamente zapadores de Guanajuato y Zacatecas, que eran los más hábiles y acostumbrados á esa clase de obras.

Aunque repetidas veces se me dijo por los citados generales, que estaban concluidas las galerías y que sólo faltaba cargar las minas para obtener el resultado que nos habíamos prometido de aquellos trabajos, no me fué posible proporcionar la pólvora que se necesitaba, porque había concluido la que teníamos, y no creí conveniente desbaratar los pocos tiros de cañon que quedaban en nuestros polvorines, único elemento con que contábamos ya para prolongar la defensa de la plaza. Así se los manifesté reservadamente á dichos generales.

Las minas, pues, no llegaron á cargarse por falta de pólvora, y preparadas las galerías, como lo estaban, las ocupó el enemigo al rendirse la plaza.

El día 8 por la mañana se me dió parte, que se notaba un fuerte y nutrido fuego por San Lorenzo.

Dí en el acto las órdenes que en los días anteriores, dejé la columna de reserva que mandaba el general Negrete en la plaza de San José y calles inmediatas, con la orden expresa de hacer un mo-

vimiento rápido de la plaza hácia el punto que se le dijera, y me trasladé en seguida al cerro de Loreto para inspeccionar lo que pasaba y dar las órdenes correspondientes.

Cuando llegué á aquel fuerte, los fuegos habían cesado del todo, y con el auxilio de los lentes sólo pude observar algunas columnas que se hallaban tendidas sobre las cimas de las lomas de San Lorenzo, sin poder distinguir si aquellas columnas estaban formadas de nuestras tropas, ó de las invasoras.

El general Comonfort no sólo no me había dicho, pero ni aún indicado que tendría que hacer movimiento alguno por San Lorenzo.

No hallaba, pues, cómo explicarme el fuego que se había notado por aquel punto, y la situacion de las columnas sobre las lomas. Para salir de aquella fatal incertidumbre, dispuse que el referido fuerte de Loreto rompiera sus fuegos sobre el Ocre, que era un punto fortificado y de los más avanzados del enemigo, y mandé á uno de mis ayudantes con la orden para que hiciera lo mismo el fuerte de Santa Anita, á fin de indicar por este medio á las columnas que he mencionado, caso que fueran nuestras, que la plaza estaba lista para proteger sus movimientos en el acto mismo que se observara que eran hácia la plaza.

Estas órdenes tuvieron su verificativo, y no obstante los fuegos de nuestra línea, las columnas permanecieron en quietud en los respectivos puntos que ocupaban.

Nada, pues, había aventajado por aquel medio. La incertidumbre continuaba por nuestra parte.

Algunas de las personas que se habían hallado durante la noche en el fuerte, y que pudieron hacer más observaciones que yo con el auxilio de las primeras luces de la mañana de ese día, me aseguraron: que las fuerzas situadas en las lomas de San Lorenzo pertenecían al Cuerpo de ejército del Centro, fundando su aseveracion, en los movimientos que habían podido notar de unas y otras tropas, en las horas en que se oyera el tiroteo.

El general Mendoza me hizo la siguiente y juiciosa observacion: "El general Comonfort conoce perfectamente el terreno, y conoce también todas las ingeniosas astucias de la estrategia; entiendo por lo mismo, que ha querido llamar la atencion del enemigo con

fuertes columnas por el rumbo de San Lorenzo, para dejar débil la línea de San Pablo del Monte, é introducir por este punto el convoy. Con tanta más razón opino de esta manera, cuanto que el mismo general Comonfort no le ha indicado á vd. que hará movimiento alguno por San Lorenzo.”

En atención á todo lo expuesto, dispuse que la fuerza, que debía proteger las operaciones del Cuerpo de ejército del Centro, estuviera preparada durante el día y la noche para moverse á la hora que se le ordenara.

El 9 continuó ignorándose en la plaza la desgraciada jornada del día 8, hasta las últimas horas de la tarde de ese mismo día, en que por conducto de un parlamentario del ejército francés, recibí la nota que inserto en seguida:

“Cuerpo expedicionario de México.—Gabinete del general en jefe.—Núm. 2,114.—En el campo delante de Puebla, á 9 de Mayo de 1863.—Señor general en jefe.—La fortuna de las armas nos ha concedido ayer un triunfo importante sobre las tropas del Sr. general Comonfort, dejando en nuestro poder un millar de prisioneros entre los cuales se encuentran 56 oficiales de todos grados. Me apresuro á remitiros los siete prisioneros que os debía, y los mando por la parte en que se presentó ayer el parlamentario que me trajo el pliego de V. E. Habeis elegido este punto, que supongo que os conviene más que cualquier otro, y miéntras no me indiqueis lo contrario, por él será por el que tendrán lugar nuestras comunicaciones cuando sea necesario.

“Con el fin de que V. E. no sea engañado (sobre el resultado del combate que tuvo lugar ayer en San Lorenzo), por los diarios de vuestro país que disfrazan la verdad de la manera más escandalosa, tengo el honor de informaros, que independientemente de los mil prisioneros que hemos hecho, han sido muertos ó heridos otros mil.

“Han caído tambien en nuestro poder ocho piezas de artillería de las cuales cinco son rayadas, tres banderas, once banderolas de gútas, veinte carros cargados, cuatrocientas mulas, carneros y armas. El enemigo ha sido perseguido por larga distancia y derrotado completamente por la caballería.

“Tal es la verdad exacta del hecho de armas que no os refiero, sino porque tengo la esperanza de que contribuirá á abrir los ojos á los ciegos que se niegan á creer las leales intenciones de la Francia, que no quiere más que concurrir con los hombres sensatos de México á establecer el orden con la libertad en este desgraciado país, que arruina y desola la guerra civil. ¡Quiera el cielo, para el porvenir de México, que mis esperanzas no salgan fallidas!

Recibid, señor general en jefe, la seguridad de mi alta consideración. El general de division, senador y general en jefe del Cuerpo expedicionario de México.—Forey.—A S. E. el general Ortega, en jefe del ejército de Oriente.—Puebla.”

La precedente nota la dejé contestada con la que inserto á continuación, y que intencionalmente no quise escribir ni mandar al campo francés, sino hasta el día 13, cuya fecha es la que lleva:

“Cuerpo de ejército de Oriente.—General en jefe.—Zaragoza, Mayo 13 de 1863.—Señor general en jefe.—Tengo la honra de acusar recibo á V. E. de su comunicacion de 9 del corriente, con la que me fueron entregados los siete prisioneros que faltaban para el completo del cange, verificado en virtud de la convencion del día 4 de este mes, y ademas quince soldados heridos que pertenecen al ejército que mando, y que ya se hallaban en estado de convalescencia.

“Doy á V. E. las gracias por el aviso que se sirvió darme relativo al combate que tuvo lugar en San Lorenzo el día 8 del corriente, y en el que la fortuna fué adversa á las armas de mi patria.

“Buenas y laudables, señor general, serán las intenciones de V. E. y de la Francia respecto de México; pero á mi vez yo tambien me permito decir á V. E., consultando sólo de una manera fria y glacial la verdad, y haciendo á un lado las afecciones, los sentimientos y el amor propio que tengo como mexicano, que la nacion toda, en cuyo suelo nací, pasará por todo, absolutamente por todo, y sostendrá la guerra de una manera indefinida, ya sea de un modo regular ó irregular, ménos por perder su independéncia ó mancillar su honor, y esto último es nada ménos lo que importa el que México admitiera la intervencion de una nacion extranjera en los negocios de su política interior.

“Veo en la comunicacion de V. E. un lenguaje franco, y por lo mismo, usando yo del propio idioma, tengo la honra de manifestarle, manifestacion que verá V. E. cumplida en un tiempo no lejano: que toda la sangre francesa y mexicana que se ha derramado y siga derramándose en lo sucesivo, será infructuosa al objeto que se ha propuesto conseguir la Francia, pues sea cual fuere el poder de esa grande y culta nacion, no es tanto que pueda sobreponerse á la opinion de un pueblo que ha protestado con sangre ser independiente y libre.

Sírvase V. E., señor general en jefe, admitir las protestas de mi más alta consideracion.—El general en jefe del ejército mexicano de Oriente.—*Ortega*.—A S. E. el señor general Forey, en jefe del ejército expedicionario en México.”

Por los prisioneros que me remitió el general Forey, me impuse pormenorizadamente del descalabro sufrido por una de las divisiones del Cuerpo de ejército del Centro.

Esta noticia, que ni podia ni quise ocultar á la plaza, no enfrió en lo más mínimo el ardor bélico de sus defensores, aunque sí me trajo nuevas dificultades.

Los generales Berriozábal, Negrete, Antillon, Alatorre y Llave se reunieron en su casa particular la noche de ese dia, y á las tres de la misma noche recibí una comunicacion suscrita por los cinco, en la que me repetían algunos de los argumentos de que ya he hecho mencion: diciéndome ademas, que hasta ese dia habían conservado la disciplina de sus respectivas divisiones; que estando tambien yo convencido de que la plaza debía perderse, no comprendían por qué continuaba insistiendo en defenderla; que me repetían lo que ya me habían manifestado otra vez, para eximirse de la responsabilidad que tenían ante la nacion; y concluían diciéndome, que no estaban por celebrar capitulacion alguna con el ejército francés.

Lo inusitado de la hora en que recibí aquella comunicacion, me hizo no contestarla en el acto, difiriendo hacerlo para el dia siguiente.

A las primeras horas de la mañana del dia 10 se me presentó el

general Pinzon, quien me dijo estas palabras: “Mi general, me acaban de decir que se piensa hacer una capitulacion; tenga vd. la bondad de decirme, si se puede, lo que haya de cierto ó falso en esa especie alarmante.”

A la precedente pregunta contesté con toda vehemencia y calor: que la plaza no capitularia jamas, y que por mi parte, ni propondría ni admitiria algo que disminuyera, bajo algun aspecto, la honra y buen nombre de México.

Lleno de indignacion porque se vertían frases, sin razon y motivo alguno, para introducir la duda y el desaliento en los defensores de la plaza, me despedí violentamente del general á quien dirigia la palabra, y dando la vuelta me introduje á la habitacion del Cuartel—Maestre, en la que reconvine fuertemente á los generales Berriozábal y Llave, por las especies que se vertían en el público y que acababa de trasmitirme el general Pinzon, cuyas especies no podían tener por origen, sino la junta que habían celebrado la noche precedente, sin acuerdo y permiso del cuartel general.

Los referidos generales me contestaron, llevando el eco de sus palabras, el acento del patriotismo y de la verdad: que la junta había tenido lugar en las altas horas de la noche, y que la habían celebrado con todas las precauciones posibles, tanto para no causar con ella un escándalo, como y principalmente, para que no se evaporara ni una sola de las frases que se vertieran en ella, y que por lo mismo no podían ser responsables de las especies que corrieran en el público, cuya responsabilidad pesaría mejor sobre alguno de mis ayudantes.

Dije despues á los citados generales: que sentía muchísimo que me hubieran dirigido la comunicacion de que he hecho referencia; pero que, puesto que habían querido dejar consignados en una pieza oficial los hechos y argumentos contenidos en ella, iba á ocuparme en el acto de contestarla.

Les dije tambien: que el dia 2 de ese mismo mes, estaba señalado para romper el sitio, y cuáles habían sido las razones que se habían interpuesto para no verificar la salida; y que en atencion á que había fracasado ya el proyecto de la introduccion de víveres, iba á tomar las disposiciones correspondientes para romper el cerco; pero

que ese paso debía darlo sin precipitación alguna, y con toda la calma que requería la gravedad del negocio que teníamos entre manos.

Lo expuesto, según recuerdo, lo presenciaron los generales Mendoza, Mejía, Paz, Prieto y García, aunque no estoy cierto enteramente de que hayan estado presentes dos de los generales mencionados.

Contesté algunas horas después la nota citada, renovando los argumentos que hice valer en la conferencia habida antes de los sucesos del 25 de Abril; repitiendo también, que yo, ni proponería, ni admitiría capitulación alguna, ni pensaba, ni había pensado jamás en la tal capitulación. Les manifestaba que aunque tenía la conciencia de que la plaza debía perderse, la tenía también de que había obtenido ya una victoria con sólo la prolongación de la defensa, y que de esta manera era cómo se explicaba la constancia que había tenido en defenderla y en no abandonarla, pues que los mismos señores generales sabían que en los sitios modernos, las plazas de primer orden sucumbían casi siempre antes de los treinta y uno á cuarenta días; y concluí recordándoles sus deberes como soldados y muy especialmente los compromisos que se habían contraído en la junta habida en Palacio antes de dar principio al asedio de la plaza. No me olvidé de decirles; que ni uno sólo de los generales, jefes, oficiales y soldados del Cuerpo de ejército de Oriente, me habían indicado como conveniente la salida y abandono de la plaza, á excepción de los generales de que he hecho mención.

Después de escrita esta nota, creí que no era político ni oportuno entregarla, porque con ella no conseguiría otra cosa que agriar los ánimos entrando en contestaciones ó controversias ajenas de mi posición militar, é incompatibles con la situación en que se hallaba la ciudad, la que exigía de mi parte toda la prudencia y toda la energía que fuera posible.

Por esto, pues, no entregué la nota que he citado, reservándome hacerlo cuando fuera más oportuno. Lo que no llegó á tener verificativo por los sucesos que después tuvieron lugar.

Escribí de nuevo al general Comonfort, diciéndole: que en atención á que no había podido realizarse la introducción de víveres, iba á romper el cerco el día 14, y que esperaba, que el Cuerpo de ejér-

cito del Centro llamara simplemente la atención del enemigo, haciendo un movimiento hácia el pueblo de Ocotlan. Le decía también: que me diera aviso de la recepción de mi carta, por medio de una seña que debía colocar sobre la cúspide de determinado cerro.

A los generales que mandaban divisiones les repetí la orden de los días precedentes. Al comandante general de artillería le previne: que sólo alistara treinta piezas, y no setenta como se lo había ordenado la vez anterior: porque creí que para el día 14 apenas quedaría la dotación absolutamente indispensable para el citado número de treinta piezas, manifestándole que para que se verificara el rompimiento del resto de nuestra artillería con toda la precaución posible, cuando fuera conveniente, yo mismo en persona y dos de mis ayudantes lo acompañaríamos en los trabajos que requería aquella operación.

Al general Cuartel-Maestre le ordené: que se ocupara preferentemente, de formular el plan que debía servir para romper el cerco y salir de la plaza el Cuerpo de ejército de Oriente.

Al siguiente día me presentó dicho señor los puntos generales que iban á servir de base para la formación del plan mencionado; y no estando yo de conformidad con todos ellos, le hice algunas observaciones, para que las tuviera presentes al redactar y formar aquel documento.

Los ataques del enemigo debilitados notablemente por los sucesos del 25 de Abril, comenzaron de nuevo de una manera ruda y vigorosa, si bien esos ataques sólo tenían por objeto concluir el cerco y obras de contravalación á la plaza, hostilizándola fuerte y tenazmente, mas no abrir nuevas brechas ni intentar nuevos asaltos.

Los combates comenzaron también de nuevo fuera de las murallas, teniendo para ello que hacer repetidas salidas, durante la noche, las fuerzas que se hallaban á las órdenes del general Patoni, pertenecientes á los Estados de Durango y Chihuahua y que defendían el fuerte de Ingenieros, las que mandaba el general Pinzon correspondientes al Estado de Guerrero y que guarnecían el fuerte de Zaragoza, y las que obedecían al ciudadano coronel Joaquin Sánchez-Roman correspondientes al Estado de Zacatecas y que custodiaban el fuerte del Carmen.

que ese paso debía darlo sin precipitación alguna, y con toda la calma que requería la gravedad del negocio que teníamos entre manos.

Lo expuesto, según recuerdo, lo presenciaron los generales Mendoza, Mejía, Paz, Prieto y García, aunque no estoy cierto enteramente de que hayan estado presentes dos de los generales mencionados.

Contesté algunas horas después la nota citada, renovando los argumentos que hice valer en la conferencia habida antes de los sucesos del 25 de Abril; repitiendo también, que yo, ni proponería, ni admitiría capitulación alguna, ni pensaba, ni había pensado jamás en la tal capitulación. Les manifestaba que aunque tenía la conciencia de que la plaza debía perderse, la tenía también de que había obtenido ya una victoria con sólo la prolongación de la defensa, y que de esta manera era cómo se explicaba la constancia que había tenido en defenderla y en no abandonarla, pues que los mismos señores generales sabían que en los sitios modernos, las plazas de primer orden sucumbían casi siempre antes de los treinta y uno á cuarenta días; y concluí recordándoles sus deberes como soldados y muy especialmente los compromisos que se habían contraído en la junta habida en Palacio antes de dar principio al asedio de la plaza. No me olvidé de decirles; que ni uno sólo de los generales, jefes, oficiales y soldados del Cuerpo de ejército de Oriente, me habían indicado como conveniente la salida y abandono de la plaza, á excepción de los generales de que he hecho mención.

Después de escrita esta nota, creí que no era político ni oportuno entregarla, porque con ella no conseguiría otra cosa que agriar los ánimos entrando en contestaciones ó controversias ajenas de mi posición militar, é incompatibles con la situación en que se hallaba la ciudad, la que exigía de mi parte toda la prudencia y toda la energía que fuera posible.

Por esto, pues, no entregué la nota que he citado, reservándome hacerlo cuando fuera más oportuno. Lo que no llegó á tener verificativo por los sucesos que después tuvieron lugar.

Escribí de nuevo al general Comonfort, diciéndole: que en atención á que no había podido realizarse la introducción de víveres, iba á romper el cerco el día 14, y que esperaba, que el Cuerpo de ejér-

cito del Centro llamara simplemente la atención del enemigo, haciendo un movimiento hácia el pueblo de Ocotlan. Le decía también: que me diera aviso de la recepción de mi carta, por medio de una seña que debía colocar sobre la cúspide de determinado cerro.

A los generales que mandaban divisiones les repetí la orden de los días precedentes. Al comandante general de artillería le previne: que sólo alistara treinta piezas, y no setenta como se lo había ordenado la vez anterior: porque creí que para el día 14 apenas quedaría la dotación absolutamente indispensable para el citado número de treinta piezas, manifestándole que para que se verificara el rompimiento del resto de nuestra artillería con toda la precaución posible, cuando fuera conveniente, yo mismo en persona y dos de mis ayudantes lo acompañaríamos en los trabajos que requería aquella operación.

Al general Cuartel-Maestre le ordené: que se ocupara preferentemente, de formular el plan que debía servir para romper el cerco y salir de la plaza el Cuerpo de ejército de Oriente.

Al siguiente día me presentó dicho señor los puntos generales que iban á servir de base para la formación del plan mencionado; y no estando yo de conformidad con todos ellos, le hice algunas observaciones, para que las tuviera presentes al redactar y formar aquel documento.

Los ataques del enemigo debilitados notablemente por los sucesos del 25 de Abril, comenzaron de nuevo de una manera ruda y vigorosa, si bien esos ataques sólo tenían por objeto concluir el cerco y obras de contravalación á la plaza, hostilizándola fuerte y tenazmente, mas no abrir nuevas brechas ni intentar nuevos asaltos.

Los combates comenzaron también de nuevo fuera de las murallas, teniendo para ello que hacer repetidas salidas, durante la noche, las fuerzas que se hallaban á las órdenes del general Patoni, pertenecientes á los Estados de Durango y Chihuahua y que defendían el fuerte de Ingenieros, las que mandaba el general Pinzon correspondientes al Estado de Guerrero y que guarnecían el fuerte de Zaragoza, y las que obedecían al ciudadano coronel Joaquin Sánchez-Roman correspondientes al Estado de Zacatecas y que custodiaban el fuerte del Carmen.

Muchos de nuestros valientes sacrificaron en esas salidas y en las aras de la patria, su preciosa existencia. No doy aquí sus nombres, para orgullo y satisfacción de México, por no recordarlos.

En ellas también murió valerosamente, cerca de la Magdalena, el bravo coronel de guardia nacional de Zacatecas, C. Gregorio Alcántara.

El 11 los fuegos fueron bastante nutridos, y muy especialmente en la línea del Carmen á Ingenieros.

El 12 fueron mucho más nutridos, y más rudos los ataques, fuera de las murallas y durante la noche, que los días anteriores.

En la tarde de ese mismo día me coloqué, en unión del Cuartel-Maestre, sobre la torre de la Soledad, á fin de examinar y determinar los puntos por donde debía efectuarse la salida.

La oscuridad producida por el polvo, el humo y la calina, no permitieron que fijáramos con toda precisión los puntos referidos; pero por lo que respecta á mi parte, completé el plan general que me había propuesto formar y llevar á cabo.

Cuando me hallaba en la torre de la Soledad, presencié uno de tantos espectáculos tristes de los muchos que ofrecía el sitio de Zaragoza.

Multitud de familias compuestas de mujeres y niños presididas por un caballero envuelto en una capa romana y con un niño en los brazos, acosadas por el hambre, prefirieron afrontar la muerte á permanecer en la ciudad atacada.

Colocada en grupos diseminados aquella gran caravana por toda la arquería que hay del Carmen á Ingenieros, intentó pasar el cerco enemigo con la protección de algunas banderas blancas, con la que le daba la edad y sexo de las personas de que se componía distinguido todo de una manera flagrante á la luz plena del sol, y por un punto donde no había fuegos, ni podían embarazar con su salida alguna operación militar.

El ejército francés que conocía la escasez de municiones de boca y guerra que había en la plaza, quiso, como era natural, hacer más violenta la situación de aquella por todos los medios posibles. Así es, que tan luego como notó que intentaban salir del recinto fortifi-

cado las mujeres y niños de que me ocupó, rompió sus fuegos sobre ellos, de las obras de contravalación que construyera por aquel rumbo.

Las familias se replegaron á las casas de la ciudad, y poco después intentaron nuevas y repetidas salidas, tomando las señoras, en los brazos y de las manos, á sus pequeños hijos, y marchando de esta manera por los puntos más visibles de la llanura.

El ejército francés volvía de nuevo á hacer fuego sobre ellas.

Hasta las últimas horas de la tarde estuve presenciando aquel cuadro, formado de dos colores opuestos. Por una parte se veía una violenta é inusitada desesperación; por otra un cálculo indiferente, frío y glacial.

Los fuegos continuaron durante la noche con mucha actividad, sostenidos fuera de los muros, por las tropas que se hallaban en los fuertes de Ingenieros, Carmen y Zaragoza, pero muy especialmente por las de Durango y Chihuahua que defendían al primero, y cuyo fuerte era el que entonces sufría los más rudos ataques.

El enemigo había concluido enteramente las obras de contravalación.

El día 13 por la mañana el ejército sitiador hizo jugar todas sus baterías sobre el citado fuerte de Ingenieros, haciéndolo punto objetivo de sus ataques, sin dejar de hostilizar con sus proyectiles al Carmen, con el objeto, sin duda, de que este fuerte no protegiera enérgicamente al de Ingenieros.

Poco después el general Patoni me mandó decir con uno de sus ayudantes: que si le permitía hacer una salida fuera de murallas, sobre las paralelas y puntos retrincherados del enemigo.

Le contesté por la afirmativa, previniéndole solamente: que no hiciera el movimiento sino hasta la hora señalada por el cuartel general.

Mandé en el acto que se aprestaran todas las reservas de la plaza, puse á las órdenes del mismo general Patoni parte de las fuerzas que mandaba el general Negrete, y cuando todo estaba preparado, mandé decir al primero de dichos generales, que ya era hora de verificar la salida y de atacar la línea francesa.

Con el movimiento iniciado por aquel general no me propuse ha-

cer una simple aunque ruda hostilización al enemigo, ni dar por medio de él una prueba más de la valentía y arrojo de nuestros soldados, que atacaban puntos retrincherados sin abrir previamente la brecha respectiva, sino que principalmente me propuse poner en claro las potencias de sus parapetos, la colocación de sus fuerzas, y el número que de éstas defendía las obras de contravalación y puntos elegidos para sus emboscadas.

La salida se verificó en muy buen orden, y el ataque estuvo sangriento y reñido, habiendo quedado muertos, jefes, oficiales y tropa de los valientes hijos de Durango y Chihuahua, sobre el glasis de las obras francesas.

Uno de los soldados de las fuerzas que he mencionado, herido gravemente de las dos piernas, se liga las heridas con el auxilio de sus compañeros, y sosteniéndose del muro, sigue haciendo fuego sin permitir que lo quiten de su puesto. Otro cae herido, entre otros muchos, en la llanura que se interponía entre el fuerte de Ingenieros y los parapetos levantados por los sitiadores, y arrastrándose, recoge algunos cadáveres de sus compañeros, y formando con ellos una trinchera, después de haberles quitado las cartucheras, sigue haciendo fuego durante el día.

Yo mismo estuve presenciando este sublime espectáculo con el auxilio del lente, desde la cima del Palacio. Como era natural, pedí los nombres de aquellos valientes, para dejarlos consignados en mis apuntes y darlos en este parte, mas ya el Supremo Gobierno sabe los motivos que se han interpuesto á la realización de mis deseos.

No sólo las fuerzas de Durango y Chihuahua escribieron con su valor una línea en la crónica de la defensa de Puebla de Zaragoza: rasgos de tanto heroísmo como los que dejó citados, se repitieron y aún casi se hicieron comunes por soldados de los Estados de Puebla y Veracruz, de Jalisco y Aguascalientes, de México y el Distrito Federal, de Chiapas y Guerrero, de Oaxaca y Tlaxcala, de Michoacán y Querétaro, de Guanajuato y Nuevo Leon, y de San Luis y Zacatecas.

Permitame vd., señor Ministro, hacer ante el Supremo Gobierno, aunque parezca inoportuno el lugar, una mención muy especial y altamente honorífica del tan pobre y lejano Estado de Chiapas,

cuanto patriota y amante de la independencia y glorias de México. Ese Estado, y su digno gobernador, fué de los que más se distinguieron en los servicios prestados al ejército de Oriente.

Concluida esta digresión, sigo el orden cronológico de los acontecimientos.

Los fuertes atacados habían consumido las municiones de guerra que había en nuestros almacenes; y por esto di orden reservadamente al comandante general de artillería, que de los repuestos de los fuertes que no estaban atacados, se surtieran los fuertes que lo estaban, dejando á los primeros una dotación de veinticinco tiros por pieza.

Es de advertir, que ya una gran parte de nuestra artillería estaba completamente inútil, por haber concluido en lo absoluto las municiones que correspondían al calibre de las piezas que se pusieron en receso.

Las causas que justificaban esta medida no podían revelarse, y por lo mismo ella produjo una alarma en algunos de los defensores de los fuertes.

El general Gayosso me dirigió una comunicación con el carácter de muy urgente, en la que, con términos comedidos y respetuosos propios de un veterano subordinado, como lo es Gayosso, me manifestaba: que no era ni podía ser responsable de la suerte que tuviera que correr el fuerte de Guadalupe, cuando las pocas piezas con que estaba artillado quedaban reducidas á una dotación tan insignificante y miserable que no bastaba para sostener dos horas de fuego.

En contestación mandé decir al citado general, verbal y reservadamente, que la medida ántes dicha, la motivaba un pensamiento que en general afectaba á todo el Cuerpo de ejército y necesitaba poner en práctica, y que estuviera tranquilo por lo que respectaba á su responsabilidad, porque como soldado no tenía otra que estar, como lo había hecho desde el principio del asedio, con pocos ó muchos elementos de guerra, en el punto que se le designara.

Las señas que esperaba del señor general Comonfort para que me indicara la recepción de mi carta, no habían llegado á aparecer.

Los fuegos, con muy pocos intervalos, continuaron con mucha fuerza durante la noche de ese día.

A las seis de la mañana del día 14 el enemigo los rompió de un modo sumamente nutrido con todas sus baterías, sobre el fuerte de Ingenieros. Este fuerte contestó vigorosamente, como lo había estado haciendo.

Ese mismo día celebré con el general francés un armisticio, el que tuvo por objeto levantar los cadáveres pertenecientes á nuestro Cuerpo de ejército, que se hallaban tirados sobre la llanura y al pié de los parapetos del enemigo.

La noche de ese día era la que yo tenía señalada para romper el cerco, pero ni había recibido contestacion alguna del general Comonfort, ni habían aparecido tampoco las señas que le dije pusiera para indicarme que mi carta no había sufrido extravío, no obstante haber sido tres los correos que mandé por distintos rumbos y á distintas horas, conduciendo aquel importante pliego.

Todo esto me demostraba, aunque de una manera dudosa, que el general Comonfort no había recibido mi carta, que ésta había caído en poder de los sitiadores, y que ellos por medio de su lectura se habían impuesto de mis planes y proyectos.

Esto no obstante, creí que dentro de poco vería desvanecidos mis temores, y esperé en consecuencia la contestacion ó las señas, para disponer el movimiento de la plaza.

La noche se pasó sin que se recibiera la primera ni se observaran las segundas.

Los fuegos continuaron durante toda ella, con la misma fuerza que los días anteriores.

Nuestras municiones de guerra iban acabando del todo.

El día anterior, ó el 12, según recuerdo, se me vendió una cantidad de trigo, por el C. coronel Joaquin Colombres, cuya existencia no había llegado á conocimiento del referido coronel, según me manifestó, sino hasta la hora en que me hiciera la venta.

Estos granos se encontraban en un punto inmediato á otro ocupado por los franceses; así es que fué necesario que las fuerzas de Zacatecas hicieran repetidas salidas del Cármen durante la noche,

para conservar el punto en que se hallaba el depósito y poder trasladarlo al interior de la plaza.

Dispuse que aquel trigo, que se componía de ménos de mil cargas, se consumiera de este modo; que se vendieran seiscientas para los habitantes de Zaragoza, y que se dejara el resto para que pudieran vivir dos ó tres días más, el Cuerpo de ejército de Oriente.

Este hallazgo, que así puedo llamarlo, atenuó en parte la angustiada situacion de la ciudad y de sus defensores por falta de víveres.

Entre cinco y seis de la mañana del 15, el enemigo rompió de nuevo el fuego de sus baterías sobre el fuerte de Ingenieros. Éste volvió á contestar con el mismo vigor con que lo había estado haciendo; otro tanto hicieron en su auxilio los del Cármen y Zaragoza.

Después de haber pasado aquel fuerte cañoneo, me dió parte reservadamente el comandante general de artillería, que los cartuchos para tiros de cañon estaban al concluir, y que la pólvora con que se construían había acabado enteramente.

Ni uno sólo de los correos que había mandado al señor general Comonfort daba la vuelta todavía.

Las señas no se observaban sobre la cúspide del cerro, no obstante estar distiguiéndose perfectamente éste, por lo limpio de la atmósfera.

En atencion á todo esto, mandé citar una junta de guerra, á la que concurrieron los generales Mendoza, Paz, Berriozábal, Negrete, Antillon, Alatorre, Llave y Mejía.

Reunidos estos señores, les hice presente, de una manera suscita, la situacion en que se hallaba la plaza; los medios de que se había valido el cuartel general para la introduccion de víveres desde el principio del asedio; las fuerzas que con este objeto había hecho salir de la ciudad, de las que no había vuelto ni la más pequeña fraccion, porque quedaron agregadas, por disposicion superior, al Cuerpo de ejército del Centro; la resolucion que había tomado para salir de la plaza, así como el contenido de las cartas que con el mismo objeto dirigí al general Comonfort, de las que no había recibido hasta entónces contestacion alguna; y finalmente les manifesté, cuáles eran las instrucciones que últimamente había recibido del Gobierno

en las que se me prevenía, que cuando le faltaran municiones á la plaza, de boca y guerra, ó alguno de estos dos elementos, rompiera el cerco para salvar todo el material de guerra posible, y muy especialmente al personal del Cuerpo de ejército de mi mando; pero que se ponía como una condicion prévia en las mismas instrucciones, la de que cuando fuera indispensable practicar esta operacion, concu- rrieran ambos Cuerpos de ejército, y que cumpliendo por mi parte, con el contenido de ellas, había hecho salir de la plaza, en esos dias, algunos correos, de los que hasta esa hora, no había dado la vuelta uno sólo, y que en consecuencia, ignoraba aún el punto donde pu- diera hallarse el Cuerpo de ejército del Centro: concluía con pedir la opinion de cada uno de dichos generales.

Hubo una larga discusion respecto de la conveniencia de que la plaza no capitulara, de lo remoto que era que el general Forey con- cediera á los defensores de ella, salir de sus muros con todos los honores de guerra y con los elementos que poseían y habían sabido conservar.

Como una explicacion á las dudas que suscitaban aquellos argu- mentos y otros que se adujeron, relativos al mismo objeto, contesté del modo siguiente: que nada importaba que el general Forey con- cediera ó no concediera la salida de la plaza al Cuerpo de ejército de Oriente; porque el honor de éste y el de la República, objeto úni- co porque se había peleado y por el que yo había hecho que permanecieran nuestras tropas hasta ese dia sobre las murallas de Zara- goza; se salvaría de todas maneras. Porque si el general francés se negaba conceder la salida á los defensores de la plaza, con los hono- res correspondientes, estaba yo resuelto á mandar romper toda la artillería, para lo que tenía ya dadas las órdenes respectivas, á des- truir todo el armamento, á disolver al Cuerpo de ejército de Orien- te, á entregar prisionero y sin garantías al cuadro de generales, je- fes y oficiales, y á decirle al general francés: que los defensores de Zaragoza habían llenado sus deberes, defendiendo la plaza hasta donde humanamente había sido posible, y que cuando ya no podían hacerlo, con la conciencia tranquila por la bondad de la causa que defendían, con la frente erguida y sin esquivar la muerte, se entre- gaban á discrecion.

Les dije tambien: que este proyecto lo realizaría, si contaba, co- mo creía contar, con generales y soldados patriotas y subordinados.

El general Llave, con esa elocuente vehemencia que produce el sentimiento pátrio en una alma sublime y de fuego, dijo, al escu- char mis palabras: *Yo soy el primero que sigo á vd. por ese hon-roso camino.*

La opinion que me dieron todos los generales de que se había compuesto la junta de guerra, fué: *que en el estado en que se ha- llaba la plaza, era conveniente que yo entrara en pláticas con el general en jefe del ejército sitiador, con el objeto de conseguir, siempre que fuera de un modo honroso, la salida del Cuerpo de ejército de Oriente, de la ciudad de Zaragoza.*

En extracto se hizo constar en una acta, cuya redaccion encar- gué al señor general Mendoza, todo lo que se creyó por más conve- niente de las razones y argumentos que se expusieron en la junta.

Al presentarse la minuta á fin de saber si se aprobaba ó no, los generales Berriozábal y Llave, pidieron, que á una de las proposi- ciones con que concluía la acta, y en la que se decía que era con- veniente que el general en jefe del Cuerpo de ejército de Oriente entrara en pláticas con el general en jefe del ejército sitiador, etc., se le agregaran estos conceptos: *que opinaban de esta manera, por- que no se había dispuesto la salida del Cuerpo de ejército de Orien- te en tiempo oportuno.*

Mandé que la proposicion quedara reformada en esos términos; porque constando en ella la opinion de los referidos generales, de- bía escribirse en la forma y con las palabras que estimaran por conveniente.

Los generales Mendoza, Paz y Mejía, al recogerseles la firma y antes de ella, escribieron esta nota ó razon: *Estamos conformes con el contenido de esta acta, excepto con las frases que se han agregado á la proposicion que se reformó, porque jamas hemos creído que ha habido un dia en que haya sido oportuno que salga de la plaza abandonándola, el Cuerpo de ejército de Oriente.*

El general Berriozábal opinó porque diera en el acto poderes al general Mendoza, para que fuera á arreglarse con el general Forey, propuesta que no admití, diciéndole: que no comprometería en lo

en las que se me prevenía, que cuando le faltaran municiones á la plaza, de boca y guerra, ó alguno de estos dos elementos, rompiera el cerco para salvar todo el material de guerra posible, y muy especialmente al personal del Cuerpo de ejército de mi mando; pero que se ponía como una condicion prévia en las mismas instrucciones, la de que cuando fuera indispensable practicar esta operacion, concu- rrieran ambos Cuerpos de ejército, y que cumpliendo por mi parte, con el contenido de ellas, había hecho salir de la plaza, en esos dias, algunos correos, de los que hasta esa hora, no había dado la vuelta uno sólo, y que en consecuencia, ignoraba aún el punto donde pu- diera hallarse el Cuerpo de ejército del Centro: concluía con pedir la opinion de cada uno de dichos generales.

Hubo una larga discusion respecto de la conveniencia de que la plaza no capitulara, de lo remoto que era que el general Forey con- cediera á los defensores de ella, salir de sus muros con todos los honores de guerra y con los elementos que poseían y habían sabido conservar.

Como una explicacion á las dudas que suscitaban aquellos argu- mentos y otros que se adujeron, relativos al mismo objeto, contesté del modo siguiente: que nada importaba que el general Forey con- cediera ó no concediera la salida de la plaza al Cuerpo de ejército de Oriente; porque el honor de éste y el de la República, objeto úni- co porque se había peleado y por el que yo había hecho que permanecieran nuestras tropas hasta ese dia sobre las murallas de Zara- goza; se salvaría de todas maneras. Porque si el general francés se negaba conceder la salida á los defensores de la plaza, con los hono- res correspondientes, estaba yo resuelto á mandar romper toda la artillería, para lo que tenía ya dadas las órdenes respectivas, á des- truir todo el armamento, á disolver al Cuerpo de ejército de Orien- te, á entregar prisionero y sin garantías al cuadro de generales, je- fes y oficiales, y á decirle al general francés: que los defensores de Zaragoza habían llenado sus deberes, defendiendo la plaza hasta donde humanamente había sido posible, y que cuando ya no podían hacerlo, con la conciencia tranquila por la bondad de la causa que defendían, con la frente erguida y sin esquivar la muerte, se entre- gaban á discrecion.

Les dije tambien: que este proyecto lo realizaría, si contaba, co- mo creía contar, con generales y soldados patriotas y subordinados.

El general Llave, con esa elocuente vehemencia que produce el sentimiento pátrio en una alma sublime y de fuego, dijo, al escu- char mis palabras: *Yo soy el primero que sigo á vd. por ese hon-roso camino.*

La opinion que me dieron todos los generales de que se había compuesto la junta de guerra, fué: *que en el estado en que se ha- llaba la plaza, era conveniente que yo entrara en pláticas con el general en jefe del ejército sitiador, con el objeto de conseguir, siempre que fuera de un modo honroso, la salida del Cuerpo de ejército de Oriente, de la ciudad de Zaragoza.*

En extracto se hizo constar en una acta, cuya redaccion encar- gué al señor general Mendoza, todo lo que se creyó por más conve- niente de las razones y argumentos que se expusieron en la junta.

Al presentarse la minuta á fin de saber si se aprobaba ó no, los generales Berriozábal y Llave, pidieron, que á una de las proposi- ciones con que concluía la acta, y en la que se decía que era con- veniente que el general en jefe del Cuerpo de ejército de Oriente entrara en pláticas con el general en jefe del ejército sitiador, etc., se le agregaran estos conceptos: *que opinaban de esta manera, por- que no se había dispuesto la salida del Cuerpo de ejército de Orien- te en tiempo oportuno.*

Mandé que la proposicion quedara reformada en esos términos; porque constando en ella la opinion de los referidos generales, de- bía escribirse en la forma y con las palabras que estimaran por conveniente.

Los generales Mendoza, Paz y Mejía, al recogerseles la firma y antes de ella, escribieron esta nota ó razon: *Estamos conformes con el contenido de esta acta, excepto con las frases que se han agregado á la proposicion que se reformó, porque jamas hemos creído que ha habido un dia en que haya sido oportuno que salga de la plaza abandonándola, el Cuerpo de ejército de Oriente.*

El general Berriozábal opinó porque diera en el acto poderes al general Mendoza, para que fuera á arreglarse con el general Forey, propuesta que no admití, diciéndole: que no comprometería en lo

más mínimo el honor de México, solicitando ó pretendiendo algo del general francés; y que otros eran los medios de que iba á valerme para saber la opinion de aquel general.

He notado, señor Ministro, que se ha extraviado la opinion en México y en Europa, sin más fundamento que la salida que hizo de la plaza el 16, hacia el campo francés, el general Mendoza, diciéndose: que yo he mandado pedir al general Forey que me concediera salir de la plaza con todo el Cuerpo de ejército de Oriente, con los honores respectivos.

Esto no es exacto, porque aunque lo pretendiera no lo pedí.

El mismo general Forey en una conferencia que tuvo ese dia, según recuerdo, con mi ayudante Tognio, le dijo: "He celebrado una junta de generales, relativa á la situacion de la plaza, á la que no he querido que concurre Márquez, y en la que se han hecho valer algunas palabras de las que ha vertido vd. intencionalmente y quizá con instrucciones del general Ortega, en las conferencias que hemos tenido. Digale, pues, á dicho general, que me proponga con franqueza todo lo que estime por justo y conveniente y que sea decoroso á ambos ejércitos."

Jamas le propuse cosa alguna, no obstante aquella nueva oferta. No ha habido, pues, respecto de esto, sino lo siguiente:

Levantada la acta y vista la opinion de los generales, yo mismo escribí una comunicacion dirigida al general Forey, y que puse en manos del general Mendoza, concebida en estos términos:

Pasa el señor general Mendoza, Cuartel-Maestre de este Cuerpo de ejército, con los poderes respectivos, á tener una conferencia con V. E. para arreglar un armisticio.

Esta es la sustancia del documento á que aludo, y aún creo que muy poco discrepa, respecto de su redacción el que inserto, del autógrafo que se halla en poder del general Forey.

Al entregar al general Mendoza la nota citada que llevaba la fecha del dia siguiente, le di estas instrucciones.

La salida de vd. de esta plaza hacia el cuartel general del ejército francés, no la verificará sino hasta mañana 16 del corriente, y despues de que hayan pasado los ataques que probablemente sufri-

rá la plaza en las primeras horas del dia. Cuando se halle vd. con el general Forey le entrega este pliego y le manifiesta: que va á arreglar los términos en que deba celebrarse un armisticio, caso que convenga en ello. En el curso de la conferencia pregúntele vd., procurando indicarle que no va autorizado para hacerle tal interrogacion, que caso de que se llegara á un arreglo, si convendría que los defensores de la plaza salieran de ella con todo su armamento y con todos los honores de guerra, recibiendo en cambio, el ejército francés la ciudad que no habia podido tomar. Le dije por último: que mucho esperaba de él, respecto del tino y acierto con que me prometía iba á tratar este negocio, aunque no creía obtener por este medio un buen resultado, y que si me ocupaba de esas negociaciones era porque esta era la opinion, bien respetable de nuestros generales, y porque si nada se conseguía con ellas, nada se perdía tampoco, porque estaba absolutamente resuelto á que el sitio concluyera de una manera noble y digna.

La noche del dia 15, las tropas que defendían los fuertes del Carmen é Ingenieros, tuvieron que hacer repetidas salidas para impedir el avance de los trabajos del enemigo, y para disputarle algunas sinuosidades del terreno que se halla frente de la Magdalena.

A la una de la noche una fuerza francesa desalojó á una pequeña avanzada de las tropas de Zacatecas, de una casa que se halla frente del Carmen y del molino que lleva este nombre.

A esa misma hora le mandé la orden al general Alatorre, de que recuperara de cualquiera modo el punto perdido, pues de lo contrario, al dia siguiente, nos causarían desde él muchos daños los franceses. Antes de amanecer me dió parte aquel general, por medio de uno de sus ayudantes, que el punto citado estaba de nuevo en nuestro poder.

La noche volvió á pasarse sin que regresaran los correos ni se observaran las señas.

El 16, á las primeras luces de la mañana, el enemigo rompió de nuevo el fuego de sus baterías, sobre los fuertes de Ingenieros y el Carmen, y sobre la ciudad. El primero, que habia reparado en la noche los destrozos que se le hicieron en los dias anteriores, volvió á contes tar con la misma energia con que lo habia estado haciendo.

Los fuertes del Cármen y Zaragoza, hicieron lo mismo para proteger al primero y para contestar á su vez.

Los pelotones de artilleros muertos y heridos en los fuertes de Ingenieros y el Cármen, se repusieron todas las veces que fué necesario.

Cuando cesaron los fuegos, sin que el enemigo lograra dar un paso debido á sus ataques, salió el general Mendoza con dos de mis ayudantes, á desempeñar su comision.

Tengo que hacer una advertencia. La noche del 15 me dijo el citado general Mendoza, despues de recibidas las instrucciones de que he hecho mencion: "Deseo saber si puedo hacer uso, como diplomático, del nombre de vd., con el objeto de aprovecharme ingeniosamente de todo aquello que pueda ser útil á la República y á nuestro ejército."

Mi contestacion fué decirle: que lo autorizaba para que hiciera uso de mi nombre en todo aquello que no desdijera en lo más mínimo la lealtad con que servía á mi patria y al Gobierno legítimo de México.

"Sería indigno de mí como caballero, dijo al oír mis palabras, valerme del nombre de vd. para presentarlo como desleal y mal mexicano."

El día 16 volvió á pasarse sin que se observaran las señas ni volvieran los correos.

A las últimas horas de la tarde regresó á la plaza, despues de haber desempeñado su comision, el general Mendoza, y me dió verbalmente el informe que sigue:

"Hablé con el general Forey y con el jefe de su Estado Mayor. Como es natural, está al corriente de la situacion en que se halla la plaza por falta de municiones de boca y guerra, y por esto me ha dicho, que no puede celebrar el armisticio que vd., por mi conducto, le propuso: que cualquier arreglo ó conferencia que vd. quiera tener con él, debe ser sin perjuicio de los ataques que está dando á la plaza y que se propone no interrumpir.

"Me dijo tambien, despues de algunas explicaciones: ¿Qué pretendería el general Ortega para entregar la plaza?"

"El general Ortega, le respondi, pretendría salir de ella con los

elementos de guerra que posee y con todos los honores militares, esto es, con tambor batiente, banderas desplegadas, mecha encendida, y en actitud la artillería de entrar en combate, y dirigirse luego, con el Cuerpo de ejército que manda, á la capital de la República, terminando con su llegada á aquella ciudad, toda clase de compromiso, y quedando en consecuencia, en libertad para continuar la guerra que sostiene México contra la Francia."

"Su respuesta á los precedentes conceptos fué la siguiente:

"¡Oh! Todo concederé al general Ortega, ménos que queden en actitud las tropas que manda, de continuar la guerra contra la Francia; porque esto no importará otra cosa que cambiar de posiciones los ejércitos beligerantes, pues estoy muy seguro que ántes de diez días tendría de nuevo en batalla, contra las huestes francesas, al ejército que tanta guerra me ha dado defendiendo los muros de esta ciudad. Dígame por lo mismo al general Ortega, que si pretende algo, me lo proponga para entendernos, y que lo que puedo concederle, ademas de los honores militares, muy justos y merecidos, de que vd. me habla, será: que permanezca neutral el ejército que manda, inter termina la cuestion que hay pendiente entre la Francia y el personal de D. Benito Juárez; pero que áun para ésto necesito oír la opinion de mis generales, á cuya deliberacion sujetaré las proposiciones que me haga el citado general Ortega."

"Cuando concluyó de hablar el general Forey, me dijo el jefe de su Estado Mayor: *el general Ortega debe estar seguro, si pretende una capitulacion, de que se concederán á los defensores de la plaza todos los honores y todas las garantias que merecen; de lo contrario, debe estarlo tambien de que los prisioneros que se hagan en la plaza cuando ésta caiga en nuestro poder, caso de que sus defensores rompan su armamento como vd. lo acaba de indicar, quedarán sin garantía alguna, y serán en consecuencia, deportados á la Martinica.*"

"Oído lo expuesto por el general Forey, dijo, con bastante vehemencia y energía, y en tono de desaprobacion á los conceptos emitidos por el jefe de su Estado Mayor: *yo deporto á la Martinica á*

los ladrones, á los bandidos, pero no á oficiales valientes como los de que se compone la guarnicion que defiende á Puebla."

Esto es, en verdad, señor Ministro, lo que ha pasado, respecto de la salida de la plaza del general Mendoza, y conferencia que tuvo con el general en jefe del ejército frances.

Oido el informe que me diera el Cuartel-Maestre del Cuerpo de ejército de mi mando, cité una junta de guerra para la noche de ese mismo dia, 16 de Mayo, á la que concurren los generales que se hallaron en la precedente, y ademas los generales D. Porfirio Díaz, D. Pedro Hinojosa y no recuerdo cuáles otros.

El Cuartel-Maestre no asistió por encontrarse quebrantada su salud.

Cuando se hallaban reunidos estos señores, pregunté en presencia de ellos al comandante general de artillería, el estado que guardaban nuestras municiones de guerra, y me contestó: que en los ataques que se sostuvieron ese dia, se consumieron aún los cartuchos que contenian una triple carga, y que por disposicion mia, habian estado preparados para romper nuestras piezas; pero que si se recogian las municiones de esta arma que habia en todos los fuertes, reconcentrándolas á los de Ingenieros y el Carmen, éstos podrian sostener todavía un fuego de dos ó tres horas, y que pasando este tiempo, nuestras municiones de guerra habrian concluido absolutamente.

Oida la respuesta del general Paz, le previne que saliera en el acto de la junta, á fin de que personalmente dispusiera todo lo que fuera indispensable para preparar de nuevo los cartuchos con que debía romperse la artillería.

En seguida manifesté á los referidos generales, el contenido del informe que me diera el general Mendoza, respecto de la comision que llevó cerca del general Forey: diciéndoles ademas, que en atencion al estado de nuestras municiones de boca y guerra, la plaza ya no podría sostenerse al dia siguiente; y que, como era natural, el enemigo debía estar en acecho de la hora en que aquellas concluyeran absolutamente, para apoderarse, sin pérdidas ni dificultades, de la ciudad, cuyos muros no habia podido tomar cuando sus defensores quedaban con unos cuantos elementos de guerra.

Que yo era el responsable de aquella situacion; situacion que habia deseado la hora en que llegara, y cuya responsabilidad aceptaba con satisfaccion ante el Gobierno, ante la República y ante el mundo; porque con la prolongacion de la defensa de Puebla de Zaragoza, se habia salvado el honor de las armas de México y el correspondiente al Cuerpo de ejército que tenia el orgullo de mandar, aunque para ello tuvieran que perderse unos cuantos elementos físicos, que repetía por la centésima vez, que poco ó nada valian al lado de otros intereses más caros para México.

Que dejando, pues, al Gobierno y la República el juicio y calificacion de mi conducta, debiamos ocuparnos sólo de las emergencias del momento.

Que dos caminos quedaban únicamente para que concluyera de un modo honroso el sitio de Zaragoza.

Romper el cerco saliendo de la plaza el Cuerpo de ejército de Oriente, con toda la majestad de un ejército que no huye: ó disolver nuestros batallones, romper nuestro armamento ó inutilizar los miserables restos de nuestros almacenes y polvorines, y que cuando esto estuviera concluido, entregarse prisionero el cuadro de generales, jefes y oficiales, para que asesinara á las personas de que se componía, ó para que dispusiera de ellas á su arbitrio el sitiador.

Que yo estaba por esta última medida, porque la creía más decorosa al honor de México; y mas cuando para adoptar la primera habia dificultades militares insuperables de realizar, siempre que la salida no llevara el carácter de una fuga; porque faltaban caminos para emprender la salida; porque nuestra artillería movible carecia de la potencia necesaria para abrir brechas en los parapetos levantados por el enemigo; porque ya no habia las municiones suficientes para romper el sitio y sostener una ó dos batallas campales que procuraría darnos el enemigo, cuando nos viera al otro lado de su linea y en direccion á México, Tlaxcala, Izúcar ó Acatzingo; y porque no contábamos fuera de la plaza, con auxiliar alguno, que se ocupara aunque fuera simplemente de llamar la atencion del enemigo, pues que ignoraba hasta esa hora, el paradero del Cuerpo de ejército del Centro.

Dije por último: que aceptaría el medio de la salida de la plaza,

siempre que la mayoría de los generales opinara por él, y que así lo haríamos constar en una acta, pues quería dejar, á los que opinaban de esta manera, la gloria de haber iniciado este pensamiento, y la gloria tambien de sus resultados, pues por mi parte, no quería aceptar sino la responsabilidad de una ejecucion del mismo pensamiento.

Hubo una larga discusion sobre ambos proyectos, opinando algunos de nuestros generales por la salida.

Se rectificaron algunas explicaciones de las que se habían dado con anticipacion, y se amplificaron otras, y quedó uniformada la opinion, votando todos por la rendicion de la plaza, en los términos que dejo reseñados.

Segun recuerdo, el general D. Pedro Hinojosa no cambió del parecer que había manifestado desde el principio, respecto de la salida del Cuerpo de ejército de Oriente.

Otros de los generales que opinaban de la misma manera, entre los que recuerdo á los señores Berriozábal y Díaz, manifestaron: que modificaban su voto y se adherían al plan que acababa de adoptarse, porque así pensaba la mayoría de sus compañeros.

En el curso de la discusion y al dar su parecer el general Negrete, un arranque de exaltacion y de patriotismo lo hizo expresarse en estos términos:

“Yo opino porque nuestro general en jefe admita la proposicion que le hace el general Forey, de que salga nuestro Cuerpo de ejército de la plaza y que permanezca neutral inter termina la cuestion habida entre Francia y México; y que una vez colocado nuestro Cuerpo de ejército fuera de Zaragoza, falte á los compromisos que se contraiga, haciendo la guerra al ejército francés, así como éste faltó de una manera escandalosa á los convenios celebrados en la Soledad; porque quien ha faltado á su palabra de caballero, rompiendo pactos solemnes, ya no tiene derecho para que se le guarden las consideraciones que á un enemigo pundonoroso y leal á sus compromisos.”

Aún no acababa el general Negrete de verter esas frases, que como he dicho, se las arrancaba un arrebato de exaltacion y un sentimiento de patriotismo, cuando ya el general Berriozábal y sus compañeros habían manifestado su desaprobacion.

Por lo que á mí toca, manifesté: que no aprobaba la proposicion del general Negrete, porque la falta cometida por el ejército francés al romper la convencion de la Soledad, rompiendo con ella su dignidad y la fé de su palabra, y sobre cuyos hechos se ocuparía la historia y la opinion pública, no me autorizaban para cometer una falta de esa misma naturaleza, falta que reprobaba el Gobierno de la República, y muy especialmente el pueblo mexicano.

Era entre la una y dos de la noche la hora en que concluía sus trabajos la junta.

A esa misma hora redacté la orden, en presencia de los mismos generales, en que señalaba los términos y modo con que debía rendirse la plaza, para lo que me llevó la pluma el señor general Paz.

Hé aquí el documento que cito:

“Orden general del Cuerpo de ejército de Oriente, del dia 17 de Mayo de 1863, á la una de la mañana.

“No pudiendo seguir defendiéndose la guarnicion de esta plaza, por la falta absoluta de víveres y por haber concluido las existencias de municiones que tenía, á extremo de no poder sostener hoy los ataques que probablemente le dará el enemigo á las primeras luces del dia, segun las posiciones y puntos que ocupa, y conocimiento que tiene de la situacion en que se halla esta plaza; oído además por el señor general en jefe el parecer de muchos de los señores generales que forman parte de este ejército, cuya opinion va de absoluta conformidad con el contenido de esta orden, dispone el mismo señor general en jefe: que para salvar el honor y decoro del Cuerpo de ejército de Oriente y de las armas de la República, de las cuatro á las cinco de la mañana de hoy, se rompa todo el armamento que ha servido á las divisiones durante la heroica defensa que han hecho de esta plaza, y cuyo sacrificio exige la patria de sus buenos hijos, para que dicho armamento no pueda, bajo ningun aspecto, utilizarlo el ejército invasor.—A la misma hora el señor comandante general de artillería, dispondrá que se rompan todas las piezas con que está armada esta plaza.

“A la hora ya citada, esto es, de las cuatro á las cinco de la mañana, los señores generales que mandan divisiones, á cuyo celo y

DEFENSA.—19.

siempre que la mayoría de los generales opinara por él, y que así lo haríamos constar en una acta, pues quería dejar, á los que opinaban de esta manera, la gloria de haber iniciado este pensamiento, y la gloria tambien de sus resultados, pues por mi parte, no quería aceptar sino la responsabilidad de una ejecucion del mismo pensamiento.

Hubo una larga discusion sobre ambos proyectos, opinando algunos de nuestros generales por la salida.

Se rectificaron algunas explicaciones de las que se habían dado con anticipacion, y se amplificaron otras, y quedó uniformada la opinion, votando todos por la rendicion de la plaza, en los términos que dejo reseñados.

Segun recuerdo, el general D. Pedro Hinojosa no cambió del parecer que había manifestado desde el principio, respecto de la salida del Cuerpo de ejército de Oriente.

Otros de los generales que opinaban de la misma manera, entre los que recuerdo á los señores Berriozábal y Díaz, manifestaron: que modificaban su voto y se adherían al plan que acababa de adoptarse, porque así pensaba la mayoría de sus compañeros.

En el curso de la discusion y al dar su parecer el general Negrete, un arranque de exaltacion y de patriotismo lo hizo expresarse en estos términos:

“Yo opino porque nuestro general en jefe admita la proposicion que le hace el general Forey, de que salga nuestro Cuerpo de ejército de la plaza y que permanezca neutral inter termina la cuestion habida entre Francia y México; y que una vez colocado nuestro Cuerpo de ejército fuera de Zaragoza, falte á los compromisos que se contraiga, haciendo la guerra al ejército francés, así como éste faltó de una manera escandalosa á los convenios celebrados en la Soledad; porque quien ha faltado á su palabra de caballero, rompiendo pactos solemnes, ya no tiene derecho para que se le guarden las consideraciones que á un enemigo pundonoroso y leal á sus compromisos.”

Aún no acababa el general Negrete de verter esas frases, que como he dicho, se las arrancaba un arrebato de exaltacion y un sentimiento de patriotismo, cuando ya el general Berriozábal y sus compañeros habían manifestado su desaprobacion.

Por lo que á mí toca, manifesté: que no aprobaba la proposicion del general Negrete, porque la falta cometida por el ejército francés al romper la convencion de la Soledad, rompiendo con ella su dignidad y la fé de su palabra, y sobre cuyos hechos se ocuparía la historia y la opinion pública, no me autorizaban para cometer una falta de esa misma naturaleza, falta que reprobaba el Gobierno de la República, y muy especialmente el pueblo mexicano.

Era entre la una y dos de la noche la hora en que concluía sus trabajos la junta.

A esa misma hora redacté la orden, en presencia de los mismos generales, en que señalaba los términos y modo con que debía rendirse la plaza, para lo que me llevó la pluma el señor general Paz.

Hé aquí el documento que cito:

“Orden general del Cuerpo de ejército de Oriente, del dia 17 de Mayo de 1863, á la una de la mañana.

“No pudiendo seguir defendiéndose la guarnicion de esta plaza, por la falta absoluta de víveres y por haber concluido las existencias de municiones que tenía, á extremo de no poder sostener hoy los ataques que probablemente le dará el enemigo á las primeras luces del dia, segun las posiciones y puntos que ocupa, y conocimiento que tiene de la situacion en que se halla esta plaza; oído además por el señor general en jefe el parecer de muchos de los señores generales que forman parte de este ejército, cuya opinion va de absoluta conformidad con el contenido de esta orden, dispone el mismo señor general en jefe: que para salvar el honor y decoro del Cuerpo de ejército de Oriente y de las armas de la República, de las cuatro á las cinco de la mañana de hoy, se rompa todo el armamento que ha servido á las divisiones durante la heroica defensa que han hecho de esta plaza, y cuyo sacrificio exige la patria de sus buenos hijos, para que dicho armamento no pueda, bajo ningun aspecto, utilizarse el ejército invasor.—A la misma hora el señor comandante general de artillería, dispondrá que se rompan todas las piezas con que está armada esta plaza.

“A la hora ya citada, esto es, de las cuatro á las cinco de la mañana, los señores generales que mandan divisiones, á cuyo celo y

DEFENSA.—19.

patriotismo queda encomendado el cumplimiento de esta orden, así como los que mandan brigadas, disolverán todo el ejército, manifestando á los soldados que con tanto valor, abnegacion y sufrimientos, defendieron la ciudad, que esta medida, que se toma porque así lo marcan las leyes de la guerra y de la necesidad, no los excluye de seguir prestando sus servicios al suelo en que nacieron: y que por lo mismo, el citado señor general en jefe, se promete que cuanto ántes se presentarán al Supremo Gobierno, para que en torno suyo sigan defendiendo el honor de la bandera mexicana, á cuyo efecto se les deja en absoluta libertad y no se les entrega en manos del enemigo.

“Los señores generales, jefes, oficiales y tropa de que se compone este ejército, deben estar orgullosos de la defensa que han hecho de esta plaza, y que si ella va á ser ocupada, es debido, no al poder de las armas francesas, sino á la falta de víveres y municiones, como lo demuestra el hecho de que hasta esta hora, toda ella con sus respectivos fuertes, se halla en poder del ejército de Oriente; á excepción del fuerte de San Javier y unas cuantas manzanas de una de las orillas de la ciudad.

“A las cinco y media de la mañana se tocará parlamento y se izará una bandera blanca en cada uno de los fuertes y en cada una de las manzanas y calles que dan frente á las manzanas y calles que ocupa el enemigo.

“A la misma hora estarán presentes los señores generales, jefes y oficiales de este ejército en el Atrio de Catedral y Palacio de Gobierno, para rendirse prisioneros: en el concepto que respecto de este punto, el general en jefe no pedirá garantías de ninguna clase para los prisioneros; y por lo mismo, los señores generales, jefes y oficiales ya citados, quedan en absoluta libertad para elegir lo que crea más conveniente á su propio honor de militares y á los deberes que se han contraído para con la nacion.—Los caudales que existen en la comisaría se repartirán proporcionalmente entre la clase de tropa.

“De orden del señor general en jefe.—El Cuartel-Maestre general.—*Mendoza.*”

Tomaron razon de la misma orden los generales que mandaban divisiones y el comandante general de artillería, de las horas en que debía disolverse nuestro Cuerpo de ejército, y romperse el armamento.

Despues escribí la comunicacion que dirigí al general Forey, y que trascribí al Ministerio de la Guerra, para conocimiento del ciudadano Presidente de la República.

Inserto en seguida ese documento:

“Cuerpo de ejército de Oriente.—General en jefe.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—Con esta fecha, y ahora que son las cuatro de la mañana, digo al general en jefe del ejército francés lo siguiente:

“Señor general:—No siéndome ya posible seguir defendiendo esta plaza por la falta de municiones y víveres, he disuelto el ejército que estaba á mis órdenes y roto su armamento, inclusa toda la artillería.

“Queda, pues, la plaza á las órdenes de V. E., y puede mandarla ocupar, tomando, si lo estima por conveniente, las medidas que dicta la prudencia, para evitar los males que traería consigo una ocupacion violenta, cuando ya no hay motivo para ello.

“El cuadro de generales, jefes y oficiales de que se compone este ejército, se halla en el Palacio del Gobierno, y los individuos que lo forman, se entregan como prisioneros de guerra. No puedo, señor general, seguir defendiéndome por más tiempo; si pudiera, no dude V. E. que lo haría.

“Acepte V. E. etc.

“Lo que trascribo á vd. para conocimiento del Magistrado Supremo de la República, á quien espero se servirá vd. manifestar: que el ejército, cuyo mando tuvo á bien encomendarme, se defendió cual correspondía al honor y decoro de la República, y que habría continuado haciéndolo, si no se hubiera interpuesto para verificarlo, una absoluta imposibilidad física, pues hace dias que había consumido todos sus víveres y las pocas municiones que le quedaban, en los rudos ataques que sufrió últimamente y en los que afortunadamente no perdió un sólo reducto.

“Creo, señor Ministro, haber llenado los deseos del Gobierno Su-

premo, y cumplido con los deberes que me imponían el honor y el encargo que se me confirió; más si así no fuere, con gusto me sujetaría á un juicio tan luego como quede en libertad, pues dentro de algunas horas estaré ya con el carácter de prisionero.

"Libertad y Reforma. Cuartel general en Zaragoza, Mayo 17 de 1863.—*J. G. Ortega*.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—México." (1)

Al entregar las minutas al secretario del cuartel general, al tan modesto cuanto valiente y pundonoroso coronel, C. Jesus Loera, y al imponerse de ellas, noté que su voz se entrecortaba, y que una lágrima apareció en sus párpados. Eran los efectos de dos sentimientos contrarios: el despecho por la rendición de la plaza; la satisfacción de ver que esta no había sido tomada por el ejército francés, y de que se iba á salvar el honor de México por un medio, al par que grandioso, por los soldados de Oriente, inusitado y nuevo en los anales de la guerra.

Esto que manifiesto á vd., señor Ministro, parece de poca cuan-

(1) "Ministerio de Guerra y Marina.—Sección 1.ª—Se ha impuesto el C. Presidente constitucional del oficio de vd. dirigido al general en jefe del ejército francés, para comunicarle que no siéndole ya posible seguir defendiendo la plaza de Puebla de Zaragoza, por la falta de municiones y de víveres, había disuelto el ejército que estaba bajo su inmediato mando, y roto su armamento con la artillería toda, por cuyo motivo podía mandar ocupar la mencionada plaza, que desde luego quedaba á sus órdenes.

También se ha impuesto de la resolución tomada por vd. de entregarse prisionero con el cuadro de generales, jefes y oficiales; por lo que, así como las demás disposiciones dictadas, manifiesta que sin embargo de tener la creencia de haber cumplido con sus deberes, con gusto se sujetará á un juicio, tan luego como quede en libertad, si así lo determinare el Supremo Gobierno.

El Presidente ha estado observando con profundo interés todos y cada uno de los sucesos que han tenido lugar durante la gloriosa defensa de esa plaza, y ve con orgullo que el último que ha puesto fin á la tenaz y vigorosa lucha emprendida, corresponde á los anteriores, si no en sus victoriosos resultados, sí porque él deja bien puesto el decoro de la Nación, sin empeñar en nada el lustre de sus armas no vencidas, ni comprometer con oferta alguna la palabra sagrada de sus guerreros.

Está, pues, satisfecho el C. Presidente de la conducta de vd. y de la de los generales, jefes, oficiales y tropa que compusieron el inmortal ejército de Oriente, y así me ordena que se lo manifieste, como tengo el honor de hacerlo en este oficio; añadiéndole, que el modo con que ha desaparecido ese benemérito ejército, confirma que ha sido acreedor á los votos y á las felicitaciones que el Soberano Congreso y el Supremo Gobierno, le ha dirigido á nombre de la Nación que representa.

Libertad y Reforma. México, Mayo 22 de 1863.—BLANCO.—C. general J. González Ortega.—Puebla de Zaragoza."

tía ó importancia á primera vista, si se considera como un simple elogio, que aunque merecido, se tributa á una sola persona, más no lo es, si se atiende á que no era únicamente el coronel Loera el que experimentaba en aquellos momentos solemnes y de prueba, las emociones que he reseñado.

Eran millares de soldados los que las experimentaban; eran los defensores de Zaragoza los que pasaban por aquella terrible crisis, penosa al par que satisfactoria; eran los mismos que habían defendido, entre el estrago, la desolación y la muerte, por el término de sesenta y dos días, la honra del pabellón mexicano, y que sufrían los efectos de uno de esos golpes morales, cuya magnitud no puede calcularse sin haberlos sentido.

Después entregué la minuta de la orden al general Mendoza para que mandara publicarla, diciéndole: que los generales que mandaban divisiones y el comandante general de artillería, habían tomado ya nota de su contenido.

El general Negrete, cuando se resolvió la rendición de la plaza me pidió que le permitiera ocultar una cantidad de armamento del que pertenecía á su división, para utilizarlo un poco más tarde en bien de la independencia nacional.

La concesión se la denegué, diciéndole: que no pretendía salvar una sola arma, sino única y exclusivamente el honor de México, aun cuando esto importara el más grande y cruento sacrificio.

El citado general se conformó con mi resolución; resolución que aprobaron los demás generales.

Serían las tres de la misma noche, cuando un correo que logró introducirse á la plaza con mil dificultades, me entregó una carta suscrita por el señor general D. José M. Yañez, encargado entonces del mando en jefe del Cuerpo de ejército del Centro, por ausencia del general Comonfort. En ella, como verá vd., se me dice que el Cuerpo de ejército del Centro no podía auxiliar mi salida de la plaza.

Una verdadera casualidad ha hecho aparecer en mi cartera una copia de esa carta.

Hé aquí su texto al pie de la letra:

"Puente de Tescmeltacan, Mayo 14 de 1863.—A las seis y media

de la tarde.—Señor general D. Jesus G. Ortega.—Compañero y señor mio.—Nuestro comun amigo el señor Comonfort ha marchado á México á tratar con el Gobierno asuntos del servicio de mucha importancia, y en consecuencia, á mí que he quedado en su lugar como 2º en jefe de este Cuerpo de ejército, me ha tocado recibir la estimada de vd. duplicada, que abraza fechas 10 y 11 del corriente, á la hora que marco en el principio de esta carta. Sepa vd. ántes que todo, que su principal no ha llegado, y mucho temo haya caído en poder del enemigo.

“Respecto de los puntos gravísimos que trata vd. en ella, debo decirle: que las tropas de este Cuerpo de ejército, aunque forman todavía un grueso respetable, se hallan desmoralizadas en términos que no es posible sacarlas al combate todavía: por esta razon, y porque indudablemente á la hora de ésta han pasado ya los acontecimientos, no emprendo movimiento ninguno de los que vd. me indica. Además, en San Miguel del Milagro, Nativitas y Ocotlan hay fuerza enemiga.

“Por una carta que se dirigió á vd. ayer, y de la que tuve conocimiento, habrá vd. visto que el descalabro sufrido en el cerro de San Lorenzo, no fué de tanta importancia como le ha manifestado el general Forey, quien ha tenido sin duda sus razones para exagerarlo.

“Quedo con ánsia esperando tener noticias de vd., y le desea en todo felicidad, su compañero y amigo.—José María Yañez.”

A la hora prefijada en la orden, nuestros valientes, con el mayor orden rompían sus armas sobre los parapetos, reductos y murallas, y al frente de sus enemigos.

Otros batallones, en formacion regular, marchaban hasta la plaza de Armas, y frente de Palacio, y ahí hacían astillas los rifles y fusiles que les habían servido para presentarse invencibles, ante el más acreditado de los ejércitos europeos, diseminándose en seguida y con el mayor orden, por los arrabales de la ciudad.

Por todos nuestros fuertes, calles y líneas avanzadas, se escuchaba la imponente detonacion de la artillería.

Era que los soldados de esta arma cumplieran con una consigna

que se les acababa de dar, despues de haber llenado en primer término sus deberes, conduciéndose como bravos en los combates.

Unos polvorines con algunos restos de municiones que había en San Agustin y otros puntos, volaron con los edificios que los contentan.

Las primeras luces de la mañana del dia 17, vinieron á alumbrar aquel cuadro, y á presentarlo á la vista del ejército sitiador, quien, es necesario decir en obsequio de la verdad y como un acto de justicia, no abusó de la posicion en que se hallaba la plaza, y que admirado y como simple espectador, presencié la detruccion de ella por los mismos que la habían defendido.

Algunos soldados franceses que se hallaban á 14 ó 15 metros de nuestros parapetos, llamaron la atencion de sus jefes y oficiales, respecto de que los mexicanos estaban rompiendo sus armas, y han obtenido esta respuesta, que han oido tambien nuestros jefes y oficiales.

El ejército francés sabe respetar al valor: y una guarnicion que se ha conducido como la de Puebla, no merece, sino nuestros respetos y admiracion. Dejemos que hagan los defensores de la plaza todo lo que crean conveniente al honor de sus armas.

Poco ántes de las seis de la mañana remití, para el cuartel general del ejército francés, la comunicacion que dejo inserta, á la que donde dice: “El cuadro de generales, jefes y oficiales de que se compone este Cuerpo de ejército se halla en el Palacio del Gobierno y los individuos que lo forman, se entregan como prisioneros de guerra,” le quité estas frases: *sin pedir garantia alguna.*

Para quitarlas tuve presentes algunas observaciones que me hizo el general Mendoza, quien me dijo, que aquellas frases indicaban cierto despecho de mi parte, y que bastaba no pedir garantías, para realizar mi proyecto, sin necesidad de estampar en mi nota aquellos conceptos, que ya se hacían constar en la orden del dia.

Poco despues comenzaron á llegar al Palacio, armados con rifles, algunos grupos de jefes y oficiales, quienes viendo á otros de sus compañeros con sólo sus espadas y distintivos militares, rompieron en el mismo Palacio los rifles, para no tener ni aquella garantía.

A las seis, la plaza se hallaba enteramente inerme.

Un poco más tarde comenzaron á entrar desarmados por las calles de la ciudad, algunos oficiales y artilleros franceses, los que parece no tratan otro objeto que satisfacer un deseo de curiosidad, viendo los destrozos que habían hecho los proyectiles de su artillería sobre nuestros edificios.

Como á las siete de la misma mañana, entraron varios grupos de traidores por la plazuela de San José y por algunas calles de la ciudad, cometiendo excesos y desórdenes. Uno de esos grupos penetró hasta la plaza de Armas. Cuando se hallaba en este punto, el pueblo gritó á los individuos de que se componía, llamándolos *traidores y bandidos*.

El grupo arremetió con las lanzas sobre el pueblo, y éste se diseminó, dirigiéndose frente al átrio de Catedral y Palacio del Gobierno.

Mandé decir á aquellos malos mexicanos: que estaba entendiéndome, respecto de los asuntos de la plaza, con el general Forey, y que como suponía que habían penetrado á ella sin la autorización de aquel general, esperaba que se retiraran luego.

Así lo hicieron en el acto.

Después volvió mi ayudante, viniendo en su compañía algunos jefes de alta graduación del ejército francés, pertenecientes, según parecía, al Estado Mayor del general Forey.

Uno de ellos, cuando se hallaban en el Palacio y en la pieza de mi habitación, me dijo: que iba comisionado por aquel general para manifestarme, que entraría á la ciudad el número de fuerzas francesas que yo designara, que ocuparían los puntos que estimara por conveniente, y que se afianzaría la seguridad de la población en los términos que yo acordara, para lo que me suplicó le dijera, cuales eran las autoridades políticas y de la localidad para entenderse con ellas; y me dijo por último, que yo podía permanecer con todos los generales, jefes y oficiales del Cuerpo de ejército de mi mando, en el Palacio ó en los edificios y casas particulares donde me fuera más cómodo y lo juzgara más acertado; y que los referidos generales, jefes y oficiales, quedarían con sus equipajes, armas y distintivos militares, por la conducta noble y digna que habían observado.

Mi respuesta fué decirle: que daba las gracias al general Forey

por la muestra de atención que me dispensaba al consultar mi parecer respecto de los medios que debían adoptarse para afianzar la seguridad de los intereses y de las vidas de los habitantes pacíficos de la población; pero que estando yo con el carácter de prisionero, nada podía decir ni acordar relativo á la ciudad, y por lo mismo que se dispusiera lo que se estimara por más conveniente: que por el estado de guerra en que ésta se hallaba, no había más autoridad local que la que yo ejercía, la que cesara con la rendición de la plaza, y que por lo que respectaba á las concesiones otorgadas al cuadro de generales, jefes y oficiales del Cuerpo de ejército de Oriente, yo ni las había solicitado, ni pedido garantía alguna para los que se rendían.

Al oír mis últimas palabras, dijo: que para contestarlas no necesitaba recurrir al cuartel general, pues que se hallaba autorizado para ello: que las garantías que acababan de otorgarse por su conducto á la oficialidad de la plaza, no era porque yo las hubiera pretendido ó solicitado, sino porque eran las que una nación culta, como la Francia, otorgaba siempre á un ejército honrado y valiente como el que yo mandaba.

Volví de nuevo á darle las gracias por aquel acto de justicia, y se retiró.

Después se me presentó otro jefe francés diciéndome: que en el átrio de Catedral estaba colocada una escolta de cazadores de África y una guardia de zuavos en la puerta de Palacio, y que una y otra fuerza no tenía más objeto que prestar garantías á mi persona y á la oficialidad: que ya se había hecho salir á todos los traidores que penetraron á la plaza, y que por lo mismo, cuando tuvieran que salir algunos jefes y oficiales de los que se hallaban en Palacio, me sirviera mandarlo avisar al oficial de guardia con uno de mis ayudantes.

Le dí las gracias y se retiró también.

Como entre diez y once del día, pasaban unos oficiales pertenecientes á las fuerzas de D. Leonardo Márquez. Algunos grupos del pueblo les dió el epíteto de *traidores*.

Unos cazadores de África desdoblaron algunas baquetas de fusil

Un poco más tarde comenzaron á entrar desarmados por las calles de la ciudad, algunos oficiales y artilleros franceses, los que parece no tratan otro objeto que satisfacer un deseo de curiosidad, viendo los destrozos que habían hecho los proyectiles de su artillería sobre nuestros edificios.

Como á las siete de la misma mañana, entraron varios grupos de traidores por la plazuela de San José y por algunas calles de la ciudad, cometiendo excesos y desórdenes. Uno de esos grupos penetró hasta la plaza de Armas. Cuando se hallaba en este punto, el pueblo gritó á los individuos de que se componía, llamándolos *traidores y bandidos*.

El grupo arremetió con las lanzas sobre el pueblo, y éste se diseminó, dirigiéndose frente al átrio de Catedral y Palacio del Gobierno.

Mandé decir á aquellos malos mexicanos: que estaba entendiéndome, respecto de los asuntos de la plaza, con el general Forey, y que como suponía que habían penetrado á ella sin la autorización de aquel general, esperaba que se retiraran luego.

Así lo hicieron en el acto.

Después volvió mi ayudante, viniendo en su compañía algunos jefes de alta graduación del ejército francés, pertenecientes, según parecía, al Estado Mayor del general Forey.

Uno de ellos, cuando se hallaban en el Palacio y en la pieza de mi habitación, me dijo: que iba comisionado por aquel general para manifestarme, que entraría á la ciudad el número de fuerzas francesas que yo designara, que ocuparían los puntos que estimara por conveniente, y que se afianzaría la seguridad de la población en los términos que yo acordara, para lo que me suplicó le dijera, cuales eran las autoridades políticas y de la localidad para entenderse con ellas; y me dijo por último, que yo podía permanecer con todos los generales, jefes y oficiales del Cuerpo de ejército de mi mando, en el Palacio ó en los edificios y casas particulares donde me fuera más cómodo y lo juzgara más acertado; y que los referidos generales, jefes y oficiales, quedarían con sus equipajes, armas y distintivos militares, por la conducta noble y digna que habían observado.

Mi respuesta fué decirle: que daba las gracias al general Forey

por la muestra de atención que me dispensaba al consultar mi parecer respecto de los medios que debían adoptarse para afianzar la seguridad de los intereses y de las vidas de los habitantes pacíficos de la población; pero que estando yo con el carácter de prisionero, nada podía decir ni acordar relativo á la ciudad, y por lo mismo que se dispusiera lo que se estimara por más conveniente: que por el estado de guerra en que ésta se hallaba, no había más autoridad local que la que yo ejercía, la que cesara con la rendición de la plaza, y que por lo que respectaba á las concesiones otorgadas al cuadro de generales, jefes y oficiales del Cuerpo de ejército de Oriente, yo ni las había solicitado, ni pedido garantía alguna para los que se rendían.

Al oír mis últimas palabras, dijo: que para contestarlas no necesitaba recurrir al cuartel general, pues que se hallaba autorizado para ello: que las garantías que acababan de otorgarse por su conducto á la oficialidad de la plaza, no era porque yo las hubiera pretendido ó solicitado, sino porque eran las que una nación culta, como la Francia, otorgaba siempre á un ejército honrado y valiente como el que yo mandaba.

Volví de nuevo á darle las gracias por aquel acto de justicia, y se retiró.

Después se me presentó otro jefe francés diciéndome: que en el átrio de Catedral estaba colocada una escolta de cazadores de África y una guardia de zuavos en la puerta de Palacio, y que una y otra fuerza no tenía más objeto que prestar garantías á mi persona y á la oficialidad: que ya se había hecho salir á todos los traidores que penetraron á la plaza, y que por lo mismo, cuando tuvieran que salir algunos jefes y oficiales de los que se hallaban en Palacio, me sirviera mandarlo avisar al oficial de guardia con uno de mis ayudantes.

Le dí las gracias y se retiró también.

Como entre diez y once del día, pasaban unos oficiales pertenecientes á las fuerzas de D. Leonardo Márquez. Algunos grupos del pueblo les dió el epíteto de *traidores*.

Unos cazadores de África desdoblaron algunas baquetas de fusil

de las que se hallaban tiradas en las calles, y con ellas azotaron públicamente á dichos oficiales.

Un grito general de aprobacion resonó por todas partes.

Era el pueblo que se hallaba diseminado en el átrio de Catedral y calles inmediatas, y nuestra oficialidad que se encontraba colocada en los balcones de Palacio y que unánimes aplaudían aquel acto.

Castigo degradante, pero muy merecido, de quien se liga con huestes extranjeras para hacer la guerra al suelo en que nace.

En el resto del día se me presentaron algunos otros jefes franceses: unos para pedirme tales ó cuales explicaciones respecto de la artillería, depósitos y minas que hubiera dentro de la plaza, y otros para saludarme en nombre del ejército francés, rindiendo con esto un tributo, según se expresaron, al valor de la guarnición que había defendido la ciudad, y la que no había sido vencida por el ejército sitiador.

Entre estos últimos se encontraba el jefe que acababa de ser nombrado gobernador de la plaza, quien me dirigió una atenta y comedida comunicacion, suplicándome, por medio de ella, admitiera su presentacion y una visita personal.

Otras comunicaciones de esta misma naturaleza, recibí en los días subsecuentes: recuerdo que una de ellas era firmada por un jefe, que, en el cargo de gobernador de la plaza, había sustituido al que fué nombrado al principio.

El 18 por la mañana recibí por conducto de un jefe francés, y por mandato expreso del general Forey, cuatro ó cinco pliegos con el brevete impreso y manuscrito el contenido de ellos.

Hé aquí su texto:

“Corps expeditionnaire de Mexique.—Etat Major général.—Los que abajo firmamos, oficiales mexicanos hechos prisioneros, nos comprometemos bajo nuestra *palabra de honor*, á no salir de los límites de la residencia que nos estará asignada, á no mezclarnos en nada por escrito ó por actos, en los hechos de guerra ó de política, por todo el tiempo que permaneceremos prisioneros de guerra, y á no corresponder con nuestras familias y amigos sin el previo consentimiento de la autoridad francesa.

“Cerro de San Juan, á 18 de Mayo de 1863.”

Pregunté en el acto á todos nuestros generales, si estaban ó no conformes con firmar aquel degradante documento, y como unánimemente respondieron todos por la negativa discrepando sólo en los términos en que debía redactarse, tomé la pluma y escribí el documento que aprobaron por unanimidad y con entusiasmo todos nuestros generales, dando su voto en primer término el general Berriozábal.

Quise que en este negocio y en los subsecuentes, todos obraran con la más plena y absoluta libertad, tanto porque yo ya no ejercía mando alguno, como y principalmente porque deseaba que cada uno respondiera de sus actos como mexicano, ante la nacion.

El documento á que aludo es el siguiente:

“Zaragoza, 18 de Mayo de 1863.—Cuerpo de ejército de Oriente. Prisioneros de Guerra.—Los generales prisioneros que suscriben, pertenecientes al ejército mexicano de Oriente, no firman el documento que se les ha remitido la mañana de hoy del cuartel general del ejército francés, tanto porque las leyes de su país les prohíbe contraer compromiso alguno que menoscabe la dignidad del honor militar, como porque se los prohíben también sus convicciones y opiniones particulares.—Jesus G. Ortega.—Francisco Paz.—Felipe B. Berriozábal.—Florencio Antillon.—Francisco Alatorre.—Ignacio de la Llave.—Alejandro Garcia.—Epitacio Huerta.—Ignacio Mejia.—José M. Mora.—Pedro Hinojosa.—José Marta Patoni.—Joaquin Colombres.—Domingo Gayosso.—Antonio Osorio.—Eutimio Pinzon.—Francisco de Lamadrid.—Porfirio Diaz.—Luciano Prieto.—J. B. Cuamaño.—Mariano Escobedo.—Manuel Sánchez.—Pedro Rioseco.—Manuel G. Costo.—Miguel Auza.—Jesus Loera.”

El general Mendoza redactó y suscribió el documento que sigue:

“Ejército mexicano.—General de brigada prisionero.—El que suscribe, oficial mexicano, no puede firmar el documento que se le ha presentado del Estado Mayor general del ejército francés, porque se lo prohíben las leyes de su patria, sin por eso ignorar los deberes de un prisionero de guerra.

“Puebla, Mayo 18 de 1863.—José Maria G. Mendoza.”

Comisioné á los generales que mandaban divisiones y á los comandantes de artillería é ingenieros, para que presentaran á nuestros jefes y oficiales el documento remitido del cuartel general del ejército francés, así como la protesta suscrita por nosotros, diciéndoles: que manifestaran á nuestra oficialidad, que estaban en libertad para suscribir el documento que estimaran por conveniente.

Cerca de mil cuatrocientos jefes y oficiales firmaron la protesta hecha por sus generales, sin que hubiera uno solo que se contrajera el compromiso que pretendía el Estado Mayor del ejército francés.

Con la recepcion de estos documentos, que remití al general Forey por conducto del gobernador de la plaza, cambió la condicion de los prisioneros.

En los dias siguientes se me presentaron distintos jefes franceses á nombre del general Forey, manifestándome con pena y disgusto, segun se expresaron, las órdenes de aquel general, y que consistian en que se recogiera á nuestra oficialidad sus revolvers, caballos, etc.

Dí las primeras órdenes y me negué á dar las últimas, mandando decir al general Forey: que todos los prisioneros se habían rendido á discrecion sin garantía alguna, y que por lo mismo, y no obstante sus ofertas, podía disponer de ellos como lo estimara por conveniente, y que por mi parte sólo le suplicaba que se sirviera eximirme, así como á los demas generales, del cargo de ejecutor de sus órdenes.

El 19 por la mañana pasé al cerro de San Juan acompañado del gobernador de la plaza y de una escolta de cazadores, con el objeto de arreglar con el general Forey los términos en que debían quedar los prisioneros.

Algunas tropas francesas me saludaron, y otras batieron marcha, haciendo á mi paso los honores correspondientes.

Tuve una larga conferencia con el general Forey, respecto de la guerra que México sostiene contra la Francia, en la que me hizo presente: que la misma Francia no había venido á hacer la guerra á la Nacion Mexicana, sino al personal del actual Presidente de la República C. Benito Juárez, porque no podía garantizar ni los intereses mexicanos ni los extranjeros, y porque era la representación de un partido que quería la libertad para sí y no para los demas, y que esperaba contar con algunos hombres de orden en la República, para

que le ayudaran á marcar para ella una época de regeneracion, y más cuando esperaba no quitarle á México á sus hombres de accion, de progreso y de reforma, pues que deseaba conciliar á ambos partidos.

Por mi parte procuré demostrarle con hechos, lo difícil y casi imposible, políticamente hablando, que sería la realizacion de su empresa, porque México defendería al personal de su Gobierno, de cuantas maneras le fuera posible, porque no veía en él á una persona, sino un principio de dignidad nacional. Que México contaba con una inmensa extension de terreno, y que en ella conservaría la chispa revolucionaria y el principio de legalidad, aún cuando la Francia llegara á ocupar sus principales ciudades por contar con más recursos que México, como acababa de acontecer respecto de la ocupacion de la plaza de Zaragoza, mientras no me consultara la voluntad nacional, bien manifestada ya al general Forey con el hecho de pisar, hacía más de un año, las huestes francesas el territorio de la República, y haber permanecido los pueblos de que ésta se compone, fieles á la bandera constitucional.

Le dije por último: que si yo tuviera la conciencia de que por aquellos medios se trafa la paz y el sosiego á mi patria, yo mismo, y de un modo voluntario, me impondría un destierro de ella para que mi persona no fuera un obstáculo á la paz de México; pero que conociendo las tendencias é historia del pueblo mexicano, así como la influencia de sus hombres públicos, creía que no iba á conseguir otra cosa la Francia, que envolver á México en una guerra indefinida, y que por lo mismo estaba resuelto á seguir sirviendo á mi país natal, siempre que pudiera hacerlo sin faltar á las leyes del honor.

Ese mismo dia el clero de Puebla, en medio del mayor regocijo y vistiendo de gala la Catedral, recibió en ella á los invasores de su patria, cantando un solemne *Te Deum* por la toma de la ciudad.

Digo á vd. esto, aunque con pena, señor Ministro, para trasmitir á la historia ese hecho degradante del clero de Puebla.

Poco despues de la entrada del general Forey á esta ciudad, recibí un convite oficial del mismo general en el que me suplicaba tuviera la bondad de ocupar ese dia, un cubierto en su mesa.

De un modo comedido le dí las gracias, negándome á aceptar el convite.

En la tarde del mismo día 19, el general en jefe del ejército francés pasó á la casa donde me hallaba preso, á hacerme una visita, según se expresó.

Me dijo que deseaba que lo presentara con los demas generales mis compañeros. Lo hice así y cuando todos estábamos reunidos, nos dijo:

Que la rendición de la plaza había sido una cosa nueva y extraordinaria, que no se registraba en los anales de la guerra europea, porque ni había sido una rendición previas las garantías que se solicitaban en esta clase de actos, ni tampoco una capitulación, y que por lo mismo no hallaba un nombre propio que darle. Que juzgaba que habíamos roto nuestras armas por no entregarlas al ejército francés, no obstante ser éste muy digno de recibirlas de los defensores de la plaza de Puebla, pero que esto no quitaba que aquel acto fuera altamente honroso para México.

Nos dijo finalmente: que no habíamos caído en poder de nuestros enemigos, sino en manos del ejército francés, y que iba á alejarnos del teatro de la guerra, procurando que nuestra cautividad fuera lo ménos molesta que se pudiera.

Mi respuesta, y á la vez la de todos los generales, fué: que dispusiera de nosotros como fuera de su agrado, puesto que, para nuestra rendición, no habíamos pedido garantía alguna.

Al retirarse dió orden al oficial de guardia, que se nos cuidara con el mayor sigilo, sin permitir que salieran del local en que nos hallábamos presos, ni aún nuestros ayudantes.

Al día siguiente salieron bien custodiados, desarmados de sus revolvers y pié á tierra para Veracruz, todos nuestros jefes y oficiales, incluso mis ayudantes, coroneles Loera, Díaz, Sandoval, Vega y Cabezut, teniente coronel Rivera y Rio, comandante Vélez, Quijano, Costo y López, y capitanes Ambríz y Giffard.

Al salir de la ciudad, iban con el mayor júbilo entonando el himno nacional de México. Su frente erguida y limpia la levantaban ante el mundo, como quien cumplió honrosamente un deber que le impone la patria, y acepta despues con gusto y resignacion su destino.

El 21 recibí por conducto del gobernador de la plaza, la orden de

prepararme, en union de los demas generales, para salir presos para Francia al siguiente dia.

Contesté de enterado, y trasmití la orden á mis compañeros.

En la noche se nos mandaron recoger las armas de fuego.

Un poco despues burlaron la vigilancia de los centinelas franceses, los generales Berriozábal, Antillon, Díaz y Caamaño, fugándose de la prision en que se hallaban, para seguir defendiendo el honor de México, y más cuando no se habian contraído, ni querido contraer compromiso alguno con los invasores de su patria.

El 22 se presentaron unos carruajes: se nos ordenó que nos colocáramos en ellos, y en medio de las filas de los soldados franceses fuimos sacados de la ciudad por el camino de Veracruz.

El gobernador de la plaza salió hasta fuera de la garita, en union de algunos otros oficiales, y allí me tendió la mano, manifestándome lo penoso que le era, tanto á él como á sus compañeros, aquella medida estrepitosa que se acababa de tomar respecto de nosotros.

El orden en que se nos conducía era el siguiente:

Dos infantes iban apoderados de cada una de las portezuelas del carruaje; á la vanguardia iba una descubierta de doscientos cazadores de África, á la retaguardia de ésta iba otra fuerza como de doscientos infantes, y otra igual en número y en colocacion á la retaguardia de los carruajes y por cada uno de los flancos de ellos: además, como á distancia de un cuarto de milla, iban diseminados unos tiradores por nuestro frente y flancos, para inspeccionar el terreno.

Antes de llegar á Amozoc, dos de nuestros oficiales, á quienes conducían presos para Zaragoza, se dirigieron corriendo para el carruaje donde iba yo, con el objeto de darme un abrazo.

Los soldados franceses que custodiaban las portezuelas del coche, empujaron con fuerza á nuestros oficiales tirándolos de espalda, sin permitirles siquiera darme un abrazo de despedida.

Refiero esto, señor Ministro, que es demasiado público, para que no se entienda que yo y los demas generales, jefes y oficiales que me acompañaban, llevábamos una escolta de honor para seguridad de nuestras personas, y sólo con la consigna de presentarnos, como prisioneros en tal ó cual parte.

No, nada de esto hubo, sino que éramos conducidos con todas las

seguridades que se observan, cuando se custodia á un facineroso ó á un bandido.

Si el general Forey me hubiera impuesto que me presentara prisionero en Paris ó en el confin del mundo, habría visto por mi parte cumplidos sus deseos, porque sé lo que es honor, y porque he sabido conservarlo ileso como soldado y ciudadano.

Yo estaba, pues, en mi derecho para continuar sirviendo á mi patria, burlando de una manera caballerosa, la vigilancia de mis custodios y centinelas: porque ningun compromiso me había contraído con el ejército francés, porque éste no había querido tener otras garantías de mi persona, para que llegara á Francia, que los soldados á quienes fiaba, como preso, mi conservacion y vigilancia.

En la Cañada de Ixtapa, ó sea pueblo de Morelos, se me dió aviso por los habitantes de aquel lugar, que á nuestros jefes y oficiales los iba tratando un coronel de la marina francesa, encargado de su custodia, como á presidiarios, y con un rigor y una dureza inaudita. Que había fusilado á un capitán del Estado de Chiápas, y que en aquella poblacion murieron de hambre algunos soldados rasos del Cuerpo de ejército de Oriente que iban prisioneros para Orizaba, porque no se les proporcionaba sino unos cuantos granos de maíz crudo para su alimento.

Cuando llegué al pueblo de Acultzingo, en cuyo punto alcancé á nuestros prisioneros, me impuse por el dicho unánime de todos los oficiales á quienes se les permitió que me hablaran, de la verdad de cuanto me habían dicho los habitantes de Morelos.

Mandé suplicar al coronel encargado de la custodia y conduccion de nuestros soldados prisioneros, que me permitiera proporcionarles, por su conducto, algunos alimentos.

Despues de varias dificultades, conseguí lo que deseaba.

Reuni algunas cantidades entre los generales, y mandé con ellas comprar reses y otros víveres que se distribuyeron entre los individuos de la clase de tropa que iban prisioneros.

El día 25 de Mayo me condujeron de Acultzingo para Orizaba.

En el camino fué fusilado, por disposicion del coronel de marina, un soldado de los que habían defendido á Zaragoza, cuyo cadáver

se arrojó, como un insulto, al camino por donde yo y mis demas compañeros, debíamos pasar minutos despues.

Me acompañaban en el carruaje el general Llave y mis ayudantes Ortega y Togno, y al presenciar lleno de indignacion aquel hecho, manifesté al primero: que me fugaría ántes de salir de la República, y que juraba por mi honor, seguir haciendo la guerra á Francia, mientras contara con la más pequeña influencia en el pueblo más insignificante de mi país; porque si como mexicano tenía este derecho, que no había coartado con compromiso alguno de honor, me autorizaba doblemente á hacerlo, la conducta que se observaba con nuestros prisioneros, muy agena en verdad, de la que yo observé con los prisioneros franceses que estuvieron en mi poder.

Le dije: que sólo tenía una traba para realizar con toda prontitud mis deseos, y era no echar responsabilidad alguna sobre unos jóvenes oficiales de cazadores de África, encargados de nuestra seguridad, quienes, con sus finas maneras y exquisita educacion, nos habían guardado, sin separarse [un ápice de la consigna que habían recibido, respecto de nuestra rigurosa seguridad, todas esas consideraciones que se le dispensan á un caballero, aunque por razones políticas se le conduzca al cadalso, y que por esto, y mientras aquellos pundonorosos oficiales cargaran con la responsabilidad de mi fuga, yo sufriría las consecuencias de mi prision, fueran cuales fueren.

Cuando llegamos á Orizaba, me entregaron preso en union de mis compañeros en uno de los cuarteles de la guarnicion de aquella plaza.

En aquel local se hallaban tambien presos los jefes y oficiales que habían defendido la ciudad de Zaragoza.

Los oficiales que nos conducian, quedaron entónces sin responsabilidad alguna, y fueron á ocupar otro cuartel con las tropas de su mando.

Hablé á muchos de nuestros generales, jefes y oficiales, para que se fugaran, atendiendo á las ningunas consideraciones que se les dispensaban como prisioneros de guerra, y muy especialmente á que con tal carácter no se habían contraído compromiso alguno de honor que los inutilizara para seguir sirviendo á su patria, y más cuando expresamente se le había manifestado así al general Forey, en

seguridades que se observan, cuando se custodia á un facineroso ó á un bandido.

Si el general Forey me hubiera impuesto que me presentara prisionero en Paris ó en el confin del mundo, habría visto por mi parte cumplidos sus deseos, porque sé lo que es honor, y porque he sabido conservarlo ileso como soldado y ciudadano.

Yo estaba, pues, en mi derecho para continuar sirviendo á mi patria, burlando de una manera caballerosa, la vigilancia de mis custodios y centinelas: porque ningun compromiso me había contraído con el ejército francés, porque éste no había querido tener otras garantías de mi persona, para que llegara á Francia, que los soldados á quienes fiaba, como preso, mi conservacion y vigilancia.

En la Cañada de Ixtapa, ó sea pueblo de Morelos, se me dió aviso por los habitantes de aquel lugar, que á nuestros jefes y oficiales los iba tratando un coronel de la marina francesa, encargado de su custodia, como á presidiarios, y con un rigor y una dureza inaudita. Que había fusilado á un capitán del Estado de Chiápas, y que en aquella poblacion murieron de hambre algunos soldados rasos del Cuerpo de ejército de Oriente que iban prisioneros para Orizaba, porque no se les proporcionaba sino unos cuantos granos de maíz crudo para su alimento.

Cuando llegué al pueblo de Acultzingo, en cuyo punto alcancé á nuestros prisioneros, me impuse por el dicho unánime de todos los oficiales á quienes se les permitió que me hablaran, de la verdad de cuanto me habían dicho los habitantes de Morelos.

Mandé suplicar al coronel encargado de la custodia y conduccion de nuestros soldados prisioneros, que me permitiera proporcionarles, por su conducto, algunos alimentos.

Despues de varias dificultades, conseguí lo que deseaba.

Reuni algunas cantidades entre los generales, y mandé con ellas comprar reses y otros víveres que se distribuyeron entre los individuos de la clase de tropa que iban prisioneros.

El día 25 de Mayo me condujeron de Acultzingo para Orizaba.

En el camino fué fusilado, por disposicion del coronel de marina, un soldado de los que habían defendido á Zaragoza, cuyo cadáver

se arrojó, como un insulto, al camino por donde yo y mis demas compañeros, debíamos pasar minutos despues.

Me acompañaban en el carruaje el general Llave y mis ayudantes Ortega y Togno, y al presenciar lleno de indignacion aquel hecho, manifesté al primero: que me fugaría ántes de salir de la República, y que juraba por mi honor, seguir haciendo la guerra á Francia, mientras contara con la más pequeña influencia en el pueblo más insignificante de mi país; porque si como mexicano tenía este derecho, que no había coartado con compromiso alguno de honor, me autorizaba doblemente á hacerlo, la conducta que se observaba con nuestros prisioneros, muy agena en verdad, de la que yo observé con los prisioneros franceses que estuvieron en mi poder.

Le dije: que sólo tenía una traba para realizar con toda prontitud mis deseos, y era no echar responsabilidad alguna sobre unos jóvenes oficiales de cazadores de África, encargados de nuestra seguridad, quienes, con sus finas maneras y exquisita educacion, nos habían guardado, sin separarse [un ápice de la consigna que habían recibido, respecto de nuestra rigurosa seguridad, todas esas consideraciones que se le dispensan á un caballero, aunque por razones políticas se le conduzca al cadalso, y que por esto, y mientras aquellos pundonorosos oficiales cargaran con la responsabilidad de mi fuga, yo sufriría las consecuencias de mi prision, fueran cuales fueren.

Cuando llegamos á Orizaba, me entregaron preso en union de mis compañeros en uno de los cuarteles de la guarnicion de aquella plaza.

En aquel local se hallaban tambien presos los jefes y oficiales que habían defendido la ciudad de Zaragoza.

Los oficiales que nos conducian, quedaron entónces sin responsabilidad alguna, y fueron á ocupar otro cuartel con las tropas de su mando.

Hablé á muchos de nuestros generales, jefes y oficiales, para que se fugaran, atendiendo á las ningunas consideraciones que se les dispensaban como prisioneros de guerra, y muy especialmente á que con tal carácter no se habían contraído compromiso alguno de honor que los inutilizara para seguir sirviendo á su patria, y más cuando expresamente se le había manifestado así al general Forey, en

la protesta solemne que se le remitió, rechazando los compromisos y condiciones que exigía de los prisioneros.

Un general francés, encargado de la plaza de Orizaba, se me presentó con su estado mayor, y me dijo: que iba á saludarme y á tenderme su mano en nombre de las tropas que mandaba, como una muestra de admiracion y de respeto al valor con que habían peleado en Puebla sus defensores.

Aquel decente y comedido general, me interrogó para que le expusiera el tratamiento que recibíamos de los conductores, á fin de remediar los males que fuera posible.

Le dí las gracias por su cortés comportamiento, manifestándole el trato atroz que por falta de alimento, iban recibiendo los individuos de la clase de tropa.

Por lo que respecta á nuestros generales, jefes y oficiales, le dije: que no había queja alguna que hacer, porque todos se entregaron voluntariamente prisioneros sin garantía alguna, y en consecuencia habían aceptado con gusto su destino.

Centenares de mexicanos burlaron la vigilancia de los centinelas franceses, sin que uno sólo de ellos, dejara bajo algun aspecto, comprometido su honor.

Yo fui el último de los que salieron de la prision, por entre las guardias del cuartel y por entre los oficiales franceses, merced al poco conocimiento que se tenía de mi personal.

La falta de datos me ha hecho no considerar sino de una manera genérica los hechos relativos á la defensa de Zaragoza: por esta razon se me olvidó decir á vd., en el lugar correspondiente: que otro de los comisionados que mandé cerca del Supremo Gobierno, con el objeto de que se proporcionaran municiones de boca y guerra á la plaza, y de que le manifestara mi absoluta resolucion de defender ésta á todo trance, fué el jefe interino de mi estado mayor, coronel Vicente Riva Palacio, cuyo parte, respecto de su comision, no pude recibir sino hasta estos últimos dias.

Lo inserto en seguida en corroboracion de lo que dejo expuesto:

“Cuerpo de ejército de Oriente.—Estado mayor.—Coronel en comision.—Cumpliendo con las órdenes que tenía recibidas de vd.,

salí de esa ciudad con la division de caballería que manda el C. general Tomás O'Horan, y llegué la noche del 14 á la hacienda de S. Gerónimo, en donde estaba situado el cuartel general del Cuerpo de ejército del Centro.

“Conforme á las instrucciones que había recibido de vd., tuve algunas conferencias con el C. general Ignacio Comonfort, á fin de poder pasar, en vista de sus instrucciones, á la capital, y dar cumplimiento á la comision que vd. se había servido confiarme. Así lo hice en efecto, en union del C. general O'Horan, que determinó ir tambien á hablar con el C. Presidente para expeditar más la marcha de este negocio.

“Llegamos á México, y la misma noche del dia 15, tuvimos una conferencia con el ciudadano Presidente y los cuatro ciudadanos ministros: yo manifesté que venía comisionado por vd. y ámpliamente facultado para hablar en su nombre al Supremo Gobierno, presentándole la situacion de la guarnicion y de la plaza de Zaragoza, tal como era en sí, y de los medios de obtener un éxito favorable, fundado en las instrucciones que de vd. mismo había recibido, y ratificado con los datos y observaciones del ciudadano general en jefe del Cuerpo de ejército del Centro.

“Hice presente al ciudadano Presidente y ciudadanos Ministros, que vd. estaba resuelto á sostenerse hasta el último trance, sin abandonar la plaza por ningun motivo, á no recibir para ello orden expresa del Supremo Gobierno, que la moralidad y entusiasmo de la tropa eran grandes, y que á viva fuerza nunca podría el enemigo llegar á tomar la plaza; pero que comenzaban á escasear los víveres y municiones de guerra, y esto hacía embarazosa la situacion de vd., que en consecuencia, me había vd. mandado, comisionándome expresamente, y como jefe de su estado mayor, para manifestar al Supremo Gobierno, que era de urgente necesidad, introducir á la plaza un convoy de víveres y municiones, para que pudiera continuar su resistencia, y cortar el camino de Orizaba para obligar al enemigo á levantar el sitio, sin cuyas dos operaciones, los defensores de Zaragoza podrían defenderse por algun tiempo, pero nunca obtener un feliz resultado.

“Esforcé cuanto pude estas razones en esta y otras conferencias,

advirtiéndole que era tan grande esta urgencia que vd. veía en cortar el camino de Orizaba, que me había autorizado para reunir todas las guerrillas que hubiera por el rumbo de Puebla, y probar el ataque de alguno de los convoyes que le venían al enemigo.

“Después de tres días de permanencia en México, se nos mandó volver al ejército, diciéndonos que el ciudadano Ministro de la Guerra vendría en uno de estos días, para arreglar el plan de estas operaciones.

“Todo lo cual, en cumplimiento de la misión con que vd. se sirvió honrarme, pongo en su conocimiento, reiterándole las protestas de mi subordinación y respeto.

“Tlaxcala, Abril 20 de 1863.—*Vicente Riva Palacio*.—Ciudadano general en jefe del Cuerpo de ejército de Oriente.”

Hé aquí, señor Ministro, la historia fiel y verdadera de cuanto ha tenido lugar, respecto de la defensa de la plaza de Zaragoza, historia que no he querido terminar hasta mi evasión de la ciudad de Orizaba, porque he creído para mí un deber, dar cuenta al Gobierno y á la nación, de las razones que motivaron aquella, y de los ningunos compromisos de honor que tenía para con el invasor de México, ni aun los de simple prisionero de guerra, cuando se me sujetaba á una rigurosa prisión.

Por esta misma relación inferirá vd. que es absolutamente inexacto lo que ha dicho en sus partes el general Forey al emperador de los franceses, respecto de que la rendición de la plaza la motivaron las circunstancias de haber dicho al general Mendoza: que los defensores de ella serían pasados á cuchillo, si esperaban el asalto general, y de haber abierto brecha en el fuerte de Teotimehuacan.

No es ménos inexacto y falso lo que dice, cuando asegura que las barricadas y defensas de la ciudad, se pusieron y organizaron por la demagogía europea.

De un modo lógico y sencillo, demostraré esas inexactitudes.

Si era el temor que tenía la guarnición de ser pasada á cuchillo, la que la obligó á rendirse, como indica en sus partes el general Forey, ¿por qué ésta no le pidió, siquiera como una garantía, no ser

pasada á cuchillo, una vez que ese temor era lo que motivaba su rendición?

Además, el ejército mexicano estaba convencido, absolutamente convencido, que el ejército francés no daría nuevos asaltos á la plaza, porque los hechos estaban demostrándolo así.

Ese mismo ejército francés había retrocedido, sin dar, ni intentar siquiera un nuevo asalto, como era natural, después de la derrota que sufrió el 25 de Abril.

¿Podía, pues, esperar la guarnición otro asalto, cuando viera que habían fracasado los últimos que dió aquel, cuando estaba palpando que abandonaba ese sendero que destruyó la moral de sus soldados, á proporción que había subido la de los defensores de la ciudad, y cuando estaba presenciando, por último, que los sitiadores se ocupaban ya de preferencia de poner obras de contravalación á la plaza, para evitar solamente, que entraran á ésta víveres y municiones de guerra?

¿Podían temer ese asalto los soldados que habían resistido otros diez ó doce del mismo ejército francés, rechazándolo en casi todos, y haciendo pedazos en los últimos, á sus atrevidas columnas de ataque, y prisioneros á los restos de ellas?

¿Podían temerlo los que salieron de los muros que defendían, para ir á asaltar las trincheras del ejército sitiador?

El fuerte de Ingenieros, ó de Teotimehuacan, se halla sobre una llanura, y fuera enteramente de los arrabales y suburbios de la ciudad. Las obras francesas se encontraban todavía el 17 de Mayo, á una gran distancia de aquel fuerte; y entre el mismo fuerte y la plaza de armas, se interpone cerca de un centenar de manzanas, ó islotes de casas, como las llama el general Forey.

¿Podía temer la guarnición que por aquel punto fuera ocupada la plaza, cuando todavía no se aproximaban al fuerte las obras de zapa francesas para dar el asalto, y cuando aún perdido, tendrían que ser atacadas y defendidas otras cien manzanas para que pudiera llegarse á la plaza de armas?

¿Podía, repito, temerse esto, cuando el ejército francés, debido á la pérdida de San Javier, se hallaba colocado en el Hospicio y en las manzanas frente á Santa Inés, de cuyos puntos sólo se interpo-

nen tres de ellas para llegar á la plaza de armas, y en las que no habia podido penetrar, no obstante las anchas y practicables brechas que abriera en nuestros reductos, y cuyas brechas se defendieron, sin que llegaran á perderse, por más de cuarenta dias?

Si el enemigo no habia podido dar un paso desde el 6 de Abril hasta el 16 de Mayo, no obstante sus rudos asaltos y ataques, para apoderarse de las tres manzanas de casas que lo separaban del corazon de la plaza, ¿podia temerse, ó imaginarse siquiera, que llegara á él por un punto en que tenia que tomar un fuerte, y despues manzanas y barricadas en la extension de milla?

Basta ver el plano de la ciudad de Zaragoza, para convencerse de estas verdades.

Lo expuesto demostrará á vd., señor Ministro, que los ataques que se dieron á la plaza los ultimos dias, no tuvieron más objeto que hostilizarla rudamente, para hacerla consumir lo más pronto posible sus municiones de guerra.

Únicamente á dos generales mexicanos, pero de origen extranjero, les di un lugar entre los defensores de la plaza, cuando ya ésta estaba fortificada y próxima á sufrir el asedio; cuyos generales, no obstante su valor y mérito personal, ni estuvieron colocados en el cuerpo de ingenieros, ni en el de artillería, ni mandaban divisiones, ni los tenia en mi consejo, ni les consulté tampoco cosa alguna, relativa á los proyectos que formé para la defensa de la plaza.

Lo que se sostenia en la ciudad de Zaragoza era el honor de México, y México tiene un demasiado y noble orgullo para confiar la defensa de su honor y dignidad nacional, á un extranjero, sean cuales fueren los títulos que tenga para el aprecio de los mexicanos.

Esos generales, pues, se hallaban á las órdenes del general D. Francisco Alatorre, y éste y aquellos á las del Cuartel-Maestre, y todos á las del cuartel general.

Así es, que las barricadas y parapetos de la plaza, se hicieron por ingenieros mexicanos, y bajo la inspeccion de generales tambien mexicanos.

No es ménos inexacto lo que se dijo, en un documento que publicó un periódico de Puebla de Zaragoza, dando por autor de él al Estado Mayor del ejército francés. En ese documento se afirmaba, que

en la plaza, despues de su rendicion, habian quedado multitud de víveres y proyectiles de guerra.

Esas especies están desmentidas en otra pieza oficial firmada por el general Forey, en la que se dice *Hoy] habeis forzado á la guarnicion de ésta (plaza) que habia agotado sus víveres y municiones sin que menguara su valor, á que os entregase la ciudad.*

Hay no obstante que hacer respecto de esto, una aclaracion.

En la plaza ha quedado, despues de su rendicion, una gran cantidad de proyectiles, pero todos inútiles en lo absoluto, porque concluyó enteramente la pólvora con que pudiéramos aprovecharlos.

No comprendo qué razon haya tenido presente el general Forey, para disminuir sus pérdidas, faltando con esto á la verdad histórica de los hechos.

Yo no sé acertivamente cuáles sean las pérdidas que haya tenido el ejército francés; pero á juzgar por las que dice tuvo en los ataques y asaltos del 25 de Abril, las ha disminuido extraordinariamente y de un modo increíble é inusitado.

Por mi parte ya dije á vd., señor Ministro, que el mejor obsequio que puedo hacer á mi patria y á la civilizacion, es consultar en todo la verdad; porque entre el ruido que forma el choque de contrarios intereses en cuestiones de esta naturaleza, siempre da un paso el progreso, y conquista un principio la humanidad. Así es, que no disminuiré en lo más mínimo nuestras pérdidas.

Cuando comenzó, pues, el sitio, teníamos sobre veintidos mil hombres; y al rendirse la plaza contábamos con poco ménos de doce mil. Hay que tener presente, que salieron de la ciudad sobre dos mil quinientos dragones.

Parece inadecuado el lugar, pero yo lo juzgo á propósito para hacer al Supremo Gobierno una explicacion.

Hay autores que recomiendan: que para impedir los trabajos de zapa del ejército que sitia una plaza, y evitar hasta donde es posible la aproximacion de esos mismos trabajos á las murallas de la plaza sitiada, salgan de ésta durante la noche, ocho ó diez soldados, con el objeto de arrojar granadas al foso, y de matar violentamente por este medio ó por otro, á los trabajadores. Pero tambien dicen:

que esto no tiene otro objeto que prolongar la defensa, porque las plazas en los sitios modernos, siempre caen en poder de los sitiadores antes de los treinta y uno á cuarenta dias.

Esa doctrina, pues, que me recordó alguno de mis compañeros, la tuve presente, y no obstante ella, ni dispuse, ni quise que salieran esos diez ó doce soldados á interrumpir los trabajos del enemigo al dar principio el asedio; porque conocí que el ejército francés, muy avezado en esa clase de luchas, debía tomar todas las precauciones correspondientes, para evitar que los sitiados hicieran valer en su favor aquel medio comun y trillado que les quedaba para prolongar el sitio, como efectivamente lo hacían, colocando tiradores al frente y flancos de sus obras, para evitar una sorpresa á los trabajadores.

Si por mi parte tenía una ciega y absoluta confianza en el valor, patriotismo y sufrimiento de nuestros soldados, no tenía la conciencia de que toda nuestra tropa, compuesta de ciudadanos á quienes acababan de armar las circunstancias, poseyera todos esos conocimientos, que solo da la práctica, para poder apreciar en su legítimo valor esas salidas, y más cuando las guardias nacionales de México no habían presenciado otro sitio de las proporciones y magnitud del de Puebla Zaragoza.

Temí por ésto comenzar á desmoralizar nuestras tropas, y por lo mismo dispuse que los trabajos de zapa se interrumpieran al dar principio el sitio, por medio de granadas y bombas arrojadas por nuestros cañones y morteros sobre la cabeza de la obra.

Esas salidas de fracciones pequeñísimas, sólo se interrumpieron por unos cuantos dias. Despues se repitieron, sin interrupcion en fracciones grandes y pequeñas, y para esto no se necesita consultar mis partes, sino los parciales y apasionados del general Forey.

Si no adopté, pues, aquel medio, bien débil en verdad para la prolongacion de la defensa de la plaza, adopté otros fundados en el valor de nuestros soldados; y los hechos han demostrado que no fueron ineficaces.

Yo he dicho á vd., señor Ministro, que no recuerdo los nombres de multitud de jefes, oficiales é individuos de la clase de tropa, que se distinguieron en el sitio de Zaragoza, por su valor, subordinacion, conocimientos militares, y por los servicios prestados al Cuerpo de

ejército de Oriente, y que por lo mismo no los menciono, recomendándolos de una manera especialísima á la gratitud nacional y á las consideraciones del Gobierno; pero si recordando el nombre de alguno de esos buenos mexicanos no lo estampara aquí, sería faltar á un deber de estricta justicia.

Entre estos últimos se halla el secretario de la comandancia del Estado de Puebla, coronel D. Fernando M. Ortega, quien con su carácter de secretario y coronel, prestó servicios de la más alta importancia en la defensa de Zaragoza.

A todas horas del dia y la noche se le veía en el Palacio, cumpliendo con fidelidad, valor y exactitud, todas las órdenes que le daba, y en las que me servía muchísimo la vasta y merecida influencia que goza en el Estado de Puebla.

Unas veces lo empleaba en que me sacara víveres y recursos, entrando en convenios con los particulares para que éstos fueran molestados lo ménos posible; otras en que se me construyeran por su conducto instrumentos de zapa, en que se aglomeraran en grandes cantidades, saquillos á tierra y otros elementos de esta naturaleza, indispensable para la defensa.

Al tiempo de rendirse la plaza, estuvo en el Palacio, manifestándome: que iba á correr la suerte de sus compañeros. Despues y por mi orden salió para México.

Los servicios de ese buen mexicano, debe considerarlos de primer orden la nacion, juzgando con toda imparcialidad.

El comisario de nuestro Cuerpo de ejército, C. Márcos Villegas, tan luego como vió que se empeoraba la condicion de todos los prisioneros por haber firmado la protesta de no contraerse compromiso alguno con el ejército francés, firmó libre y espontáneamente, en union de todos los dependientes de su oficina, otra protesta en los mismos términos que la que dejo inserta, y me la entregó para que la remitiera al cuartel general del ejército francés.

Ese documento quedó en mi poder, y no quise mandarlo al enemigo, por no darle más prisioneros sin utilidad alguna para nuestra causa.

que esto no tiene otro objeto que prolongar la defensa, porque las plazas en los sitios modernos, siempre caen en poder de los sitiadores antes de los treinta y uno á cuarenta dias.

Esa doctrina, pues, que me recordó alguno de mis compañeros, la tuve presente, y no obstante ella, ni dispuse, ni quise que salieran esos diez ó doce soldados á interrumpir los trabajos del enemigo al dar principio el asedio; porque conocí que el ejército francés, muy avezado en esa clase de luchas, debía tomar todas las precauciones correspondientes, para evitar que los sitiados hicieran valer en su favor aquel medio comun y trillado que les quedaba para prolongar el sitio, como efectivamente lo hacían, colocando tiradores al frente y flancos de sus obras, para evitar una sorpresa á los trabajadores.

Si por mi parte tenía una ciega y absoluta confianza en el valor, patriotismo y sufrimiento de nuestros soldados, no tenía la conciencia de que toda nuestra tropa, compuesta de ciudadanos á quienes acababan de armar las circunstancias, poseyera todos esos conocimientos, que solo da la práctica, para poder apreciar en su legítimo valor esas salidas, y más cuando las guardias nacionales de México no habían presenciado otro sitio de las proporciones y magnitud del de Puebla Zaragoza.

Temí por ésto comenzar á desmoralizar nuestras tropas, y por lo mismo dispuse que los trabajos de zapa se interrumpieran al dar principio el sitio, por medio de granadas y bombas arrojadas por nuestros cañones y morteros sobre la cabeza de la obra.

Esas salidas de fracciones pequeñísimas, sólo se interrumpieron por unos cuantos dias. Despues se repitieron, sin interrupcion en fracciones grandes y pequeñas, y para esto no se necesita consultar mis partes, sino los parciales y apasionados del general Forey.

Si no adopté, pues, aquel medio, bien débil en verdad para la prolongacion de la defensa de la plaza, adopté otros fundados en el valor de nuestros soldados; y los hechos han demostrado que no fueron ineficaces.

Yo he dicho á vd., señor Ministro, que no recuerdo los nombres de multitud de jefes, oficiales é individuos de la clase de tropa, que se distinguieron en el sitio de Zaragoza, por su valor, subordinacion, conocimientos militares, y por los servicios prestados al Cuerpo de

ejército de Oriente, y que por lo mismo no los menciono, recomendándolos de una manera especialísima á la gratitud nacional y á las consideraciones del Gobierno; pero si recordando el nombre de alguno de esos buenos mexicanos no lo estampara aquí, sería faltar á un deber de estricta justicia.

Entre estos últimos se halla el secretario de la comandancia del Estado de Puebla, coronel D. Fernando M. Ortega, quien con su carácter de secretario y coronel, prestó servicios de la más alta importancia en la defensa de Zaragoza.

A todas horas del dia y la noche se le veía en el Palacio, cumpliendo con fidelidad, valor y exactitud, todas las órdenes que le daba, y en las que me servía muchísimo la vasta y merecida influencia que goza en el Estado de Puebla.

Unas veces lo empleaba en que me sacara víveres y recursos, entrando en convenios con los particulares para que éstos fueran molestados lo ménos posible; otras en que se me construyeran por su conducto instrumentos de zapa, en que se aglomeraran en grandes cantidades, saquillos á tierra y otros elementos de esta naturaleza, indispensable para la defensa.

Al tiempo de rendirse la plaza, estuvo en el Palacio, manifestándome: que iba á correr la suerte de sus compañeros. Despues y por mi orden salió para México.

Los servicios de ese buen mexicano, debe considerarlos de primer orden la nacion, juzgando con toda imparcialidad.

El comisario de nuestro Cuerpo de ejército, C. Márcos Villegas, tan luego como vió que se empeoraba la condicion de todos los prisioneros por haber firmado la protesta de no contraerse compromiso alguno con el ejército francés, firmó libre y espontáneamente, en union de todos los dependientes de su oficina, otra protesta en los mismos términos que la que dejo inserta, y me la entregó para que la remitiera al cuartel general del ejército francés.

Ese documento quedó en mi poder, y no quise mandarlo al enemigo, por no darle más prisioneros sin utilidad alguna para nuestra causa.

La víspera de mi salida le previne que marchara para México, á desempeñar una comision de mi parte.

Otra comision de esta misma naturaleza, cerca del Supremo Gobierno, conferí á mi ayudante de campo, coronel Jesus Lalanne, á quien le previne se dirigiera para México, poco ántes de emprender yo mi marcha para Orizaba, y que fuera custodiado por una fuerte escolta, que voluntariamente se habia situado en un lugar á propósito, inmediato á la línea francesa, con el objeto de patrocinar mi fuga, y garantir mi persona: proteccion que no quise aceptar por entonces, porque creí de mi deber sufrir las consecuencias del sitio, saliendo prisionero para Orizaba, como habian salido ya los que me acompañaron en Zaragoza.

Por este motivo, y por cumplir una orden expresa mia, el jóven mexicano Lalanne, no corrió tambien la suerte de sus compañeros.

La lista nominal de los generales, jefes y oficiales prisioneros en Zaragoza, tuve la honra de remitirla á vd. el 21 de Mayo, y la he visto publicada en los periódicos: pero tendré de nuevo la satisfaccion de acompañársela cuando remita los documentos que comprueban los asertos de esta nota.

Entonces diré á vd. tambien los grados y ascensos militares que concedí á nombre del Supremo Gobierno, y las causas que los motivaron.

Por cálculo, por egoísmo, y por afectar una modestia que no poseo, habria querido, señor Ministro; no haber estampado mi nombre al reseñar los sucesos de la defensa de Zaragoza, y más considerando que de esta manera, ganaría algo ante la nacion y ante el Supremo Gobierno; pero me ha sido verdaderamente imposible referir los acontecimientos habidos en aquella ciudad, las causas que motivaron el desenlace que tuvo el sitio y la disolucion de nuestro Cuerpo de ejército, sin haber hecho mencion de mi persona, que se hallaba al frente y con la responsabilidad de esos mismos acontecimientos.

Si algo pudiera ambicionar de gloria, por cálculo tambien habria omitido estampar mi nombre, porque demasiado satisfecho estoy con haberme encontrado con el mando de los generales, jefes, oficiales é individuos de la clase de tropa que defendieron á Zaragoza, y con

Secretaría de Estado y del Despacho de Guerra y Marina.—Departamento del Cuerpo Especial de Estado Mayor.—Circular núm. 25.

Remito á vd. una coleccion de dibujos, modelos de uniformes segun reglamento, á fin de que todos los que se construyan para los Jefes y Oficiales que estén á sus órdenes, sean conforme á dichos modelos; en la inteligencia que esta coleccion deberá formar parte del archivo del Detall de.....

Libertad y Constitucion. México, Diciembre 22 de 1880.—P. O. D. S.—J. Montesinos.—Al.....



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

ÍNDICE

DE LOS DECRETOS, REGLAMENTOS Y CIRCULARES CONTENIDOS
EN ESTE TOMO.

	PÁGS.
Decreto de 13 de Enero de 1880, restableciendo la plaza de Secretario y Bibliotecario en el Colegio Militar.....	3
Decreto de 13 de Enero de 1880, estableciendo en el Colegio Militar, la cátedra de Mecánica aplicada a la navegacion...	4
Decreto de 21 de Enero de 1880, que dispone la division de la Plana Mayor del Ejército.....	5
Circular de 21 de Febrero de 1880, disponiendo que todos los Jefes y Oficiales del Ejército se suscriban al "Péridico Militar".....	8
Decreto de 5 de Marzo de 1880, reformando el decreto de 25 de Enero de 1879 que fija el sueldo y gastos del Cuerpo Médico-Militar.....	9
Decreto de 6 de Marzo de 1880, reformando el art. 2º del decreto de 25 de Enero de 1879, que fija el personal de la Plana Mayor del Cuerpo de Ingenieros.....	12
Decreto de 8 de Marzo de 1880, aumentando el personal y gastos de la Armada Nacional.....	13
Decreto de 10 de Marzo de 1880, reformando el art. 1º del decreto número 10 de 25 de Enero de 1879, en la parte que se refiere al Batallon de Zapadores.....	15
Circular de 18 de Marzo de 1880, disponiendo la manera con	

	PÁGS.
que los Jefes de los Cuerpos deben remitir á la Secretaría de Guerra las hojas de servicios.....	16
Circular de 20 de Marzo de 1880, disponiendo que los individuos que se separen del Ejército no se den de baja en el Cuerpo ó Corporacion á que pertenezcan, hasta no recibir los documentos requisitados.....	17
Reglamento general del Cuerpo Médico-Militar.....	18
Reglamento para la organizacion del servicio de sanidad en el Ejército y Armada Nacional.....	41
Circular de 29 de Abril de 1880, excitando á las autoridades á quienes corresponda se presten á obsequiar las requisiciones de Etapas para cumplir con el Reglamento respectivo.....	89
Circular de 11 de Mayo de 1880, aclarando el art. 5º del decreto de 10 de Setiembre de 1879, relativo al ascenso de Jefes y Oficiales del Ejército.....	90
Decreto de 12 de Mayo de 1880, reformando el presupuesto de sueldos y gastos del Cuerpo de Artillería.....	90
Decreto de 14 de Mayo de 1880, aumentando la fraccion IV del art. 2º del decreto de 2 de Mayo del mismo año, que creó la planta del Cuerpo Médico-Militar, seis mil trescientos pesos para forrajes de ochenta mulas.....	94
Circular de 18 de Mayo de 1880, disponiendo que los Cuerpos de todas armas remitan en lo sucesivo á la Secretaría de Guerra, un ejemplar más de los documentos que envían en fin de cada mes y tercio de año.....	95
Decreto de 19 de Mayo de 1880, aumentando el personal del Departamento de Infantería.....	95
Decreto de 22 de Mayo de 1880, que dispone que los inutilizados en la guerra contra los norte-americanos, legalmente reconocidos, reciban sus pagas íntegras con entera igualdad á á la fuerza armada.....	96
Reglamento de la Secretaría de Guerra.....	97
Circular de 6 de Julio de 1880, disponiendo que toda firma en los documentos ó comunicaciones oficiales de los individuos	

la aprobacion del Gobierno y de la Cámara Legislativa de la nacion, de la conducta que observé. (1)

He concluido señor Ministro. Multitud de faltas habré cometido en el desempeño del cargo que me confiriera el Supremo Gobierno, respecto de la defensa de la plaza de Zaragoza; pero de esas faltas me escuda la lealtad, honradez y buena fé con que he procedido, y

(1) "Ministerio de Guerra y Marina.—Seccion 1ª.—El C. Presidente se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

EL C. BENITO JUAREZ, Presidente Constitucional de los Estados-Unidos Mexicanos, á sus habitantes, sabed:

Que el Congreso de la Union ha expedido el decreto que sigue:

El Congreso de la Union ha tenido á bien decretar lo siguiente:

Artículo 1.º El ejército de Oriente en la defensa de Puebla de Zaragoza, ha merecido bien de la Patria.

Art. 2.º En el salon de sesiones del Congreso de la Union se colocará esta inscripcion: "Á LOS DEFENSORES DE PUEBLA DE ZARAGOZA, EN 1862 Y 1863, EL CONGRESO DE LA UNION."

Art. 3.º Las familias de los que hayan fallecido ó fallezcan en la presente lucha, peleando contra el enemigo extranjero, disfrutarán por pension vitalicia el haber íntegro que corresponda al grado inmediato superior, respecto del que tenía al morir la persona que representen, cualquiera que haya sido la clase de ésta en el ejército.

Art. 4.º Igual gracia se concede á los mutilados que se inutilicen para el servicio ó para sus ocupaciones ordinarias.

Art. 5.º Quedan exentos de cualquiera contribucion directa personal, por toda la vida, los individuos que se hallaban en Puebla de Zaragoza el 24 y 25 de Abril del presente año, defendiendo la ciudad con las armas, ó prestando algun servicio al ejército.

Art. 6.º Este decreto se publicará por bando nacional en la capital de la República y en los Estados.

Dado en el salon de sesiones del Congreso de la Union en México, á siete de Mayo de 1863.—S. LEEDO DE TEJADA, Diputado presidente.—FRANCISCO BUSTAMANTE, Diputado secretario.—JOAQUIN M. ALCALDE, Diputado secretario."

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento. Palacio del Gobierno Nacional en México, á 7 de Mayo de 1863.—BENITO JUAREZ.—Al C. general Miguel Blanco."

PROPOSICION PRESENTADA POR EL C. DIPUTADO GUILLERMO PRIETO AL CONGRESO DE LA UNION Y APROBADA POR UNANIMIDAD EL 23 DE MAYO DE 1863.

"En prueba de gratitud nacional, se colocará en el salon de sesiones del Congreso, la órden general del Cuerpo de Ejército de Oriente del 17 de Mayo, la nota que el mismo día dirigió el general González Ortega al Gobierno, trascribiendo la que pasó al general Forey, y la respuesta del Ministro de la Guerra."

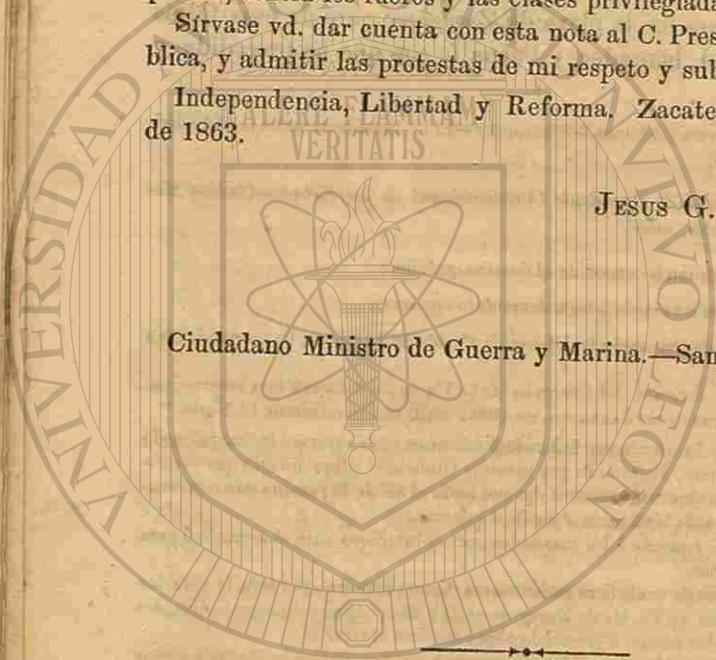
muy especialmente la circunstancia de no ser soldado de profesion, y de que hace poco que los acontecimientos políticos de mi patria, me dieron una espada para defender las libertades y derechos del pueblo, contra los fueros y las clases privilegiadas de México.

Sírvase vd. dar cuenta con esta nota al C. Presidente de la República, y admitir las protestas de mi respeto y subordinacion.

Independencia, Libertad y Reforma. Zacatecas, Setiembre 16 de 1863.

JESUS G. ORTEGA.

Ciudadano Ministro de Guerra y Marina.—San Luis Potosí.



TÁCTICA DE LA ARTILLERÍA DE CAMPAÑA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



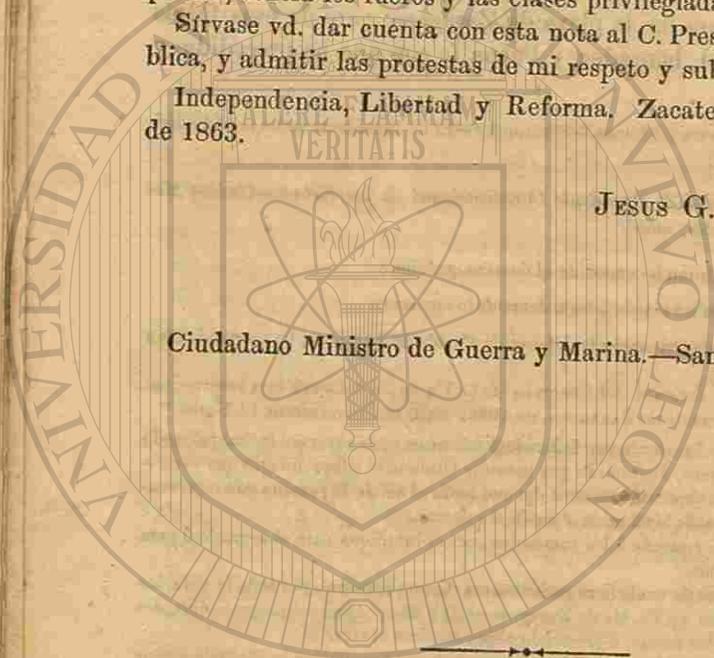
muy especialmente la circunstancia de no ser soldado de profesion, y de que hace poco que los acontecimientos políticos de mi patria, me dieron una espada para defender las libertades y derechos del pueblo, contra los fueros y las clases privilegiadas de México.

Sírvase vd. dar cuenta con esta nota al C. Presidente de la República, y admitir las protestas de mi respeto y subordinacion.

Independencia, Libertad y Reforma. Zacatecas, Setiembre 16 de 1863.

JESUS G. ORTEGA.

Ciudadano Ministro de Guerra y Marina.—San Luis Potosí.

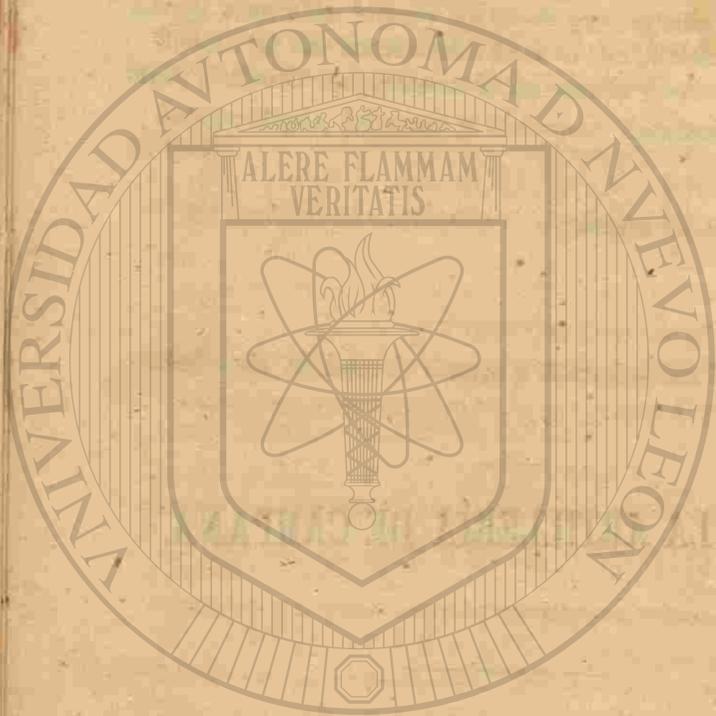


TÁCTICA DE LA ARTILLERÍA DE CAMPAÑA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





REPÚBLICA MEXICANA

BIBLIOTECA DE LA SECRETARÍA DE GUERRA Y MARINA

SEGUNDA SERIE.

ESTUDIOS

SOBRE LA

Táctica de la Artillería de Campaña,

POR

A. VON SCHELL,

Teniente Coronel
y Jefe del Estado Mayor General de la Inspección general
de la artillería prusiana.

OBRA TRADUCIDA DEL ALEMÁN AL FRANCÉS

POR C. CAPETTE,

MAYOR DE ARTILLERÍA BELGA.

(TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

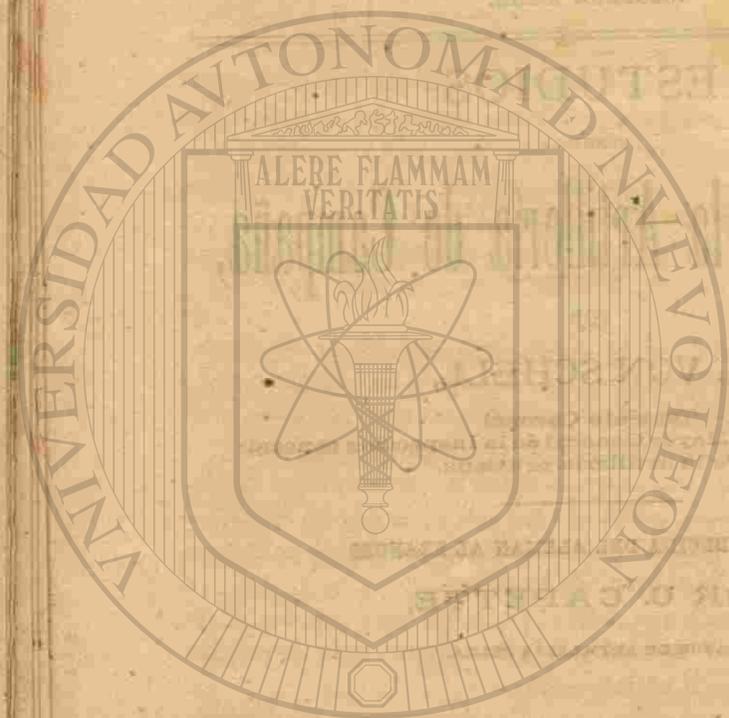
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.

TIPOGRAFÍA DE GONZALO A. ESTEVA.

Calle de San Juan de Letran, núm. 6.

1881.



PRÓLOGO.

Publicamos estos estudios con el objeto de ver establecida la táctica aplicada de la artillería de campaña, según las experiencias de la última guerra, y para ponerla de acuerdo, así con las nuevas prescripciones reglamentarias como con los progresos más recientes.

Cuando se examinan con atención todas las publicaciones militares de estos últimos años, acaba uno por reconocer que no es fácil—al estudiar la historia de la guerra—separar las reglas de las excepciones, apartar el buen grano de la cizaña.

Sobre todo, nos parece que, bajo el punto de vista práctico, necesario es tratar con más claridad y mayor extensión todo lo relativo al empleo de la artillería en la guerra.

En estos estudios, nos sujetaremos rigurosamente al Reglamento de ejercicios para la Artillería de campaña, expedido el 23 de Agosto de 1877.

Léjos de pretender que sean irreputables nuestros argumentos, debemos—por el contrario—declarar, desde ahora, que sólo escribimos estudios, y que evitamos á nuestros lectores á meditar con nosotros sobre la táctica de nuestra arma, exhortándolos á que con nosotros, cooperen á perfeccionarla. Trataremos de averiguar cuáles son las condiciones *normales* del combate, y estableceremos las *formaciones típicas* que á esas circunstancias normales convengan. Bien sabemos que esas circunstancias y esas formaciones se modifican en cada combate particular y según cada disposición especial del campo de batalla; así es que los tipos de formaciones que pro-

ponemos no son aplicables á todos los combates ni á todos los terrenos. La imágen que bosquejamos debe ser examinada por ojos inteligentes; las formaciones que proponemos no son invariables; deben adaptarse, con conocimiento de causa, á cada circunstancia particular.

Hemos procurado hacer interesante nuestro trabajo para los oficiales de infantería y de caballería; pero sin embargo, no nos era dado dispensarnos de tratar con alguna profundidad lo relativo á las obligaciones que incumben á los comandantes de artillería. Estos deberes se relacionan muy de cerca con la esencia misma de nuestra arma; los servicios que se pueden exigir de la artillería no podrían determinarse bien, sino penetrándose perfectamente del espíritu de dicha arma.

Al fin de nuestros estudios mencionaremos la manera de instruir á la artillería en el tiro, pues, aunque—á decir verdad—esto no es un estudio de táctica, lo damos, no obstante, porque esta instrucción está ligada íntimamente con el empleo de nuestra arma en la guerra.

INTRODUCCION.

Desde que las armas de fuego han alcanzado una importancia mayor que la que ántes tenían, desde que son ellas las que dominan en el campo de batalla, también la artillería ha visto crecer su influencia. Esta arma, cuyo origen data desde la invención de la pólvora, es, sin embargo, todavía hoy, una arma jóven; su independencia aumenta cada día, y siempre que las armas de fuego alcanzan un nuevo desarrollo, también la artillería ve acrecentarse su influencia. Esto no necesita demostrarse: los servicios que ha prestado la artillería, en la guerra de 1870, prueban evidentemente que esta arma se ha despojado de una manera completa, de sus antiguas propiedades. Ya no es como en tiempos pasados, una arma exclusivamente auxiliar de las otras: ha probado ser capaz de resolver por sí sola, en circunstancias particulares, ciertos problemas de guerra; y hasta ha llegado á poder decidir, por sí sola también, varias operaciones tácticas.

No queremos decir con esto que la artillería haya llegado á convertirse en una arma absolutamente independiente; para ello le falta el elemento esencial en el combate á corta distancia, el choque de las armas blancas. Nunca llegará la artillería á una independencia completa, porque esta propiedad es contraria á las ideas que han presidido á su creación y á su constitución íntima.

No obstante, la artillería al aumentar su independencia, ha levantado á tal altura su importancia táctica, que ha venido á ser para el general en jefe, un medio para forzar al combate á desarrollarse

en sus grandes líneas tal como lo proyectara. Esta arma le permite obrar á cada instante, en la marcha de la lucha, ejerciendo, en el resultado de ella, la influencia que legítimamente le corresponde.

Con frecuencia ofrece la artillería variados medios para alcanzar el fin propuesto en una operación, en un tiempo más corto y con menores pérdidas. En efecto, la esfera de acción de la artillería es muy extensa; á las más considerables distancias conserva todavía su fuerza destructora; es el arma que menos se deteriora en el combate; la que menos se abate por las influencias morales; finalmente, la que está más al alcance del general en jefe, una vez empeñada, y por más diseminada que se encuentre en el campo de batalla, á pesar de que puede encontrarse en las circunstancias más difíciles.

Por lo expuesto se verá que muy bien puede considerarse á la artillería de campaña, como *el regulador de la lucha*; y sería desconocer todo el valor de esta arma poderosa, querer reputarla exclusivamente como auxiliar de la infantería.

Con frecuencia hemos oído decir que la artillería de campaña no tiene táctica propia, que el empleo de esta arma no presenta en lo absoluto, interés alguno para las demás; y que verdaderamente, no es más que una arma auxiliar. Nosotros tenemos una opinión enteramente opuesta; la artillería, lo mismo que las demás armas, no debe carecer de un cuerpo de doctrina que arregle de la manera más juiciosa sus formaciones, sus movimientos y sus posiciones en el campo de batalla. No sólo no es indiferente, ni carece de interés, sino que por el contrario, es sobre manera importante conocer sus medios de acción y saber como debe hacerlos obrar en el combate. La táctica de la artillería de campaña es relativamente sencilla, es verdad; así, por ejemplo, esta arma no conoce más que una sola manera de combatir: la línea desplegada. Pero esto no quiere decir que la táctica de ella no necesite de reglas.

Los autores que han tratado las cuestiones de táctica, callan, por lo general, todo lo concerniente á la artillería, ó cuando menos, examinar la táctica de esta arma con menor cuidado que la de las otras tropas. Esto no prueba tampoco, que la artillería no necesite de reglas de táctica. Tal vez debiéramos esperar que las demás armas hayan realizado, cuando menos en parte, los cambios que tratan de

introducir en su manera de combatir, porque en dichas armas, la necesidad de cambiar su táctica, se ha hecho sentir de una manera marcadísima. Por eso creemos que por ahora, bastará establecer para la táctica de artillería, los *principios generales* que resultan de la experiencia que nos proporciona la guerra de 1870.

Para apreciar en su justo valor las lecciones de esa campaña, no debe olvidarse que la artillería fué empleada en ella en circunstancias especialísimas: nuestra infantería estaba armada con un fusil inferior en calidad al del enemigo, mientras que la artillería de éste distaba mucho de valer tanto como la nuestra. (1) Sobre todo, en el segundo período de la campaña, fué cuando se empleó la artillería de una manera especial; y podrían deducirse consecuencias enteramente erróneas, si se consideráran como condiciones normales las experiencias hechas en circunstancias extraordinarias.

La guerra había tomado un sesgo tan particular, que las experiencias adquiridas durante este período, deben ser consideradas siempre, como verdaderas excepciones.

Por esta razón, la táctica de la artillería no debe establecerse según los experimentos hechos durante el segundo período de la campaña; y sólo deben tomarse en consideración los resultados obtenidos en la primera parte de ella, que, por cierto, presenta también condiciones excepcionales. Además, necesario será adaptar la táctica de la artillería de campaña á los cambios que las otras armas han introducido en su manera de combatir.

Para establecer los principios tácticos de una arma cualquiera, preciso es no tomar en consideración, exclusivamente, las exigencias, que son siempre más ó menos especiales á esa arma en particular; porque la fuerza y el valor de una combinación de guerra no descansan sobre la táctica especial de una sola arma, sino en *el empleo combinado de las tres armas, obrando de concierto hacia un fin común*. Querer basar la táctica de la artillería exclusivamente sobre las instrucciones de la infantería, es renunciar, desde luego, á una gran parte del valor intrínseco de la artillería en los momentos decisivos del combate. Esto no quiere decir, enteramente, que sólo se deban tener presentes las exigencias de la artillería para estable-

(1) Téngase presente que el autor de esta obra pertenece al ejército alemán.—N. del T.
ARTILLERÍA.—2.

cer la táctica de las demas armas. La artillería de campaña, á pesar de que ha aumentado su independencía, es incapaz, como lo era ántes, de combatir aisladamente; por lo mismo, muchas prescripciones que podrian ser especialmente favorables á la artillería, deben hacerse á un lado ante las exigencias de la táctica general.

La infantería y la caballería hacen grandes esfuerzos para establecer *tipos de formaciones tácticas en el combate*; la artillería debe empeñarse tambien en constituir sus formaciones normales. Las inteligencias superiores pueden prescindir de esos tipos, en las condiciones ordinarias de la lucha; pero para la mayor parte de los jefes de artillería *son indispensables*. Nuestra artillería, en la guerra de 1870, alcanzó incomparables laureles, sin la ayuda de esas formaciones; pero no debemos olvidar que, en dicha guerra, nos encontramos delante de baterías ménos numerosas y tambien ménos instruidas que las nuestras, y que ese caso no volverá á presentarse en guerras futuras.

Los principios, en cierta manera elásticos y aplicables á todos los casos, no son suficientes: necesitase, ademá, establecer LAS FORMAS TÁCTICAS que convenga; y que no se encontrarían en los momentos apremiantes; es preciso por lo mismo, hacer que esas formaciones *entren en nuestras costumbres*. Es evidente que no se puede dar una formacion aplicable á todas las circunstancias, (esto embrollaría toda la situacion, en vez de aclararla); pero sí puede establecerse, muy bien cuál sea el tipo que deba adoptarse en circunstancias normales, que pueda adaptarse mejor á la marcha del combate de las otras armas, y que por consiguiente, presente el medio más favorable para sobreponerse á las dificultades particulares.

PRIMERA PARTE.

La artillería divisionaria en el combate de la division de infantería.

PRIMERA SECCION.

TÁCTICA DE LA ARTILLERÍA DIVISIONARIA.

Para precisar bien las diferentes faces del combate, y para arreglar el empleo de la artillería, segun los principales momentos de la accion, parécenos conveniente dividir el campo de batalla en tres zonas, segun los efectos del fuego de la defensa.

La primera zona comienza desde el momento en que el asaltante llega á colocarse al alcance *eficaz* de la artillería; es decir, á unos 2,400 metros de las baterías de la defensa. Esta zona se extiende hasta el punto en que se llega á quedar al alcance *muy eficaz* de dicha artillería, que es tambien aquel en que la infantería comienza á tener *algunas probabilidades de alcanzar con su fuego*; es decir, á unos 1,500 metros de la posicion que se defiende. Cuando la artillería y la infantería de la defensa están á la misma altura, esta zona presenta una profundidad de 900 metros; si el defensor destaca su infantería á unos 300 metros adelante de su artillería, esta zona disminuye en otro tanto.

En dicha zona, el asaltante no debe tener, salvo algunas raras excepciones, más que á los fuegos de artillería; por consiguiente, en ella es donde tendrá verificativo el combate de artillería.

cer la táctica de las demas armas. La artillería de campaña, á pesar de que ha aumentado su independencian, es incapaz, como lo era ántes, de combatir aisladamente; por lo mismo, muchas prescripciones que podrian ser especialmente favorables á la artillería, deben hacerse á un lado ante las exigencias de la táctica general.

La infantería y la caballería hacen grandes esfuerzos para establecer *tipos de formaciones tácticas en el combate*; la artillería debe empeñarse tambien en constituir sus formaciones normales. Las inteligencias superiores pueden prescindir de esos tipos, en las condiciones ordinarias de la lucha; pero para la mayor parte de los jefes de artillería *son indispensables*. Nuestra artillería, en la guerra de 1870, alcanzó incomparables laureles, sin la ayuda de esas formaciones; pero no debemos olvidar que, en dicha guerra, nos encontramos delante de baterías ménos numerosas y tambien ménos instruidas que las nuestras, y que ese caso no volverá á presentarse en guerras futuras.

Los principios, en cierta manera elásticos y aplicables á todos los casos, no son suficientes: necesitase, ademias, establecer LAS FORMAS TÁCTICAS que convenga; y que no se encontrarían en los momentos apremiantes; es preciso por lo mismo, hacer que esas formaciones *entren en nuestras costumbres*. Es evidente que no se puede dar una formacion aplicable á todas las circunstancias, (esto embrollaría toda la situacion, en vez de aclararla); pero sí puede establecerse, muy bien cuál sea el tipo que deba adoptarse en circunstancias normales, que pueda adaptarse mejor á la marcha del combate de las otras armas, y que por consiguiente, presente el medio más favorable para sobreponerse á las dificultades particulares.

PRIMERA PARTE.

La artillería divisionaria en el combate de la division de infantería.

PRIMERA SECCION.

TÁCTICA DE LA ARTILLERÍA DIVISIONARIA.

Para precisar bien las diferentes faces del combate, y para arreglar el empleo de la artillería, segun los principales momentos de la accion, parécenos conveniente dividir el campo de batalla en tres zonas, segun los efectos del fuego de la defensa.

La primera zona comienza desde el momento en que el asaltante llega á colocarse al alcance *eficaz* de la artillería; es decir, á unos 2,400 metros de las baterías de la defensa. Esta zona se extiende hasta el punto en que se llega á quedar al alcance *muy eficaz* de dicha artillería, que es tambien aquel en que la infantería comienza á tener *algunas probabilidades de alcanzar con su fuego*; es decir, á unos 1,500 metros de la posicion que se defiende. Cuando la artillería y la infantería de la defensa están á la misma altura, esta zona presenta una profundidad de 900 metros; si el defensor destaca su infantería á unos 300 metros adelante de su artillería, esta zona disminuye en otro tanto.

En dicha zona, el asaltante no debe tener, salvo algunas raras excepciones, más que á los fuegos de artillería; por consiguiente, en ella es donde tendrá verificativo el combate de artillería.

La segunda zona se extiende desde 1,500 metros hasta 640, poco más ó ménos, de la infantería de la defensa, y cuando el asaltante llega á esta última distancia, se encontrará *bajo el fuego eficaz y preciso de las armas portátiles.*

En esta zona, el fuego de la artillería de la defensa es sumamente mortífero, y el de la infantería produce ya también mucho efecto. Antes de hacer entrar á la infantería asaltante en esta zona de 860 metros de profundidad, habrá sido necesario apagar los fuegos de la mayor parte de las baterías de la defensa, pues la artillería del asaltante debe haber preparado, con su fuego, el ataque decisivo de la infantería.

En fin, la tercera zona comienza desde 640 metros hasta el lugar en que ambos adversarios traben el combate cuerpo á cuerpo: esta es la esfera de acción de los fuegos más peligrosos, de los tiros precisos de la infantería de la defensa.

CAPÍTULO I.

ATAQUE.

I.—PRELIMINARES DEL COMBATE.

Esta faz de combate incumbe á las tropas de la vanguardia, y el aspecto general de él es el de sondear ó pulsar al enemigo.

La caballería de la vanguardia arrolla á las patrullas de la caballería enemiga: se extiende al frente para averiguar ó asegurarse de que el enemigo se ha parado y del lugar en que se encuentra; y, para penetrar los proyectos de aquel, procura flanquearlo. Sin embargo, la caballería sola no puede desempeñar toda la misión de la vanguardia; ésta debe sondear la posición de la defensa en todo lo relativo á su extensión, á su solidez y á la importancia de los puntos inmediatos á aquella; debe ver en qué se ocupa, qué es lo que está haciendo, y cuáles son las fuerzas del adversario. La defensa, que tiene interés en mantener alejado al asaltante de la posición, lanza,

á puestos avanzados, subdivisiones de infantería, con el objeto de que su adversario continúe ignorando, durante el mayor tiempo posible, cuáles son sus fuerzas y su disposición. La infantería de la vanguardia es la que debe arrollar á esos débiles puestos avanzados: entónces, avanza toda la vanguardia contra la probable posición principal de la defensa, hasta tanto no encuentra la primera resistencia seria. Establécese sólidamente la vanguardia en esa posición, en la que emprende un combate flojo. No despliega cierta energía en su ataque, sino cuando se trata de apoderarse de puntos importantes situados adelante de la principal posición del adversario. Por lo general, esos puntos son defendidos muy debilmente; pero es preciso tomarlos, y á veces hay que ocuparlos de una manera sólida, previendo una vuelta ofensiva del contrario; en este caso, la vanguardia tendrá que oponer muy á menudo, una tenaz resistencia.

Véamos cómo, la batería de vanguardia, debe apoyar á su infantería, para ayudarla á cumplir con las misiones descritas más arriba.

En vista de avisos recibidos de la caballería, el comandante de la vanguardia se decide á avanzar; practica un primer reconocimiento, acompañado del comandante de la artillería y le da orden de colocar inmediatamente á su batería en posición. Entre tanto, la infantería, que se encuentra aún fuera de la primera zona de combate, opera su despliegue.

Las subdivisiones de infantería que destaca el enemigo á los puestos avanzados, obligan, por lo general, á la batería de vanguardia á tomar su primera posición más allá de la primera zona: en todo caso, no puede aproximarse á esos destacamentos á ménos de 1,500 metros.

En esta posición, y en general, en la primera zona de combate, los puntos más favorables del terreno se dejan á la artillería; las otras armas deben arreglarse por ella. En esta zona, no se trata de librar el combate decisivo de la infantería; pero sí es absolutamente preciso que en ella termine la lucha de la artillería.

A menudo podrá la batería tomar posición á un lado y no lejos de la calzada por la cual avance la vanguardia. Ese sitio presenta dos ventajas: en primer lugar, la batería puede seguir el camino hasta el momento de entrar en posición; luego, sus flancos son protegidos

con mayor facilidad y rapidez por la infantería que la sigue. Tampoco se trata aquí de buscar por medio de hábiles movimientos, un lugar desde el que se coja de flanco al enemigo; todavía no está bien determinada la posición del adversario. Lo que sencillamente se necesita es cubrir el despliegue de la infantería, *tomando posición precisamente adelante del frente*, preparando en seguida la marcha futura contra los destacamentos enemigos que ocupan los puestos avanzados.

Entre tanto, *la infantería* de la vanguardia se ha desplegado; toma en seguida su formación de combate y va á colocarse en una de las alas de la batería; arrolla á los destacamentos enemigos; avanza contra la probable posición principal de la defensa, de manera que pueda reconocerla bien, y hasta que no encuentre una primera resistencia.

La *batería* de vanguardia, por lo común, nada tiene que temer de los fuegos de artillería, porque ha podido desplegarse á cubierto; prepara, con su fuego, la marcha de la infantería; apoya sus movimientos, mientras la defensa no hace uso de sus piezas para impedir su aproximación. Entonces la batería dirige su fuego contra la artillería enemiga, para apartar sus disparos de su propia infantería. Luego que la segunda línea de la infantería de vanguardia ha llegado á su altura, avanza hasta la primera zona de combate, evitando, sin embargo, aproximarse á la artillería contraria á una distancia *decisiva*. Mantiénese, pues, á unos 2,400 metros de las baterías de la defensa, para no sucumbir bajo el fuego de una artillería superior.

Los avances de la infantería tienen que contenerse, á poco, ante una numerosa artillería; ya, en la primera zona, tuvo que pararse varias veces; raras veces llega á franquearla: es, pues, preciso, entonces, hacer entrar en línea á la *artillería del grueso*. Generalmente, ya en este momento se ve que el enemigo se para, y que se está delante de grandes subdivisiones de tropa.

II.—COMBATE CONTRA LA ARTILLERÍA DE LA DEFENSA.

El comandante de la división, en virtud de avisos recibidos de la vanguardia, avanza á la primera línea para hacerse cargo, por sus propios ojos, de la situación; tan luego como se convence de que el enemigo espera á pié firme, ordena al comandante del grupo divisionario, que se encuentra á su lado, que haga avanzar á las baterías del grueso para batir á la artillería enemiga. Al mismo tiempo, hace avisar al grueso, si es que ya no lo ha hecho antes, para que se desplegue fuera de la primera zona de combate, procurando, hasta donde sea posible, cubrirse. En cuanto á la dirección en que deberá operar el grueso, más adelante, se deja todavía en suspenso esta cuestión.

Necesario es, desde luego, avanzar la artillería del grueso, para proteger ó cubrir el despliegue, así como para forzar al adversario á que descubra las baterías que pudiera tener aún ocultas; porque es preciso batirlas antes de empeñar el grueso de la infantería. Es absolutamente indispensable *apagar los fuegos de la artillería enemiga, antes de emprender el ataque decisivo con la infantería*.

Todas las baterías del grueso deben avanzar en línea, porque la artillería del ataque *nunca es demasiado fuerte*; es importantísimo tanto cuanto sea posible, oponer al enemigo un número *superior* de piezas, asegurando desde luego una ventaja ó superioridad real. Sería una falta conservar en la reserva á las baterías, podría dar margen á una próxima derrota. Por lo demás, no hay por qué temer, absolutamente, el indicar al enemigo, con aquel despliegue, el sitio hácia el cual el grueso ha de dirigir su principal choque, supuesto que esta cuestión aun no ha sido decidida en aquel momento.

Si se ha tenido cuidado de repartir las baterías, en la columna de marcha, lo más cerca posible de la cabeza del grueso, se las tiene á la mano para hacerlas avanzar. Preciso es también que la órden del comandante de la división indique claramente á la artillería si debe tomar posición á la derecha ó á la izquierda de la vanguardia, ó de su batería, llegado el caso. El sitio de las baterías depende del ala sobre que vaya á desplegarse más tarde la infantería del

grueso; si este despliegue no se ha decidido enteramente, *debe uno imaginarse, poco más ó ménos, donde tendrá verificativo.*

Cuando sigue su curso regular un combate, la artillería se coloca, naturalmente *hacia el medio del frente* que debe ocupar la division, de manera que, las más de las veces, se encuentra la artillería *entre la vanguardia y el grueso* de las tropas.

Si la batería de vanguardia se encuentra ya en el flanco conveniente de la infantería, el agrupamiento, tan de desearse de todas las baterías de la division, se restablece por sí sólo. Por el contrario, si la batería ocupa el ala opuesta, el comandante de la division debe cuidar en el curso ulterior del combate, de que se reúnan sus baterías en posiciones situadas adelante, tan luego como el espacio y el fin que se propone el combate permitan ejecutar esa concentracion.

La "batería" no es ya más que "la unidad del combate," "el grupo" se ha convertido en "unidad táctica;" debemos acostumbrarnos á *considerar el grupo como cosa inseparable en el combate.* Sólo entonces estaremos seguros de que haya unidad en la accion de toda la artillería puesta á disposicion de una division.

El comandante de la division debe cuidar, de una manera particularísima, que no se den órdenes distintas á la batería de vanguardia; de otra suerte, esa batería recibirá órdenes de todos, cuando no se tenga cuidado de indicar de una manera clara, la autoridad que haya de dárselas única y exclusivamente. Así es que la batería no debe abandonar, *jamás, por sí sola,* su liga, su comunicacion, con su vanguardia, para volver á ocupar su puesto en su grupo. Siempre es indispensable *una orden especial* para que lo haga; solamente el comandante de la division puede juzgar si, teniendo en cuenta las misiones prescritas al comandante de la vanguardia, será necesario ó no que permanezca la batería á sus órdenes por más tiempo.

Los combates de la campaña de 1870, prueban sobradamente que la posicion natural de la artillería divisionaria debe ser *hacia el medio del frente* de la division. Pretencioso es y difícil de ejecutarse, querer tomar posicion *en una ala.* Cuando la artillería se destaca de repente, lejos, por el lado de la vanguardia, se encuentra en el aire, cubierta solamente por la caballería; está expuesta á los ataques del enemigo, ántes de que el grueso pueda sostenerla, pues no

si quiere resistirlas con éxito. A medida que la infantería del ataque avanza más, el fuego se hace más vivo; aún llega á alcanzar una violencia atronadora. Las fases del combate, que entonces se suceden con rapidez, el tiempo relativamente corto que emplea la infantería asaltante en recorrer la segunda y la tercera zona, obligan al defensor á hacer su fuego más violento, no sólo el de su infantería, sino tambien el de toda la artillería, que esté todavía en aptitud de tirar.

Las piezas que hasta entonces han podido sostener el combate contra la artillería del ataque, y las que estaban prontas á operar de improviso, en estos momentos del combate, concentran entonces su fuego, exclusivamente, contra la infantería asaltante. Trátase de romper sus filas mientras avanza al asalto; preciso es que, al llegar á corta distancia de nuestra infantería, esté en la incapacidad más absoluta de poder producir el menor choque. Toda la artillería de la defensa debe esforzarse por llenar esta mision, sin preocuparse por las pérdidas que pudieran hacerse experimentar; debe sostenerse de una manera inquebrantable hasta el último momento, aún cuando tuviera que verse aniquilada. Todas las piezas que puedan ponerse en estado de tirar, se llevan al lugar de esta lucha suprema, los sirvientes de reserva se mantienen cerca de sus piezas, para cubrir las bajas que van ocurriendo.

La artillería no abandona su posicion sino en virtud de una formal orden del general en jefe.

CAPÍTULO III.

RETIRADA.

Cuando se efectúa la retirada despues de que el asaltante ha sido rechazado en su ataque, ó cuando el defensor no ha podido resistir al asalto; finalmente, cuando es *involuntaria,* pocas disposiciones hay que tomar.

En el caso de un ataque desgraciado, la artillería protege á la infantería.—5.

fantería arrollada, como ya lo hemos prescrito más ántes; procura contener, con su fuego, á un enemigo demasiado tenaz. En esos instantes críticos del combate no debe ejecutar movimiento alguno de retirada, sin órden expresa del general en jefe; mucho menos debe pensar en salvar sus piezas. La experiencia de la guerra demuestra que los antiguos cañones eran ya perfectamente capaces de rechazar, sólo con su fuego, un ataque de infantería, conteniendo su persecucion; los efectos fulminantes de las nuevas piezas de campaña producirán, pues, esos resultados con mayor facilidad.

En la segunda hipótesis, cuando el defensor ha sido arrojado de su posicion, no puede restablecerse el equilibrio perdido sino es poniendo en acción reservas de refresco; la baterías que continúan la lucha no pueden sustraerse á una ruina completa sino es con la entrada en línea de esas reservas.

Pero, en ambos casos, cuando el general *ordena la retirada*, la artillería hace un movimiento hácia atras, completamente desplegada, al paso y unida con su infantería; momentáneamente contiene con su fuego á un enemigo, que llegaría á hacerse más insistente.

La artillería estará todavía en perfecta aptitud de prestar estos servicios; sale de la lucha precedente tanto menos deteriorada cuanto que sus ligas ó lazos tácticos no han experimentado la misma dislocacion, ni el mismo relajamiento que los de las otras armas. La pieza, propiamente dicha, no sufre la menor influencia moral; permanece capaz de combatir, mientras haya hombres que la sirvan; puede seguir moviéndose mientras haya caballos que la arrastren. Las baterías salen, pues, de los combates más violentos y más largos, sin cesar de ser capaces de sostener la lucha, con tal de que puedan ser reparadas las pérdidas experimentadas por los sirvientes y por los tiros, y de que puedan ser renovados los repuestos de los avantrenes. La artillería queda, pues, todavía, á disposicion del general en estas retiradas; es perfectamente capaz de procurar un nuevo respiro á la infantería que se retira, de romper las intermitencias de la lucha, y de impedir que la retirada degenera en huida desordenada.

Para concluir, consideremos ahora los casos en que se verifica la retirada *voluntariamente*.

Cuando comienza la retirada *antes de que haya habido un contacto sério entre los dos adversarios*; cuando el asaltante no puede obrar de una manera decisiva sobre la retirada de los defensores, la artillería, que ya tomó posicion á retaguardia la cubrirá ó protegerá con su fuego.

Ya hemos examinado un caso semejante, en el capítulo II, cuando los destacamentos de infantería, (lanzados adelante de la línea de defensa, una vez cumplida su mision), se han replegado á tiempo y sin exponerse á un combate sério hácia la posicion principal.

Partidas de una vanguardia, y á veces una vanguardia entera, deberá ejecutar retiradas de esta especie en un ataque de posicion. Por ejemplo, dos adversarios se ponen en movimiento avanzando, al mismo tiempo; chocan vanguardia contra vanguardia; uno de ellos juzga conveniente resistir á su contrario en una posicion más favorable, situada atras; obrará cuerdamente, despues de haber desplegado en ella el grueso de su fuerza, llamando igualmente allí á su vanguardia, bajo la proteccion de sus baterías.

Las retiradas voluntarias se hacen con mayor dificultad cuando tienen que comenzar *despues de que un combate sério se haya trabado*. Vamos á examinar, de cerca, cómo debe concurrir ó cooperar á esas retiradas la artillería.

Precisamente de una retirada semejante se trata cuando la division tiene que cubrir la marcha de una mayor parte del ejército; cuando opera por consiguiente á manera de retaguardia; ó tambien, cuando la division no tiene por mision *empeñarse á fondo*, sino atraer al adversario, evitando el combate; ó, por último, cuando la superioridad numérica del enemigo se manifiesta de una manera evidente, en el curso de una accion, cuando la lucha trabada, (no aproximándose todavía al período decisivo), hace ver que aun es tiempo de rehusar el combate.

Cuando una division, á la defensiva, ha ejecutado "los preliminares del combate" y ha terminado "la lucha de artillería," como las hemos expuesto anteriormente, y cuando, en vez de tomar las disposiciones necesarias para "rechazar el ataque decisivo de la infantería enemiga," quiere emprender una "marcha en retirada," su general, para asegurar este movimiento, envía inmediatamente una

parte de sus tropas á una *posicion de socorro*, situada hácia atras; designa para eso á la infantería de la segunda y de la tercera línea. Debe prescribir tambien, además, qué parte de la artillería divisionaria sea la que ocupe la posicion de socorro; por lo comun, son las dos baterías, que ménos falta pueden hacer en primera línea. Como es importante que estas baterías entren desde luego en accion, el comandante de la division, teniendo en cuenta la direccion de la retirada que hay que ejecutar, previene á las tropas que permanecen todavía cerca del enemigo, que la artillería va á tomar posicion en una ala, y que ellas tendrán que descubrirla lo más pronto posible.

Todas estas precauciones, que tienden á asegurar el buen orden en una retirada, deben ser tomadas de antemano, cuando el asaltante se dispone á ejecutar el ataque decisivo de infantería; estos preparativos deben estar terminados, lo más tarde, cuando las tropas enemigas comiencen á avanzar. A menudo se llega á ejecutarlos, sin que lo sepa el adversario, que no llega á conocerlos sino despues de haber penetrado en la posicion.

Las demas baterías y la infantería de la primera línea mantienen el contacto con el enemigo, á fin de ocultar la retirada. Si el ataque decisivo de la infantería estuviese á punto de comenzar, si llegara uno á encontrarse en la necesidad de tener que resistir á él, haría muy mal retirando de su posicion todas las baterías al mismo tiempo. Las baterías que permanecieron delante del enemigo se retiran con la infantería: la acompañan, á la altura del grueso de la primera línea, en un frente desplegado al paso, siempre prontas á rechazar, con la ayuda de la infantería, al enemigo que llegara á ser demasiado insistente. El movimiento de retirada se suspende, pues, de tiempo en tiempo; pero es preciso continuarlo tan pronto como se ha rechazado la fuerte presion del adversario.

La primera línea se retira de este modo hasta la posicion de reunion; allí, con la ayuda de las tropas ya apostadas, rechaza al asaltante. Al general en jefe toca aprovechar los momentos de respiro que presenta la lucha, para continuar el movimiento de retirada, así interrumpido, y tomar de nuevo las mismas disposiciones.

Se obra del mismo modo cuando se trata de operar la retirada, voluntariamente, de la retaguardia de una division de infantería.

Si se encuentra uno en circunstancias difíciles, si juzga necesario reforzar los medios de resistencia, es favorable; á veces, agregar dos baterías á la retaguardia.

SECCION SEGUNDA.

DEBERES DEL COMANDANTE DE LA ARTILLERÍA.

Despues de haber bosquejado, á grandes rasgos, en la seccion precedente, la manera general de emplear la artillería divisionaria, pasemos ahora al exámen de todos los medios á propósito, para asegurar á la artillería igual mision en el combate.

CAPÍTULO I.

CONDUCTA QUE, EN GENERAL, DEBE OBSERVAR EL COMANDANTE DE ARTILLERÍA.

El reglamento de ejercicio para la artillería de campaña, de 1877, se expresa en el § 3 del título IV, de la manera siguiente: "El comandante de la artillería acompaña al comandante superior de las tropas durante el reconocimiento del terreno propio y el del enemigo, (es decir, ántes de que las baterías entren en accion), á fin de recibir sus órdenes en lo concerniente á la artillería. Pero luego que comienza el combate, esto es, cuando las baterías entran en línea, toma personalmente el mando de su tropa. Durante la accion, el comandante en jefe debe tenerlo constantemente al corriente de sus propias intenciones, dándole todas las instrucciones necesarias."

parte de sus tropas á una *posicion de socorro*, situada hácia atras; designa para eso á la infantería de la segunda y de la tercera línea. Debe prescribir tambien, además, qué parte de la artillería divisionaria sea la que ocupe la posicion de socorro; por lo comun, son las dos baterías, que ménos falta pueden hacer en primera línea. Como es importante que estas baterías entren desde luego en accion, el comandante de la division, teniendo en cuenta la direccion de la retirada que hay que ejecutar, previene á las tropas que permanecen todavia cerca del enemigo, que la artillería va á tomar posicion en una ala, y que ellas tendrán que descubrirla lo más pronto posible.

Todas estas precauciones, que tienden á asegurar el buen orden en una retirada, deben ser tomadas de antemano, cuando el asaltante se dispone á ejecutar el ataque decisivo de infantería; estos preparativos deben estar terminados, lo más tarde, cuando las tropas enemigas comiencen á avanzar. A menudo se llega á ejecutarlos, sin que lo sepa el adversario, que no llega á conocerlos sino despues de haber penetrado en la posicion.

Las demas baterías y la infantería de la primera línea mantienen el contacto con el enemigo, á fin de ocultar la retirada. Si el ataque decisivo de la infantería estuviese á punto de comenzar, si llegara uno á encontrarse en la necesidad de tener que resistir á él, haría muy mal retirando de su posicion todas las baterías al mismo tiempo. Las baterías que permanecieron delante del enemigo se retiran con la infantería: la acompañan, á la altura del grueso de la primera línea, en un frente desplegado al paso, siempre prontas á rechazar, con la ayuda de la infantería, al enemigo que llegara á ser demasiado insistente. El movimiento de retirada se suspende, pues, de tiempo en tiempo; pero es preciso continuarlo tan pronto como se ha rechazado la fuerte presion del adversario.

La primera línea se retira de este modo hasta la posicion de reunion; allí, con la ayuda de las tropas ya apostadas, rechaza al asaltante. Al general en jefe toca aprovechar los momentos de respiro que presenta la lucha, para continuar el movimiento de retirada, así interrumpido, y tomar de nuevo las mismas disposiciones.

Se obra del mismo modo cuando se trata de operar la retirada, voluntariamente, de la retaguardia de una division de infantería.

Si se encuentra uno en circunstancias difíciles, si juzga necesario reforzar los medios de resistencia, es favorable; á veces, agregar dos baterías á la retaguardia.

SECCION SEGUNDA.

DEBERES DEL COMANDANTE DE LA ARTILLERÍA.

Despues de haber bosquejado, á grandes rasgos, en la seccion precedente, la manera general de emplear la artillería divisionaria, pasemos ahora al exámen de todos los medios á propósito, para asegurar á la artillería igual mision en el combate.

CAPÍTULO I.

CONDUCTA QUE, EN GENERAL, DEBE OBSERVAR EL COMANDANTE DE ARTILLERÍA.

El reglamento de ejercicio para la artillería de campaña, de 1877, se expresa en el § 3 del título IV, de la manera siguiente: "El comandante de la artillería acompaña al comandante superior de las tropas durante el reconocimiento del terreno propio y el del enemigo, (es decir, ántes de que las baterías entren en accion), á fin de recibir sus órdenes en lo concerniente á la artillería. Pero luego que comienza el combate, esto es, cuando las baterías entran en línea, toma personalmente el mando de su tropa. Durante la accion, el comandante en jefe debe tenerlo constantemente al corriente de sus propias intenciones, dándole todas las instrucciones necesarias."

En consecuencia, luego que las baterías entran en acción, las relaciones *directas* del comandante de la artillería con el general en jefe cesan. Esta disposición nos parece acertada, porque traza netamente sus relaciones recíprocas. La dirección y manejo de las baterías dominan, con razón, á todas las demás consideraciones; tendrían que sufrir, y de hecho se resentirían, si todavía hubiera de existir una liga estrecha entre ellos después de haber entrado en acción las baterías.

Permaneciendo *unido, ligado á su tropa* el comandante de la artillería, durante el combate propiamente dicho, es el responsable para con el primer jefe de que sus piezas sean puestas en acción; así se evitan los malos y frecuentes disparos que ocurren siempre, cuando el jefe especial de la artillería no está presente cerca de las baterías; la comunicación de las órdenes se arreglará como en las demás armas. De seguro la dirección general del combate no puede ménos que ganar, si se trata á la artillería como una brigada de infantería, si se comunican las órdenes al comandante de aquella arma de la misma manera que al comandante de una brigada.

Creemos inútil agregar que no siempre podrá trazarse á la artillería, ni la conducta que debe observar, en cada caso particular, ni la manera de entrar en acción. Por el contrario, será menester, á menudo, prescribirle que *por sí misma entre en acción*, según lo juzgare conveniente su comandante, como acontece en las demás armas. En eso, como en otras muchas cosas, es preciso guardar siempre una justa medida, entre la independencia absoluta en la acción y la dependencia necesaria de las órdenes del general en jefe.

Además, debe dejarse gran latitud al comandante de la artillería en la batalla; para eso, bueno será no obligarle á conservar una liga ó unión *estrecha* con el general en jefe, lo cual, por otra parte, contrariaría mucho su acción.

Estas consideraciones generales, una vez establecidas, examinemos más pormenorizadamente la conducta que debe observar el comandante de la artillería.

I.—EN EL ATAQUE.

El comandante de batería que se encuentra al lado del comandante de la vanguardia en la marcha, á proximidad del enemigo, acompaña á este último á todas partes, en los reconocimientos que tiene que hacer en persona, una vez que se anuncia la presencia del enemigo. Toma sus órdenes antes de hacer fuego con su batería.

El comandante hace llevar á la batería las órdenes que han de ejecutarse por un clarín ó por sargentos, que tendrá á su lado; permanece personalmente en la posición, para reconocer mejor el campo de batalla y para observar los puntos ocupados por el enemigo. Así tiene tiempo para examinar en detalle el lugar que se haya asignado á la batería de una manera general; á menudo coincide esta posición con el lugar en que se encuentra el comandante de la vanguardia, ó cuando ménos está situada en las cercanías de aquel punto.

Si el comandante de batería, al avanzar con el comandante de la vanguardia, no ha podido reconocer por sí mismo el camino que deben seguir las piezas, ordena se haga ese reconocimiento por los que transmiten sus órdenes. Cuando la batería llega cerca de la posición, la conduce personalmente al lugar escogido, y desde aquel momento permanece al lado de su tropa. Si, en circunstancias particulares, juzga necesario ponerse en relación con el comandante de la vanguardia y recibir todavía órdenes suyas, debe encargarse de esto á uno de sus hombres de confianza.

El comandante de la artillería del grueso obra de la misma manera: acompaña al comandante de la división, que al principio se encontraba con el grueso y que se dirige hácia el campo de batalla tan luego como comienza el combate de vanguardia. Allí, recibe de este último la orden de "colocarse á la derecha, á la izquierda, ó adelante de la vanguardia, si ésta ha entrado en acción; si no, debe situarse al lado de la batería que va á entrar en combate, ésta queda de nuevo á sus órdenes, y se da prisa á cañonear á la artillería enemiga." El reconocimiento especial de la posición que hay que ocupar, á cosa de 2,400 metros, y, en ciertas circunstancias, á mayor distancia todavía, la observación de la marcha del combate, el

cuidado de hacer buscar las baterías por individuos de su Estado Mayor conduciéndolas á la posición, todo esto se ejecuta como lo hemos dicho anteriormente. El comandante del grupo queda, á su vez, cerca de su tropa, para dirigir y vigilar la ejecución de las órdenes que se le comunican. Más detalladamente nos ocuparemos en el capítulo siguiente, de lo que debe hacerse ulteriormente á este respecto.

El comandante de la artillería tendrá igualmente cuidado de asegurar sus flancos con tropas de vanguardia, si es que no se ha tomado ya esta precaución; hará reconocer, desde luego, por sus ayudantes, el terreno situado adelante de las baterías, previendo sus futuros cambios de lugar.

Ya hemos dicho varias ocasiones que las órdenes, para las diversas faces del combate, deben proceder siempre del general en jefe; creemos que es absolutamente indispensable hacer saber á la artillería: "1.º Cuando debe avanzar á más corta distancia" á 1,800 metros, para combatir mejor á las baterías enemigas, cambio de lugar que es preciso operar lo más pronto posible. Al mismo tiempo se designará "el ala de la artillería sobre la que ha de ir á desplegarse el grueso de la división," y llegado el caso, se dirá si las baterías "deberán aprovecharse de su cambio de lugar para dirigirse sobre la otra ala de la vanguardia."

2.º Cuando "debe romper el fuego contra el objetivo del asalto," se agregará una designación suficiente de cuál sea ese punto.

3.º Cuando "la infantería asaltante va á pasar el ataque decisivo."

La ejecución de estas órdenes se deja al comandante de la artillería; no debe recibir más órdenes cuando comienza el ataque decisivo de la infantería; porque por regla general, debe acompañar siempre á las tropas al asalto; por otra parte, el comandante de un grupo divisionario debe tener nociones exactas sobre las disposiciones tácticas que toman las otras armas. A cada cambio de posición el comandante de grupo da desde luego las órdenes necesarias al comandante del primer escalon; en seguida, lo más rápidamente posible se dirige á la nueva colocación que haya que ocupar, la reconoce, y las más de las veces, lleva personalmente á ocupar sus lugares á las baterías, cuando llegan.

Hace reconocer siempre el terreno situado adelante de la posición y asegura el reemplazo de las municiones previniendo de ello á los escalones de los carros de éstas.

II.—EN LA DEFENSA.

La conducta del comandante de la artillería, en la defensa, se aparta un poco de las prescripciones dadas antes.

Acompaña siempre al comandante de la división, mientras dura el reconocimiento de la posición que hay que defender; este último le indica el lugar á donde han de venir á situarse las baterías. El comandante del grupo hace inmediatamente una inspección detallada de los lugares más favorables para lograr el fin propuesto; los comandantes de las baterías designadas para ocupar esas posiciones, asisten á veces á esos reconocimientos. También es preciso poner en conocimiento de éstos cuáles son los puntos del terreno, delante de la posición, que estén ocupados todavía por tropas de la defensa. Entretanto, las baterías se han movido para su posición; pero todavía se mantienen á cubierto detras de la posición que deben ocupar; hacen reconocer el terreno situado á retaguardia.

En general, todos estos preparativos pueden hacerse mucho tiempo antes de comenzar el combate; es preciso, también, tener cuidado de determinar, hasta donde sea posible, las distancias de los puntos importantes, y además, si se tiene tiempo para ello, se deben establecer cubiertas ó abrigos artificiales para las piezas; en caso necesario, se requieren destacamentos de peones para esos trabajos.

Después de haber dado sus órdenes á las baterías de las alas y á las del centro, el comandante de la artillería va al lado del comandante de la división; entre tanto, éste ha escogido una posición, desde donde pueda observar bien el terreno circunvecino.

Luego que las primeras tropas asaltantes encuentran á las de la posición, el comandante de la división hará bien, como ya lo hicimos notar anteriormente, en dar orden á las baterías de las alas para que rompan su fuego si es que se ve, en la primera zona de combate, infantería ó artillería enemiga. Es preciso dar esta orden, siempre, en

todas circunstancias, si se quiere evitar que las piezas no rompan el fuego demasiado temprano, de una manera intempestiva y no en relacion con los proyectos de la defensa.

El comandante de grupo trasmite la orden de romper el fuego, á las baterías de las alas, con sus ayudantes ó sus clarines; se queda, todavía, cerca del comandante de la division.

Pero, desde el momento en que el general en jefe ordena "emprender el combate de artillería con todas las baterías," el comandante del grupo divisionario toma, personalmente, el mando de las baterías del centro: las hace entrar en la posicion escogida, y en lo de adelante se queda cerca de estas últimas.

Aunque hayamos visto que para el ataque hay que esforzarse por conservar la liga y la union táctica en el grupo divisionario, en la defensa, reconocemos la necesidad de separar á las baterías por un gran espacio. Esto presenta ménos inconvenientes en la defensa que en el ataque; en la defensiva pueden pesarse las órdenes con mayor cuidado; la trasmision de ellas se opera con mayor facilidad, (no hay cambios de posicion); así es que bien se puede no mantener un agrupamiento de baterías tan riguroso. Sin embargo, si en el curso del combate, circunstancias favorables permiten desguarnecer de artillería á una de las alas de la posicion, si no hay inconveniente en cargar más al centro esa batería, el comandante del grupo deberá pedir la autorizacion necesaria al comandante de la division; por sí solo, nunca debe disponer semejante cambio de lugar. Se necesita, igualmente, una orden especial del comandante en jefe para que "cese el fuego," para "abandonar el combate contra las piezas enemigas," y para "hacer entrar en línea, contra el ataque inminente de la infantería, á todas las piezas que todavía estén en aptitud de hacer fuego." Para lo demás, ya no espera más órdenes: luego que la infantería comienza su ataque decisivo, el comandante de la artillería se apresura á rechazarla con todas sus piezas; persiste en este combate supremo, aún cuando en él tuviera que perder todas sus baterías, en tanto que una orden superior no vaya autorizarlo para que se retire á una posicion á retaguardia.

III.—EN LA RETIRADA.

Cuando el comandante de la division da la orden para que "se envíen dos baterías á una posicion de socorro, con el objeto de cubrir la retirada," el comandante de la artillería encarga de ese cuidado á las baterías de que más fácilmente pueda privarse en primera línea; da las instrucciones generales necesarias para ocupar aquella posicion al más antiguo de los dos comandantes de batería.

Este último recibe, además, datos sobre el reconocimiento hecho con anterioridad, sobre la disposicion del terreno á retaguardia, sobre los caminos que hayan de tomarse, etc.; diríjese á retaguardia con las baterías, en tanto que manda oficiales á reconocer la posicion de reunion.

El comandante del grupo conserva personalmente el mando de las baterías que permanecen frente al enemigo; más tarde, sigue á las baterías que se marcharon con sus piezas.

CAPÍTULO II.

ELECCION DE LAS POSICIONES.

Las instrucciones que tiene que dar el general en jefe, han sido examinadas ya, en la primera seccion; no tenemos, pues, que mencionar aquí mas que lo que se relaciona de una manera especial con la eleccion de las posiciones por el comandante de la artillería.

A este respecto, podemos referirnos, en general, al § 4 del tít. IV del Reglamento de ejercicio de 1877; sin embargo, nos queda por examinar hasta qué punto son aplicables á las diversas fases del combate de la division los principios asentados por el Reglamento.

I.—EN EL ATAQUE.

Hemos visto que en la primera zona de combate, los puntos más favorables del terreno se destinaban á la artillería; por consiguiente,

te, se puede indudablemente, *en esa zona*, satisfacer los principios que exigen que la eleccion de las posiciones se haga exclusivamente con la mira de asegurar á las piezas la mayor eficacia posible.

Es preciso escoger el lugar de la batería de vanguardia de manera que pueda dominar completamente el terreno de delante, y ofrecer á la infantería un sólido punto de apoyo contra las vueltas ofensivas.

En la eleccion de la posicion para las baterías del grueso, debe uno preocuparse ménos de dominar el terreno que de poder batir con eficacia á la artillería de la defensa.

En la primera zona, las otras armas deben arreglarse por los lugares ocupados por las baterías; sin embargo, el comandante de la artillería debe evitar, al escoger la posicion, que vayan las otras tropas á quedar en direccion del fuego de las piezas enemigas; además, no escogerá tampoco, sin necesidad, una posicion que requiera para la infantería movimientos demasiado considerables.

Para las posiciones que haya que ocupar en *la segunda zona de combate*, todas las prescripciones ceden ante la obligacion capital de acompañar á la infantería; así es que las baterías deben ajustar sus movimientos á los de las tropas de ataque. En esta faz del combate, todo concurre hácia la decision: faltan tiempo y espacio para escoger las posiciones más favorables; todos los lugares son buenos, con tal de que las piezas puedan dirigir su fuego sobre el punto objetivo del asalto; toda investigacion penosa, toda preocupacion especial de la artillería, serfa aquí una falta.

II.—EN LA DEFENSA.

La eleccion de la posicion se hace con mucha mayor sencillez: se dispone de un tiempo suficiente para escogerla, ántes de comenzar la accion, y, durante el combate, se está en libertad para *conservar el mismo sitio por más ó ménos tiempo*.

En la defensa, se escoge la posicion de manera que puedan asegurarse á las piezas los efectos más favorables, sin preocuparse por la accion de la infantería. Debe ser tal, que todo el terreno de de-

lante y los principales caminos por los que el enemigo pueda venir, puedan ser batidos por un fuego eficaz; tal, que la pendiente ó cuesta que baje hácia el enemigo, pueda ser barrida por los disparos de las piezas.

Por otro lado, en la defensa, mucho mejor que en el ataque, pueden utilizarse los abrigos, ora naturales, ora artificiales; lo cual es una gran ventaja en este caso, porque casi siempre la defensa se encuentra delante de una artillería muy superior en número, y no puede compensar esta superioridad numérica, sino proporcionando á sus piezas mejores cubiertas ó abrigos.

III.—EN LA RETIRADA.

Lo esencial, en la retirada, es escoger bien el sitio de la artillería en la posicion de socorro, con el fin de poder sostener con eficacia á las baterías que se han quedado frente al enemigo, cuando operen un movimiento de retirada. A este efecto, se prescribe ocupar las alas de la posicion de reunion; de ahí es desde donde se pueden sostener mejor los puntos débiles de la primera línea; es decir, los flancos.

Si el ataque amenaza directamente el frente de la posicion, y si la division quiere retirarse normalmente á ese frente, habrá ventaja en cambiar primero, á retaguardia, las baterías de las alas; vendrán á ocupar de nuevo las extremidades de la posicion de socorro, con el objeto de cubrir los dos flancos de la primera línea. Por el contrario, si el ataque se dirige principalmente contra uno de los flancos de la division, por ejemplo contra el flanco izquierdo, la batería del ala no amenazada, en nuestra hipótesis, el ala derecha, se replegará sobre la batería más próxima del centro; estas dos baterías irán á situarse en el ala amenazada de la nueva línea (*el ala izquierda*), de manera que puedan entrar en accion lo más pronto posible, rebasando á la izquierda la primera posicion.

Si la segunda línea que haya que defender presenta abrigos naturales, no debe descuidarse el utilizarlos; sin embargo, se dará aquí ménos importancia á la busca de esos abrigos que en una posicion puramente defensiva.

Las baterías que más tarde, siguen con la primera línea, entran en acción en el lugar en que se encuentran, cuando el enemigo se hace demasiado insistente; naturalmente no es aquel el momento para andar buscando una posición.

ALERE FLAMMAN
VERITATIS

CAPÍTULO III.

MARCHA HACIA LA POSICION Y ENTRADA EN BATERÍA.

El § 5 del título IV del Reglamento de ejercicio de 1877, da sobre este punto las necesarias indicaciones; sin embargo, debemos examinarlas más detalladamente para aplicarlas, en este estudio, á las distintas faces del combate.

I.—EN EL ATAQUE.

Debemos distinguir, desde luego, si se trata de una *primera posición* ó de un *cambio de posición bajo el fuego del enemigo*: examinemos primeramente la marcha hacia una primera posición y la manera de ocuparla.

La *batería de vanguardia*, habiendo recibido orden de partir al trote, se apresura á abandonar á la columna y á adelantarse á la infantería. Mientras se encuentra fuera del alcance eficaz de los fuegos de la defensa, sigue los caminos trillados, durante el mayor tiempo posible, en columna por piezas, ó en columna por secciones á intervalos reducidos. Cuando las circunstancias la obligan á cortar á través de los campos, el terreno y espacio que aún le faltan, ántes de llegar á colocarse en posición, deciden si la batería puede desplegarse, por un cambio de dirección seguido de una marcha de frente, ó formando directamente la batería sobre la cabeza de la columna. Cuando la batería llegue cerca del lugar escogido, es recibida por su comandante, que la conduce á la posición.

La *artillería del grueso* avanza de la misma manera. También

en este caso se pueden seguir los caminos trillados durante el mayor tiempo que sea posible, puesto que esta marcha se verifica fuera de la primera zona de combate. El grupo divisionario llega al punto en que debe abandonar los caminos, en columna por piezas, ó á veces, también, en columna por secciones á distancia entera y de reducido intervalo. Cuando ésta última no está formada, el comandante del grupo aprovecha la primera ocasión para formarla, ó lo ordena cuando la cabeza de la columna cambia de dirección; forma en seguida á las baterías en línea, haciendo dar frente á esta columna ó por un despliegue sucesivo.

No pretendemos que siempre llegará así el grupo á la posición, bajo las órdenes directas de su comandante, como llega en una llanura al hacer ejercicio. Cuando las circunstancias sean desfavorables, difícilmente se podrá hacer; pero es preciso cuidar, siempre, que las baterías del grueso no entren aisladamente al campo de batalla, sino que, por el contrario, lleguen *en grupo perfectamente constituido* (1) y *en formación de concentración*. Bueno será también operar á cubierto *el despliegue en línea* de todo el grupo, inmediatamente ántes de entrar en posición, con el fin de traer *al mismo tiempo* á todas las baterías al lugar del combate. Cuando el comandante de la artillería no sale al encuentro del grupo que se acerca para conducirla personalmente á tomar posición, los comandantes de batería, luego que se forme la línea, á una señal dada por el comandante del grupo, van á éste para recibir sus órdenes respecto á la posición que ha de ocuparse, sobre los blancos, etc. En este caso, el comandante de grupo, coloca por sí mismo á una de las baterías de las alas y deja que las demás tomen su posición respectiva.

En casi todos los casos, preferimos *hacer entrar á todas las baterías al mismo tiempo en posición*, y no sucesivamente. En efecto, muy raro es encontrarse en el caso de tener que prestar auxilio, lo más pronto posible, á una vanguardia; en definitiva, no es más que cuestión de minutos; por otra parte, la batería de vanguardia ha determinado ya la distancia que hay hasta la artillería de la de-

(1) La formación de concentración, consiste en disponer el grupo *en columna de división*, lo que corresponde á la masa de columnas de la caballería. Cada batería está en columna por secciones, á distancia entera y á intervalo normal; estas diversas columnas se forman á la misma altura á intervalos de veinte pasos.

fensa; de manera que la regulacion del tiro no se verá contrariada por la llegada simultánea, para entrar al fuego toda la artillería del grueso. Pero aún en el caso que la batería no haya encontrado la distancia, todavía damos la preferencia á la entrada en accion simultánea, á reserva de remover el inconveniente que resulta de esta manera de obrar (mayores dificultades en la regulacion del tiro), tomando medidas convenientes al romper el fuego.

Pero si llegamos á encontrarnos en la necesidad de dar auxilio, lo más rápidamente posible, á la vanguardia, ó si debe colocarse en línea á la salida de un desfiladero, se verá obligada á formar la columna por secciones de intervalo normal y dirigir la cabeza de la columna inmediatamente sobre el punto en que deba colocarse en batería. Además nos veremos obligados entónces, á operar sucesivamente el despliegue de cada batería, á lanzar adelante la batería de la cabeza y á romper el fuego por baterías sucesivas.

Se obra de una manera del todo diferente *en los cambios de posicion*; es decir, *en todos los movimientos que se hacen al alcance del fuego eficaz del enemigo*.

En este caso, se opera el cambio de lugar, *por regla general, en escalones*; una media batería y en número desigual de piezas, la mayor mitad se dirige primero á la nueva posicion, mientras que la otra parte apoya esa marcha con su fuego. En cuanto á saber si es preciso avanzar primero las baterías del ala derecha ó las del ala izquierda, la direccion de la marcha es la que decide. En efecto, si nos mostramos rectamente al frente, es preciso formar el primer escalon por las baterías más cercanas á la infantería que marcha al ataque; ó de otra manera, debe tenerse por principio el dejar como sostenes á las baterías cuyos fuegos estén más expeditos para la marcha que se proyecta. El comandante de la artillería, tan luego como se ha cerciorado de que el terreno es practicable para sus cañones, avanza lo más aprisa posible, adelante del primer escalon de las baterías, con el objeto de adelantarse á ellas y examinar la nueva posicion, así como para formarse una idea de la situacion del combate. A la llegada del escalon, lo conduce—siempre en persona—á la posicion. En los cambios de lugar que haya que efectuar en la segunda zona de combate, en donde se trata mucho ménos de esco-

ger posiciones favorables que de acompañar sencillamente á la infantería, podrá avanzar su primer escalon, como en el terreno de maniobras.

Cuando la configuracion del terreno ofrece á las baterías ocasion de ejecutar su marcha á cubierto hácia la nueva posicion, es evidente que no debe descuidarse el utilizar esa feliz disposicion; pero lo esencial es llegar á colocarse en batería *con la mayor celeridad*, sin pérdida de tiempo, para abreviar cuanto sea posible la duracion del cambio de lugar; las baterías no tienen absolutamente accion alguna en el combate durante todo el tiempo que están en movimiento. Por consiguiente, aún en los cambios de posiciones que se verifican en el interior de la primera zona, no nos serviremos de los caminos sino cuando se encuentren exactamente en la direccion del movimiento, y cuando siguiéndolos, no se vea obligada á rodeos que quizá economizan las fuerzas de los caballos, pero que sin embargo hacen llegar demasiado tarde á la posicion. Los caminos que se destacan claramente sobre el suelo; las calzadas por ejemplo, que conducen directamente al lugar de la artillería que debe batirse, no ofrecen más que ventajas muy dudosas. Las baterías que siguen esos caminos ofrecen al enemigo ocasion favorable para enfilar en toda su longitud á las columnas profundas. La dispersion lateral de los proyectiles es débil, su dispersion longitudinal es más considerable; es preciso pues, *evitar las largas columnas, en los cambios de posiciones, y sobre todo las columnas por piezas*, con tanto mayor cuidado cuanto más á descubierto se haga la marcha.

No es posible fijar reglas invariables en cuanto á la formacion que debe emplearse en los cambios de posicion; la configuracion del terreno se opone á ello; sin embargo, debe considerarse como la más favorable formacion la que exponga á ménos pérdidas y que conduzca al más pronto despliegue en la nueva posicion. Por lo demas, las distancias que hayan de recorrerse en esos movimientos no son muy considerables, para que haya lugar á procurar economizar las fuerzas de los caballos.

Segun lo que precede, resultaría gran ventaja en poder marchar, en un frente desplegado, en todos los cambios de posicion que haya que efectuar bajo el fuego eficaz del enemigo; y esto sería la forma-

ARTILLERÍA.—7.

ción más buscada en la segunda zona de combate. Esta disposición no es, sin embargo, muy practicable en el caso de dos baterías, sobre todo cuando el movimiento no debe hacerse en una dirección perfectamente normal con el sitio que va á ocuparse; ni aún puede uno servirse de ella, en lo absoluto, cuando al mismo tiempo que se avanza se tiene que ganar terreno lateralmente.

Creemos, por el contrario, que las líneas de columnas de baterías, á intervalos de despliegue, son sumamente favorables para esos cambios de lugar; á menudo hemos comprobado que esta formación se adapta perfectamente bien áun á los más difíciles terrenos. En este caso, es ventajoso permitir á los comandantes de batería que marchen á 100 ó á 200 metros adelante de la cabeza de su columna, de manera que tengan á la vista á su batería, y que ésta pueda distinguirlos también.

Por último, para completar lo que acabamos de decir, mencionemos aún que será bueno, para un movimiento de flanco, dirigirse primero á retaguardia de la posición ocupada, cubriéndose con algun pliegue del terreno; se ejecutará la marcha de flanco, á cubierto, en columnas por secciones de corto intervalo y á distancia entera, en seguida se hará frente; ó, si los caminos presentaren bastante amplitud, se tomará de nuevo la línea de columnas de batería, ordenando un cambio de dirección á cada cabeza de columna. Para hacerse comprender bien, en este último movimiento, resultarán grandes ventajas sirviéndose de una señal convenida. Finalmente, en el caso en que, avanzando, se deba ganar algun espacio, lateralmente, se empleará, y con razón, la media columna, (columna por medias baterías).

II.—EN LA DEFENSA.

La marcha hácia la posición y la entrada en batería se hacen de una manera mucho más sencilla que en el ataque. Ni siquiera se trata de una marcha propiamente dicha, la ocupación de la posición es casi siempre negocio de los comandantes de batería. Las piezas son mantenidas constantemente á cubierto de la vista del enemigo;

se les lleva inmediatamente detras de los lugares que han de ocupar; se las pone en batería, á brazo, y así se les coloca en posición. En la primera parte del combate, sobre todo, es cuando se tiene tiempo para obrar de esta manera; este modo de proceder tiene la ventaja de no presentar al enemigo, en ningun tiempo, una gran superficie como blanco; le impide, además, el que pueda corregir ó regular su tiro, así como el descubrir la posición, sino hasta el momento de romperse el fuego. Hay, sin embargo, circunstancias en que este modo de entrar en batería, metódico, emplearía demasiado tiempo; en este caso, es preferible tomar posición inmediatamente en el flanco de la columna.

También se podrá obrar, á menudo, como sigue, cuando en el curso de la acción, sea menester cambiar una ú otra de las posiciones; se hace cesar completamente el fuego, lo que determina al enemigo á suspender también el suyo; en seguida se retiran las piezas á brazo, y se colocan en línea á cubierto. Si no se tuviere tiempo para obrar así, si no bastasen las fuerzas de los sirvientes para aquel cambio de posición, en muchos casos el tronquista, con sólo sus caballos, bien podrá poner la pieza en batalla y llevarla á retaguardia. Cuando deban ponerse de nuevo las piezas en batería, y particularmente cuando se tome posición para rechazar el ataque decisivo de la infantería, se tomarán las mismas precauciones, con el fin de descubrir lo ménos posible la posición, ántes de romper el fuego.

III.—EN LA RETIRADA.

Las baterías que se designan para ir á ocupar la posición de socorro, comienzan siempre su retirada al paso y en un frente desplegado, á causa del efecto moral que se produce; más tarde, toman el trote; aún pueden formarse en columna, para poder seguir los caminos que existan.

Ocupan su posición naturalmente, formándose en línea y colocándose á retaguardia en batería; ó también colocándose en batería de flanco, tras del lugar que han de ocupar.

Las baterías que se quedaron cerca del enemigo, se mueven más tarde, como ya lo dijimos, bajo las órdenes del comandante del grupo; marchan al paso, en un frente desplegado, al lado de la infantería.

CAPÍTULO IV.

EFFECTOS DE LAS PIEZAS.

La artillería no ejerce una acción real en los combates sino por los efectos de su tiro. Al fin y al cabo el resultado depende del prudente y juicioso partido que se sabe sacar de la eficacia de cada proyectil. Trátase, pues, de llegar á emplearlos de manera que se produzcan los mayores efectos con el menor número de proyectiles y en el tiempo más corto.

El efecto de una pieza descansa, en primera línea, sobre la *observación exacta* de su tiro; esta observación se dificulta cuando varias baterías cañonean á la vez á un sólo y único blanco; sin embargo, tal es el caso que se presenta las más de las veces en la guerra; tiene sobre todo una particular influencia sobre la rectificación ó corrección del tiro. Muy difícil es distinguir los proyectiles lanzados por varias baterías distintas, cuando van á reventar en el punto sobre el cual se dispararon; pero ya volveremos á ocuparnos de este asunto en el capítulo siguiente.

Empero, aun después de que las baterías han corregido su tiro, es todavía muy importante observar bien los disparos así como los proyectiles que estallan en el punto sobre el cual fueron lanzados. Así, cuando varias baterías hacen fuego, las unas al lado de las otras, cuando sopla el viento de lado, si el humo es arrojado delante de las baterías que se encuentran á sotavento, puede acontecer muy bien que en dichas baterías se experimente mucha dificultad para observar los tiros y que haya hasta la más completa imposibilidad para apuntar las piezas, sobre todo cuando se ejecuten disparos rápidos. Este inconveniente se hace sentir, con mayor motivo, con nuestras nuevas piezas de campaña; producen más del doble de

humo que las piezas antiguas. Este humo representa un papel importante en muchas circunstancias; pero en este caso, tiene una considerable influencia en la observación de los tiros.

Principalmente en el ataque es preciso contar con este inconveniente; en la defensa, es menor, siendo mucho mayor el espacio entre las baterías.

Sin embargo, en tales condiciones, preciso es asegurar la tan importante observación de los tiros, así como la puntería de las piezas, en todas las baterías que tomen parte en el fuego. Toca al comandante de la artillería tomar sus medidas con tal objeto. Las condiciones del combate no siempre permiten hacer cesar el fuego á una parte de las baterías, y no siempre sería prudente aumentar el intervalo entre las nubes de humo, haciendo más lento el fuego de las piezas. En semejante caso, el comandante de la artillería, no tiene, á menudo, cosa mejor que hacer que dar orden de *¡fuego!* á todo su grupo, comenzando por una ala, por el ala opuesta á la dirección del viento. Esta manera particular de prescribir el fuego no debe emplearse más que en la *regulación del tiro*, según el § 9, del título IV del Reglamento de ejercicio de 1877; parécenos racional ampliar algo más esta prescripción excepcional.

Adoptando esta manera de tirar, no debe renunciarse al principio fundamental de que la batería es la unidad de combate, y que siempre hace fuego por su propia cuenta; puede, también, presentarse la necesidad de ordenar el fuego por división, cuando se nota turbación, precipitación en las baterías: el comandante de la artillería se ve obligado entonces á arreglar con firmeza, por sí mismo, la rapidez del tiro. Sin embargo, todavía habría un medio para disminuir el inconveniente señalado ántes: sería mandar hacer fuego sucesivamente á las piezas pares y luego á las impares, en cada batería que dispara; así se aumentaría el intervalo entre las nubes de humo. Este método es contrario al principio de que el fuego debe hacerse siempre de una ala á la otra; por lo demás, carece de sencillez; es preciso desecharlo.

La eficacia del tiro depende en segundo lugar de la *especie de proyectil que se emplea*. Pero como el tiro con botes de metralla se emplea únicamente como defensa inmediata de las piezas, á cortas

distancias, no examinaremos más que los tiros con granadas y con shrapnels.

Antes de pasar al exámen detallado de la manera de emplear estas dos clases de proyectiles, asentemos primero en principio que es preciso hacer uso siempre de *las granadas, tanto en la regulacion del tiro como en los fuegos rápidos*. La regulacion directa del shrapnels, sin hacerla preceder de un tiro con granadas, exige mucho tiempo; es por lo mismo poco conveniente para el combate. Ademas, el fuego rápido con shrapnels, presupone tal habilidad en los tiros, que no se puede esperar adquirirla en los pocos dias consagrados cada año á los ejercicios de fuego. Muy probable es que algunas baterías, bien instruidas, de una manera particular, puedan llegar á arreglar su tiro con shrapnels directamente, de un modo bastante rápido; quizá podrán á veces servirse de este proyectil en los tiros precipitados; pero, en la mayor parte de las baterías, no hay que contar con él.

I.—EN EL ATAQUE.

La granada es el proyectil que es menester emplear de preferencia en la primera zona de combate, para batir á la artillería de la defensa; sin embargo, se recomienda pasar al tiro con shrapnels siempre que haya que cambiar de posicion. De esta manera, el escalon que se queda en su sitio, apaga, aunque sea momentáneamente, el fuego de las piezas enemigas, con un tiro con shrapnels; facilita, pues, así, los progresos de las baterías que avanzan. Tambien se prescribe agoviar, bajo un fuego de shrapnels á la artillería de la defensa que aun se mantiene en su puesto, cuando las baterías han tomado su última posicion en la primera zona y se aprestan á batir el punto de ataque principal; una parte de la artillería del ataque continúa, pues, en caso necesario, esta clase de tiro, mientras que la otra parte emprende el fuego contra el objetivo del asalto. Contra este punto se comienza disparando granadas; y á ménos de que deba obrarse contra localidades, se puede despues, á menudo, emprender con éxito un fuego con shrapnels.

Luego que se llega á la segunda zona de combate, se vuelve de nuevo al tiro con granadas; como únicamente se pasa por la primera posicion tomada en esta zona, continúa se disparando sólo con estos proyectiles. Pero despues de haber arreglado el tiro con granadas, en la última posicion tomada en el interior de la segunda zona, se pasa al tiro con shrapnels para dominar con su fuego á las líneas de tiradores que el enemigo refuerza continuamente, así como á los sostenes y á las reservas que van acercándose más y más.

Sin embargo, en todos casos en que se trata de preparar el asalto con *un fuego de shrapnels*, proponemos no hacer ejecutar á las baterías el tiro con éstos, á la distancia encontrada, sino hacerlas obrar conforme á una escala de distancias ascendentes, de 50 ó de 100 metros. Apoyamos esta proposicion con las consideraciones siguientes:

No consigue la pirotecnia llegar á hacer las espoletas de manera que todas las duraciones para la combustion sean exactamente iguales al tiempo que pone el shrapnels en recorrer su trayectoria hasta el momento de reventar. Aunque las diferencias que se presentan en las duraciones de combustion se hagan sentir particularmente á distancias mayores que las de que se trata, no son, sin embargo, de despreciarse por completo en las condiciones en que queremos emplearlas. Ademas, las faltas que no es posible evitar completamente en el servicio de las piezas, vienen á agregarse á esta causa de error; así, por ejemplo, no siempre puede evitarse que los artilleros arreglen mal las espoletas; estos errores son tanto más frecuentes cuanto el combate se acerca más á los momentos decisivos y que la animacion crece y los nervios se irritan más y más. Prodiése así cierta dispersion en los lugares en que revientan los proyectiles tirados á la misma distancia; en esos lugares llega á formarse probablemente un agrupamiento, cuya parte más densa se encuentra en el centro.

El adversario experimenta las mayores pérdidas cuando está colocado exactamente en el centro del probable agrupamiento; sus pérdidas disminuyen más y más, y acaban por cesar completamente cuando se aleja de ese centro. Por lo demas, en esta faz del combate, toda la infantería de la defensa se mantiene completamente á cubierto; aun se encuentra, á veces, envuelta en una espesa huma-

reda; raras veces, pues, podría reconocerse si el adversario se encuentra en el centro del probable agrupamiento y si sufre por consiguiente grandes pérdidas. Muy difícil será á las baterías distinguir hasta las pequeñas nubes de humo que producen sus shrapnels al reventar, en medio de aquella humareda.

Pero si se hace tirar á las baterías con intencion, escalonando las distancias de 50 ó de 100 metros, los agrupamientos correspondientes á cada alza dada, se penetran el uno al otro; por consiguiente, en el caso de cuatro baterías, por ejemplo, el espacio de 150 ó de 300 metros de profundidad, comprendido entre el centro del primer agrupamiento y el del cuarto, quedará bajo un fuego violento y bastante uniforme. Debemos decir que así se renuncia de antemano á una parte del efecto total contra la primera línea de tiradores; pero se proporciona un resultado otro tanto más cierto contra la formación profunda del adversario; se hacen pedazos los sostenes y las reservas que debían proporcionar nueva fuerza á la resistencia de las primeras líneas. Los sostenes y las reservas que se encuentran en medio de ese fuego de shrapnels, por más que cambien de lugar, hácia adelante ó hácia atrás, no saldrán de un agrupamiento más que para entrar en otro. Por lo demás, no se trata solamente de cañonear á la primera línea de tiradores, porque los sostenes y las reservas, en este caso, no van á retirarse con esta primera línea. Desbaratando las últimas líneas se quita á los tiradores su mejor apoyo, y su resistencia desaparece por sí sola.

En el caso en que quisieran emplearse shrapnels contra los blancos móviles, que de una manera inopinada aparecen para desaparecer inmediatamente despues, será menester recurrir al tiro directo con shrapnels. Pero, á decir verdad, preferimos con mucho el tiro con granadas contra tales blancos, porque la regulacion del tiro con shrapnels exige mucho tiempo, y siempre falta éste en semejantes casos. Creemos, por lo demás, que la eficacia de un tiro rápido, hecho con granadas modelo de 1876, en nada es inferior al fuego con shrapnels.

II.—EN LA DEFENSA.

Los defensores, igualmente, hacen uso del tiro con granadas, al principio del combate de artillería. Pero, luego que una parte de las baterías del ataque se colocan en batalla, para cambiar de posición, el fuego con shrapnels presenta efectos muy favorables. La distancia es conocida ya, y las baterías de la defensa están seguras de obtener un buen efecto, si siguen los progresos de la artillería del ataque, disminuyendo las alzas para shrapnels de 100 en 100 metros.

El fuego con shrapnels, á distancias escalonadas, prestaría también muy buenos servicios, arreglado con anterioridad el tiro para granadas, para rechazar el ataque de la infantería enemiga. Aun se podrá, á veces, pasar en el acto al fuego con shrapnels, sin arreglo anticipado del tiro, basándose en la distancia ya conocida aproximativamente.

III.—EN LA RETIRADA.

Trátase de rechazar la infantería de un enemigo demasiado atrevido; es pues preciso, haciendo abstracción del empleo de los botes de metralla, obrar aquí completamente como en la defensa, para rechazar el ataque decisivo de la infantería. Cuando la infantería enemiga cesa la persecucion y se sustrae al efecto de las piezas, sólo entónces se dirige el fuego contra las baterías del ataque y se opera contra ellas, á la manera de la defensa en el combate de artillería.

CAPÍTULO V.

DIRECCION DEL FUEGO.

Uno de los primeros deberes del comandante de un grupo divisionario es poner en acción y dirigir el fuego de la artillería del grueso. Si, al principio, las condiciones del combate han producido una

reda; raras veces, pues, podría reconocerse si el adversario se encuentra en el centro del probable agrupamiento y si sufre por consiguiente grandes pérdidas. Muy difícil será á las baterías distinguir hasta las pequeñas nubes de humo que producen sus shrapnels al reventar, en medio de aquella humareda.

Pero si se hace tirar á las baterías con intencion, escalonando las distancias de 50 ó de 100 metros, los agrupamientos correspondientes á cada alza dada, se penetran el uno al otro; por consiguiente, en el caso de cuatro baterías, por ejemplo, el espacio de 150 ó de 300 metros de profundidad, comprendido entre el centro del primer agrupamiento y el del cuarto, quedará bajo un fuego violento y bastante uniforme. Debemos decir que así se renuncia de antemano á una parte del efecto total contra la primera línea de tiradores; pero se proporciona un resultado otro tanto más cierto contra la formación profunda del adversario; se hacen pedazos los sostenes y las reservas que debían proporcionar nueva fuerza á la resistencia de las primeras líneas. Los sostenes y las reservas que se encuentran en medio de ese fuego de shrapnels, por más que cambien de lugar, hácia adelante ó hácia atrás, no saldrán de un agrupamiento más que para entrar en otro. Por lo demás, no se trata solamente de cañonear á la primera línea de tiradores, porque los sostenes y las reservas, en este caso, no van á retirarse con esta primera línea. Desbaratando las últimas líneas se quita á los tiradores su mejor apoyo, y su resistencia desaparece por sí sola.

En el caso en que quisieran emplearse shrapnels contra los blancos móviles, que de una manera inopinada aparecen para desaparecer inmediatamente despues, será menester recurrir al tiro directo con shrapnels. Pero, á decir verdad, preferimos con mucho el tiro con granadas contra tales blancos, porque la regulacion del tiro con shrapnels exige mucho tiempo, y siempre falta éste en semejantes casos. Creemos, por lo demás, que la eficacia de un tiro rápido, hecho con granadas modelo de 1876, en nada es inferior al fuego con shrapnels.

II.—EN LA DEFENSA.

Los defensores, igualmente, hacen uso del tiro con granadas, al principio del combate de artillería. Pero, luego que una parte de las baterías del ataque se colocan en batalla, para cambiar de posición, el fuego con shrapnels presenta efectos muy favorables. La distancia es conocida ya, y las baterías de la defensa están seguras de obtener un buen efecto, si siguen los progresos de la artillería del ataque, disminuyendo las alzas para shrapnels de 100 en 100 metros.

El fuego con shrapnels, á distancias escalonadas, prestaría también muy buenos servicios, arreglado con anterioridad el tiro para granadas, para rechazar el ataque de la infantería enemiga. Aun se podrá, á veces, pasar en el acto al fuego con shrapnels, sin arreglo anticipado del tiro, basándose en la distancia ya conocida aproximativamente.

III.—EN LA RETIRADA.

Trátase de rechazar la infantería de un enemigo demasiado atrevido; es pues preciso, haciendo abstracción del empleo de los botes de metralla, obrar aquí completamente como en la defensa, para rechazar el ataque decisivo de la infantería. Cuando la infantería enemiga cesa la persecucion y se sustrae al efecto de las piezas, sólo entónces se dirige el fuego contra las baterías del ataque y se opera contra ellas, á la manera de la defensa en el combate de artillería.

CAPÍTULO V.

DIRECCION DEL FUEGO.

Uno de los primeros deberes del comandante de un grupo divisionario es poner en acción y dirigir el fuego de la artillería del grueso. Si, al principio, las condiciones del combate han producido una

separacion considerable de la bateria de vanguardia de las del grueso, es preciso, aun entónces, que la direccion del fuego de todas las baterias esté exclusivamente encomendada al comandante del grupo, jamas debe faltarse á este principio; sólo que, á veces, se está obligado á sostener una vanguardia con la artilleria, en cumplimiento de una mision especial. Este sostén es en ocasiones de tal modo indispensable, que debe renunciarse de una manera absoluta á emplear á toda la artilleria en un sólo y único grupo.

La direccion racional del fuego produce el resultado esencial, mencionado en el capítulo precedente: lleva á su máximo la eficacia del tiro. El § 9, del título IV del Reglamento de ejercicio de 1877, da las prescripciones relativas á este asunto; vamos á examinar en detalle cómo son aplicables en el combate de la division de infanteria.

Ya hemos mencionado, en el capítulo precedente, que á veces hay necesidad de prescribir el fuego, por excepcion, en cierto *orden determinado*, por todo el grupo á la vez, cuando el viento sopla de lado.

I.—EN EL ATAQUE.

El comandante del grupo es el que regula, siempre, *la rapidez* del tiro; en este arreglo es preciso, ante todo, estar seguro de obtenerlo; toda precipitacion seria causa de inconvenientes graves; es, pues, preciso hacer fuego cuando se regula un tiro (ya lo hemos hecho notar) con una "prudente lentitud." El "tiro rápido" no debe ser empleado sino cuando se trata de una accion decisiva; ya hemos dicho, en el capítulo precedente, que siempre debe hacerse uso de granadas en semejante caso. Por consiguiente, en un combate que sigue un curso regular, no es admisible el tiro rápido más que para preparar el asalto. Se tirará siempre con granadas en la primera posicion tomada en la primera zona; se hará uso del mismo proyectil, cuando haya que atacar localidades, en la última posicion de la segunda zona de combate; en la primera posicion tomada en esta misma zona, se conservará siempre el fuego con granadas, porque no puede pasarse á un tiro con shrapnels durante el corto tiempo que se permanece en ese lugar.

Ademas, se hará tambien uso de las granadas cuando se trate de

aprovechar los momentos pasajeros en los que masas enemigas se ven en movimiento en algun punto; finalmente, se pasará siempre al tiro rápido para rechazar un ataque directo del enemigo.

Los momentos de esta especie son, en general, en extremo pasajeros; la comunicacion de las órdenes necesarias exige mucho tiempo, puesto que el comandante se encuentra en una ala de su grupo; seria, pues, muy de desearse que fuera posible servirse de algun toque agudo fácil de distinguirse para hacerse comprender inmediatamente. Y no se nos diga que ya hay bastantes toques como éste; porque bastaría un toque de *silbato* para ordenar el "tiro rápido;" el regreso al tiro habitual y al tiro lento se harían por medio de una orden, como de costumbre. Es preciso no olvidar que el resultado final depende enteramente del efecto útil que saquemos de nuestro fuego; debemos, pues, procurar adquirir una gran habilidad en la direccion de los tiros; es de la mayor importancia; no nos parece por lo mismo malo el empleo de un pequeño silbato estridente.

La regulacion del tiro compete siempre al comandante de la bateria, que la tiene á su cargo; sin embargo, el comandante del grupo es quien designa el blanco. Pero se pregunta ¿cuáles son las precauciones que debe tomar este último para la rectificacion simultánea del tiro de varias baterias, que disparan una al lado de otra; y cómo podrá ser *sencillo* en sus prescripciones?

Cierto es que la regulacion se hará de la manera más fácil, cuando cada bateria ataque un blanco *separado*, y, hasta donde fuese posible, al blanco que tiene por delante. Si éste es continuo, como por ejemplo, una línea de artilleria, *se dividirá en tantas partes* como haya baterias que quieran hacerse obrar al mismo tiempo. Queda al cuidado de los comandantes de bateria escoger, en la parte del blanco que se les destina, los puntos más visibles del lugar en que se encuentren; por ejemplo, la pieza que más claramente se destaque en el horizonte.

Si la division del blanco se hace de una manera prudente y juiciosa, si el comandante del grupo tiene la costumbre de hacerse comprender por sus baterias; una designacion en globo de todo el blanco le basta; cada comandante comprende muy pronto cuál es la parte del blanco que se le asigna.

Cuando, en el combate de artillería, se encuentran separadas las baterías enemigas, si se puede asignar á cada batería del ataque una batería enemiga, se procura la ventaja de poder arreglar desde luego su tiro contra varios blancos, que, las más de las veces, no se encuentran en la misma línea. Se entiende que siempre es preciso *cañonearlas* una despues de otra; pero así se puede, despues de haber apagado los fuegos de una de las baterías, pasar, con igual energía, á cañonear á la segunda. Bien podría objetarse que la batería contra la cual el asaltante ha arreglado su tiro, viéndole dirigir su fuego contra otro punto, aprovecharía de ese tiempo para cambiar de posición. Cambios de esta especie no son practicables en la defensa; por lo demas el asaltante los notaría.

Pero casi siempre tiene que habérselas la artillería con blancos continuos, y se trata de arreglar el tiro de varias baterías contra un sólo y único blanco, sin embargo, raras veces se encontrará en la necesidad de hacer obrar más de dos baterías contra una sola batería enemiga; para eso sería menester que el enemigo no tuviera más que aquella única batería que oponerles.

Cuando varias baterías arreglan su tiro contra una batería enemiga, cuyas piezas se encuentran poco más ó menos en la misma línea, el comandante del grupo puede comprobar la operación, comparando las distancias encontradas por cada batería separadamente. Para procurarse además un medio de comprobación más riguroso, hará colocar, adelante y al lado de la posición, un puesto avanzado, encargado de observar los tiros mientras se está arreglando la batería. Será conveniente emplear esos observadores para comprobar toda la serie de tiros. Por ejemplo, si el puesto avanzado hace saber que una parte de los tiros son realmente demasiado cortos, y, si entre las distancias determinadas á las baterías, se encuentra una sensiblemente menor que las otras, es evidente que la batería que la ha encontrado dispara realmente demasiado corto: se le prevendrá, pues, que continúe haciendo su fuego con la distancia determinada por las otras baterías.

Las más de las veces la batería de vanguardia ha determinado ya la distancia á que se encuentra la única batería que le opone el enemigo, cuando la artillería del grueso va á tomar su primera posi-

ción; esas baterías pueden, pues, emprender inmediatamente el tiro de series. Si es menester, además, dirigir el fuego contra otra batería enemiga, mientras que la batería de vanguardia continúa tirando contra el mismo blanco, se asigna este nuevo blanco á dos de las baterías del grueso, uniendo su fuego la tercera al de la batería de vanguardia.

Cuando el grupo divisionario avanza, más tarde, por escalones, incumbe á las baterías del primer escalon el arreglo del tiro; casi siempre se les pueden designar blancos distintos. El escalon que llega último á tomar posición recibe de la batería vecina la distancia que ántes ha determinado ésta; así puede á menudo, comenzar inmediatamente el tiro de series.

Para todas las posiciones que se ocupan en la primera zona, preciso es proscribir el arreglo del tiro por medio de la manivela; no da suficiente exactitud respecto de los blancos que deben ser batidos; por lo contrario, se podrá hacer uso de ella en las posiciones de la segunda zona de combate.

Anteriormente hemos demostrado que es preciso evitar, por regla general, arreglar directamente los tiros con shrapnels; pero si aconteciese, como caso muy excepcional, que hubiera necesariamente que emplear semejante procedimiento, no creemos que pueda armonizarse con la carga de piezas por secciones: un tiro semejante es muy poco conforme con la situación del combate; exige demasiado tiempo; se ve uno tentado, con mucha facilidad, á basar las correcciones sobre un número muy corto de tiros.

Para arreglar los tiros en la segunda zona de combate, es necesario tomar, en parte, al ménos, otras disposiciones; es preciso, ántes que otra cosa, llegar *prontamente*, al blanco; las regulaciones de los tiros, no pueden, pues, exigir sino poco tiempo. Nos encontraremos á veces aún en la necesidad de arreglar el tiro, *por salva*, á fin de no basar las correcciones sobre un sólo tiro mal disparado. En esos momentos críticos, el humo, el polvo, las piezas mal servidas, causan muy á menudo errores. Además, en ese mismo momento, los blancos no se denotan sino por las nubes de humo que lanzan; es, pues, en extremo difícil la observación. Por lo demas, no se cometerán errores considerables en la apreciación de las distancias, puesto

que se conoce la que hay desde el nuevo punto á aquel que se ocupaba antes. Preciso es, en todo caso, tener cuidado de designar, como punto de mira, uno de los objetos más visibles de la primera línea de tiradores.

Para la regulacion ejecutada en la última posicion, en la que debe pasarse inmediatamente á los disparos con shrapnels, basta acortar el alza hasta 200 metros. El comandante del grupo hará tirar, entónces, á una de las baterías con shrapnels á la más pequeña distancia que se haya encontrado, y prescribirá que las demas hagan uso de alzas ascendentes, de 100 en 100 metros.

Cuando las baterías hayan arreglado su tiro, se tratará de *concentrar* el fuego; en primer lugar, el comandante del grupo deberá indicar claramente, cuál es el blanco que quiere batir, en qué lugar quiere concentrar el fuego de varias de sus baterías, y aún á menudo de todas las baterías á la vez.

Las baterías de la defensa están, por lo general, diseminadas en un espacio más ó ménos grande; las más de las veces una de ellas está ménos abrigada que las demas. No se trata de determinar si tal batería podrá obrar mejor que otra, más tarde, contra la infantería del ataque; esta preocupacion debe aquí, relegarse al segundo término. Preciso es saber en dónde debe concentrarse inmediatamente el fuego de las baterías asaltantes; sobre qué parte de la artillería enemiga es menester dirigir sus disparos; por último, cómo se llegará, lo más pronto posible, á empeñar el combate con la artillería de la defensa. En consecuencia, se prescribirá el cañonear desde luego á la batería enemiga *que esté ménos á cubierto*; en otros términos, es preciso hacer primero el trabajo más fácil. Si quisiera procederse de otra manera y dirigir el fuego en primer lugar contra la batería mejor cubierta, habría que emplearse más tiempo, á causa de los efectos menores que se obtendrían; se experimentarían mayores pérdidas, por razon del tiempo más largo que se necesitaría emplear para apagar su fuego.

Supongamos, por ejemplo, á tres baterías enemigas en posicion: dos de ellas están bien cubiertas, la otra está ménos abrigada: atacando primero á esta última, se le obligará á suspender su fuego despues de cierto tiempo y ya no habría que habérselas más que

con las otras dos. En ese mismo tiempo no podría haberse apagado el fuego de una de las baterías bien abrigadas, si se hubiera comenzado por ella el combate. Así es que, despues de trascurrido ese tiempo, habría que habérselas contra dos baterías enteramente intactas, y contra una tercera, sólo en parte nulificada.

Por lo mismo, siempre se ordenará *concentrar el fuego contra la batería ménos cubierta*. En el trascurso del combate se continuará obrando de la misma manera para que sea batida la última, la batería mejor abrigada, pero, á menudo, ésta tendrá que ser cañoneada á menor distancia.

Por último, en lo concerniente á *la reparticion del fuego*, puede prescribirse sencillamente que cada batería del grupo, en el combate de artillería, reparta su fuego sobre las piezas de *la seccion*, ó sobre *la parte* de la artillería enemiga contra la que ha debido arre-su tiro. Esta manera de obrar es más sencilla que si se quisiera, despues de arreglado, entregarse á un fuego cruzado, cuyo resultado final bien podría no ser de gran peso en la balanza. Pero, cuando se trate de batir con granadas el objetivo del ataque, operacion en la que es preciso designar de una manera exacta las partes que cada batería debe alcanzar con su fuego, entónces, algunas ocasiones, el fuego cruzado á corta distancia, podrá presentar una ventaja real. Cuando se disparan shrapnels contra el punto de ataque, la reparticion del fuego en el grupo divisionario es supérflua; las baterías disparan á distancias diferentes y se acostumbra no repartir el fuego en las baterías sino segun la anchura.

En lo concerniente al reemplazo de las municiones, se puede consultar el anexo IV del Reglamento de ejercicio de 1877. No debe olvidarse, que, ya al terminar el combate de artillería, llega un momento favorable para completar las municiones que se hayan extraído de los avantrenes y del primer escalon de los carros de municiones.

II.—EN LA DEFENSA.

La dirección del fuego debe, también, estar, de la manera más absoluta, en manos del comandante del grupo; se hace más difícil con la separación de las baterías. El comandante de grupo no siempre estará en aptitud de dirigir conveniente el fuego de las baterías de las alas; éstas se encuentran demasiado lejos. A menudo se verá obligado á abandonar su vigilancia á los comandantes de aquellos, cuando ménos, en ciertos momentos. Sin embargo, deberá procurar conservar siempre la dirección general de su fuego, comunicando las órdenes necesarias. Así, entre otras, podrá abandonar á los comandantes de las baterías que estén muy lejanas, el cuidado de arreglar *la rapidez del tiro*, y en lo concerniente á ésta, esos comandantes obrarán de la misma manera, en general, que en el ataque; únicamente, no harán uso del "tiro rápido con granadas" más que para rechazar el asalto, en caso de que se escogieran las granadas para ese tiro.

Las prescripciones dadas para *la regulación del tiro*, en el ataque, conservan todo su valor en la defensa.

Arreglado el tiro contra las baterías asaltantes, trátase para el defensor, de utilizar el fuego cruzado que favorece el lugar escogido para las baterías de las alas. El fuego de todas las baterías deberá, pues, converger en forma de cruz sobre una de las baterías del centro, y hasta donde sea posible contra la que esté ménos á cubierto.

En el combate de artillería, preciso es también aprovechar los momentos en que las baterías del ataque cambian de posición; esos momentos favorables están indicados, como lo vimos ya en el ataque, por la misma artillería, que ejecuta de antemano un tiro con shrapnels. Con el objeto de sacar partido, con oportunidad, de esos cambios de posición, para no correr el riesgo de que pase el momento propicio sin utilizarlo, lo cual muy bien podría acontecer, porque la artillería de la defensa está muy diseminada, se prescribe á las baterías del centro que ataquen siempre al primer escalon; y á las baterías de las alas que se ocupen, por el contrario, de las piezas que permanecen en posición. Tan luego como el primer escalon se

ferentes partes del cuerpo de ejército ocupan, á menudo, grandes espacios; están separadas en destacamentos, en brigadas ó en divisiones, en fin, están de tal manera diseminadas, que la liga ó unión táctica del cuerpo de ejército ya no existe en lo absoluto: la repartición de la artillería de cuerpo resultaba sencillamente de la división misma del cuerpo de ejército. No eran, pues, motivos, aplicables á todos los casos en general, sino solamente circunstancias enteramente particulares de ese período, las que justificaban y aun exigían semejante medida; era menester obrar así, si se quería que las partes del cuerpo de ejército, dispuestas de una manera más ó ménos independiente, pudieran ofrecer todavía cierta resistencia. Las circunstancias particulares en que nos encontrábamos exigían medidas especiales; hubo razón para romper el agrupamiento existente de la artillería de cuerpo, pero mal se haría en deducir una regla aplicable á todos los casos en general. En la introducción de la primera parte de nuestros estudios, hemos recordado ya que siempre era necesario considerar los experimentos hechos durante la segunda mitad de la campaña de 1870, como excepciones y que no podrían tomárseles por condiciones normales.

Además, podría también ser el deseo de atribuir mayor número de piezas á cada división de infantería el que haya dado la idea de repartir toda la artillería entre las dos divisiones del cuerpo de ejército. En verdad, esta necesidad tiene su razón de ser; pero que se satisfaga precisamente á expensas de la artillería de cuerpo, que ésta se sacrifique por completo, es lo que nos parece trastornar por gusto una organización que sin embargo ha hecho sus pruebas en la última campaña. Si se juzga necesario dar á las divisiones de infantería mayor número de piezas, debe aumentarse en proporción toda la artillería del ejército. En cuanto á nosotros, quisiéramos ver aumentar el número de las baterías divisionarias; aun creemos que el aumento de toda la artillería, que exigiría esta medida, no ha sido completamente abandonado en las altas regiones. Pero, mientras ese aumento no sea decretado, no podemos pedir sin embargo, como lo demostraremos mejor más adelante, que se refuerce la artillería divisionaria debilitando ó sacrificando la artillería de cuerpo.

Por último, la organización admitida para la artillería de campaña.

ña, en tiempo de paz, podría presentar todavía una apariencia de razón á la idea de renunciar á la artillería de cuerpo. En efecto, hay ahora, en tiempo de paz, dos regimientos de artillería por cuerpo de ejército; si la artillería estuviera efectivamente bajo las órdenes de los generales de division, como se ha intentado someterla varias veces, la existencia de esos dos regimientos permitiría dar uno á cada division. Esta reparticion podría conservarse muy bien en tiempo de guerra.

Haciendo abstraccion de la distinta constitucion de los dos regimientos existentes, sería evidentemente dar vueltas en un círculo vicioso el adoptar como reparticion normal una organizacion de paz debida á la casualidad, y tan sólo porque existe. Pero, ántes que nada, es evidente que las circunstancias de la guerra son las que deben servir de reglas para la organizacion de una tropa; es, pues, preciso procurar conformar á las exigencias de la guerra la organizacion del tiempo de paz. Por lo que á nosotros toca, estimamos que, en la guerra, una artillería de cuerpo es absolutamente indispensable: procuraremos demostrarlo de una manera completa más adelante.

Eso trae consigo el repartimiento de la artillería de campaña en tres grupos; ejecutándolo en tiempo de paz, se procura la ventaja indisputable de no deber, como en la actualidad, desde el principio de la guerra, romper el lazo táctico de uno de los dos regimientos. No encontraremos el mismo inconveniente en la organizacion de las otras armas. Ninguna de ellas tiene que luchar, sin embargo, contra tan grandes dificultades como la artillería de campaña, para pasar del pié de paz á la formacion de guerra. Ya hemos perfeccionado mucho nuestra organizacion de paz, y sin embargo, está bien probado que no podemos considerarla todavía tan racionalmente establecida como las de las otras armas.

En verdad, en la subdivision de la artillería de campaña en tres grupos no es del todo favorable á su reparticion en la formacion del cuerpo de ejército en tiempo de paz. Se satisfarian las exigencias de la paz y de la guerra, dividiéndola en cuatro partes constituidas normalmente bajo todos conceptos. De esta manera, cada division poseería, en tiempo de paz, dos pequeños regimientos de artillería;

se pasaría á la reparticion en tres grupos, para la formacion de guerra, sin romper el lazo táctico de un regimiento, puesto que un regimiento de cada division se emplearía en formar la artillería de cuerpo. Pero no es este el lugar para discutir á fondo la organizacion de tiempo de paz; no queremos ocuparnos, en este estudio, más que de la formacion existente.

Vamos, sin embargo, á agregar nuevas pruebas á la idea que defendemos, de que hay necesidad absoluta de conservar, en la guerra, una artillería de cuerpo.

La mision esencial de la artillería divisionaria consiste en dar al combate de la division de infantería la energía necesaria; la artillería de cuerpo, por el contrario, avanza hacia donde se juzga conveniente aumentar los efectos de la artillería. Jamas se la debe economizar para los últimos momentos del combate; la artillería de cuerpo está llamada esencialmente á hacer inclinar la balanza en su favor, luego que toma parte en el combate empeñado entre las piezas; debe asegurar la victoria en el ataque y rechazar el asalto en la defensa.

La entrada en accion de la artillería de cuerpo no puede ordenarse más que por el comandante en jefe; por eso es indispensable que siempre quede á las órdenes del general. En poder de éste forma un feliz lazo de union entre las dos divisiones; es un medio de ejecutar el combate segun las miras del general en jefe, y de asegurar á este último la influencia conveniente sobre la marcha de la batalla.

Si la artillería de cuerpo no existiera, el general, pues, debería crearse ese medio de accion, formándolo, al principio y en el curso del combate, con baterías tomadas de las dos divisiones, á la manera que una reserva general se extrae de la infantería. Desde luego la cuestion es esencialmente distinta en la artillería; no se trata en lo absoluto de formar una reserva; preciso es al contrario, poner en accion lo más pronto posible poderosas baterías. Si toda la artillería estuviera igualmente repartida cerca de las dos divisiones de infantería, el comandante en jefe se vería obligado á retirar á los dos generales bajo sus órdenes una parte de sus baterías, quizá empeñadas ya en un combate violento, medida muy peligrosa, (si es que fuere practicable todavía), porque ningun jefe se ve privado con gusto de las tropas que le han sido confiadas y de las que quizá ya ha dis-

puesto. Para evitar semejantes inconvenientes, podríase formar primero una artillería de cuerpo con baterías tomadas de las dos divisiones cada vez que se proceda á la formacion del cuerpo de ejército; es decir, á la reparticion de las tropas en grandes unidades. Así se exigiría en principio que es preciso destruir, cada vez, el agrupamiento que existe en la artillería; y por otra parte, habría el compromiso de reconstituir, en el momento de la lucha, los mismos grupos expresamente establecidos de una manera tan juiciosa con la mira del combate. Pero, ¿para qué negarse, entonces, á conservar una artillería de cuerpo existente; cuando se debe reconocer *la necesidad de crearla cada vez para el combate?*

Sin embargo, si no se reconociera la absoluta necesidad de formar una artillería de cuerpo para el combate, sería tambien menester dejar de dividir en dos partes los cuerpos de ejército, tales como hoy existen, y dejar á cada division de infantería una independencia casi tan grande como la que se da actualmente al cuerpo de ejército. Este formaría entonces en realidad, un pequeño ejército bajo el mando superior del general en jefe; las dos divisiones de infantería se convertirían en dos cuerpos de ejército, algo débiles es cierto, de aquel pequeño ejército. Ahora, el cuerpo de ejército es la mayor unidad táctica; pero entonces lo serían las divisiones de infantería; el lazo poderoso que reúne ahora á las dos divisiones de un cuerpo de ejército, para una accion comun, se perdería de seguro, y no sería una ventaja para el conjunto de las operaciones.

En nuestra opinion, cuando se instituyó el cuerpo de ejército actual, se levantaron límites felizmente trazados á la independencia de la division de infantería, que constituye la más pequeña subdivision del ejército, compuesta de las tres armas.

Por último, si se quisiera pretender que es preciso abandonar la artillería de cuerpo, porque la artillería en general depende demasiado de las otras armas, porque no puede ser empleada sola, no nos parecería muy feliz la razon. Evidentemente no hay que pensar en emplear la artillería sino de concierto con las otras armas; pero los principios racionales de su empleo deben seguir siendo absolutamente los mismos, ya se escoja como base indiferentemente, ó el cuerpo de ejército, ó las dos divisiones de infantería.

En consecuencia, absolutamente nos parece que se haya demostrado que tendríamos una ventaja cualquiera en cambiar la organizacion de nuestra artillería de campaña, tal como existe en tiempo de guerra; ha hecho sus pruebas, atengámonos, pues, firmemente, para el bien general, á la cosa ya bien probada y experimentada.

SECCION PRIMERA.

MISION DE LA ARTILLERÍA EN EL COMBATE DE CUERPO DE EJÉRCITO.

Aquí, como en la primera parte de nuestros estudios, tomamos por base de nuestros razonamientos la division del combate en diversas zonas, tales como quedan indicadas ántes.

CAPÍTULO I.

ATAQUE.

Debemos distinguir, en el ataque, si el cuerpo de ejército avanza por uno ó por varios caminos; es decir, si las divisiones de infantería marchan una detras de otra, ó una al lado de otra.

Cada vez que se puede hacerlo, es preciso avanzar el cuerpo de ejército sobre el frente más ancho, las dos divisiones de infantería una al lado de otra; esta disposicion es preferible; en un frente desarrollado, el cuerpo de ejército está listo más pronto para el combate; el despliegue de las divisiones exige la mitad menos del tiempo que cuando el cuerpo de ejército marcha por un sólo camino; finalmente, dos divisiones vecinas se cubren y se protegen, de una ma-

puesto. Para evitar semejantes inconvenientes, podríase formar primero una artillería de cuerpo con baterías tomadas de las dos divisiones cada vez que se proceda á la formacion del cuerpo de ejército; es decir, á la reparticion de las tropas en grandes unidades. Así se exigiría en principio que es preciso destruir, cada vez, el agrupamiento que existe en la artillería; y por otra parte, habría el compromiso de reconstituir, en el momento de la lucha, los mismos grupos expresamente establecidos de una manera tan juiciosa con la mira del combate. Pero, ¿para qué negarse, entonces, á conservar una artillería de cuerpo existente; cuando se debe reconocer *la necesidad de crearla cada vez para el combate?*

Sin embargo, si no se reconociera la absoluta necesidad de formar una artillería de cuerpo para el combate, sería tambien menester dejar de dividir en dos partes los cuerpos de ejército, tales como hoy existen, y dejar á cada division de infantería una independencia casi tan grande como la que se da actualmente al cuerpo de ejército. Este formaría entonces en realidad, un pequeño ejército bajo el mando superior del general en jefe; las dos divisiones de infantería se convertirían en dos cuerpos de ejército, algo débiles es cierto, de aquel pequeño ejército. Ahora, el cuerpo de ejército es la mayor unidad táctica; pero entonces lo serían las divisiones de infantería; el lazo poderoso que reúne ahora á las dos divisiones de un cuerpo de ejército, para una accion comun, se perdería de seguro, y no sería una ventaja para el conjunto de las operaciones.

En nuestra opinion, cuando se instituyó el cuerpo de ejército actual, se levantaron límites felizmente trazados á la independencia de la division de infantería, que constituye la más pequeña subdivision del ejército, compuesta de las tres armas.

Por último, si se quisiera pretender que es preciso abandonar la artillería de cuerpo, porque la artillería en general depende demasiado de las otras armas, porque no puede ser empleada sola, no nos parecería muy feliz la razon. Evidentemente no hay que pensar en emplear la artillería sino de concierto con las otras armas; pero los principios racionales de su empleo deben seguir siendo absolutamente los mismos, ya se escoja como base indiferentemente, ó el cuerpo de ejército, ó las dos divisiones de infantería.

En consecuencia, absolutamente nos parece que se haya demostrado que tendríamos una ventaja cualquiera en cambiar la organizacion de nuestra artillería de campaña, tal como existe en tiempo de guerra; ha hecho sus pruebas, atengámonos, pues, firmemente, para el bien general, á la cosa ya bien probada y experimentada.

SECCION PRIMERA.

MISION DE LA ARTILLERÍA EN EL COMBATE DE CUERPO DE EJÉRCITO.

Aquí, como en la primera parte de nuestros estudios, tomamos por base de nuestros razonamientos la division del combate en diversas zonas, tales como quedan indicadas ántes.

CAPÍTULO I.

ATAQUE.

Debemos distinguir, en el ataque, si el cuerpo de ejército avanza por uno ó por varios caminos; es decir, si las divisiones de infantería marchan una detras de otra, ó una al lado de otra.

Cada vez que se puede hacerlo, es preciso avanzar el cuerpo de ejército sobre el frente más ancho, las dos divisiones de infantería una al lado de otra; esta disposicion es preferible; en un frente desarrollado, el cuerpo de ejército está listo más pronto para el combate; el despliegue de las divisiones exige la mitad menos del tiempo que cuando el cuerpo de ejército marcha por un sólo camino; finalmente, dos divisiones vecinas se cubren y se protegen, de una ma-

nera mucho más eficaz que dos divisiones que se siguen en una gran profundidad.

Admitimos, pues, como disposición de marcha normal, las dos divisiones de infantería que avanzan una al lado de otra; el empleo de la artillería se desprende naturalmente de esto. Pero aun cuando las dos divisiones se desarrollen en profundidad, ó una tras otra, la artillería debe, aún, procurar desplegarse de una manera igualmente favorable, á fin de que el cuerpo de ejército pueda también operar inmediatamente su despliegue normal, á pesar de la disposición desventajosa de la columna de marcha.

I.—PRELIMINARES DEL COMBATE.

Verificanse de la misma manera que los que hemos visto en el combate de una division de infantería independiente; cuando las dos divisiones de cuerpo de ejército siguen caminos paralelos, cada division de infantería se forma por su cuenta, de una manera separada.

Cuando, por el contrario, el cuerpo de ejército se mueve por un sólo camino, los preliminares del combate incumben á su vanguardia; ésta comprende, ordinariamente, á toda la caballería, una brigada de infantería y dos baterías.

Cuando la caballería de vanguardia encuentra al adversario, ó cuando la division de caballería, que oculta al cuerpo de ejército, no puede ya avanzar con sus solas fuerzas, el comandante de la vanguardia va en persona á reconocer al enemigo; luego, hace avanzar á su artillería, para cubrir, primero, el despliegue de su infantería, y para preparar, en seguida, su marcha futura, en caso necesario. Las baterías, en ese caso, no se despliegan á ménos de 1,500 metros de los puestos destacados de la defensa, como en el combate de la division de infantería independiente. Este despliegue tiene, pues, verificativo, fuera de la primera zona de combate y lo más cerca posible del camino que sigue la vanguardia.

En efecto, se trata desde luego de rechazar, por medio del fuego de las baterías, un ataque eventual de la infantería enemiga; de te-

ner bajo su fuego los puntos del terreno que están señalados como ocupados por tropas del adversario, y que la infantería de vanguardia deberá tomar bien pronto. O la defensa no opone artillería, ó presenta algunas piezas á distancias muy grandes: la artillería de vanguardia podrá, pues, llenar su mision con tanta mayor facilidad cuanto que pondrá en línea mayor número de cañones. Sería una falta no querer avanzar más que una sola de las dos baterías de vanguardia; siempre que la configuracion del terreno permita poner en línea varias baterías: sería renunciar de antemano á un sostén enérgico para el despliegue de la infantería.

Habiendo ejecutado ésta ese despliegue, avanza en formacion de combate, como lo hemos visto en la division de infantería independiente, llega así á una de las alas de las baterías. Si aconteciere que la otra ala de la artillería no estuviese suficientemente cubierta por la caballería, lo que se presentará con frecuencia, cuando la vanguardia de un cuerpo de ejército, ya fuerte por sí misma, se haga avanzar muy léjos, parecería necesario mandar allá infantería.

La vanguardia arrolla así los destacamentos enemigos que se oponen á su marcha; avanza contra la posicion principal probable del adversario, hasta que note que se encuentra delante de fuerzas considerables, que los medios que posee son incapaces de forzar al enemigo á la retirada. Entónces se coloca sólidamente en posicion; opone una resistencia enérgica á las empresas ofensivas del adversario.

Las baterías de vanguardia han sostenido este combate, en alguna parte, á la altura de la segunda línea; han dirigido su fuego contra la artillería enemiga desde que ésta entró en accion, porque se trata entónces de apartar ese fuego de su infantería.

Sabemos, sin embargo, por el combate de la division de infantería independiente, que los progresos de la vanguardia se detienen ya en el límite inferior de la primera zona; la artillería, en ese momento, avanza hasta el interior de esta zona, pero evita llegar á las distancias eficaces, en vista de la superioridad numérica evidente de las baterías de la defensa.

II.—COMBATE CONTRA LA ARTILLERÍA DE LA DEFENSA.

Examinemos en primer lugar el caso normal en que las dos divisiones de infantería avanzan *una al lado de la otra*.

Se cubre el despliegue del grueso de las dos divisiones de infantería; se refuerza la batería de vanguardia con la artillería del grupo divisionario correspondiente, de la misma manera que en las divisiones independientes de infantería; únicamente toca al general en jefe decidir el despliegue y el empleo de la infantería de los dos gruesos; él es quien prescribe igualmente el uso de la artillería de cuerpo, que está incrustada en la columna de una de las dos divisiones. Volveremos á ocuparnos más tarde de esta artillería de cuerpo.

Véamos primero lo concerniente á la concentracion propiamente dicha de las baterías de los grupos divisionarios; es preciso, primeramente, resolver la cuestion siguiente: ¿sobre cuál ala de las vanguardias debe esforzarse para operar esa concentracion? Creemos que hay grandes ventajas en hacerlo, como regla general, sobre el ala *exterior* de las dos vanguardias; en otros términos, en las extremidades del frente general del cuerpo de ejército. Colocándolas en las alas interiores, los grupos divisionarios podrían estrechar ó acortar de tal manera el intervalo de las dos divisiones, (espacio que, por lo demas, reservamos á la artillería de cuerpo), que seria preciso preguntarse si las baterías de cuerpo encontrarían todavía allí lugar suficiente. Lo cierto es que no trascurre más que un tiempo relativamente corto entre el instante en que todas las baterías divisionarias se ponen en accion, y aquel en que la artillería de cuerpo entra en combate. Debe, pues, temerse poco que el enemigo penetre en el claro dejado entre las dos divisiones, precisamente en el momento en que la artillería de cuerpo aún no lo ha cubierto. Semejante proyecto, puesto en ejecucion por el adversario, seguramente que no pasaria desapercibido para el asaltante; éste, por su parte, tomaría medidas contrarias, que expondrían al defensor al peligro de no ser sostenido y de verse aniquilar, al penetrar al espacio dejado entre ambas divisiones. Sin embargo, resulta de lo que precede, que á ve-

ces será necesario asegurarse el dominio general sobre dicho espacio, colocando á las artillerías divisionarias en las alas *interiores* de las vanguardias; además, esta disposicion podrá tambien tener la ventaja, á veces, de acortar el claro demasiado grande, producido entre las divisiones por la direccion excéntrica de los caminos de marcha; así se disminuirá considerablemente el peligro de ver penetrar al enemigo por aquella *ancha* abertura. Todas estas consideraciones se relacionarán, en realidad, con circunstancias particulares, y no con las condiciones normales del combate de que ahora nos ocupamos; en éstas, el despliegue de la artillería de las divisiones, en el ala *exterior* de su vanguardia, debe tener siempre la preferencia. Hay, además, una razon particularmente concluyente en favor de nuestra proposicion: en el curso ulterior del combate, el ataque decisivo partirá, las más de las veces, de una de las alas del frente general del cuerpo de ejército; la division de infantería que ocupa esta ala colocará su grueso, para este ataque, en el ala exterior de su vanguardia. La artillería divisionaria, dispuesta como lo hemos dicho, se encontrará, pues, entre la vanguardia y el grueso de su division, por consiguiente, en *el ala interior de las tropas que deben asegurar la victoria*; en este caso, trátase del grueso.

Esta consideracion nos lleva á insistir aquí, de nuevo, sobre la proposicion formulada en la primera parte de nuestros estudios, á saber, que es preciso, por regla general, hacer entrar á la artillería en accion, lo más que sea posible, hácia *el medio* del frente general.

El comandante en jefe procura, por lo comun, llegar á la decisiva envolviendo una ala de la posicion enemiga: en primer lugar es el punto débil del adversario; un ataque ejecutado sobre aquel punto, promete para despues los mayores resultados. La infantería encargada de este ataque de flanco, será sostenida por la artillería de la manera más eficaz, cuando ésta se mantenga, no en el ala exterior sino en la interior de la tropa que va á envolver; esto es, cuando se encuentre entre la vanguardia y el grueso, en una division de infantería independiente. En esta posicion, es donde la artillería se encontrará cubierta el más largo tiempo por la infantería que debe decidir; desde la misma posicion podrá intervenir tambien, con mayor eficacia, en las vueltas ofensivas. Estas ventajas se atribuyen,
ARTILLERÍA.—11.

con mucha justicia, á la artillería colocada en una ala; creemos poder pretenderlas, con mayor razon todavía, colocándola entre el grueso y la vanguardia; es decir, más hácia el medio del frente general; la lámina núm. 1 hará comprender mejor este movimiento.

Esta colocacion dada á la artillería presenta, además, la gran ventaja de que el frente de la posicion está mejor protegido contra los ataques del enemigo, que si las baterías se encontraran en el ala exterior de la brigada de ataque.

Por los mismos motivos tenemos en mucho colocar á la artillería mas bien hácia el medio del frente, en un cuerpo de ejército; acabaremos de demostrarlo más adelante.

Segun lo que precede, todo lo que concierne al despliegue de los grupos de la artillería divisionaria de un cuerpo de ejército, lo representa la lámina núm. 2.

Las dos vanguardias ocupan, pues, sólidamente el terreno conquistado, cuando ya no pueden avanzar más con sus únicos medios. Cubren, por la posicion que toman, las alas interiores de la artillería divisionaria; la caballería tiene á su cargo la proteccion de los flancos exteriores, hasta que lleguen á reemplazarla subdivisiones del grueso. Los gruesos de las dos divisiones de infantería están desplegándose á retaguardia; su empleo está subordinado á las resoluciones tomadas por el general en jefe.

Para formar en un sólo y mismo todo las dos vanguardias del cuerpo de ejército, separadas por un gran intervalo, se coloca la artillería de cuerpo, muy á propósito, como lazo de union entre ambas.

Contentémonos, por el momento, con esta exposicion sumaria, y volvamos al despliegue de un cuerpo de ejército que marcha por un sólo camino. Será menester llegar, en este caso, á desplegar la artillería de la misma manera, aunque las divisiones se sigan una á otra, porque los principios fundamentales de la táctica son aplicables en uno como en otro caso.

En la série de nuestras consideraciones, ya no será, pues, necesario distinguir expresamente las diferencias que resulten de la manera de marcha adoptada por el cuerpo de ejército; bastará considerar el caso más difícil, el despliegue del cuerpo de ejército que marche

en una sola columna, é indicar las simplificaciones que tienen verificativo cuando el cuerpo de ejército marcha por dos caminos.

El general en jefe avanza, seguido de su estado mayor, durante el combate de su vanguardia, con el objeto de formarse personalmente una idea de las condiciones de la lucha. Por el sesgo que toma el combate y por los avisos recibidos, adquiere á poco la conviccion de que se encuentra delante de fuertes destacamentos del adversario; ve si su vanguardia sola puede hacerle frente. Las disposiciones tomadas por el enemigo y en particular el despliegue de una potente artillería, le dan á veces ya indicaciones claras sobre la posicion que ocupa.

En todo caso el grueso se despliega desde luego fuera de la esfera de accion del adversario.

Si, en esta faz del combate, se dejara á la vanguardia sin un poderoso sostén de artillería, podría suceder que las baterías y la vanguardia misma, agoviadas todas á la vez por un fuego superior, fuesen arrolladas sobre el grueso que en ese momento opera su despliegue. Sin embargo, éste no debe correr el riesgo de ser molestado durante este movimiento que dura cosa de una hora; por esta sola razon, ya sería necesario desplegar una numerosa artillería. Es absolutamente preciso cubrir el despliegue del grueso: todas las tentativas de ofensiva del adversario deben encontrar una resistencia tenaz por parte de la vanguardia, yendo á estrellarse contra baterías considerables. Pero ante todo, preciso es tambien observar estrictamente el principio establecido para el combate de la division de infantería independiente, á saber, que *en primer lugar se debe apagar el fuego de la artillería de la defensa antes de pasar al ataque de la infantería.*

Pasan todavía algunas horas, en verdad, antes del principio de este ataque; debe uno esperar ver las baterías de la defensa tomar la ventaja, si no se despliega mas que en parte la artillería puesta á disposicion del cuerpo de ejército. Para evitar este inconveniente, es preciso llevar, lo más pronto posible, un número superior de piezas para batir á la artillería de la defensa. Por ejemplo, si no se pusiera en línea mas que á la artillería de cuerpo, economizando, por principio, á la artillería de la division de infantería que se en-

cuentra todavía á retaguardia, con el objeto de hacerla entrar sólo más tarde, al mismo tiempo que su division, se expondría uno á ver sucumbir la artillería del ataque; se pondría así en cuestion el resultado final de toda la jornada.

Es preciso haber desmontado á la artillería de la defensa, es preciso cuando ménos, haberla puesto en un estado de inferioridad evidente, antes de poder emprender el ataque decisivo de la infantería. Cuando no se ha conseguido ese resultado, muy raro es que se logre el asalto; el comandante en jefe debe llegar hasta preguntarse seriamente si no hará mejor en renunciar á todo ataque ulterior.

Será, pues, menester, en esta faz de combate, poner en línea toda la artillería del cuerpo de ejército; en este caso sería una falta, como en la division independiente, conservar baterías de reserva.

Así, pues, se está obligado, cuando el cuerpo de ejército marcha por un sólo camino, á quitar la artillería á la última division de infantería: se queda sin baterías durante todo el tiempo que no toma parte en el combate. No ocultamos que existe algun peligro en privar así á una division de su grupo de baterías; pero los argumentos que pueden alegarse contra esta separacion de las baterías de su division, aun cuando ésta estuviera á punto de desplegarse; nada son, en ningun caso, comparados con la ventaja que procura á todo el combate la entrada en línea de esas 24 piezas. Trátase, en ese momento de hacer contribuir á toda la potencia de la artillería, con el fin de lograr de una manera segura, por el momento, el objeto del combate, que consiste en desmontar la artillería de la defensa: esas 24 piezas son inútiles á su division, en su posicion de reunion; son absolutamente indispensables en el fuego. Toca al comandante en jefe hacer avanzar inmediatamente las baterías de la última division; las envía al extremo de la línea de batalla en donde cree deber emplear más tarde la infantería de esta division: su objeto debe ser hacerlas contribuir juntas, al finalizar el combate, á una accion comun. Si en el curso ulterior de la accion, las circunstancias llegaren á cambiar, si exigiesen que la última division tomase participio en el combate, en otro lugar, se podría todavía, á pesar de todo, asegurar la reunion de las baterías con su division. Más adelante volveremos á ocuparnos de ésto.

Ninguna otra consideracion puede hacer renunciar á colocar en línea, para el combate de artillería, á todas las baterías del cuerpo de ejército; en efecto, si durante este combate se hace sentir la necesidad de cañones en otro lugar, ya se sabe que pueden retirarse de una línea de artillería baterías ya empeñadas para ir á emplearlas en otra parte. Pueden, pues, desplegarse todas las baterías sin temor; la artillería no corre peligro alguno, en tanto que se tenga cuidado de cañonear al adversario de frente, sin tratar de tomarlo de flanco.

La artillería de un cuerpo de ejército, se extiende en un espacio muy grande, es de preguntarse á dónde va á tomar posicion; es preciso en primer lugar, convenir en que pocas configuraciones de terreno hay que permitan emplear todas esas baterías *en una línea continua*; estas líneas no interrumpidas, presentan, por lo demas, puntos débiles. Ofrecen al enemigo un gran objetivo para el ataque; son de difíciles direccion y movimiento; y en caso de necesidad, cuesta mucho trabajo sostenerlas con infantería. Por lo mismo, podemos temer que en lo futuro, el enemigo las rompa por un ataque violento, despreciando el cañonearlas, y avanzando de frente contra ellas. Es, pues, preferible, *repartir la artillería en toda la línea de batalla*, evitando, sin embargo, romper *los lazos más estrechos*, tales como los agrupamientos de las baterías divisionarias y el de la artillería de cuerpo. Por lo demas, la separacion *de los grupos de artillería*, no impide, de una manera absoluta, la concentracion de los fuegos; un fuego de flanco, produce, todavía sus efectos á más de 3,000 metros.

Cuando las dos divisiones del cuerpo de ejército marchan por caminos paralelos, el despliegue de las baterías, para el combate de artillería, se hace de la manera más sencilla; la artillería de cuerpo se desliza naturalmente entre las vanguardias. Los flancos de esta artillería por ese mismo hecho, están seguros; las baterías divisionarias, que se mantienen en las alas exteriores de las vanguardias, están sostenidas por caballería ó por destacamentos de infantería. La artillería de cuerpo se coloca, en general, hácia el medio del frente ocupado por el cuerpo de ejército; esto es tanto más fácil de hacerse, cuanto que se trata primero de *cañonear directamente á la artille-*

ría de la defensa, y que aún no se ha decidido sobre qué punto deberá dirigirse, más tarde, el ataque decisivo de la infantería.

Cuando, por el contrario, el cuerpo de ejército marcha por un solo camino, el general en jefe da desde luego las indicaciones necesarias para batir á la artillería de la defensa; despues indica al comandante de brigada de artillería, que se encuentra á su lado, el ala de la vanguardia sobre la cual debe tomar posicion cada grupo de artillería; cuida de colocar la masa principal de sus baterías hácia el extremo de la línea donde tiene intencion de dirigir más tarde, el ataque decisivo de la infantería.

Las dos baterías que quedan de la primera division, han desfilado cerca de la cabeza del grueso, en la columna de marcha; avanzan al combate y van á colocarse al lado de las baterías de vanguardia, que ya entraron en juego: así restablecen el grupo divisionario. Inútil es, sin duda, repetir que las baterías de vanguardia se vuelvan á poner, por una orden expresa del general en jefe, bajo el mando del general de brigada de artillería, cuando una mision especial no ha sido asignada á la vanguardia. Si ésta debe resolver un problema particular, que exija el concurso de la artillería, vale más poner las cuatro baterías, reunidas en grupo divisionario, bajo las órdenes del comandante de la vanguardia, que romper el lazo táctico del grupo.

La artillería de cuerpo, que llega en seguida al campo de batalla, va al ala de la vanguardia que le ha sido asignada; su flanco exterior está protegido por la caballería, hasta que la infantería del grueso, designada para esta mision, puede responder de dicho flanco.

Las baterías de la última division, abandonan todavía más tarde la columna de marcha; un aviso especial del general en jefe las coloca bajo las órdenes de su comandante de brigada, para el combate de artillería. Sin embargo, ántes de su llegada, la posicion de la defensa se habrá dibujado mejor, por lo general; á menudo se habrá podido reconocer, con bastante certidumbre, sobre qué ala será preferible emplear más tarde la division designada para el ataque decisivo; se sabe, pues, sobre qué flanco debe dirigirse la artillería de esta division.

Segun las circunstancias diversas que pueden presentarse, acon-

tecerá que esas baterías deberán colocarse, ora en el ala exterior de la artillería de cuerpo, ora en el ala exterior de la otra artillería divisionaria que ya está en línea. En uno como en otro caso, preciso es tener cuidado de cubrir su flanco no protegido.

Se podrá á menudo, durante el combate de vanguardia que precede, tomar cierta decision sobre la direccion que haya de darse al ataque decisivo; entónces, cuando el combate sigue su marcha normal, el despliegue de los tres grupos de artillería se hará de manera que se coloque la artillería de cuerpo en medio de las otras dos.

Sin embargo, no siempre será posible llevar inmediatamente á la altura de las baterías de vanguardia, todos esos grupos de artillería que llegan unos despues de otros. Cada subdivision deberá, á menudo tomar posicion, como escalon en retirada, con relacion al grupo vecino; las divisiones de la artillería de cuerpo deberán tambien escalonarse, á veces, entre ellas; por último, sólo sucesivamente es como se logrará llevarlas todas á la altura de las baterías de vanguardia. Y aún será menester que los flancos de esos escalones estén suficientemente cubiertos con tropas del grueso, contra las empresas del adversario y que se hayan arrollado las subdivisiones enemigas que se oponen á su aproximacion. (Lámina núm. 3).

Para sostener eficazmente los diversos escalones, cuando más tarde avancen, habrá ventaja en intercalar destacamentos de la infantería del grueso entre los grupos y hasta entre las divisiones de la artillería de cuerpo. En el interés mismo de esta marcha hácia el enemigo, siempre se tomará esa precaucion. La artillería del ataque puede así disponer de todos sus medios, sin distraer ninguno, para llenar su mision principal, puesto que no está obligada á defenderse, en esta faz del combate, contra subdivisiones de la infantería enemiga. Por lo demas, tambiense evitará disponer las divisiones de la artillería de cuerpo en una sola y misma línea continua; eso constituiría un grupo demasiado considerable; la debilidad inherente á las grandes líneas continuas de artillería se haría sentir todavía, en semejante caso, aunque en menor grado. Dejando grandes intervalos entre los grupos de artillería; disponiendo de la misma manera, en caso necesario, las divisiones de la artillería de cuerpo, se prepara el espacio necesario

para intercalar esos destacamentos de infantería, sin romper, sin embargo, el lazo táctico de ese grupo de baterías. Hay todavía otras razones que hacen necesarios esos espacios; más adelante las desarrollaremos.

No podemos dispensarnos de hacer notar desde luego, aquí, que nos colocaríamos en condiciones sobre manera favorables, si desde el principio se pudieran avanzar adelante de las baterías de vanguardia, los grupos de artillería que vienen á tomar participio en el cañoneo. Se les llevaría, así, inmediatamente á distancia decisiva de las piezas de la defensa. Pero, en las circunstancias ordinarias, los destacamentos que el enemigo lanza adelante de la posición, impiden obrar de esa manera; debemos, pues, contentarnos con llevar los dos grupos que llegan al combate á la altura del tercero que está ya empeñado.

La lámina núm. 4 indica la formación general que resulta de estos movimientos.

Todas las baterías del ataque hacen, pues, frente á la artillería de la defensa, á unos 2,400 metros; los grupos y las fracciones del grupo principal están ligados entre sí y protegidos contra los aproches de la infantería enemiga, por su vanguardia primero, y luego por destacamentos del grueso, lanzados hácia adelante con esta intención, el ala expuesta de la posición de la artillería está cubierta por caballería y á veces también por infantería.

Entre tanto, esta poderosa artillería desplegada por el asaltante, ha atraído sobre sí el fuego de las piezas de la defensa; lo ha apartado de su infantería: puede ésta, pues, avanzar sus primeras líneas hasta la entrada, ya que no hasta el interior de la segunda zona de combate, si es que ya antes no había podido penetrar.

El combate con la artillería de la defensa debe siempre quedar terminado en la primera zona: para eso se dispone de un tiempo bastante suficiente, sobre todo si el cuerpo de ejército marcha en una sola columna, y si su despliegue exige varias horas. Este cañoneo comienza y se continúa, á gran distancia, mientras no sea prudente acercarse más; las baterías deben, por lo mismo, avanzar á distancia eficaz, á 1,800 metros de las piezas de la defensa, si quieren obtener resultados decisivos y haber terminado el combate de

artillería cuando el grueso acabe su despliegue. Tendrán cuidado de no avanzar á menos de 1,800 metros; esto es, á menos de 1,500 metros de la infantería enemiga; en el combate del cuerpo de ejército, la artillería debe permanecer expuesta á los fuegos de la infantería enemiga, durante varias horas más que en el combate de una división independiente; su infantería no emprende el ataque decisivo sino después de un espacio de tiempo mucho mayor.

En el combate de la división independiente, hemos demostrado antes, que la infantería debía diferir su ataque hasta que los fuegos de las piezas de la defensa hayan sido apagados total ó parcialmente. En un cuerpo de ejército esto no es necesario: el combate de artillería puede y debe haber ya terminado, porque el día se pasa y la infantería debe poder emprender su ataque tan luego como el cuerpo de ejército ha acabado su despliegue.

La artillería necesita estar sostenida cuando avanza á 1,800 metros: será pues necesario avanzar lo más posible, en la segunda zona de combate, los destacamentos que se encuentran entre los grupos y en las alas de la artillería; éstos deberán establecerse allí sólidamente. En este momento del combate, es preciso, hasta donde sea posible, economizar á la artillería del ataque las pérdidas que podría causarle el fuego de la infantería.

También, en el momento en que la artillería avanza á 1,800 metros, es cuando el comandante en jefe designa el lugar adonde ha de dirigir más tarde el ataque principal de su infantería, si es que no lo ha determinado con anterioridad. En el caso en que la artillería agregada á la división de infantería á la que se encarga el ataque principal no se encontrase en el ala conveniente del cuerpo de ejército, el general en jefe debería aprovechar el movimiento de todas las baterías para dirigirla sobre aquel punto; así podrá más tarde acompañar al ataque decisivo de su división. No debe tener escrúpulo alguno en transportar un grupo de baterías de un punto á otro de la línea de batalla al interior de la primera zona de combate; esto se verificará las más de las veces sin dificultades, favorecido por la disposición del terreno. ¿Y por qué no había de emplearse ese medio, si se pueden reunir así, para una acción común, los elementos de una división que un estrecho lazo debe siempre tener unida?

III.—PREPARACION DIRECTA DEL ATAQUE DECISIVO DE LA INFANTERÍA.

Después de haber cañoneado á la artillería de la defensa, preciso es además determinar el punto objetivo del asalto, antes de emprender el ataque decisivo de la infantería. Luego que la defensa comienza á aflojar en el combate de artillería, y luego que el asaltante ha adquirido de una manera evidente una superioridad decisiva, el comandante en jefe comunica las órdenes necesarias para el ataque; designa sobre todo, de una manera muy clara, el punto destinado al asalto.

Casi siempre, en el combate de un cuerpo de ejército, la preparacion del ataque de la infantería se habrá ejecutado ya, cuando *avancen* los batallones desplegados para el ataque decisivo, sobre todo si se logra hacer callar con mucho tiempo de anticipacion á la mayor parte de las baterías de la posicion. Porque en este caso, ha podido tenerse, por cierto tiempo, al objetivo principal del ataque bajo el fuego abrumador de un número considerable de piezas. Aun llegará á acontecer que la artillería asaltante habrá roto por completo la resistencia del adversario: por ejemplo, cuando puede cañonear las localidades á su satisfaccion, es capaz de decidir por sí sola la cuestion, no dejando á la infantería más que una mision facilísima.

Pero, aun cuando la artillería no logre alcanzar la superioridad necesaria sino *muy poco tiempo antes* de la llegada de la infantería para el ataque decisivo, todavía tiene tiempo de sobra para preparar ese ataque, *mientras que las tropas marchan al asalto*. Efectivamente, esa marcha dura cosa de media hora; dirigiendo, pues, todas las piezas contra el objetivo del ataque, se le pondrá en un estado tal, que el asalto *estará suficientemente preparado* cuando las primeras líneas de infantería lleguen á las distancias más próximas á la posicion. La preparacion directa del ataque de la infantería en el combate del cuerpo de ejército, puede ejecutarse, por lo demás, perfectamente, en un tiempo muy corto, á causa del número considerable de piezas que tienen el encargo de resolver ese proble-

ma. Con tal motivo, el general en jefe deberá, aún, examinar si si sería prudente no dejar traslucir demasiado pronto sus proyectos, y si no valdría más esperar á que la infantería *marche al asalto*, para preparar el objetivo del ataque.

La preparacion directa del ataque debe hacerse siempre con *tantas piezas como sea posible colocar en línea*; no debe dejarse, para batir á la artillería de la defensa, más que el número de baterías estrictamente necesario para conservar la superioridad adquirida anteriormente. Sin embargo, no debe descuidarse esta última circunstancia: la artillería de la defensa, que se conserva todavía en posicion y que obra contra la infantería asaltante, podría aniquilar á esas tropas; es absolutamente preciso economizarles las pérdidas que por aquel lado las amenazan.

Esta mision incumbe, como más adelante lo demostraremos, á una débil parte de la artillería de cuerpo y á una de las artillerías divisionarias; la preparacion del asalto es, por el contrario, de la competencia de la mayor parte de las baterías de cuerpo, de concierto con la artillería que acompaña á la division de ataque.

IV.—ATAQUE DECISIVO DE LA INFANTERÍA.

Representemos, á grandes rasgos, el lugar que ocupan las tropas del cuerpo de ejército, poco tiempo antes del ataque decisivo de la infantería. En general, las dos divisiones se encuentran una al lado de otra; el frente del cuerpo de ejército está trazado por tres grandes grupos de artillería, cuyo centro ocupa la artillería de cuerpo; se han deslizado entre esos grupos y en sus alas subdivisiones de infantería de vanguardia; han avanzado lo más posible dentro de la segunda zona de combate; por último, la brigada de la cabeza del grueso, también ha avanzado en primera línea. Esta última deja un regimiento, (poco más ó menos), detrás del frente, como reserva general de combate. Entretanto, la otra division, designada para el ataque decisivo, se ha desplegado en su totalidad, ó en parte, sobre

una ala, pero fuera de la segunda zona; amenaza un flanco del enemigo; su ala exterior está cubierta por caballería. Esta división, pues, va á dar el asalto, mientras que las tropas de la línea de batalla entretendrán y mantendrán al adversario de frente.

Esta última misión incumbe principalmente á la infantería de la vanguardia, de concierto con la artillería divisionaria que se encuentra en el ala correspondiente; precisamente es lo que permite á estas baterías no tener que avanzar más. Se encuentran en realidad á 1,500 metros de la infantería enemiga y á 1,800 metros de la artillería; no se trata, en lo absoluto, de empeñar á fondo aquella parte de la línea de batalla. Es de suponerse, sin embargo, que la infantería de vanguardia ha conseguido, más tarde, más temprano, avanzar bajo la protección de la artillería del frente; se sitúa en el límite superior de la tercera zona, ó aún más cerca todavía. Con el objeto de sostenerla, se ordena á las baterías divisionarias que ocupan el frente, que avancen á 1,100 metros de la infantería enemiga; avanzan así desde el principio del ataque decisivo de la infantería, para dar mayor efecto, por medio de una amenaza de frente, al ataque proyectado de flanco.

Cierto es que las más de las veces toda la infantería del frente se lanzará hácia adelante con nuevo ardor, cuando el ataque envolvente haya reanimado el combate que languidecía; no hay peligro alguno en hacer avanzar, hasta 1,100 metros, á la artillería del frente.

Antes de explicar la entrada en acción de la artillería de cuerpo, volvamos por un instante á las tropas que deben dar el asalto. Las baterías que pertenecen á esta división estaban colocadas, durante el combate de artillería, bajo las órdenes del comandante de brigada; estaban, pues, separadas de su división; es preciso ahora que una orden del general en jefe las haga volver cerca de su tropa luego que comienza el ataque de la infantería.

Segun lo que ántes hemos dicho sobre el combate de la división de infantería independiente, esta artillería divisionaria tiene á su cargo desempeñar las misiones siguientes. Debe observar rigurosamente el principio de acompañar siempre á su infantería, con tal de que la configuración del terreno le ofrezca probabilidades, al avanzar á 1,100 y más tarde á 700 metros, de encontrar posiciones en las

que pueda contar con algunos débiles efectos. Hemos dado, en el combate de la división independiente, los motivos por los que la artillería de la división encargada del ataque decisivo no puede, en circunstancia ninguna, ser detenida en una posición á retaguardia; acompañando á la infantería por etapas, podrá obrar contra la defensa, aún en posiciones desfavorables; á lo ménos tiene tantas probabilidades de éxito como puede tenerlas el defensor contra las tropas que marchan al asalto. Las baterías de esta división están, por lo demás, suficientemente apoyadas en sus movimientos por la artillería de cuerpo, que permanece á retaguardia.

Hemos dicho, en la primera parte de nuestros estudios, que la artillería divisionaria debía avanzar á 700 metros, cuando la segunda línea de la infantería asaltante llegaba á su altura. También en este momento es cuando las primeras tropas de infantería se hallan empeñadas en un fuego vivísimo; este instante parece, pues, bien escogido, puesto que el defensor dirige entónces su fuego sobre la infantería; la artillería puede, pues, en ese momento, avanzar esas cortas distancias. Si quisiera obrar así, más ántes, se haría aniquilar.

Ahora se nos preguntará: ¿en dónde se coloca la artillería divisionaria para acompañar á la división de ataque?

Cuando esta división se despliega para envolver el flanco opuesto del enemigo, sus baterías se encuentran en su ala *interior*; estarían, pues, inmediatamente bien situadas para apoyar eficazmente aquel ataque. Sin embargo, el fuego de esas piezas se encontrará estorbado poco tiempo despues por las tropas que avanzan. El frente de la división forma un ángulo obtuso con el del cuerpo de ejército; pero mientras más terreno gana el ataque, ménos lugar encuentra la artillería divisionaria para sus cambios de posición, si es que no quiere estorbar el fuego de la artillería de cuerpo, que se encuentra á sus lados.

Si las baterías quisieran acompañar á la división de ataque en su ala exterior, no tendrían ocasión para obrar sino durante muy poco tiempo; se encontrarían aisladas y condenadas, á poco á la inacción.

Ya no queda, pues, más que hacer acompañar á la división de ataque, de manera que su artillería se encuentre poco más ó ménos en el medio de las dos brigadas que avanzan una al lado de la otra;

en este lugar es donde parece mejor incrustada en su division. Por lo demas, así está en las mismas condiciones que en el combate de la division independiente: se encuentra en el centro de su division, cuyo ataque propiamente dicho se hace de frente, aunque oblicuo, con relacion á la línea de batalla del cuerpo de ejército.

La artillería divisionaria debería tomar este lugar luego que la segunda línea pasa á su lado; para avanzar á 1,100 metros de la infantería enemiga, tiene, pues que, dar vuelta á esta segunda línea. Esta marcha de flanco no puede presentar peligros: en primer lugar, se hace fuera del alcance de la fusilería, puesto que la artillería divisionaria se encuentra todavía á 1,500 metros de la infantería enemiga; en seguida, el fuego de las piezas del adversario ha sido apagado por la artillería de cuerpo. Por lo demas, poco despues, las baterías divisionarias van á acercarse á cosa de 700 metros de la posicion.

Estas avanzan, pues, directamente, con su division contra el flanco que el enemigo forma entretanto en martillo defensivo; pero la artillería de cuerpo, que tampoco está lejos del ala interior de la division de ataque, tiene por mision tomar al mismo tiempo ese martillo de flanco, con el mayor número posible de piezas: quebranta así de tal modo á los defensores que tiene delante, que las tropas asaltantes pueden desempeñar su mision sin experimentar pérdidas considerables. Como algunas baterías del frente de la defensa podrían querer cojer de flanco al ataque envolvente, tambien la artillería de cuerpo es la que les impide hacer daño; toca á ella igualmente proteger el ala interior de la division de ataque contra las vueltas ofensivas. Finalmente, todavía puede obrar eficazmente contra los movimientos de tropas del adversario, particularmente contra reservas que volvieren hácia el objetivo del ataque. Las baterías de cuerpo podrán obrar contra éstas últimas, desde la posicion que ocupen, aun cuando el asalto comience; ambos adversarios, en efecto, se encuentran muy cerca el uno del otro, pero sus líneas de fuego son perfectamente distintas para la artillería de cuerpo, que las ve de lado.

Ya hemos dicho que era bueno, por regla general, avanzar la artillería de cuerpo á 1,100 metros de la posicion, desde el principio

del asalto, con el fin de aumentar los efectos de las piezas. Pero, si la division de ataque y las tropas del frente avanzan al mismo tiempo, el espacio que tienen delante acaba por reducirse mucho; por éste y otros motivos, parece á veces ventajoso lanzar las baterías á caballo sobre el ala exterior de la division, mientras que ella avanza al ataque; así cubren esa ala contra las empresas del enemigo. La division á caballo, colocada así, ofrecerá más tarde un excelente medio de utilizar la victoria; podrá obrar de concierto con la caballería, que se encuentra igualmente en el mismo lugar. (Lámina núm. 5).

Tan luego como se ha penetrado en la posicion, la artillería de la division de ataque asegura la posesion del terreno conquistado; los grupos de baterías que han quedado en el frente procuran tambien avanzar con la infantería de la línea de batalla, y las reservas que hasta entónces se mantuvieron á retaguardia: ocupan fuertemente la posicion y dan á la division de ataque tiempo para volverse á poner en orden inmediatamente.

V.—PERSECUSION.

Todas las baterías que pueden llegar á la posicion conquistada persiguen con su fuego al enemigo que se retira; transforman así la victoria en derrota, y rompen la resistencia de las subdivisiones de la defensa que intentaran oponerse. Al comandante en jefe toca designar cuáles son las partidas de la infantería del frente que deben lanzarse á la persecusion; las hace acompañar por artillería. Entretanto, la caballería que se encuentra en el ala, tiene por mision continuar amenazando el flanco del enemigo, de concierto con la division á caballo de la artillería de cuerpo.

CAPÍTULO II.

DEFENSA.

No se trata aquí, como no se trata en el combate de la division de infantería, de determinar la conducta que deben observar las tropas que, marchando á un ataque, lleguen á verse momentáneamente reducidas á la defensiva; se trata de defender una posicion en la que se está decidido á recibir el choque del adversario.

I.—PRELIMINARES DEL COMBATE.

Las ideas emitidas sobre el combate de la division de infantería son aplicables á la defensa del cuerpo de ejército; sólo que este último se extiende en un gran espacio, en la defensiva.

Las divisiones de infantería están alerta, una al lado de la otra, con sus tropas formadas en grandes unidades tácticas; ocupan, de una manera sumaria, la línea principal de la posicion que les ha sido asignada, lanzan destacamentos avanzados hasta el límite inferior de la primera zona de combate. La caballería cubre la posicion de frente; reconoce los aproches del adversario. La artillería de cuerpo se mantiene á cubierto detras del centro de la línea de batalla.

Si los flancos de la línea ocupada por el cuerpo de ejército están protegidos contra los movimientos envolventes del enemigo, la artillería de las divisiones que allí se encuentran, ya no está colocada en las extremidades; basta que pueda obrar, en caso necesario, con eficacia contra un ataque dirigido sobre aquel flanco. Pero, cuando el enemigo puede envolver ese flanco, es preciso escoger la posicion de la artillería divisionaria bastante cerca del ala exterior, para que pueda obrar tanto contra el movimiento envolvente como sobre el frente de la posicion. Esto es indispensable para forzar al enemigo á emprender sus movimientos desde muy léjos, cuando se vuelve

constituye su arma más peligrosa. Contra la infantería es contra la que ha de dirigir ahora su fuego, con el mayor número posible de piezas; es preciso romperla en su marcha, de manera que sus filas estén completamente deshechas cuando llegue á las pequeñas distancias de la infantería en posicion; finalmente debe ir á estrellarse contra la resistencia opuesta por ésta última. En esta ocasion, lo declaramos una vez más, sería no aprovecharse de un momento preciosísimo, aunque corto: sería construir un puente de oro al asaltante por sobre la segunda zona de combate, querer esperar, para comenzar el fuego contra la infantería del ataque, á que las fuerzas principales de la primera línea hayan entrado en la tercera zona de combate.

Segun lo que precede, tenemos á nuestra disposicion, para aniquilar á la infantería que avanza al asalto, en primer lugar á la artillería de la division atacada; y ademas, á dos divisiones de la artillería de cuerpo; éstas deben mantenerse ahora de una manera inquebrantable, sin preocuparse de las pérdidas que recienta; finalmente, deben sacrificarse de una manera completa si fuere necesario. Entretanto, la extremidad del frente general se ha movido en retirada de manera que forme un flanco defensivo; si la division de la artillería de cuerpo, que se acaba de retirar del frente para llevarla al flanco amenazado, pudiera encontrar lugar en el ala extrema del martillo, allí estaría á cubierto desde luego, y podría quizá encontrar oportunidad de entrar en accion de una manera inopinada y enteramente por sorpresa.

Las baterías de la defensa, que no pueden obrar contra el ataque, deben entretanto ocupar al asaltante del frente. Aun podrán contribuir, ya que no directamente, al menos á veces de una manera indirecta, á rechazar el ataque decisivo de la infantería: dirigirán de preferencia sus fuegos contra la artillería que trata de preparar y de asegurar el asalto, y que para eso, se encuentra en el eje del movimiento envolvente.

CAPÍTULO III.

RETIRADA.

En lo concerniente á la retirada, poco hay que agregar á lo que hemos dicho en la primera parte de estos estudios.

En una retirada *forzosa*, que sucede á un ataque desgraciado, la artillería protege también, la reunión, á la infantería rechazada; ésta, por lo demás, encuentra inmediatamente un sólido apoyo cerca de las baterías divisionarias que la acompañan en sus diferentes etapas. Además, en el combate del cuerpo de ejército hay partes de la artillería de cuerpo que están mucho más atrás, ya que no en las dos, al menos en una de las alas de la infantería arrollada; desde allí, pueden contener, de concierto con las baterías divisionarias, con un fuego cruzado y de flanco, á un adversario que llegaría á ser demasiado insistente, desembarazando á su infantería obligada á replegarse con demasiada precipitación. Las condiciones de la retirada llegarían á ser de lo más desfavorables si la infantería del asalto se retirara con sus baterías divisionarias, sin orden especial, y si, llegada á la altura de la artillería de cuerpo, no siempre encontrará un sostén muy enérgico.

Por el contrario, cuando se está á la defensiva, si uno de los flancos de la posición es forzado, sólo las reservas de refresco pueden restablecer el equilibrio perdido en aquel punto.

Cuando se trata de una retirada *voluntaria*, que se hace ántes de haber tomado un contacto serio con el adversario, toca apoyarla á la artillería de la defensa que se encuentra de frente; mantiene al asaltante en la ignorancia de lo que pasa detras de la línea de las baterías; la mayor parte de la infantería se forma en columna de marcha ó toma, detras, una posición de socorro. Los grupos de artillería se retiran en seguida en escalones por el ala amenazada, ó por las dos alas bajo la protección del centro. Por último, el resto de la artillería sigue con las últimas tropas; pueden operar esta retirada con una prudente lentitud, porque el adversario tiene igualmente necesidad de cierto tiempo para ejecutar su despliegue.

Cuando se ha estado en contacto serio con el enemigo, puede todavía emprenderse una retirada ántes de dar el ataque decisivo de la infantería, siempre que el ataque no sea de tal manera inminente que no se pueda ya rehusar en lo absoluto. En este último caso, sería demasiado tarde para batirse en retirada; siempre será preferible rechazar primero el ataque que amenaza, á reserva de aprovechar más tarde una pausa que se presente en el combate, para emprender la retirada.

Cuando se tomen tales disposiciones para efectuar una retirada voluntaria, el combate de artillería no ha sido ejecutado todavía por completo; este cañoneo no está todavía enteramente concluido: la mayor parte de las baterías, y en particular los grupos de la artillería de cuerpo y de las baterías divisionarias del flanco no amenazado, permanecen, pues, en su lugar; ocultan el movimiento con débiles destacamentos de infantería y con caballería; las demás tropas se retiran á una posición de socorro, flanqueante hasta donde sea posible. Una vez ocupada ésta, la artillería de cuerpo se dirige á su vez á retaguardia; se coloca de manera que pueda proteger de flanco la retirada de las tropas que todavía permanecen delante del enemigo. Estas últimas siguen: la artillería de esta división marcha con sus destacamentos, para rechazar, en un momento dado, la presión demasiado violenta del adversario.

La retirada de un cuerpo de ejército se efectúa, por lo comun, por una ala; pero, en una escala mayor que en la división aislada; en ciertas circunstancias se replegan las dos alas, dejando el centro en su puesto.

SECCION SEGUNDA.

DEBERES DEL COMANDANTE DE LA BRIGADA Y DE LOS COMANDANTES DE LOS GRUPOS DE ARTILLERÍA.

Aunque los deberes de los diversos comandantes de la artillería en un cuerpo de ejército, tengan mucha analogía con los del comandante de grupo, en una division de infantería independiente, es necesario, sin embargo, volver á ocuparnos de ellos en detalle, en cada capítulo; preciso es particularmente poner en evidencia la manera y los medios de operar de uno y de otro, en todo lo concerniente á la comunicacion y á la ejecucion de las órdenes.

CAPÍTULO I.

CONDUCTA QUE, EN GENERAL, DEBEN OBSERVAR LOS DIVERSOS COMANDANTES DE ARTILLERÍA.

El comandante de toda la artillería es aquí el general de brigada. Su manera de obrar, en general, procede de los mismos principios que hemos expuesto en la primera parte de nuestros estudios.

Por consiguiente, debe en primer lugar acompañar al general en jefe, pero toma cada vez personalmente el mando de las baterías de su brigada luego que una artillería divisionaria y la artillería de cuerpo entran juntas en acción. Sin embargo, como su tropa ocupa un espacio muy grande, está ménos estrechamente ligado á una porcion particular de sus baterías; puede, pues, al mismo tiempo que permanezca en las cercanías de una parte de su tropa, llegar á mantener una liga más ó ménos directa con el general en jefe.

Los comandantes de los tres grupos de artillería se quedan por el

contrario, en general, de una manera permanente, cerca de sus subdivisiones. Mas adelante señalaremos las excepciones admitidas, á este respecto, y que conciernen al uno ó al otro comandante de la artillería divisionaria.

I.—EN EL ATAQUE.

Cuando las dos divisiones de infantería avanzan por dos caminos separados, vemos tambien, como en la division independiente, á los comandantes de las dos artillerías divisionarias marchar muy cerca del comandante de la division; esto es, del grueso. Su manera de ser en seguida, al principio y durante el curso del combate, corresponde completamente á lo que con anterioridad se ha dicho.

Si, por el contrario, el cuerpo de ejército marcha *por un sólo camino*, el comandante de la artillería de la primera division de infantería, que da la vanguardia, marcha en este caso al lado del comandante de esta última. En efecto, allí se encuentra la mitad de sus baterías; en semejante situacion, su lugar es cerca de esa *primera parte*. El comandante del grupo de la última division se queda, por el contrario, cerca de su tropa; el comandante de la artillería de cuerpo hace lo mismo, puesto que el comandante de la brigada de artillería se encuentra ya en el Estado Mayor general.

El puesto de este último, así como el del comandante de la artillería de cuerpo, no se modifica en lo absoluto, ora se mueva el cuerpo de ejército en una, ora se mueva en varias columnas.

Fijado ésto, examinemos la conducta de cada comandante, en el despliegue de un cuerpo de ejército que marche por un sólo camino.

El comandante de la vanguardia, habiendo reconocido en persona al enemigo que se presenta, da orden al comandante de grupo que se encuentra á su lado, para que avance con sus dos baterías. Este envía á su ayudante en busca de las baterías; obra, para lo demas, de la misma manera que el comandante de la batería de vanguardia, en una division de infantería independiente. Declaramos sin embargo aquí, una vez más, que el comandante de grupo puede muy

bien llevar personalmente á su posición las baterías que llegan: puede ir á su encuentro, á cierta distancia, porque ha dispuesto de bastante tiempo para ponerse al tanto de todas las circunstancias antes de la llegada de las baterías; no debe temer que, durante el poco tiempo que éstas han empleado para avanzar, las condiciones cambien de una manera tal que la posición escogida ya no pueda ser ocupada útilmente. Para eso, las condiciones del combate, deberían realmente cambiar á ojos vistos; influyen sin embargo, y muy esencialmente en las resoluciones tomadas por el comandante de la vanguardia, que, por su parte, se queda adelante.

Durante el trascurso del combate empeñado por la vanguardia, el general en jefe, acompañado del comandante de brigada de artillería, aparece en el teatro de la acción; da orden á éste último de hacer avanzar toda la artillería, para cañonear las baterías de la defensa; le prescribe, además, que tome el mando de la artillería de la vanguardia. El comandante de la vanguardia debe también recibir comunicación de esta orden, á menos que se juzgue necesario dejar todavía algún tiempo esas baterías á su disposición especial: en semejante circunstancia, lo mejor que hay que hacer es reforzar, como ya lo hemos dicho, las dos baterías de vanguardia con las otras dos baterías del mismo grupo divisionario.

El general en jefe da, pues, la orden de avanzar toda la artillería; pero no se sigue de esto que todas las baterías estén en estado de ejecutar inmediatamente el movimiento en todas ocasiones. Se pasa bastante tiempo antes de que llegue la artillería de cuerpo; pasará mucho más antes de que entren en acción las baterías de la última división; en este tiempo, el general en jefe tiene siempre modo de impedir á una parte de la artillería que avance en el caso en que, continuando observando las disposiciones tomadas por el enemigo, juzgara inútil hacerlo. Se reserva igualmente la facultad de cambiar la dirección prescrita antes para el despliegue de los diversos grupos de artillería enviándoles contra-orden, cuando la posición enemiga, pronunciándose de una manera más clara, haga preferible aquella manera de obrar. El general en jefe, cuando da la orden de que avance la artillería, debe indicar siempre el ala de la vanguardia sobre que deban desplegarse los grupos de artillería; también es

NOTICIA SOBRE LAS BOCAS DE FUEGO DE GRUESO CALIBRE
DE LA ARTILLERÍA INGLESA, POR EL COMANDANTE H. DE POYEN.

(Extracto del Memorial de la marina).—Folleto en 8º de 30 páginas con planchas.—Paris, Tanera.

Es siempre interesante conocer el estado de la artillería de la marina inglesa, y ya se sabe que la Gran Bretaña no retrocede jamás ante ningún sacrificio para llevar al más alto punto la potencia de su marina, y que se encuentra en una situación esencialmente propicia para alcanzar su objeto, poseyendo como posee una industria maravillosa, desarrollada por la libre concurrencia y á la cual no teme dirigirse, cuando los establecimientos nacionales no pueden fabricar en las condiciones deseadas.

Por lo tanto creemos que se leerá con curiosidad el folleto, en el cual el comandante Poyen ha resumido suscintamente los progresos hechos desde 1873 por la artillería naval inglesa.

Se verá en él la introducción de tres nuevos cañones de grueso calibre de un peso de más en más considerable y la creación de muchos modelos de morteros rayados.

Los cañones nuevos, que todos se cargan por la boca, son de 35, 80 y 100 toneladas. Éstos últimos, en número de cuatro, no han sido construidos como los otros en la manufactura real de Woolwich sino en la fundición de Elswick. Estaban construidos desde 1878 y en espera de un comprador.

En aquella época la Inglaterra presentaba una guerra con Rusia, y probablemente temiendo que estas terribles máquinas fuesen compradas por el enemigo, se decidió á hacer la adquisición por su propia cuenta, aunque no tuviera ningún buque á propósito para recibir las, por lo que no las emplearon en el servicio de mar sino que fueron destinadas, dos á la isla de Malta y dos á Gibraltar.

Por lo demás, parece que este tipo de bocas de fuego no será adoptado en Woolwich y que si se construyen cañones más pesados que los de 80, se llegará resueltamente á los monstruosos pesos de 150 ó 160 toneladas.

Las innovaciones introducidas hace poco en el material de la artillería inglesa, están indicadas en el folleto de que nos ocupamos. En él se encuentran noticias sobre los *gas-check*, culotes obturadores por expansión, que, según experiencias recientes, bastan para imprimir al proyectil su movimiento de rotación de manera que puede evitarse el uso de *tetones* ó *aletas*.

Parece por lo tanto, juzgando *à priori*, que la posición de la corona debe ser forzosamente poco favorable al buen resultado, porque está muy atrás del centro de gravedad ó debe resultar un movimiento de precesión capaz de debilitar el alcance.

Otra innovación de estudio interesante es el empleo de cañones *recamarados usados con fuerte densidad de carga*, muy contraria á las teorías que hasta hoy han prevalecido en nuestra artillería de tierra.

La adopción de una recámara para pólvora de un diámetro extendido, ha permitido obtener velocidades iniciales más considerables, con menos presiones interiores.

Ciertamente es una positiva mejora, que combinada con la adopción de proyectiles de culote obturador, da á los cañones ingleses cargados por la boca, una parte de las ventajas de las bocas de fuego que se cargan por la culata.

NOTAS SOBRE LA JUSTICIA MILITAR EN TIEMPO DE GUERRA.

Por el Teniente Coronel de Estado Mayor Senault.—2.^a Edición.

—Folleto en 12.^o de 79 páginas.—Paris, Baudoin y C.^o

¿El nuevo código de justicia militar, modificado por la ley de 18 de Mayo de 1875, responde á todas las exigencias de la guerra? ¿Impide todas las faltas que pueden perjudicar á la seguridad de un ejército y comprometer sus operaciones militares? La respuesta es categórica. No llena ninguna de estas condiciones. El Teniente Coronel Senault lo prueba completamente. El principio de tener un

código de justicia militar único para el tiempo de paz y de guerra, es un absurdo, y todas las campañas que hemos tenido han demostrado esta verdad.

La asamblea nacional se ha mostrado demasiado sensible en su ley de 18 de Mayo de 1875. Esta ley no es más que un término medio desgraciado. El ejército se verá comprometido si se da cumplimiento á aquella ley. El Teniente Coronel Senault pone de manifiesto el mal en toda su gravedad. Aún es tiempo de remediarlo, mal promulgando en tiempo de paz la ley marcial, á fin de que cada uno la conozca y sepa el día preciso en que comienza á estar en vigor y en suspenso los otros tribunales. Podrá entonces inscribirse esta ley en los reglamentos que se entregan en tiempo de paz á los hombres útiles para el servicio y en sus libretas respectivas de manera que todo individuo que haya sido nombrado para servir, sepa que existe una corte marcial en tiempo de guerra lo mismo que sabe que existen actualmente consejos de guerra.

La aproximación de una gran guerra trae consigo forzosamente una movilización general; y aunque se esperara solamente al segundo día de la declaración de la ley marcial para la movilización, sería demasiado tarde.

Es necesario que la ley marcial éntre en vigor al mismo tiempo y en el mismo instante que se anuncia la orden de movilización. Si se cree que el llamamiento de las reservas y la reunión del ejército territorial, deben hacerse con la misma facilidad que en tiempo de paz para las reuniones anuales se, preparan muchas decepciones. Todo el mundo conviene, aunque en voz baja, en la necesidad que hay de promulgar la ley marcial antes del período de concentración, y se teme por una idea de falsa humanidad, dirigirse al país resueltamente y desde luego. ¿Y acaso esta conducta causaría á nadie la muerte en tiempo de paz? ¿Se espera acaso el día de la movilización para proveer los almacenes del Cuerpo Médico de todo lo que necesita para cortar brazos y piernas? No ciertamente.

La ley marcial es mucho más humanitaria que la ley bastarda de 18 de Mayo de 1875; y que todos los códigos de justicia militar más ó menos modificados.

En un estilo elocuente el Teniente Coronel Senault, á las prue-

bas de este aserto, basadas sobre consideraciones de un órden elevado, y conformes á los principios de la más pura justicia. Se inspira además, de aquel pensamiento de Fenelon:

“Los desórdenes y los crímenes que no podáis impedir castigadlos con vigor; porque es, justo y ciertamente clemente por demas, hacer ejemplares que detengan la marcha de la iniquidad; y por un poco de sangre derramada á tiempo, se economiza mucha, colocándose en situacion de ser temido sin usar demasiado rigor.”

El autor no se reduce á generalidades; demuestra la insuficiencia del código de justicia militar, poniendo á la vista y en relieve todos los crímenes y delitos que se cometen en campaña y las penas que á ellos corresponden. Cita numerosos ejemplos, de los cuales los más tristes y conmovedores están tomados de los acontecimientos de 1870 á 1871.

La redaccion que propone para la ley marcial y sus funciones, está inspirada por el decreto de 2 de Octubre de 1870, sobre cortes marciales. Todo debe leerse y meditarse en este estudio. Esperemos que no pasará desapercibido en las altas regiones.

STRATEGOS, JUEGO DE LA GUERRA AMERICANA.

Por Carlos A. Q. Totten, primer Teniente en el 4º Regimiento de Artillería de los Estados Unidos.—New York.—Appleton.

Bajo este título, el Teniente Totten, ofrece á los oficiales del ejército de los Estados Unidos, un tratado del *Kriegs spiel*, redactado segun las obras análogas publicadas en Europa. A esta publicacion están adjuntos los accesorios y piezas diversas necesarias para el juego.

Despues de haber principiado por la descripcion de estos diversos accesorios, el autor llega á lo que él nombra el juego de la pequeña táctica, es decir, el estudio de las maniobras de las tres armas en un terreno llano. Se sirve á este efecto de planchas de pizarra con

él quien debe tomar las medidas necesarias para proteger ese despliegue, lanzando caballería é infantería sobre el ala designada.

El comandante de la brigada de artillería cuida en seguida de la ejecucion de las órdenes recibidas; así es, efectivamente, como entra en funciones en el combate. Despacha á los comandantes de grupos á uno de sus ayudantes, para indicarles el camino por donde deben llegar, luego, va en persona al ala indicada para reconocer de una manera general la posicion que hay que ocupar. De allí envía á un segundo ayudante al camino que sigue el cuerpo de ejército; éste tiene á su cargo reconocer los caminos que conducen á la posicion, indicar á los comandantes de grupos el lugar en que deben abandonar el camino, y decirles en dónde se encuentra el comandante de la brigada de artillería.

Las dos baterías que llegan primero al lugar del combate, forman parte del mismo grupo que la artillería de vanguardia; reciben, del primer ayudante, aviso de avanzar á dicho lugar cerca de las dos baterías. Toca á su comandante de grupo designar el ala de esas baterías en que deben ir á colocarse. Se encuentra avanzado cerca de las baterías de vanguardia; á él deben comunicar el aviso de la próxima llegada de sus otras dos baterías.

El comandante de la artillería de cuerpo, seguido de su Estado Mayor, llega mucho tiempo ántes que su regimiento al punto en que debe abandonar el camino. Deja á su ayudante en aquel lugar y le encarga que indique á las divisiones la direccion que deben seguir; les dice, además, en dónde y cómo, (llegado el caso), deben desplegarse á cubierto y formarse en línea. El coronel va en seguida, personalmente, cerca del comandante de brigada; recibe de éste último las indicaciones generales sobre el sitio que ha de ocupar su artillería de cuerpo, sobre los puntos que hay que batir, finalmente, se ilustra sobre la situacion del combate y sabe cuáles son los puntos ocupados por las tropas amigas ó enemigas. El comandante de la artillería de cuerpo tiene, pues, tiempo suficiente para recorrer el espacio asignado á sus divisiones y para echar una mirada general sobre la posicion que hay que ocupar. En seguida hace conocer verbalmente á los comandantes de divisiones que han llegado, dónde deberán tomar posicion con sus divisiones.

Por último, el comandante de artillería de la última división, que se encuentra todavía muy lejos en la columna de marcha, llega al punto en donde le espera el ayudante del comandante de brigada, quien le trasmite la orden de abandonar el camino; deja, á su vez, á su ayudante en aquel punto, para indicar á las baterías que siguen la dirección que deben tomar. Va igualmente en persona cerca del comandante de brigada; examina la posición que hay que ocupar, se ilustra sobre la situación del combate, y finalmente, expide las órdenes necesarias para el despliegue de sus baterías. Las circunstancias son las que deciden si debe avanzar, en el último momento delante de su grupo para llevarlo en persona á entrar en posición. Más adelante volveremos á ocuparnos de esto.

Cuando todos los grupos han tomado su primera posición, el comandante de brigada va al ala de la artillería de cuerpo desde donde pueda abrazar mejor con la vista toda la línea de fuego de los diversos grupos. Hace conocer inmediatamente á los comandantes de grupos la posición que ha escogido; da aviso igualmente al general en jefe. Éste debe estar siempre en aptitud de comunicarle sus órdenes futuras, por el camino más corto. La mayor parte de las veces el lugar escogido por el comandante de la artillería, coincidirá con la ocupada por el general en jefe, ó se encontrará muy cerca de ésta última. Pero es preciso, sobre todo, establecer por regla general, que el comandante de brigada de artillería no abandona, sin necesidad, el lugar una vez escogido; siempre debe encontrársele, porque es el único medio de asegurar la dirección general del combate de la artillería, de la que es el único responsable.

El lugar que deben ocupar los comandantes de grupos, será en el ala de sus baterías en donde puedan observar mejor los efectos del tiro; puede decirse lo mismo de los lugares que deben tomar los comandantes de las divisiones de la artillería de cuerpo por lo que respecta á su división. Para el comandante de la artillería de cuerpo, se puede también admitir que escoja una posición entre sus divisiones; aun á veces esta elección tendrá ventajas reales, porque las subdivisiones están á menudo separadas por grandes intervalos.

Al general en jefe, y como excepción al comandante de la artillería, toca tener cuidado de asegurar los flancos de las líneas de ba-

terías; sin embargo, los comandantes de los diversos grupos no están exentos de tomar [esas precauciones; también éstos últimos harán reconocer el terreno de delante.

Luego que el comandante de brigada recibe del general en jefe la orden de "aproximarse á menor distancia para acabar el combate de artillería," avanza de preferencia, á cosa de 1,800 metros, el grupo de la artillería de cuerpo que se encuentra más cerca de él; deja á los demás que vayan siguiendo después. No envía á todos los comandantes de grupo más que las órdenes *generales* que les conciernan; escoge, por [su parte, una nueva posición más próxima al enemigo; deja á los comandantes de los grupos la ejecución de sus órdenes y la elección de su posición particular; es para él más importante abrazar con una mirada el conjunto del combate, que ocuparse de los detalles.

Mientras que la artillería avanza así á 1,800 metros, es preciso ejecutar, en los grupos de las baterías, todos los movimientos que podrían ser necesarios en vista de las disposiciones tomadas por el enemigo. Estos movimientos, así como todos los que exigen mucho tiempo, se hacen de preferencia á cosa de 2,400 metros, sin exigir precauciones extraordinarias; es, pues, preciso no dejar de ejecutar los á esta distancia, porque, más tarde, se harán con mayores dificultades y originarán grandes pérdidas.

En el capítulo precedente hemos dicho que las medidas tomadas por el adversario durante el primer despliegue de la artillería, muy bien podrían exigir que no se prolongue el ala hacia la que al principio se habrán dirigido las baterías de cuerpo, hay la obligación, por el contrario, de avanzar esas baterías y las de la última división, que llegan más tarde, sobre el ala de la vanguardia opuesta á aquella sobre la que se había tenido al principio la intención de establecerlas. Es porque las condiciones del combate se dibujan de tal manera, por lo que el esfuerzo principal del asaltante debe sobre todo hacerse sentir sobre el ala de la vanguardia, en donde hay ventaja en desplegar una mayor cantidad de artillería. No hay duda que en este caso se puede aprovechar del momento en que toda la artillería avanza á 1,800 metros, para lanzar las baterías de cuerpo por partes, sobre la otra ala de la vanguardia: la artillería de la úl-

tima division se encuentra ya en esa ala; tendrá cuidado de oblicuar avanzando á 1,800 metros, con el fin de prepararles el hueco suficiente. Se comprende que, hasta donde sea posible, deberá procurarse ocultar este movimiento con otras tropas; pero, particularmente, no deberá descuidarse el colocar de una manera conveniente á la artillería de la division de ataque, en prevision del apoyo que debe prestarle en el asalto. Sin embargo, siempre será el general en jefe quien prescriba esos movimientos.

Más tarde, ya al fin del combate de artillería, el general en jefe hace saber al comandante de brigada "el lugar en que la division de ataque va á desplegarse;" le da orden al mismo tiempo "de tener bajo su fuego al objetivo del ataque, cuando esta division avance, y algunas veces antes."

Luego que la infantería comienza el asalto, el comandante en jefe hace avanzar toda la artillería del frente á cosa de 1,100 metros de la infantería enemiga, para apoyar con más eficacia á la division de ataque; también á él toca examinar si no convendrá lanzar la division de artillería á caballo de cuerpo, sobre el ala exterior de esta division asaltante. La decision tomada en semejante caso debe ser transmitida, por orden, al general de artillería; éste envía, por su parte, sus instrucciones particulares al comandante de esta division, sobre este objeto primero, y despues para la ejecucion de las órdenes recibidas antes. En seguida espera que se ejecuten. Ya volveremos á ocuparnos de esto más adelante.

Cuando se logra penetrar en la posicion, la artillería divisionaria, que acompaña al asalto, ganando terreno sucesivamente, sigue por su propio movimiento; pero es necesario atraer también hácia sí, lo más pronto posible, á los demas grupos de artillería; no hay que esperar para eso orden del comandante en jefe. Si el general de artillería llega delante bastante á tiempo, puede juzgar por sí mismo, á corta distancia si es posible y cómo, avanzar la parte de las baterías de cuerpo que se encuentran cerca de la division asaltante; nunca debe vacilar en ordenar ese movimiento. En esta circunstancia debe contarse con su iniciativa; el general en jefe ocupa un punto situado más atras; no puede, pues, llegar bastante aprisa á hacerse cargo por sí mismo de la situacion del combate. Sin embargo, es siempre

obrar segun las intenciones del comandante en jefe, asegurar lo más pronto posible, con mucha artillería, la posesion del terreno conquistado.

Llegada la artillería á la posicion, persigue con su fuego al enemigo que se retira; toca al general en jefe decidir si se emprenderá una persecucion activa.

Por último, para asegurar el reemplazo de las municiones, los comandantes de grupo deben tener cuidado de hacer avanzar y de repartir sus escalones de carros de parque; el general de artillería hace llevar al campo de batalla la columna de municiones.

II.—EN LA DEFENSA.

El comandante de una brigada de artillería obra en general, de la misma manera que el comandante de un grupo en una division de infantería independiente; sólo que no se ocupa más que de las grandes cuestiones.

Despues de haber acompañado al general en jefe en su reconocimiento de la posicion que hay que defender, visita las posiciones de las baterías con los comandantes de grupos; les indica cuáles son los puntos, delante de la posicion, que están ocupados por destacamentos de sus propias tropas. Estos tres comandantes tienen entonces por mision situar sus baterías á cubierto inmediatamente detras de los lugares que deben ocupar, reconocer el terreno de atras y tomar las disposiciones para establecer cubiertas artificiales delante de esa posicion.

Desde entonces, se mantendrán ellos mismos en el interior de la seccion que se les ha señalado, mientras que el comandante de la artillería se dirige de nuevo á donde está el general en jefe.

Ya hemos demostrado en un capítulo precedente, que la extension de la posicion ocupada por un cuerpo de ejército, no siempre permite romper el fuego con orden del general en jefe; este derecho recae entonces, por lo que concierne á las artillerías divisinarias, á los generales que mandan los extremos de la línea de batalla. Sin embargo, no deben usar de esta facultad sino en el caso de que las pri-

meras tropas enemigas se vuelvan contra el ala de la posición ocupada. En general, las posiciones tomadas por un cuerpo de ejército son tales, (exceptuando las posiciones flanqueantes), que las primeras tropas del adversario las atacan por el centro; por consiguiente, toca á las baterías de la artillería de cuerpo, que se encuentran cerca de ese punto, romper el fuego en la mayor parte de los casos. Sin embargo, debe procurarse que la orden de romper el fuego sea dada, tan pronto como la artillería ó la infantería se presente en el límite extremo de la primera zona de combate; por lo demás, sólo las baterías especialmente designadas para batir el terreno de delante y los principales caminos de los aproches, son las que tomen parte en el acto de romper el fuego.

En todo caso, el general en jefe se reserva el derecho de decidir si ha llegado el momento "de emprender el combate de artillería;" nadie debe, en ningún caso, usar de esta prerrogativa; es preciso, por el contrario, esperar siempre su orden expresa para comenzar.

Luego que se da esta orden, y que los ayudantes del general de artillería la han comunicado á los comandantes de los tres grupos, el comandante de la brigada de artillería toma personalmente el mando de todas las baterías de la defensa. A este efecto escoge un lugar próximo á la artillería de cuerpo, desde donde pueda observar mejor todo el campo de batalla; se establece allí de una manera fija, y hace conocer al general en jefe la posición que ha escogido.

Cuando se aproxima el ataque decisivo de la infantería cuya inminencia está siempre más ó menos indicada por los movimientos del adversario, el general en jefe debe examinar si es conveniente avanzar la artillería del frente hácia el flanco amenazado: en caso necesario, prescribe cuántas baterías deben efectuar ese movimiento. Por lo contrario, no es preciso indicar de una manera especial el momento en que sea menester "rechazar el ataque de la infantería enemiga." Al comandante de brigada de artillería toca tomar, á este efecto, las disposiciones convenientes; debe, pues, colocarse de manera que pueda dar las órdenes necesarias al flanco amenazado.

III.—EN LA RETIRADA.

Para batirse en retirada, el general en jefe comienza por colocar á la artillería de la división que se encuentra en el flanco amenazado, bajo las órdenes directas del comandante de la tropa encargada de ir á ocupar una posición de socorro, al lado de la línea de retirada. Ordenando esta medida al comandante de brigada de artillería, puede darle también la de mover la artillería de cuerpo á retaguardia, luego que esas tropas hayan llegado á su punto de reunión. El general de artillería se queda personalmente en primera línea, hasta que la artillería de cuerpo se retira. Se dirige entonces á toda prisa á la posición de socorro, con el fin de indicar á la artillería cómo, según su idea, debe tomar parte en el combate en esa nueva posición, y para vigilar en persona.

CAPÍTULO II.

ELECCION DE LAS POSICIONES.

Las ideas emitidas en la primera parte de nuestros estudios, absolutamente sufren cambio alguno en el combate del cuerpo de ejército. Sólo es preciso añadir que, aun en el caso en que la configuración del terreno lo permitiese, no pueden colocarse á los tres grupos de artillería en una sola y misma línea continua. Además, cuando se escoje el sitio de la artillería de cuerpo, el mayor de los tres grupos, vale más dejar intervalos por lo menos de 100 metros entre las diferentes divisiones, más bien que disponerlas en una línea continua. En primer lugar, eso facilita mucho la elección de la posición propiamente dicha y la puesta en batería, porque la artillería de cuerpo ocupa una anchura de frente de cosa de 800 metros; además, se obtienen otras ventajas: permite incrustar pequeñas subdivisiones de infantería entre los grupos, y cada subdivisión está

ménos molestada por el humo de la division vecina. Pero es preciso, siempre, procurar conservar el agrupamiento en cada division, á ménos que la disposicion del terreno exija su dispersion en baterías aisladas.

CAPÍTULO III.

MARCHA HACIA LA POSICION Y ENTRADA EN BATERÍA.

Para todo lo concerniente á este capítulo, nos referimos á la primera parte de nuestros estudios; sin embargo, nos creemos obligados á desarrollar más las explicaciones sobre *el ataque*.

Se debe, hasta donde sea posible, servirse de caminos trillados para llegar á una *primera* posicion, y aún para penetrar á ella; se despliega en seguida á cubierto, y finalmente, se llega, si es posible, al mismo tiempo, al lugar escogido.

Antes de investigar hasta dónde son aplicables los principios admitidos para un grupo divisionario á uno más grande, á la artillería de cuerpo, podemos establecer de nuevo que, visto el efecto moral producido, damos la preferencia á la entrada simultánea en batería, sobre la llegada sucesiva á la posicion. Los inconvenientes que provienen de la entrada simultánea en línea, particularmente las dificultades que trae para la regulacion del tiro, se allanan fácilmente con las precauciones indicadas en la parte primera; las desarrollaremos todavía más, en el capítulo siguiente.

La infantería y la caballería no llevan sus subdivisiones aisladamente al combate, á medida que van llegando al campo de batalla; por el contrario, *abandonan primero la columna de marcha para desplegarse; en seguida pasan á la formacion de combate*. ¿Por qué, admitido con razon este principio por las demas armas, no sería aplicable á la artillería de campaña? Cuando la artillería está repartida en su verdadero lugar en la columna de marcha, cuando se tiene cuidado de hacerla avanzar en el momento requerido, (lo que debe suceder siempre en las circunstancias normales de las que nos

ocupamos solamente por ahora), no puede tratarse de lanzarla al combate por baterías aisladas; esto produce siempre precipitacion y desórden. Porque, si los lazos tácticos del grupo se han dislocado ya durante la marcha, acabarán por romperse completamente, penetrando á la posicion por baterías aisladas; ya no hay direccion alguna y el desórden produce más y más sus tristes efectos. Cada batería, á medida que va llegando, toma lugar en la posicion vecina que mejor le conviene sin preocuparse de las baterías que vienen detras; así es que, si éstas quieren tomar parte en la accion, deberán probablemente intercalar sus secciones separadas en los huecos dejados por las baterías que están haciendo fuego.

Es preciso evitar toda precipitacion en el despliegue ántes del combate; por el contrario, se necesita observar el mayor método y procurar sobre todo mantener un órden perfecto en la entrada en batería.

No podrá sacarse partido de un espacio estrictamente suficiente para poner en accion á un grupo de artillería, sino en tanto que se haya tenido primero á ese grupo reunido, tanto cuando avanza á entrar en posicion como cuando se forma en línea á cubierto. Será necesario, además, ejecutar el movimiento de entrar en batería, hasta donde sea posible, con todas las baterías al mismo tiempo.

La necesidad de mantener un agrupamiento riguroso, en cada division, se hace sentir con mayor fuerza en el despliegue de la artillería de cuerpo. Vamos á examinarlo en detalle.

Si resulta de lo que hasta ahora hemos dicho que se debe hacer un esfuerzo por hacer entrar (hasta donde sea posible), á toda la artillería de cuerpo en posicion al mismo tiempo, hay sin embargo, circunstancias que hacen este despliegue difícil y aún imposible.

Es muy difícil, aún en tiempo de paz, hacer mover, á toque de clarín ó á la voz de mando, á un regimiento, compuesto de tres divisiones, cuando ese regimiento está formado en masa de columnas. Cuando hace viento y se maniobra sobre un terreno duro, es completamente imposible hacer oír á un regimiento en marcha los toques para formarse en línea, y todavía ménos para entrar en batería; el ruido ensordecedor de las piezas domina á todos los toques.

Estas dificultades son mayores todavía en un regimiento en pié

de guerra; (1) éste, debido al gran número de piezas, mide, en línea desplegada, cosa de 800 metros de frente. No puede, pues, tratarse entonces de hacer entrar en batería á ese regimiento, por medio del clarín ó de la voz, como se hace con una division aislada. Cuando más, podrá contarse, en esas condiciones, con poder lograr que todas las divisiones de la artillería de cuerpo entren en batería casi al mismo tiempo, si el coronel comandante las tiene muy á la mano, enviándoles las órdenes necesarias. En circunstancias normales, será, pues, necesario, esperar que toda la artillería de cuerpo se haya desplegado antes de hacerla tomar posicion. Cuando el general en jefe no se decide, demasiado tarde á lanzar adelante la artillería de cuerpo, cuando, al ménos, tiene cuidado de acercarla á tiempo á la línea de batalla, nunca puede tratarse, en general, de tener que prestar auxilio á las baterías que ya hayan entrado al fuego; sin contar con que éstas se encuentran á unos 2,400 metros de las piezas de la defensa.

La division de la cabeza abandona, pues, el camino, cuando para ello recibe la órden del comandante de la artillería de cuerpo; se forma en columna por secciones, en seguida se despliega, siempre completamente fuera de la vista del enemigo, en columnas de baterías ó en masa de columnas, y se detiene. Las divisiones siguientes se sitúan al lado de la division de cabeza, en la misma formacion; se tiene cuidado de prescribir á la division á caballo que se coloque en el ala exterior, á fin de poder lanzarla más tarde, en el ataque decisivo de la infantería, con mayor facilidad, contra el ala exterior de la division asaltante.

Los comandantes de division ordenan en seguida el despliegue de su division, enteramente fuera de la primera zona de combate; luego, se dirigen precipitadamente á donde está el comandante de la artillería de cuerpo que se encuentra adelante, para recibir sus órdenes sobre el sitio que se ha de ocupar, sobre la entrada en batería y sobre los puntos que deban batirse; finalmente, una vez bien orientados, llevan en persona á su division á la posicion. El comandante de la artillería de cuerpo asegura la entrada en batería casi simultánea de sus tres divisiones, haciendo comenzar el despliegue por la

(1) En Alemania, las baterías en pié de paz, son de 4 piezas [mínimas]; en pié de guerra, se componen de 6 piezas [máximas].—[N. T.]

division que se apoya sobre la vanguardia, y advirtiéndole á los comandantes de las otras dos divisiones, que tienen que arreglar su movimiento por esta entrada en línea. Sin embargo, si, como lo hemos hecho notar en la Primera Parte, cap. I, § II, las circunstancias son tales, que las tres divisiones no puedan inmediatamente avanzar al mismo tiempo y á la misma altura, si por el contrario, es menester disponerlas primero por escalones de retirada, es evidente que se llega á entrar en posicion por divisiones sucesivas. Aún podrá suceder que la division que deba moverse sobre el ala exterior llegue á su posicion antes que las demas, porque sea más corto el camino que tiene que recorrer; en ese caso, cubre el cambio de posicion de las otras dos divisiones que avanzan más allá del lugar que ocupa.

Sin embargo, puede acontecer que no haya tiempo para esperar que toda la artillería de cuerpo se haya desplegado, antes de penetrar en la posicion; á veces es preferible lanzarla hácia adelante por divisiones sucesivas. Esto es lo que acontecerá, principalmente, cuando se esté en la necesidad de auxiliar prontamente á una vanguardia empeñada en un combate sério. En semejante circunstancia, sería ventajoso colocar la division á caballo á la cabeza de la artillería de cuerpo en la columna de marcha, para hacerla volar inmediatamente en auxilio de esa vanguardia comprometida.

Pero lo que debemos proibir de una manera absoluta, es que se avance por baterías en las divisiones y que la artillería de cuerpo rompa el fuego por baterías, sucesivamente, como lo admitimos, por excepcion, en la division de infantería independiente. Cuando la artillería de cuerpo debe tomar posicion á la salida de un desfiladero, y cuando no le queda más que un corto espacio que recorrer antes de entrar en accion, lanzando directamente la batería de la cabeza contra el enemigo, indudablemente se llama su atencion y se atrae su fuego sobre el desfiladero de retaguardia; las baterías que siguen en columna profunda corren, pues, el riesgo de ser enfiladas en el momento en que salvan el obstáculo. En semejante caso será más prudente dirigir la cabeza de columna lateralmente al desfiladero, formando las secciones á intervalos cortos; en seguida se llega á la posicion, por una marcha de frente ejecutada por divisiones lo más léjos posible de la salida: así se desvía del desfiladero el

fuego del adversario. Por el contrario, cuando queda todavía un gran espacio que recorrer, desde el desfiladero hasta la posición que ha de ocuparse, cuando el desfiladero se encuentra por consiguiente completamente fuera de la primera zona de combate, se puede formar en línea directamente, después de haber operado, con anterioridad, un despliegue por divisiones.

Pasemos ahora á *los cambios de posiciones*, que deben hacerse necesariamente por escalones, pues que se está bajo los fuegos del enemigo; se pregunta si deben formarse los escalones en cada grupo, ó si es preciso constituirlos de grupos enteros de artillería.

Los puntos que hay que batir por los diversos grupos son diferentes durante el combate de artillería, como lo demostraremos en el capítulo siguiente; resulta de esto que no siempre se puede sostener, de una manera eficaz, á un grupo que avanza, por otro grupo que á menudo se encuentra separado de él por un gran espacio; por lo demás, eso haría mucho más difícil toda la dirección del combate. Según eso, será preferible dejar que *cada grupo de artillería avance por su cuenta y por escalones*: las consideraciones emitidas en la primera parte de estos estudios, son, pues, aplicables á los dos grupos de artillería divisionaria.

En la artillería de cuerpo, puede avanzarse por divisiones, aún cuando éstas batan puntos distintos: en efecto, las divisiones se encuentran casi en la misma línea; es, pues, muy fácil comunicar la distancia determinada por una división á la división vecina, lo que permite á ésta ayudar á la primera en su cambio de posición. Cuando el defensor opone una artillería poderosísima, será prudente á veces hacer avanzar la artillería de cuerpo en tres escalones distintos; si no, ocurre naturalmente lanzar en el acto dos divisiones hácia adelante, protegidas por la tercera. Por otra parte, en cuanto al orden en que avanzan los escalones, se admite que es preciso dejar en su sitio aquellas divisiones cuyo fuego esté ménos estorbado por el cambio ó movimiento de las primeras. Sígnese de aquí que debe avanzarse, primero, al principio del ataque decisivo de la infantería, la división de la artillería de cuerpo que se encuentre más cerca de las tropas de ataque.

Cambiando de posición, debe, á veces, ganarse terreno lateral-

mente, en una extensión importante; por ejemplo, la artillería de cuerpo, cuando está á 2,400 metros, debe estar dispuesta á moverse de una á la otra ala de la vanguardia: el grupo que debe ejecutar este movimiento, se forma primero en batalla á retaguardia; en seguida, se retira detrás algún pliegue del terreno, en donde ejecuta su marcha de flanco en columna por secciones á cortos intervalos; más tarde, hace frente en la nueva dirección, permaneciendo siempre fuera de la primera zona de combate, cuyo límite superior recorre.

Antes de comenzar un cambio de posición por escalones, el comandante de la artillería de cuerpo hace reconocer primero si el terreno es practicable; se lanza en seguida hácia adelante, al paso más rápido, para escoger y para examinar la nueva posición, y por último, para echar una ojeada sobre la situación del combate. El comandante de la división que comienza el cambio, pone primero á su tropa en movimiento; luego avanza apresuradamente con el fin de reconocer en persona el lugar que va á ocupar. Por lo general, dirige él mismo á su división hasta colocarla en línea, cuando llega cerca de la posición que va á ocupar. Las otras divisiones siguen de la misma manera, en el orden prescrito por el comandante de la artillería de cuerpo.

Finalmente, podríamos hacer observar también que la artillería que acompaña á la infantería para el ataque decisivo haría mejor en adelantarse de un golpe hácia su nueva posición, no adoptando ya la formación por escalones, para avanzar. En efecto, la artillería de cuerpo se conserva á retaguardia y ha arreglado su tiro contra el objetivo del asalto; forma, pues, escalon de retirada para la división de ataque. Por lo demás, entra en las atribuciones del general de artillería el dar todas las órdenes necesarias á este respecto.

CAPÍTULO IV.

EFECTOS DE LAS PIEZAS.

Hemos hecho notar, en la primera parte de estos estudios, que las baterías que se encuentran á sotavento experimentan á veces dificultades en la observacion de los tiros y de los objetos por batir, cuando un viento de lado arroja el humo de las baterías vecinas por delante de sus piezas. Hácese sentir este inconveniente, en mayor grado, en la artillería de cuerpo, hasta el punto que los intervalos de á 100 metros que hemos dejado anteriormente, por otros motivos, entre las divisiones, no bastan para evitarlo por completo. Cuando el viento sopla de lado, el comandante de esa artillería deberá, pues, tener cuidado de dejar los mayores espacios posibles entre las diversas divisiones. Además, cuando la configuracion del terreno lo permita, hará bien en mantener á retaguardia á la division que se encuentre del lado del viento, para que el humo que produce no pase por delante, sino por detras de las divisiones colocadas á sotavento. En realidad, así se remueven otros inconvenientes, principalmente éste: el humo que pasa detras de las baterías hace resaltar las piezas de una manera clara y distinta á la vista del adversario.

El medio precedente se aplica á las divisiones en la artillería de cuerpo, es verdad; pero si quisiera extenderse su aplicacion á las baterías en las divisiones, el ponerlo en ejecucion podría dar margen á mayores dificultades que lo que á primera vista puede creerse. En un grupo divisionario, más de una vez, hará falta espacio para permitir á las baterías dejar entre sí grandes intervalos, ó para colocar á las baterías lo bastante á sotavento delante de las otras para que el humo no las incomode nunca. Para las 9 baterías de la artillería de cuerpo, las dificultades causadas por la falta de espacio aumentan de una manera muy considerable; muy pocas configuraciones de terreno permiten colocar 9 baterías en escalones, ó disponerlas con grandes intervalos entre sí. Sin embargo, en donde permita el terreno formar las baterías en escalones, de manera que el

humo pase precisamente por detras de las que se encuentren á sotavento, este medio sencillo llenará perfectamente el objeto. El otro medio que hay que poner en uso para allanar este inconveniente tantas veces señalado, y que consiste en aumentar de una manera exagerada los intervalos entre las baterías, nos parece, por el contrario, ménos recomendable: extiende desmesuradamente la línea de artillería; hace, pues, más difícil la conservacion del agrupamiento en las divisiones; complica así toda la direccion de la accion.

Así es que, cuando la configuracion del terreno no permita disponer las baterías en escalones, en las divisiones, no habrá otro medio que emplear, en el caso de un viento que sople oblicuamente, que el de ordenar el tiro por grupo, comenzando por una ala; se tendrá cuidado, en caso semejante, de aumentar mucho la rapidez del fuego. En todo caso, vale más emplear este medio y poner todas las baterías en línea, que no llevar al combate mas que las baterías que pueden observar bien.

En cuanto á las diversas especies de proyectiles que deben emplearse, agregaremos lo que sigue á lo que dijimos en la primera parte de estos estudios.

Suponiendo que se llegue á hacer de las espoletas de los shrapnels un buen empleo á las grandes distancias; en otras palabras, admitiendo que pueda extenderse el uso de ese proyectil, todavía deberíamos, en vista de los más favorables resultados obtenidos en los tiros con shrapnels en nuestros polígonos, no dejarnos llevar á considerar al shrapnel como el proyectil principal de la artillería de campaña, es cierto que, *habiendo sido exactamente arreglado el tiro, con anterioridad, con granadas, cuando se pueda observar bien el humo que produce al estallar, se sacará á menudo mucho partido de los efectos destructores de los shrapnels contra las masas movibles*; pero, por otra parte, habrá muchas circunstancias en la guerra en que no se podrá observar cuando revientan. La observacion del punto en que revientan, delante de objetos envueltos en un espeso humo será á veces en extremo difícil; los experimentos de la última guerra, no nos han demostrado ya de una manera suficiente que es bastante difícil observar con alguna certeza la explosion de las granadas en su punto de caida? Por lo demas, es

preciso tomar en consideracion que deberemos contar con la animacion de nuestros soldados en el combate; sobre todo, deberemos tener en cuenta la instruccion mediana de nuestros sirvientes: así, por ejemplo, acontecerá con frecuencia que las espoletas estén mal arregladas; este caso se presentará más á menudo de lo que creemos, á pesar de todo el cuidado que se ponga para evitar esos errores en nuestros ejercicios de paz. No tenemos más resultados que los de los ejercicios hechos en tiempo de paz, en materia de tiros con shrapnels; los experimentos del tiempo de guerra casi nos faltan por completo. Lo que se puede decir respecto de este proyectil es que es y seguirá siendo una máquina de guerra muy delicada; que jamas será más que un proyectil auxiliar de la granada.

Por estos motivos, y conforme á las razones alegadas en la parte primera, creemos no deber fundar esperanzas *demasiado grandes* sobre las ventajas, por lo demas incontestables, del fuego con shrapnels; será, pues, prudente no llevar de ellos sino un abastecimiento normal en nuestros avantrenes; y el número de shrapnels deberá llegar, cuando mucho, á la mitad de los proyectiles que lleven las baterías. Por lo demas, la eficacia de los cascacos de nuestras granadas ha aumentado de tal manera, que en muchos casos prestarán servicios, cuando ménos iguales á los que podemos esperar del tiro con shrapnels.

CAPÍTULO V.

DIRECCION DEL FUEGO.

Toda la accion de la artillería en el combate descansa absolutamente y de una manera única en la eficacia del tiro; para obtener ésta, es de la mayor importancia poner unidad en la direccion del fuego. Vamos, pues, á examinar de cerca este punto esencial.

La artillería no llega á producir el máximum de efectos con sus piezas sino concentrando convenientemente su fuego contra ciertos puntos de la posicion enemiga. La mision principal del comandan-

te de brigada de artillería es asegurarse de esta concentracion, conforme á las instrucciones recibidas del general en jefe; todos los hilos que conducen á los diversos grupos de baterías, diseminados por el campo de batalla, van á reñirse en su mano; es por lo mismo él quien debe dar las órdenes necesarias para la concentracion de los fuegos. Las dificultades en la direccion de los tiros aumentan á medida que son mayores los espacios dejados entre los diferentes grupos, y sobre todo con el número de artillería que se pone en accion en el combate. El comandante de una brigada de artillería no siempre puede, desde el lugar en que se encuentra, abrazar con la mirada los grupos de baterías, que á menudo están muy distantes unos de otros; pero sí puede, perfectamente bien, hacerse dar noticias por sus ayudantes sobre la manera de operar de los diferentes grupos; porque él nunca debe abandonar, sin necesidad, la posicion que escogió.

Para él lo esencial es tener siempre á la vista el conjunto del combate, para no correr el riesgo de perderse en los detalles. Debe despreocuparse de lo que pasa á sus lados, si no quiere verse embrazado en el cumplimiento de su mision esencial é importantísima, que consiste en asegurar, por órdenes dadas oportunamente, un resultado preciso á cada faz del combate. En sus comunicaciones con los comandantes de grupo, el general de brigada de artillería jamas debe apegarse más que á las cosas de primera necesidad; no puede intervenir en la ejecucion de sus órdenes sino cuando poderosas razones le obliguen á ello. Así es como puede abandonar siempre á sus comandantes de grupo el cuidado de sacar partido de los momentos más favorables; de la misma manera, les dejará siempre el arreglo de la rapidez del tiro.

Completamente admitimos esta manera de ver; sin embargo, vamos á investigar si no es posible fijar ciertos principios sobre el método que debe seguirse por un comandante de brigada para dirigir el fuego de su artillería, en general, y para cuidar de la ejecucion de sus órdenes. Ya hemos examinado, en la parte primera de estos estudios, todo lo concerniente á la direccion y á la ejecucion de los tiros en un grupo aislado; no nos queda por considerar más que lo que se relaciona con la direccion general del fuego por un coman-

preciso tomar en consideracion que deberemos contar con la animacion de nuestros soldados en el combate; sobre todo, deberemos tener en cuenta la instruccion mediana de nuestros sirvientes: así, por ejemplo, acontecerá con frecuencia que las espoletas estén mal arregladas; este caso se presentará más á menudo de lo que creemos, á pesar de todo el cuidado que se ponga para evitar esos errores en nuestros ejercicios de paz. No tenemos más resultados que los de los ejercicios hechos en tiempo de paz, en materia de tiros con shrapnels; los experimentos del tiempo de guerra casi nos faltan por completo. Lo que se puede decir respecto de este proyectil es que es y seguirá siendo una máquina de guerra muy delicada; que jamas será más que un proyectil auxiliar de la granada.

Por estos motivos, y conforme á las razones alegadas en la parte primera, creemos no deber fundar esperanzas *demasiado grandes* sobre las ventajas, por lo demas incontestables, del fuego con shrapnels; será, pues, prudente no llevar de ellos sino un abastecimiento normal en nuestros avantrenes; y el número de shrapnels deberá llegar, cuando mucho, á la mitad de los proyectiles que lleven las baterías. Por lo demas, la eficacia de los cascacos de nuestras granadas ha aumentado de tal manera, que en muchos casos prestarán servicios, cuando ménos iguales á los que podemos esperar del tiro con shrapnels.

CAPÍTULO V.

DIRECCION DEL FUEGO.

Toda la accion de la artillería en el combate descansa absolutamente y de una manera única en la eficacia del tiro; para obtener ésta, es de la mayor importancia poner unidad en la direccion del fuego. Vamos, pues, á examinar de cerca este punto esencial.

La artillería no llega á producir el máximum de efectos con sus piezas sino concentrando convenientemente su fuego contra ciertos puntos de la posicion enemiga. La mision principal del comandan-

te de brigada de artillería es asegurarse de esta concentracion, conforme á las instrucciones recibidas del general en jefe; todos los hilos que conducen á los diversos grupos de baterías, diseminados por el campo de batalla, van á reñirse en su mano; es por lo mismo él quien debe dar las órdenes necesarias para la concentracion de los fuegos. Las dificultades en la direccion de los tiros aumentan á medida que son mayores los espacios dejados entre los diferentes grupos, y sobre todo con el número de artillería que se pone en accion en el combate. El comandante de una brigada de artillería no siempre puede, desde el lugar en que se encuentra, abrazar con la mirada los grupos de baterías, que á menudo están muy distantes unos de otros; pero sí puede, perfectamente bien, hacerse dar noticias por sus ayudantes sobre la manera de operar de los diferentes grupos; porque él nunca debe abandonar, sin necesidad, la posicion que escogió.

Para él lo esencial es tener siempre á la vista el conjunto del combate, para no correr el riesgo de perderse en los detalles. Debe despreocuparse de lo que pasa á sus lados, si no quiere verse embrazado en el cumplimiento de su mision esencial é importantísima, que consiste en asegurar, por órdenes dadas oportunamente, un resultado preciso á cada faz del combate. En sus comunicaciones con los comandantes de grupo, el general de brigada de artillería jamas debe apegarse más que á las cosas de primera necesidad; no puede intervenir en la ejecucion de sus órdenes sino cuando poderosas razones le obliguen á ello. Así es como puede abandonar siempre á sus comandantes de grupo el cuidado de sacar partido de los momentos más favorables; de la misma manera, les dejará siempre el arreglo de la rapidez del tiro.

Completamente admitimos esta manera de ver; sin embargo, vamos á investigar si no es posible fijar ciertos principios sobre el método que debe seguirse por un comandante de brigada para dirigir el fuego de su artillería, en general, y para cuidar de la ejecucion de sus órdenes. Ya hemos examinado, en la parte primera de estos estudios, todo lo concerniente á la direccion y á la ejecucion de los tiros en un grupo aislado; no nos queda por considerar más que lo que se relaciona con la direccion general del fuego por un coman-

dante de brigada de artillería, y especialmente la manera de dirigir los tiros de la artillería de cuerpo.

Antes de pasar á este exámen, creemos deber hacer la observacion siguiente: hemos dicho que para regular la rapidez del fuego en un grupo, sería conveniente tener un toque especial que indique el momento de pasar al "tiro rápido;" los motivos alegados ántes, son, con mayor razon, aplicables á la artillería de cuerpo, en la que la transmision de las órdenes de una ala á la opuesta exige mucho más tiempo.

I.—EN EL ATAQUE.

En la primera faz del combate, trátase de ejecutar el combate de artillería; es preciso, pues, ántes que otra cosa, cañonear *de frente* las baterías de la defensa. Miéntras que la posicion enemiga no se ha dibujado claramente en toda su extension, es preciso evitar toda investigacion científica; si se quisiera, de un golpe, tratar de llegar á los flancos de las partes visibles de la artillería de la defensa, se correría el riesgo de verse batido de rodaje, y de una manera muy sensible, por las baterías que el enemigo tiene todavía á cubierto. El comandante de brigada de artillería hará, pues, bien absteniéndose por completo de ejecutar al principio fuegos flanqueantes: tendrá cuidado de evitar toda investigacion complicada sobre la eleccion de lugares para las baterías en el combate de artillería; sobre todo, no dejará de ser *claro y conciso* en sus instrucciones. Igualmente, será menester evitar el cruzamiento inmediato de los fuegos de los diversos grupos ó divisiones; hay peligro en concentrar los fuegos, al principio del combate de artillería, de más de un grupo contra un sólo y único punto. Por ejemplo, tres divisiones de una artillería de cuerpo se encuentran empeñadas de frente con un adversario de igual fuerza; la concentracion del fuego de las tres divisiones, sobre el centro de la artillería enemiga, tendría evidentemente por consecuencia la reduccion del centro al silencio; pero las dos alas de la artillería opuesta permanecerían completamente desocupadas, y de seguro se dedicarían á dirigir sobre las baterías de nuestros propios flancos un fuego de escarpa perniciosísi-

mo. Este inconveniente se haría sentir, mucho más todavía, si se hiciesen obrar contra un sólo y exclusivo punto, á todos los fuegos de la artillería de cuerpo juntamente con los de una artillería divisionaria, grupos que, generalmente, están separados por grandes intervalos. Desde luego haría mucho más difícil la regulacion del tiro á los diversos grupos y áun á las baterías; despues, sería menester emplear muchísimo más tiempo y medios para obtener, con prontitud, una superioridad real. Por lo demas, es completamente contrario al espíritu del combate de artillería, tratar solamente de desmontar una parte de la larga línea de las piezas contrarias, dejando á las demas sin ocupacion, y libres por consiguiente de obrar á su voluntad contra nuestras baterías.

Así pues, preciso es admitir, por regla general, que *debe batirse y tenerse ocupada á la artillería enemiga en toda la línea: se designará, pues, al fuego de cada division una porcion particular de las baterías enemigas, y generalmente la parte que tenga directamente opuesta.*

El general de brigada de artillería, al dar sus órdenes á los comandantes de los tres grupos, debe apegarse á designarles claramente cuál es la subdivision de la artillería de la defensa que deberá enfilar con su fuego. Por su parte, el comandante de la artillería de cuerpo repartirá entre sus tres divisiones el gran grupo que recibió orden de batir de frente; por último, cada comandante de division, así como los jefes de los grupos divisionarios obrarán, respecto de las partes de la artillería de la defensa que se le han señalado especialmente, como lo hemos explicado en el combate de la division de infantería independiente.

No quiere decir ésto que en lo absoluto no puedan los diversos grupos auxiliarse mutuamente; por el contrario, si, por acaso, tuviera un grupo que sufrir mucho con el fuego del enemigo, ó si se viera amenazado de un ataque por ciertos movimientos del adversario, el general de artillería deberá hacerlo sostener inmediatamente por el grupo vecino. En ciertos casos particulares, será más favorable todavía concentrar los fuegos de dos grupos, ó de partes de dos subdivisiones vecinas; por ejemplo, cuando un grupo debe cambiar de posicion, puede suceder que las baterías que se quedan en posi-

cion, no aseguren lo bastante la marcha del primer escalon. El general de brigada, apelando entonces momentáneamente al auxilio ó cooperacion del grupo vecino, presta un auxilio fácil en el momento crítico al escalon designado para avanzar.

En realidad, cuando un grupo va así en auxilio de su vecino, acontece á menudo que las distancias de tiro son un poco mayores; pero el grupo que sostiene al otro obra, en ese caso, con un fuego *de flanco*, y un fuego semejante es todavía eficaz á más de 3,000 metros.

No se llegará, sin embargo, á decidir el combate de artillería sino haciendo avanzar las baterías del ataque hasta el límite inferior de la primera zona de combate; esto es, á unos 1,800 metros de las piezas de la defensa. En esta nueva posición, se consigue á veces coger de escarpa á ciertos grupos de artillería, ora porque la configuración del terreno se presta á ello, ora porque el defensor descubre de una manera más completa la situación de sus baterías; si no es preciso, por lo general, continuar batiendo de frente las piezas del adversario. Pero, desde ese momento, se pasa poco á poco á los fuegos cruzados; así, por ejemplo, siempre se recurre á ellos cuando el uno ó el otro grupo están á punto de terminar el trabajo que se les asignó, es decir, cuando la mayor parte de las piezas contrarias han sido desmontadas. Porque, partes de grupo que hayan llegado á estar disponibles, nunca deben permanecer inactivas. El general de artillería debe hacer saber inmediatamente al comandante de tal grupo, que debe unir su fuego al de la subdivision vecina, por grande que sea la distancia. Con tal fin, hace arreglar el tiro del grupo en cuestion contra el nuevo objeto, y para eso prescribe al grupo vecino que dirija su fuego por algun tiempo contra el que el otro acaba de abandonar. Cuando el comandante de brigada de artillería puede preveer de antemano que, más tarde, deberá concentrar los fuegos de dos grupos diferentes sobre un sólo y exclusivo punto, será prudente designar otro á esos grupos ó á las partes de grupos que deben operar esa concentracion, á fin de que arreglen su tiro de antemano. Asegurada esa regulacion, cada subdivision vuelve á batir el punto que ántes batía, y más tarde, en caso necesario, el general ordena la concentracion de los fuegos.

El comandante de la artillería de cuerpo debe tomar las mismas

disposiciones en lo concerniente á la direccion del fuego en sus tres divisiones.

No podemos dispensarnos de hacer notar, que es igualmente deber del comandante de brigada de artillería, dar órdenes para que sus tres grupos principales regulen su tiro, durante el combate de artillería, contra los puntos de la posición enemiga que parezcan tener una importancia particular; á este efecto, bueno será que esos grupos arreglen su tiro uno despues del otro, por una de sus alas. De esta manera, si, en el curso del combate se debe obrar contra esos puntos principales, se estará seguro de ejecutar desde luego en conjunto un fuego abrumador.

Principalmente, cuando ya va tocando á su término el combate de artillería, es cuando el fuego de las baterías de la defensa comienza á flaquear, y cuando los tres grupos tienen tiempo de arreglar su tiro contra los objetos principales que se encuentran á su alcance. Tendrán razon de tomar siempre esa precaucion, para poder sacar partido cuando el combate, que va aflojando más y más en ese momento, recobre más tarde nueva energía.

Cuando el comandante de la brigada de artillería haya llenado su mision principal; esto es, cuando sus baterías hayan salido victoriosas de su combate con las piezas enemigas, y cuando así hayan destruido los más sólidos sostenes de la posición atacada, púedese entonces, sin peligro, empeñar á la infantería. Desde este instante, por orden del general en jefe, el comandante de la artillería dedica su atencion preferentemente al ala á donde avanza la division de ataque. Por regla general, abandona el cuidado de entretener de frente al enemigo, á la artillería divisionaria que se encuentra en el ala correspondiente, y á la parte de la artillería de cuerpo que designa para esa mision. En cuanto á él, escoge un punto de estacion favorable en el eje de las tropas asaltantes. Allí divide el punto objeto del asalto en varias fracciones, y reparte esos diferentes sectores entre la artillería divisionaria y las baterías de cuerpo vecinas, de manera que se saque el mejor partido posible de sus fuegos enfilados; por último, cuando la division marcha al ataque, vigila especialmente la accion de las baterías de cuerpo que deben continuar sosteniendo el asalto.

Debe vigilar de una manera particularísima, así como el comandante de la artillería de cuerpo por lo que especialmente le concierne, que las piezas que deben batir al punto objetivo del ataque, no cesen de tirar, ni demasiado pronto, ni, sobre todo, demasiado tarde. Suspendiendo su fuego demasiado pronto, no obran hasta el último momento contra dicho punto; si lo suspenden demasiado tarde, ponen en peligro á sus propias tropas en un momento tan crítico como es el del asalto. El comandante de la artillería de cuerpo tiene á su cargo cubrir, con una parte de sus baterías, el ala interior de la división de ataque: debe, pues, sofocar en su germen toda tentativa de vuelta ofensiva por parte del enemigo; por consiguiente, dirigirá en el acto su fuego más activo, contra todo objeto que se presente y que diera las menores señales de querer poner en peligro á las tropas asaltantes.

Tan luego como se toma la posición, el primer cuidado del comandante de la artillería debe ser volverse á encargar de la dirección general del fuego, con el fin de repartir juiciosamente los puntos de ataque entre los diversos grupos que llegan, y, dado este caso, para transformar la victoria en derrota por medio de una concentración conveniente de los fuegos.

II.—EN LA DEFENSA.

En general, podrá dirigirse el fuego en la defensa, absolutamente de la misma manera que en el ataque. En efecto, en la división de infantería independiente, á la defensiva, la dirección de los fuegos es más difícil, porque las baterías están repartidas en mayores espacios; pero, en el cuerpo de ejército, este inconveniente no existe, por el hecho de que los diversos grupos se conservan reunidos y se encuentran repartidos en todo el frente, de la misma manera que en el ataque. Por la misma razón, en la división independiente, la artillería del ataque se mantiene reunida, mientras que las baterías de la defensa están dispersas; éstas pueden, pues, cruzar su fuego con las del ataque. En un cuerpo de ejército á la defensiva, esta ventaja no existe, los fuegos cruzados no son de un empleo más favorable que lo que lo son en la ofensiva.

Para el combate de artillería, será menester, pues, primero, cañonear *de frente* las baterías del ataque, á ménos que circunstancias enteramente *locales* permitan coger de rodaje las piezas enemigas. También será menester observar, rigurosamente, el principio que prescribe entretener á la artillería del ataque en toda la línea; se deberá, pues, designar al fuego de cada división de artillería un grupo particular del asaltante. Porque se trata de contrariar, desde el principio, los progresos de toda la artillería del ataque; y para ello, no debe permitirse á una batería que ejecute un movimiento sin cañonearla con las piezas de la posición.

El general de brigada de artillería designa, pues, á cada uno de los tres comandantes de grupo, la porción de la artillería enemiga que se encuentre exactamente delante de él. Sabiendo que el asaltante va á procurar á poco avanzar sus baterías por escalones, debe poner todo su cuidado en impedir los cambios de posición del adversario; con este objeto dirigirá el fuego más violento que le sea posible contra el escalon que avanza. Así es que, en ese caso, hará bien en ordenar el grupo vecino que dirija el fuego de una parte de sus baterías contra el escalon que el enemigo hace avanzar. Deberá, pues, hacer que arregle su tiro de antemano contra aquel punto.

De nuevo repetimos que es de la mayor importancia arreglar el fuego de la artillería de una manera juiciosa desde el principio del ataque decisivo de la infantería, y que es preciso tomar inmediatamente todas las disposiciones para rechazarla. En ese momento, el combate toma rápidamente proporciones extraordinarias; se trata de descubrir, con mirada segura é imperturbable calma, el punto más vulnerable del adversario, para herirlo de la manera más sensible por la falta de su coraza; indudablemente, en este momento, es la infantería la que marcha al asalto. Es evidente que toca al comandante de la brigada de artillería hacer obrar contra esas tropas asaltantes á todos los grupos de baterías que pueden distinguir bien á esa infantería. Un fuego de enfilada empleado con oportunidad en esas condiciones producirá los más terribles efectos; así es que el general deberá, siempre, tener presente ese importante fin, cuando reparta el fuego de sus baterías contra los diversos sectores de la infantería asaltante.

TERCERA PARTE.

La artillería en el combate de los ejércitos.

Acabamos de establecer el aspecto normal del combate de un cuerpo de ejército; debemos atenernos á las mismas disposiciones para el combate de un ejército, si no queremos caer en formaciones embroyadas y confusas. En realidad, hacer combatir á un ejército, es hacer obrar en conjunto, en una acción combinada, á varios cuerpos de ejército, y todos pueden distinguir perfectamente en el conjunto de la operación, la acción especial de cada cuerpo en particular.

Antes, había en ciertas potencias, bajo forma de reserva general de artillería, un sistema de unión, entre los diversos cuerpos de ejército, que obraba á la manera de la artillería de cuerpo entre las divisiones. En Alemania, no tenemos lazo de unión de esa especie, y á decir verdad, un general en jefe no sabe qué hacer con tales medios de acción. Esto le estorbaría inútilmente; no serviría más que para entorpecer toda la dirección de su ejército. Sobre todo, es preciso no recargar á un general en jefe con el mando especial de una tropa particular; debe pensar en cosas mucho más importantes: todas sus facultades están completamente absorbidas en otro sentido. Tiene la dirección superior de su ejército; debe contar con las divisiones de caballería y con los diversos cuerpos, pero el sistema de unión, que pone en movimiento á los diferentes miembros de un ejército para la batalla, es invisible é impalpable. Además, los cuerpos de ejército son ya agrupamientos demasiado considerables para de-

jarse ligar fácil y cómodamente por una "artillería de ejército;" por otra parte, esta artillería nunca sería más que una reserva que llegaría á desplegarse siempre tarde.

En un ejército en línea para la batalla, debemos considerar á cada cuerpo como si operase por su cuenta; las misiones asignadas á los diversos cuerpos pueden ser perfectamente distinguidas unas de otras, exactamente como si debieran desempeñarse cada una á parte; sólo que aquí, una á otra ala está cubierta por un cuerpo que opera en las cercanías. Considerado de esta manera, todo lo que hemos dicho sobre el cuerpo de ejército tomado aisladamente, conserva su valor, en general, cuando el cuerpo de ejército obra en el conjunto de un ejército.

Estas consideraciones tienen absolutamente todo su valor, cuando dos cuerpos de ejército, que entran el uno al lado del otro en acción, deben desempeñar misiones *separadas* por grandes intervalos, como aconteció con el 9º Cuerpo de la Guardia, el 18 de Agosto de 1870. No hay más que algunos detalles que agregar, si los cuerpos de ejército que se batían el uno al lado del otro combinan sus medios de acción para resolver un problema *común*, como por ejemplo, los cuerpos 7º y 8º, ó el 12º de la Guardia, en aquella misma jornada. A decir verdad, en semejante caso, el general en jefe tampoco tiene que intervenir en el combate particular de los diversos cuerpos de su ejército; mas sin embargo, debe asegurarse de si el regulador de la batalla, si la artillería, ha tenido cuidado de conformarse perfectamente, en la dirección de su fuego, á sus proyectos.

Sin embargo, eso no quiere decir que *toda* la artillería de un ejército debe colocarse siempre bajo el mando del general más antiguo de brigada, presente, ni siquiera bajo las órdenes del general de artillería, en el caso de que existiera uno en el Estado Mayor General de aquel ejército. Eso no sería bueno sino en casos muy raros; de hecho, la dirección del fuego de toda la artillería de un ejército, cuyos grupos se extienden hasta perderse de vista, no es cosa hacedera, y aun á veces es completamente imposible. No puede ocurrirsele al general en jefe colocar la dirección común de las artillerías en una misma mano, sino en donde las alas de dos cuerpos de ejército, encargadas de una misma misión, afrontan un sólo y mismo

TERCERA PARTE.

La artillería en el combate de los ejércitos.

Acabamos de establecer el aspecto normal del combate de un cuerpo de ejército; debemos atenernos á las mismas disposiciones para el combate de un ejército, si no queremos caer en formaciones embroyadas y confusas. En realidad, hacer combatir á un ejército, es hacer obrar en conjunto, en una acción combinada, á varios cuerpos de ejército, y todos pueden distinguir perfectamente en el conjunto de la operación, la acción especial de cada cuerpo en particular.

Antes, había en ciertas potencias, bajo forma de reserva general de artillería, un sistema de unión, entre los diversos cuerpos de ejército, que obraba á la manera de la artillería de cuerpo entre las divisiones. En Alemania, no tenemos lazo de unión de esa especie, y á decir verdad, un general en jefe no sabe qué hacer con tales medios de acción. Esto le estorbaría inútilmente; no serviría más que para entorpecer toda la dirección de su ejército. Sobre todo, es preciso no recargar á un general en jefe con el mando especial de una tropa particular; debe pensar en cosas mucho más importantes: todas sus facultades están completamente absorbidas en otro sentido. Tiene la dirección superior de su ejército; debe contar con las divisiones de caballería y con los diversos cuerpos, pero el sistema de unión, que pone en movimiento á los diferentes miembros de un ejército para la batalla, es invisible é impalpable. Además, los cuerpos de ejército son ya agrupamientos demasiado considerables para de-

jarse ligar fácil y cómodamente por una "artillería de ejército;" por otra parte, esta artillería nunca sería más que una reserva que llegaría á desplegarse siempre tarde.

En un ejército en línea para la batalla, debemos considerar á cada cuerpo como si operase por su cuenta; las misiones asignadas á los diversos cuerpos pueden ser perfectamente distinguidas unas de otras, exactamente como si debieran desempeñarse cada una á parte; sólo que aquí, una á otra ala está cubierta por un cuerpo que opera en las cercanías. Considerado de esta manera, todo lo que hemos dicho sobre el cuerpo de ejército tomado aisladamente, conserva su valor, en general, cuando el cuerpo de ejército obra en el conjunto de un ejército.

Estas consideraciones tienen absolutamente todo su valor, cuando dos cuerpos de ejército, que entran el uno al lado del otro en acción, deben desempeñar misiones *separadas* por grandes intervalos, como aconteció con el 9.º Cuerpo de la Guardia, el 18 de Agosto de 1870. No hay más que algunos detalles que agregar, si los cuerpos de ejército que se batían el uno al lado del otro combinan sus medios de acción para resolver un problema *común*, como por ejemplo, los cuerpos 7.º y 8.º, ó el 12.º de la Guardia, en aquella misma jornada. A decir verdad, en semejante caso, el general en jefe tampoco tiene que intervenir en el combate particular de los diversos cuerpos de su ejército; mas sin embargo, debe asegurarse de si el regulador de la batalla, si la artillería, ha tenido cuidado de conformarse perfectamente, en la dirección de su fuego, á sus proyectos.

Sin embargo, eso no quiere decir que *toda* la artillería de un ejército debe colocarse siempre bajo el mando del general más antiguo de brigada, presente, ni siquiera bajo las órdenes del general de artillería, en el caso de que existiera uno en el Estado Mayor General de aquel ejército. Eso no sería bueno sino en casos muy raros; de hecho, la dirección del fuego de toda la artillería de un ejército, cuyos grupos se extienden hasta perderse de vista, no es cosa hacedera, y aun á veces es completamente imposible. No puede ocurrirse al general en jefe colocar la dirección común de las artillerías en una misma mano, sino en donde las alas de dos cuerpos de ejército, encargadas de una misma misión, afrontan un sólo y mismo

choque; toca, pues, al general en jefe dar las órdenes necesarias en semejante caso. Si descuidase tomar esta medida, los grupos de artillería que se encuentran en las alas interiores de los cuerpos de ejército obedecerían las órdenes de generales de brigada diferentes; en semejante caso, si quiere que los efectos de la artillería sean conforme á sus proyectos, deberá, pues, dar una direccion única á los fuegos de las artillerías vecinas. Sin embargo, no es necesario que esta unidad de direccion se aplique á todos los grupos de artillería de los dos cuerpos de ejército; la direccion del fuego de las subdivisiones que se encuentran hácia las alas exteriores de esos dos cuerpos, puede muy bien dejarse á sus comandantes de brigada respectivos.

En tal caso, el general en jefe se procurará una ventaja real ordenando el despliegue general de los dos cuerpos de ejército que deben combatir el uno al lado del otro, de manera que las artillerías de cuerpo se encuentren en las alas interiores. Esos grupos forman entónces en medio del frente general un núcleo sólido, al rededor del cual van á soldarse todas las demas fracciones de los dos cuerpos de ejército. Al general en jefe toca decidir si las dos artillerías de cuerpo deben estar colocadas en este caso bajo una direccion única; designa para mandarlas, ó al general de artillería si hay alguno en el ejército, ó al más antiguo de los comandantes de brigada de artillería.

Resulta perfectamente de lo que hemos dicho por lo que respecta al cuerpo de ejército, que esta direccion debe limitarse á no dar más que las órdenes generales absolutamente indispensables.

Cuando un general en jefe guarda reservas á la mano, en un ejército, se forman de divisiones de caballería ó de cuerpos de ejército enteros, como sucedió en Gravelotte-St.-Privat. Si el ejército empeñado en un combate debe ser apoyado, no en una ala, sino de retaguardia hácia el centro, por una parte del cuerpo de ejército que allí se encuentra de reserva, como fué auxiliada la guardia el 18 de Agosto de 1870, por baterías del 10º Cuerpo, los grupos de artillería que entran nuevamente en accion se interpolan entre los que ya se encuentran en línea, y no sirven absolutamente mas que para reforzarlos. Sería peligroso en caso semejante, querer introducir un

cambio cualquiera en la direccion del fuego de la artillería: los grupos recién llegados, harán, pues, bien en colocarse sencillamente á las órdenes del general de brigada que se encuentra adelante y que está al tanto, por consiguiente, de todas las circunstancias del combate.

Finalmente, podríamos mencionar tambien, brevemente, el caso en que un cuerpo de ejército empeñado en un combate, deba ser apoyado, en una de sus alas, por otro cuerpo que llega al campo de batalla. Si entre otras, esa ala está á punto de ser envuelta por el adversario, el cuerpo en marcha auxiliará lo más pronto posible, al flanco amenazado, lanzando ahí violentamente su artillería protegida por caballería. El grupo de baterías que llega primero se apoya directamente sobre el flanco comprometido, como escalon en retirada; los grupos ó las divisiones que entran despues en accion, se colocan más á retaguardia todavia, y así sucesivamente hasta que su infantería haya llegado á colocarse en posicion: los escalones determinados á retaguardia, entran entónces en línea sucesivamente.

CUARTA PARTE. ^[1]

La artillería á caballo en el combate de la division de caballería.

Hubo un tiempo en el que la importancia de la artillería á caballo fué desconocida, en el que la utilidad de esta creacion de Federico el Grande, fué vivamente disputada. Puesto que la artillería habia adquirido mucha más movilidad y facilidad en las maniobras, los detractores de la artillería á caballo, creían poder suprimirla; pretendían haber encontrado el medio de realizar el ideal de la unidad en la artillería, aumentando la movilidad de las baterías *montadas*. Se comenzó por disputar á la artillería á caballo la importancia necesaria para constituir ella sola un cuerpo de oficiales distinto, se apocaron sus servicios; ya no se vió en ella el modelo y el guardian del verdadero espíritu caballeresco; finalmente, ya no se admitía que fuese capaz de hacer nacer el amor al caballo, de mantenerlo y conservarlo vivo.

Así se abrían camino ideas mal sanas; descarriaban la opinion sobre las esperanzas que habia derecho para abrigar, por una parte fundadas en la masa principal de la artillería de campaña, y por

[1] La obra alemana fué publicada en tres volúmenes: el primero, del mes de Febrero de 1877, contiene la primera parte: "La Artillería en el combate de una division de infantería."

El segundo volumen, publicado en Enero de 1878, contiene las partes 2ª y 3ª, "La Artillería en el combate del cuerpo de ejército y de los ejércitos."

El tercero, publicado en Diciembre de 1878, contienen las partes 4ª y 5ª, "La Artillería á caballo, las conclusiones y la instrucción sobre los tiros."

En el prólogo de este tercer volumen dice el autor, entre otras cosas, que ha rectificado ciertos errores que se habían deslizado en las primeras partes. [N. del T.]

otra, en la débil porcion de esta arma especial. Los experimentos de la guerra de 1870, vinieron, sin embargo, á poner en claro esta situacion: la importancia de la artillería á caballo, llegó á ser mayor que ántes. Aquella guerra demostró de nuevo que la antigua querrela entre la eficacia y la movilidad no se deja ventilar sino con la adopcion de dos calibres: hizo ver que es absolutamente de primera necesidad tener hoy, al lado de una pieza suficientemente movable, pero eficaz hasta donde es posible, otro cañon, de un efecto menor, pero que posea una movilidad mucho mayor. Probó, además, que en manos de los artilleros á caballo y no en las de los artilleros montados, es como esta pieza ligera está en aptitud de poder seguir las largas correrías que hace la caballería.

Por lo demas, es evidente que, dado un peso igual, el cañon que lleva á sus sirvientes se mueve con mayores dificultades. En efecto, la pieza lleva un aumento de carga total, de cosa de 700 kilogramos; el avantren sólo está recargado con 400 kilogramos por lo bajo; penetra, pues, mucho en la tierra; este inconveniente es tanto más sensible, cuanto más tiempo deba durar el movimiento y á mayor profundidad sea removida la tierra. La artillería á caballo, precisamente porque es independiente de la constitucion del terreno, puede particularmente pasar á traves de los campos con mucho ménos trabajo que la artillería montada, porque ésta debe salvar al paso los surcos relativamente profundos y de orillas á menudo escarpadas, si no quiere que sus sirvientes salten de sus asientos, en los que, por lo demas, no van cómodamente sentados, fuerza es convenir en ello. Pero, áun admitiendo que la artillería montada esté en aptitud de poder seguir á la caballería en todos sus movimientos, (hipótesis completamente en desacuerdo con las experiencias hechas en Austria en 1874), (1) fuerza es sin embargo, convenir en que es incapaz de acompañar largo tiempo á esta arma en el combate, tan luego como ha perdido algunos caballos.

(1) Con motivo de la maniobra de las divisiones de caballería, cerca de Totis, en 1874, quedó perfectamente demostrado que "las baterías de caballería," destinadas á ser empleadas cerca de los escuadrones, no podían seguir los movimientos de una division de caballería. Llegóse, pues, en el curso de aquellos ejercicios, á experimentar la formacion de una *batería á caballo*; esta medida alcanzó un éxito tal, que Austria se ha decidido más tarde á adoptar definitivamente las baterías á caballo, aunque nunca las habia tenido ántes.

Cierto es que, dadas iguales circunstancias de combate, por lo demas, la artillería á caballo sufre, de una manera absoluta, mayores pérdidas. Pero, en el fondo, cuando ha sufrido pérdidas relativamente importantes en caballos, vuelve á estar en las mismas condiciones que la artillería montada. En realidad, cuando ha perdido la mitad de sus caballos de tiro, está todavía casi en las mismas condiciones de movilidad que la artillería montada, al principio.

No debe olvidarse, sin embargo, que querer constituir un solo y mismo todo, compuesto de artillería á caballo y de artillería montada, es tratar de aparear las propiedades diferentes de dos armas, para las que la artillería no es, en definitiva, mas que un sosten. De la misma manera que ésta es absolutamente indispensable á la infantería para desempeñar sus misiones, aquella es necesaria á la caballería para resolver sus diversos problemas tácticos.

Evidentemente, las propiedades de la artillería montada y de la artillería á caballo no deben ser tan distintas como las de las armas que deben apoyar. Una como otra deben acercarse más, en algunas de sus cualidades particulares, al arma con la cual está llamada á combatir. Pero absolutamente debe seguirse de esto que la artillería á caballo parezca ser una especie de caballería provista de cañones. Admitimos de buena gana que es necesario que la artillería á caballo se apropie mucho del espíritu de la caballería; pero estamos lejos de creer que una buena caballería puede formar muy pronto una buena artillería á caballo; en otros términos, que el espíritu de la caballería, grandemente asimilado y con método por la artillería á caballo, pudiera bastar solamente.

Pretensiones semejantes son enteramente contrarias á la esencia misma de la artillería; son de tal manera mal sanas, que nunca creemos haberlas combatido lo bastante. Por necesarias y preciosas que sean la gran movilidad y la capacidad en las maniobras, no son, en realidad, mas que un medio de alcanzar el fin; no tienen valor alguno, sin una *instrucción perfecta en artillería*. La artillería á caballo no debe, pues, olvidar nunca, que debe ser ante todo y sobre todo *artillería*. En verdad, somos de opinion que el combate de caballería exige mucho de la artillería á caballo, en cuanto á la facilidad y movilidad de sus movimientos; pero es preciso fundar mu-

chas mayores esperanzas en su instruccion como artillería, y particularmente en su habilidad en las punterías. Ya tendremos ocasion de volver á ocuparnos de esto, más adelante.

La caballería necesita, hoy, proveerse de mucho mayor número de piezas á caballo, porque solo ellas son capaces de procurar la energía conveniente al elemento principal de la caballería, su fuerza ofensiva. Armando á los jinetes con una carabina, no se puede alcanzar ese fin, ni con mucho, en el mismo grado. La carabina disminuye los puntos débiles de la caballería á la defensiva; no aumenta de una manera suficiente sus propiedades ofensivas: la carabina no tiene, pues, razon de ser, ni tiene valor real sino como medio de defensa. Muy distinto es el efecto de la artillería á caballo; no solo aumenta de una manera esencial la accion ofensiva de la caballería, sino que disminuye, en la misma proporción, los puntos débiles de su fuerza defensiva; por último, la hace á propósito para desempeñar las misiones que le incumben de la manera que deben ser desempeñadas.

Pero, para eso, necesita de mucha movilidad. La artillería á caballo debe estar en aptitud de poder seguir á la masa principal de la caballería en sus movimientos de larga duracion, asi como en los rápidos cambios de posicion del campo de batalla. Resulta, desde luego, que hay que contentarse, para la artillería á caballo, con una pieza que, con los efectos suficientes, garantice la suma de movilidad necesaria; por otra parte, síguese tambien, que sería imprudente no poner la artillería á caballo, desde en tiempo de paz, en su organizacion y bajo todos conceptos, en condicion de poder llenar convenientemente sus exigencias. Entremos en algunos detalles sobre este particular.

El caballo de tiro de la artillería á caballo, y particularmente el que carga, debe (comparada su carga con el caballo de caballería), no solo sostener el movimiento con este último, sino arrastrar un peso considerable á un aire vivo y en terrenos desfavorables. Comparadas con el caballo de caballería, las cualidades que se exigen y que hay derecho para esperar del caballo de tiro de la artillería á caballo, son mucho mayores, ya que no en cuanto á la rapidez, al menos respecto á fuerza y duracion en los aires vivos. Solo el caballo de

sangre es enteramente capaz de tal resistencia; solo el caballo de sangre puede ser capaz de prestar los mayores servicios: no es, pues, una pretension verdaderamente excesiva, [porque no se funda en una necesidad especial sino en el interes general], pedir que se designe como caballo de tiro para la artillería á caballo, el caballo más noble, el caballo mejor, suponiendo que tenga una conformacion suficientemente fuerte. Ahora bien, una ojeada superficial á las dos armas, demuestra que los caballos de la artillería á caballo no son mejores, sino muy inferiores á los de los regimientos de la caballería pesada. Las mejoras introducidas á este respecto, en los últimos años, permiten creer que en mucho tiempo no se remediará esta urgente necesidad.

De la manera como pasan hoy las cosas, los caballos de tiro, para la artillería á caballo, deben ser escogidos en las remontas de tiro asignadas á su regimiento. Para tener en cuenta, hasta cierto punto, las grandes y perfectamente justificadas cualidades que hoy deben exigirse de los caballos de tiro de la artillería á caballo, los comandantes de regimiento están en la obligacion de escoger los mejores productos de todas las remontas. Naturalmente eso no puede hacerse sino á expensas de las baterías montadas; y, á pesar de todo, esos caballos de tiro no son todavía bastante buenos para la artillería á caballo. Con el objeto de alejar por completo todos los inconvenientes, deberían escogerse expresamente los caballos de tiro de la artillería á caballo, entre los mejores productos de los depósitos de remonta.

Sobre todo, bajo el punto de vista de la organizacion, es como la artillería á caballo se encuentra muy atrasada respecto de la caballería. Ya hemos señalado, en la segunda parte de estos estudios, algunos vicios de la organizacion de la artillería; se hacen sentir, más todavía, en la artillería á caballo.

Mientras que la organizacion de paz de la caballería le permite llevar consigo, al pasar al pié de guerra, todos sus caballos perfectamente adiestrados y, sin excepcion, propios para el servicio, la tercera parte de los tiros de las piezas falta por completo en la artillería en tiempo de paz; además, todos los tiros de los carros de parque están por formarse igualmente.

Una batería á caballo en pié de paz posee 8 caballos de tronco, 20 caballos de cuartas y de guías y 48 caballos de silla; en pié de guerra, debe tener 38 caballos de tronco, 76 de cuartas y guías y 116 caballos de silla; al pasar, pues, del pié de paz al pié de guerra, los pocos caballos antiguos desaparecen necesariamente de una manera tan completa, en el gran número de caballos nuevos, que la batería presenta verdaderamente el tipo de un elemento de nueva formacion. Ni siquiera es posible, y sin embargo, debería siempre suceder, encontrar á todos los de silla de tiro entre los antiguos caballos de en tiempo de paz; por el contrario, se está obligado á montar la mayor parte de los conductores en caballos brutos, tales como los proporciona la movilizacion. Sin embargo, solo en casos muy raros un caballo semejante, aún cuando sea muy bueno, puede corresponder á los servicios que se exigen de él, falta tiempo para adiestrarlo y hacerlo al tiro; es, sin embargo, cierto que un solo caballo flojo hace más daño á un tiro que muchos caballos de esa especie en un escuadron. En efecto, los diversos servicios de un escuadron no se verán contrariados por la presencia de algunos caballos flojos, en tanto que un solo caballo de esta clase pone en riesgo la existencia misma de una pieza. Segun estas consideraciones, parécenos que el estado actual de una batería á caballo, en pié de paz, dista mucho de ser satisfactorio. Y si no queremos correr el riesgo de no contar con uno de los elementos más gloriosos de nuestro ejército, cuyos servicios en la guerra están léjos de bastar, á pesar de toda la buena voluntad á las exigencias necesarias, no nos queda mas que conservar, cuando ménos las seis piezas atalajadas de en tiempo de paz.

Aún así mantendremos condiciones desiguales entre las dos armas, porque los carros de municiones y de provisiones deben estar de la misma manera; pero, en fin, al ménos habremos satisfecho las más ingentes necesidades. Damos tan grande importancia á tener todas las piezas con sus tiros completos en tiempo de paz, que hasta preferiríamos ver á las baterías á caballo entrar en campaña con solo cuatro piezas, si esto no fuera *inadmisible* por otras razones. Así, entre otras, una batería de cuatro piezas es incapaz de lanzar un fuego rápido sin interrupcion. Seis piezas son indispensables para eso; la formacion de seis piezas es, pues, necesaria, principal-

mente en la artillería á caballo, porque los tiros rápidos representan, con razon, un papel esencialísimo, como lo demostraremos en la continuación de estas consideraciones.

Nuestras deducciones futuras sobre la artillería á caballo ganarán en claridad, si las referimos exclusivamente á *la division de caballería independiente*. Los principios aplicables á este caso particular, conservarán casi todo su valor cuando la division de caballería opere como miembro de un ejército.

Cuando una parte de una division es llamada á cubrir la extremidad de una línea de batalla, su artillería, sea que se quiera mantenerla allí, sea que se le asigne especialmente por objeto proteger ese flanco, debe apoyarse en el ala que tiene por mision cubrir. Llégase así á emplear la artillería á caballo, como lo hemos indicado en la segunda parte de estos estudios, cuando prescribimos lanzar la division á caballo á la extremidad de la línea de batalla: en esta posicion, puede tomar parte en el combate de frente, ó se pone con su fuego á las tentativas de un movimiento envolvente que hiciera el adversario, ó apoya el ataque de la division de caballería. Cuando ésta última se dirige contra la caballería enemiga, forma un incidente particular de la batalla y entra en las consideraciones que expondremos sobre la division de la caballería independiente. Por el contrario, si ese ataque es contra la infantería enemiga, es preciso admitir que sus batallones han sido de antemano debilitados por el fuego de la artillería; sólo sería menester agregar que las baterías deben continuar sosteniendo ese ataque permaneciendo siempre *en la misma posicion*, hasta el momento del choque de la caballería; y en ese caso es preciso evitar todo cambio de posicion.

En la persecucion del enemigo derrotado, la artillería acompaña á su division de caballería cuando avanza fuera del radio de accion del ejército; trata de sacar partido de la retirada del adversario inquietándolo en sus flancos, mientras que la infantería y la artillería del frente persiguen directamente al enemigo que se retira.

En general, la division de caballería se mantiene de reserva detras de la línea de batalla; no encuentra ocupacion inmediatamente; pero el comandante en jefe tendrá cuidado siempre de hacer entrar en línea á las baterías de esta division para el combate de artillería,

en lugar de dejarlas atras sin que tomen parte en la batalla. Prescribese á menudo, en este caso, avanzar inmediatamente al extremo de la línea de batalla, á la artillería separada así por un momento de la division de caballería: encuéntrase allí en condiciones muy favorables para poder reunirse más tarde, en el curso del combate, con su division; si no, puede tambien retirarse de la línea de batalla, otra parte de la artillería, en el caso en que ésta estuviera más á la mano para agregarse á la division de caballería. Solo en circunstancias enteramente excepcionales puede tratarse de perseguir de frente con caballería á un enemigo batido; esa caballería se vería obligada muy pronto á cesar la persecucion. Pero, cuando es preciso cubrir por el frente, con caballería la retirada, aquella encuentra su sostén más enérgico en todas las baterías de la línea de batalla; no es, pues, necesario agregarle especialmente artillería para esa mision.

La division de caballería independiente necesita, por el contrario, en todas circunstancias, *ser apoyada continuamente* por artillería á caballo. Esta necesidad se hace sentir tanto en el curso del servicio de seguridad, como en el combate propiamente dicho. Entónces, en caso de necesidad, no se puede pensar en quitar ninguna pieza á las tropas vecinas. Tan pronto son pequeños destacamentos enemigos los que detendrán la marcha de la division de caballería, ocupando puntos favorables; y es preciso desalojarlos de ellos. Tan pronto son localidades ocupadas por el adversario, que la caballería sola no podrá examinar de una manera suficiente; será menester dar rodeos considerables para poder reconocerlas bien. Raras veces no darán resultado algunas granadas, atraerán el fuego del enemigo, le harán mostrarse mejor; un fuego semejante, hecho á propósito, aclarará inmediatamente la situacion. O bien, serán columnas de un enemigo en marcha que se verán obligadas á desplegarse demasiado pronto, á causa del fuego de la artillería; lo cual hace lento y difícil su avance. Finalmente, en el combate propiamente dicho, la artillería desvía el fuego de las piezas enemigas, y prepara eficazmente el ataque de sus escuadrones introduciendo la perturbacion en la caballería del adversario.

En cuanto *al número de baterías á caballo* que sea preciso dar á una division de caballería, las prescripciones sobre la materia no

se pronuncian sobre el particular con bastante claridad. El reglamento de caballería de 1876, dice en el § 204: "se le adjuntará artillería á caballo," y en el § 215, en donde se trata de la marcha por varios caminos: "el comandante de la division da las órdenes necesarias para la reparticion de la artillería;" y más léjos, en el mismo párrafo, á propósito de la marcha en una sola columna: "como regla general, se asignará una batería á la primera brigada (la vanguardia)". Esto haría, pues, suponer que se le quiere asignar más de una batería á caballo. En nuestros ejercicios de tiempo de paz, le asignamos tres, pero eso no quiere decir que esa proporcion será admitida en tiempo de guerra; aunque haya sido adoptada por varias potencias; nos parece que así se prejuzga la cuestion. En nuestro concepto, la cantidad de artillería á caballo que debe asignarse á una division de caballería, no está tan netamente determinada como el grupo de cuatro baterías montadas que se ha decidido dar á la division de infantería. Durante la guerra de 1870, no había principio alguno establecido para la formacion de la division de caballería; en efecto, las encontramos formadas de 4, de 6 y hasta de 9 regimientos; generalmente las acompañan una batería á caballo, á veces dos, pero esto es raro. Hoy, la formacion normal de la division de caballería, está fijada de una manera absoluta en 6 regimientos; pero la cuestion del número de baterías que deban asignársele permanece todavía en suspenso. Las opiniones sobre el particular están muy divididas aún.

Si se parte del principio que una division de caballería debe estar provista de una cantidad de artillería suficiente para poder bastar á todas las misiones que le incumben, se encuentra, suponiendo formada á la batería de 6 piezas, que darle una sola batería (lo que corresponde á $\frac{1}{6}$ de pieza por cada 1,000 jinetes), es muy poco; que asignarle dos baterías (ó 3,3 piezas por 1,000 hombres), apénas es suficiente; y finalmente, que 3 baterías (ó 5 piezas por 1,000 caballos), sería una dotacion abundante, pero de ninguna manera excesiva. En general, bien podríamos contentarnos con doce piezas para una division de caballería. Pero, ésta, durante el servicio de seguridad, por el frente del ejército, puede encontrarse en el caso de tener que avanzar, con sus tres brigadas marchando por tres caminos se-

parados y en un frente muy extenso; cada una de esas brigadas debe, sin embargo, tener artillería, de lo contrario no se encuentra en estado de desempeñar convenientemente las misiones que le incumben. Sería, pues, preciso, segun esto, aplicar á la artillería la subdivision en tres partes, que se apoya en buenas razones en la formacion de la division de caballería. Porque, en este caso, se haría mal en admitir la division en tres secciones, si no se cuenta mas que con una batería; y hasta sería muy malo fraccionar una batería, en el caso en que la division tuviera dos. Antiguamente se subdividían á voluntad las baterías; sin embargo, siempre es malo, porque el fuego de una seccion aislada obra constantemente de una manera insuficiente, excepto en casos particularísimos.

En la guerra de 1870, notóse que nuestras divisiones de caballería estaban débilmente dotadas de artillería á caballo, así es que se apresuraron á reforzarlas, lo que tuvo verificativo en la mañana de la jornada de Vieuville-Mars-la-Tour, y despues de la batalla de Sedan. Bastante interesante es hacer notar que los americanos fueron los que, en su guerra civil, por razones enteramente prácticas, propusieron dotar á sus divisiones de caballería con tres baterías á caballo. Aquellas experiencias debían, sin embargo, hacer reflexionar á los que no querían ver, en la asignacion de esas tres baterías, mas que un aumento en el tren pesado de la division de caballería. Por nuestra parte, no oponemos dificultad alguna á ponernos del lado de los que quieren ver dotada á la division de caballería con tres baterías á caballo, bajo las órdenes de un comandante de division; estamos dispuestos á reconocer que en nada estorbarán la libertad de movimientos de la division.

Podría objetarse, sin embargo, que eso presenta el gran inconveniente de debilitar á los cuerpos de ejército, que no están muy abundantemente provistos de artillería, y que todavía tienen que ceder 18 piezas. Podría decirse tambien que ese número de cañones es demasiado grande para una division de caballería. Efectivamente, para dotar á siete divisiones de caballería con 18 piezas cada una, necesitaríase reducir el número de cañones á 84 en siete cuerpos de ejército. Esta objecion no carece de fundamento, y debemos conve-

nir que; á primera vista, nos parece que no sin peligro se quitan así 18 piezas á un cuerpo de ejército.

Por otra parte, si quisieran contentarse con 12 piezas por division de caballería, y si, para obtener su division en tres partes, en vez de dos baterías de á 6 piezas se asignara á cada division 3 baterías de á 4 piezas, se satisfaría así la necesidad que hemos mencionado, y sobre la que, más de una vez todavía, tendremos ocasion de insistir; pero tambien se debilitaría de una manera muy sensible, como ya lo hemos hecho notar, el fuego de las baterías á caballo, sobre todo en los tiros rápidos. Por lo demas, resulta de nuestras consideraciones, que dos baterías de á 6 piezas no son suficientes para una division de caballería. Debemos, pues, atenernos á tres baterías de á 6 piezas cada una, y encontrar los medios de procurárnoslas aumentando la artillería.

Preguntemos finalmente, para completar el exámen de esta cuestion, si no sería ventajoso reunir las baterías á caballo en regimientos especiales; si esta disposicion no sería preferible á nuestra organizacion actual. Los partidarios de la creacion de regimientos á caballo, acarician la idea de unirse más estrechamente á la caballería; resultaría de esto, dicen, una ventaja real, tanto para los hombres y para los caballos, como para toda la instruccion de la artillería á caballo. La ventaja, á este respecto, nos parece cuando menos, muy dudosa; y aun admitiendo que ésta sea incontestable, preciso es preguntarse si los inconvenientes que resultan no hacen inclinar el platillo de la balanza en sentido opuesto. La artillería á caballo no ganaría en esto absolutamente cosa alguna, por lo que respecta á los verdaderos conocimientos del artillero: correría riesgo de favorecer completamente al elemento á caballo, á expensas del elemento artillero. Manteniéndola estrechamente ligada con la otra artillería de campaña, es como vemos el medio de apartar ese peligro; haciendo vivir en comun á esas dos especies de artillería, es como nos procuraremos la garantía de preservar á una y á otra de ir muy léjos, en un sentido demasiado especial y pernicioso á su espíritu. Porque la artillería á caballo sea un modelo, bajo cierto aspecto, para la artillería de campaña, no debemos dejar de reconocer tambien que la artillería montada es, bajo otros conceptos, un pro-

totipo para la artillería á caballo. No podrá hacérseles producir su máximum de efectos en favor del conjunto del ejército, sino haciéndolas hacer un cambio mútuo y constante de sus modos de accion. Si, con la disposicion actual, cada regimiento no tiene á la vista los modelos de las dos artillerías, al ménos existen en cada brigada; con la otra reparticion, esta feliz disposicion desaparecería. Para obtener una liga, una union más estrecha con la caballería, la reunion de la artillería á caballo en regimientos no es indispensable; por lo demas, esos regimientos se dislocarían tan luego como entraran en campaña, y se habrían creado comandantes de regimiento que se encontrarían sin empleo determinado en tiempo de guerra.

SECCION PRIMERA.

MISION DE LA ARTILLERÍA Á CABALLO EN UNA DIVISION DE CABALLERÍA INDEPENDIENTE.

Tomamos por base de nuestros razonamientos, á la division de caballería normal, de tres brigadas de á dos regimientos cada una, con una division de tres baterías á caballo.

Inversamente al combate de infantería, que dura largo tiempo, el combate de caballería pasa con una rapidez extraordinaria. Resulta de esto, que es preciso sobre todo fundar las mayores esperanzas en las dotes naturales, en la rutina y en el grande hábito del comandante de la division, más bien que en su talento como general; hay que contar con la aptitud é instruccion de los jefes, subalternos y de la tropa; y por lo que especialmente concierne á la artillería, su lijereza y movilidad para operar los movimientos, deben entrar en cuenta; pero, principalmente, debe esperarse mucho de su habilidad en los tiros.

nir que; á primera vista, nos parece que no sin peligro se quitan así 18 piezas á un cuerpo de ejército.

Por otra parte, si quisieran contentarse con 12 piezas por division de caballería, y si, para obtener su division en tres partes, en vez de dos baterías de á 6 piezas se asignara á cada division 3 baterías de á 4 piezas, se satisfaría así la necesidad que hemos mencionado, y sobre la que, más de una vez todavía, tendremos ocasion de insistir; pero tambien se debilitaría de una manera muy sensible, como ya lo hemos hecho notar, el fuego de las baterías á caballo, sobre todo en los tiros rápidos. Por lo demas, resulta de nuestras consideraciones, que dos baterías de á 6 piezas no son suficientes para una division de caballería. Debemos, pues, atenernos á tres baterías de á 6 piezas cada una, y encontrar los medios de procurárnoslas aumentando la artillería.

Preguntemos finalmente, para completar el exámen de esta cuestion, si no sería ventajoso reunir las baterías á caballo en regimientos especiales; si esta disposicion no sería preferible á nuestra organizacion actual. Los partidarios de la creacion de regimientos á caballo, acarician la idea de unirse más estrechamente á la caballería; resultaría de esto, dicen, una ventaja real, tanto para los hombres y para los caballos, como para toda la instruccion de la artillería á caballo. La ventaja, á este respecto, nos parece cuando menos, muy dudosa; y aun admitiendo que ésta sea incontestable, preciso es preguntarse si los inconvenientes que resultan no hacen inclinar el platillo de la balanza en sentido opuesto. La artillería á caballo no ganaría en esto absolutamente cosa alguna, por lo que respecta á los verdaderos conocimientos del artillero: correría riesgo de favorecer completamente al elemento á caballo, á expensas del elemento artillero. Manteniéndola estrechamente ligada con la otra artillería de campaña, es como vemos el medio de apartar ese peligro; haciendo vivir en comun á esas dos especies de artillería, es como nos procuraremos la garantía de preservar á una y á otra de ir muy léjos, en un sentido demasiado especial y pernicioso á su espíritu. Porque la artillería á caballo sea un modelo, bajo cierto aspecto, para la artillería de campaña, no debemos dejar de reconocer tambien que la artillería montada es, bajo otros conceptos, un pro-

totipo para la artillería á caballo. No podrá hacérseles producir su máximum de efectos en favor del conjunto del ejército, sino haciéndolas hacer un cambio mútuo y constante de sus modos de accion. Si, con la disposicion actual, cada regimiento no tiene á la vista los modelos de las dos artillerías, al ménos existen en cada brigada; con la otra reparticion, esta feliz disposicion desaparecería. Para obtener una liga, una union más estrecha con la caballería, la reunion de la artillería á caballo en regimientos no es indispensable; por lo demas, esos regimientos se dislocarian tan luego como entraran en campaña, y se habrian creado comandantes de regimiento que se encontrarían sin empleo determinado en tiempo de guerra.

SECCION PRIMERA.

MISION DE LA ARTILLERÍA Á CABALLO EN UNA DIVISION DE CABALLERÍA INDEPENDIENTE.

Tomamos por base de nuestros razonamientos, á la division de caballería normal, de tres brigadas de á dos regimientos cada una, con una division de tres baterías á caballo.

Inversamente al combate de infantería, que dura largo tiempo, el combate de caballería pasa con una rapidez extraordinaria. Resulta de esto, que es preciso sobre todo fundar las mayores esperanzas en las dotes naturales, en la rutina y en el grande hábito del comandante de la division, más bien que en su talento como general; hay que contar con la aptitud é instruccion de los jefes, subalternos y de la tropa; y por lo que especialmente concierne á la artillería, su lijereza y movilidad para operar los movimientos, deben entrar en cuenta; pero, principalmente, debe esperarse mucho de su habilidad en los tiros.

La artillería necesita de cierto tiempo para producir sus efectos; el tiempo es precioso en un combate de caballería: los momentos en los que puede obrar la artillería pasan como el viento. Preciso, es, pues, evitar la disminucion de esos momentos ya pasajeros con movimientos comenzados desde muy léjos; arreglo de punterías demasiado metódico ó falta de habilidad en los tiros, no deben perjudicar á los efectos que es menester producir en un tiempo limitadísimo. *La táctica de la artillería á caballo, debe, pues, ser sencilla; el arreglo del tiro, rápido, y su habilidad en los tiros debe ser grande.*

En esos combates, que cambian á cada instante, la artillería á caballo tiene necesidad de un *sosten especial*. El reglamento de caballería dice, en la página 242: "Es deber de las líneas, ó de las partes de tropa que se encuentran cerca de la artillería, protegerla contra los ataques del adversario: no deben esperar órdenes particulares para ello." Dice tambien: "que se le da un sosten especial en ciertas circunstancias;" nosotros creemos que el comandante de la division haría mejor dando *siempre* á su artillería una escolta permanente. En la confusion del combate, su atencion y la de los generales estan distraidas en otra direccion; el polvo y la configuracion del terreno, les ocultan con mucha facilidad el peligro que amenaza á la artillería. Las baterías ya no pueden estar sin sostén especial cuando avanzan á su posicion; el sostén debe, por el contrario, prestar la mayor atencion para proteger á la artillería en su marcha contra los ataques por sorpresa, lanzando exploradores á vanguardia; más tarde, cuando las baterías están empeñadas en el fuego, continúa observando en el flanco, á fin de asegurarla contra cualquier ataque inopinado.

El reglamento de artillería de 1877, tiene en cuenta tambien la exigencia precedente, cuando fija *como regla*, (pág. 169), que es preciso dar un sosten especial á la artillería en una division de caballería independiente. Esto no carece de razones: figurémonos el combate de caballería que pasa en unos cuantos minutos en una de las alas de la artillería, y nos haremos cargo de la dificultad, para el general en jefe y para los comandantes de línea ó de una parte de las tropas, de tener á la vista el espacio que se encuentra en la

otra ala de las baterías. Su atencion está completamente absorta y fija en el lugar en el que se decide la accion con la rapidez del relámpago; lo que pasa adelante de la otra ala de la artillería, tiene, pues, que escaparse con mucha facilidad á sus miradas. ¿No es más racional proteger á esa ala contra las sorpresas de las patrullas enemigas con un sostén especial, que obligar á las baterías á cuidarse por sí solas en el flanco que está descubierto, paralizando así su cooperacion en el ataque decisivo? En un combate de infantería, las cosas pasan de muy distinta manera: en primer lugar, las condiciones se encuentran en una estabilidad perfecta, y la artillería está sostenida por lo mismo que se apoya exactamente sobre la infantería. En un combate de caballería, por el contrario, todo es movimiento; las posiciones respectivas cambian á cada instante; es, pues, absolutamente necesario que se dé á las baterías un sosten especial. Los casos en que esta escolta podría ser supérflua, son de tal manera raros, que es preciso admitir que en general debe dárseles siempre un sosten particular. La fuerza de éste último se determina segun cada circunstancia; será conveniente encargar de este cuidado á las subdivisiones de caballería que se lanzaron hacia el enemigo, porque son las que mejor informadas están respecto de la situacion del adversario. Si son tales las circunstancias que pueda el enemigo lanzar de improviso contra el flanco de las baterías, grandes divisiones de tropas, se tendrá cuidado de colocar más de un escuadron como sostén especial; si no bastará un escuadron.

CAPÍTULO I.

DURANTE EL SERVICIO DE SEGURIDAD, Á VANGUARDIA DEL EJÉRCITO. (R)

La division de caballería independiente tiene una doble mision que llenar á vanguardia de un ejército. En primer lugar, debe buscar al enemigo y recoger datos y noticias sobre éste último; es decir, que principalmente *debe observar*; pero, por otra parte, tambien es preciso que *oculte* los movimientos de su ejército, que impida que

el enemigo pueda ver lo que pasa en él. Estas dos misiones exigen que se extienda mucho en su frente, que cubra un gran espacio. Si el terreno que hay que explorar ó que cubrir, llegado el caso, es muy grande, si no hay caminos transversales que liguen á los caminos entre sí, puede llegar á ser necesario dividir á la division en tres columnas, de á una brigada cada una. Si no, se tendrá cuidado de poner dos brigadas en primera línea, y de hacer seguir á la tercera como reserva por el camino donde se cree encontrar mayor resistencia. Así se procura la ventaja de obrar en una profundidad mayor, así como los medios de poder apoyar las columnas más débiles en el caso en que eso fuera necesario.

La separacion de los diversos miembros de la division trae naturalmente consigo el reparto de la artillería; así es que, en la marcha en tres columnas, cada una de ellas recibe una batería; en la marcha en dos columnas, la más fuerte lleva dos.

I.—CUANDO LA DIVISION DE CABALLERÍA AVANZA.

Cada columna separada forma su vanguardia; procura, además, ver más allá de esa vanguardia lanzando escuadrones como exploradores independientes: extiende, pues, así la zona de sus reconocimientos. El grueso sigue.

Investiguemos primero *el lugar que la artillería debe ocupar en la columna de marcha.*

Hemos visto, en la division de infantería, y cerca del cuerpo de ejército, que una pequeña parte de la artillería se encontraba á vanguardia; la masa principal marchaba cerca del grueso: las dos partes estaban intercaladas en la columna, lo más cerca posible de la cabeza. Esta reparticion corresponde bien al desarrollo relativamente lento y á la solidez de la disposicion para el combate, que caracterizan particularmente á los encuentros de la infantería. El despliegue de las tropas que siguen á la artillería exige tiempo; el combate se alimenta poco á poco y se desarrolla lentamente. Es otra cosa muy distinta con la caballería. Las patrullas chocan contra el enemigo, las subdivisiones de exploradores son arrolladas sobre

la vanguardia, y, despues de un tiempo relativamente corto, el choque decisivo de las masas, formadas en líneas de los dos lados, tiene verificativo.

Colocando á la artillería cerca de la cabeza de la vanguardia, se la expondría inútilmente. No se la debe atraer á la zona de los reconocimientos propiamente dichos, ni unirla á las primeras subdivisiones de los exploradores. Estorbaría la libertad de movimiento de los destacamentos que están practicando reconocimientos; estarían encadenados á su artillería; los pelotones de la vanguardia, que siguen en filas compactas, se verían forzados á entrar en accion demasiado pronto para sostener á sus baterías; en una palabra, eso causaría un vaiven continuo y sin utilidad para la artillería, que muy pronto agotaría la fuerza de los caballos.

Pero tampoco puede dejarse á la artillería demasiado lejos, hacia atras; no entraría en accion sino muy poco tiempo antes del despliegue de la caballería en línea; la carga seguiría demasiado inmediatamente. Así es que no tendría tiempo para apoyar de una manera eficaz á sus escuadrones; ménos tiempo, todavía, tendrá para impedir ó para demorar los avances del adversario, ó para efectuar su propio despliegue.

El reglamento de caballería dice, (pág. 242, § 7), que la artillería, para estar disponible desde el principio, debe componer parte de la columna que tiene que formar la primera línea, á fin de llegar al fuego lo más pronto posible, para sostener el despliegue primero, y el ataque despues. Esto podrá hacerse con tanta mayor seguridad, cuanto ménos incrustada esté la artillería en la columna de marcha, colocándola, por consiguiente, hacia la vanguardia. Segun esto, parece que su colocacion debe ser, en general, *á la cola de la vanguardia.* No hay riesgo en hacerla marchar á esa altura, si se fija uno en que los exploradores lanzados muy adelante, la ponen á cubierto de las sorpresas. Por otra parte, el grueso posee gran rapidez; podría, pues, hacersele avanzar violentamente, para sostenerla en caso de necesidad. Además, la presencia de la artillería en la vanguardia, aumenta de una manera esencial su fuerza ofensiva y defensiva: el grueso, pues, sufre ménos á menudo con los accidentes que sobrevengan á la vanguardia.

Cuando hemos dicho más arriba, que la artillería estaba muy bien colocada á la cola de la vanguardia, en la columna de marcha, suponíamos sin embargo, que ésta era bastante fuerte por sí misma; así, despues de haber lanzado numerosos destacamentos de exploradores, debería quedarle una fuerza suficiente á su comandante, en filas compactas. Cuando un regimiento, pues, marcha de vanguardia para una brigada, ó toda una brigada para una division de dos ó de tres brigadas, se satisface esta necesidad.

Parecería resultar de las consideraciones emitidas más arriba, que se debe hacer marchar á toda la artillería á la cola de la vanguardia, aun cuando se disponga de más de una batería, y tambien cuando la division marcha por un solo camino. Eso tendría la ventaja de poder agrupar á toda la artillería bajo la direccion única de su comandante de division; eso evitaría, pues, toda diseminacion de las baterías. Pero el comandante de la artillería divisionaria debería tambien, encontrarse cerca del comandante de la vanguardia, y, ademá, debería dejar á éste último la libre disposicion de sus baterías. Por otra parte, el reglamento de caballería prescribe, y con razon, que el comandante de la artillería debe permanecer cerca del general de division hasta el principio del combate; esta prescripcion supone, por lo demas, la presencia de la artillería en el grueso, y por consiguiente, habría varias baterías agregadas á la division de caballería. Sin embargo, mientras que avisos recibidos no hagan indispensable la presencia del comandante de la division cerca de la vanguardia, el general debe permanecer en el grueso; el comandante de la artillería tambien se encuentra allí, personalmente, aunque sus baterías marchen con la vanguardia. Si el comandante de esta última, bajo su responsabilidad, hiciese avanzar la artillería, el jefe de grupo no podría reunirse con sus baterías sino cuando ya estuvieran empeñadas en accion.

Pero, cuando se dispone de varias baterías, es preciso preguntarse, sin embargo, si sería racional unir así toda la artillería á la vanguardia, y si no sería mejor dejar una gran parte de ella con el grueso de la division. Creemos que será preferible esta última disposicion. El comandante de la division no abandona completamente á su artillería, lo que por cierto sería muy desfavorable, si, en una

marcha avanzando, se viera obligado á lanzar caballería con baterías del grueso, en una direccion lateral. En el fondo, no se trata áun mas que de buscar al adversario; bien pudiera presentarse en una direccion diferente de la que ha tomado la vanguardia, y entonces habría necesidad de lanzar caballería y artillería en aquella direccion. Tambien, es siempre bueno reservarse el medio de poder relevar de tiempo en tiempo á la batería de vanguardia, conservando en el grueso á las otras baterías; porque la realidad es que el servicio que tiene que prestar, siempre es de los más penosos. En la mayor parte de los casos, basta una sola batería para ayudar á la vanguardia á desempeñar sus misiones; porque esta última debe cuidarse de empeñar inmediatamente el combate con sus escuadrones en filas compactas, tan luego como las patrullas de exploradores ya no pueden avanzar; y esto, con el único objeto de abrirse paso violentamente; por lo contrario, siempre deberá esperar la llegada del grueso de la columna.

En cuanto al lugar que debe ocupar *la artillería en el grueso*, es preciso avanzarla cuanto más sea posible, á fin de poder emplearla desde el principio en el combate. Llegamos así á la conclusion siguiente: *en una brigada, es preciso hacer seguir la batería á la cola de la vanguardia; cuando dos y tres brigadas están juntas, una batería marcha, todavia, en el mismo sitio; pero las demas deben seguir al primer regimiento del grueso.*

Examinemos ahora las *misiones* que incumben á una batería de vanguardia.

Ya hemos demostrado que no se debía llevar á la artillería hasta la zona de los reconocimientos propiamente dichos. Cuando se haya adquirido el contacto con el enemigo, se tendrá cuidado igualmente de no atraerlo hacia delante, por algunos escuadrones que llegaran á mostrarse. Pronto se han sustraído á los cañonazos; desaparecen inmediatamente á lo léjos. En esta faz de los reconocimientos, la caballería que está encargada de ellos, debe salir del paso con sus propios recursos; por lo demas, le bastarán si recuerda que no es su mision batirse, sino observar los movimientos del enemigo, ver solamente. En general, preciso es admitir que el momento de llevar adelante las baterías ha llegado cuando los puestos avanzados señalan

la presencia ó aproximacion de las grandes masas del adversario; cuando hacen saber que las cabezas de columna vienen á chocar contra localidades ocupadas y que no pueden avanzar más. Entónces, ha llegado el momento en que la parte de la vanguardia que marcha en filas compactas debe desplegarse.

La vanguardia tendrá cuidado de no dejarse arrastrar al combate, como ya lo hemos dicho; esperará, por el contrario, que haya llegado el grueso y esté dispuesto para el combate, pero sí podrá, desde entónces, poner su batería en accion. En la mayor parte de los casos, se trata en primer lugar de forzar el paso de un desfiladero que se encuentra en el camino y que está ocupado por el enemigo, ó bien de atravesar localidades guarnecidas por tropas, mientras que otros destacamentos procuran voltear el obstáculo literalmente. Con el fin de no perder inútilmente tiempo, y para no verse detenido sin razon, se tendrá cuidado de *hacer entrar á la batería en accion lo más pronto posible*: no podría pensarse en ello, si fuera menester todavía hacerla venir del grueso. Por lo demas, la artillería habrá aclarado muy pronto la situacion; á menudo forzará al adversario á retirarse apresuradamente, sin que sea necesario empeñar combate con soldados de caballería pié á tierra; ó bien le será fácil obligar á la artillería contraria á romper su silencio, en el caso en que el enemigo quisiera apelar á sus baterías. En semejante circunstancia, nunca acontecerá tener que emprender un largo combate de artillería. Cuando el fuego lanzado de frente por la batería está combinado con vigorosos movimientos de flanco y envolventes, de la caballería contra el enemigo, siempre se logrará el fin con rapidez, á menos que el adversario oponga gran número de tropas, que no se dejen envolver. Pero, entónces, la situacion, á este respecto, se aclara bastante pronto.

El comandante de la vanguardia se decide, pues, segun avisos recibidos, á avanzar, á fin de convencerse por su propia vista de cómo andan las diversas circunstancias del combate: *indica* desde luego al comandante de la batería, que se encuentra allí cerca, el lugar en que dicha batería debe tomar posicion.

Las más de las ocasiones se haría mal en querer, de golpe, tomar de flanco el desfiladero ocupado por el adversario. Se necesita tiem-

po para llegar á ese flanco al traves de los campos y de las sembradas y surcos; podría suceder que antes de la llegada de la batería, el enemigo se retirase, estando seriamente amenazada su línea de retirada por las subdivisiones de caballería que habrían rodeado al obstáculo. Por otra parte, no se conocen bien las condiciones en que se encuentra el enemigo; sería motivo para arrepentirse de haber lanzado así, á la batería lejos, si el adversario por su parte avanzara. Ademas, la batería, lanzada contra el flanco del enemigo, corre siempre riesgo de verse cojida de rodaje, por las piezas contrarias.

Segun eso, el comandante de la vanguardia tiene todas las ventajas conservando su batería lo más cerca posible del camino; la hará tomar posicion á unos 1,500 metros del objeto que haya que batir, de manera que pueda dirigir su fuego, tanto sobre la entrada como sobre la salida del desfiladero. Hay tambien gran ventaja en aproximarse inmediatamente á distancia eficaz, con el fin de herir rápidamente al objeto; por lo demas, eso bien puede hacerse en este caso, supuesto que la artillería se mantiene fuera del alcance de las armas pequeñas. Sin embargo, si el fuego de la batería no obtiene inmediatamente el resultado apetecido, si no se puede voltear el obstáculo ocupado, ya no hay mas que un medio, y éste es intentar hacerse dueño del desfiladero por medio de un ataque con soldados de caballería pié á tierra. Sin embargo, mucho trabajo nos cuesta creer que semejante proyecto pueda verse coronado de un buen éxito, ante un adversario de igual valor; áun nos inclinamos á creer que fracasará si el enemigo apela á su artillería, ó si opone algun destacamento de infantería. Pero siempre sería bueno dirigir, por el contrario, una tentativa de esa especie contra los flancos del obstáculo ocupado.

Si el adversario, en caso semejante, coloca artillería más acá del desfiladero, podemos estar ciertos de que se propone defender el paso con fuerzas considerables. Procurando voltear el obstáculo lateralmente, nos aseguraremos de si está ocupado por fuerzas imponentes; porque, en tal caso, el adversario impedirá todo reconocimiento. Sería, pues, prudente no dejarse arrastrar á un combate de artillería, en semejante circunstancia, á menos de que se esté seguro de poder llegar inmediatamente á un resultado: para ésto, es menester que

la division se encuentre en la situacion excepcional de poder colocar en línea un número superior de piezas. El reemplazo de las municiones de la artillería en una division de caballería, tropieza con tales dificultades, que es preciso evitar á toda costa los largos combates de artillería. Y hasta cuando se dispone de una artillería superior, si no se alcanza inmediatamente el resultado que se desea, es todavía preferible suspender el fuego inmediatamente.

La superioridad numérica de la artillería, provendrá por lo general, de que dos brigadas ó toda la division se encuentren reunidas en la posicion, y de que se haya podido hacer avanzar á toda la artillería del grueso. Esta última, en ese caso, tendrá toda clase de ventajas colocándose de manera que coja de rodaje á las piezas enemigas, mientras que la batería de vanguardia las cañonea de frente.

Sin embargo, es preciso evitar, hasta donde sea posible, dejarse arrastrar á un combate de artillería con el adversario; porque la mision de la artillería consiste en este caso, ante todo, en volver á poner en movimiento á los destacamentos de exploradores que se vieron obligados á detenerse; debe procurar lograrlo, perdiendo el menor tiempo posible. Debe, pues, dirigir su fuego contra las tropas que ocupan el desfiladero y que son la causa de aquella detencion en la marcha. Procurará vencer su resistencia atacándolas de frente, mientras que á las subdivisiones de caballería toca envolver al adversario cayendo sobre sus flancos. Cuando se logra así envolver á un enemigo más débil, esto siempre produce los mayores efectos: se le coloca á menudo en una situacion de las más críticas cuando no se decide á batirse en retirada en el momento requerido.

Luego que comienza á retirarse, puede la artillería todavía causarle pérdidas serias, sin cambiar de posicion. Está en aptitud de obligarle á apresurar su retirada. Sin embargo, á poco deben cesar sus disparos las baterías: se replegan á retaguardia, los exploradores persiguen al enemigo manteniéndose en íntimo contacto con él hasta que sobrevenga un nuevo alto, debido á las mismas circunstancias. Entónces, el combate que hemos descrito más arriba se reproduce de la misma manera.

Los débiles destacamentos del adversario son arrollados así más y más sobre sus sostenes. Pero, mientras más densa sea en profun-

didad la formacion del enemigo, esto es, mientras más nos aproximemos á sus masas considerables, tambien debemos abandonar nosotros las formaciones profundas. Es necesario igualmente agrupar las brigadas, que hasta entónces habian permanecido separadas por grandes intervalos: se las reúne hacia el punto en que el enemigo concentra piezas considerables. Las masas opuestas llegan así al contacto para el combate decisivo.

II.—CUANDO LA DIVISION DE CABALLERÍA MARCHA EN RETIRADA.

La caballería enemiga ha sido arrollada hasta las cabezas de columna de la infantería que la sigue: la division de caballería ha llenado, pues, su mision en su marcha avanzando. La infantería enemiga pone así un término á nuevos avances, y á su vez, rechaza en seguida á esa caballería asaltante.

Las misiones de esta última, consisten entónces en conservar rigurosamente el contacto con el enemigo, en detener ó en acortar la marcha de su infantería, en impedir sobre todo, que la caballería contraria vuelva á colocarse á vanguardia de aquella infantería: de esta manera oculta los movimientos de las tropas que la siguen.

Estas misiones exigen que se tengan á las fuerzas de la division más juntas las unas de las otras, con el objeto de que puedan oponerse con buen resultado á las tentativas de la caballería enemiga que de nuevo querría avanzar. Esto no impide el que tambien se destaquen á lo léjos y por el flanco algunos escuadrones como exploradores: en esta situacion es como pueden mejor continuar observando al enemigo; por lo demas, son indispensables si se quiere estar bien informado respecto de la marcha eventual, que la caballería contraria podría intentar en aquella direccion.

La situacion exige así una concentracion mayor de las diversas brigadas; sin embargo, será menester tomar la formacion profunda, si no queremos vernos obligados á aceptar un combate decisivo con la caballería enemiga en circunstancias desfavorables. Pero esto no obliga á la caballería á abandonar incontinenti el terreno que ocupó. Si deja al frente del enemigo dos brigadas de retaguardia y suficien-

temente provistas de artillería, estarán en aptitud de contener la marcha del adversario, ocupando ciertos puntos favorables: las fuerzas principales podrán entonces ser retiradas más á retaguardia, conservándolas lejos del enemigo. Mientras que si toda la division se retirara inmediatamente, dejaría á la caballería contraria en libertad para volver á colocarse á vanguardia, ocultando de nuevo las maniobras de su infantería. Las de retaguardia podrán impedirle perfectamente el tomar esas disposiciones. La formacion profunda tiene por objeto, permitir llevar á la division sucesivamente á retaguardia, á una posicion en la que tome su formacion de combate, y en la que pueda aceptarlo en circunstancias favorables de terreno, para el caso en que volviera á la carga la caballería enemiga, con fuerzas superiores en número. Para eso, bastará dejar á la brigada amenazada que se retire lentamente, manteniendo un contacto riguroso con el adversario: su batería ocupa las localidades favorables, desde las que, obliga al enemigo á cubrirse continuamente con el terreno, y aún á descubrir á su artillería; la brigada se retira así hasta la posicion en que le conviene aceptar el combate, hacia la cual ya se atrajo á las otras dos brigadas con el mismo objeto. Así se prepara á recibir al enemigo; pero reservaremos nuestras consideraciones sobre la batalla, para el capítulo siguiente.

Por lo que concierne á la artillería de la brigada amenazada, debemos repetir de nuevo que es muy ventajoso tener á la batería lo más cerca que sea posible del camino, en retiradas de esta clase; es preciso evitar llevarla lejos del camino recorrido en terrenos difíciles.

Hemos visto en el capítulo precedente que, en el caso de que la caballería enemiga quisiera intentar una vuelta ofensiva protegida por las cabezas de columna de su infantería, no podría pensarse seriamente en tratar de mantenerse en el terreno conquistado; mucho ménos debe pensarse en ello, ante la infantería del adversario. No puede tratarse entonces mas que de ocupar, de una manera pasajera, los desfiladeros, ó ciertas localidades favorables, para forzar á aquella infantería á desplegarse, para retardar su marcha y para crearle obstáculos. Para eso, la formacion recomendada más arriba para la division de caballería presenta tambien ventajas reales. Efectivamente,

si la infantería no rechaza mas que á una de las brigadas de primera línea, sin forzar á retirarse á la que se encuentra á la misma altura, ésta es llevada al flanco de aquella infantería: tomaría así disposiciones importantes sobre aquellas masas lanzadas á la persecucion; y naturalmente podría contener su marcha de una manera brusca cañoneándolas y molestándolas continuamente.

En las retiradas de esta especie, las retaguardias de una division de caballería deben procurar ocupar inmediatamente cada punto, cada localidad que se preste á una defensa pasajera con soldados de caballería pié á tierra; deben esforzarse por oponer al enemigo el mayor número posible de fusiles. Preséntase allí la ocasion de sacar partido de la carabina con que está armada la caballería, tanto contra ésta, como contra la infantería enemiga: sería desconocer su verdadera fuerza defensiva, desperdiciar semejantes ocasiones. Sin embargo, con el fin de forzar al enemigo á desplegarse á distancias considerables, y para no dejarlo ganar terreno sino muy lentamente y experimentando pérdidas sensibles, la artillería ofrece uno de los sostenes más preciosos: principalmente en los combates de retaguardia, es cuando representa un papel preponderante.

La artillería se emplea en esas defensas especiales segun las ideas admitidas para los combates de infantería; solo que hay que tener en cuenta las propiedades inherentes á los combates de la caballería á pié, que tienen un sello particularísimo.

Tanto en uno como en otro combate, el sitio de las baterías se encuentra á unos cuantos centenares de metros á retaguardia de las primeras líneas ocupadas, con el fin de que no se vea obligada la artillería á abandonar su posicion demasiado pronto, á causa del fuego de fusilería del enemigo. En los combates de la caballería á pié, sin embargo, deberá evitarse colocar á la artillería demasiado á retaguardia; deberá escojerse de preferencia una posicion algo más cercana. Porque no se trata aquí de ejecutar una defensa palmo á palmo; es preciso por el contrario, acercarse lo más que sea posible á la línea que haya que defender, con el fin de aumentar la esfera de accion en el terreno que se encuentra delante de la posicion: así se obliga al adversario á desplegarse lo más lejos posible del obstáculo que se defiende, lo cual procura siempre una ganancia de tiem-

po. Resulta, además, de lo que precede, que los puntos más favorables para la artillería, como posición, son aquellos desde los cuales se puede dominar todo el terreno circunvecino, permitiendo batir con eficacia todos los caminos que conducen á la posición. Si pudieran conseguirse estos dos resultados con igual éxito, tanto en puntos situados á retaguardia del centro de la localidad que haya que defender, como en aquellos situados en las alas de esa posición, preferiríamos los primeros; la artillería se ve forzada á abandonar los lugares que ocupa ménos pronto, y además, puede obrar desde allí igualmente sobre cada uno de los flancos.

Encontrando el enemigo localidades defendidas así por artillería, raras veces se aventurará á atacarlas sin apelar al auxilio de sus baterías. Así es que, casi siempre, se estará tentado á dejarse arrastrar á un combate parcial de artillería con estas últimas. Sin embargo, si no se obtuviese desde luego un triunfo, si por el contrario, la artillería asaltante llegase á alcanzar una superioridad real, será menester renunciar inmediatamente á todo combate de artillería: desde luego se corre el riesgo de sucumbir completamente en esos combates; pero nada es este inconveniente comparado con las pérdidas, casi seguras, que renuncia uno á hacer experimentar al enemigo en lo de adelante. En semejante caso, es preciso evitar todo combate largo de artillería. Cesarán, pues, su fuego las piezas, en seguida se retirarán completamente á retaguardia, á cubierto, á una posición en la que se mantendrán listas para volver á entrar en acción, tan luego como la infantería enemiga quiera pasar al ataque.

Es evidente que no puede pensarse ejecutar una defensa rigurosa, igual en lo absoluto á la de los combates de infantería, con el auxilio del fuego de la caballería pié á tierra; esto, ya lo hemos mencionado anteriormente. Tampoco hay que abandonar la posición con demasiada precipitación. Así, por ejemplo, cuando la retirada de esa caballería está asegurada por cubiertas ó abrigos que se encuentran detrás de la posición, esa defensa, podrá prolongarse hasta el momento en que la infantería se aproxime á algunos centenares de metros de la localidad, y se apreste á dar el asalto final. Querer sostenerse más largo tiempo, será correr á una catástrofe casi segura; por lo demás, no es indispensable, porque la caballería á pié ha-

brá desempeñado perfectamente su papel cuando haya contenido á la infantería enemiga hasta el momento que acabamos de indicar. Debe entonces volver á montar á caballo sin tardanza, sustrayéndose vivamente al fuego con que la persigue el enemigo. Toca á la artillería rechazar, con su fuego, auxiliada, ó con la cooperación de los pelotones que se han quedado á caballo, á un enemigo que llegara á ser demasiado insistente, ó cuya caballería se mostrara de una manera inesperada.

Pero para eso, preciso es ántes situar á la artillería á unos 1,500 metros más acá de la salida del desfiladero; se ejecuta este movimiento de retirada, poco tiempo ántes de que principie el asalto de la infantería enemiga. Querer hacerla sostenerse hasta el último momento en la posición que ocupaba desde el principio, á la salida del desfiladero, ó lateralmente detrás del obstáculo que hay que defender, tendría por consecuencia inevitable la pérdida de las piezas.

El reglamento de ejercicios asienta, como regla general, que es preciso comenzar al paso todos los movimientos de retirada; debemos hacer notar, sin embargo, que no debe seguirse al pié de la letra esta prescripción en circunstancias semejantes á las que hemos consignado más arriba: en general, se la observa ménos rigurosamente en los combates de caballería que en los de infantería. En efecto, se trata, muy á menudo, de acelerar la ejecución de los movimientos de retirada de la caballería; esto es conforme al espíritu de todos los combates.

Aún cuando la localidad es abandonada, la artillería que se mantiene á 1,500 metros atrás, bajo la protección de la caballería, puede retardar todavía de una manera muy eficaz la salida del desfiladero. Sin embargo, haremos notar de nuevo que es necesario no atenerse mucho á los flaqueamientos "teóricos" por la artillería; se debe, por el contrario, conservarla, hasta donde sea posible, próxima al camino por el que, en un momento dado, pueda esquivarse rápidamente, al tróte.

Parece que, en tal caso, sería ventajoso poder disponer de más de una batería, porque entonces se estaría en el caso de poder contener, con mejores resultados, el ataque de la infantería; probablemente, se podría prolongar la resistencia. Sin embargo, en la mayor

parte de los casos, la brigada de caballería atacada, no dispondrá más que de la única batería que le está asignada; las circunstancias generales de la retirada indicarán al comandante de la división si deberá hacer concurrir á esa defensa á la batería de la brigada, que se guardó de reserva; lo que, en general, no tendrá razón de ser sino para en tanto que el desfiladero deba de ser guardado con la mayor energía.

La segunda batería serviría, en ese caso, para defender mejor el desfiladero, ó para reforzar directamente á la primera; debería empleársela en una ala, y, en dado caso, en el ala opuesta á aquella en la que se encuentra la otra batería, para tomar de flanco al ataque. Cuando el enemigo toma sus disposiciones para el ataque final, será menester llevar á una posición más á retaguardia á la batería que tenga menores efectos contra los asaltantes: al principio del asalto, la otra batería vendrá á unirse en el mismo sitio.

CAPÍTULO II.

EN EL COMBATE.

En el servicio de seguridad, hemos visto á la división de caballería repartida en un grande espacio, con el objeto, en primer lugar, de buscar al adversario. Despues de haber alcanzado el contacto con el enemigo, ella ha abandonado, más y más, la formación profunda: la hemos visto igualmente converger, á medida que se acercaba más á las principales fuerzas contrarias. Hacíase necesario reunir los diversos miembros de la división, previendo el combate, que cada vez era más inminente: desempeñadas las misiones, hasta entónces, por débiles destacamentos, aquellas exigían el concurso de masas, ora porque el enemigo buscara una decision, ora porque fuese perseguido.

Por las mismas razones, hemos visto á la división de caballería abandonar el despliegue en anchura, en la retirada; pero aquí toma

la formación profunda para no verse obligada á aceptar un combate decisivo.

En ambos casos, bajo la protección de los destacamentos que se encuentran á vanguardia y en contacto con el adversario, es como las fuerzas principales pueden tomar la formación de combate (en líneas), con orden y método, luego que se ha decidido librar una batalla campal. Poco importante es, para nuestras deducciones futuras, que esta disposición provenga de una marcha avanzando, cuando la división persigue al enemigo, ó bien de movimientos hácia atrás, cuando la división se bata en retirada.

I.—ANTES Y DURANTE EL ATAQUE.

Para batirse, la división de caballería se forma en tres líneas, comprendiendo cada línea una brigada; la artillería se coloca en una ala, á retaguardia ó al lado de la primera línea.

Debemos declarar, desde luego, que *para el combate es necesario reunir toda la artillería y agruparla en divisiones*, en oposición á lo que hemos dicho hasta ahora. Si se quiere abrir brecha en las líneas del contrario, en un tiempo estrictamente limitado, para introducir en ellas la perturbacion y las fluctuaciones; si queremos entregar los escuadrones enemigos á nuestra caballería, como botín paralizado y del que es fácil apoderarse, es indispensable la unidad en la dirección del fuego; es indispensable recurrir al tiro bien dirigido de toda una división. Una batería aislada sería incapaz de producir el resultado apetecido; sobre todo, no podría bastar, por sí sola, para el desempeño de las diferentes misiones que tiene á su cargo la artillería, como lo demostraremos más adelante. Sería, pues, falta grave querer hacer operar á la artillería al mismo tiempo en ambas alas; en todo caso, esto tendría como consecuencia el ocultar muy pronto una parte de las baterías en una de las alas, poniéndola en la más completa imposibilidad de tirar. Cuando se divide á la artillería en dos partes, colocando en ambas alas caballería, no solo se diseminan los efectos de las piezas y se perjudica su acción, sino que se hace más difícil la dirección del fuego, llegándose siempre á

estorbar la libertad de movimientos á la caballería; y esto, sin tener en cuenta que al obrar así se distraen grandes fuerzas como sostenes especiales. Mientras más rápidamente se libra un combate, más fugaces y pasajeros son los momentos en que la artillería puede producir su acción, y más necesario se hace agrupar las baterías con el fin de hacerlas producir, *en un momento dado, cuando ménos, su máximum de efecto.*

La dirección según la que deben lanzarse las baterías contra el enemigo, tiene una importancia capital. Llegamos aquí á un punto, respecto del cual nos parece indispensable usar de la más absoluta claridad.

Todo estaria bien si el comandante de la division llegase á disponer de su artillería sin estorbar, en manera alguna, á la caballería, en el empleo que de ella se proponga hacer, y si, además, dicha posición permite á las baterías obrar el mayor tiempo y con el mayor éxito posibles. El general conseguirá perfectamente éstos dos resultados si llega á convencerse bien de que dirige el conjunto de la operación, y de que está mandando dos armas á la vez. Por demás, ociosa nos parece una discusión sobre querer determinar, en cada momento del combate, á cuál de las dos armas deberá considerarse como la principal: esos dos medios de vencer deben pesar de distinta manera en el ánimo del general en jefe; toca al comandante colocarlos en su verdadera posición respectiva; él es quien debe reunirlos de manera que vengan á formar un todo. Así es que tampoco puede decirse que la artillería, al escoger sus posiciones, deba arreglarse por la caballería, ni que ésta tenga que ajustar sus movimientos á los de las baterías.

Los reglamentos de artillería y caballería están de acuerdo en lo concerniente á la elección de la posición: previenen que debe tomarse, "al lado y en el ala de la caballería que esté ménos bien protegida por la disposición del terreno ó de las reservas." La disposición relativa que debe dar el comandante de la division, por lo general, á las dos armas que están bajo sus órdenes, queda así perfectamente determinada; pero lo está ménos expresamente para la artillería que debe siempre, en cualesquiera circunstancias, colocarse *lejos y al lado*, y que sin cesar deberá mantenerse fuera de la dirección que

haya de seguir la caballería, para atacar, tan luego como haya tomado su formación de combate.

Obligando á la artillería á ejecutar movimientos demasiado grandes de flanco, en primer lugar se alarga el camino que tiene que recorrer, y se corre el riesgo de llevarla adonde se encuentre bajo el fuego de las piezas enemigas; además, la puesta en batería se hace más difícil.

Ahora bien, *la táctica de la artillería á caballo debe ser sencilla*, y es esencialmente más sencillo prescribir que la artillería se coloque en el ala de la caballería, que las circunstancias indiquen, y que desde allí *se le lance directamente* contra el enemigo.

Cuando el comandante de la division haya examinado la dirección general que quiera dar á su ataque, cuando haya encontrado favorable el campo de batalla, aprovechará el momento en que su caballería tome la formación de combate para avanzar su artillería hácia el ala de la division que se encuentre ménos á cubierto, por la disposición del terreno, y desde la cual pueda alcanzar, de la manera más eficaz, al enemigo que avance para amenazar su línea de retirada. Luego que quiera pasar al ataque, lanzará desde allí sus baterías *directamente contra el enemigo*: de esta manera se forma una base sólida sobre la que apoya un extremo de su línea de batalla, preparándose al mismo tiempo, en la otra ala, una gran libertad de movimientos. Así procura colocarse en las más favorables condiciones, tanto para la carga propiamente dicha, como para la cooperación de la artillería en el ataque.

El comandante de la division lanza, pues, hácia adelante sus dos primeras líneas, por un movimiento oblicuo, utilizando hábilmente el terreno y procurando envolver el flanco que el adversario oculta á los disparos de su artillería, como lo indica el croquis (fig. núm. 6). Sin embargo, el adversario, previendo el choque que amenaza á su flanco, podrá hacer que sea perfectamente inofensivo por sí mismo, avanzando por su parte directamente al encuentro de las primeras líneas. El comandante de la division obtiene, por este medio, una doble ventaja importantísima: atrae al enemigo bajo el más eficaz fuego de flanco de su artillería, y se oculta igualmente á los

tiros de la artillería del adversario, atrayendo á la caballería contraria y haciéndola que se interponga entre él y las baterías enemigas.

Creemos, pues, que las más de las veces *será más sencillo y más favorable lanzar la artillería directamente contra el enemigo y hacer venir á la caballería, por medio de movimientos hábiles, á la posición relativa conveniente*, que operar en sentido inverso; esto es, lanzar la artillería oblicuamente, primero hácia adelante, para hacer avanzar en seguida á la caballería, en línea recta.

Por lo demas, el principio enunciado en el § 9, pág. 242 del Reglamento de caballería, tomado en su verdadera acepcion y espíritu, no se opone á esta manera de obrar; dice "cuando la artillería escoje su posición un poco adelante, pero sensiblemente al lado de la *base de formación* de la primera línea, el efecto de su fuego se hace sentir todavía en este ataque lejano." Por desgracia, ese párrafo hace suponer tambien que la caballería debe marchar siempre, en línea recta, sobre el enemigo, y que es preciso lanzar á la artillería hácia adelante, por medio de movimientos laterales, considerables.

Todo depende, sin embargo, en realidad, *de la disposición relativa que se dé á las dos armas en el momento en que la primera línea se despliega*, es decir, inmediatamente ántes de pasar al ataque. Se llega tambien al mismo resultado, cuando el comandante de la division sabe hacer uso, de una manera hábil, de la cualidad esencial de la caballería, que es su gran movilidad: puede así lanzar en primer lugar á su artillería directamente hácia adelante y dirigir despues su primera línea, de manera, que su base de formación se encuentre sensiblemente del lado de sus baterías.

Pero ¿no será de temerse que el adversario en un momento dado, se arroje con el grueso de sus fuerzas sobre la artillería? No, porque pagaría cara semejante tentativa; obrando así cometería un gran disparate. En efecto, ántes de llegar á las baterías, se vería cojido de flanco por nuestra primera línea, que le haría experimentar pérdidas sensibles. Por lo demas, si algunos escuadrones se destacasen de la masa para avanzar todavía sobre la artillería, cada vez que lo intentaran, serían puestos en un desórden tal por el fuego de las piezas, que bastarían algunos pelotones de la tercera línea, auxiliados por sostenes especiales, para dispersarlos completamente. He-

chos de guerra demuestran que aún con piezas defectuosas, nada tiene que temer la artillería de un ataque de caballería, dirigido de frente contra las baterías. La última guerra nos suministra nuevos ejemplos, (Wörth y Sedan). Todos los jinetes que no vuelven grupos bajo el fuego de las piezas, se van desparramando á un lado y otro, y algunos caballos, espantados, son los únicos que galopan en los intervalos, sin el menor peligro para las baterías. Esos caballos, así como los pelotones dispersos, que dan vuelta en derredor de los flancos, forman un fácil botín para los sostenes especiales y para la tercera línea. En efecto, en esta faz del combate, mientras que la segunda línea sigue á la primera, desbordándola por una ala, la tercera se mantiene á retaguardia del extremo opuesto, que está del lado de las baterías; allí se apresta para entrar eficazmente en acción por el flanco de la línea general del choque, ó para acudir en auxilio de las baterías amenazadas.

Por lo demas, cierto es que el adversario abandonará este ataque contra la artillería, si bien no por completo, al ménos con sus fuerzas principales, tan pronto como nuestra primera línea aparezca por su flanco. Las masas de caballería son para él una especie de imán, lo atraen con una fuerza irresistible. Es tan grande esta atraccion, que la manera de abordar de uno de los combatientes, obliga siempre al otro á salirle al encuentro de una manera correspondiente; así es que será necesario, ante todo, hacer por llegar á ejercer influencia sobre el enemigo en sus movimientos, por medio de manobras hábiles, creándose, á sus expensas, la más favorable situación para el momento del choque.

Tampoco puede admitirse que continúe el adversario su primer movimiento contra la artillería, con débiles fuerzas, pues de esa manera se debilitaría de un modo muy sensible en el punto en que se libra el combate decisivo.

Sin embargo, el comandante de la division, que dispone sus dos masas de la manera que acabamos de indicar, se prepara, además, bajo otros conceptos, ventajas evidentes. Es muy raro que el campo de batalla se extienda por ambos lados del camino, que recorre la division, y tambien lo es que sea atravesado oblicuamente por ella; por lo general, se le escoje en uno de los lados de la calzada.

Si la artillería se sitúa al otro lado del camino, cubre con los efectos de su fuego, que alcanza muy lejos, al ala que se apoya sobre la calzada; protege, pues, la línea de retirada de una manera enteramente suficiente. Además, domina desde allí tanto al enemigo que aparece en el campo de los ataques que hemos supuesto, como al terreno situado del otro lado del camino.

Querer conservar á las baterías cerca de la calzada, con el fin de poder utilizarla para llegar á la posición, no ofrecería, en realidad, sino una ventaja insignificante; pero en caso de que el combate de caballería tuviese un resultado desgraciado, aquella circunstancia debería tomarse en muy seria consideración. Aumentando la artillería el valor defensivo de los puntos sólidamente apoyados en el camino, garantiza mucho mejor la línea de retirada, que colocándose aisladamente á gran distancia de la calzada. En el caso de un combate desgraciado, la división correría, pues, ménos peligro de verse cortada de su línea de retirada.

Si la dirección según la cual se lanza la artillería ejerce influencia sobre el resultado victorioso del combate de caballería, es casi de la misma importancia *avanzarla en el momento requerido, y esto con la mayor rapidez*. Cuando se quiere obrar por sorpresa, es evidente que es preciso conservar provisionalmente á su artillería á retaguardia, con el objeto de no descubrir demasiado pronto sus proyectos de ataque. Pero sin esto, el comandante de la división tendrá siempre razón haciendo entrar en acción á sus baterías más bien temprano que tarde. Desde el momento en que se decida á atacar, no debe tardar un sólo instante en hacer avanzar sus baterías. Trátase de ganar tiempo; la artillería debe procurar llegar á colocarse en posición, antes que la del adversario, para poder aprovecharse de estar ya colocada en batería, y causarle las mayores y más sensibles pérdidas.

Así, pues, será preciso lanzar la artillería por delante de la división, protegida por sostenes especiales. La distancia que deberá separarla de la caballería, dependerá ménos del terreno que de la que guarde el adversario en el momento en que comience la manobra. Muy de descarse sería que fuesen colocadas las baterías de manera que dominasen, á lo lejos, todo el terreno circunvecino, pu-

diendo tener bajo sus fuegos al enemigo luego que aparece en lontananza. Sin embargo, damos mucha importancia á que de un golpe, avancen lo bastante para que puedan obrar, no sólo hasta el momento del choque de las dos primeras líneas, sino más tarde todavía contra las reservas que se encuentran á retaguardia. Y si fuese menester escojer entre una posición avanzada, desde donde no se pudiera ver bien el campo de batalla, mas que á una distancia de 1,500^m, y otra situada más á retaguardia, pero que dominara hasta 3,000 metros, preferiríamos siempre la primera.

La posición tomada al principio del ataque, muy bien pudiera, á veces, llegar á no tener utilidad, debido á la manera de abordar del contrario; en tal caso, sería menester tomar en el acto una segunda posición, según los movimientos efectuados por una y otra parte, porque la artillería siempre debe ajustar sus movimientos á los de su caballería. Cuando los dos antagonistas se atraen en una dirección distinta de la que se previó al principio, las artillerías deben moverse, en consecuencia, sobre el flanco de su caballería. Porque siempre se trata de colocar ambas armas en una situación conveniente, la una respecto de la otra, para el momento del choque. Pero es cosa bien entendida, que la artillería no deberá tomar una segunda posición sino cuando el adversario contrarie con movimientos hábiles los proyectos del comandante de la división, haciendo así inservible la primera posición que se escojió.

Así es que el comandante de la división debe tener siempre como regla general, hacer avanzar á su artillería lo más cerca posible del enemigo, sin que por esto deje de cuidarse de no hacerla avanzar demasiado lejos. Es preciso que esté siempre en aptitud de llegar á la altura de sus baterías, antes que el adversario. Por los avisos que haya recibido, así como por la polvareda que dibuja los movimientos de la caballería, puede reconocer y apreciar, aproximativamente, la distancia que le separa de las fuerzas principales del adversario; en vista de estas indicaciones, prescribe, por orden expresa, dada al comandante de la artillería, hasta donde debe avanzar éste último al encuentro del enemigo. Porque el comandante de la división no deja de ser el responsable para con el primer jefe

del empleo táctico racional de las tropas que tiene á sus órdenes; es responsable, sobre todo, de la primera disposicion que les dé.

Lanzar á las baterías á *medio camino* del enemigo, sería hacerlas avanzar muy léjos, y al mismo tiempo muy peligroso; pero sí debe procurarse hacer que avancen á *dos terceras partes*, poco más ó ménos, de la distancia que separe á ambos adversarios. Si al principio las dos primeras líneas se encuentran á unos 2,000 metros, una de la otra, podrá hacerse avanzar á la artillería á 600 ó 700 metros. Cuando los dos adversarios se aborden con igual rapidez, las baterías se encontrarán todavía á 300 ó 400 metros más atras de las primeras líneas, en el momento del choque; consiguientemente, se encontrarán muy bien colocadas para asegurar el ataque.

Admitiendo que el adversario tenga igualmente la idea de lanzar sus baterías á 600 ó 700 metros adelante, al principio del combate de caballería, las dos artillerías se encontrarían á 400 ó 600 metros una de la otra. Sin embargo, no es posible acercarse tanto á una artillería en posicion, sin cañonearla de antemano: esta consideracion sola prueba cuán importante es para el comandante de la division hacer avanzar su artillería inmediatamente, con la rapidez del relámpago, luego que se ha decidido á atacar. Se anticipa así á la artillería enemiga, la obliga á ponerse en batería á una gran distancia, estorbándole, por consiguiente, que tome una parte tan eficaz en el combate de caballería como su propia artillería.

Ya hemos hecho notar que por lo general, la artillería no tomará *mas que una sola posicion*, y que no podrá tratarse seriamente de cambiarla de lugar en los combates de caballería que tienen un desenlace tan violento. Sin embargo, hemos oido sostener á menudo que las baterías deberán ocupar siempre dos posiciones sucesivas. Estos cambios de lugar no son admisibles sino cuando se trate de atacar á infantería: la distancia hasta el enemigo es muy grande al principio de esos ataques; y, sobre todo, será muy ventajoso ocupar una segunda posicion, porque esas distancias no se habrán disminuído como acontece en el combate de caballería, por la circunstancia de que el adversario sale al encuentro de su contendiente con la misma violencia que éste avanza. Pero los que quieren que las baterías tomen dos posiciones en un verdadero combate de caballería,

nos parece que no se hacen bien cargo de lo que deben significar esas dos posiciones. Si por eso entienden aquellos casos excepcionales que provienen de que los escuadrones enemigos han cargado en otra direccion, tienen razon: en ciertas circunstancias, aún será necesario á veces ocupar las dos posiciones. Si no, no puede tratarse de hacer tomar esas dos posiciones á las baterías, á no ser contando en ese número el lugar ocupado antes del combate de la caballería propiamente dicho; es decir, la posicion que toma la artillería para reforzar los ataques de las vanguardias ó retaguardias. Podría suceder también que fuese absolutamente necesaria una segunda posicion para cubrir el despliegue de la division de caballería; pero aún cuando á ese prelude debiera seguir inmediatamente el ataque mismo, nunca debe ser confundido con el combate verdadero de caballería. Absolutamente se trata aquí mas que de la posicion tomada en el momento en que la division de caballería se arroja sobre el objetivo del ataque; ora provenga ese combate de una lucha de vanguardia ó de retaguardia, lo cual importa muy poco, pues en nada cambia las condiciones del combate propiamente dicho.

Ya sea que una parte ó aún toda la artillería, se encuentre ya avanzada en el momento en que la division de caballería toma su formacion de combate, ya sea que las baterías se mantengan inactivas en uno de los extremos de la primera línea, siempre y en todos los casos, el comandante de la division *deberá, primeramente, situar á su artillería de una manera conveniente, lanzándola en seguida contra el objetivo del ataque.* Esta última posicion es la única que ha sido objeto de nuestras consideraciones, y como regla general, no puede tratarse más tarde sino de un cambio de posicion, siempre que no se quiera perder un tiempo preciosísimo. Veamos ahora, cómo debe obrar la artillería *durante el ataque.*

El comandante de la division le da su primera disposicion; todas las medidas que deban tomarse despues, incumben á la iniciativa particular del comandante del grupo divisionario, porque el general de division se encuentra muy adelante, y de tal manera ocupado con el mando de la caballería, que es muy raro pueda seguir comunicando órdenes á las baterías. Hasta sería perfectamente inútil que quisiera hacer saber á la artillería el tiempo que ha de trascurrir

todavía antes de que se verifique el encuentro con el adversario. Desde luego, esto no depende únicamente de él, sino esencialmente del enemigo. Por lo demás, al comandante de un grupo divisionario para nada sirve semejante comunicación. Debe conocer la velocidad de los movimientos de la caballería; seguirá, pues, con sostenida atención las evoluciones de sus escuadrones, y, sobre todo, las de la caballería enemiga, á fin de que no llegue á desperdiciarse cualquier momento de entrar en acción con éxito.

Su misión consiste primeramente en apagar los fuegos de la artillería que el adversario deja ver al principio; pero tan luego como la caballería enemiga aparece, emprende sin tardanza batirla con el mayor número posible de piezas. Con tal objeto, de lo que trata, ante todo, es de desorganizar la primera línea contraria, y para ello es preciso que opere únicamente contra dicha línea, hasta que llegue el momento inmediatamente anterior á su encuentro con nuestra primera línea. Solamente en el momento de este choque es cuando debe dirigirse el fuego contra las líneas que vienen detrás; pero se continuará operando contra estas últimas cuando las primeras líneas se encuentren ya empeñadas. Si las dos armas han sido colocadas en posiciones convenientes la una respecto de la otra, si la artillería se encuentra, por consiguiente, suficientemente á retaguardia y de una manera sensible del lado de la línea principal de los choques, podrá, sin temor, cañonear las reservas del adversario durante la carga, sin correr el riesgo de verse arrastrada al torbellino. Esto es lo que hace resaltar perfectamente cuán grande importancia debe darse á no cambiar de posición una vez que se ha elegido, y sobre todo, que se ha elegido bien.

El reglamento de caballería dice en su página 243: "en tales posiciones, la artillería podrá desplegarse en batalla y esperar el resultado del combate de caballería." No está, pues, prevenido como regla absoluta que la artillería se desplegue en batalla; y aún somos de opinión que siempre deberá guardarse la artillería de traer demasiado pronto sus avantrenes. En tanto que pueda obrar sobre las últimas líneas; en tanto que pueda oponerse sin cambiar de posición, á las tentativas del adversario que quisiera envolver el ala de la caballería apoyada en las baterías, (aún cuando esta última

suposición no pudiera realizarse por el momento), el despliegue en batalla de todas las baterías sería una falta. Tiempo de sobra hay para hacerlo cuando la tercera línea, que se mantiene poco más ó menos á la misma altura que la artillería, haga cargar á sus últimos escuadrones. Lo que realmente pone en peligro las baterías son las reservas del adversario. Nada temibles son mientras que su atención está fija en el combate que delante de ellas se desarrolla, mientras que la lucha no está decidida. Ahora bien, en el caso en que se destacasen algunos escuadrones de la tercera línea enemiga para echarse sobre la artillería, es por demás evidente que tendrían que fracasar en su empresa si fueran recibidos por piezas que estuvieran todavía en batería, y si partidas de nuestra tercera línea cayeran sobre ellos en seguida.

Así es que no podemos aprobar que toda la artillería se desplegue en batalla, sino cuando no tenga ya probabilidades de poder intervenir en el combate de caballería sin cambiar de posición.

Pero podríamos preguntarnos si no sería prudente enganchar los avantrenes á una de las baterías cuando éstas no pueden ya obrar contra la primera línea; esto es, *luego que las dos primeras líneas se encuentran empeñadas en el combate*. Esta es una cuestión distinta: la batería del ala exterior, desplegándose entonces en batalla y esperando el resultado del combate, se encontraría en una situación particularmente favorable, dado caso que el ataque se lograra; se podría lanzarla inmediatamente hacia adelante, con el fin de asegurar la persecución. (1) Y si por desgracia el combate tomase otro sesgo que aquel que se esperaba; si mientras que aquella batería avanza nos viéramos obligados á retroceder sin haber hecho nada, la retirada podría operarse perfectamente bajo la protección de las dos baterías que permanecieron en sus puestos. Por el contrario, si el ataque fracasara la batería en batalla volvería grupos inmediatamente, poniéndose en acción en el mismo lugar en que se encuentra.

La manera de obrar que precede no tendrá sino ventajas las más de las veces; sin embargo, deberíamos evitar el desplegarse en bata-

[1] Se obrará de la misma manera en los ejercicios de tiempo de paz; así se librará uno del reproche de llegar demasiado tarde para poder sostener la persecución.—[Nota del autor].

lla en donde sería un absurdo hacerlo; por ejemplo, en presencia de las baterías enemigas.

II.—DESPUES DE UN ATAQUE LOGRADO.

Cuando entre las tropas lanzadas al combate se nota un impulso general hacia el lado del enemigo, es un indicio de que el combate comienza á inclinarse en nuestro favor. Y si la presión se hiciere más fuerte, bien podrían las masas refluir en una dirección que pase oblicuamente delante del lugar ocupado por nuestras baterías.

Cuando se haya dirigido el ataque como lo indica el croquis de la figura 6, en caso de buen resultado, siempre será arrollado el enemigo en una dirección que pase oblicuamente delante de la posición ocupada por la artillería. Las baterías que todavía se encuentran en acción pueden, pues, obrar, en su posición, contra el ataque feliz, impidiendo la reunión de los escuadrones arrollados del adversario. Esta es una razón más para que debemos abstenernos de poner en batalla demasiado pronto toda la artillería.

Por lo contrario, si la caballería enemiga toma una dirección que no permita á las baterías obrar desde la posición que ocupan, es llegado el momento de que avance toda la artillería. Trátase entonces de ganar espacio, avanzando de la manera más violenta, con el objeto de llegar á ocupar una posición de flanco desde donde pueda impedirse al enemigo rehacerse, así como para romper la resistencia de los escuadrones de filas compactas que pudieran intentar todavía resistir á las subdivisiones lanzadas en la persecución.

Para tal efecto, se podría lanzar inmediatamente á la batería que se encuentre ya en batalla; en todo caso, es preciso avanzar una batería cuando menos á la altura de nuestra caballería; las demás deberán ir á incorporársele, en el mismo lugar, lo más pronto posible.

La artillería acompaña y apoya siempre en escalones á la fuerza encargada de la persecución; la batería más cercana del combate continúa haciendo fuego, mientras que las otras dos procuran llegar al flanco de la caballería enemiga, ejecutando movimientos de frente y de flanco. Toca también á la artillería mantener en movimien-

to la retirada, avanzando por escalones con la caballería lanzada en la persecución; su misión es transformar aquella retirada en derrota, cuando el adversario es arrojado á un desfiladero por el que tiene que pasar bajo el fuego de las baterías. El comandante del grupo no debe esperar órdenes para esto; ahora, como en todos los demás momentos fugaces del combate de caballería, es preciso exigir que entre en acción por sí mismo y por su propia iniciativa.

III.—EN UN ATAQUE QUE FRACASA.

Hemos dicho que hay que usar de la mayor sencillez en el empleo de la artillería á caballo, en el campo de batalla; solo por este motivo sería menester ya hacerla permanecer en su posición, en caso de un ataque desgraciado. Por lo demás, no siempre es fácil reconocer si en el último momento no ocurrirá un cambio feliz en la situación del combate; así es que la prudencia exige (así en este caso como en el precedente), que la artillería continúe obrando en la posición que ocupe hasta que las circunstancias se hayan dibujado netamente en uno ó en otro sentido, obligándola á abandonar la posición que ocupó desde el principio.

Además, las prescripciones tácticas que quieren que la artillería se conserve en posición, de una manera sólida, en caso de un ataque desgraciado, están de acuerdo con la regla precedente. En todo caso, sería una falta tratar de llevarse la artillería hacia atrás luego que se hiciese sentir la presión en un combate de caballería, siguiendo una dirección que indicara un resultado desfavorable del ataque. Precisamente sería privar á la caballería de su sosten esencial en uno de los más críticos momentos; sería quitarle la esperanza de poder transformar todavía un ataque abortado en una lucha indecisa. Es, quizá, el único medio de impedir una catástrofe. Podría acontecer que interviniendo á tiempo la artillería con su fuego, pudiera desempeñar todavía á sus propias tropas, proporcionándoles un respiro para reunirse detrás de los escuadrones todavía intactos de la tercera línea y manteniendo en jaque á escuadrones enteros del adversario, que no podrían lanzarse á perseguirlas.

Sin embargo, no todo esto puede hacerse con algunas probabilidades de éxito, á no ser que la artillería se encuentre aún en su primera posición, quiere decir, que aún no haya sido llevada á retaguardia.

En efecto, luego que el enemigo emprende la persecucion cae bajo el fuego enfilado, efficacísimo de nuestras baterías, y puede verse obligado á abandonar ese movimiento apenas lo haya comenzado. Sin embargo, no es en el momento en que la caballería echa mano de sus últimos recursos cuando debemos pensar en salvar nuestras baterías. Nuestra arma, en semejantes momentos, nunca debe pensar en sustraerse de los mayores peligros; debe, siempre que se ofrezca, sostenerse de una manera inquebrantable, aún cuando tuviera que sucumbir, porque sucumbiría gloriosamente: quizá llegue, con su intervencion, á desviar las tristes consecuencias de una derrota, derrota en la que ella misma se vería arrastrada.

Los escuadrones de la caballería enemiga, lanzados á la pelea no son de temerse en el caso de un ataque desgraciado, porque emplean su tiempo en reunirse; pero las subdivisiones que el adversario tiene en reserva, en formación compacta, sí son peligrosas; de manera que contra éstas debe operar exclusivamente la artillería.

Las baterías entran en acción bajo las más desfavorables condiciones cuando su caballería es rechazada en la dirección de las piezas. En semejante caso no hay más que una esperanza de salvacion, y es que la artillería dispare al acaso sobre la masa que se precipita sobre ella. Triste es, á no dudarlo, tener que llegar al extremo de disparar sobre sus propias tropas al mismo tiempo que sobre las del enemigo; pero en este caso el instinto de la conservacion debe dominar á todas las demas consideraciones. Obrando así, todavía se conserva la débil esperanza de poder distinguir en aquella masa á nuestros propios soldados y á los del enemigo, obligando á éste á abandonar la empresa, ó cuando ménos á hacer alto. Ningun otro medio podrá dar estos resultados.

Así, pues, cuando el ataque no se logra, vemos que la artillería debe sostenerse aún en la posición que desde el origen ocupó de una manera inquebrantable. Sin embargo, debemos exceptuar el caso que señalamos al fin de nuestras consideraciones sobre el ataque, en

el que no teniendo ya las baterías absolutamente esperanza de poder intervenir en la lucha, se forman en batalla y esperan el resultado del combate. En ese caso, es evidente que la artillería debe retirarse en el acto á una posición de socorro, tan luego como se vea claramente que el resultado del combate ha de ser desgraciado. En caso contrario, puede esperarse todavía para llevar las baterías más atras á que se trate realmente de la retirada de la division de caballería. Para cubrir la retirada, la artillería la opera por escalones; pero el comandante de la division tendrá cuidado cada vez que se le presente la ocasion, de hacer saber al jefe del grupo que la retirada va á comenzar; porque es dudoso que el comandante de la artillería pueda hacerse cargo siempre de la situación general del combate, de una manera suficiente para poder emprender la retirada con oportunidad.

Por lo demas, la retirada por escalones se verifica de la manera siguiente: se retiran las baterías más cercanas del lugar de la pelea, procuran llegar á una posición de socorro desde la que puedan sostener á la caballería arrollada. La batería del ala exterior se queda, por el contrario, en su lugar; procura asegurar la retirada de la caballería, combinando su fuego con las pequeñas vueltas ofensivas de los escuadrones intactos todavía de la tercera línea: produce así paradas en la persecucion del enemigo y se aprovecha de la ocasion para replegarse cerca de las baterías que ya están en posición.

La artillería detiene al enemigo en la persecucion con mejor resultado cuando logra cogerlo de flanco: para estar seguros de obtener este resultado, deben esforzarse nuestros escuadrones en atraer á la caballería contraria en una dirección que pase oblicuamente por delante del sitio ocupado por las baterías.

Cuando la division de caballería tenga que atravesar un desfiladero situado á su retaguardia, la artillería encuentra siempre ocasion para salvarlo rápidamente, al ménos con un escalon; toma entonces posición más acá del obstáculo y contiene la persecucion, cogiéndola de flanco, lo cual permite á la caballería pasar el desfiladero con toda seguridad. En ciertas situaciones críticas, será indispensable algunas veces, dejar un escalon más allá del desfiladero, para procurar salvar á la caballería, cueste lo que costare. Particu-

lamente cuando el terreno no presenta más acá del obstáculo lugares favorables para las baterías, es cuando deben tomarse estas disposiciones.

SECCION SEGUNDA.

DEBERES DEL COMANDANTE DE LA ARTILLERÍA.

Podríamos remitir al lector, de una manera general, á la primera parte de estos estudios; sin embargo, nos parece necesario mencionar las diferencias que resultan de la naturaleza y de las propiedades particulares del combate de caballería.

I.—CONDUCTA QUE DEBE OBSERVAR EN GENERAL EL COMANDANTE DE LA ARTILLERÍA.

El comandante de la artillería, en una division de caballería, tiene necesidad de mayor independencia que en una division de infantería; en el curso del servicio de seguridad, la libertad de movimientos es ménos necesaria, pero en el combate propiamente dicho, es indispensable. En efecto, una vez que la artillería está dispuesta para el combate, queda abandonada á sí misma; sean cuales fueren las medidas tomadas por el comandante de la division, debe guardar la disposicion relativa que le fué dada con respecto á la caballería y no debe esperar órdenes particulares para ello. El principio, que quiere que cada arma obre en el combate exclusivamente segun las órdenes del comandante en jefe, no puede ser seguido de una

manera rigurosa en este caso. El curso del combate de caballería sufre cambios á cada momento y coloca al comandante de la division en la imposibilidad de comunicar las órdenes necesarias. Así es que muy á menudo se verá el comandante de la artillería en la necesidad de tomar parte en el combate por sí solo y siguiendo sus propias inspiraciones. Por consiguiente, debe estar perfectamente familiarizado con las formaciones reglamentarias de una division de caballería y con las reglas admitidas para el empleo de la misma. La disposicion de las líneas, la una en relacion con la otra, sus distancias, sus formaciones, sus misiones principales en el combate, deben serle cosas perfectamente conocidas. Los minutos, que vuelan, deben ser utilizados; necesita un golpe de vista muy penetrante, una direccion resuelta y pronta, en una palabra, dotes militares extraordinarios y mucha costumbre para poder hacer frente á todas las exigencias. Colocándonos bajo este punto de vista, fácil es reconocer la necesidad de que el mando de esa artillería sea confiado á un oficial superior; ni siquiera deberíamos hacer esta indicacion, pero encontramos á menudo gentes que estiman que todas esas cualidades son supérfluas, y por eso insistimos en ello. Los que precorizan estas ideas, olvidan seguramente que los comandantes de batería están siempre más ó ménos ligados á la que tienen á su cargo; están de tal manera absortos por los detalles, entre otros por la direccion técnica del fuego, que les es imposible tener presente las relaciones tácticas de las armas entre sí. Y sin embargo, el curso de los combates de caballería, que cambia sin cesar, exige imperiosamente que el comandante de la artillería no se olvide de esas variadas relaciones. Entregando la direccion táctica en manos de un jefe de grupo experimentado, descargándose los comandantes de batería de este cuidado, el conjunto de la division ganará con ello, y se habrá prestado un servicio á la vez á la causa táctica y á la causa técnica, mucho mayor que haciendo gravitar todo solo sobre los comandantes de batería.

Sin embargo, de desearse es que la *primera colocacion* de la artillería la haga el comandante de la division, que él sea quien dé al jefe del grupo divisionario las órdenes concernientes; por lo demas, este último se encuentra á su lado al principiar el combate, porque

deben reconocer juntos tanto al enemigo como al terreno. El comandante de grupo toma en seguida y personalmente el mando de sus baterías, las coloca en posición, y mientras no le son comunicadas órdenes particulares, dirige por sí mismo su acción en el combate que se desarrolla delante de él.

De preferencia se mantendrá adelante del ala de la batería más cercana de la caballería, con el objeto de no perder nada de lo que pueda pasar en aquel lugar. El comandante del grupo debe tener especialísimo cuidado en hacer reconocer, por medio de sus subordinados, el terreno, tanto á vanguardia como á retaguardia de la posición; será también prudente llamar la atención de esos mismos subordinados sobre los medios más á propósito para garantir á la posición contra ataques inesperados. No es posible admitir que abandone exclusivamente este cuidado á los sostenes especiales.

II.—ELECCION DE LA POSICION.

La elección de la posición se hace por lo general con mayor sencillez que en el combate de infantería, lo cual es una fortuna porque en la artillería y en esos momentos, no se tiene tiempo para reflexionar. En primer lugar, deben abolirse los largos combates de artillería; los de fusilería, siendo de temerse, raras veces permiten poder escoger la posición únicamente bajo el punto de vista de los efectos más favorables que puedan obtenerse sin preocuparse de los abrigos ó cubiertas. Trátase principalmente de procurarse un campo de tiro libre y muy extenso contra la caballería enemiga; todas las precauciones que tiendan á buscar abrigos directos contra el tiro de la artillería contraria, deben ser relegadas á un segundo término; así es que las alturas ó elevaciones serán los sitios más favorables, principalmente aquellos que permitan dominar el terreno tanto por el frente como por las dos alas de la posición. Por otra parte, el sitio no está reducido en este caso (como en los combates de infantería), por la inmediación de las demás tropas; tampoco debemos afanarnos en evitar atraer nuestra propia caballería á las líneas de tiro del adversario. El comandante de la división previene

estos accidentes, dando á su artillería un primer sitio conveniente, y prescribiendo á su caballería movimientos conformes con aquella disposición.

Después de un ataque logrado ó de un ataque desgraciado, no debe ser motivo de inquietud la elección de una posición; en esos casos todo sitio es bueno con tal de que se pueda causar desde él, mal al enemigo.

III.—MARCHA HACIA LA POSICION Y PUESTA EN BATERIA.

En general, nos referimos á todo lo que queda dicho con anterioridad; agregaremos, sin embargo, algunas consideraciones sobre el combate de la división de caballería.

Cuando ésta se forma en tres líneas, ya hemos visto que se colocaba á la artillería al lado ó detrás de uno de los extremos de la primera línea, en caso que no se encontrara ya comprometida en un combate anterior. Se forma en masa de columnas con el fin de poder hacer uso de los movimientos más sencillos tan pronto como avanza para preludiar el combate. Rompiendo "de dos en fondo, á derecha é izquierda" (1) adquiere lateralmente para la caballería el espacio necesario para su despliegue; hace en seguida una marcha de frente, al galope "en columnas de baterías;" finalmente se forma en línea después de haber tomado una dirección conveniente. Como es de la mayor importancia no perder tiempo cuando se va á tomar posición, todos los movimientos deben hacerse prontamente y al paso más rápido de los caballos. Para eso es indispensable que exista la más perfecta inteligencia entre el jefe de grupo y sus comandantes de batería; éstos deben estar habituados á comprender pronto y de una manera exacta, las menores señales del jefe de grupo que se lanza adelante; principalmente es preciso que hagan eje-

[1] Los alemanes han admitido, en su Reglamento de 1877, un intervalo reducido, tipo de cinco pasos, de eje á eje; dos piezas que deban marchar guardando ese intervalo se dice que rompen de dos en fondo, avanzando, á derecha é izquierda, como en la caballería.—N. T.

Romper por secciones al frente por la derecha ó por la izquierda con intervalos de cinco pasos.—Táctica Mexicana.

cutar en el instante los cambios que fueren necesarios para la direccion.

Ocurre preguntar si habria ventaja, en un combate de caballeria, colocando las tres baterias en una sola y misma linea.

Ya hemos hecho observar que la artilleria está ménos oprimida en su posicion con la proximidad de las otras tropas que en un combate de infanteria; así es que perfectamente podría tomar mayores intervalos y una formacion en escalones. Sin embargo, no es tanto con el objeto de facilitar la observacion de los tiros, para lo que deben adoptarse estas disposiciones; son, por el contrario, consideraciones puramente tácticas las que las hacen adoptar. Hasta podría suceder que llegase á hacerse difícil la observacion de los tiros y que tuviesen que formarse los escalones de manera que atrajesen todo el humo precisamente delante de las baterias que se encuentren á sotavento.

Cuando nos hacemos cargo completo de la celeridad con que hay que desenganchar las cureñas, para seguir á cañonazos á la caballeria enemiga en sus movimientos rápidos, cuando se reconoce la necesidad de imprimir á las piezas direcciones de tiro más y más oblicuas, á medida que esa caballeria se acerca, se adquiere la conviccion de que las piezas acabarían por estorbarse las unas á las otras, si se colocaran las baterias en una misma base de formacion. Con el objeto de evitar este inconveniente se prescribirá á las baterias que tomen posicion por escalones, solo que no se les permitirá otra disposicion que la que indica el croquis de la fig. núm. 6.

Cuando las baterias que se encuentran hácia el ala exterior se sitúan adelante de la que ocupa el flanco interior, cada bateria, separadamente, tiene la seguridad de poder seguir al enemigo á cañonazos, ejecutando simples cambios de frente sucesivos sobre las piezas del centro, (1) y es seguro que ni una sola bateria de las empuñadas en el fuego estorbará á su inmediata.

[1] El § 92 del Reglamento de 1877 da los medios para ejecutar, á brazo, los cambios de frente de una bateria sobre una pieza del centro: el comandante hace colocar esta pieza (la segunda ó quinta en una bateria bajo el pié de guerra), en la nueva direccion, y da la voz "sobre la segunda pieza alinearse." Las demas piezas son llevadas, á brazos, hácia adelante ó hácia atras, sobre aquella nueva base de formacion; los avantrenes vuelven á ocupar sus distancias detras de las piezas en la direccion del nuevo objeto por batir.—N. T.

La ventaja de esta disposicion se evidencia aún más si suponemos que en el momento de la carga, escuadrones enemigos se destacaran de la masa sobre las baterias. En efecto, esos escuadrones ya no llegarán á los flancos sino al frente de la posicion que se ha modificado entretanto; por consiguiente, serán mucho menores sus probabilidades de obtener un feliz resultado de su ataque. En una palabra, la formacion de las baterias en escalones, formacion que se verifica sin la menor dificultad, nos parece de tal manera preferible, que creemos poder proponerla como *formacion normal* para el combate de caballeria. Es, pues, indispensable, que el comandante del grupo divisionario habitúe á sus baterias á ella. (Fig. núm. 7).

Si en el momento de tomar los intervalos para formarse en lineas de columnas de bateria tiene cuidado de prescribir intervalos mayores que los normales, y si emplea siempre esta orden como advertencia esencial para la formacion en escalones, le bastará mandar un ayudante para que prevenga á la bateria del ala que deba ejecutar primeramente la orden, poniéndose de acuerdo sencillamente sobre una seña convenida que deberá hacer el jefe de grupo. Los otros dos comandantes de bateria saben que deben rebasar á la bateria inmediata en una cantidad proporcional á aquella cuyo intervalo ha sido aumentado.

Si se quisieran llevar las baterias separadamente, una despues de otra al combate, no se ganaría tiempo comparativamente con el movimiento prescrito más arriba; por lo mismo no es conveniente recurrir á esta manera de desplegarse, sino en circunstancias en las que debido á otras razones se vea uno obligado á desplegar el grupo apoyándose en la cabeza de la columna.

El despliegue de la masa de columnas exigiria incomparablemente más tiempo si no se lanzara la artilleria en linea recta, y si debiese llevarse muy lejos por el lado de la primera linea. Se utiliza la media columna, columna por medias baterias para ganar espacio tanto hácia adelante como lateralmente; pero el reglamento no admite esta formacion sino partiendo ora de la linea enteramente desplegada, ora de la columna por secciones. (1) Así es que sería

[1] En los movimientos de la division de caballeria formada en tres lineas, el grupo divisionario marcha en masa de columnas, á retaguardia de la primera linea; los medios cuar-

menester, ó bien romper la masa en columna por secciones, llevándola muy lejos por el lado, con movimientos de flanco, para los que se necesita mucho tiempo, á fin de llevarla así por la direccion requerida, de manera que se pueda formar al fin en línea; ó bien se deberá, primeramente, poner en movimiento á la masa, haciéndola cambiar de direccion en seguida y dirigiéndola paralelamente á la posicion que deba ocuparse, para llegar á formarse en línea por un despliegue sucesivo de las columnas de flanco.

Cuando una division á caballo debe cambiar de posicion, es evidente que el movimiento no se hace por escalones, sino cuando una parte de las baterías puede todavía continuar su accion en la posicion ocupada, es decir, cuando no toda la artillería necesita ser avanzada ó retrocedida al mismo tiempo. Ya hemos dicho con anterioridad que en los cambios de posicion (avanzando) por escalones, las baterías más lejanas del campo del ataque, son las que comienzan el movimiento; lo contrario sucede en la retirada, pues entónces son las más cercanas las que forman el primer escalon, para no estorbar en su fuego á la batería que se queda en posicion. No hay para qué agregar que debe emplearse mayor celeridad todavía, en los cambios de posicion, para los combates de caballería que para los de infantería. A todo trance deberá evitarse cualquier rodeo.

IV.—EFECTOS DE LAS PIEZAS.

En los combates de caballería, la granada será el proyectil por excelencia; por lo contrario, el tiro con shrapnels se empleará mucho ménos, por una razon muy sencilla y es que no deberá usarse de estos proyectiles sino para apagar los fuegos de la artillería enemiga. Contra objetos que se muevan con rapidez (como los hay en los combates de caballería), el tiro de shrapnel es demasiado com-

tos de conversion por secciones son indispensables para poder seguir los movimientos de la caballería, cuando oblicua á derecha ó izquierda, en media columna. Por mitades á la derecha ó mitades á la izquierda por piezas, no se saldría del paso, porque despues de dos semiconversiones de la division en la misma direccion, se encontraría uno en una formacion imposible.—N. T.

plicado; ademas, es en extremo difícil seguir á esos objetos con disparos de estos proyectiles; finalmente, las demoras, incomparablemente largas, que esa clase de carga introduce en el fuego, son absolutamente incompatibles con toda rapidez en el tiro. Pero precisamente en los combates de caballería los momentos de obrar pasan con extrema rapidez, y á menudo habrá necesidad de recurrir al tiro rápido. Ademas, el efecto moral que se produce aboga aún en favor de la granada. Las granadas que hieren á los jinetes, ó que caen adelante de los escuadrones, dispersan sus filas con infernales detonaciones; impiden la reunion de los grupos y ejercen una accion moral mucho mayor que las balas de shrapnel, que despacha á su víctima sin ruido.

Los blancos que se mueven con gran rapidez, exigen prontitud suma en el servicio de las piezas; y es por demas natural que la precipitacion inseparable á esa celeridad produzca, forzosamente, errores en la carga. Ahora bien, esos errores son mucho más perjudiciales para los efectos del shrapnel que para los de la granada. Por lo demas, es cierto que esas causas de error llegan á ser tanto mayores, cuanto más cerca se aproxima la caballería enemiga y más animados están los sirvientes de las piezas. Miéntras menor sea la distancia á que se encuentre el enemigo, menores serán las pérdidas que se sufran en los efectos de las granadas: la trayectoria de éstas es de tal manera arrasante en las pequeñas distancias, el espacio peligroso es tan grande, que los disparos que se hagan, aún de una manera completamente viciosa y precipitada, producirán efecto todavía.

Cuando se vean amenazadas las baterías de un ataque directo, podrán recurrir, y entónces con ventaja, al fuego de shrapnels, ó al de botes de metralla. Las experiencias de la última guerra son de lo más concluyentes á este respecto: en Woerth y en Sedan la caballería francesa fué derrotada por nuestros fuegos de metralla.

V.—DIRECCION DEL FUEGO.

El comandante de una division á caballo tiene un doble problema que resolver con sus baterías, al principio y en el curso de un combate de caballería. No se trata únicamente de bastar á una mision, la más importante, que consiste en desbaratar los escuadrones enemigos, sino que debe igualmente desviar de su caballería el fuego de las piezas contrarias.

Al principio, solo la artillería enemiga está visible; es evidente que forma el único y exclusivo blanco que hay que batir. A todo trance es preciso apagar sus fuegos, y esto debe hacerse con rapidez: la regulacion del tiro no deberá exigir sino muy poco tiempo. Cuando se quiera hacer cargar las piezas, antes de ir á ocupar la primera posicion, será menester vigilar con el mayor cuidado y atencion la colocacion de la cuña de seguridad.

Para regular un tiro con prontitud, la manivela es de un uso muy oportuno. Se comprenderá el blanco, es decir, la artillería enemiga en una alza estrecha con el auxilio de la ciguiñuela; una vez cargadas las piezas, se ejecutará un tiro rapidísimo á la distancias más corta que dé esta alza. Sin embargo, antes de dar la voz de mando para ese fuego rápido, y á fin de no tener interrupciones en el servicio, así como para evitar toda demora, se dará de antemano la orden de pasar al tiro de shrapnels; al recibir esta orden, todas las piezas cargarán con estos proyectiles, disminuyendo unos cincuenta metros la menor distancia que acuse el alza. Se fija esta disminucion de cincuenta metros, para tener en cuenta la dispersion de los cascotes en que se dividan y con el fin de hacer hasta donde sea posible, que los proyectiles vayan á reventar delante del blanco. Es raro que por mucho tiempo se continúe este tiro; los combates de artillería, de larga duracion, no deben comprenderse aquí; casi siempre no se trata más que de apagar rápidamente y por un momento, el fuego de la artillería enemiga, con el objeto de economizar pérdidas serias á la caballería que avanza.

Pero cuando el enemigo deja ver su caballería, es preciso antes que otra cosa, desbaratarla. Será menester, sin demora, dirigir con-

tra aquella los fuegos del mayor número posible de piezas. Con tal fin, se dispararán rápidamente contra la artillería los shrapnels que pudieran quedar todavía en las piezas y se continuará inmediatamente el fuego con granadas. En ese momento del combate, se desearía poder dirigir los fuegos de todas las piezas únicamente contra la caballería, dejando, por consiguiente, á la artillería enemiga sin ocupacion. Sin embargo, es preciso considerar si las ventajas que se obtengan, aumentando los efectos contra la caballería, serán mayores que los inconvenientes que resulten de que la artillería contraria quede libre para obrar á su antojo contra nuestra caballería. La superioridad que las baterías procuran dar á su caballería, obrando así, bien pudiera compensarse por los efectos semejantes que le harán sentir las piezas enemigas. Si, contrariamente á esta suposicion, se hace callar al mismo tiempo la artillería contraria, preserva uno á su caballería de verse dispersada á poco, le asegura la ventaja de poder arrojarse con todos sus elementos sobre un enemigo tal vez un poco menos desmoralizado; pero, en fin, se le presta así uno de los mayores servicios. Estas dos misiones que tiene impuestas la artillería, deben marchar de consuno. La mision esencial consiste en desbaratar á los escuadrones enemigos, pero no por eso debe descuidarse la segunda, que es hacer callar á las piezas contrarias. Estas consideraciones prueban de nuevo *que es necesario asignar tres baterías á una division de caballería, para el combate*. La mision secundaria puede ser confiada á una sola batería; la solucion de la cuestion principal debe exigir necesariamente el concurso de dos baterías. Jamas podrá bastar una sola á esta doble mision, y quizá aún dos baterías no podrían resolver ambos problemas sino de una manera muy incompleta.

De las tres baterías, la que se encuentre en el ala exterior deberá continuar su fuego de shrapnels contra la artillería, mientras que las otras dos se ocuparán exclusivamente de la caballería.

La artillería á caballo debe arreglar sus tiros con rapidez; debe obrar con mayor celeridad todavía, si fuere posible, contra la caballería enemiga que aparece, cuya condicion no habíamos exigido hasta ahora mas que en el arreglo de su tiro contra la artillería. Luego que por medio de la ciguiñuela quede comprendido el blanco

co en una alza de 200 metros, será menester pasar inmediatamente al tiro rápido. Se continuará disparando así hasta que sea necesario usar de una alza menor. Si el blanco estuviere á punto de desaparecer en algun pliegue del terreno, ó si la caballería enemiga se encontrare en visperas de chocar con la nuestra, una salva con todas las piezas que estén cargadas, disparada en el último momento, podrá producir todavía un efecto favorable.

El artillero á caballo debe ser muy hábil en los tiros; todos los esfuerzos deben propender al perfeccionamiento de su instruccion en este particular; ello es de la mayor importancia. Nunca se insistirá lo bastante sobre el sumo cuidado que debe tenerse en la artillería á caballo, de aumentar la habilidad del artillero en sus tiros. La artillería á caballo tiene difíciles misiones que llenar; verifícase su accion en un tiempo cortísimo; los blancos sobre que tiene que disparar, huyen con movimientos muy rápidos; no tiene tiempo para reflexionar; las masas de caballería avanzan como un torrente y hacen latir el pulso de los sirvientes de las piezas con más actividad; y sin embargo, es preciso que éstos apunten con serenidad, exactitud y rapidez.

Todo lo demas, por hermoso, bueno y aún necesario que pueda ser, no es siempre mas que el medio eficaz de conseguir ese resultado esencial. El verdadero valer de la artillería en el combate, se mide únicamente por su habilidad en los tiros; y es esencial que el artillero á caballo, sobre todo, no lo olvide nunca.

Para llegar á ser perito en los tiros contra blancos movibles, es indispensable hacer muchos ejercicios prácticos; el artillero á caballo deberá asignar una importancia capital á esta clase de ejercicios, que deberán ser frecuentes, sin preocuparse por el gasto que pueda hacerse de municiones.

De las consideraciones precedentes resulta, que la direccion táctica de los fuegos de una division á caballo es bastante difícil. Jamas deberá perder su tiempo, el jefe de grupo en largas órdenes de mando; si quiere, sin embargo, conservar la direccion táctica de los fuegos, es absolutamente preciso que habitúe á sus comandantes de batería á ciertas señales, despertando su atencion hácia ellas por medio de un silbido estridente. Quizá podrían tambien interrumpir

pirse los tiros por medio del toque "alto el fuego," haciéndose entender despues por medio de cortos avisos.

Mientras que la division no tenga delante mas que á la artillería enemiga (como sucede siempre al principio), cada batería arreglará su tiro sobre la parte de la línea contraria que le haya sido asignada, conforme á las reglas enunciadas en la primera parte de estos estudios. Es muy raro que se ofrezca despues, operar la concentracion de los fuegos de todas las baterías.

Luego que el jefe de grupo vea que todas las baterías han arreglado su tiro lo bastante, hará que pasen al fuego de shrapnels, ordenándoselos por medio de algun toque, ó de alguna señal convenida de antemano. Pero tan pronto como la caballería contraria se presente á la vista, el jefe de grupo, que habrá llamado la atencion de sus comandantes de batería, por medio de un silbido vigoroso, les hará una seña con el sable, ya convenida, para que al instante dirijan contra los escuadrones los fuegos de las dos baterías que tiene cerca de sí. Los comandantes de esas baterías darán la voz de mando siguiente: "con granadas, carguen, á derecha (ó á izquierda) contra la caballería;" "piezas cargadas, tiro rápido contra la artillería," á fin de evitar todo retardo perjudicial; en seguida, toman sin tardanza todas las medidas para hacer que el fuego se dirija contra la caballería. Como regla general, solo la batería del ala exterior será la que deba continuar el tiro con shrapnels contra la artillería enemiga; repartirá sus disparos contra todas las baterías, dejándosele la mayor latitud sobre este particular. Le es tanto más indispensable esta independencia, cuanto que tiene que dedicar tambien su atencion al extremo de la línea no cubierta por las masas de caballería, para poder cojer á tiempo, bajo su fuego, á los escuadrones del adversario que lleguen á aparecerse por aquel flanco. Es evidente, por lo demas, que, una vez terminada su mision contra las baterías contrarias, ya sea porque apague sus fuegos ó porque las haga retirar, deberá reconcentrar su accion contra las fuerzas principales del enemigo.

Hacer que la division á caballo llegue á desempeñar bien estas misiones en el combate, habituarla siempre, más y más, á esas situaciones ó á otras análogas, para que se establezca una perfecta

inteligencia entre el jefe de grupo y sus comandantes de artillería, tal debe ser la constante preocupación de una dirección racional impresa á las escuelas de tiro por años y años.

Será necesario hacer observar que para cañonear á la caballería enemiga es preciso primero dirigir el fuego contra la primera línea que avanza, y que para desbaratar á ésta en toda su extensión y no introducir dificultades inútiles en la regulación del tiro, debe cada batería dirigir sus disparos sobre la mitad que le incumbe. Es evidente, por lo demás, que más tarde habrá que concentrar los fuegos de las dos baterías sobre el extremo de la primera línea que se aproxime á la artillería.

Finalmente, no pudiendo obrar ya las baterías contra esa primera línea, luego que llega á chocar con la nuestra, siempre tendrán ocasión de cojer bajo su fuego á las reservas que vienen detras, ó llegado el caso, á los escuadrones que traten de reunirse.

El jefe de grupo deberá seguir la marcha del combate de caballería; con particularidad observará atentamente cuándo y cómo podrá lanzar á sus baterías hácia adelante, para poderlas hacer obrar con buen resultado sobre el flanco del enemigo, al llegar el momento de la persecución; y cuando la situación del combate le obligue á retirarse, se dedicará á que la caballería cubra la retirada.

PARTE QUINTA.

Conclusiones.

PRIMERA SECCION.

GENERALIDADES.

No sin buenas razones hemos insistido varias veces, en el curso de estas consideraciones, sobre la grande importancia que damos á que se haga siempre un juicioso empleo de la artillería en la guerra. En efecto, es por demás natural que una arma cuyos resultados tácticos nunca saltan bien á la vista, corra con mucha facilidad el riesgo de perder en el interes general, y llegue á verse algun dia completamente abandonada. Nos importa, sin embargo, no ver disminuir el interes que la última guerra ha despertado con tanta justicia respecto de nosotros, para con las demás armas; por el contrario, debemos procurar mantenerlo y aumentarlo todavía más, si fuere posible.

Antiguamente, el comandante de la artillería no intervenía en el combate sino de una manera secreta, misteriosa por decirlo así; por fortuna, esta manera de proceder pertenece ya á la historia. Hoy, el comandante de un grupo divisionario, está dispensado de la malhadada obligación de ir á ofrecer sus servicios; se le ha restituido á su tropa, y recibe órdenes del general en jefe absolutamente como los comandantes de las otras armas. El general está en la obligación de explicarse con tanta claridad sobre el papel de la artillería,

inteligencia entre el jefe de grupo y sus comandantes de artillería, tal debe ser la constante preocupación de una dirección racional impresa á las escuelas de tiro por años y años.

Será necesario hacer observar que para cañonear á la caballería enemiga es preciso primero dirigir el fuego contra la primera línea que avanza, y que para desbaratar á ésta en toda su extensión y no introducir dificultades inútiles en la regulación del tiro, debe cada batería dirigir sus disparos sobre la mitad que le incumbe. Es evidente, por lo demás, que más tarde habrá que concentrar los fuegos de las dos baterías sobre el extremo de la primera línea que se aproxime á la artillería.

Finalmente, no pudiendo obrar ya las baterías contra esa primera línea, luego que llega á chocar con la nuestra, siempre tendrán ocasión de cojer bajo su fuego á las reservas que vienen detras, ó llegado el caso, á los escuadrones que traten de reunirse.

El jefe de grupo deberá seguir la marcha del combate de caballería; con particularidad observará atentamente cuándo y cómo podrá lanzar á sus baterías hácia adelante, para poderlas hacer obrar con buen resultado sobre el flanco del enemigo, al llegar el momento de la persecución; y cuando la situación del combate le obligue á retirarse, se dedicará á que la caballería cubra la retirada.

PARTE QUINTA.

Conclusiones.

PRIMERA SECCION.

GENERALIDADES.

No sin buenas razones hemos insistido varias veces, en el curso de estas consideraciones, sobre la grande importancia que damos á que se haga siempre un juicioso empleo de la artillería en la guerra. En efecto, es por demás natural que una arma cuyos resultados tácticos nunca saltan bien á la vista, corra con mucha facilidad el riesgo de perder en el interes general, y llegue á verse algun dia completamente abandonada. Nos importa, sin embargo, no ver disminuir el interes que la última guerra ha despertado con tanta justicia respecto de nosotros, para con las demás armas; por el contrario, debemos procurar mantenerlo y aumentarlo todavía más, si fuere posible.

Antiguamente, el comandante de la artillería no intervenía en el combate sino de una manera secreta, misteriosa por decirlo así; por fortuna, esta manera de proceder pertenece ya á la historia. Hoy, el comandante de un grupo divisionario, está dispensado de la malhadada obligación de ir á ofrecer sus servicios; se le ha restituido á su tropa, y recibe órdenes del general en jefe absolutamente como los comandantes de las otras armas. El general está en la obligación de explicarse con tanta claridad sobre el papel de la artillería,

como sobre el de la infantería y de la caballería; precisamente en esta obligacion es en lo que reconocemos el más feliz resultado alcanzado para un uso racional de nuestra arma. La artillería debe tener tambien *su direccion propia*; es menester que las órdenes le sean comunicadas como á las demas armas; y hacemos resaltar tanto más esta necesidad, quanto que en ella vemos la mejor garantía contra cualquiera recaída en los errores de otros tiempos, en los que la artillería quedaba abandonada á sí sola, no siendo considerada mas que como arma auxiliar de la infantería.

No obstante, y á decir verdad, no hay realmente razones para esa distincion de las armas, en armas principales y armas auxiliares, puesto que cada una de ellas puede ser empleada tan pronto en una acepcion como en otra. Efectivamente, cuando una ú otra arma se hace notar especialmente en el combate, por un espacio de tiempo más ó ménos largo y debido á sus propiedades particulares, desempeña su papel; la artillería se muestra como uno de los miembros más importantes de ese conjunto y ocupa dignamente su puesto al lado de sus armas hermanas. La infantería, la caballería así como la artillería, son armas auxiliares en manos del general en jefe; éste es la cabeza que piensa en ese cuerpo, del que *diversas armas forman los miembros*.

En lo que precede, hemos insistido mucho porque la artillería esté siempre *mandada por sus jefes*, en que *el agrupamiento se conserve siempre de una manera rigurosa*, en que *todas las baterías de un mismo grupo entren al fuego, hasta donde sea posible, al mismo tiempo*. Hemos dado á esto mucha importancia, porque la última guerra ha demostrado perfectamente que no teníamos la costumbre de servirnos de esas formaciones en grandes unidades, y porque el uso de esos agrupamientos es tanto más indispensable é importante, quanto más considerables sean las masas de artillería, que por consiguiente serán de más difícil direccion y vigilancia. Procuraremos familiarizarnos siempre, más y más, con esas formaciones cuya expresion encontramos en nuestros reglamentos; procuraremos asimilarlos su manejo de manera que, por decirlo así, los hagamos pasar á nuestra carne y á nuestros huesos; y las preocupaciones que todavia existen aquí y allí contra esas formaciones tácticas, es segu-

ro que desaparecerán. En lo futuro, en la direccion de la artillería, y particularmente en la direccion de su fuego, sabremos hacer mejor y mayor uso que la última campaña.

Las formaciones tan sencillas prescritas por nuestros reglamentos son mucho más favorables que las antiguas, para los cambios de lugar y para los rápidos despliegues de las grandes masas de artillería. Es absolutamente indispensable que la direccion puramente técnica de los fuegos quede todavia en manos de los comandantes de batería, como lo estaba antes; pero la direccion táctica de los tiros, (la observacion de la marcha del combate, la designacion de los blancos, la especie de proyectiles que deban emplearse, la vigilancia de la regulacion de las punterías, etc.), y la direccion de las baterías deben confiarse á los comandantes de grupos, ó en casos dados á los generales, comandantes de artillería; ese es el único medio de asegurar á éstos la influencia tan importante que les corresponde, y que sin embargo les falta hasta el dia, sobre la marcha general de la accion; ese es el único modo de poder dar con rapidez y seguridad golpes decisivos.

Por lo demas, debemos ejercitarnos en tiempo de paz, en todo aquello que tendremos que hacer en tiempo de guerra. No hay que hacerse ilusiones, todo aquello que no hayamos aprendido en tiempo de paz, mal podremos ejecutarlo en campaña. Propongámonos como mira de todos nuestros ejercicios de paz, asimilarlos la mayor habilidad y la más perfecta seguridad en el manejo de las formaciones de que tendremos necesidad en tiempo de guerra, y no usemos mas que esta clase de formaciones en nuestras maniobras.

Las columnas profundas son las que están más expuestas al fuego del enemigo; su despliegue en línea, trae consigo muchísima pérdida de tiempo; por esto es indispensable no hacer uso mas que de las columnas de batería para cambiar de posicion bajo el fuego del adversario. Muchos comandantes de batería encontrarán más cómodo para sus caballos, seguir los caminos trillados que atravesar por los campos, generalmente de un terreno más blando, en columnas de batería; pero precisamente bajo el fuego del enemigo es cuando esta formacion adquiere toda su importancia. Por lo que á nosotros toca, podemos decir que jamas hemos vacilado en hacer uso de esta

manera de cambiar de lugar, aún en los terrenos más difíciles, y siempre hemos visto que se adaptaba perfectamente á todas las maniobras. Hay preocupaciones contra esta formacion; procuremos vencerlas, y ya veremos que su utilidad irá creciendo más y más cada dia. Debemos hacer notar, entre otras cosas, que la capacidad para maniobrar ha tomado considerables creces en la artillería, y que por medio de esta formacion se evita, mucho mejor que con cualquiera otra, entrar en línea demasiado tarde: en efecto, para formarse en columnas de batería y para operar su despliegue, es preciso gastar mucho ménos tiempo que para salir de una larga columna por piezas que marche por un camino trillado. Y si este inconveniente ya se hace sentir en tiempo de paz, áqué no será en tiempo de guerra, cuando la columna por piezas es mucho más profunda, y cuando su empleo imprime pesadez á todos los movimientos de la artillería?

Así es, que *se hará uso de las columnas de batería, siempre que el terreno lo permita, dirigiendo á sus baterías el comandante de un grupo divisionario y dando sus órdenes con toques de corneta, ó de viva voz, hasta donde fuere posible.* (1)

En un grupo de artillería, hábilmente dirigido, es preciso, sin embargo, que el comandante pueda disponer de sus baterías, aún llegado el momento en que ya no pueda dirigir las por toques de corneta ó de viva voz. El único medio de lograrlo es instruir al grupo, con orden y método, en tiempo de paz. Los comandantes de batería deben habituarse á comprender, con rapidez, todas las señales que pueda hacerles el jefe de grupo; deben enseñar á los reclutas la ejecución de los movimientos prescritos, observando los de las baterías vecinas, ó escuchando las voces de mando que en ellas se dan, etc., cuando la distancia á que se encuentren del comandante de grupo

[1] En las maniobras de tiempo de paz el comandante del grupo divisionario deberá, además, tener en cuenta que las diversas fases de los combates pasan con mucha más rapidez que cuando son verdaderos. Si atendiendo á este detalle y observando con atención todas las disposiciones tomadas por las otras armas (cuya táctica debe conocer), se aprovecha de sus observaciones, siempre podrá encontrarse en posición precisamente en el momento necesario, sin agotar las fuerzas de sus caballos, como sucede cuando se comienzan esos movimientos demasiado temprano.—N. del autor.

ó el ruido de las piezas, les impida oír los toques ó las voces de mando.

Todavía hay artilleros que no quieren admitir que las baterías de un mismo grupo deben ser llevadas á posición *todas al mismo tiempo*: prefieren atenerse á los principios de otros tiempos, y encuentran mejor llevar el grupo al fuego por medio de baterías sucesivas. Ciertamente que esta manera de obrar es más cómoda para el comandante del grupo; exige ménos habilidad en la dirección de este último; pero bajo el punto de vista táctico, dista mucho de alcanzar el fin que es de desearse. Lo que parece hablar en favor de la entrada en posición por batería aislada, es que cada batería puede sacar mejor partido de la configuración del terreno, pudiendo encontrar localidades más ventajosas para sus piezas.

Es cierto que hay que procurar abrigar ó cubrir las piezas cuando las baterías llegan simultáneamente á tomar posición; pero es preciso evitar el ir demasiado lejos al andar buscando esos abrigos. En tales condiciones, tratase mucho ménos de ponerse á cubierto contra los tiros directos del enemigo, que lo que se hace de costumbre. En cuanto á nosotros, creemos que vale más sacar partido de las sinuosidades naturales del terreno, que no dejan de abundar, para burlar al enemigo sobre el verdadero sitio que han ocupado las piezas. En efecto, si se escoge la posición de una manera tal que no pueda distinguir el adversario si los proyectiles que caen más allá del obstáculo que oculta, son ó no de corto alcance con respecto al blanco, al que están destinados, se ve obligado á apreciar como no muy cortos, todos los tiros que caen más allá de la masa enubridora. Por este medio quedan mejor protegidas las piezas en sus sitios que tratando de cubrirlas contra los disparos directos, porque se pone al adversario en la imposibilidad de juzgar, por una simple observación, á qué distancia se encuentran las piezas más allá del obstáculo que las cubre á su vista. No creemos necesario añadir, que en tal caso, siempre será ventajoso, mantenerse, por lo ménos, á cien metros de la masa enubridora.

Admitimos, pues, según eso, que existen ciertas ventajas en que cada pieza, aisladamente, procure sacar el mejor partido posible de la disposición del terreno; pero debemos hacer observar que esto no

puede hacerse sino dentro de justos límites. El comandante del grupo examina, en su conjunto, la posición que ha de ocuparse; no debe perderse en los detalles; los comandantes de batería deben utilizar, lo mejor que les sea posible, la configuración del terreno en la posición indicada. A los jefes de secciones y de piezas toca instalarse en las localidades más favorables, de la manera más cómoda que puedan. Buscando demasiado y hasta con minuciosidad la manera de utilizar la configuración del terreno, corre uno riesgo, queriendo buscar algo mejor, de no ver algún sitio favorable que se presente á la mano.

Si admitimos que en ciertas circunstancias particulares y todas de detalle, pueda uno ingeniarse para encontrar localidades perfectamente abrigadas para cada pieza, nos parece que será menester poner menos cuidado cuando se trate de establecer artillería en gran cantidad, esto es, cuando haya que constituir masas de artillería. En este caso, ya no debe darse al terreno tan grande importancia, como en las circunstancias especiales que dejamos apuntadas más arriba; y aún aconsejamos á los artilleros, que no den una importancia demasiado grande á la disposición del terreno. En efecto, es verdad que cuando se establezcan grandes masas de artillería se encontrarán, aquí y allí, terrenos poco favorables para tal ó cual batería. Naturalmente, sería un error despreciar una posición que pareciera favorable para la artillería, bajo el punto de vista táctico, por la sola razón de que habría que considerarlo como lugar defectuoso para las piezas. Otras consideraciones son las que deben prevalecer aquí: el lugar más favorable para la artillería, depende del empleo que se quiera hacer de las otras armas; la influencia de la disposición del terreno no debe entrar sino en segundo término. La infantería y la caballería se ven obligadas, á menudo, á sacar partido de un terreno poco favorable; la artillería deberá, pues, á veces, contentarse también con una posición menos buena para sus fuegos; deberá instalarse allí lo mejor que le sea posible. Además, como la posición que debe ocuparse es designada de una manera general por el comandante en jefe, el de artillería no tendrá que examinar la localidad, sino bajo el punto de vista de la disposición más ventajosa que haya de darse á las baterías; así es que esa escurpulosidad en buscar posiciones para la artillería, á la que antiguamente se daba una importancia

capital, queda reducida para el porvenir á sus justas proporciones. Creemos que sería de desear, que todas las baterías de un mismo grupo, fuesen puestas en posición, hasta donde fuera posible, al mismo tiempo, á fin de poder obtener de un golpe la superioridad táctica. En cuanto á las dificultades aparentes que surgen en la regulación del tiro, preciso será vencerlas, y lo lograremos, ciertamente, si no atendemos primeramente mas que á las exigencias tácticas de la llegada simultánea de todas las piezas á la posición, y si nos dedicamos seriamente á vencer las dificultades técnicas que de ella provienen. Por el contrario, si nos dejamos guiar por las razones técnicas al entrar en batería, tendremos que renunciar, de antemano, á obtener nunca la superioridad táctica que precisamente deberíamos procurar asegurar sobre todo. Artilleros hay que llegan hasta á pretender que, como regla general, no debe lanzarse, al principio, más que una sola batería, probablemente como medio para sondear al enemigo; también quieren encargarla del arreglo del tiro. Esto podrá parecer muy seductor á las gentes que examinen la cuestión de una manera enteramente superficial; pero bajo el formal punto de vista táctico, hacer semejante cosa sería cometer un gran disparate, que llenaría de contento á un enemigo experimentado. Porque es cierto que este último no se dejaría engañar, sobre todo, si ha asistido ya ántes á un experimento semejante: no se dejará llevar hasta agobiar, bajo un fuego destructor, á aquella única batería que se presenta nada más que para arreglar el tiro, ni puede llegar á creer que falte alguien para ir á avisar á las demás baterías que vienen detras, los resultados de la regulación del tiro; (esto, en caso de que se haya podido efectuar completamente). No, ese adversario dedicará toda su atención á observar si las demás baterías van á colocarse cerca de la que entró en acción. Al ver á aquella batería que viene, por decirlo así, á pulsarlo, queda advertido que otras baterías vendrán detras; y si realmente llegan, aquel adversario que habrá podido arreglar su tiro perfectamente, tendrá las mayores ventajas; podrá concentrar sus fuegos sobre aquellas baterías á medida que vayan apareciendo, y, principalmente, en el momento en que entren en acción.

De muy distinta manera pasan las cosas cuando las baterías lle-

gan á tomar posicion simultáneamente. En primer lugar, eso obliga al enemigo á diseminar su fuego; por consiguiente, las pérdidas se repartirán entre un mayor número de piezas: en segundo lugar, eso causa al adversario pérdidas mayores en un tiempo más corto, lo cual nos asegura desde el principio, una superioridad táctica real, sobre las baterías contrarias.

Sin embargo, con el objeto de alejar toda interpretacion errónea, agregaremos, que no es preciso deducir de lo que precede, que deba renunciarse siempre á sacar partido de la configuracion del terreno, cuando las baterías entren simultáneamente en posicion. Léjos estamos de pretender que deban entrar en accion como si estuvieran haciendo ejercicio en una llanura: por último, la manera juiciosa de proceder sería el verdadero justo medio entre ambos extremos.

Si el comandante de grupo no se pierde en estos detalles, si se habitúa á ver en globo, le bastarán unos cuantos minutos para hacerse cargo de la disposicion más favorable que convenga dar á las baterías, en la localidad que le haya sido indicada de una manera sumaria. Toca á los comandantes de batería, á los jefes de secciones y á los de piezas, utilizar de la manera más juiciosa, la configuracion del terreno en todos sus detalles, instalándose de la manera más cómoda posible en la posicion que se les haya designado. Cuando el comandante de una artillería da la orden para hacer alto, y cuando indica de una manera general, el sitio en que el grupo debe entrar en accion, no es necesario que cada batería alinee exactamente sus piezas con las de la batería vecina; por el contrario, deberá procurar sacar partido de las ventajas que presente la configuracion del terreno en todos los alrededores más cercanos. Sería una grave falta no querer utilizar un sitio favorable que se presentara algunos metros adelante ó atras de la posicion. Sólo que, es preciso no ir demasiado lejos en este sentido; por lo mismo, nunca se situará una batería demasiado avanzada, que llegue á estorbar á las baterías vecinas en su tiro. Como conclusion de las observaciones que preceden sobre la influencia de la disposicion del terreno, creemos deber insistir un poco más todavía sobre los motivos que nos han inducido á no acordar una importancia demasiado grande, en estos estudios, á la configuracion del terreno.

Hemos llegado á reproducir la imágen normal de los combates, tal como nos la figurábamos por el estudio que hicimos de los hechos de armas, no porque hayamos encontrado en ningun ejemplo de guerra, una imágen semejante á la que presentamos. Por el contrario, cada ejemplo se va apartando, como es natural, en uno ú otro sentido; así es que la influencia de la configuracion del terreno se hace sentir ya de una manera variadísima. Sin embargo, por lo general, los rasgos principales se reconocen de una manera exacta: esos rasgos característicos, son los que hemos procurado reunir en nuestras formaciones típicas. No podemos decir todavía que esas imágenes hayan tomado sus formas definitivas, ni que sean modelos de ese género. Principalmente debemos declarar que no hemos tenido la pretension de querer, ni de poder dar modelos para *todos* los casos: ya hemos dicho, en la introduccion de estos estudios, que las imágenes normales que nos proponíamos presentar á los lectores, eran únicamente con el objeto de inducirlos á meditar de nuevo sobre la táctica de nuestra arma. Por lo mismo, muy léjos estamos de negar la grandísima y á menudo decisiva influencia que sobre todas las condiciones del combate, ejerce la disposicion del terreno; pero al dar á éste un lugar en nuestras consideraciones, nada habríamos ganado en claridad; por el contrario, grande habría sido el embrollo que hubiera resultado, sin contar con que la influencia de la configuracion del terreno es mina inagotable, y que en cada caso dado, nos encontramos con algo que en nada se parece al anterior.

Incontestable es que en un caso especial, la configuracion del terreno ó cualquiera otra circunstancia, nos obligará de la manera más imperiosa á apartarnos de los tipos de formaciones, porque las condiciones normales jamas se encuentran en combate alguno. Pero procurando acercarse á la formacion tipo, si no se logra impedir por completo que se tomen disposiciones tácticas viciosas, si se disminuyen, cuando ménos, las probabilidades de que se adopten. La historia de la guerra demuestra en cada página, que á menudo se ve uno obligado á apartarse de las formas normales; pero tambien nos hace ver, de cuando en cuando, y de una manera muy evidente, que las condiciones del combate se habrían presentado de una manera mucho más favorable, si el general en jefe hubiera procurado acer-

carce, lo más posible, á algun tipo de formacion de aquella especie. Las disposiciones que hemos dado en estos estudios, no tienen otra mira: es menester que se sometan á ojos inteligentes; y para ponerlas en práctica convendrá modificarlas y aún trasformarlas segun lo exigen casos dados. Es este un estudio nuevo que hay que hacer y al que debe uno habituarse igualmente. Procuremos, no obstante, poner en uso, cuando ménos, los tipos que dejamos indicados, y aún en nuestros ejercicios de tiempo de paz, nos convenceremos de que han nacido viables y que son susceptibles de llegar á adquirir una forma práctica. Las formaciones no deben permanecer indefinidamente sujetas á un cartabon é invariables; es preciso, por el contrario, amoldarlas y adaptarlas á la configuracion del terreno. Pero, si en una accion cualquiera no existe tipo de formacion que se desarrolle á nuestra vista, si el general en jefe quiere hacerlo todo por sí mismo y se abandona por completo á sus inspiraciones del momento, ya no habrá una direccion real, el lazo que debe unir y cimentar en cierto modo á las diferentes armas entre sí, con un fin comun, se pierde y desaparece.

SECCION SEGUNDA.

FORMACIONES TÁCTICAS.

El reglamento, en su cuarta parte, que trata del combate de la artillería, se explica de una manera clara y sin que sea posible darle una falsa interpretacion, respecto del empleo de las formaciones tácticas; sin embargo, á cada instante encontramos en él ciertas ideas que nos prueban, que aún no estamos familiarizados con el uso

de esas disposiciones de tropa. Por eso creemos deber insistir todavía, sobre esos principios esenciales de nuestro reglamento.

Los agrupamientos tácticos deben ser siempre sostenidos; no se les puede abandonar sino cuando lo exijan imperiosamente, el blanco sobre el que se dispara ó la configuracion del terreno. El reglamento fija como regla, que es preciso emplear siempre á las baterías reunidas en grupos divisionarios ó en regimiento; la entrada en accion por baterías aisladas, es la única excepcion de esta regla (§ 195). Es, pues, preciso, considerar al grupo como la unidad táctica, como algo que no puede ser dividido sin una necesidad; por lo demas, esto es lo que hemos demostrado en la primera parte de estos estudios. Será, pues, preciso dar mayor importancia que la que hasta hoy se ha dado, al hecho de mantener siempre las baterías reunidas en un mismo grupo; por lo contrario, no podrá admitirse que las baterías entren en accion aisladamente, á no ser con raras excepciones: se recurrirá á este medio, únicamente cuando no se pueda obrar de otro modo, es decir, en casos verdaderamente excepcionales. Por último, en cuanto á poner en línea un número todavía menor de piezas, una seccion aislada, por ejemplo, (uso tan comun antiguamente, pero del que ya ni siquiera habla hoy el reglamento), es preciso proscribirlo de la manera más absoluta, á no ser en casos en extremo raros.

Dice, además, el reglamento, un poco más adelante (§ 199), que la marcha debe hacerse de ordinario por los caminos y en columna, por piezas ó por secciones, y en terreno libre, con intervalos abiertos. Previene también, que será igualmente ventajoso atravesar los campos en columna, por piezas, cuando el terreno sea demasiado blando; (es lo cierto que en ese caso no podría emplearse ninguna otra formacion). La regla para marchar por terreno libre es, pues, formar el grupo en columnas de batería; esta formacion está considerada con mucha justicia, como la que presenta la mayor facilidad para manejarse; una batería aislada se formará en un caso análogo en columna por secciones. Se recurrirá á la columna por secciones de ciertos intervalos, para ejecutar los movimientos de flanco, porque en la direccion del tiro del enemigo, presenta menor profundidad que la columna por secciones de intervalos normales. Los des-

carse, lo más posible, á algun tipo de formacion de aquella especie. Las disposiciones que hemos dado en estos estudios, no tienen otra mira: es menester que se sometan á ojos inteligentes; y para ponerlas en práctica convendrá modificarlas y aún trasformarlas segun lo exigen casos dados. Es este un estudio nuevo que hay que hacer y al que debe uno habituarse igualmente. Procuremos, no obstante, poner en uso, cuando ménos, los tipos que dejamos indicados, y aún en nuestros ejercicios de tiempo de paz, nos convenceremos de que han nacido viables y que son susceptibles de llegar á adquirir una forma práctica. Las formaciones no deben permanecer indefinidamente sujetas á un cartabon é invariables; es preciso, por el contrario, amoldarlas y adaptarlas á la configuracion del terreno. Pero, si en una accion cualquiera no existe tipo de formacion que se desarrolle á nuestra vista, si el general en jefe quiere hacerlo todo por sí mismo y se abandona por completo á sus inspiraciones del momento, ya no habrá una direccion real, el lazo que debe unir y cimentar en cierto modo á las diferentes armas entre sí, con un fin comun, se pierde y desaparece.

SECCION SEGUNDA.

FORMACIONES TÁCTICAS.

El reglamento, en su cuarta parte, que trata del combate de la artillería, se explica de una manera clara y sin que sea posible darle una falsa interpretacion, respecto del empleo de las formaciones tácticas; sin embargo, á cada instante encontramos en él ciertas ideas que nos prueban, que aún no estamos familiarizados con el uso

de esas disposiciones de tropa. Por eso creemos deber insistir todavía, sobre esos principios esenciales de nuestro reglamento.

Los agrupamientos tácticos deben ser siempre sostenidos; no se les puede abandonar sino cuando lo exijan imperiosamente, el blanco sobre el que se dispara ó la configuracion del terreno. El reglamento fija como regla, que es preciso emplear siempre á las baterías reunidas en grupos divisionarios ó en regimiento; la entrada en accion por baterías aisladas, es la única excepcion de esta regla (§ 195). Es, pues, preciso, considerar al grupo como la unidad táctica, como algo que no puede ser dividido sin una necesidad; por lo demás, esto es lo que hemos demostrado en la primera parte de estos estudios. Será, pues, preciso dar mayor importancia que la que hasta hoy se ha dado, al hecho de mantener siempre las baterías reunidas en un mismo grupo; por lo contrario, no podrá admitirse que las baterías entren en accion aisladamente, á no ser con raras excepciones: se recurrirá á este medio, únicamente cuando no se pueda obrar de otro modo, es decir, en casos verdaderamente excepcionales. Por último, en cuanto á poner en línea un número todavía menor de piezas, una seccion aislada, por ejemplo, (uso tan comun antiguamente, pero del que ya ni siquiera habla hoy el reglamento), es preciso proscribirlo de la manera más absoluta, á no ser en casos en extremo raros.

Dice, además, el reglamento, un poco más adelante (§ 199), que la marcha debe hacerse de ordinario por los caminos y en columna, por piezas ó por secciones, y en terreno libre, con intervalos abiertos. Previene también, que será igualmente ventajoso atravesar los campos en columna, por piezas, cuando el terreno sea demasiado blando; (es lo cierto que en ese caso no podría emplearse ninguna otra formacion). La regla para marchar por terreno libre es, pues, formar el grupo en columnas de batería; esta formacion está considerada con mucha justicia, como la que presenta la mayor facilidad para manejarse; una batería aislada se formará en un caso análogo en columna por secciones. Se recurrirá á la columna por secciones de ciertos intervalos, para ejecutar los movimientos de flanco, porque en la direccion del tiro del enemigo, presenta menor profundidad que la columna por secciones de intervalos normales. Los des-

pliegues de frente, deberán ejecutarse, hasta donde sea posible, fuera del alcance de los fuegos del enemigo, ó cuando ménos á cubierto de éstos. La artillería deberá llegar á tomar posición en seguida, *completamente desplegada y en línea recta* sobre el blanco. Esta última prevención tiene una importancia capital; será preciso atender á ella muy particularmente.

Siguiendo estos principios estrictamente, llegaremos en los despliegues generales de la artillería, á pasar cómodamente de las largas columnas de marcha á la formación de reunión, disposición esencialmente manejable para el ulterior desarrollo del combate; en otras palabras, las baterías que van en fila, unas tras de otras, llegarán á colocarse unas al lado de las otras bajo la dirección del jefe de grupo. En seguida, se hará avanzar á la artillería (siempre á cubierto, ó cuando ménos fuera del alcance de los fuegos del contrario), en un frente bien recto, en la dirección del blanco; y en fin, se le formará de una manera definitiva en línea desplegada. Este es el único medio de evitar las formaciones y las posiciones oblicuas, bajo los fuegos del enemigo, satisfaciendo el principio esencial por excelencia, de que es preciso hacer marchar á la artillería, en sus últimos movimientos, *recto á su frente y completamente desplegada*, después de haberla llevado en dirección de las líneas de tiro del adversario.

En todo esto, lo que principalmente decide respecto de la formación que deba emplearse, es la extensión del espacio que haya que recorrer, desde el lugar en que se deja la columna de marcha, hasta el momento en que se llegue á tomar posición. Vamos á procurar ilustrar este punto, indicando las principales maneras de desplegar que en la práctica se presentarán.

A.—*Cuando se dispone, á la salida del desfiladero, de un espacio suficiente para ejecutar el despliegue normal.*

En este caso, puede admitirse, que el desfiladero se encuentre fuera del alcance del enemigo, ó cuando ménos que éste último no lo ve.

I.—UNA BATERÍA AISLADA.

Sumario.—A la salida del desfiladero, formar las secciones con intervalos reducidos; ejecutar una marcha de flanco hasta que la cabeza de columna pueda dirigirse recta sobre el objeto (siempre fuera del alcance de los tiros del enemigo); abrir los intervalos (si no se ha juzgado conveniente hacerlo antes), luego que todas las secciones estén en la nueva dirección; desplegarse en línea tan luego como la batería llegue al alcance del fuego enemigo; en el caso en que la marcha pueda hacerse á cubierto, formarse en línea á más de cien metros de la posición, con el objeto de poder tomar un impulso para entrar con toda rapidez al fuego; (fig. 8ª, letra a).

Es evidente que se guarda uno de ejecutar la marcha de flanco, desde la salida del desfiladero hasta la prolongación de la línea que une el objeto con el lugar de las piezas, (letra b), cuando las circunstancias permiten dirigirse directamente desde el desfiladero al objeto: este caso se presentará cuando no sea necesario rodear artillería ú otras tropas que estén ya en posición, para ir á colocarse en uno de sus extremos, como lo indica la letra a. Si no, la marcha de flanco es siempre indispensable, porque si se quisiera dirigir rectamente la sección de la cabeza, desde la salida del desfiladero hasta el punto en que deba entrar en acción la batería, es seguro que solo con mucho trabajo se lograría hacerla marchar en el último momento y en formación normal á las líneas de tiro del adversario: se contravenirían, pues, las prevenciones reglamentarias que exigen que el despliegue se haga, hasta donde sea posible, fuera del alcance de los fuegos del enemigo y se llegue en posición en línea recta, con un frente desplegado.

Cuando el camino que haya que recorrerse, antes de llegar á tomar posición sea muy largo, se podrán tomar las disposiciones que sean naturales para llegar lo más pronto posible á formarse en línea: en definitiva, bastará procurarse, entre el punto en que la cabeza de la columna tome la dirección del objeto y el sitio de la batería, un espacio bastante grande para poder abrir los intervalos, desplegarse y tomar un impulso de cosa de 100 metros.

La manera de desplegarse, que queda prescrita, se adapta á las
ARTILLERÍA.—27.

más variadas circunstancias: permite alinear la batería sobre la artillería que ya está en posición, (letra a), ó la formación de un flanco ofensivo (letra c), ó la entrada en acción como flanco defensivo (letra d). En estos diversos casos, si es preciso prolongar el ala derecha de la artillería que se encuentra en el fuego, se opera el despliegue á la derecha; en todos los demás casos se forma en línea hacia la izquierda.

II.—UN GRUPO DIVISIONARIO.

Ya en un grupo divisionario, y con mayor razón, con grandes masas de artillería, si se quiere que el despliegue se ejecute con orden y método, á la salida de un desfiladero, está perfectamente demostrado que es indispensable pasar de la columna profunda á la formación fundamental de reunión; esto es, á la masa de columnas; de lo contrario, siempre correrá el comandante de la artillería el riesgo de ver alejarse á su grupo, haciendo imposible su vigilancia. Cuando se piensa en la profundidad de la columna de una batería en pié de guerra, (1) que compone todo el primer escalon de los trenes, hay que convenir en que la columna de camino bien pudiera romperse, si se quisiera hacer avanzar inmediatamente á la batería de la cabeza, en el caso en que, como en nuestra hipótesis, se encuentre el desfiladero fuera del alcance del enemigo, ó cuando menos sustraído á su vista.

La masa de columnas se forma de la manera más favorable cuando la batería de la cabeza puede moverse lateralmente á la salida del desfiladero, por medio de una marcha de flanco, formándose inmediatamente en columna por secciones. (2) La columna por secciones, ordinaria, es, en este caso, preferible á la columna con in-

[1] La batería de guerra alemana se compone de 6 cañones, 8 carros de municiones, 3 carros de batería y una fragua: la batería de combate está formada en primera línea por 6 cañones, 3 carros de municiones y por el carro de batería núm. 1, (4 carros componen el primer escalon). El segundo escalon comprende á todos los demás carros; es la segunda línea de la batería en el combate.—N. del T.

[2] El reglamento alemán de 1877 da acerca de las diversas columnas las prescripciones siguientes: la columna por piezas, *Kolonne zu Einem*, está formada por piezas que se siguen á tres metros, (4 pasos), de distancia, desde el plano de la boca hasta la cabeza de los caballos de la pieza que sigue; en la columna de camino, *Marche Kolonne*, las piezas se siguen á

intervalos reducidos, porque más adelante habría que ensanchar éstos todavía más.

Se podría, en primer lugar, ejecutar la marcha de flanco, en columna por secciones, y esperar para formar la masa, que la cabeza de la columna haya llegado á la prolongación de la línea que une al blanco con el sitio ocupado por las piezas: la masa de columnas se formará tan luego como la primera batería se encuentre *toda* en la nueva dirección; esta maniobra no obligaría á más rodeos. Sin embargo, así, el grupo estaría menos pronto al alcance de su jefe, porque las distancias son demasiado grandes cuando se pasa de la columna de camino á la columna por secciones; y además, el primer escalon de los trenes se encuentra todavía entre las baterías. En un grupo bajo el pié de paz todo va bien, cuando las últimas baterías tienen cuidado de volver á tomar sus distancias inmediatamente, y cuando avanzan aprisa al lado de la batería que tenían por delante: la formación se hace de una manera bastante conveniente; pero en un grupo bajo el pié de guerra, se necesita muchísimo tiempo para que la última batería pueda volver á tomar su distancia reglamentaria, al formar la columna por secciones.

Admitido ésto, examinemos de cerca las maneras de desplegarse de un grupo divisionario.

1º Formar las secciones á la salida del desfiladero, dirigir la cabeza de columna hacia uno de los flancos, y dar al toque de "á formar la masa de columnas," tan luego como la primera batería haya salido toda del desfiladero. Tomar, en seguida, el trote para ejecutar la marcha de flanco en masa de columnas, hacer cambiar de dirección luego que la cabeza llegue á la línea que une el blanco con la posición. Formarse entonces en columnas de batería, é indi-

seis metros, (8 pasos), una de la otra. La denominación de columna por secciones, *Zug Kolonne*, sin indicación de intervalo abierto ó reducido, se refiere siempre á la columna con intervalos normales, 15 metros, (20 pasos), de eje á eje; la columna por secciones con intervalos reducidos, *geschlossene Zug Kolonne*, se entiende siempre columna por secciones con intervalos de 3 m. 75, [5 pasos]. En estas dos últimas, las secciones marchan siempre á 16 m. 50, [22 pasos]; y solo cuando falta espacio, en las marchas ó en las reuniones, es cuando se pueden estrechar esas distancias de una manera excepcional, pero nunca menos de 3 metros, [4 pasos]. Cuando el espacio es suficiente, se toman siempre distancias de 22 pasos.

En todos los ejercicios es preciso evitar cuidadosamente el que las columnas estén muy cerca unas de otras.—N. del T.

car un punto de direccion á la batería que de ella esté encargada. Finalmente, formarse en línea luego que se llegue á estar bajo los fuegos del enemigo, ó bien á más de 100 metros de la posicion que deba ocuparse, si la marcha ha podido hacerse á cubierto; (fig. 9^a, letra e).

¿De qué lado tomarán sus intervalos de despliegue las columnas de batería? (Eso depende de las circunstancias. Unas veces, se podrán dirigir sobre el blanco la batería ó una de las baterías del centro, (1) (letra e); otras, será menester tomar para batería de direccion una de las de ala, con el objeto de prolongar la línea de las tropas que se encuentran ya en posicion, (letras f, fig. 9, y letra y, fig. 10). Segun uno ú otro caso, se hará el despliegue de las baterías en línea, ora á la izquierda, ora á la derecha.

Todo pasa con mayor sencillez todavía cuando á la salida del desfiladero es posible dirigirse directamente, sobre el blanco; ésto es, cuando no es necesaria la marcha de flanco. En este caso, segun las circunstancias, será menester proceder primero á la formacion de la masa, ó podrá disponerse inmediatamente la formacion en columnas de batería; (fig. 10, letra h).

2^o Despues de haber formado la base de columnas, ejecutar la marcha de flanco, al abrigo de un pliegue de terreno, y desplegarse de flanco, haciendo entrar sucesivamente á las baterías en posicion; (fig. 11, letra i).

Puede uno verse obligado tambien á emplear esta manera de desplegar cuando no se disponga de un espacio suficiente para ejecutar la formacion del párrafo 1^o.

3^o Formar las secciones á intervalos reducidos, á la salida del desfiladero, ejecutar la marcha de flanco, fuera del alcance de los fuegos del enemigo, ensanchar los intervalos y hacer cambiar de direccion á las cabezas de columna, en cada batería, luego que la direccion llegue á la prolongacion de la línea que corre desde el blanco hasta la posicion que se va á ocupar. Designar la batería de direccion, indicando á su guía algun objeto para que marche en esa direccion y por último, formarse en línea; (fig. 11, letra j).

[1] Á ménos de órdenes contrarias, la batería de direccion es siempre la 2.^a, comenzando por el ala derecha, [§ 137.]—N. del T.

Esta manera de desplegarse es bastante manejable en un grupo, bajo el pié de paz; mucho ménos aplicable es al grupo en pié de guerra, á causa de la presencia del primer escalon de los trenes; despues de que las cabezas de columna hayan cambiado de direccion los intervalos entre las baterías serán muy grandes; por lo mismo será necesario reducir á las columnas á los intervalos de reglamento, si no se quieren conservar espacios demasiado considerables.

4^o Cuando se opera el despliegue como en las figs. de las letras h y j, si la batería de la cabeza tiene que ser dirigida inmediatamente rumbo al blanco luego que sale del desfiladero, con el objeto de entrar prontamente en posicion, se podrá (en el caso de la letra h y al toque de "á formar las columnas de batería," y en el caso de la fig. j, á la voz de mando "desplegar"), lanzar inmediatamente la batería de la cabeza, teniendo cuidado de advertirlo á las baterías que van detras. Las de la cola no dejan de tomar la formacion ordenada; hasta despues es cuando acuden á colocarse al lado de la batería de la cabeza, arreglando sus movimientos al de esta batería. El comandante del grupo les hace saber, por medio de un ayudante, si deben colocarse á la derecha ó á la izquierda de aquella. Estas baterías, ademas, podrán recibir la mision especial de formar un flanco defensivo ú ofensivo con las piezas ya colocadas en línea; en este caso deberán ejecutar por sí solas los movimientos necesarios, como lo hemos visto en el caso de una batería aislada.

Pueden utilizarse las maneras de desplegar indicadas más arriba para un grupo divisionario, de la misma manera que lo hemos hecho para una batería que opera aisladamente: así es que podrá prolongarse una línea de artillería ya establecida (figs. f, i y j), ó bien podrá formarse un flanco ofensivo (fig. g), ó un flanco defensivo; finalmente, podrán ejercitarse en las más variadas combinaciones.

Muy instructivo sería enseñar, para esos sistemas de despliegue y para los que más adelante indicaremos, qué casos se presentarán por lo que respecta al espacio necesario para un grupo bajo el pié de guerra. Pero desgraciadamente, con excepcion de algunos regimientos que han tenido la suerte de tener reunidas á todas sus baterías en una misma guarnicion, los ejercicios de esta clase no pue-

den ejecutarse sino en la época de los ejercicios de fuego, porque para formar un grupo divisionario bajo el pié de guerra, incluyendo el primer escalon de los trenes, son indispensables los tiros atalajados de todo un regimiento.

B.—Cuando no se dispone del espacio necesario para ejecutar un despliegue normal á la salida del desfiladero.

En esta hipótesis, el desfiladero formado por la naturaleza ó por la disposición de las tropas, se encuentra al alcance del fuego enemigo; será, pues, preciso que adoptemos otra manera de obrar.

I.—UNA BATERÍA.

Jamás se prescribirá á una batería que se coloque por un simple despliegue de frente, *adelante del obstáculo que haya de salvarse*. Así se atraería el fuego del enemigo sobre el desfiladero, en el que hay todavía otras tropas; se las expondría á pérdidas seguras, en vez de sustraerlas al fuego del adversario. En donde quiera que lo permita la disposición de los lugares, será menester ganar terreno *lateralmente á la salida del desfiladero*.

1º A la salida del desfiladero, formar sucesivamente las secciones con intervalos reducidos, ejecutar una marcha de flanco poco más ó ménos paralela á la posición que haya de ocuparse, dar frente y dirigirse sobre el blanco que va á batir, con el fin de hacer entrar en posición á la batería normalmente, á las líneas de tiro (letra k, fig. 12).

Este despliegue supone que la batería puede marchar todavía cosa de cien metros más en línea recta á su frente, y que los cambios de dirección no son importantes. Si éstos fuesen bastante grandes para exigir una media conversión por secciones, se obrará de la manera siguiente:

2º Despues de haber ensanchado los intervalos de la columna precedente, ejecutar una media conversión por secciones (formar la media columna), ó columna por medias baterías, y desplegarse inmediatamente en línea, indicando á la sección de la cabeza el punto de dirección (fig. 12, letra l).

En ciertas circunstancias se podrá estar obligado también á for-

Del frente.....	6,000 00
Cuatro idem segundos, á \$480.....	1,920 00
Diez Cabos, á \$ 420.....	4,200 00
Dos Trompetas, á \$ 360.....	720 00
Ochenta y tres Gendarmes, á \$ 360.....	29,880 00
Forraje de cien caballos, á \$ 96.....	9,600 00

GASTOS DE ESCRITORIO.

Al Capitan.....	24 00
Al Sargento primero.....	12 00
Lavado, gasto comun, etc., para noventa y cinco plazas, á \$ 9.....	855 00
Total.....	53,211 00

III. Los Gendarmes á caballo harán el servicio de policía general de los Ejércitos en campaña, guarniciones, acantonamientos, campos, etc.

IV. Para ser admitido en la Compañía de Gendarmes, se necesitan los requisitos siguientes:

Ser antiguo soldado del Ejército.

No tener mala nota en su conducta civil y militar.

Saber leer y escribir.

Ser de buena estatura y complexión fuerte.

V. El tiempo de enganche no podrá ser menor de tres años, y una vez cumplido, podrá prorogarse mediante la voluntad expresa del interesado, consignando en la filiación respectiva el nuevo plazo obligatorio estipulado.

VI. La Compañía de Gendarmes no tendrá otro servicio que el de su instituto expresado en las fracciones primera y tercera de este artículo, y sólo en caso extremo, la Secretaría de Guerra ordenará que hagan el de la Caballería.

ARTÍCULO X.

INFANTERÍA Y SU DEPARTAMENTO EN LA SECRETARÍA DE GUERRA.

I. El personal, sueldos y gastos del Departamento de Infantería en la Secretaría de Guerra, y en los batallones y Cuadros de Reserva, serán los siguientes:

EN EL DEPARTAMENTO.

Un General ó Coronel, Jefe del Departamento y del de Caballería.....	4,500 00	
Dos Coroneles de Infantería, Subinspectores, á \$ 2,466.....	4,932 00	
Un Teniente Coronel de Infantería.....	1,652 40	
Dos Mayores de idem idem, á \$1,468 80.....	2,937 60	
Dos Capitanes primeros de idem, á \$ 960.....	1,920 00	
Tres idem segundos de idem, á \$ 840.....	2,520 00	
Ocho Tenientes, á \$ 720.....	5,760 00	24,222 00

UN BATALLON, (Pie de paz).

Un Coronel.....	2,466 00	
Un Teniente Coronel.....	1,652 00	
Un Mayor.....	1,468 80	
Un Ayudante, Capitan primero.....	1,140 00	
Al frente.....	6,727 00	24,222 00

Del frente.....	6,727 00	24,222 00
Un Subayudante, Subteniente..	660 00	
Un Sargento primero de cornetas.	360 00	
Un Cabo de cornetas.....	135 00	
Cuatro Arrieros, á \$ 180.....	720 00	
Forraje para treinta y dos mulas de carga, á \$ 79 20.....	2,534 40	
Cuatro Capitanes 1. ^{os} , á \$ 960..	3,840 00	
Cuatro idem 2. ^{os} , á \$ 840.....	3,360 00	
Doce Tenientes, á \$ 720.....	8,640 00	
Dos Subtenientes, á \$ 660.....	7,920 00	
Cuatro Sargentos 1. ^{os} , á \$ 360..	1,440 00	
Treinta y seis idem 2. ^{os} , á \$ 234.	8,424 00	
Setenta y dos Cabos Jefes de escuadra, á \$ 135.....	9,720 00	
Cuatro Cabos peones, á \$ 135..	540 00	
Veinte Cornetas, á \$ 112 50...	2,250 00	
Quinientos cuatro Soldados en setenta y dos escuadras de á siete cada una, á \$ 112 50...	56,700 00	
Seiscietas plazas de lavado, etc., á \$ 9.....	5,409 00	

GASTOS DE ESCRITORIO.

Al Coronel.....	96 00	
Al Jefe del Detall.....	60 00	
Al Ayudante.....	24 00	
Al Subayudante.....	12 00	
A los cuatro Capitanes primeros, á \$ 24.....	96 00	
A los cuatro Sargentos primeros, á \$ 12.....	48 00	
Importan cinco dias más, com-		
A la vuelta.....	112,988 40	24,222 00

De la vuelta.....	112,988 40	24,222 00
pleto del año, (seis si fuere bisesto).....	973 12	

Importa un batallon....	120,688 72
Idem diez y nueve más..	2.293,085 68

UN CUADRO DE BATALLON.

(Pié de paz).

Un Coronel ó Teniente Coronel, (si es Teniente Coronel, 1,321 pesos 92 centavos).....	1,972 80
Un Mayor.....	1,175 04
Un Ayudante, (Capitan ó subal- terno, siendo su sueldo si es Capitan primero).....	910 08
Un Sargento primero de cornetas.	288 00
Un Cabo de cornetas.....	108 00
Cuatro Capitanes primeros ó se- gundos, teniendo los prime- ros \$ 766 08, (los segundos \$ 671 04).....	3,064 32
Cuatro Tenientes, á \$ 576 00..	2,304 00
Cuatro Subtenientes, á \$ 527 04.	2,108 16
Cuatro sargentos primeros á \$ 288.	1,152 00
Diez y ocho sargentos segundos, á \$ 187 20.....	3,369 60
Treinta y ocho Cabos á \$ 108..	4,104 00
Veinte Cornetas, á \$ 90.....	1,800 00
Ciento cincuenta y cuatro solda- dos, á \$ 90.....	13,860 00
Doscientas trece plazas de lava- do, etc., á \$ 9.....	1,917 00
Al frente.....	38,133 00
	2.437,996 40

marse en media columna, ó columna por medias baterías, despues de haber ejecutado una marcha de frente, en línea desplegada.

3º Por último, es preciso á veces entrar en batería inmediatamente despues de haber salido del desfiladero; no se dispone de espacio alguno para tomar una "dirección;" en este caso, no hay otra cosa que hacer mas que dar frente, despues de haber ejecutado la marcha de flanco, entrando en acción inmediatamente. Se llega más aprisa todavía á tomar posición haciendo ejecutar á las secciones una conversión en una dirección opuesta al blanco, y formándolas con el frente á retaguardia en batería; finalmente, también podrá ponerse en batería á la sección de la cabeza, haciendo llegar en línea á las otras piezas por medio de conversiones sucesivas, prolongándose (§ 138 c.) (1). No debe recurrirse á esta última formación, sino en casos completamente excepcionales; entrando en batería por secciones ó por piezas sucesivamente, las últimas piezas continúan marchando detras de las primeras que ya están en línea: forman en cierta manera receptáculo de proyectiles para los tiros que rebasan aquellas; por eso preferimos con mucho, á esta manera de desplegarse, la entrada en línea simultánea de todas las piezas de la batería.

En fin, si se marchase en columna por piezas, se podría aún, en tal caso, entrar en batería de flanco.

II.—UN GRUPO DIVISIONARIO.

Por las mismas razones que acabamos de dar en el despliegue de las baterías aisladas, creemos que sería malo formar las baterías sucesivamente, á medida que vayan saliendo del desfiladero, haciéndolos entrar en línea una tras otra inmediatamente adelante del obstáculo que haya de salvarse. Convencidos estamos, por el contrario, de que sería preferible, bajo el punto de vista táctico, cargar todo el grupo al lado del desfiladero, por medio de una marcha de flanco, para hecerlo entrar despues en posición con frente desplegado. Y aún, si las circunstancias no permitieran disponer á todas las

[1] Este § da en detalle la formación en otro tiempo tan usada "por la derecha, [ó por la izquierda], en batería."—N. del T.

baterías en un mismo lado del desfiladero, valdría más separarlas y ponerlas en acción á cada lado de la salida, dejando siempre el desfiladero libre, en todos los casos.

Por lo demás, pocas cosas hay que agregar á los movimientos que han sido prescritos para las baterías aisladas. Cuando un grupo ha ejecutado una marcha de flanco, y cuando da frente, si le queda por recorrer un espacio de cosa de 100 metros, ántes de llegar á entrar en posición, podrá suceder que se logre todavía llevar aisladamente á las baterías en la dirección de las líneas de tiro; en este caso, después de haber dado frente, es preciso también, y sin pérdida de tiempo, señalar un punto de dirección á la batería que se encargue de ella.

Los medios de operar el despliegue, indicados en los párrafos 2º y 3º, para las baterías aisladas, pueden emplearse también en los grupos, si es que se recurre á entrar en acción por baterías sucesivas.

C.—En los cambios de posiciones.

En los cambios de posición, cuando debe uno moverse en línea recta hácia adelante, ó en débiles cambios de dirección, se marcha sobre un frente desplegado; cuando se debe ganar terreno hácia delante y lateralmente, se forma en media columna (columna por medias baterías). A menudo, también se rompe al frente en columnas de batería para un grupo, en columna por secciones, para una batería, y aún á veces en columna por piezas; en seguida, se despliega de nuevo, como queda dicho anteriormente.

A propósito con motivo de estos movimientos, se sienta á menudo la necesidad de formar flancos ofensivos ó defensivos, en las grandes masas de artillería. (1)

[1] El reglamento de la artillería de 1877, dice en el § 194: "será á menudo necesario, cuando un regimiento esté empeñado en el fuego, ó cuando deba avanzar ó retirarse, formar un flanco ofensivo [avanzando el ala exterior con el vértice del ángulo vuelto del lado opuesto al enemigo], ó en un flanco defensivo, retirando el ala exterior, con el vértice del ángulo vuelto al enemigo]. El primero sirve para cojer de escarpa ó de flanco al adversario; el segundo para hacer frente á un ataque envolvente. Es importantísimo que la división ó la batería designada para formar tales flancos, ejecute los movimientos necesarios con prontitud, por los medios más expeditivos y sin estorbar el fuego del grupo vecino."

Es preciso ejercitarse en formar flancos ofensivos y defensivos, tanto en el mismo alineamiento como en posiciones escalonadas.—N. del T.

Distinguiremos dos casos: 1º, el grupo designado para formar el flanco debe ejecutar la formación á pié firme en el mismo alineamiento; ó 2º, debe avanzar ó retroceder, en una posición escalonada con respecto al frente principal.

Como con frecuencia se trata de obtener sobre todo rapidez en la ejecución, para las formaciones á pié firme, creemos que será conveniente hacer de la formación de estos flancos, el objeto particular de nuestros ejercicios.

1º Flanco defensivo sobre el alineamiento del frente principal.

En la formación de este flanco, trátase sobre todo de llevar rápidamente á las piezas en la nueva dirección, estableciendo prontamente el nuevo frente.

Se consigue por los medios más expeditivos, haciendo ejecutar á todo el grupo una especie de cambio de frente sobre el centro.

Este movimiento puede hacerse sin dificultades, porque el intervalo reglamentario, entre dos divisiones vecinas, es siempre cuando ménos de doscientos pasos. (§ 191). (1)

Para ejecutar este movimiento, la batería del centro que esté más próxima de la división vecina hace su cambio de frente, al mando del jefe de grupo, según el § 92.2. a. (en las baterías bajo el pié de guerra, lo más sencillo es mandar alinearse sobre la segunda ó sobre la quinta pieza. (2) La batería que se encuentra muy inmediata á la división fija hace llevar adelante sus piezas sucesivamente, á brazo, hasta alinearlas con la nueva base de formación. Si se hicieran

[1] El reglamento alemán de 1877 da, para la 4ª sección del título III, los principios que deben servir de guía en las maniobras de regimiento. He aquí el § 191, completo:—"En el combate los movimientos avanzando ó retrocediendo se hacen generalmente por escalones; aún se recomienda disponer á las divisiones en escalones, y no en el mismo alineamiento. Los escalones ó divisiones se mantienen á unos 200 pasos de distancia uno detrás de otro, á ménos que consideraciones particulares, (el terreno ú otras tropas), obliguen á tomar distancias diferentes. Los intervalos dependen en realidad de la extensión de los blancos que hay que batir; pero cuando ménos es preciso tomarlos tan grandes como las distancias. Los cambios de frente se hacen por divisiones. El alineamiento se toma siempre sobre el eje ó sobre la división que opera á pié firme; ésta cambia siempre de frente sobre el centro avanzando una ala y retirando la otra.—N. del T.

[2] Véase la nota de la página 171.

poner estas piezas, avanzadas en batalla, se perdería mucho tiempo y se presentarían inútilmente al enemigo grandes superficies vulnerables; por lo demás, esto no es absolutamente necesario, porque generalmente pueden adelantarse estas piezas á brazo. Las otras baterías se forman prontamente á retaguardia en batalla y se alinean sobre las que ya se situaron. Si se quisiera llevar también, á brazo á esas piezas, hácia atrás, se perdería más tiempo que enganchando las cureñas á los avantrenes, porque éstos deben, de todos modos, retroceder.

En los terrenos profundamente removidos y muy blandos, para evitar el mover las piezas á brazo, se podrá prescribir á la batería que se encuentre cerca de la division fija, que obre conforme al § 92; se harán formar en batalla á las otras baterías á retaguardia, para que avancen rápidamente sobre el nuevo frente.

2º Flanco ofensivo sobre el mismo alineamiento.

Este flanco se forma de la manera más rápida, ejecutando una especie de cambio de frente sobre el centro, como para el flanco defensivo; será prudente abstenerse también, de formar las baterías al frente en batalla. Sin embargo, no será posible evitar este inconveniente en los casos excepcionales en los que sea la batería más inmediata á la division fija, la que tenga que operar conforme al § 92.

3º Flanco ofensivo en escalon.

Formarse al frente en batalla, romper de flanco en columna por secciones á intervalos reducidos, llevar á la columna hasta donde sea posible á que quede paralela con la nueva posicion, hacer en cada batería cabeza de columna á derecha ó izquierda, ensanchando los intervalos, dar un punto de direccion, desplegarse y colocarse al frente en batería.

4º Flanco defensivo en escalon.

Formarse á retaguardia en batalla, marchar en retirada, romper en cada batería en columna por secciones, y cambiar de direccion conforme al párrafo 178, (1) desplegarse y formar á retaguardia en batería.

Ó bien, se puede marchar en retirada, cambiar de frente en la nueva direccion, segun el párrafo 157 (2) y formarse á retaguardia en batería.

D.—Marcha en retirada, despues del combate. (3)

Marchar directamente hacia atrás, al paso, en un frente desplegado; hasta donde sea posible fuera del alcance del fuego enemigo;

[1] § 178. Cambio de direccion estando en columna de batería. Estos cambios se hacen generalmente sin voz de mando: el jefe de grupo da la direccion á la batería que de ella está encargada; las otras baterías se arreglan por ella. La batería de direccion conserva el paso prescrito; las otras aumentan, disminuyen ó cambian el paso, segun se los advierten sus comandantes.—N. del T.

[2] Cambios de frente. 1º *Perpendicular*; la batería de eje cambia de frente alcanzando la nueva posicion por marchas oblicuas, se detiene ó avanza, segun las indicaciones del jefe de grupo. Las otras baterías ejecutan un medio cuarto de conversion sobre el frente, marchan derecho hácia adelante, al trote, y van á tomar posicion sucesivamente en el nuevo alineamiento por otra conversion, arreglándose por la batería del eje; 2º *Oblicuo*; la batería del centro opera un medio cuarto de conversion; las otras marchan recto al frente y al trote, hasta que ganen su intervalo en relacion con la batería de formacion y ejecutan entonces su medio cuarto de conversion.—N. del T.

(3) Para mover bien grandes masas de artillería, es muy importante que sepan formarse prontamente en línea con relacion á frentes ocupados por otras tropas.

El despliegue rápido de las diversas formaciones de reunion, el paso de las líneas formadas de otras tropas, la manera de voltear una posicion, ó de llegar seguramente á presentarse segun un frente determinado, deben ser particular objeto de nuestros ejercicios.

Raro es que deban colocarse en el mismo alineamiento que otras tropas; las más de las veces es preciso precederlas, atravesando sus líneas; es indispensable, en ese caso, tener en cuenta sus movimientos ulteriores.

Es preciso evitar las formaciones que obliguen á las divisiones ó á las baterías á retroceder; todos los despliegues deben hacerse con movimientos de avance, ó cuando menos oblicuos.

En los movimientos de retirada combinados con los de las otras tropas, los cambios de frente serán muy frecuentes; será, pues, menester ejercitar á las divisiones á retirarse por escalones, arreglando pronta y exactamente sus movimientos á los cambios de frente que hayan sido necesarios por la disposicion de las tropas amigas ó enemigas.—N. del T.

